Ilan Pappé

akal

El lobby sionista

Una historia a ambos lados del Atlántico



Akal / Reverso. Historia crítica / 21

Ilan Pappé

El lobby sionista

Una historia a ambos lados del Atlántico

Traducción: Cristina Piña Aldao

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

En esta incisiva e iluminadora obra el historiador israelí Ilan Pappé revela cómo más de un siglo de coacción política cambió el mapa de Oriente Medio. Los grupos de presión proisraelíes convencieron a los responsables políticos británicos y estadounidenses de que toleraran las flagrantes violaciones del derecho internacional por parte de Israel, que le concedieran una ayuda militar sin precedentes y que negaran los derechos a los palestinos. Cualquiera que cuestionara el apoyo incondicional a Israel, incluso en los términos más suaves, se convirtió en el blanco de implacables campañas de desprestigio. Esta monumental obra muestra cómo se construyó un consenso inexpugnable en favor del Estado de Israel y cómo este se podría desmantelar. Una lectura esencial para comprender la impunidad con la que opera el Estado de Israel y la soledad política que padecen los palestinos.

«Un análisis escalofriante de la negación sistemática de la historia y la humanidad palestinas. El lobby sionista. *Una historia a ambos lados del Atlántico* es un relato inquietante y poderosamente instructivo sobre la inversión deliberada en injusticia e intolerancia».

Ussama Makdisi

«Una obra magistral y completa, fiable y justa».

Peter Shambrook

Ilan Pappé (Haifa, 1954) es profesor de historia en la Universidad de Exeter (Reino Unido), cuyo Centro Europeo de Estudios Palestinos dirige. Reputado analista político del conflicto palestino-israelí, en Ediciones Akal ha publicado *Historia de la Palestina moderna: un territorio, dos pueblos* (2007, 2024), *La idea de Israel. Una historia de poder y conocimiento* (2015), *Los palestinos olvidados. Historia de los palestinos de Israel* (2017) y *Los diez mitos de Israel* (2019, 2024).

Diseño de portada
RAG
Motivo de cubierta
Juan Hervás / artbyte.es
Director
Juan Andrade
Queda prohibida la reproducción, plagio, distribución, comunicación pública o cualquier otro modo de explotación –total o parcial, directa o indirecta– de esta obra sin la autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual o sus cesionarios. La infracción de los derechos acreditados de los titulares o cesionarios puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Ninguna parte de este libro puede utilizarse o reproducirse de cualquier manera posible con el fin de entrenar o documentar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.
Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.
Título original
Lobbying for Zionism on Both Sides of the Atlantic
© Ilan Pappe, 2024
© Ediciones Akal, S. A., 2025
para lengua española
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
atencion.cliente@akal.com

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5673-7

Prólogo

En 2015, algunos de mis alumnos de posgrado y de mis compañeros más jóvenes organizaron en la Universidad de Exeter un congreso titulado «Colonialismo de asentamiento en Palestina». No le hicieron mucha publicidad; invitaron personalmente a los ponentes a enviar sus artículos. Solo una pequeña referencia en la página digital de la universidad anunciaba el encuentro.

En nada de tiempo, el lobby proisraelí presionó a la universidad para que lo cancelase, calificándolo de antisemita y condenando la complicidad de la institución. La crítica estaba liderada por la principal organización de la comunidad anglojudía, la Junta de Diputados[1]. La Junta y otras organizaciones que encontraremos a lo largo de este libro establecieron negociaciones prolongadas con la universidad, alcanzando un «acuerdo», que permitía a dos lobistas proisraelíes participar en el congreso. Estos dos invitados no deseados no parecían tener ningún trabajo de investigación relacionado con el colonialismo de asentamiento, un reconocido fenómeno mundial y un campo de estudio que analiza los orígenes y el legado de los movimientos de colonos que establecieron Estados Unidos, Canadá, muchos países de América Latina, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Todos los demás invitados eran reconocidos expertos en este campo, o posgraduados que trabajaban en el tema.

La noticia publicada por *The Jewish Chronicle* acerca del congreso expresaba alarma no solo por el uso del término «colonialismo» en relación con Israel sino también ante el hecho de que, para hacer referencia a la «tierra de Israel», se utilizase el término «Palestina»; a saber, una entidad que en apariencia el periódico consideraba inexistente. Por extraño que parezca, el periódico afirmaba que incluso los grupos propalestinos del campus estaban satisfechos con las concesiones de la universidad, una afirmación que no sustanció.

En aquel momento yo dirigía el Centro Europeo de Estudios Palestinos que ayudó a organizar el congreso y aceptó el acuerdo alcanzado por la universidad con el lobby. En retrospectiva, creo que me equivoqué. Pensé

que el congreso era suficientemente importante como para que valiese la pena tolerar la presencia en él de dos patéticos lobistas. Asimismo, quería mantenerme en buenos términos con la gerencia de la Universidad de Exeter, que había protegido los Estudios Palestinos desde 2009, cuando lanzamos el programa (que hoy es una senda reconocida en los estudios de posgrado de la universidad y en muchos otros institutos académicos del mundo). Poco antes de que surgiera la controversia, la Universidad de Southampton cedió ante una presión similar y canceló un congreso sobre el potencial de aplicar la solución de un solo Estado a la cuestión palestina. Los artículos de nuestro congreso se publicaron en un número especial de la principal revista sobre estudios poscoloniales, *Interventions,* que hizo todo lo posible por compensar el sabor amargo que nos dejó la derrota temporal sufrida bajo la presión del lobby proisraelí[2].

Aparte del drama de que los antidisturbios de Exeter tuvieran que permanecer en alerta innecesariamente ante los potenciales desórdenes, tras muchos años de calma en la ciudad, el congreso fue tranquilo y transcurrió sin incidentes. No era la primera vez que la Universidad de Exeter decepcionaba a la policía local: un año antes, la Liga de Defensa Inglesa [English Defence League] confundió nuestro Instituto de Estudios Árabes e Islámicos con una mezquita, y quiso venir a manifestarse. Pero los pocos activistas que se presentaron estaban demasiado borrachos y fueron demasiado perezosos como para trepar la empinada ladera que conduce desde la Estación de St. David hasta el campus.

Los dos representantes del lobby no tenían intención de participar en la batalla de las ideas: tenemos que recordar que no tenían ni idea de cuál sería el contenido del congreso (eran los primeros tiempos de los estudios sobre el colonialismo de asentamiento). Lo que querían era vigilarnos. No deseaban ganar la discusión, sino silenciarla. Esta acción formaba parte de una campaña más amplia del lobby proisraelí, a ambos lados del Atlántico, para suprimir el debate sobre Palestina y reducir la expansión del campo de los Estudios Palestinos, impidiéndole dar forma al debate público. El estudio académico sobre Palestina en años recientes ha proporcionado una base analítica sólida a los principales argumentos que defienden la legitimidad de la nación palestina. En ocasiones esta presión proisraelí ha logrado imponerse: algunos profesores han perdido su empleo por hablar a favor de Palestina en su investigación o en el activismo político, y a

algunas instituciones se les ha pedido que cancelen asignaturas, talleres o congresos considerados «antiisraelíes». Veremos estas acciones más adelante.

Los académicos, con todos sus defectos, son «forjadores de palabras», y en algunos casos logran incluso ser educadores, aunque hace mucho que el sistema académico occidental dejó de creer en esta parte de la vocación, guiado por la doctrina del «publicar o perecer». Las palabras, y solo palabras, algunas de ellas publicadas en revistas académicas con más autores que lectores, son recibidas por los lobbies proisraelíes en Gran Bretaña y Estados Unidos con todo el poder, como si constituyesen una amenaza existencial para Israel. Como veremos, en Israel hay un equipo ministerial específico para enfrentarse a estos peligrosos seres que forjan palabras en sus torres de marfil académicas. Los israelíes lo denominan la batalla contra la «deslegitimación de Israel».

Israel y su lobby podrían haber hecho caso omiso del congreso organizado en Exeter. El encuentro no tenía capacidad de cambiar la realidad en Israel y en Palestina; no podía contribuir a aliviar las desgracias de los palestinos. Pero el lobby israelí insiste en estar presente en ayuntamientos, colegios, iglesias, sinagogas, centros comunitarios y universidades de ambos lados del Atlántico. En 2024, Israel no permitirá que se le escape del radar ninguna muestra de solidaridad con los palestinos en Gran Bretaña y en Estados Unidos, ni siquiera de una sola persona, y hará todo lo posible por conseguir el despido de cualquiera que condene sus violaciones éticas, y la prohibición de cualquier organización que pida boicots, desinversión y sanciones. Calificará estas actividades de antisemitas y equivalentes a la negación del Holocausto. En esencia, este es el trabajo de un lobby agresivo que empezó su defensa política de Israel a mediados del siglo XIX y continúa todavía hoy. No hay muchos países, si es que hay algún otro, que intente convencer frenéticamente al mundo y a sus propios ciudadanos de que su existencia es legítima.

Siendo judío israelí, conozco de primera mano el efecto tóxico de dicho esfuerzo propagandístico, y la inercia que lo acompaña. Tras un periodo formativo en el que se asientan los cimientos de las instituciones, sea un Estado o un lobby, sigue un tiempo en el que el adoctrinamiento da fruto: pueden confiar en que sus ciudadanos o sus socios se mantendrán leales a la ideología fundadora, sin necesidad de coerción. Dejas de

preguntar por el daño hecho en tu nombre: ya no piensas si es moral, justificable o legal siquiera.

Este libro regresa al periodo formativo, antes de que la inercia y la autocensura de los leales soldados de infantería garantizasen la longevidad del esfuerzo lobista. Esto nos devuelve al siglo XIX, cuando por primera vez encontramos el sionismo: en forma de visión escatológica de los cristianos evangélicos, y como un intento genuino de rescatar a los judíos europeos del antisemitismo. Hacia finales de ese siglo, el sionismo se convirtió en un proyecto diferente, y se ha transformado en una operación colonial de asentamiento en Palestina, que trata a su población indígena como extranjera y como uno de los principales obstáculos para la construcción de un Estado judío europeo moderno, e irónicamente «democrático», en el corazón del mundo árabe.

El Holocausto proporcionó a los sionistas nuevas razones para insistir en la creación de una patria en Palestina. Las expulsiones y el genocidio en la Europa nazi y fascista empujaron a los judíos a huir, pero no tenían adónde. Pocos países occidentales estaban dispuestos a ofrecerles refugio; tanto los países europeos libres de la ocupación nazi como Estados Unidos cerraron sus puertas e impusieron cuotas extremadamente restrictivas, rechazando a la mayoría de los refugiados judíos que intentaban entrar. La presión para convertir Palestina en un refugio seguro se volvió más lógica. Pero los sionistas no actuaban por puros motivos humanitarios: esperaban que los judíos que huían de Europa les ayudasen a obtener una ventaja demográfica en Palestina, que les serviría para reclamar la porción mayor posible del territorio con el menor número posible de palestinos nativos.

En el siglo XX, el principal impulso de la actividad lobista era garantizar el apoyo y la legitimidad a la colonización de Palestina durante el periodo del Mandato británico (1918-1948). Esto exigió tremendas cantidades de justificación y actividad lobista sobre estadistas de todas las tendencias políticas. En el primer año del Estado de Israel, mientras la nueva Organización de Naciones Unidas se enfrentaba al desplazamiento masivo de palestinos, esta actividad lobista adquirió una importancia particular. La limpieza étnica de Palestina se convirtió en condición para el establecimiento de un Estado judío: Israel necesitaba obligar a la comunidad internacional a aceptarlo.

Pero la lógica lobista se ha convertido en un interrogante en el siglo

XXI: ¿por qué sigue Israel presionando para defender su legitimidad más de setenta y cinco años después de su establecimiento, en especial dado el poder político y económico objetivo del que disfruta? Israel es ahora un país tecnológicamente muy desarrollado, con el ejército más fuerte de la región, y disfruta de un respaldo incondicional en el mundo occidental. En la práctica, muchos gobiernos árabes lo reconocen, ya sea oficial o informalmente, y ni siquiera puede decirse que el movimiento nacional palestino suponga una amenaza militar o política para su existencia. Pero los recursos dedicados a cortejar a las potencias mundiales y silenciar la disensión no han hecho sino aumentar desde la aparición de Israel en el mapa.

Este es el enigma que quiero resolver en este libro: ¿por qué invierte Israel enormes cantidades de dinero en dos grandes lobbies, el cristiano y el judío, a ambos lados del Atlántico? ¿Por qué este Estado judío ansía que se reconozca su legitimidad en Occidente? Dicho de otro modo ¿por qué siguen pensando las elites de Israel que la legitimidad de su Estado está sometida a debate en Gran Bretaña y en Estados Unidos, pese a los acuerdos de armamento, la ayuda económica y el apoyo diplomático incondicional?

Ofrezco una suposición, tres hipótesis y una observación obvia, todas las cuales me gustaría comprobar en este libro. La suposición es que la clave de este enigma puede hallarse buscando aquello oculto en la conciencia humana. Quienes lideraron el movimiento sionista y más tarde Israel eran intuitivamente conscientes de la injusticia inherente del proyecto, o al menos de las dimensiones inmorales de la solución aparentemente «noble» dada al problema del antisemitismo en Europa. Si parece que esta suposición se retrotrae excesivamente en la historia, sigue siendo indiscutible que los dirigentes clave de Israel son conscientes hoy en día de que, en todo el mundo, muchas personas consideran colonialista y opresivo el proyecto sionista. Como historiador, sé que no hay un documento delator que revele estas motivaciones subconscientes, no voy a intentar presentarlo. Espero sin embargo que un análisis detallado del lobby desde su creación hasta la actualidad demuestre que esta suposición es correcta. Lo que sí puedo demostrar es mi primera hipótesis: la actividad lobista a favor de Israel representaba una obsesión de los sionistas por demostrar especificidad, o incluso superioridad, moral. Se

trataba de una obsesión enrevesada, y realmente ambigua, porque los líderes sionistas, y más tarde el Estado de Israel, necesitaban convencerse primero a sí mismos de que el sionismo desarrollado en la Palestina histórica constituía una situación moralmente específica –no comparable a otros proyectos colonizadores– y que de hecho era una empresa noble. Necesitaban creerlo, pese a que algunos de ellos eran conscientes de las bases cuestionables del proyecto.

Mi segunda hipótesis es que desde muy pronto, por sus propias dudas internas, el movimiento sionista prescindió de argumentos morales y de atraer a las sociedades en general, e invirtió todos sus esfuerzos en las elites; una empresa que requería dinero, conexiones y una actividad de presión eficiente. Una vez perfeccionadas y desplegadas por el Estado de Israel, estas fuerzas lobistas disfrutaron de un éxito insólito en comparación con otros lobbies de Gran Bretaña y Estados Unidos.

Mi tercera hipótesis es que la influencia política acumulada para atraer a las elites creó lobbies muy poderosos a ambos lados del Atlántico, que representaban instituciones por derecho propio, con sus propios intereses creados. En ocasiones actuaban principalmente para conservar su propio poder, y no necesariamente por el bien de la causa israelí.

Hay otros factores que han ayudado a Israel y a la actividad lobista ejercida en su nombre. Se trata de los complejos de la industria militar de diversos países y de algunas multinacionales que han participado a lo largo de los años en la presión proisraelí. Israel es un enorme exportador de sistemas de seguridad y armas, que opera bajo el principio del «tú me rascas la espalda y yo te rasco la tuya». Este libro no abarca este tipo de intercambio sórdido. Puede que en el futuro este sea el principal método empleado por Israel para fortalecer su legitimidad internacional. Históricamente, sin embargo, y desde la perspectiva de Israel, los lobbies más importantes no debían buscarse entre los complejos industriales o los gigantes financieros internacionales. Tanto el lobby proisraelí cristiano como el judío eran considerados por parte de Israel, al menos hasta ahora, los más importantes. Y extraordinariamente, también en este siglo les solicita su ayuda para ganar legitimidad.

He aquí el enigma que me ha llevado a escribir este libro. En 1948, cuando Israel acababa de aparecer en el mapa, su frenético cortejo a las potencias existentes era enteramente comprensible. Pero ahora que se ha

convertido en una superpotencia militar y económica, sorprende que se siga sintiendo amenazado por lo que sus dirigentes denominan la «deslegitimación internacional».

Y a continuación la observación obvia: la conciencia israelí de su ilegitimidad, y la consecuente necesidad de una defensa constante, derivan del fracaso sionista para completar el proyecto colonial de asentamiento que comenzó en 1882, cuando llegaron los primeros colonos judíos a Palestina. A diferencia de otros movimientos coloniales de asentamiento, como los que colonizaron Norteamérica y Australia, que demostraron una eficiencia inhumana, Israel no ha logrado eliminar a los habitantes nativos de la Palestina histórica. En lugares como Estados Unidos, los indígenas supervivientes cuestionaron la legitimidad de quienes los desposeyeron y cometieron genocidio en sus territorios, pero la derrota física fue tan completa que los colonizadores nunca debieron soportar un cuestionamiento serio de su legitimidad en el plano internacional.

A algunos de mis amigos que siguen defendiendo el sionismo les gusta decir que en la colonización de Palestina no se produjo un genocidio gracias a los elevados criterios morales de los sionistas. Y esto lo piensan a pesar de que ahora los habitantes de Israel conocen las múltiples masacres de palestinos cometidas desde 1948. Pero la realidad es más sombría: los escrúpulos morales o la falta de voluntad no supusieron un obstáculo significativo para la limpieza étnica. Esta ha fracasado por la resiliencia de la resistencia palestina.

Los palestinos no son meras víctimas de Israel; son también agentes de su propio destino. La supervivencia y la insistencia en sus derechos hacen que los sionistas necesiten borrar y negar activamente el pasado para ocultar los problemas éticos y morales asociados con la fundación del Estado de Israel. Contra todo pronóstico, enfrentados a poderosas alianzas religiosas, económicas, militares y estratégicas occidentales en diversas coyunturas históricas, que han permitido su desposesión y pasado por alto sus derechos, los palestinos siguen ahí, luchando, sobreviviendo y cuestionando los cimientos morales del Estado que se estableció a sus expensas y sobre las ruinas de su patria. Hizo falta tiempo para que las reivindicaciones palestinas comenzasen a influir en la opinión pública mundial, pero esta es ahora una parte indispensable de la lucha por la liberación, y como veremos en el libro, ha obligado al lobby a recurrir a

métodos más implacables para reprimir la conversación mundial sobre Palestina.

Para comprobar estas suposiciones y resolver el enigma que he planteado, examinaré más de cerca los orígenes del lobby en Gran Bretaña y Estados Unidos, los dos actores principales durante la mayor parte de la historia de Israel, y seguiré su evolución hasta el presente.

Podrían acusarme de sesgo; acepto tranquilamente la acusación. Soy consciente de que a muchos aspirantes a historiadores profesionales les dicen al comienzo de su trayectoria que no escriban una historia polémica, porque socavaría la validez intelectual de su trabajo. Probablemente esta sea una advertencia sabia para historiadores que están a punto de ser admitidos en la comunidad académica en calidad de adjuntos. Pero con el tiempo, descubrirán por sí mismos la contundencia de las palabras escritas por Bertrand Russell en su autobiografía:

> Los críticos me han acusado en ocasiones de no escribir una historia verdadera sino un relato sesgado de los acontecimientos sobre los que arbitrariamente he decidido escribir. Pero en mi opinión, un hombre sin sesgo no puede escribir una historia interesante; si es que existe ese hombre, de hecho[3].

Me habría gustado que los hechos hablaran por sí solos. Pero los hechos están consistentemente blanqueados por un gigantesco proyecto de invención, manipulación y borrado. Necesitamos ofrecer contexto, juicio moral y compromiso para hacer que estos hechos cuenten la verdad acerca de la opresión que padecen los palestinos y de su valiente lucha por la libertad y la liberación. Es lo menos que podemos hacer para luchar contra una de las injusticias más prolongadas del mundo.

En este libro, los lectores podrían observar una tendencia a recrearme en lugares y edificios concretos. En su decidido foco en atraer y agasajar a potenciales defensores, el sionismo se adelantó a su tiempo; en muchos aspectos es el predecesor de todas las actividades lobistas actuales. Se elegían espacios lujosos para cortejar a las elites locales, ofreciéndoles financiación, si eran políticos, y otras formas de ayuda de la que cualquier posible defensor pudiera beneficiarse. Quiero compartir con vosotros la grandiosidad de estos espacios, para que veáis por vosotros mismos cómo plantó el sionismo sus raíces en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Pero ahora pasemos a la naturaleza de la actividad lobista.

¿QUÉ ES UN LOBBY?

La actividad lobista que conocemos hace referencia a la influencia desplegada para cambiar la política gubernamental o alterar la opinión pública. A ambos lados del Atlántico, los lobbies eran inicialmente lugares físicos: en Gran Bretaña se trataba de los pasillos de ambas cámaras del Parlamento, donde los representantes políticos podían mezclarse con defensores de diversas causas. La práctica se hizo notoria a partir del siglo XVII.

Al otro lado del Atlántico, los aspirantes a políticos conocían muy bien la tradición lobista británica: casi tan pronto como se fundó el Congreso, los veteranos de guerra de Virginia contrataron un lobista para obtener una mejor compensación por sus servicios. En 1830, el vestíbulo que conducía a la Sala del Congreso se llenaba de personas que intentaban influir en sus representantes. En otras palabras, los lobbies se habían convertido en un lugar común mucho antes de que el presidente Ulysses Grant llamase lobistas a las personas que lo esperaban en el vestíbulo *(lobby)* del Willard Hotel.

Pero las definiciones generales no captan el alcance y la ambición del lobby proisraelí, que sigue siendo único. Algunos expertos han propuesto expresiones más amplias para la actividad lobista. Al referirse al lobby proisraelí contemporáneo en Estados Unidos, Grant F. Smith sugiere usar el término «organizaciones afiliadas a Israel»; una red más amplia no funciona necesariamente todo el tiempo o exclusivamente a favor de los intereses israelíes, pero puede ser reclutada fácilmente para dicha misión, como los lobbies del tabaco y las armas en Estados Unidos[4]. De este modo, podemos abarcar completamente todas las organizaciones que conforman el lobby proisraelí en Estados Unidos. Esta definición funciona bien asimismo para los grupos lobistas de Gran Bretaña, incluidas formaciones que ejercen presión exclusivamente a favor de Israel y otras cuya influencia se refiere exclusivamente a un tema de su agenda; incluye también proyectos de presión duraderos, y otros que no han sobrevivido mucho debido a problemas organizativos o económicos.

Otros expertos han sugerido distinguir entre el lobby formal y el informal, algo que ofrece también una categorización útil. Desde el comienzo de la actividad lobista, hacia mediados del siglo XIX, ha habido

organizaciones propiamente dichas, dedicadas explícitamente al sionismo, junto a formaciones temporales y creadas para necesidades específicas, y los dos tipos contribuyeron con eficacia a vender el relato sionista primero e israelí después como verdad exclusiva, tanto histórica como contemporánea, acerca de la realidad en la Palestina histórica.

En su meticulosa historia sobre el lobby proisraelí en Estados Unidos, Walter L. Hixson considera que la actividad lobista «aplica esfuerzos organizados y bien financiados a esgrimir la influencia política para favorecer una causa interesada», que es más bien una definición de los métodos que la esencia de la organización, pero no deja de resultar útil. El dinero, afirma, se recauda para movilizar la información y la promoción, que a su vez se usan para cuestionar a cualquier grupo o individuo que suscriba un punto de vista opuesto al del lobby. Hixson nos aconseja que no consideremos el lobby como una entidad única y monolítica, sino como agrupaciones polifacéticas de ideas, individuos y organizaciones cuyo objetivo es «difundir propaganda proisraelí» y, también importante, desacreditar a cualquiera que condene o critique a Israel o al sionismo[5]. Esta es otra forma de identificar quién forma parte del lobby, ya sea oficial o extraoficialmente.

La actividad lobista forma parte de la vida pública estadounidense, y a nadie le parece mal considerar al Comité Estadounidense de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel [AIPAC - American Israel Public Affairs Committe] como sinónimo del lobby proisraelí. Pero como han demostrado Hixson y Smith, la actividad lobista es mucho más insidiosa.

Mearsheimer y Walt complementan otros intentos de definición al sugerir que un lobby es una coalición laxa de grupos que pretenden influir en la política estadounidense[6], y lo mismo podemos decir por extensión acerca del lobby en Gran Bretaña. En ocasiones las coaliciones son laxas, como veremos, pero en otras son más cerradas y pueden volverse más poderosas e influyentes. Cuando publicaron el libro, en 2007, los autores consideraron que el AIPAC era el lobby más poderoso de Estados Unidos. Más tarde Hixson amplió los parámetros del lobby para incluir a individuos con los que el AIPAC colaboraba estrechamente, no solo grupos.

Estos estudios especializados solo muestran las dificultades para delimitar un lobby tan profundamente asentado y polivalente como el

proisraelí. Debemos por lo tanto usar la definición más amplia de lobby entre las disponibles, para poder incorporar a todo individuo y grupo que dedique más o menos tiempo a defender a Israel o los intereses israelíes, animado por el gobierno de Israel. Estas agrupaciones han provocado deliberadamente una confusión, que dura hasta hoy, entre las voces y los intereses de las comunidades judías británica y estadounidense, por una parte, y los de los grupos sionistas y proisraelíes, por otra. ¿Pueden organizaciones tales como la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses, y la Junta de Diputados británica considerarse representantes de las comunidades judías de sus respectivos países, además de embajadas de Israel? No pretendo conocer la respuesta. Lo que sí sé es que combinar estas dos funciones ha dado lugar hasta ahora a una realidad peligrosa en la que por sistema se equiparan antisemitismo y antisionismo, y en la que la preocupación por las comunidades judías está teñida de un fuerte sentimiento antipalestino y en ocasiones de pura islamofobia. No creo que la situación actual haya resultado positiva para las comunidades judías de aquí, ni para los judíos de Israel.

Pero la definición de lobby no es estática. El lobby cambia de forma, composición, orientación, métodos y tamaño a lo largo del tiempo. Por consiguiente, otra forma de ilustrar las especificidades del lobby proisraelí, en lugar de examinar simplemente la actividad lobista en general, es realizar un seguimiento paciente de su genealogía hasta el presente. Y todo comenzó cuando la escatología cristiana unió fuerzas con un brote de nacionalismo moderno en Europa que dio lugar tanto al antisemitismo laico como a un antídoto judío en forma de nacionalismo judío laico. Estas dos ideologías aparecieron primero en la escena europea, sin afectar en apariencia a Palestina. En ese momento el país seguía estando bajo dominio otomano y sus pobladores no eran conscientes siquiera de que tanto cristianos como judíos se planteaban desposeerlos y quedarse con su patria. Debemos comenzar nuestro relato, por consiguiente, en la época en la que clérigos y seglares evangélicos de ambos lados del Atlántico experimentaron la revelación de que era voluntad de Dios reunir a los judíos del mundo y transportarlos a un Estado propio en la Palestina histórica.

[1] «Board Concerned over Exeter University Conference on Israeli “Colonialism”», *The Jewish Chronicle,* 11 de agosto de 2015.

[2] *Interventions: Journal of Postcolonial Studies,* número especial, «Settler Colonialism in Palestine», 21, 4 (2019).

[3] Bertrand Russell, *The Autobiography of Bertrand Russell,* Londres y Nueva York, Taylor & Francis, 2014, p. 465.

[4] Grant F. Smith, *Big Israel: How Israel's Lobby Moves America,* Washington, Institute for Research: Middle Eastern Policy, 2016, p. 2.

[5] Walter L. Hixson, *Architects of Repression. How Israel and Its Lobby Put Racism, Violence and Injustice at the Center of US Middle East Policy,* Washington, Institute for Research: Middle Eastern Policy, p. 4.

[6] John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy,* Londres, Penguin, 2008, p. xiii.

1. Los precursores cristianos del sionismo

El sionismo comenzó siendo un concepto cristiano evangélico, y se convirtió más tarde en un proyecto activo. Apareció como un llamamiento religioso a los fieles a ayudar y prepararse para el «retorno de los judíos» a Palestina y el establecimiento allí de un Estado judío, en cumplimiento de la voluntad divina. Pero poco después, los cristianos involucrados en dicha campaña politizaron esta «teología del retorno», en cuanto comprendieron que una noción similar había comenzado a emerger entre los judíos europeos, desesperados por encontrar una solución al eterno antisemitismo del continente. El deseo cristiano de ver una palestina judía coincidía con una visión similar de los judíos europeos a finales del siglo XIX.

Para los defensores del sionismo, tanto cristianos como judíos, Palestina como tal no existía. En sus mentes la habían sustituido por la «Tierra Santa», y en esa «Tierra Santa», desde el comienzo, no había población indígena, solo una pequeña comunidad de cristianos fieles y judíos devotos que se habían quedado después de que la mayoría de sus correligionarios fuesen expulsados en general por el Imperio romano o que habían sobrevivido sometidos a gobiernos hostiles. Para los cristianos, tanto antisemitas como filosemitas, el «retorno» de los exiliados constituía un acto de redención religiosa.

El filósofo y sociólogo francés Maurice Halbwachs, precursor en el campo de la memoria colectiva, también escribió acerca de Palestina. Patrick Hutton ha resumido la descripción que Halbwachs hizo de la forma en la que se construyó la memoria colectiva en el caso de Palestina en la época medieval: «la Tierra Santa bíblica era un paisaje imaginario evocado en la Edad Media en Europa y superpuesto al paisaje de Palestina»[1]. Este paisaje imaginario modelaba la visión del pasado e invocaba imágenes del futuro. El pasado alimentaba cuadros, esculturas, novelas y poemas en los que el tiempo se había congelado. Palestina seguía como en tiempos de Jesús, y más tarde se imaginó como parte orgánica de la Europa medieval: con gentes ataviadas con trajes medievales y moviéndose por un paisaje rural europeo. No importaba que se tratase de

visualizaciones invocadas por cristianos o judíos, ninguna de ellas guardaba relación con la realidad del lugar. Cualquiera podía escoger y decidir si estaba mirando a los profetas judíos de antaño o a los primeros santos del cristianismo. Una cosa estaba clara, en este paisaje ilusorio había pocos árabes y prácticamente ningún musulmán.

Escatológicamente, los cristianos veían el retorno de los judíos a Palestina (Sion) y la construcción de su nación como un detonante para la resurrección de los muertos y el final de los tiempos[2]. El entusiasmo del descubrimiento hacía que visionarios, políticos, expertos y viajeros se dejasen atraer por esta imagen. El descubrimiento y el redescubrimiento de Palestina se produjo en la imaginación de estas personas, mucho antes de que estuviesen allí y en algunos casos continuó sin que jamás estuviesen allí.

Al igual que la Palestina de Jesús era un país imaginado, en el que Jesús aparecía en ocasiones como ario, en otras como árabe o incluso como judío negro, también los palestinos se representaban primero como los hebreos antiguos que vivían en un territorio cristiano antiguo en el que nada, absolutamente nada, había cambiado entre el año 70 d.C. y finales del siglo XIX. Era fácil devolver los judíos a esta tierra vacía en la memoria colectiva cristiana, y construir para ellos un futuro Estado, como si la historia transcurrida en el país desde los tiempos en los que vivió Jesús hasta el momento de su regreso profetizado hubiera desaparecido en un agujero negro.

A este respecto, la descripción cristiana, y más tarde judía, de Palestina como *terra nullius,* tierra de nadie, era similar a otros proyectos coloniales de poblamiento. Pero tiene una afinidad especial con el proyecto colonial estadounidense, porque el poblamiento de Norteamérica también derivó de lecturas de la Biblia y de la idea de peregrinaje a una tierra santa o a una nueva Jerusalén. En todo Estados Unidos pueden encontrarse hoy pueblos llamados «Bethlehem» (Belén), «Canaan» o incluso «Zion». Había así dos «ciudades de la colina», expresión con la que los colonos estadounidenses se referían a las nuevas colonias que construyeron en territorio de los nativos americanos. Una de las ciudades la construyeron de cero con sus propias manos, y la otra estaba en Palestina; y desde comienzos del siglo XIX, si eran suficientemente afortunados, podían ir a verla con sus propios ojos. Don Peretz afirma, de manera convincente, que la discrepancia en la

«ciudad de la colina» imaginaria y la real de Palestina podía causar grave perturbación mental entre los estadounidenses evangélicos que frecuentaban Jerusalén. Encontró documentos del consulado de Estados Unidos en Jerusalén en los que se informaba en muchos casos del colapso mental sufrido por evangélicos que visitaban por primera vez la ciudad, conmocionados al ver que la Jerusalén moderna era muy distinta de la «ciudad de la colina»[3].

Este concepto ficticio formó la base de la presión inicial de los cristianos a favor del sionismo, y dicha presión forma la base de la actual actividad lobista cristiana a favor del Estado de Israel. Este tipo de apoyo revela en ocasiones trasfondos antisemitas, ya que en algunas versiones de esta visión hay un deseo inconfundible de convertir a los judíos al cristianismo y de que los judíos dejen de residir en el mundo occidental. Pero incluso en el caso de los sionistas cristianos que sostenían este punto de vista, un Estado judío temporal en Palestina se convirtió en imperativo cristiano. De modo que, mientras que los judíos presionaban a favor de la creación de un Estado, y de su existencia continuada, como panacea contra el antisemitismo, algunos de sus partidarios cristianos más leales sostenían su antisemitismo animando a los judíos a trasladarse del Occidente cristiano a su nuevo y ansiado Estado judío en el Este.

¿Cuándo, entonces, se produjo en público el primer acto lobista a favor del sionismo, sin quedarse solo en los textos o en los sueños individuales? Todo comenzó en la londinense Queen Victoria Street en el verano de 1866.

QUEEN VICTORIA STREET: LA SOCIEDAD BÍBLICA

El 11 de junio de 1866, el príncipe de Gales puso la primera piedra de un grandioso edificio de cuatro plantas, la nueva sede de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, diseñada por Edward l'Anson, famoso arquitecto que podía jactarse ya de tener en su currículo el edificio de la Royal Exchange. Con una financiación generosa de la reina Victoria y el príncipe Guillermo de Prusia, y abundancia de mármol y granito, representa el lujo incluso para la elite británica. Para la ceremonia, se levantó exprofeso un anfiteatro con dos mil asientos, y los invitados llevaban consigo flores y banderas. Junto al príncipe de Gales, asistieron el arzobispo de York y el

obispo de Winchester, encargados de bendecir los trabajos de construcción. Estos comienzos auspiciosos se reflejaron en el edificio terminado. Presentaba enormes hiladas de granito en los muros exteriores y espaciosos vestíbulos y escaleras en el interior. Mármol de colores llamativos, un material caro en su momento, formaba las columnas y las balaustradas del edificio. Algunos observadores cuestionaron claramente tamaña riqueza ostentosa para una sociedad bíblica; una historia de la organización publicada en 1910 acusaba a estos críticos de desplegar el «mismo espíritu resentido» que los discípulos durante la unción de Cristo en Betania[4]. Ninguna objeción hizo mella en la Sociedad, sin embargo: el edificio, Bible House, se inauguró en 1869.

Era algo especialmente agradable de ver para el tercer presidente de la asociación, Anthony Ashley-Cooper, séptimo conde de Shaftesbury, que había contemplado la expansión de la Sociedad desde el comienzo de su mandato, en 1851. Si existía una causa, el conde la asumía. Su filantropía, que abarcaba desde reducir el trabajo infantil a mejorar las condiciones de los manicomios, le valió una fuente conmemorativa. Pero, con el transcurso del tiempo, otra causa dominaría su vida: crear un Estado británico y judío en medio del Imperio otomano, en Palestina. Se convirtió en uno de los primeros lobistas a favor del sionismo en Reino Unido y en el mundo occidental moderno.

Él y muchos otros que siguieron una trayectoria similar en el siglo XIX veían el establecimiento de un Estado para los judíos en la Palestina histórica como una misión religiosa. La idea de que los judíos debían «retornar» a Palestina y construir allí su casa era popular entre algunos evangélicos destacados ya en el siglo XVII. El «retorno» de los judíos se asociaba con la Segunda Venida del Mesías y la resurrección de los muertos, hechos que irían precedidos o seguidos por la conversión de los judíos al cristianismo.

Hasta mediados del siglo XIX, estas reflexiones no tuvieron impacto alguno en el mundo en general, ni en Palestina en particular. Se volvieron más significativas al ser politizadas por un grupo de teólogos que efectuó la transición ideológica de la escatología milenarista al activismo milenarista. Un movimiento similar se produciría en los círculos religiosos judíos cuando apareció en ellos el sionismo. Lo que esto significó fue que los milenaristas devotos ya no se limitaban a esperar que la profecía se

cumpliese, sino que creían que debían ser proactivos y provocar este escenario de fin de los tiempos. Es decir, había que animar a los judíos a mudarse a Palestina. Existía también una discusión, fuera del alcance de este libro, entre premilenaristas y posmilenaristas, en torno a la cuestión de si Jesús volvería a la tierra antes del Milenio (una edad dorada de mil años de paz) o si la Segunda Venida solo se produciría después del Milenio. El retorno de los judíos atraía más a los primeros que a los segundos, porque podría haber sido profetizado como uno de los muchos signos preliminares de la venida del Mesías, antes de que comenzase el Milenio. En la escatología premilenarista, había cierta línea temporal, que incluía acontecimientos tales como la «tribulación» y el «arrebatamiento», en la que podían situarse una guerra contra el anticristo y la restauración de los judíos. En el primer suceso, la «gran tribulación», el mundo experimentará un breve periodo de catástrofes, tanto naturales como de causa humana, que durarán hasta el «arrebatamiento» que tendrá lugar al final de los tiempos, cuando todos los creyentes cristianos y quienes hayan sido resucitados ascenderán a los cielos para reunirse con Jesucristo. Los judíos deberían haber comenzado su «retorno» exactamente al comienzo de la tribulación, para ocupar su lugar correspondiente en el cumplimiento de la profecía.

El judaísmo tenía una versión más imprecisa de su relación con el retorno del Mesías, aunque un mesías descendiente del rey David, y una versión sobre el regreso de los judíos exiliados a su propia patria. Durante la segunda mitad del siglo XIX, este tipo de escatología cristiana y judía se fue fundiendo para dar forma a un proyecto político de instalar judíos en Palestina. Individuos importantes a este respecto fueron aquellos cristianos y judíos que se criaron con este tipo de visiones futuristas y que buscaban medios prácticos para contribuir a que se cumplieran mientras ellos estaban aún vivos.

Nuestro primer capítulo en la historia del lobby sionista es una historia de profetas: individuos muy comprometidos como el conde de Shaftesbury, que creían estar guiados directamente por Dios, y que promulgaban una idea que acabó transformándose en una cruzada política. En cuanto tuvieron instituciones que los respaldaron, lograron producir un relato potente y transformador. Ante todo, el sionismo era un relato. Comenzó siendo, por lo tanto, un discurso antes de convertirse en

movimiento; es una trayectoria similar a la observada por Edward Said al examinar el concepto de orientalismo[5]. De acuerdo con su análisis, el discurso orientalista se basó en percepciones de Oriente racistas y reduccionistas; y una vez empleado por instituciones poderosas, se tradujo en acciones y políticas que afectaron a la vida de millones de personas, en el mundo árabe y fuera de él.

LORD SHAFTESBURY Y EL CORONEL CHARLES CHURCHILL

El trabajo prosionista de Shaftesbury comenzó mucho antes de que se convirtiese en presidente de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera y mucho antes de que el sionismo se convirtiese en un proyecto judío. Antes de su participación en la Sociedad, fue presidente de otra, la Sociedad Londinense para Promover el Cristianismo Entre los Judíos [London Society for Promoting Christianity Amongst the Jews], cuya filial en Palestina estaba dirigida por James Finn, el cónsul británico en Jerusalén.

El consulado se abrió en 1838 debido al esfuerzo que Shaftesbury hizo para convencer al Gobierno británico de que Palestina tenía importancia estratégica para el Imperio, puesto que, desde su punto de vista, los días del Imperio otomano estaban contados, y el saqueo de sus despojos ya había comenzado. Palestina, con Egipto y las provincias de Siria y el Creciente Fértil (que abarcaba el futuro Irak), constituirían un eslabón esencial entre Londres y sus colonias orientales. La apertura del consulado fue seguida por la llegada de una delegación especial despachada por la Iglesia de Escocia, a la que se le confió la misión de descubrir si los judíos que estaban ya en Palestina estaban dispuestos a convertirse al cristianismo (había una pequeña comunidad de judíos religiosos en ciudades como Jerusalén, Safed, Hebrón y Tiberíades, a los que no les interesaba ni el cristianismo ni el milenarismo). Un miembro de esa delegación, Alexander Keith, que publicó un diario de viaje con el acertado título de *The Evidence of Prophecy* [La evidencia de la profecía], probablemente fuese el primero en acuñar la expresión «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra» (su hijo fue uno de los primeros fotógrafos de Palestina)[6].

Shaftesbury comenzó en 1839 a presionar en serio para lograr el retorno de los judíos a Palestina o, como él lo llamaba, para «restaurar los judíos

en tierra santa»[7]. Instó en concreto al Parlamento británico a colaborar con el proyecto, aportando pruebas de las Sagradas Escrituras para indicar que, según su propia interpretación, el siglo XIX era el momento en el que se acercaba el Apocalipsis, y que era posible precipitarlo propiciando el retorno de los judíos a Palestina. Tenía la costumbre, en particular, de citar el Libro de las Crónicas que, afirmaba él, estaba lleno de pruebas a favor de la futura «restauración de Israel». Debió de encantarle leer en *The Times* que el Gobierno británico consideraba oficialmente respaldar esta empresa[8].

Conocedor de la propensión utilitarista de muchos parlamentarios, Shaftesbury planteó un razonamiento más laico y estratégico a favor de dicho proyecto. No era tarea fácil, porque el Imperio británico se mostraba muy partidario de mantener la integridad del Imperio otomano, por miedo a que su desintegración condujese a una guerra paneuropea.

Shaftesbury argumentaba que Gran Bretaña debía prepararse para el fracaso de esta política. Sostenía que, lo desearan o no los británicos, estaban en marcha poderosas evoluciones transformadoras que acelerarían la decadencia del Imperio otomano. La más importante era la intensificación del avance del Imperio ruso hacia el sur, para expandir su influencia y tomar territorios. También apuntó al gobernante egipcio Mehmet Alí, que en su opinión suponía un agudo peligro para la propia existencia del sultanato otomano. El ambicioso gobernante de El Cairo ya había ocupado Palestina y Siria, y parecía decidido a marchar sobre Estambul. Este tipo de argumentación tuvo cierto impacto sobre el primer ministro británico, Henry John Temple, tercer vizconde de Palmerston, que se casó con la suegra viuda de Shaftesbury, convirtiéndose así en su suegro. A diferencia de Shaftesbury, sin embargo, aunque apoyaba la idea de un Estado judío, Palmerston prefería respaldar la idea de una Palestina judía otomana como parte de un intento europeo de frenar las ambiciones expansionistas de Egipto[9].

Shaftesbury escribió a su suegro lo siguiente:

> «Un país sin nación» necesita «una nación sin país» […] ¿Existe tal cosa? ¡Sin duda sí, los antiguos y legítimos señores de esas tierras, los judíos![10]

Shaftesbury aludía aquí a Isaías 6:11, que describe así a Palestina: «Hasta que se vacíen las ciudades y queden sin habitantes, las casas sin

hombres, la campiña desolada».

Su diario nos cuenta que, para él no solo Palestina era un país sin nación, sino que toda la Gran Siria carecía de nacionalidad y por lo tanto merecía ser absorbida por el futuro Estado judío:

> Estas regiones vastas y fértiles estarán pronto sin gobernante, sin poder conocido y reconocido que reclame su dominio. A alguien debería asignársele el territorio […] Hay un país sin nación; y ahora Dios, en su sabiduría y misericordia, nos guía a una nación sin país[11].

Hubo otro intento de permitir la restauración de los judíos en Palestina, pero buscando la colaboración de Mehmet Alí, en lugar de oponerse a él. Lo inició el coronel Charles Henry Churchill (1807-1869), antepasado de Winston. Fue cónsul británico en Damasco y su principal función era intentar convertir a los drusos de Líbano en clientes británicos, en una época en la que las potencias imperiales europeas buscaban un pretexto que les permitiera intervenir en los asuntos del Imperio otomano, en nombre de las minorías locales. Hoy en día los drusos siguen siendo uno de los principales grupos religiosos del Mediterráneo oriental y viven en Líbano, Siria, Jordania e Israel. Emergieron como secta separada de otras confesiones musulmanas en el siglo XI, y a comienzos del XVIII se convirtieron en grupo sociopolítico dominante en el sur de Líbano, y en consecuencia en un poder con el que había que contar en la política local, y para hacer frente al Imperio otomano.

Mientras estuvo destinado en Damasco, en la década de 1840, Churchill propuso un plan político para crear un Estado judío en Palestina. Se lo presentó a sir Moses Montefiore, presidente de la Junta de Diputados de los Judíos Británicos y uno de los primeros filántropos que financiaron el proyecto sionista en Palestina[12].

Montefiore fue el primero en utilizar la Junta de Diputados para lo que acabaría convirtiéndose en la causa sionista. La Junta la estableció en 1760 la comunidad sefardí en Londres (la comunidad asquenazí tenía su propia junta, el Comité Secreto de Asuntos Públicos [Secret Committee of Public Affairs]). En la década de 1810, ambos organismos se fusionaron en el Comité Londinense de Diputados de los Judíos Británicos [London Committee of Deputies of British Jews], que se ocupaba en exclusiva de los asuntos de la comunidad anglojudía.

La conversión de Montefiore al sionismo estaba justificada, desde su punto de vista, por un raro libelo de sangre y revueltas contra los judíos en Damasco. En 1840, cuando se descubrieron los huesos de un fraile católico y su criado musulmán en el barrio judío de la ciudad, figuras principales de la comunidad judía de Damasco fueron acusadas de haberlos secuestrado y asesinado a los dos con el fin de amasar los matzos (panes ácimos) para la Pascua judía. Esta alegación fue respaldada por el cónsul francés y aceptada por el gobernador de la ciudad, dando lugar a una investigación brutal y a la ejecución de varios judíos[13]. El propio Montefiore viajó con la misión de liberar a los presos judíos supervivientes.

Pero no deberíamos exagerar el impacto de las consideraciones humanitarias. Montefiore respaldó el proyecto sionista de manera bastante pragmática: el final inminente del dominio egipcio en el Levante permitiría romper los mapas de la región y empezar de nuevo. Tenía sentido que Churchill apelase a él. En una carta muy larga, lo presionó para que defendiera la restauración de los judíos en Palestina:

> Que las personas principales de su comunidad se pongan a la cabeza del movimiento. Que se reúnan, concierten y presenten peticiones. De hecho, la agitación debe ser simultánea en toda Europa[14].

Churchill animó al filántropo judío a invertir su propia fortuna privada en «regenerar Siria y Palestina» y en revitalizar la soberanía judía en Palestina, lo que llevaría al resto de Siria a caer «bajo la protección europea». La carta estaba cargada de evocaciones evangélicas como la siguiente:

> Entre nosotros se ha extendido, agitado y convertido en una segunda naturaleza el sentimiento de que Palestina exige el regreso de sus hijos[15].

Churchill planeaba reunir apoyo mediante una petición de la comunidad judía que ya vivía en Siria y Palestina, y sobre esta base apelar a las potencias europeas (antes incluso de negociar con el Imperio otomano).

Montefiore esperó a ver hasta dónde llegaba el plan de Churchill. El ansioso capitán y cónsul logró reunir el consenso de Mehmet Alí, o al menos el gobernante egipcio se mostró dispuesto a seguir negociándolo; aunque su consentimiento se volvió irrelevante puesto que pronto dejó de

gobernar Palestina.

Churchill merece nuestra atención porque sentó las bases de la futura Declaración Balfour. El proyecto de Estado judío, sugirió proféticamente, podía confiársele a alguien como él, a saber, un «funcionario» responsable de coordinar entre el «secretario de Estado para Asuntos Internacionales y el Comité de Judíos encargado de las negociaciones». Al final el encargado no fue él, pero esta fue de hecho la metodología escogida.

En este punto de la historia podemos observar en la Gran Bretaña de la época dos grupos de presión que no siempre trabajaron unidos. Uno era el lobby religioso que defendía una Palestina judía motivado por consideraciones escatológicas, mientras que el segundo defendía una Palestina británica, motivado por ambiciones geopolíticas. El éxito del primero dependía de la fuerza del segundo.

En la segunda mitad del siglo XIX, la estrategia oficial de Gran Bretaña era la de mantener la integridad del Imperio otomano, y por consiguiente no existían planes reales de establecer una Palestina británica. El lobby religioso tenía por objetivo colaborar con un grupo de altos cargos políticos minoritario, que se oponía a ese consenso y no deseaba mantener la integridad del Imperio otomano, sino que de hecho rezaba por su defunción. Este grupo formaba parte de un lobby más amplio, partidario de establecer un Oriente Próximo británico que sustituyese al otomano.

Aunque la política siguiese preservando la integridad del Imperio otomano, sin embargo, seguía habiendo espacio suficiente para profundizar la implicación británica en Palestina, lo que en retrospectiva podemos decir con seguridad que acabó por ayudar a sentar los cimientos de una Palestina judía. El método principal para hacerlo fue el de extraer del Imperio otomano tantas «capitulaciones» como fuese posible: las capitulaciones eran concesiones y permisos otorgados a los ciudadanos británicos por presión del Gobierno británico. Cuando el Imperio otomano estaba en su momento de mayor esplendor, eran contratos bilaterales establecidos con potencias europeas para facilitar el tránsito y el comercio a los comerciantes, pero más adelante se convirtieron en una serie de privilegios concedidos a súbditos europeos residentes en el Imperio.

En Palestina, estas concesiones permitieron establecer misiones cristianas y expandir proyectos benéficos como hospitales, aumentar la comunidad británica local y enviar misiones de exploración para

inspeccionar el país. Los abundantes diarios de viaje británicos del siglo XIX atestiguan esta influencia creciente en el interior de Palestina. Como sabemos por lo sucedido en África, estos diarios y exploraciones precedían por lo general a una toma imperial. Y así, las visitas al lugar, y la visión del retorno de los judíos, estaban estrechamente asociados con la expansión de la influencia británica en el conjunto del mundo árabe y en Palestina en particular[16].

Para convencer a los aliados de Gran Bretaña en Europa de que extraer Palestina de las manos del Imperio otomano era una empresa religiosa y, en igual medida, un imperativo estratégico, tanto el lobby prosionista cristiano como el judío necesitaban que individuos con posiciones de poder se pusieran en contacto con los políticos capaces de hacer realidad este sueño.

Ya hemos conocido a dos, Shaftesbury y Churchill, pero no eran los únicos heraldos del sionismo cristiano. Otras figuras famosas dieron apoyo a la restauración de los judíos en Palestina. Entre ellos destacaba sir George Gawler, héroe de Waterloo y más tarde gobernador de Australia Meridional, donde experimentó de primera mano un colonialismo de poblamiento como el que su imperio fomentó con posterioridad en Palestina (fue cesado poco después por su mala administración de la colonia australiana).

En 1848, Gawler escribió:

> Me satisfaría en grado sumo contemplar en Palestina una fuerte guardia de judíos establecida en asentamientos agrícolas florecientes y dispuesta a enfrentarse en las montañas de Israel contra todos los agresores. No puedo desear nada más glorioso en esta vida que haber puesto de mi parte para ayudarles a hacerlo[17].

Gawler fue de hecho más lejos que muchos de los primeros defensores, estableciendo un fondo para la colonización de Palestina, con el objetivo de ayudar a los primeros colonos sionistas en su nuevo país.

Ya fuesen cristianos o judíos, los lobistas prosionistas hicieron desde muy pronto oír sus voces ante los políticos, una táctica que sigue teniendo éxito en la actualidad, en contraste con el movimiento nacional palestino, que todavía hoy tiene dificultades para lograr el respaldo de la elite política internacional. Una adquisición importante para el movimiento inicial fue Benjamin Disraeli, primer ministro británico desde 1868, que

en 1877 escribió un artículo en el que predecía la existencia de una nación judía de un millón de habitantes en Palestina en un plazo de cincuenta años[18]. Como he observado, el lobby adquirió fuerza cuando el deseo de formar una Palestina británica se fundió con el de formar una Palestina judía. Disraeli representaba en este caso ambos impulsos. Aparte del deseo de ver allí a los judíos, Palestina adquirió importancia para él desde que dirigió con éxito la absorción de la Compañía del Canal de Suez, que alteró el valor estratégico del territorio. Buscaba asimismo otras empresas prósperas, puesto que no le había ido bien con los conflictos imperiales. Los británicos solo habían obtenido una victoria mínima contra los zulúes en Sudáfrica tras cinco meses de lucha y una cifra de bajas notablemente elevada, y aunque ganaron la Segunda Guerra anglo-afgana en 1879, el enviado británico en Kabul fue asesinado.

Además del de los políticos, el respaldo de los literatos supuso también una parte importante del esfuerzo concentrado. Entre los principales intelectuales se encontraba George Eliot (Mary Ann Evans), influida por su educación cristiana evangélica. Su última novela, *Daniel Deronda,* articulaba el deseo de que se produjese la «restauración de un Estado judío», de modo que el protagonista decide dedicar su vida a esta causa.

Se dice que este libro en concreto «sionizó» a un famoso intelectual judío: Eliezer Perlman, que cambió su nombre a Eliezar Ben-Yehuda. Está considerado el padre del hebreo moderno, que se convirtió en lengua franca de los primeros colonos sionistas y más tarde del Estado de Israel[19].

Había algunos para quienes la restauración suponía solo una parte de su programa, pero que aun así tuvieron cierta importancia como lobistas en un comienzo. Una de esas personas fue Charles Haddon Spurgeon (1834-1892), un pastor londinense que se saltó la jerarquía anglicana convencional y difundió el milenarismo tanto en Europa como en otras partes. En el continente europeo se le conocía como el «príncipe de los predicadores». El futuro de los judíos no era su mayor interés, pero aun así influyó de manera decisiva en el debate. Su principal aportación fue la de dejar a un lado un viejo debate de los sionistas cristianos: ¿debían los judíos convertirse antes o después de la resurrección? He aquí lo que escribió al respecto:

> No voy a teorizar sobre qué debe venir primero, si habrá que restaurarlos primero y convertirlos después; o convertirlos primero y restaurarlos después. Hay que restaurarlos y hay que convertirlos[20].

Era un sentimiento compartido en aquella época por el cónsul estadounidense en Jerusalén, Edwin Sherman Wallace, que fue aún más lejos, creyendo que tanto los palestinos locales como los judíos que fuesen entrando se convertirían al cristianismo, pero deseaba ver primero un Estado-nación judío en Palestina, ya que para él solo los judíos tenían derechos nacionales sobre el lugar:

> El judío tiene aspiraciones e ideas nacionales, y un futuro nacional. ¿Dónde sino aquí se hará realidad su aspiración y se llevarán a cabo sus ideas?[21]

En ocasiones, esta actividad lobista inicial fue una misión transmitida en herencia dentro de una familia. Como en el caso de los Cazalet: un abuelo y un nieto que se constituyeron en pilares de los comienzos del lobby prosionista en Gran Bretaña. El abuelo, Edward (1827-1883), fue industrial. Hizo fortuna comerciando con la Rusia zarista y, en su calidad de cristiano devoto, se dejó conmover por las malas condiciones que soportaban allí los judíos, abogando por reasentarlos en Palestina. Estos esfuerzos los renovó su nieto Victor, que se convirtió en amigo personal del primer presidente de Israel, Chaim Weizmann, y en un importante «sionista gentil» (como la historiografía sionista posterior denominaba a las personas como él)[22].

Entre estos «sionistas gentiles» se encontraba también Laurence Oliphant (1829-1888), restauracionista activo que intentó incluso fomentar el establecimiento de la primera colonia judía en Palestina. Fue parlamentario y seguidor de lord Shaftesbury. Decidió que la mejor forma de presionar a favor de esta idea era publicar un libro que envió a los parlamentarios y a los ministros del Gobierno. El libro se titulaba *The Land of Gilead* [La tierra de Galaad], y en él instaba al Parlamento británico a colaborar en la «restauración» de los judíos de Europa Oriental en Palestina[23]. Fue el primer «lobista» que prestó atención al hecho de que en Palestina ya vivían otras personas, pero sugirió adoptar el «proyecto» colonial de poblamiento americano, basado en empujar a la población indígena a reservas, un proyecto que consideraba una

«solución» adecuada a la presencia de población nativa en Palestina.

Los historiadores que ven este capítulo como parte de la historia de la comunidad anglojudía, David Cesarani por ejemplo, tienden a minimizar la importancia de cualquiera de tales ideas o iniciativas[24]. Yo disiento. Creo que estas fueron las raíces, plantadas a gran profundidad, que más tarde sostuvieron el edificio lobista y solidificaron el apoyo de la elite anglojudía a la colonización de Palestina, ya fuese con plena conciencia del desastre potencial que provocaría, o sin mostrar interés por las consecuencias de su proyecto. Es justo preguntar si las nociones teológicas judeocristianas que claramente se usaron para justificar la colonización de Palestina como un imperativo religioso eran meras ideas esotéricas. En mi opinión, sembraron actitudes referentes a los habitantes de Palestina que todavía perviven con fuerza en la actualidad.

Al comienzo del siguiente siglo, dos impulsos modelarían el lobby sionista cristiano. Uno fue una sensación de que los judíos necesitaban ser rescatados con urgencia, debido a la violencia creciente de las campañas antisemitas, convertidas incluso en ocasiones en pogromos generalizados. A menudo estaban sancionados o iniciados implícitamente por las autoridades locales, pero no podían tener lugar sin la participación entusiasta de la gente común, motivada por un deseo abierto de expulsar a los judíos de Europa, en especial de Europa Oriental. El segundo fue el deseo de hacerse con las posesiones del Imperio otomano, suscitado por el hundimiento de la política cautelosa hacia el Imperio generalizada en Europa. Muchos líderes europeos temían que la caída del Imperio otomano provocase una guerra paneuropea para repartirse los despojos. Por consiguiente, aunque había un deseo de tomar algunos territorios otomanos y debilitar el Imperio, para que dejase de ser una potencial mundial, existía también el deseo concurrente de mantenerlo intacto. Esta actitud más cauta se dejó a un lado; para los milenaristas era otro indicio de que había llegado el momento de tomar los territorios del Mediterráneo oriental.

Pero el lobby sionista no estaba compuesto solo por cristianos evangélicos. Los judíos, buscando una solución a la opresión en apariencia insuperable que padecían en Europa, empezaron a aglutinarse en torno a la idea de establecer su propio Estado, con visiones que variaban desde la utopía socialista en suelo palestino a un Estado moderno en alianza con las

potencias imperiales de Occidente.

El sionismo no fue una mera respuesta al antisemitismo. Algunos de sus primeros pensadores se entusiasmaron con el ascenso, a mediados del siglo XIX, del nacionalismo romántico y de la laicización de las sociedades europeas, como consecuencia de la Revolución francesa y la Ilustración. Era por lo tanto un intento de tener una versión judía del nacionalismo romántico y de la laicización moderna que, para muchos de estos pensadores, tenía más oportunidad de madurar en la tierra comprendida por la Palestina del Antiguo Testamento que en cualquier parte de Europa.

Poco después llegaron los primeros colonos sionistas a Palestina. Los detonantes de esa llegada fueron los pogromos que tuvieron lugar en 1881 en la zona suroccidental del Imperio ruso tras el asesinato de Alejandro II; como resultado se produjo una destrucción generalizada de propiedades judías y muchas mujeres denunciaron haber sido violadas. Los judíos de estos territorios creían en general que el Gobierno era cómplice de los ataques y, perdiendo la esperanza de poder emanciparse bajo el régimen zarista, dirigieron su mente a otras estrategias políticas, el sionismo entre ellas.

Los primeros colonos llegaron el 6 de julio de 1882. Eran catorce judíos rusos que llegaron al puerto de Jaffa y poco después empezaron a trabajar como jornaleros agrícolas en comunidades de creación reciente. Los intelectuales judíos de Europa central apoyaron desde la lejanía estos esfuerzos nacientes. Uno de los más importantes era el periodista y dramaturgo Theodor Herzl, considerado en la actualidad el padre fundador del sionismo. Bajo su liderazgo, y con ayuda de numerosas organizaciones sionistas que surgieron por todas partes como reacción al aumento del antisemitismo en Europa, el sionismo empezó a convertirse en movimiento institucional.

Los judíos sionistas lograron organizar en 1897 un congreso inaugural en Basilea, Suiza, con 208 delegados de diecisiete países. Le seguirían otros muchos congresos. Ya antes de organizar la convención, los líderes del nuevo movimiento buscaban a dirigentes clave y elites políticas tanto de Europa como del Imperio otomano que respaldasen el establecimiento de un Estado judío en Palestina. Mientras los colonos consumaban los hechos sobre el terreno, los líderes intentaban procurarles una legitimidad

internacional.

A estos activistas judíos no les bastaban las simpatías de los sionistas cristianos, porque parecían demasiado alejados de la política gubernamental oficial como para marcar una diferencia. El fundador del movimiento sionista, Theodor Herzl, y sucesores suyos como Chaim Weizmann se dispusieron a buscar individuos influyentes, no movimientos ni instituciones, que pudieran defender la causa del sionismo en instancias más elevadas. Y en William Hechler hallaron el hombre que buscaban.

HOTEL GERMANIA: LA CONEXIÓN HECHLER

El 25 de abril de 1896, Theodor Herzl esperaba al gran duque de Baden (Federico I) en el comedor del Hotel Germania de Karlsruhe, Alemania. (En esa misma dirección, 34 de Karl-Friedrich-Strasse esquina con Lindenstrasse, sigue funcionando hoy un nuevo hotel. El viejo ha desaparecido, pulverizado por el bombardeo aliado de 1944). De camino al hotel, muy probablemente Herzl se fijase en la fuente de Malschbrunnen, un intento ornamental de impresionar a los visitantes que entrasen en la ciudad desde la estación ferroviaria. Por aquella época el propio káiser era un huésped regular del hotel. Cuando llegó el duque, se trasladaron a uno de los espaciosos salones de reuniones de la segunda planta. El encuentro se había hecho posible gracias a los esfuerzos incansables de un sacerdote llamado William Hechler.

William Henry Hechler nació en 1845 en India, de padre misionero alemán y madre inglesa. De joven ya se había dado a conocer en los círculos restauracionistas cristianos. Su interés por la causa y las desgracias de los judíos empezó durante los pogromos desatados en 1881 en todo el Imperio ruso, que lo llevaron a Odessa. Allí conoció al teórico sionista Leon Pinsker, que tan solo unos meses después de ese encuentro escribiría *Auto-Emancipation,* una defensa apasionada del nacionalismo político judío. Hechler se convenció de la necesidad de crear un Estado judío, y pasó los siguientes treinta años intentando ayudar a establecerlo.

Ejercía de capellán en la embajada británica en Viena. En la década de 1870, su estrella empezó a brillar cuando se convirtió en tutor del gran duque de Baden. Harían falta otros veinte años para que Theodor Herzl reparase en él: tuvo que esperar hasta marzo de 1896, más de una década

después de que Hechler se hubiera comprometido con el sionismo. En su diario, Herzl lo describió como un «hombre agradable y sensible, con la larga barba gris de un profeta»; más o menos como Herzl quería verse a sí mismo[25].

A Herzl le interesaban poco las predisposiciones teológicas de Hechler; le dijo sin rodeos que solo quería una cosa de él: un vínculo con los escalones más elevados de la elite política local:

> Debo establecer relaciones directas y públicamente conocidas con un gobernante responsable o no responsable, es decir, con un ministro de Estado o con un príncipe[26].

Hechler supo de inmediato a quién acudir: su antiguo pupilo, Federico I, gran duque de Baden. Entusiasmo aparte, necesitaba algo de dinero extra para dicha misión, principalmente para los gastos de viaje, ya que el traslado a Karlsruhe sería «un sacrificio ciertamente considerable en mis circunstancias»[27]. Herzl pagó de buen grado la cuenta. Hechler se convirtió en el primer lobista en una larga lista financiada por el movimiento sionista.

El gran duque, empleador de Hechler, ayudó a organizar una reunión con el káiser. No salió bien; en cuanto el káiser supo que judíos a los que respetaba, como la familia Rothschild, no respaldaban el proyecto, perdió interés. Aunque el gran duque siguió mostrando voluntad de ayudar, la causa también le suscitaba dudas: ¿se interpretaría su ayuda como un deseo de expulsar a los judíos de su reino? Y tampoco le gustaba perder ingresos debido a la emigración judía o, como él mismo decía, a ese «enorme éxodo de dinero»[28]. Herzl le prometió que la idea no era que los judíos alemanes se trasladasen a Palestina (en cualquier caso, parece que tampoco le atraía la idea; cuando murió, únicamente había visitado el territorio en una ocasión, y solo durante una semana). Explicó además que su movimiento quería «drenar el excedente de proletariado judío»[29], y que el sionismo sería un activo para el mundo que el gran duque deseaba conservar. Prometió que el sionismo ayudaría a mantener «bajo control el capital internacional»[30]. También le aseguró al gran duque que los judíos alemanes se alegrarían al ver que la afluencia de judíos del este no iba a llegar a Alemania, sino que se dirigiría a Palestina. Herzl comentó también que esperaba que esta perspectiva tan alarmante de que se

produjera una afluencia de judíos del este al oeste convenciera a los judíos británicos de apoyar el proyecto sionista en Palestina: «Tanto Alemania como Inglaterra se estaban viendo inundadas de judíos rusos; ninguno de los dos países los quería, nadie los quería», le explicó al gran duque[31].

Era una representación muy distorsionada de los puntos de vista sostenidos por la comunidad judía británica en ese momento. El rabino mayor, Dr. Adler, declaro a *The Daily Mail* lo siguiente: «Creo que la idea que plantea el Dr. Herzl de establecer un Estado judío es absolutamente perniciosa» y «contraria a los principios judíos, la enseñanza de los profetas y las tradiciones del judaísmo». Le preocupaba que la población sospechase con razón de la falta de lealtad de los judíos a su país de residencia, y añadía, «estoy expresando la opinión de toda la comunidad anglojudía, con pocas excepciones»[32].

Puede que Herzl consiguiera contactos a través de Hechler, pero sus argumentos no convencieron a las elites. El intento de Hechler de conseguirle una reunión con el zar ruso y con el primer ministro británico, lord Salisbury, tampoco prosperó. Al menos Hechler pudo alertar a Herzl de que el káiser pretendía visitar Palestina en octubre de 1897. La reunión que finalmente tuvo lugar entre el profeta sionista y el emperador fue muy breve y completamente infructuosa.

Hechler, que dedicó treinta años de su vida, hasta que se retiró en 1910, a presionar intensamente a favor del sionismo, no vivió para ver el establecimiento del Estado de Israel. Pero no cabe duda de que fue indispensable para la difusión del sionismo político en sus primeros años: en el Congreso Sionista inaugural, fue tratado como huésped de honor por Theodor Herzl, y asistió a los consecutivos. En reconocimiento a su aportación, el movimiento sionista le concedió una pequeña pensión vitalicia.

Si Hechler fue para Herzl un lobista principal, no era ni mucho menos el único. Un personaje especialmente llamativo es Arminius Vámbéry, sionista residente en Estambul. Era un judío húngaro convertido al islam, aunque siempre mantuvo una actitud ambigua respecto a su religión. Lo que sabemos con seguridad es que era un políglota impresionante y un estudioso prolífico. Solo mantuvo un breve contacto con Herzl en enero de 1900, pero este descubrió que Arminius tenía acceso libre al sultán otomano, Abdul Hamid II. Un año después, el húngaro consiguió una

entrevista entre Herzl y el sultán, pero no dio fruto, al igual que la entrevista con el káiser.

Herzl sabía, después de organizar tres congresos sionistas en Europa y del incansable cortejo a las potencias imperiales europeas, que no tenía suerte: estas elites no apoyarían la creación de un Estado sionista. Trasladó entonces su atención a Londres y al Imperio británico, para que le ayudase en el proyecto de «restaurar» a los judíos del este de Europa en Palestina. Allí encontraría una acogida mucho más cálida.

---

[1] Patrick Hutton, «Collective Memory and Collective Mentalities: The Halbwachs-Ariés Connection», *Historical Reflections/Réflexions Historiques* 15, 2 (verano de 1988), pp. 315-316.

[2] Maurice Halbwachs, *The Collective Memory,* Chicago, University of Chicago Press, 1992, p. 215.

[3] Don Peretz, «Origins of American Support for Israel», *Palestine-Israel Journal,* número especial, «The USA and the Conflict» 4, 3-4 (1997-1998), p. 41.

[4] William Canton, *A History of the British and Foreign Bible Society,* Londres, John Murray, 1910, pp. 4-5.

[5] Edward Said, *Orientalism,* Londres, Penguin Books, 2003 [ed. cast.: *Orientalismo,* Barcelona, Debate, 2003].

[6] Alexander Keith, *The Land of Israel According to the Covenant with Abraham, with Isaac, and with Jacob,* Edimburgo, William Whyte and Co., 1843, p. 43.

[7] Victoria Clark, *Allies for Amageddon: The Rise of Christian Zionism,* New Haven, Yale University Press, 2007, p. 67.

[8] *The Times,* 4 de noviembre de 1840.

[9] Donald M. Lewis, *The Origins of Christian Zionism: Lord Shaftesbury and Evangelical Support for the Jewish Homeland,* Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 185.

[10] Edwin Hodder, *The Life and Work of the Seventh Earl of Shaftesbury, K. G.,* volumen 2, Londres, Cassel and Company, p. 478.

[11] Tal y como se cita en Adam M. Garfinkle, «On the Origin, Meaning, Use and Abuse of a Phrase», *Middle Eastern Studies* 24, 7 (octubre de 1991), pp. 542-543.

[12] Bonnie Goodman, «Colonel Charles Henry Churchill's Letter to Sir Moses Montefiore, a First in Supporting a Jewish State in Palestine», *The Jerusalem Post,* 26 de junio de 2018.

[13] Véase, para más detalles, Jonathan Frankel, «"Ritual Murder" in the Modern Era: The Damascus Affair 1840», *Jewish Social Sciences* 3, 2 (invierno de 1997), pp. 1-16.

[14] B. Goodman, *op. cit.*

[15] *Ibid.*

[16] Gabriel Polley, *Victorian Britain,* Londres y Nueva York, Bloomsbury, 2022.

[17] Hizo este comentario tras recorrer Palestina con Montefiore. Véase Abigail Green, *Moses Montefiore: Jewish Liberator, Imperial Hero,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 2010, pp. 214-215.

[18] *The Jewish Chronicle,* 10 de noviembre de 1876, p. 501, columna B.

[19] Jo Glanville, «A Gentile Touch», *Prospects,* 20 de mayo de 1988, resume la investigación

sobre este punto.

[20] Véase «The Restoration and Conversion of the Jews», Spurgeon Library, disponible en [https://www.spurgeon.org/resource-library/sermons/the-restoration-and-concession-of-the-jews/#flipbook/].

[21] D. Peretz, *op. cit.*

[22] Norman Rose, *The Gentile Zionists: A Study in Anglo-Zionist Diplomacy, 1929-1939,* Londres, Frank Cass, 1973.

[23] Laurence Oliphant, *The Land of Gilead, with Excursions in the Lebanon,* Edimburgo y Londres, Blackwood and Sons, 1880.

[24] David Cesarani, «Israel and Jewish Christian Dialogue», *European Judaism* 25, 1 (primavera de 1992), pp. 40-47.

[25] *The Complete Diaries of Theodor Herzl,* Nueva York, Yosselof, 1960, volumen 1, libro 2, p. 310 (entrada correspondiente al 10 de marzo de 1896).

[26] Theodor Herzl al rev. William Hechler, 16 de marzo de 1896, *The Diaries of Theodor Herzl,* editado por Marvin Lowenthal, Gloucester, Smith Publications, 1978, p. 105.

[27] *The Complete Diaries of Theodor Herzl,* cit., p. 311 (16 de marzo de 1896).

[28] *Ibid.,* p. 330 (23 de abril de 1896).

[29] *Ibid.*

[30] *Ibid.*

[31] *Ibid.*

[32] *The Daily Mail,* 10 de julio de 1896.

2. Presionando a favor de la Declaración Balfour

HERZL EN LONDRES

Theodor Herzl viajó a Londres por primera vez en noviembre de 1895. Llegó a la estación de Charing Cross, sin conocer a nadie y provisto solo de una carta de presentación para sir Samuel Montagu en el bolsillo. El hombre en cuestión le presentó a varios miembros de la elite anglojudía londinense, que no se dejaron impresionar por Herzl ni por sus ideas, sin embargo. Tampoco consiguió una entrevista con lord Rothschild. Herzl declaró que estaba dispuesto a ceder el liderazgo del movimiento a cambio de esa entrevista[1].

Pero al menos logró que *The Jewish Chronicle* publicase en enero de 1896 un artículo sobre sus ideas[2]. Era la primera vez que su sueño de establecer un Estado judío en Palestina llegaba a los periódicos anglófonos. Puede que no cambiase sentimientos o ideas, pero le sirvió a Herzl para obtener una invitación a realizar un nuevo viaje a Londres; y este sí fue más fructífero.

EL MACCABEAN CLUB Y EL PEREGRINAJE, 1896

Su anfitrión en este segundo viaje fue Israel Zangwill, escritor y uno de los primeros pensadores sionistas, que le organizó una serie de conferencias en la capital. La primera parada fue el Maccabean Club llamado así en honor a los judíos macabeos que se rebelaron contra el Imperio griego en la antigüedad.

El Maccabean Club fue inaugurado en 1891, y su objetivo oficial era formar «intercambio social y cooperación entre sus miembros, con miras a promover el interés de la raza judía». Maja Gildin Zuckerman, especialista en historia cultural judía contemporánea, observa que el interés del club por Palestina tenía carácter explícitamente intelectual, y Herzl fue invitado en consecuencia en calidad de «judío de letras», no de político[3]. Otros estudios califican el club de protosionista, casi una filial de los Amantes de Sion, uno de los primeros movimientos colonizadores del este de Europa

que ya se estaban instalando en Palestina desde 1882.

El club emulaba los protocolos decimonónicos de lo que en Gran Bretaña se conocía como sociedades de amigos (las primeras aparecieron a comienzos del siglo XIX, en forma de sociedades cuyos miembros recibían garantías para cualquier percance futuro a cambio de las cuotas pagadas; probablemente la más conocida sea Oddfellows, que todavía existe hoy; la ley también reconocía algunas órdenes masónicas como sociedades de amigos). En esta orden anglojudía, cada miembro tenía que prometer lealtad a la causa sionista y pagar un séquel por los gastos de la orden y para financiar la colonización inicial en Palestina, o, en palabras de su carta fundacional, era un lugar para personas «de fe judía que se declaran seguidoras del movimiento sionista» o miembros «honorarios no judíos» de ideas similares. Los socios pertenecían principalmente a la elite anglojudía, o al menos a la clase media alta, de Londres. Herzl esperaba que la lectura de un texto bien preparado en inglés ayudase a convencer a su público, pero él mismo reconoció que no lo había logrado. Recibió más apoyo de la comunidad sefardí, del rabino mayor Moses Gaster y, por supuesto, de Moses Montefiore y su primo Claude, que sin embargo dejaron claro que eran súbditos británicos leales que ayudaban a los judíos pobres de Europa a establecerse en Palestina, pero nada más[4].

El encuentro con el club dejó a Herzl, como él mismo manifestó, con sentimientos encontrados acerca del público al que debía dirigirse entre la comunidad anglojudía. La visita llevó a uno de los socios del club, Herbert Betwich, miembro de Amantes de Sion, a organizar un viaje a Palestina, que denominó el «peregrinaje macabeo» (era bisabuelo del famoso periodista Ari Shavit, que en un libro titulado *My Promised Land*[5], un intento muy elegante de reconciliar los crímenes del sionismo con una defensa de su validez moral, hace referencia al peregrinaje). Como muestra Zuckerman, el club se había involucrado en un proyecto que serviría de modelo para futuras actividades lobistas. En nombre del club, pero no con su consentimiento incondicional, el «peregrinaje macabeo» indujo a veintiún miembros de la elite anglojudía (cinco mujeres y dieciséis hombres) a viajar a Palestina. Invitaron a Herzl a unirse a ellos, pero a él nunca le entusiasmó la idea de visitar el lugar. Sin embargo, le agradó mucho la iniciativa:

> El sionismo político se pone en movimiento, armado con todos los medios de hoy en día. En este sentido, el peregrinaje del Sr. Bentwich es de tal importancia que no puede subestimarse. Por primera vez, judíos modernos y cultos de todas las profesiones, con una clara idea principal, viajan a la tierra de nuestros padres para explorarla en persona. Es una comisión de investigación nacional, singular en su especie, calculada para elevar nuestras esperanzas[6].

Zuckerman, que califica esta misión de «peregrinaje sionista», ha afirmado que Bentwich y sus amigos consideraban inicialmente Palestina como un destino de importancia religiosa e interés turístico, pero no como centro de un movimiento político. Fue el viaje en sí, en opinión de Zuckerman, lo que los convirtió en sionistas[7]. Como otros judíos occidentales, experimentaron una conversión, y de profesar una religión pasaron a convertirse en defensores de un movimiento nacionalista, sustituyendo el interés religioso por Palestina por un interés colonialista[8]. Los miembros de la delegación, como tantos otros sionistas al comienzo del movimiento, eran ampulosos, y sentían la necesidad de contarle al mundo con gran detalle sus impresiones, dificultades y tribulaciones. Su evaluación de Palestina reprodujo la propaganda sionista de que se trataba de una tierra vacía en espera de un pueblo sin tierra.

Al regresar a Londres, algunos se mostraron dispuestos a ayudar al lobby a transmitir un mensaje influido por la degradación orientalista de los palestinos e inspirado por el cristianismo evangélico (el viaje estuvo lleno de rituales que reflejaban los ritos de peregrinaje cristianos practicados en «Tierra Santa»). Los entusiasmados peregrinos se dedicaron a dar discursos con ayuda de un nuevo vocabulario, abonado por el lenguaje idiomático de los restauracionistas sionistas cristianos de ambos lados del Atlántico (Palestina era, en palabras de Bentwich, «nuestra tierra», y él formaba parte de «nuestra gente» que estaba ahora ligada a la tierra en una teleología religiosa).

Como ocurrió en la Europa continental, sin embargo, en esos dos años anteriores al primer Congreso Sionista, Herzl encontró en las clases obreras un público mucho más receptivo para sus ideas que entre la burguesía judía local. Le frustró la incapacidad para comunicarse directamente con los miembros ricos y acomodados de la sociedad anglojudía, incluso aquellos que apoyaban el sionismo. Aunque sin duda

Herzl fue el mayor lobista del sionismo, solo sus sucesores lograron establecer un buen entendimiento con la elite política británica, sin el cual probablemente la colonización de Palestina habría fracasado[9].

En consecuencia, tuvo que buscar apoyo en otra parte, y lo encontró en un club obrero del East End londinense.

GREAT ALIE STREET, LONDRES, 1896

No lleva mucho tiempo recorrer la Alie Street de Londres, en Aldgate, que comunica Mansell Street con Commercial Road. A pesar de tener solo cuatrocientos metros de longitud, antes estaba dividida en dos calles: Great Alie Street al oeste y Little Alie Street al este. Esta modesta franja tiene sin embargo cierta notoriedad por haber sido terreno de caza de Jack el Destripador. En la década de 1890, constituía el centro de una comunidad de judíos de la diáspora que habían huido de los pogromos de Europa Oriental para aterrizar en el East End londinense.

La calle disfruta de una rica historia judía y casi todos los edificios tienen algo que contar, aunque algunas de las construcciones originales hayan desaparecido. Un hito importante fue una nueva sinagoga inaugurada por el rabino mayor de la comunidad anglojudía, el Dr. Hermann Adler, en los números 40/41 de Great Alie Street (la lenta gentrificación del barrio hizo que la sinagoga cayese en desuso, y en 1972 el edificio se había convertido en el Half Moon Theatre, un teatro alternativo de tendencia izquierdista). En los números 31-37 de Great Alie Street, un pequeño juzgado del siglo XVIII se había convertido en el Club de Hombres Trabajadores e Instituto de Muchachos Judíos [Jewish Working Men's Club and Lad's Institute], amorosamente restaurado por los miembros adinerados y socialmente conscientes de la comunidad judía. Su fundador fue el parlamentario por Whitechapel, sir Samuel Montagu, que tenía varios proyectos de ese tipo en la zona. En los primeros años, antes de la inauguración oficial, obtenía sus ingresos principalmente de la venta de bebidas, lo que no siempre redundaba en interés de los trabajadores, pero acabó pareciéndose más a un club social cuando los propios obreros se convirtieron en accionistas, usurpándoles la función a los originales mecenas más acaudalados.

El club resultó ser un gran éxito entre los más de 60.000 judíos rumanos

y rusos que llegaron a Londres en el último cuarto del siglo XIX, la mayoría pobres y con trabajo precario. La primera cohorte que se unió al club estaba formada por artesanos y trabajadores cualificados. Montagu lo consideraba un «palacio del placer» para obreros. Tal vez fuese cierto respecto al club, pero no puede decirse lo mismo de su anexo, el Instituto de Muchachos. Era cualquier cosa menos una delicia para los 330 muchachos que vivían en él, apiñados en una escuela a la que llamaban «la Bastilla», por su falta de ventanas y de ventilación.

El club permaneció un tiempo cerrado y su reapertura en 1891 fue conmemorada por un dibujo de la Escuela Inglesa publicado en el *The Daily Graphic*. Este dibujo de la ceremonia muestra a lord Rothschild, de pie en pose napoleónica con la mano en la chaqueta, anunciando la inauguración. Tras él posan los filántropos anglojudíos –hombres con bombín y mujeres luciendo las modas más actuales– rodeando a un rabino ataviado con el tradicional atuendo sefardí[10].

Era un edificio de ladrillo de tres plantas, que daba a un callejón posterior al que se accedía por un pórtico de arcos ubicado bajo una torre de escaleras sobresaliente. Estaba embutido entre talleres y casas densamente abarrotados. En el piso bajo había una biblioteca, una sala de lectura, una sala para conversar, un billar y salas de descanso. En su auditorio cabían 640 personas. Cinco años después de la reapertura, este auditorio albergaría un acontecimiento histórico un domingo por la tarde de julio de 1896: fue elegido como el lugar en el que Theodor Herzl se presentaría en su segunda visita a Londres, dispuesto a convencer a los refugiados judíos de Alie Street y sus inmediaciones de que les iría mejor viajando a Palestina que permaneciendo en el extremo oriental de Londres.

Los carteles anunciaron el acto por adelantado, y el entusiasmo se propagó. Un público masivo se reunió fuera del auditorio, esperando a que hablase el orador. Los que acudieron a oír al profeta del sionismo eran demasiado numerosos para entrar en la sala y formaron una enorme multitud fuera del edificio, deseando escuchar. Por suerte para los organizadores, en la parte trasera había un espacio abierto en el que las masas oyeron el audaz estallido de la campaña lobista de Herzl en Londres.

Los oyentes quedaron cautivados por el discurso, pero el amor no fue mutuo. En su diario, Herzl despreció a sus admiradores recién

descubiertos en Londres: «Me encontré con un ejército de *schnorrers* en posesión de un sueño» (*schnorrer* es un término peyorativo en yiddish que hace referencia a un mendigo)[11]. Pero empezó a tener claro que, si quería penetrar en la elite judía y no judía local, los necesitaría.

En la misma calle, estos nuevos inmigrantes podían oír también mensajes más universales y socialistas, no limitados al programa nacionalista sionista, y en años posteriores muchos de ellos tendrían que decidir cuáles de los dos dogmas les eran más útiles en su calidad de clase obrera judía en Gran Bretaña. Pero en el momento en el que apareció allí Herzl, la conciencia obrera no parecía todavía incompatible con el sionismo, y el profeta fue bien recibido.

Como explica el historiador Isaiah Friedman, «en Londres, la idea de establecer un Estado judío tuvo un efecto electrizante en los judíos pobres del West End, pero los ricos mantuvieron la distancia»[12]. Este judío vienés, vástago de un empresario próspero, encontró una base inesperada, ansiosa de presionar a favor del sionismo, en la empobrecida clase obrera judía de Londres. Y la siguiente parada ideal para ampliar el apoyo fue el Gran Salón de Asambleas *[Great Assembly Hall]* de Mile End.

GREAT ASSEMBLY HALL, MILE END ROAD, LONDRES, 1898

La primera piedra del Gran Salón de Asambleas de Mile End Road la puso nada menos que el conde de Shaftesbury el 10 de noviembre de 1883, un año antes de la inauguración oficial. En 1898, la fachada seguía siendo blanca, sin manchas de hollín y basura, a diferencia de los edificios más antiguos del East End. Era una elegante construcción de tres plantas, con dos entradas en la planta baja, una para la galería y una librería, y otra para un salón de actos más pequeño. Sobre ella se alzaban dos plantas enormes, salpicadas de largas ventanas vestidas con cortinas de raso. Pero la fachada, pese a su opulencia, no cuenta toda la historia de este edificio: estaba destinado a albergar a algunos de los muchos pobres de Londres. Era el proyecto de Frederick Charrington, heredero de un imperio cervecero que se convirtió en uno de los filántropos más conocidos de Londres.

El benefactor se unió al negocio familiar, y parecía destinado a una vida de comodidad y prosperidad. Parecía disponer de todo lo que un joven

pudiera desear. «Tenía una disposición agradable, era razonablemente inteligente y rico en extremo» es como lo describe la página digital de Tower Hamlets Mission[13]. Algunos llegan incluso a retratarlo prácticamente como un santo. He aquí cómo se desarrolló su «Camino a Damasco»: a los diecinueve años, tras leer el Evangelio, decidió convertirse y se volvió un cristiano devoto. Aproximadamente un año después, caminaba por Whitechapel cuando vio una mujer pobremente vestida con sus hijos, intentando que su marido saliera de una taberna y le diera algo de dinero para comer. El marido se enfureció y la tiró al suelo de un golpe. Charrington acudió en auxilio de la mujer y también acabó golpeado en el suelo. Cuando miró hacia arriba, vio su nombre escrito en el cartel situado encima de la taberna y decidió que no quería tener nada más que ver con el negocio cervecero. Se fue a casa y le dijo a su padre que abandonaba la empresa familiar y su herencia, y que dedicaría su vida a ayudar a los pobres del West End.

Abrió una escuela, dirigió una lucha para vaciar los salones de baile y se volvió un firme defensor del movimiento antialcohólico y miembro del Consejo del Condado de Londres para Mile End. En calidad de esto último ordenó la construcción del Gran Salón de Asambleas. El edificio daba cabida a cinco mil londinenses pobres e indigentes que podían asistir allí a oficios religiosos (pero que acudían principalmente por el té que servían antes del sermón vespertino). Durante la semana tenían acceso a una cafetería, una librería y muchas actividades sociales, fue un predecesor de los actuales centros comunitarios.

Pero el 3 de octubre de 1898, durante la tercera gira londinense de Theodor Herzl, los pobres de la ciudad estaban muy lejos de las preocupaciones de los asistentes. Herzl estaba allí para hablar a un público masivo sobre el tema del sionismo. Como el Club de Hombres Trabajadores de Great Alie Street, un espacio creado para empoderar a la clase obrera se convirtió en un hito en el viaje del lobby prosionista de la ciudad. Estas elecciones de espacio reflejan en parte del fracaso sionista: sin duda Herzl habría preferido dirigirse a los grandes y a los buenos en un lugar más salubre que el ajetreado West End. Pero también representaban una nueva oportunidad para el sionismo: la de obtener un verdadero respaldo de base entre los judíos comunes.

Diez mil personas acudieron a oír a Herzl en el auditorio. Ocuparon

todos los asientos disponibles. Herzl interpretó el papel de demagogo, exclamando a las multitudes: «¡El East End es nuestro!». El público vitoreó y aplaudió. Después de fracasar en el intento de poner de su lado a los banqueros, usó su discurso para atacar a esos mismos banqueros, tachándolos de enemigos de estos inmigrantes judíos recién llegados. Reprendió a los rabinos alemanes que se oponían al sionismo, acuñando el insulto *«protestrabbiner»,* pero el calificativo iba también dedicado al rabino mayor británico, Hermann Adler, que había aconsejado a la Asociación Anglojudía [Anglo-Jewish Association] «mantenerse en guardia y evitar ideas fantásticas y visionarias sobre el restablecimiento de una nación judía»[14].

Pero este discurso fue solo un ensayo general para una actuación más grandiosa que tendría lugar dos años después: el discurso inaugural del cuarto Congreso Sionista de 1900, en ese mismo Gran Salón.

EL CUARTO CONGRESO SIONISTA, 1900

El cuarto Congreso Sionista, celebrado en Londres, fue el primero organizado fuera de Europa continental. Al principio a Herzl no le gustaba demasiado la idea de organizar allí el evento, pero ver la pobreza de los inmigrantes de Europa Oriental en la ciudad lo convenció. Pensó que tal vez esos judíos estuviesen más dispuestos a trasladarse a Palestina. Quería demostrar que el sionismo ya no era una mera preocupación de intelectuales de Basilea, y vio la oportunidad de difundir su sueño de crear un Estado judío en Palestina. Tenía la intención de convertir el congreso en un gran acontecimiento, esperando que la prensa británica le diese cobertura. De esta forma, el sionismo podría llegar a millones de habitantes de Gran Bretaña[15].

Los delegados que asistieron al cuarto Congreso Sionista fueron ampliamente compensados por haber sido recibidos en este espacio relativamente humilde de Mile End con un banquete de siete platos ofrecido en el Queen’s Hall de Langham Place. En él se sirvieron, entre otros, *mock turtle* [falsa sopa de tortuga], salmón hervido, ansarino al horno y gelatina de limón. La tarjeta de invitación mostraba un dibujo de un grupo de judíos en alguna parte del mundo, guiados por un ángel que les mostraba el camino hacia Palestina (en segundo plano se ven soldados

romanos expulsando a un judío vestido anacrónicamente con el atuendo judío del siglo XIX; una mirada atenta a la figura muestra que recuerda a un Jesús genérico, aunque vestido de rabino). La lista de vinos para todos los actos del congreso estaba compuesta exclusivamente de caldos procedentes de la bodega que los Rothschild tenían en la colonia sionista de Rishon LeZion, la «Compañía de Vino Kosher de Palestina»[16].

Pese a toda su extravagancia, el Congreso Sionista estuvo a punto de celebrarse sin su estrella. Herzl llegó a Londres el 7 de agosto de 1900 muy enfermo, con fiebre alta, y pasó los primeros días de su visita en una cama del Langham Hotel. Puede que pusiera su fe en la política británica, pero parecía desconfiar mucho de la capacidad de la medicina británica para proporcionarle un tratamiento adecuado. El médico tenía que haberse formado en Viena y ser sionista. De algún modo, en el East End se encontró uno que cumplía con estas características: Leopold Liebster. Tras acabar con éxito el tratamiento, Herzl estaba listo para pasar a la siguiente fase de la defensa del sionismo en Gran Bretaña[17].

Durante el congreso, que se celebró sobre el telón de fondo de otra oleada de ataques a judíos, esta vez en Rumanía (de donde procedía un número importante de sus oyentes), Herzl pronunció varios discursos de larga duración. Insistió en que la única medida preventiva contra futuros pogromos era que el Imperio otomano, que en aquel momento controlaba el territorio de Palestina, emitiese una carta fundacional para el establecimiento de un Estado judío. Otros líderes notables del movimiento sionista no creían que el objetivo de obtener dicha carta fundacional fuera la única prioridad de un congreso de todos los sionistas. Querían reunir recursos para las colonias que ya estaban presentes en Palestina y analizar los aspectos prácticos de la nueva idea del nacionalismo judío en Palestina (como qué idioma deberían hablar, cuáles deberían ser los objetivos del sistema educativo, y otros aspectos de la nueva entidad política).

Apenas se debatió, por cierto, acerca de los palestinos, que en aquel momento todavía constituían el 90% de la población. Como en todos sus discursos anteriores, Herzl simplemente no consideró necesario hablar sobre las gentes que ya vivían en la Tierra Prometida. No porque desconociera su existencia; simplemente pensó que o bien recibirían de buen grado sus ideas o, de ser necesario, podrían ser obligadas a aceptarlas. Un año antes, mantuvo una correspondencia extensa con uno

de los dignatarios más importantes de Palestina, Yusuf Diya al-Khalidi, en aquel momento alcalde de Jerusalén y representante en el Parlamento otomano. Al-Khalidi le escribió una carta al rabino mayor de Francia, Zadoc Kahn, en 1899, señalando que los judíos solo podrían tomar Palestina por la fuerza, y sugiriendo que el movimiento sionista debía dejar a Palestina «en paz». Kahn le enseñó la carta a Herzl. El 19 de marzo de 1899, este le respondió a al-Khalidi en francés, asegurándole que, si los sionistas no eran deseados en Palestina, «buscaremos y, créame, encontraremos en otra parte lo que necesitamos»[18]. Dado que Herzl no tenía mucho deseo de visitar Palestina, y mucho menos de vivir allí, es posible que de verdad creyera esta afirmación; estaba dispuesto a explorar otras opciones. Pero en el congreso en sí, se centró en Palestina como destino exclusivo del movimiento sionista y se contentó con elogiar las virtudes del país.

En su ambición por obtener el respaldo británico, aduló la imagen que la elite inglesa tenía de sí misma con sus comentarios iniciales:

> Inglaterra, la gran Inglaterra, la Inglaterra libre, la Inglaterra que mira a los siete mares, nos entenderá a nosotros y entenderá nuestras aspiraciones. Desde aquí la idea sionista volará cada vez más alto; de esto sí podemos estar seguros[19].

Pero Herzl no se limitó a elogiar al Imperio británico. Llegó a sugerir que un Estado judío no solo podía favorecer los intereses británicos en Asia sino también los del mundo occidental en general, diciendo que tener una «estación cultural» en Asia era de «interés para las naciones civilizadas». Dicho sencillamente, jugó con los prejuicios de su audiencia. *The Manchester Courier,* que informó sobre el discurso, llegó a afirmar que un Estado judío aportaría «un elemento de estabilidad a la política asiática»[20].

La organización del congreso le correspondía a la Federación Sionista Inglesa [English Zionist Federation], que había sido fundada en 1899 y adoptado una constitución comprometida con el «fomento de la idea nacional de Israel» en Palestina. Recibió elogios por la buena organización del congreso, pero ese no era en absoluto el principal objetivo de dicha organización. Su misión principal era ganar influencia en el Parlamento. Desde su sede en Jessel Chambers, Chancery Lane, sus trabajadores enviaban a los parlamentarios panfletos con el siguiente texto:

> En caso de que vea usted con simpatía nuestro movimiento y me informe a tal efecto cuando lo estime oportuno, me alegrará aconsejar a nuestros amigos, en el distrito electoral que usted desea representar, que le den a su candidatura todo el apoyo del que sean capaces[21].

Para consumo interno de la federación, se publicó una larga lista de los que habían respondido favorablemente. Incluso algunos ministros del Gobierno expresaron su apoyo, aunque pidiendo que no se hiciera público, debido al cargo oficial que ocupaban. Fue el precursor de la actual actividad lobista a favor del sionismo, y recuerda la táctica usada hoy por la AIPAC al otro lado del Atlántico, prometiendo o retirando el respaldo electoral de acuerdo con la actitud de un candidato respecto al sionismo. Como veremos, fue más eficaz en Estados Unidos; en Gran Bretaña, había que ofrecer el apoyo a un partido o al líder de un partido, no hacía falta atraer los servicios del oscuro representante parlamentario de una circunscripción remota.

Estas tácticas las inventó y las puso en práctica Joseph Cowen (1868-1932) fundador y líder de la Federación Sionista Inglesa, que fue quien redactó los cuestionarios. Era pariente de Israel Zangwill, que lo convenció para participar en el primer Congreso Sionista, celebrado en Basilea en 1897. Cowen estableció una relación cercana con Herzl y lo acompañó en 1901 durante la audiencia con el sultán Abdul Hamid II. Causó tan buena impresión, que el fundador del sionismo lo homenajeó incluyéndolo como personaje, Joseph Levy, en *Altneuland* («Vieja nueva tierra»), su novela utópica sobre la construcción de un Estado judío en Palestina. No menos crucial como aportación al sionismo fue su actividad directiva en el Jewish Colonial Trust, el banco que se convirtió en herramienta esencial para la colonización de Palestina. Ese ingenuo fervor inicial no duraría; Cowen formó parte de la famosa delegación sionista que visitó Palestina en 1918, y escribió diciendo que la novia era preciosa, pero estaba casada con otro.

Al final Cowen no se convirtió en líder del sionismo inglés a comienzos del siglo XX. Esta posición la asumió Chaim Weizmann, a quien conoceremos en breve. Pero Cowen fue su mano derecha, y se mostró dispuesto a ayudarlo en las negociaciones de la Declaración Balfour.

Esta declaración, ahora un hito infame en la historia de Palestina y de

Oriente Próximo en general, no fue de hecho una declaración sino una carta: una carta que debía enviarse a la Federación Sionista de Gran Bretaña. No salió de la nada, sino que fue un destino alcanzado tras una larga senda de actividad lobista emprendida en 1905. La veremos de inmediato.

---

[1] *Haboker,* 19 de mayo de 1940, «entre los Rothschild de Londres».

[2] *The Jewish Chronicle,* 17 de enero de 1896.

[3] Maja Gildin Zuckerman, «The Maccabean Pilgrimage to Palestine and the Divergent Process of Zionist Meaning Making», *Jewish Culture and History* 22, 3 (2021), pp. 189-208.

[4] Anónimo, «Theodor Herzl Had Many Opponents in His Struggle to Found a Jewish State», *The Jewish Chronicle,* 28 de abril de 2010.

[5] Ari Shavit, *My Promised Land: The Triunph and the Tragedy of Israel,* Nueva York, Spiegel & Grau, 2013 [ed. cast.: *Mi tierra prometida. El triunfo y la tragedia de Israel,* Barcelona, Debate, 2018].

[6] *The Jewish Chronicle,* 22 de enero de 1897.

[7] M. G. Zuckerman, cit.

[8] Tom Segev, *State at Any Cost: The Life of David Ben-Gurion,* Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2019.

[9] *The Jewish Chronicle* siguió todas sus presentaciones en Londres en 1896, que incluyeron también un debate sobre la idea de Estado judío que él propugnaba organizado en la sinagoga londinense de los Hijos de Lodz *[Sons of Lodz Synagogue], The Jewish Chronicle,* 10-18 de julio de 1896.

[10] *The Daily Graphic,* 26 de noviembre de 1891.

[11] Citado en Colin Schindler, «Zionism's Hated Hero», *The Jewish Chronicle,* 28 de abril de 2010.

[12] Isaiah Friedman, «Theodor Herzl: Political Activity and Achievements», *Israel Studies* 9, 3 (otoño de 2004), p. 62.

[13] Véase [www.towerhamletsmission.org/Tower_Hamlets_Mission/History.html].

[14] C. Schindler, *op. cit.*

[15] Véanse los antecedentes en Stuart A. Cohen, *The Communal Politics of Anglo Jewry, 1896-1920,* Princeton, Princeton University Press, 2014, pp. 47-48.

[16] He recopilado esta información de varios documentos puestos a la venta; véase [www.invaluable.com/auction-lot/the-fourth-zionist-congress-in-london-designed-in-1-c-3184dd4a9f].

[17] Este relato aparece en el blog de la Biblioteca Nacional de Israel; véase [https://blog.nli.org.il/en/lbh_herzls_doctor/].

[18] Theodor Herzl, *Gesammelte Zionistische Werke,* Tel-Aviv, Hozaha Ivrit, 1934, volumen 5, pp. 484-486.

[19] *Ibid.*

[20] *The Manchester Courier,* 14 de agosto de 1900, citado en Benjamin Jaffe, «The British Press and Zionism in Herzl's time (1894-1904), *The Jewish Historical Society of England* 24 (1970-1973), pp. 89-100.

[21] English Zionist Federation, *General Election, 1900. Opinions of Parliamentary Candidates on Zionism,* Londres, English Zionist Federation, 1901.

3. El camino hacia la Declaración Balfour

Una foto publicada en 1905 en un periódico local muestra al entonces primer ministro británico, lord Balfour, y al alcalde de Manchester saliendo del Queen's Hotel para inaugurar una nueva escuela técnica. Un año después, Balfour utilizó el hotel de sede mientras esperaba los resultados electorales, en su intento, como líder del Partido Conservador y ex primer ministro, de conservar el escaño por Manchester East. Sufrió una derrota aplastante.

El hotel se había construido en la década de 1840, tras la apertura de la línea férrea entre Manchester y Birmingham (donde en la actualidad se levanta Manchester Piccadilly) y fue creado mediante la conversión de tres casas adosadas en un impresionante edificio en esquina de estilo italiano. La elección del hotel, aparte de su ubicación estratégica, tal vez se debiera a su especialidad, la sopa de tortuga, uno de los platos favoritos de Balfour (y de muchos de sus colegas conservadores, incluidos Winston Churchill y John Hope). Importaban tortugas vivas de Nueva York y las conservaban en tanques en el sótano, como proclamaba un anuncio publicitario:

> El hotel se permite respetuosamente informar a los habitantes de Manchester y sus cercanías de que acaba de recibir un gran cargamento de finas tortugas vivas transportadas en el vapor *America* desde Nueva York. Tortuga viva a la venta. Sopa de tortuga siempre lista y enviada a cualquier parte de la ciudad o del país[1].

Sopas de tortuga aparte, este hotel fue el lugar en el que Balfour y los líderes sionistas mantuvieron una conversación crucial acerca del futuro de Palestina y el sionismo. El principal interlocutor del político conservador fue Chaim Weizmann, también residente en Manchester e importante miembro del comité ejecutivo que dirigía la Organización Sionista tras la muerte de Herzl. En sus memorias, *Trial and Error,* Weizmann escribió que Manchester rebosaba de progresismo, algo que encajaba con su mentalidad y sus sueños[2]. También se sentía cómodo entre la próspera y siempre creciente comunidad judía de la ciudad.

Los encuentros de Balfour con Weizmann en 1905 y 1906 no serían una

mera nota a pie de página de la historia: modelarían de manera decisiva el destino de Palestina y sus gentes en la primera mitad del siglo XX.

Balfour no tuvo tiempo para regodearse en la derrota sufrida en Manchester. Se presentó de inmediato, ganándolas, a unas elecciones parciales al ayuntamiento de Londres, entonces un baluarte seguro para los conservadores, para retomar su cargo como líder del Partido Conservador, un puesto que conservó hasta 1911. Pero volvió con un nuevo proyecto político en mente.

Las razones por las que Balfour se fijó en el sionismo no eran ni mucho menos obvias, ciertamente no experimentaba una simpatía especial por las desgracias de los judíos. En 1905, el mismo año que conoció a Weizmann, votó a favor de la Aliens Act, la ley de extranjería que impuso los primeros controles a la inmigración en Gran Bretaña, diseñados para impedir la entrada de judíos huidos de los pogromos de Europa Oriental. Algunos especialistas sospechan que actuó guiado por el antisemitismo, tanto al limitar la inmigración judía a Gran Bretaña como en su entusiasmo por el establecimiento de asentamientos judíos en Palestina[3]. Pero esta era nada menos que la promesa de los propios sionistas judíos: Herzl les dijo repetidamente a británicos y alemanes que la colonización sionista de Palestina derivaría a los temidos inmigrantes *Ostjuden* de Europa occidental a Palestina.

Ya en las reuniones de Manchester, Weizmann logró empujar a Balfour en sentido sionista. Lo hizo con ayuda de Herbert Samuel, liberal y enemigo político de Balfour (y que también, como veremos más adelante, desempeñó una función muy importante en el lobby). Ambos colaborarían después para ayudar a expandir la posición sionista en Palestina. Samuel estaba presente en la primera reunión en el Queen's Hotel, y participó en la conversación[4].

¿Cómo acabó un inmigrante judío reuniéndose con Balfour, uno de los principales políticos del país? Los presentó Charles Dreyfus, entonces jefe de Weizmann en la Clayton Aniline Company, que haría grandes aportaciones al esfuerzo bélico británico. Como el nombre sugiere, era pariente lejano de Alfred Dreyfus, el oficial judío cuyo procesamiento y condena polarizó a la sociedad francesa. Próspero empresario de Manchester, presidía también la Sociedad Sionista de Manchester y formaba parte del Consejo de Gobierno de la ciudad. Su participación en

política no terminaba aquí: presidió la aciaga campaña electoral de Balfour en 1906. Dreyfus aprovechó la oportunidad para organizar reuniones entre el político conservador y Weizmann.

Balfour accedió a estas reuniones para entender por qué, tras la muerte de Herzl, el movimiento sionista se mostraba reacio a conversar sobre otras localizaciones distintas de Palestina para su proyecto colonizador. En 1903, mientras Balfour era primer ministro, Herzl y el Gobierno británico mantuvieron conversaciones serias sobre la construcción de un Estado judío en la Uganda británica, aunque al final el sexto Congreso Sionista rechazó la propuesta. El secretario británico para las colonias, Joseph Chamberlain, lo había sugerido como alternativa a una idea inicial propuesta por Herzl de asentar a los judíos en Al-Arish, en aquel momento bajo dominio angloegipcio (hoy capital provincial de la gobernación de Sinaí del Norte, cuarenta y siete kilómetros al oeste de la frontera entre Egipto y Palestina), con la intención de expandir desde allí la colonia judía al resto de Palestina, una idea que fue rechazada por el virrey británico en Egipto, lord Cromer[5]. El propio Dreyfus no planteó objeciones al plan de Uganda. Tras la muerte de Herzl en 1904, sin embargo, se descartó por completo cualquier posibilidad de asentar a los judíos de Europa Oriental en otra parte del mundo y el movimiento se orientó exclusivamente, guiado por Weizmann, hacia la colonización de Palestina.

Por eso, la historiografía que trata sobre la Declaración Balfour caracteriza adecuadamente la reunión entre Balfour y Weizmann en 1906 como un momento formativo en el que el político se decidió a apoyar la sionización de Palestina. Duró una hora. Weizmann recordaba que Balfour no ocultó su obvio antisemitismo, pero eso no pareció disuadir al líder sionista. Resumió que Balfour reservaba su animadversión para tipos concretos de judíos con los que él tampoco sentía afinidad. Cuando ambos se encontraron, Balfour confesó que había hablado sobre los judíos con Cosima Wagner en Bayreuth (donde se encontraron varias veces a finales de la década de 1890) y compartía «muchos de sus prejuicios antisemitas»[6]. Weizmann respondió que «los alemanes de creencia mosaica eran un fenómeno indeseable y desmoralizador»[7].

En esa reunión, Balfour repitió su apoyo al asentamiento de los judíos rusos en Uganda. Weizmann respondió diciendo, «Suponga que yo le ofrezco París en lugar de Londres». «Pero, Dr. Weizmann, tenemos

Londres», replicó Balfour. «Es cierto», dijo Weizmann, «pero nosotros teníamos Jerusalén cuando Londres era una ciénaga». «¿Hay muchos judíos que piensen como usted?», se preguntó Balfour. «Creo que hablo en nombre de millones de judíos». «Es curioso», comentó Balfour, «los judíos que yo conozco son muy diferentes». «Mr. Balfour», replicó Weizmann, «conoce usted al tipo de judíos equivocado». Parece que Weizmann logró convencer a Balfour de que aceptase Palestina como único destino para la emigración judía[8]. Como resultado de este cambio de objetivo dentro del movimiento sionista, Balfour, cuya principal prioridad probablemente fuese mantener a los judíos fuera de Gran Bretaña, se convirtió en sionista político por defecto.

Como veremos en capítulos posteriores, esta extraña mezcla de antisemitismo y ardiente sionismo sigue alimentando parte de la defensa de Israel en el mundo. En las conversaciones mantenidas por Balfour y Weizmann, ninguno de los dos había mencionado qué podrían decir los palestinos. También esto sigue ocurriendo en la actualidad: los derechos y las aspiraciones de estas gentes siguen sin tenerse en cuenta.

1915-1917: A PLENA VISTA

Mientras la guerra de trincheras en Europa se cobraba la vida de millones de soldados, los esfuerzos en nombre del sionismo avanzaban con celeridad. A esas alturas el lobby sionista institucional incluía tanto individuos que formaban parte de instituciones como otros que trabajaban de manera independiente en nombre del sionismo. Así, en este capítulo nos referimos a un lobby que abarca tanto los actos de apoyo oficiales como los no oficiales, como ya he observado en la introducción.

La principal institución sionista en los años de la Gran Guerra fue la Federación Sionista o, por dar su nombre completo, la Federación Sionista de Gran Bretaña e Irlanda [Zionist Federation of Great Britain and Ireland], fundada en 1899. Pero la mayor parte de la actividad lobista la efectuaron varios aristócratas anglojudíos que tomaron por aquel entonces las riendas en la defensa de una Palestina británica y judía.

Como he explicado, su principal reto fue convencer a las autoridades británicas de que una Palestina sionista tenía que ser una Palestina británica que se convirtiese en firme bastión de las ambiciones

imperialistas de Gran Bretaña en Oriente Próximo. Al comienzo de la guerra, esto no estaba en la agenda. En consecuencia, la misión del naciente lobby prosionista en Gran Bretaña fue presentar este objetivo como parte de la futura estrategia británica en Oriente Próximo. Sir Herbert Samuel asumió esta difícil tarea, siendo recompensado con el nombramiento de primer alto comisionado británico para Palestina en 1920.

Herbert Louis Samuel nació en 1870 y logró un ascenso rápido en las filas del Partido Liberal, que acabó liderando en 1931. Fue el primer judío no bautizado de Gran Bretaña nombrado ministro de Gobierno y líder de un partido. Disraeli, el primer judío que ocupó el cargo de primer ministro británico, había sido bautizado de niño en la Iglesia anglicana. Irónicamente, la aceptación misma y la popularidad de las que Samuel disfrutó en la política británica sugieren que los judíos del siglo XX disponían de otras vías en la lucha global contra el antisemitismo, sin necesidad de colonizar Palestina.

A diferencia de Balfour, que era gentil, Samuel no manifestó en público su simpatía por el sionismo en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Su propio primo, Edwin Montagu, siguió siendo un antisionista convencido. Pero una oleada de antisemitismo, en la que el propio Samuel se convirtió en víctima de falsas acusaciones durante el escándalo Marconi, parece haberle hecho cambiar de idea. Al comienzo de la guerra, en 1914, se reunió con Chaim Weizmann y manifestó su apoyo a la creación de un Estado sionista, dejando al propio Weizmann atónito ante el mesianismo de este anglojudío patricio. De múltiples maneras, podemos decir que Samuel se autoerigió en enlace entre el movimiento sionista y el Gobierno británico. Lo motivó el hecho de comprender que el Gobierno británico estaba a esas alturas decidido a disolver el Imperio otomano, debido a la decisión de Turquía de aliarse con las Potencias Centrales en la guerra. Esa desintegración del Imperio exigía acuerdos previos con otros miembros de la alianza, como Francia, que estaban tan ansiosos como Gran Bretaña de aumentar su territorio y su influencia. Samuel comprendió, en consecuencia, que hacía falta ejercer presión sionista en el mapa posbélico del mundo árabe, si se quería que ese mapa incluyese una Palestina judía. Como escribió en noviembre de 2014, «ahora las condiciones se han alterado profundamente»[9].

Inmediatamente después de la entrada de Turquía en la guerra, Samuel se reunió con el secretario del Foreign Office, Edward Grey, y le dijo que «quizá pueda surgir la oportunidad de cumplir con la antigua aspiración del pueblo judío y la restauración de un Estado judío»[10]. Observó que tal vez Rusia ayudase en este objetivo, porque eso aliviaría de población judía los territorios que poseía en ese momento y las nuevas tierras que esperaba adquirir en cuanto los imperios rivales cayesen derrotados.

Aclaró que este no era un proyecto para judíos como él, sino para los judíos de Europa Oriental. Saldría bien porque «el cerebro judío es una cosa notable». Los judíos británicos y estadounidenses tomarían la iniciativa de conducir a Palestina a los judíos de los territorios rusos ampliados. Ellos eran también los que podrían aportar fondos para el proyecto. «Los pequeños comerciantes de antaño se convertirían en una nación moderna», le prometió a Grey[11].

Lo que más les preocupaba a Grey y a Samuel era si Francia aceptaría dicha idea, pero un obstáculo más serio era la posición ambigua del primer ministro del momento, lord Asquith, que parecía ver poca ventaja en incorporar Palestina al Imperio británico en Oriente Próximo; después de todo, era «un país del tamaño de Gales, compuesto en gran medida por montañas áridas y en parte carente de agua», pero si iba a haber una colonia anglojudía, estudiaría la idea[12]. Asquith se quedó atónito al saber que alguien como David Lloyd George respaldaba la idea, porque en su opinión a este último:

> Le importan un bledo los judíos, así como su pasado o su futuro, pero piensa que sería una atrocidad dejar que los lugares sagrados pasaran a ser posesión o protectorado de un país agnóstico y ateo como Francia[13].

No podemos sino conjeturar lo que habría ocurrido si Asquith, padre de siete hijos, no se hubiese enamorado a sus sesenta y tres años de una joven enfermera del London Hospital a la que conoció en febrero de 1915. La muchacha no había cumplido los treinta, y él definitivamente se obsesionó con ella. Era hija del barón Stanley de Alderley, a quien Asquith conocía y con quien mantenía una buena relación, y era muy amiga de su propia esposa, Violet. Asquith le declaró su amor en cientos de cartas. La Srta. Stanley no estaba tan enamorada; su última carta declaraba que lo dejaba por un pretendiente más joven, que resultó ser Edwin Samuel Montagu,

miembro de su propio Gabinete de Gobierno. Para algunos historiadores, esta aventura condenó la carrera del político. En esta versión, Asquith, lleno de amor y desconsolado, ya no lograba gobernar, eran tiempos en los que los corazones rotos importaban más que los asuntos de Estado[14]. Si este romántico personaje hubiera permanecido en el poder, tal vez hubiese frustrado la Declaración Balfour. O en palabras escritas por Nathan Brun en el centenario de la Declaración Balfour en *Haaretz*, este fue «el triángulo amoroso que cambió el curso del sionismo», porque se llevó por delante a Asquith[15]. Pero tal afirmación solo es parcialmente cierta, el dirigente permaneció dieciocho meses en el cargo después de que se terminase la aventura, y también padeció la muerte de su hijo menor.

El pináculo de la actividad de Herbert Samuel a favor del sionismo fue convencer al Gobierno de que aceptase un memorando que él había escrito en nombre del movimiento sionista como base para analizar la futura política británica en referencia a Palestina. En retrospectiva, este fue un documento mucho más importante que la Declaración Balfour. Se titulaba *The Future of Palestine* [El futuro de Palestina] y resumía las reivindicaciones sionistas para el país[16].

El memorando derivó de la consulta entre Samuel y Chaim Weizmann. Desde la primera reunión de ambos, al líder sionista le encantó el compromiso de Samuel con la causa. Este le había indicado que sus opiniones reflejaban las posiciones de muchos de sus compañeros de Gabinete y animó a Weizmann a seguir trabajando con discreción y continuar paso a paso hasta que llegase el momento adecuado para intentar efectuar un acercamiento oficial al Gobierno británico.

Ambos coincidieron en que la realización del sueño sionista solo sería posible cuando «en Palestina se establecieran condiciones civilizadas»[17]. En ese momento, el lobby sionista en Londres se dedicaba a transmitir el mensaje de que un enclave sionista era una de las formas en las que el hombre blanco podía civilizar el mundo. Este alegato, esperaban, convencería a Gran Bretaña de establecer una Palestina británica como precursora de una Palestina sionista.

Entre 1915 y 1917, convergieron varios avances discretos y esenciales que llevaron al Gobierno británico a anunciar su respaldo al establecimiento de un Estado judío en Palestina. El primero fue la disposición británica a incumplir las promesas que había hecho acerca de

Palestina en las negociaciones con otras partes interesadas. Se abandonó a propuesta de establecer una Palestina anglofrancesa o internacional, negociada por ambas potencias desde 1912, al igual que la promesa de convertir Palestina, Irak y Transjordania en futuros reinos hachemíes, hecha durante la famosa correspondencia entre Husayn ibn Ali, jerife de La Meca, y sir Henry McMahon, alto comisionado británico en Egipto, en 1915 y comienzos de 1916. Un libro reciente publicado por Peter Shambrook ha puesto fin a un debate historiográfico que comenzó en la década de 1960 acerca de si Palestina había sido incluida o no en la promesa hecha por los británicos a los hachemíes. Basándose en material desclasificado, parece indudable que Gran Bretaña definió Palestina como parte del futuro mundo árabe-hachemí[18]. Al retirarse de estas propuestas alternativas para Palestina, Gran Bretaña se quedó con una sola: una Palestina judía.

Está claro que el impulso adquirido por el sionismo a partir de 1915 no solo estaba relacionado con la preocupación por los judíos. Una curiosa mezcla de antisemitismo y avaricia imperialista, desconfianza hacia el mundo musulmán y deseo de mortificar a los franceses impulsó a los políticos británicos al campo sionista.

Los historiadores debaten aún hoy si, entre 1915 y 1917, el rabo movía al perro o al contrario; en otras palabras, si las autoridades británicas creían que apoyar las aspiraciones sionistas en Palestina mejoraría la posición británica, o si fueron los defensores sionistas los que convencieron a los políticos de que una Palestina judía sería un activo: serviría de excusa para quitársela de las manos a los franceses, limitaría el poder hachemí en la zona y utilizaría a los judíos estadounidenses como contrapeso a un presidente que insistía en los derechos de autodeterminación de las personas que residían en el Imperio otomano.

En este libro no intento arrojar nueva luz sobre los orígenes de la Declaración Balfour. Lo que pretendo es ilustrar cómo se logró integrar a la comunidad anglojudía en la maquinaria de presión sionista, haciendo que se esforzase para generar una política británica prosionista que acabaría permitiendo la creación de un Estado judío en Palestina. El debate historiográfico sobre los orígenes y la importancia de la declaración tiende cada vez más a concluir que Gran Bretaña habría ocupado Palestina con la presión sionista o sin ella. Y sin embargo, la catástrofe que recayó

sobre los palestinos en 1948 no se debió a que Gran Bretaña hubiera decidido –en algún momento entre 1915 y 1917– absorber Palestina, sino a que la convencieron para convertirla en una Palestina sionista.

Las conclusiones fundamentales derivadas por los historiadores, desde una obra trascendental escrita por el historiador israelí Mayir Vereté hasta un trabajo reciente de James Renton, es que el principal motivo de la ahora notoria declaración fue la creencia de que el apoyo británico al proyecto sionista en Palestina fortalecería los intereses británicos en Oriente Próximo y en el mundo en general[19]. Renton aporta una nueva dimensión a este análisis cuando afirma que Whitehall creía que:

> La judía era una nación derivada de que en general se imaginasen los grupos étnicos como entidades raciales y cohesivas, guiadas por una profunda conciencia nacional[20].

Si bien esto puede parecer positivo a primera vista, sugiere algo muy siniestro: que los judíos eran una nación por derecho propio, no parte de una nación británica, o para el caso de ninguna otra, por razón de su etnia. Una de las personas mencionadas por Renton que sostenía ideas étnicas acerca del judaísmo era Mark Sykes, político y asesor especializado en asuntos relacionados con Oriente Próximo. Renton afirma que Sykes estaba influido por ideas neorrománticas de raza y nacionalidad que le parecían aplicables a la nueva nación judía propuesta por el sionismo[21]. No hay forma de exagerar la importancia de Sykes a la hora de desviar la atención de Gran Bretaña hacia Palestina. Él y otros políticos convirtieron la diplomacia británica durante la guerra en unos cimientos existenciales para el proyecto sionista en Palestina. Dada la debilidad de la presencia sionista en Palestina, el futuro de la colonización sionista sobre el terreno habría corrido un grave peligro sin la visión imperial británica.

Sykes fue clave para dirigir a Gran Bretaña hacia la adquisición de Palestina, un alejamiento claro de la política seguida hasta entonces por los británicos. En las primeras negociaciones con los franceses, que comenzaron en serio en 1912, acerca de cómo repartirse los despojos otomanos en caso de guerra, Palestina todavía parecía importar menos que Mesopotamia, Egipto y la península Arábiga para los británicos. En estas conversaciones, Gran Bretaña se mostró dispuesta a contemplar un mandato anglofrancés conjunto sobre Palestina o incluso a entregarle el

territorio a Francia. Pero las campañas en el frente bélico, en especial el segundo ataque lanzado por los otomanos contra el Canal de Suez desde la península del Sinaí, transmitieron el mensaje de que si Gran Bretaña quería proteger el Canal tenía que dominar Palestina.

Al principio, Sykes respaldó la visión de una Palestina anglofrancesa, como se refleja en el Acuerdo Sykes-Picot de 1916. Pero en cuanto él la abandonó, la propuesta dejó de tener defensores destacados en Gran Bretaña, y una estrategia que podría haber cambiado el destino de Palestina y de los palestinos quedó condenada a no materializarse. Y en consecuencia Mark Sykes, director general del Foreign Office y arquitecto del Acuerdo Sykes-Picot, pasó de ser un funcionario desinteresado a convertirse en uno de los mayores defensores del sionismo.

¿Cómo ocurrió esto? De origen y educación católicos, Sykes no estaba influenciado por la ideología restauracionista evangélica, y su conversión a la causa fue cuestión de geopolítica, no de religión. Esto fue en último término crucial para alinear la visión de una Palestina británica con el proyecto sionista.

Desde un punto de vista, su cambio de perspectiva estuvo también guiado por la influencia que atribuía al movimiento sionista en Estados Unidos (en 1916 el Gobierno estadounidense no había entrado todavía en la guerra). Algunos de sus conocidos hicieron la cuestionable afirmación de que los sionistas gozaban de gran influencia entre los judíos de Estados Unidos y por lo tanto, indirectamente, en su Gobierno. Esta impresión vaga se reafirmó en 1915, cuando Sykes habló con dos de los principales representantes del movimiento sionista, Nahum Sokolow y Chaim Weizmann; no menos significativa en estas reuniones fue la participación de Moses Gaster, jajam de la Congregación de Judíos Españoles y Portugueses, y antiguo dirigente de la Federación Sionista Inglesa[22]. Se reunieron con regularidad en 1916 y también ellos, como habían hecho los amigos de Sykes, defendieron la idea de que los judíos sionistas estadounidenses podían influir en la política bélica estadounidense. Sykes no fue el único en convencerse de que los judíos gozaban de un poder inmenso y tenían capacidad de influir en la política de Estados Unidos; e incluso de Rusia, donde estaban históricamente oprimidos[23].

Esta idea fue difundida con entusiasmo por Vladimir Ze'ev Jabotinsky, un sionista que fundó la legión judía del ejército británico y que lideraba el

movimiento sionista revisionista más extremo (del que surgió el actual Partido Likud). Jabotinsky escribió lo siguiente a las autoridades británicas: «Los judíos de América, en especial los de Nueva York (1.250.000), representan un factor político de gran influencia, incluso desde el punto de vista de la política internacional»[24]. La importancia exagerada de los sionistas estadounidenses fue unida al miedo a que los sionistas pudieran solicitar el respaldo alemán si los británicos decepcionaban sus esperanzas, algo que a ojos del Gobierno británico tendría consecuencias desastrosas[25].

Sykes y sus compañeros del Gabinete de Guerra británico tenían una cosa en común cuando se comprometieron a crear una Palestina anglosionista: no sabían prácticamente nada de Palestina. Nadie en los escalones superiores del Gobierno y de Whitehall era capaz de poner en duda las suposiciones en las que se basaban el memorando escrito por Samuel y documentos similares producidos por miembros del lobby sionista y remitidos al Gobierno a lo largo de 1915.

Eran documentos muy detallados. Proponían la visión de una Palestina colonizada por judíos del Imperio ruso como un supuesto favorable para todos. Sugerían cómo suscitar el apoyo al proyecto por parte de las potencias Aliadas e informaban de que Rusia indicaba que vería con buenos ojos la creación de una Palestina judía[26].

Sin embargo, pese a sus avances a la hora de convencer al Gobierno, el lobby debía aún seguir trabajando antes de tener la seguridad de que existía un compromiso sólido de los británicos con la creación de patria para los judíos en Palestina. En 1915-1916 debía superar la oposición de dos grupos a la política prosionista: políticos reacios a respaldar un proyecto sionista porque eran conscientes de que sería impopular entre los palestinos residentes en ese territorio, y judíos destacados que temían el impacto que dicho proyecto tendría en la comunidad anglojudía en general, preocupados por la posibilidad de que dificultase los esfuerzos de ser considerados parte de la nación británica, y a los que no les preocupaba mucho cómo afectaría a la vida de los palestinos.

La oposición en el Gabinete de Gobierno la resumió un miembro que les rogó a sus compañeros que observasen que «puesto que los habitantes eran en su gran mayoría árabes, estaba descartado [establecer una palestina judía]» y que no permitir que la mayoría decidiese su futuro sería contrario

«al fin principal por el que se había declarado que luchaban los Aliados»[27]. Otros rechazaban la idea porque sin duda suscitaría la oposición de franceses y hachemíes.

Samuel fue reclutado para lidiar con los políticos que señalaban las realidades demográficas como un obstáculo a la idea de crear una Palestina judía. Instó al Gobierno a pasar por alto el hecho incómodo de que la mayoría de los residentes en Palestina eran árabes:

> Al mismo tiempo, no era necesario aceptar la posición de que la población existente, escasa como era, tendría derecho a cerrar la puerta al retorno de la gente cuya conexión con el país precedía con mucho a la suya; en especial porque esta gente había dado lugar a acontecimientos de valor espiritual y cultural para la humanidad que contrastaban enormemente con el expediente vacío de los últimos mil años[28].

La última pieza del rompecabezas se puso cuando Herbert Asquith fue sustituido en el cargo de primer ministro por David Lloyd George. Desde un punto de vista estratégico, Lloyd George adoptó la perspectiva de que una Palestina judía sería mucho más útil para los intereses imperiales británicos en relación con Egipto que una Palestina árabe. Era un argumento que le alegró oír repetido en un congreso celebrado en Londres en 1919, en el que el destacado sionista Max Nordau prometió lo siguiente:

> Tendremos que ser los guardianes del Canal de Suez. Tendremos que ser los centinelas de nuestro camino a India a través de Oriente Próximo[29].

Al igual que Arthur Balfour, y al igual de hecho que muchos altos cargos políticos británicos, Lloyd George admiraba a Chaim Weizmann, lo que aumentó su voluntad de respaldar el sueño sionista de este. Era socio fundador del despacho de abogados epónimo Lloyd George, Roberts & Co., cuyos servicios fueron solicitados por la Federación Sionista Inglesa en relación con el Plan de Uganda, debido en parte a las estrechas relaciones de Lloyd George con el Foreign Office. Pero lo que más le impresionó, al parecer, fueron las aportaciones de Weizmann al esfuerzo bélico de Gran Bretaña.

Cuando Lloyd George había tomado las riendas como ministro de municiones, en 1915, Gran Bretaña experimentaba una escasez enorme de

acetona, sustancia necesaria para la fabricación de artillería pesada. La escasez se produjo debido a la falta de maíz, del que no podían abastecerse debido al bloqueo submarino alemán. Un amigo mutuo que trabajaba en *The Manchester Guardian,* C. P. Scott, le habló a Lloyd George de la destreza química de Weizmann, y del proceso que había diseñado para fabricar acetona a partir de castañas, un producto abundante en la isla[30]. Una fábrica de King's Lyn logró sustituir el maíz por castañas, lo que permitió de nuevo producir acetona en masa. La inminente crisis de producción de armamento estaba superada.

Al convertirse en primer ministro, en diciembre de 1916, Lloyd George recordó su deuda con Weizmann. Se reunieron solo dos semanas antes de que se emitiese la Declaración Balfour. Lloyd George quería condecorar a su amigo por los servicios prestados en el esfuerzo bélico, pero Weizmann rechazó cualquier condecoración: la única recompensa que deseaba, dijo, era una patria judía, un acontecimiento que George Bernard Shaw dramatizó en 1936 en una obra satírica titulada *Arthur and the Acetone*. La política exterior, por supuesto, no se guiaba por la devolución de favores. Pero en esta ocasión se pusieron en marcha las ruedas de la Declaración, y empezaron a girar a gran velocidad.

Desde septiembre de 1915, a todos los efectos, Balfour se convirtió en jefe de Weizmann en el Almirantazgo, tras asignarle el cargo de asesor técnico honorario. Pero Weizmann, aun siendo empleado a sueldo del Gobierno británico, dudó al principio de usar su cargo en pro de la causa sionista. Fue Balfour, su viejo contacto, quien lo animó a asumir un mayor interés y aprovechar su nuevo puesto para promocionarla con más intensidad en Gran Bretaña. De acuerdo con varios relatos, la historia volvió a mostrarse irónica en este punto; mientras que el lobista Weizmann dudaba de presionar al Gobierno para que actuase, la persona a la que él debía presionar, Balfour, lo animó a hacerlo. De acuerdo con el diario de Blanche «Baffy» Dugdale, sobrina muy querida de Balfour, un día este fue a la habitación de Weizmann y le dijo: «si los Aliados ganamos la guerra, puede que tengáis vuestro Jerusalén». Estas conversaciones entre Lloyd George, Balfour y Weizmann ayudaron a aumentar el interés gubernamental por el proyecto sionista, abriendo indirectamente el camino a la Declaración Balfour[31].

Al persuadir al Gobierno británico de que sus intereses geopolíticos

estarían mejor servidos con un Estado judío en Palestina, los sionistas habían conseguido superar la oposición del Gabinete cuando se produjo la Declaración. Pero el segundo obstáculo permanecía: los miembros destacados de la sociedad anglojudía que no compartían el sueño sionista.

PLEITOS ARISTOCRÁTICOS ACERCA DEL SIONISMO

El Gobierno británico, compuesto por hombres que ni sabían mucho de Palestina ni les importaba, era fácil de atraer en comparación con destacados judíos británicos. Para los principales sionistas judíos de Gran Bretaña, era tan importante convencer a su propia comunidad de la validez de la causa sionista como asegurarse el respaldo del Gobierno. La comunidad anglojudía estaba socialmente tan estratificada como Gran Bretaña en general. Mientras que Herzl captó la imaginación de los inmigrantes judíos del West End, algunos de los cuales se dejarían atraer más aún por el socialismo que por el sionismo más adelante, no consiguió ganarse a la aristocracia anglojudía que podría haber influido significativamente en las políticas implantadas desde arriba.

Herbert Samuel, también patricio, entendió la importancia de convencer a la aristocracia de la importancia del sionismo, y asumió con celo esta tarea. En este esfuerzo recibió la colaboración de dos aristócratas anglojudíos, lord Reading y lord Rothschild que, con otros, habían formado en febrero de 1915 un grupo lobista específico con el objetivo de defender el establecimiento de un protectorado británico en Palestina como base para crear allí un Estado judío. A continuación, trasladaron la atención hacia su propia comunidad.

Rufus Daniel Isaacs, primer marqués de Reading (1860-1935) era, como Samuel, un político liberal. Ocupó los cargos de presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra, virrey de India, y secretario del Foreign Office. Como Samuel, era judío practicante, y se convirtió en el segundo judío británico, después de Samuel, en ocupar cargos tan altos. Cuando lo nombraron embajador británico en Washington, durante la guerra, usó su posición para ejercer presión a favor del sionismo. Publicó en *The New York Times* (el 27 de marzo de 1918) una declaración conjunta con la Federación Sionista General, en la que pedía que Estados Unidos apoyase la creación de un Estado judío en Palestina. Como la de Samuel, su

trayectoria demostraba que en Gran Bretaña los judíos podían ascender hasta la cumbre, y quizá no necesitasen un Estado propio para hacerlo.

Los Reading crearon una dinastía de lobistas prosionistas. Su hijo Gerald Isaacs se casó con lady Eva Violet Melchett, hija de Alfred Mond (1868-1930), judío británico de próspero linaje industrial e hijo de Ludwig Mond (1839-1909), químico nacido en Alemania que inventó la aleación de níquel y fundó la Brunner Mond Company, que se fusionó con el ICI en 1926. Alfred Mond estuvo afiliado al Partido Liberal, aunque en 1926 se desligó de él en protesta por su política agraria, y se unió a los conservadores. Era amigo cercano de Chaim Weizmann, y trabajó incansablemente a favor de la causa sionista. Eva se convirtió en marquesa de Reading, vicepresidenta del Congreso Judío Mundial y presidenta de su sección británica, y más tarde en una de las principales defensoras del joven Estado de Israel.

Lord Reading, Rufus Isaacs, padre de Gerald, colaboró estrechamente con el barón Lionel Walter Rothschild (1868-1937), banquero y político británico, descendiente de la famosa familia de banqueros. Fue él quien recibió la carta de lord Balfour que se convirtió en la famosa, o infame, Declaración Balfour.

Los Rothschild eran una familia banquera británica fundada a finales del siglo XVIII en Manchester, y operaban como banqueros reales. Tenían sucursales en muchos países de Europa, y no todos ellos respaldaban el proyecto y el sueño sionistas. Así, cuando a finales del siglo XIX Herzl se puso en contacto con la rama alemana y la austriaca, estas le dieron la espalda. En Francia, otro Rothschild tenía sus propios proyectos sionistas; se trataba del barón Abraham Edmond Benjamin James de Rothschild (1845-1934), que financió la colonización inicial de Palestina.

En Gran Bretaña, sin embargo, algunos miembros de la familia demostraron ser sionistas entusiastas. Como Walter Rothschild, que debería ser recordado de hecho por sus logros como naturalista destacado y fundador del actual Museo de Historia Natural de Tring, donde se expone la mayor colección de especímenes de historia natural jamás reunida por una persona; pero que en la actualidad es conocido principalmente por su participación en la Declaración Balfour.

Walter y otros miembros de la familia Rothschild eran estrechos aliados de la clase dominante británica. La rama británica de su banco se convirtió

en una potente fuerza política cuando financió parte de los gastos del país durante las guerras napoleónicas. En 1875, el banco financió la compra del Canal de Suez y las aventuras de Cecil Rhodes en África. «Nuestro» Rothschild era el rostro público de la familia en Gran Bretaña. En 1925 se convirtió durante un año en presidente del Consejo de Diputados de los Judíos Británicos.

La principal oposición a los aristócratas que abogaban por el sionismo procedía, sorprendentemente, de sus propios parientes. El mayor enemigo de Herbert Samuel era su primo, Edwin Samuel Montagu (1879-1924), que formó parte, junto con Asquith y Stanley, del triángulo amoroso antes mencionado. Era un político progresista, considerado miembro del ala «radical» del Partido Liberal.

Montagu tenía el sionismo por una «creencia política perniciosa»[32] y, tras la publicación de la Declaración Balfour, que él consideraba antisemita, escribió una declaración propia, por así decirlo, en la que explicaba sus objeciones al sionismo (esta oposición incansable fue en cierta medida responsable de que su primo aceptase incluir al menos cierta referencia a los palestinos en la Declaración).

En el memorando que escribió advertía de que:

> Los turcos y otros mahometanos de Palestina serán considerados extranjeros, igual que los judíos serán tratados a partir de entonces como extranjeros en todos los países excepto Palestina[33].

Proféticamente, advirtió también contra el establecimiento de un Estado en el que la ciudadanía se concedería sobre la base de la religión.

Quizá lo más importante fuese su afirmación de que el sionismo distaba mucho de estar universalmente aceptado por la comunidad judía británica:

> La simpatía, que según sugiere el presidente de la Junta de Gobierno local está generalizada y profundamente arraigada en el mundo protestante, con la idea de restaurar el pueblo hebreo en la tierra que debía constituir su herencia, es muy a menudo, me temo, un deseo apenas oculto de librarse del ingrediente judío en las poblaciones protestantes[34].

Y añadía:

> Yo afirmo que no hay una nación judía. Los miembros de mi familia, por ejemplo, que llevan generaciones en este país, no tienen ningún tipo o especie de comunidad

> de perspectiva o de deseo con ninguna familia judía de cualquier otro país, aparte de profesar en mayor o menor medida la misma religión. No es más cierto que decir que un inglés cristiano y un francés cristiano son de la misma nación.
>
> Cuando a los judíos se les diga que Palestina es su patria, todos los países desearán de inmediato liberarse de sus ciudadanos judíos, y nos encontraremos en Palestina una población que expulsa a sus actuales habitantes.

Como expresaba lacónicamente al final: «Si Palestina se convierte en Patria de los judíos, todos los votantes de mi circunscripción electoral me dirán "¡¡¡Vete a tu país!!!"».

Según lo expresado por Weizmann, Montagu lanzó una guerra total contra la Declaración y pronunció discursos feroces a ese respecto en las reuniones del Gabinete de Gobierno. En sus memorias, Weizmann escribió lo siguiente acerca de él:

> No tenía nada nuevo que decir, pero la vehemencia con la que pronunciaba sus opiniones, la implacabilidad de su oposición, asombraron al Gabinete. Tengo entendido que el hombre casi lloraba[35].

En 1917, sin embargo, cuando el Gabinete de Gobierno británico estaba analizando la posibilidad de emitir la Declaración Balfour, la influencia política de Montagu estaba en un punto bajo, a consecuencia del deterioro de su salud, para el que los médicos no hallaron una explicación satisfactoria. En el Gobierno de Lloyd George, ejerció como secretario de Estado para India, y los largos memorandos y cartas que redactó en referencia a Palestina no lograron que el Gabinete retirase su respaldo a la colonización sionista de Palestina.

En las elecciones de 1922, Montagu perdió su escaño en la Cámara de los Comunes y se encontró completamente fuera de la política. Dos años después, el 15 de noviembre de 1924, falleció convertido en un hombre amargado y derrotado, que padecía una enfermedad entonces no identificada, probablemente septicemia o encefalitis.

La insurrección en la familia Rothschild aumentó gracias a Lionel Nathan de Rothschild (1882-1942). Lionel fue un comandante del ejército, banquero y político conservador británico que, con otros, fundó la Liga Antisionista de Judíos Británicos [Anti-Zionist League of British Jews] en 1917. La Liga se creó en oposición a la Declaración Balfour, inmediatamente después de la publicación de esta. En ella participaban sir

Philip Magnus y Montagu. Tenía solo dieciocho miembros, pero todos ellos eran políticos influyentes y, hasta que cesó sus actividades en 1929, constituyó el contrapeso más importante al lobby sionista en Gran Bretaña.

Los miembros de la Liga no se oponían a la emigración individual de judíos a la Palestina otomana, si allí los recibían bien, pero sí se oponían categóricamente a su llegada allí como nación, horrorizados ante la idea de que la nacionalidad de los judíos británicos fuese cuestionada debido al sionismo. Publicaron sus puntos de vista en una revista, *The Jewish Guardian,* dirigida por Laurie Magnus, que se convirtió en el equivalente antisionista de *The Jewish Chronicle,* la publicación sionista. Entre ambas revistas había un campo de batalla adicional. *The Jewish Chronicle* respaldaba con entusiasmo las ideas marxistas y bolcheviques que muchos inmigrantes judíos habían llevado al país desde Rusia, mientras que la Liga era drásticamente anticomunista. Asimismo, la Liga, muy en consonancia con altos cargos del Foreign Office, equiparaba erróneamente sionismo a bolchevismo (en el caso del Foreign Office, esta supuesta afinidad ideológica llevó a desear que la Declaración Balfour facilitase un acercamiento al nuevo Gobierno bolchevique que estaba a punto de dirigir Rusia)[36].

La oposición al sionismo y a la alianza anglosionista procedía también de instituciones de la comunidad anglojudía. Una de ellas era la Asociación Anglojudía (*Anglo-Jewish Association* - AJA), fundada en 1871 por un exdirector de *The Jewish Chronicle,* Abraham Benisch, y por Albert Löwy, rabino reformista de Londres. Dedicaba sus actividades a ayudar a judíos víctimas de antisemitismo en cualquier parte del mundo. Desde su creación, era una institución que gozaba de la confianza de la comunidad. En 1878 estableció con la Junta de Diputados un Comité Extranjero Conjunto [Conjoint Foreign Committee].

En 1917, tanto la Junta de Diputados como la AJA estaban lideradas por anglojudíos que se oponían al proyecto sionista. El presidente de la Junta era David Lindo Alexander y la AJA estaba liderada por Claude Montefiore. Los dos hombres disentían en muchos temas, pero estaban unidos en su antipatía hacia el sionismo y hacia la definición que este hacía del judaísmo.

La hostilidad los llevó a intentar impedir que se produjese la Declaración Balfour redactando el 17 de mayo de 1917 una declaración conjunta que

enviaron a *The Times*, pero no salió publicada hasta una semana después. Tal vez esto se debiera a las simpatías prosionistas del entonces director del periódico, y el retraso disminuyó el impacto de su comunicado, porque Weizmann ya había hecho anuncios públicos aludiendo al inminente respaldo del Gobierno británico a la creación de un Estado judío en Palestina[37].

Una de las razones principales de la oposición al sionismo entre anglojudíos destacados era que se sentían británicos, no una nacionalidad separada dentro de Gran Bretaña. A diferencia de otras partes de Europa, los anglojudíos no tenían memorias de pogromos, y en 1890 se les había otorgado la plena emancipación jurídica. Aunque Gran Bretaña se convirtió en centro de la actividad lobista prosionista, su aparición y expansión tuvo poco que ver con la experiencia real de antisemitismo en el país, y tampoco se veía como un remedio a la opresión sufrida allí por la comunidad judía. La actividad de presión sionista en Gran Bretaña, ya fuese liderada por judíos o por no judíos, estaba más relacionada con la visión estratégica acerca del futuro del Imperio en Oriente Próximo que con cuestiones que afectasen a los judíos británicos.

El animado y todavía activo debate historiográfico sobre el aumento del antisemitismo en Gran Bretaña durante ese periodo indica lo marginal que era el sionismo en lo referente a la percepción ciudadana de un antisemitismo local, que indudablemente existía, en especial entre 1912 y 1914. El debate a este respecto lo provocaron dos escándalos: el escándalo Marconi y el de la «compra de plata para India». El asunto Marconi hacía referencia a diversas alegaciones en las que se afirmaba que la famosa empresa de comunicación había ganado de manera injusta e ilegal la licitación del Servicio de Correos Británico para establecer una red telegráfica. El director de Correos era Herbert Samuel, y se alegó que había dado preferencia a una compañía de propiedad judía, dirigida por Godfrey Isaacs, hermano del primer lord Reading, por aquel entonces fiscal general. Se acusó de colaborar en la conspiración a Lloyd George, en aquel momento secretario de Hacienda, y a lord Alexander Murray, jefe del grupo parlamentario liberal. Antes del acuerdo, todos ellos compraron acciones a un precio ridículamente bajo, lo que les sirvió para duplicar sus ganancias cuando se firmó la contratación. Una comisión parlamentaria rechazó la mayoría de las alegaciones, pero la prensa popular apuntó que

existía una «conexión judía».

Coincidiendo con esto se produjo el escándalo de la «compra de plata para India». La Oficina de India compró lingotes de plata para acuñar rupias indias. La compra se le confió sorprendentemente a un banco privado, y no, como era costumbre, al Banco de Inglaterra. El banco privado era el Samuel Montagu & Co. Bank. Varios miembros de la familia Montagu trabajaban simultáneamente en el banco y en la Oficina de India, otra razón para que se difundiesen rumores de que se trataba de una conspiración judía. Recuérdese que Herbert Samuel estaba emparentado con los Montagu, y eso no ayudó. Y el asunto fue aumentando, poniendo de manifiesto la implicación de más gente, con relaciones familiares de uno u otro tipo con los Montagu. De nuevo, la investigación consideró nulas o no demostradas la mayoría de las alegaciones[38]. La principal revista antisemita del país, *The Eye Witness,* que pronto pasaría a llamarse *The New Witness,* lideró el ataque.

Al final, ambos asuntos estaban más relacionados con la corrupción intrínseca del sistema capitalista liberal británico del momento que con nada relativo a los judíos. Pero con independencia de lo que digan los historiadores acerca de él, es obvio que el antisemitismo en la época de la Declaración Balfour no hizo aumentar el respaldo al sionismo. Ninguno de los mencionados en los escándalos se sintió impotente o incapaz de soportar el ataque, y de hecho consiguieron mantener sus cargos públicos después de que estallasen los escándalos. Gran Bretaña era y siguió siendo un lugar seguro tanto para los judíos pobres del East End como para los ricos del West End[39].

Ni la ausencia de un antisemitismo generalizado ni la presencia de vehementes campañas antisionistas frenaron el respaldo del Gobierno británico al sionismo. De hecho, el Gobierno británico participó en la campaña para obtener apoyos dentro de la comunidad anglojudía y entre las comunidades judías de todo el mundo. Poco antes de que se efectuase la declaración, el Gobierno británico y el movimiento sionista unieron fuerzas para promocionar la nueva alianza entre los judíos de todo el mundo, con el objetivo de que recibiese un amplio apoyo una vez establecida. Esta colaboración institucional entre el Gobierno británico y el sionismo fue en muchos aspectos tan significativa como la propia Declaración Balfour. El Ministerio de Información, brazo propagandístico

del Gobierno británico, contrató a uno de los principales activistas del movimiento sionista para que le ayudase a convencer a los judíos de todo el mundo de que apoyasen la Declaración. Se llamaba Albert Montefiore Hyamson y era funcionario del Servicio de Correos. A partir de 1900, Montefiore publicó extensamente artículos sobre sionismo en varios periódicos. Sus principales escritos aparecieron en el boletín informativo del Comité Palestino Británico [British Palestine Committee], la principal publicación del lobby. Era un escritor brillante y convincente. Lloyd George declaró que uno de los artículos de Hyamson publicados en *The New Statesman* había estimulado su interés por el sionismo[40]. En abril de 1917, Hyamson fue nombrado director de *The Zionist Review* (el periódico publicado por la Federación Sionista Inglesa).

La idea de que Hyamson iba a dirigir una Oficina Judía dentro del Ministerio de Información la adelantó Jabotinsky. Y de ese modo Hyamsom se convirtió de repente en el mejor activo propagandístico del Ministerio y de la Federación Sionista. Entre sus producciones más impresionantes se encontraba una película titulada *The British Reconquering Palestine for the Jews* [Los británicos reconquistando Palestina para los judíos], realizada tas la entrada del general Allenby en Jerusalén, que había sido ocupada en diciembre de 1917. La película se envió a comunidades y organizaciones judías de todo el mundo[41]. La portada de uno de los libros que escribió, titulado *Palestine. The Rebirth of an Ancient People* [Palestina. El renacimiento de un pueblo antiguo], les decía a los lectores que este libro enumeraba «los beneficios que la reciente colonización judía de Palestina le ha aportado a esa tierra»[42]. A la tierra, por supuesto, no a la gente. Hyamson también convirtió a Jabotinsky en periodista británico oficial de los asuntos sionistas en Palestina. Por sus esfuerzos, al primero se le concedió más tarde un cargo en el primer Gobierno del mandato británico de Herbert Samuel, cuando se convirtió en alto comisionado de Palestina. La suya fue de hecho una trayectoria deslumbrante que comenzó con una humilde defensa del sionismo, pasando a desempeñar una función en la asesoría estratégica británica acerca del futuro de Palestina y después a formar parte de la administración que dirigía el país colonizado, todo ello en un plazo de cuatro años, cuando los judíos constituían poco más del 10% de la población de Palestina.

Pero me parece que el logro más importante de lobistas como Weizmann y Hyamson fue el de atraer a Lloyd George a la causa sionista y convencerlo de que los objetivos estratégicos del Imperio británico y los del movimiento sionista eran los mismos. Se había organizado el escenario para dar los toques finales a uno de los documentos más famosos en la historia de la Palestina moderna.

LA REDACCIÓN DEFINITIVA DE LA DECLARACIÓN BALFOUR

Con el avance de las fuerzas británicas, ayudadas por tropas del ANZAC, sobre el terreno en Palestina, la preparación de la declaración ganó impulso. Todos estos políticos en los que había invertido el lobby estaban a esas alturas dispuestos a llevar adelante el proceso. Sykes fue ascendido en enero de 1917 a la secretaría del Gabinete de Guerra, con responsabilidad sobre los asuntos de Oriente Próximo. Ese mes, mantuvo reuniones intensivas con Nahum Sokolow y Chaim Weizmann.

En marzo de 1917, en una reunión con Balfour, Weizmann observó que era «la primera vez que mantenía con él una verdadera conversación de negocios»[43]. En contra de una predicción anterior de Balfour, los franceses empezaron a mostrar menos entusiasmo por la creación de una Palestina británica; el asunto tuvo una recepción similarmente fría en Roma, donde el Vaticano manifestó sus propios recelos. Sykes invitó entonces a Nahum Sokolow a participar en las negociaciones con los franceses y a «educarlos» acerca del sionismo. Parece que era una persona convincente y cumplió con su cometido. También convenció al papa Benedicto XV, en mayo de 1917, de que respaldase la propuesta (ayudado por el creciente apoyo al sionismo entre la comunidad judía italiana). La siguiente parada fue Estados Unidos, pero dejaré el relato de la presión a favor de la Declaración Balfour y el sionismo al otro lado del Atlántico para el capítulo 5[44].

En junio de 1917, los lobistas a favor del sionismo y todos los dirigentes británicos empezaron a redactar lo que acabó siendo conocido como la Declaración Balfour. El borrador inicial lo prepararon importantes sionistas británicos. Un documento paralelo redactado por el Foreign Office fue enviado a la papelera de la historia porque no satisfacía al movimiento sionista[45]. El 17 de ese mes, y en paralelo con estos últimos

esfuerzos, la Junta de Diputados de los Judíos Británicos se transformó en grupo defensor de las iniciativas sionistas en Gran Bretaña. En esa fecha, bajo la presión de *The Jewish Chronicle,* se organizó una votación en el comité conjunto de la Junta y del Comité Anglojudío. Sesenta y un miembros votaron a favor del proyecto sionista en Palestina, cincuenta y seis en contra, y seis se abstuvieron. El presidente de la Junta, David Lindo Alexander, dimitió, y fue sustituido por el hermano mayor de Herbert Samuel. En muchos aspectos debería haber sido el destinatario de la famosa carta de Balfour, tanto por ser presidente de la Junta como también en su calidad de prosionista. Pero alguien, se supone que Weizmann o Herbert Samuel, consideró que la Junta estaba aún demasiado dividida con respecto al sionismo como para dar a la carta una cálida recepción. Y por lo tanto el destinatario fue Rothschild, tan convencido del sionismo que escribió a *The Times* para quejarse de la declaración antisionista del Comité Extranjero Conjunto.

El 31 de octubre de 1917, el Gabinete de Guerra aprobó por fin la redacción sionista de la declaración, que fue anunciada unos días más tarde en la Cámara de los Comunes. Se trataba de una declaración diplomática insólita: la promesa de construir una patria para los judíos en Palestina, hecha por el Gobierno británico al jefe informal de la comunidad judía británica. Por supuesto, anglojudíos como Rothschild no tenían intención de hacer las maletas y emigrar.

El domingo 2 de diciembre de 1917, un mes después de que la declaración le fuese entregada a lord Rothschild y leída en la Cámara de los Comunes, se organizó a toda prisa en la Royal Opera House un acto de agradecimiento. Lo presidía lord Rothschild y a él asistieron, entre otros, Herbert Samuel y Chaim Weizmann. Una reseña hablaba incluso de la presencia de un ponente árabe de Palestina, aunque no parece que otras fuentes corroboren este hecho.

La declaración fue el primer éxito tangible del lobby. La construcción de un Estado judío en Palestina estaba ahora reconocida como un interés imperial británico. Esto quería decir que, a partir del momento en el que adquiriese el control de hecho sobre la Palestina otomana, Gran Bretaña ayudaría a construir la infraestructura para la creación de un Estado judío en el territorio.

Gran Bretaña completó la ocupación de Palestina en el invierno de 1918,

e impuso inicialmente un régimen militar hasta que la comunidad internacional, a través de la Liga de Naciones, terminó sus deliberaciones acerca de cómo dividir los restos otomanos en el mundo árabe entre Gran Bretaña, Francia e Italia. En 1920, quedó claro que la Liga y los aliados de Gran Bretaña en la Gran Guerra consentían que la Palestina otomana se convirtiera en Mandato británico, en el que Gran Bretaña era libre de decidir cómo gobernar y cómo visualizar su futuro.

A este respecto, la Declaración Balfour como carta no fue tan importante; solo se convirtió en un factor clave en el futuro de Palestina y de los palestinos una vez incorporada a la carta fundacional del Mandato, en 1922. Armado con la nueva carta fundacional, cuando fue nombrado en 1920 primer alto comisionado, Herbert Samuel pudo conservar, al menos hasta que terminó su mandato, la orientación prosionista de la política británica en Palestina.

---

[1] Tomado de la página digital Architects of Greater Manchester; véase [https://manchestervictorianarchitects.org.uk/buildings/queens-hotel-portland-place-piccadilly-and-portland-street-manchester].

[2] Chaim Weizmann, *Trial and Error: The Autobiography of Chaim Weizmann,* Londres, Hamish Hamilton, 1949, p. 129.

[3] Véase un buen resumen de este punto de vista en Gilbert Achcar, «Zionism, Anti-Semitism and the Balfour Declaration», *Open Democracy,* 2 de noviembre de 2017.

[4] Sameh Habib y Pietro Stefanini, «Introduction», en S. Habib y P. Stefanini (eds.), *Giving Away Other People's Land: The Making of the Balfour Declaration,* Londres, PRC, 2017, pp. 6-7.

[5] Adam Rovner, *In the Shadow of Zion: Promised Lands Before Israel,* Nueva York, New York University Press, 2014, pp. 50-51.

[6] La carta de Weizmann se puede leer en Meyer Weisgal (ed.), *The Letters and Papers of Chaim Weizmann,* vol. VII, Oxford, Oxford University Press, 1968, p. 81.

[7] *Ibid.*

[8] El diálogo está registrado en Avi Shlaim, «The Declaration that Changed History for Ever» (reseña sobre el libro de Geoffrey Lewis, *Balfour and Weizmann: The Zionist, the Zealot, and the Emergence of Israel,* Londres, Bloomsbury, 2009), *The Observer,* 28 de junio de 2009.

[9] Universidad de Oxford, St. Antony's College Middle East Centre, Samuel Collection GB165-0252, Samuel Collection, Breakup of the Ottoman Empire (Palestine) 14.2.15-20/7/20 DR 588.25, carta de Herbert Samuel fechada el 9 de noviembre de 1914. Véanse también Jonathan Schneer, *The Balfour Declaration. The Origins of the Arab Israeli Conflict,* Londres, Bloomsbury Books, 2011, pp. 107 y 155; y Adam Hogan, «Zionism in the British Perspective: Settler Colonialism and Population Transfer in Palestine Mandate», tesis doctoral presentada en la Universidad de Exeter, 2021, p. 167.

[10] A. Hogan, *op. cit,* p. 167.

[11] John Bowle, *Viscount Samuel. A Biography,* Londres, Gollancz, 1957, p. 171. Véase la correspondencia completa en J. M. N. Jefferies, *Palestine: The Reality. The Inside Story of the Balfour Declaration,* Londres, Olive Branch, 2016, p. 51.

[12] Earl of Oxford and Asquith, *Memories and Reflections,* vol. II, Toronto, McClelland and Steward, 1928, p. 65; véase también Regina Sharif, «Christians for Zion, 1600-1919», *Journal of Palestine Studies* 5, 3-3 (primavera de 1976), p. 129.

[13] *Ibid.*

[14] William M. Mathew, «The Balfour Declaration and the Palestine Mandate, 1917-1923: British Imperialist Imperatives», *British Journal of Middle Eastern Studies* 40, 3 (2013), pp. 231-250.

[15] [www.haaretz.com/Israel-news/2017-11-02/ty-article/.premium/the-love-triangle-that-changed-the-course-of-zionism/0000017f-e582-dea7-adff-f5fb9ed40000].

[16] The National Archives, Londres, «The Future of Palestine», enero de 1915, memorando escrito por Herbert Samuel; véase también A. Hogan, *op. cit,* p. 171.

[17] Barnet Litvinoff (ed.), *The Letters and Papers of Chaim Weizmann,* volumen I, serie B, agosto de 1898-julio de 1931, Jerusalén, Transaction Books, 1983, pp. 122-124.

[18] Peter Shambrook, *Policy of Deceit: Britain and Palestine, 1914-1939,* Londres y Nueva York, Oneworld Academic, 2023.

[19] *Ibid.;* Mayir Vereté, «The Balfour Declaration and its Makers», *Middle Eastern Studies* 6 (1970), pp. 48-76.

[20] James Renton, *The Zionist Masquerade: The Birth of the Anglo-Zionist Alliance, 1914-1918,* Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 4, 13.

[21] *Ibid.,* p. 15.

[22] James Renton, «Recognising Chaim Weizmann and Moses Gaster in the Founding Mythology of Zionism», en Michael Berkowitz (ed.), *Nationalism, Zionism and the Ethnic Mobilization of the Jews in 1900 and Beyond,* Leiden, Brill, 2004, pp. 129-151.

[23] *Ibid.,* p. 23.

[24] *Ibid.,* p. 38.

[25] *Ibid.,* p. 65.

[26] Universidad de Oxford, St. Antony's College Middle East Centre, Samuel Collection, GB165-0252, Samuel Collection Break-up of the Ottoman Empire (Palestine) 14.2.15 - 20/7/20, DR 588.25, carta de Herbert Samuel fechada el 14 de febrero de 2015; véase también A. Hogan, *op. cit,* p. 171.

[27] The National Archives, Londres, CAB 42/26, G. 46; CAB 22/3 - diciembre de 1918 y debate del Comité de Guerra del 16 de diciembre de 1915.

[28] *Ibid.*

[29] Citado en Allan Arkush, «Max Nordau: The Post-Herzl Years», en Carsten Schapkow, Shmuel Schepkaru y Alan Levenson (eds.), *The Festschrift Darkhei Noam,* Leiden, Brill, 2015, p. 236.

[30] [https://balfourproject.org/the-balfour-declaration-key-players-and-events-by-mary-grey/#https://balfourproject.org/427/]

[31] Mrs Edgar Dugdale, *The Balfour Declaration - Origins and Background,* Londres, Jewish Agency por Palestine, 1940, pp. 15-16; C. Weizmann, *op. cit,* p. 152.

[32] Memorandum of Edwin Montagu on Anti-Semitism and the Present (British) Government - submitted to the British Cabinet [Memorando de Edwin Montagu acerca del antisemitismo y el presente Gobierno (británico), remitido al Gabinete británico], agosto de 1917, en [https://www.jewishvirtuallibrary.org/montagu-memo-on-british-government-s-anti-semitism].

[33] *Ibid.*

[34] *Ibid.*

[35] *Ibid.*

[36] James Edward Renton, «The Historiography of the Balfour Declaration: Toward a Multi-Causal Framework», *Journal of Israeli History* 19, 2 (1998), p. 111.

[37] Neville Teller, «The Balfour Declaration: Why Lord Balfour?», *The Jerusalem Post,* 9 de noviembre de 2017.

[38] [https://hansard.parliament.uk/lords/1912-11-14/debates/5fe8924b-560b-47f8-8fea-00f48c8ce88f/ThePurchaseOfSilverForIndia].

[39] Puede leerse acerca del debate historiográfico en Gizela C. Lebzelter, *Political Anti-Semitism in Englad,* Nueva York, Holmes and Meyer, 1978, pp. 31-35, 108-162; y Bryan Cheyette, «Hilaire Belloc and the "Marconi Scandal", 1900-1904: A Reassessment of the Interactionist Model of Racial Hatred», *Immigrants and Minorities* 8, 1 (1989), pp. 130-142. Para más información acerca de la línea entre la economía y la comunidad anglojudía, véase Daniel Gutwein, *The Divided Elite: Economics, Politics and Anglo-Jewry,* Leiden, Brill, 1992.

[40] J. Renton, *Zionist Masquerade. The Birth of the Anglo-Zionist Alliance, 1914-1918,* cit., pp. 73, 75-76.

[41] *Ibid.,* p. 96.

[42] Albert Montefiore Hyamson, *Palestine: The Rebirth of an Ancient People,* Londres, Nabu Press, 1917.

[43] Citado en J. Schneer, *op. cit,* p. 209.

[44] Véanse más detalles en *ibid.,* pp. 210-215.

[45] Maryanne A. Rhett, *The Global History of the Balfour Declaration: Declared Nation,* Londres y Nueva York, Routledge, 2015, p. 28.

4. La actividad del lobby sionista en Gran Bretaña durante el Mandato

ATRAYENDO AL PARTIDO LABORISTA EN LA DÉCADA DE 1920

Dollis Hill es un inmenso pulmón verde al noroeste de Londres, en el distrito de Brent. En otro tiempo estaba situado en medio del campo, pero ahora la dispersión urbana hace que se sitúe en la Zona 3 de Londres, y que esté bien comunicado mediante la Jubilee Line. En la década de 1920, a las casas adosadas de tipo eduardiano originales se sumaban pareados y un pequeño centro empresarial.

Se había dado a conocer cien años antes, cuando la familia Finch consolidó varias granjas ubicadas en la colina epónima para formar una sola propiedad, y construyó Dollis Hill House como residencia. Lord Aberdeen compró más tarde la casa y recibió en ella durante largos periodos como huésped de honor a William Ewart Gladstone. Como homenaje, tras la muerte del primer ministro en 1896, el jardín de la finca se convirtió en Gladstone Park, un nombre que lleva todavía hoy. Es otro hito importante en la historia del lobby prosionista en Gran Bretaña.

Conservaba su apariencia rural cuando un grupo muy poco burgués, al menos de aspiración, Poale Zion (trabajadores de Sion en hebreo) en Inglaterra, estableció su sede en la casa número 14, una de las nuevas casas del vecindario construidas en Gladstone Park Gardens.

Poale Zion era un movimiento ideológico sionista que intentaba fundir el sionismo con el socialismo, como defendía su ideólogo y fundador Dov Ver Borojov. Escribió el primer programa de Poale Zion, *Nuestra plataforma,* en 1906, y en él presentaba la estructura de clase de la sociedad judía a modo de pirámide invertida. En su análisis, los judíos están destinados a ocupar una posición económica anómala en la sociedad capitalista moderna porque, en cuanto población inmigrante, están apartados de la naturaleza, el «patrimonio material nacional» que es la condición previa para el desarrollo de las fuerzas de producción. Como los judíos no tienen territorio, tampoco tienen campesinado; y, además, se

mantienen como un grupo nacional distinto, porque para proteger su control sobre el territorio material la nación mayoritaria no permite la entrada de los judíos en la agricultura ni en otros sectores básicos. Los judíos solo pueden entrar en campos de la industria todavía no ocupados por la nación mayoritaria, de ahí su sobrerrepresentación en industrias de consumo como las agujas y el tabaco, y su pobreza crónica. Esto hace que su posición sea intrínsecamente precaria, porque en el momento en el que la nación mayoritaria es capaz de entrar en esa industria por sí misma, la nacionalidad extranjera «queda completamente aislada de cualquier posibilidad de acceder a la economía del país en el que vive»[1]. Palestina sería el nuevo foco de una oleada de migración judía por necesidad histórica, y dado que el territorio conservaba una economía «semiagrícola», los judíos podrían entrar en las industrias básicas y crear los medios de producción. Como tantos otros ideólogos de los sionistas socialistas, daba por supuesto que los habitantes nativos de Palestina no opondrían resistencia a este proceso. La autonomía territorial judía en Palestina sería el primer paso hacia el socialismo.

El sionismo de estos trabajadores emergió después de que el Bund General de Trabajadores Judíos, que organizaba a los obreros en todo el Imperio ruso, se pronunciase contra el sionismo en 1901. Los obreros de la Zona de Residencia (los límites dentro de los cuales se permitía residir a los judíos), que se extendían por el sur de Rusia y partes de Polonia, fundaron asociaciones sobre la base de que la solución a las desgracias de los obreros judíos radicaba en fundar un nuevo Estado. En 1905, adquirió una identidad clara cuando los «territorialistas» (es decir, quienes creían que se podía formar un Estado judío en cualquier parte, Uganda incluida) se retiraron de la nueva organización; a partir de entonces, Poale Zion estuvo formada solo por quienes creían firmemente en una Palestina judía. Se fundó como organización independiente en Purim en 1906, en el almacén de una panadería judía de Poltava.

Los fundadores de Poale Zion se convirtieron en algunos de los principales pensadores del proyecto sionista inicial. Intelectualmente, estos precursores asumieron el liderazgo del movimiento sionista durante el Mandato, primero, y del Estado de Israel, después; y entre ellos se encontraba el líder indiscutible del movimiento y del Estado, David Ben-Gurion. Más tarde, Poale Zion se fusionó con otros grupos, y en 1930

fundó Mapai, el partido que gobernó Israel aproximadamente hasta 1977 (aparecería después con diferentes nombres, como el Movimiento Laborista, el Partido Laborista y Maarach [la alianza] desde mediados de la década de 1960). Ben-Gurion lo dirigió desde su fundación como partido sionista socialista que gradualmente abandonó los valores socialistas para centrarse en construir una nación judía en Palestina. Al final del Mandato, sus líderes se consideraban parte del mundo socialdemócrata, y por consiguiente en estrecha afinidad con el Partido Laborista británico.

La mezcla de sionismo y socialismo se difundió con rapidez entre los activistas judíos de todo el mundo. El mismo año en el que apareció el primer grupo en Varsovia, se inauguró una filial de Poale Zion en Nueva York, y un año después en Londres, Leeds y Viena. En 1907 se estableció la rama palestina. Y donde Poale Zion no tenía presencia, las comunidades judías crearon otros partidos socialistas de corte sionista, como en Canadá, Ucrania, Francia y Rusia. La rama francesa de Poale Zion se integró en el Frente Popular de Leon Blum, que dominó la izquierda en la política francesa en el periodo de entreguerras. En el Imperio ruso creció exponencialmente, debido al fervor generalizado que siguió a la Revolución de 1905, y la fuerte base existente de organizaciones obreras judías.

En un principio no se puede decir que Londres fuera el centro de actividad de Poale Zion y grupos similares. Dividida respecto a Uganda como opción de asentamiento, la sección británica no se reunificó hasta después de la muerte de Herzl, cuando definitivamente Uganda quedó descartada. Las reuniones se producían en cualquier lugar, desde Cracovia hasta Estocolmo, pero nunca en Inglaterra. En 1917, esto cambió. Londres se transformó en escenario central del sionismo cuando quedó claro que la creación de una Palestina judía dependía del respaldo británico. La filial de Londres cobró vida y dirigió las acciones del lobby prosionista en Gran Bretaña. La tarea principal de Poale Zion en Inglaterra era encontrar una forma de colaborar con el Partido Laborista e influir en la política de este respecto a Palestina.

En 1917, el movimiento sionista tenía dos espacios de liderazgo: el de Londres, presidido por Chaim Weizmann, y uno en Palestina, donde Ben-Gurion se convirtió en alternativa y en ocasiones en némesis de

Weizmann. Por lo general trabajaban al unísono por el mismo fin. Su rivalidad hacía referencia a quién debía liderar el movimiento sionista mundial, no a los objetivos de dicho movimiento.

Incluso antes de la Declaración Balfour, los líderes sionistas en Palestina presionaron a sus defensores en Gran Bretaña para que estableciesen una alianza con el Partido Laborista, puesto que se esperaba que tuviera más afinidad ideológica con el sionismo, en aquella época asociado todavía con una fuerte orientación socialista. La tarea se le confió a la sección británica de Poale Zion, guiada por Poale Zion de Palestina. David Ben-Gurion, que en aquellos años empezaba a posicionarse como líder de la comunidad judía en Palestina, era personalmente responsable de coordinar el trabajo de este grupo de jóvenes de ambos sexos que creían en la compatibilidad de socialismo y sionismo. A tal efecto, pasó mucho tiempo en la sede de Londres, encargándose directamente de la campaña[2].

Poale Zion estableció una firme alianza con Sidney Webb, fundador de la Sociedad Fabiana, y con Arthur Henderson, líder del Partido Laborista tras el estallido de la Primera Guerra Mundial. Y con ayuda de ambos, el lobby empezó a influir con más eficacia en la política laborista respecto a Palestina, al menos hasta 1945. Un rápido vistazo a los Archivos Sionistas Centrales muestra que muchas de las cartas enviadas en la década de 1920 al Gobierno británico y en particular el Partido Laborista, intentando influir en la política de Gran Bretaña respecto a Palestina, estaban encabezadas con la dirección de Dollis Hill, y firmadas por Weizmann o por Ben-Gurion.

Aunque las colonias sionistas en Palestina crecían de manera constante, era difícil convencer a los judíos de todo el mundo de que fuesen a asentarse allí. En su mayoría, los judíos no veían el traslado a Palestina como una solución al antisemitismo. O bien esperaban un futuro mejor en Europa, o ponían los ojos en destinos más lejanos, como el continente americano, China, Sudáfrica y Australia. De manera similar, pese a la Declaración Balfour, como hemos visto, diez años después los dirigentes británicos en Londres y Palestina tampoco estaban convencidos de que el territorio constituyese un refugio obvio y exclusivo para los judíos de todo el mundo.

Esta perspectiva poco prometedora de la emigración judía a Palestina, sin embargo, tampoco preocupaba al lobby sionista de Gran Bretaña. Su

prioridad era mantener el respaldo de la elite política británica. En este intento no era partidista, y se esforzaba por igual en persuadir al Partido Laborista y al Conservador para que continuasen apoyando las siguientes fases de la colonización de Palestina.

A este respecto, el grupo de presión, en particular Poale Zion, alcanzó logros impresionantes. El 5 de febrero de 1920, Poale Zion, a esas alturas llamado Partido Laborista Socialista Judío, logró que se aceptase su solicitud de integrarse en el Subcomité de Organización del Partido Laborista.

De ese periodo conservamos una intrigante acta de la reunión de Poale Zion en la que se decidió solicitar la afiliación. La reunión fue resumida por uno de los líderes del movimiento sionista de Palestina, Moshe Sharett (futuro ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro de Israel); sus notas revelan los métodos desplegados por el lobby sionista de tendencia nominalmente socialista en esta fase inicial. El acta de Sharett muestra que el grupo participaba ya en las elecciones de varias circunscripciones, ayudando al candidato laborista, organizando bailes (*neshafim* en hebreo) para buscar potenciales seguidores, recolectando fondos, y participando en el trabajo del sindicato local. Junto con la defensa del sionismo, esta era también una oportunidad para constituir instituciones financieras, como un banco, e invertir en la bolsa local, en un intento de reunir fondos para las colonias de Palestina[3].

La afiliación dio fruto con mucha rapidez; ese mismo año el grupo consiguió un verdadero golpe: el Congreso del Partido Laborista votó unánimemente a favor de una resolución denominada «Palestina para los judíos». La propuso Jacob Pomeranz, secretario de Poale Zion. Al año siguiente, una resolución similar, propuesta una vez más por un delegado de Poale Zion, fue aprobada de nuevo por unanimidad. Y cuando el Partido Laborista ocupó por primera vez el poder, en 1924, el secretario de las colonias, James Henry Thomas, imperialista convencido, declaró en la Cámara de los Comunes que el Gobierno había decidido «tras una cuidadosa consideración de todas las circunstancias, asumir la política de dar efecto a la Declaración Balfour». Los laboristas respaldaron el Mandato de la Liga de Naciones que daba a Gran Bretaña el control de Palestina y se comprometieron incondicionalmente a establecer una «mancomunidad autónoma judía» en el país[4]. Los deseos de la

población árabe, tanto musulmana como cristiana, no contaban para nada. No habría autodeterminación para los palestinos. Pero estos comenzaron a hacerse oír, aunque Londres no les prestase atención.

PALESTINA RESISTE

En el primer aniversario de la Declaración Balfour, los palestinos se manifestaron en masa contra ella por toda Palestina. A partir de entonces, un consolidado movimiento nacional palestino, liderado por una generación más joven de profesionales e intelectuales urbanos, junto con los jefes tradicionales de clanes rurales y urbanos, dio comienzo a la lucha anticolonialista. Durante nueve años, 1920-1929, su actividad consistió en presentar peticiones y participar en negociaciones con el Gobierno británico, y al mismo tiempo construir una estructura política democrática en la que los partidos podían elegir a sus representantes para un congreso nacional anual. La posición consensuada estaba clara: rechazo total a la Declaración Balfour, y oposición a la emigración de judíos a Palestina, a la compra sionista de tierras y a la colonización. Exigían que Gran Bretaña asumiera dos principios, sobre la base de los cuales Occidente había prometido construir un mundo nuevo tras la Primera Guerra Mundial. El primero era la democracia; y el segundo, el derecho de autodeterminación. Los líderes palestinos consideraban que, mientras que en países vecinos como Líbano, Siria y Egipto se respetaban estos principios, en Palestina no se estaban aplicando.

La situación en Palestina hizo crisis en abril de 1920, tras varias provocaciones por parte del Gobierno británico y de los sionistas, incluido el cese del alcalde palestino de Jerusalén y su sustitución por un alcalde sionista provisional. El 4 de abril, los palestinos que se congregaban para la festividad de Nabi Musa empezaron a amotinarse y saquearon el barrio judío de Jerusalén. En 1921, se produjeron movilizaciones en Jaffa y Petah Tikva, guiadas por el sentimiento generalizado de que la administración británica daba prioridad a los intereses de los sionistas sobre los de todos los habitantes palestinos.

Durante algunos años se mantuvo una paz incómoda, hasta que la violencia volvió a estallar en 1929, detonada por una gran manifestación sionista en el Muro Occidental donde, de acuerdo con la tradición

musulmana, el profeta Muhámmad ató a su corcel mitológico, Al-Buraq, antes de ascender al paraíso; y el Muro de las Lamentaciones en la tradición judía. Los musulmanes palestinos respondieron, y a finales de agosto de 1929 se produjeron enfrentamientos en toda Palestina, incluidas Jerusalén, Safed y Hebrón.

Pero este levantamiento no hacía referencia exclusivamente a un lugar sagrado. Más de una década después de que comenzase en Palestina el dominio británico, la sociedad local sentía el impacto negativo causado por la sionización del país: los trabajadores eran expulsados del mercado de trabajo y los agricultores desalojados u obligados a emigrar a las ciudades, en las que comenzaron a aparecer suburbios improvisados. O bien perdían la tierra cuando los terratenientes la vendían al movimiento sionista, o tenían que buscar un nuevo futuro debido a la pobreza del campo, causada por los asentamientos sionistas y por la poca disposición de los británicos a invertir en áreas rurales. Unos 8.000 palestinos fueron desalojados en estas primeras fases, y trece aldeas quedaron vacías[5].

El estallido de la violencia a gran escala que tuvo lugar en Palestina en 1929 hizo que Londres se replantease qué política debía aplicar en el territorio. La tierra sin gente, que era como los líderes sionistas y quienes apoyaban la colonización percibían Palestina, resultó estar llena de personas que rechazaban categóricamente la transformación de su patria en un Estado judío y que estaban dispuestas a emprender una lucha armada contra ese proyecto. Se hizo entonces mucho más difícil presionar a favor del traslado de judíos de Europa a una Palestina que se resistía en un grado creciente a la idea de que el «problema judío» de Europa se resolviese a sus expensas.

El replanteamiento estuvo informado por una real comisión de investigación encabezada por lord Shaw, que en 1930 recomendó limitar fuertemente la migración judía y poner fin a la compra sionista de tierras, y sugirió que Gran Bretaña ayudase a construir un Estado que respetase a la mayoría palestina del territorio. Fue un giro de 180 grados respecto a la Declaración Balfour, y se convirtió en un Libro Blanco redactado por el entonces secretario de Estado para las colonias, Sidney Webb. Otra investigación, la comisión Hope-Simpson, también respaldó la reorientación de la política británica en Palestina.

El lobby afrontó la primera dificultad grave para su trabajo en Gran

Bretaña; y sin embargo, sorprendentemente ¡solo necesitó un mes para invertir el giro! En ese mes, el primer ministro, Ramsay MacDonald, aclaró en la Cámara de los Comunes que el documento no suponía retirarse del compromiso de Balfour, y, más importante, repitió este compromiso en una carta a Chaim Weizmann, aunque afirmando también claramente que eso no anulaba el Libro Blanco. Tanto los sionistas como los palestinos, sin embargo, lo interpretaron como una revocación del informe, algo que probablemente sea más significativo.

Esta rápida retractación desconcierta a los especialistas todavía hoy, y algunos, como Carly Beckerman-Boys, afirman que la revocación no estuvo relacionada con el lobby sionista sino con el hecho de que habría resultado muy caro cambiar de rumbo e invertir en la construcción de un Estado propiamente palestino en el futuro[6]. Puede que esta consideración influyese, pero hay también pruebas fehacientes, como han demostrado claramente algunos historiadores, de que Weizmann ejerció una presión intransigente sobre el Gobierno británico[7]. Una persona en concreto estaba dispuesta a acatar el llamamiento de Weizmann a la acción contra Webb (para entonces lord Passfield) y la nueva política del Gobierno: se trataba del ex primer ministro Lloyd George, que colaboró en la campaña y fue recompensado con una invitación a ejercer de primer orador en uno de los espacios más prestigiosos de Londres: el Hotel Savoy.

EL HOTEL SAVOY, 1931: LAS REVUELTAS DEL TERRITORIO VACÍO

Una buena razón para que un lobby, el que fuese, organizara un encuentro en el Savoy de Londres en 1931 habría sido el jefe de cocina, François Latry, que había elevado la apuesta culinaria del lujoso hotel desde su nombramiento en 1919. Latry disfrutaba con la extravagancia: sus creaciones incluían cangrejo de río relleno de foie gras y rodaballo guisado en un caro borgoña añejo.

Cuando los miembros de la Federación Sionista Inglesa acudieron a reunirse con el ex primer ministro Lloyd George en el salón del hotel en 1931, el Savoy representaba el colmo de la opulencia: fue el primer hotel con comodidades como aire acondicionado, teléfonos y servicio de

habitaciones las veinticuatro horas.

No es accidental que la Federación Sionista Inglesa decidiese agasajar allí a Lloyd George; era una demostración abierta de poder. Tras un almuerzo suntuoso, el ex primer ministro pronunció el primer discurso de la velada. El noticiario cinematográfico de Pathé proyectó extractos del discurso. Estaba visiblemente conmovido no solo por el honor de ser invitado a dirigirse a la Federación, sino también por un tributo mucho más permanente que le había concedido el movimiento sionista:

> Las palabras difícilmente pueden expresar la gratitud que siento ante el honor duradero que me han otorgado poniendo mi nombre a una colonia del Valle de Jezreel[8].

Era la colonia de Ramat David, en Marj ibn Amir, el que el movimiento sionista cambió el nombre por Valle de Jezreel. El kibutz estaba construido en terreno comprado en 1926 a un terrateniente absentista de Beirut, la familia Sursuq, y los arrendatarios (de la aldea de Ma'alul, destruida más tarde, en 1948) que llevaban siglos viviendo allí, fueron desalojados para dar cabida a los nuevos pobladores. Fue el primer acto sustancial de limpieza étnica sionista durante el Mandato. Lloyd George comenzó su discurso presumiendo de un conocimiento profundo y detallado del Valle de Jezreel y de Canaán, como denominó a Palestina, que por supuesto nunca había visitado.

No sorprende que Lloyd George llamase Canaán a Palestina. Creció en un entorno muy piadoso, educado en la Iglesia de Cristo, una de las múltiples confesiones surgidas del movimiento de Restauración en Estados Unidos. Se distinguía por su negativa a permitir instrumentos musicales en los servicios religiosos y su insistencia en que no había doctrinas cristianas fuera de lo escrito en la Biblia. En sus memorias, Lloyd George afirmaba que de adulto había abandonado estas primeras convicciones religiosas, pero a partir de 1917 su lenguaje se mantuvo cargado de alusiones bíblicas. Al oír hablar de la invasión de la Palestina otomana por parte de los británicos, comentó: «hemos entrado en la tierra de los filisteos […] es muy interesante. Espero que conquistemos a los filisteos»[9]. Partiendo de ahí, resulta fácil deducir que los judíos deberían sustituir a los filisteos, a saber, los palestinos. Los judíos, en su opinión, no eran miembros de una religión sino de una nación definida por la Biblia.

El discurso resumía de manera brillante la participación de Lloyd George en la Declaración Balfour. El político comunicó con orgullo a la audiencia que se había asegurado de que se produjese la Declaración tras el final de la Primera Guerra Mundial, cuando presidía los consejos del Gabinete Imperial que:

> dieron expresión a esa política y obtuvieron para ella la sanción de nuestros aliados […] Fui el principal delegado del Imperio británico en San Remo, donde el Mandato de Palestina adquirió su forma definitiva y le fue entregado a Gran Bretaña.

Tuvo cuidado de no reivindicar todo el mérito, compartiéndolo con Herbert Samuel:

> Tuve el privilegio, en nombre del Imperio británico, de ofrecer a otro distinguido judío el cargo de primer *gobernador hebreo de Jerusalén* en más de 2.000 años, que cumplió dignamente las expectativas que nos hicimos de él cuando lo nombramos[10].

El discurso puso también de manifiesto cuánto había interiorizado Lloyd George la mitología sionista de «la tierra sin gente»:

> Pocos países han estado tan terriblemente abandonados. Como resultado de siglos de lucha, abandono y mal gobierno, una tierra de gran fecundidad natural había quedado reducida, en su mayor parte, a pedregosos y cenagosos terrenos baldíos.

De hecho, la suya era una versión particularmente rigurosa de ese mito:

> Una tierra de gran belleza natural había sido despojada de su verdor, la dejaron morir de hambre y quedó vacía y macilenta a la vista. No era hogar para nadie, sino una ruina; en su mejor versión era un lugar para establecer un hogar[11].

Lloyd George criticó las acciones y las políticas de lord Passfield. Recalcó que no veía necesidad de prohibir la colonización sionista, porque ayudaba a todos los residentes en esa tierra a desarrollarse y prosperar. E igual de importante:

> Sin duda los judíos tienen un derecho especial a Canaán. Han sido el único pueblo capaz de hacerla progresar en los últimos 3.000 años.

Ese compromiso tan completo e inequívoco se convertiría en punto de referencia para el futuro. Cualquiera que no respaldase plenamente este relato no sería considerado amigo del sionismo o, más tarde, de Israel. Es

algo que quedaría dolorosamente claro en la forma en la que los líderes sionistas trataron a sus viejos aliados cuando no lograron reclutarlos para que trabajasen contra el Gobierno británico en los últimos días del Mandato.

Tras este emotivo discurso de Lloyd George, siguió Chaim Weizmann, que compartió los recuerdos de cómo se conocieron y abrumó de elogios al antiguo primer ministro por haberse dejado ganar para la causa sionista. Presentó una versión edulcorada de la primera reunión que mantuvieron, pero que resultaba adecuada a la atmósfera de celebración que se respiraba en el encuentro: conseguir que el político liberal más importante se pusiera del lado del sionismo no era un logro menor. El siguiente paso era lograr el apoyo de las otras dos fuerzas políticas del país: el Partido Laborista y el Conservador; cada vez se veía con más claridad que la resistencia de los palestinos iba a intensificarse y con ella podrían repetirse las dudas de los británicos acerca de la política aplicada en Palestina. Para ampliar la red de apoyo al sionismo, el lobby tenía que profundizar también su influencia en los sindicatos británicos, así como en políticos importantes como Lloyd George.

EL LOBBY, EL SIONISMO, EL MARXISMO Y EL SOCIALISMO, 1930-1948

A medida que el Partido Laborista consolidaba su compromiso político con el sionismo, Poale Zion iba ganando nuevos defensores influyentes en el partido, como Ernest Bevin, entonces secretario general del Sindicato de Trabajadores del Transporte y de Servicios Generales (TGWU - Transport and General Workers' Union) aunque en gran medida por razones pragmáticas. El apoyo de Bevin se debió a los esfuerzos de un emisario especial de Palestina, Dov Hoz, que viajó en 1928 para expandir la red de Poale Zion, intentando llegar a todas las personas influyentes del movimiento laborista y del partido en sí. Hoz convenció a Bevin de que, para ganar unas elecciones parciales en Whitechapel, el candidato laborista al Parlamento, elegido por la TGWU, debía apoyar el sionismo y oponerse al propio Libro Blanco el Gobierno laborista, que proponía limitar la migración judía a Palestina. Con la vista puesta en los votos necesarios para mantener el escaño, Bevin prometió que todos los parlamentarios

respaldados por la TGWU se opondrían al Libro Blanco. Los laboristas ganaron, y la alianza se consolidó: Bevin habló en la fiesta de despedida organizada para Hoz cuando este terminó su misión, en 1931[12].

La partida sería breve. Hoz tuvo que regresar a Londres en 1934, porque a Moshe Sharett, entonces jefe del Departamento Político de la Agencia Judía, le preocupaba que el lobby no estuviese funcionando adecuadamente. Se quejó de que la Ejecutiva Sionista, la dirección de la Organización Sionista Mundial fundada por Herzl en Basilea en 1897, había perdido el contacto con la opinión pública y con personajes influyentes de Gran Bretaña, y había descuidado sus lazos con la nueva generación de dirigentes que había emergido en el Partido Laborista. Con el surgimiento de un nuevo liderazgo sionista en Palestina, representado por la Agencia Judía, los dos organismos –la Agencia Judía de Palestina y la Organización Sionista Mundial asentada en Londres– tenían funciones y misiones paralelas, no siempre claramente definidas. En general, la Agencia Judía se encargaba de los asuntos de la comunidad judía en Palestina, y la Organización Sionista Mundial tenía la responsabilidad de ejercer presión a favor del sionismo en todo el mundo. Sin embargo, también se le asignó una misión lobista al Departamento Político de la Agencia Judía; Dov Hoz consideraba que esta duplicación debilitaba la eficacia del lobby.

Aun así, el lobby prosionista cortejó con éxito al Partido Laborista entre 1920 y 1945. En otras palabras, el socialismo sionista les parecía una ideología legítima a muchos socialistas británicos, y en concreto a los socialistas anglojudíos. No todos aceptaban la ecuación de ambas ideologías, sin embargo. La sección de Poale Zion en Manchester comenzó su historia siendo más un grupo socialista que un grupo sionista, se sentía parte de otras formaciones radicales y anarquistas que luchaban por los derechos de los trabajadores y se declaraba comunista. En la década de 1920, era muy valiente ser abiertamente judío comunista, frente a la posición cómoda de ser considerado judío sionista. Identificar a los judíos con el comunismo era lo habitual entre los antisemitas en toda Europa: Adolf Hitler afirmaba que los judíos eran responsables de la Revolución bolchevique, y Goebbels aseguraba que habían inventado del marxismo.

En Gran Bretaña, el sionismo era considerado por algunos de sus

defensores un saludable antídoto contra el bolchevismo. Esta posición la articuló directamente Winston Churchill en un artículo escrito en 1920, titulado «Sionismo frente a bolchevismo: una lucha por el alma del pueblo judío». Los judíos eran para Churchill una «raza mística y misteriosa […] a un tiempo divina y diabólica». Los diabólicos eran los bolcheviques, descritos también como individuos siniestros y terroristas, y ya fuesen británicos o liderasen la revolución en Rusia, estaban cortados por el mismo patrón. Así, en su mente, el sionismo era la cura para este judaísmo diabólico. Churchill instaba a los judíos no sionistas, a quienes denominaba «judíos nacionales», a unir fuerzas con los sionistas contra los «bolcheviques». Además, escribió, «un Estado judío bajo la protección de la corona británica» reduciría la amenaza bolchevique tanto para el pueblo judío como para Gran Bretaña[13].

Durante un tiempo, los afiliados a Poale Zion en lugares como Manchester ocuparon el espacio liminal entre el sionismo y el marxismo; pero al final la mayoría de los miembros de esta sección tomaron una decisión definitiva y prefirieron la colonización sionista a la revolución mundial[14]. Un número considerable, sin embargo, acabó afiliándose al Partido Comunista, como ilustra la transición individual más famosa de este tipo, efectuada por Ben Ainley[15], y más tarde por el tránsito más famoso aún del sionismo al comunismo efectuado por Tony Cliff. El comunismo, con su propaganda activa contra el nazismo y el fascismo, parecía una causa más urgente que la de colonizar una tierra en la que la mayoría de los judíos jóvenes de Gran Bretaña nunca había puesto un pie. La amenaza del comunismo llevó, en parte, a los líderes sionistas a resaltar la compatibilidad del marxismo con el sionismo, e incluso a llegar a describir el sionismo como el mayor impulso contra la explotación feudal presente en el mundo árabe en general y en Palestina en particular.

La mezcla de marxismo y sionismo no atraía al líder sionista liberal del movimiento mundial, Chaim Weizmann, que sí reconoció, sin embargo, su utilidad para atraer a la clase obrera judía. Durante un tiempo Weizmann colaboró con un grupo cultural activo en el East End obrero y liderado por uno de los miembros más importantes de Poale Zion, Kalman Mormor, por aquel entonces profesor de química en Londres. Pero Weizmann nunca se mostró amigable con el sionismo socialista. Ridiculizaba las declaraciones del nuevo movimiento, tachándolas de «frases sin sentido y

absoluta estupidez»[16]. Después de la Primera Guerra Mundial, sionistas de clase media como Weizmann comprendieron que la diplomacia era vital. En la década de 1920, los obreros judíos seguían siendo el único grupo demográfico dispuesto a emigrar a Palestina y construir una nueva nación. Estos sionistas «socialistas» estaban dispuestos a construir asentamientos judíos en Palestina, y no les preocupaba demasiado que fuesen o no socialistas. Los sionistas de cualquier tendencia política estaban ahora unidos en el deseo de formar parte de un proyecto de colonialismo de asentamiento en Palestina, que empezó a expandirse significativamente sobre el terreno con proyectos crecientes de limpieza étnica en las llanuras orientales e interiores de Palestina, mediante la compra de tierras a terratenientes absentistas o locales. Las aldeas en estas tierras desde hacía siglos se consideraban, como mucho, un obstáculo menor. Esto afectó al menos a ocho aldeas y ocho mil palestinos de Wadi al-Hawarith y Marj Ibn Amir[17].

Al mismo tiempo que el sionismo hacía esfuerzos entusiastas por superar las hostilidades históricas de los obreros judíos al proyecto, los partidos socialistas europeos empezaron a reevaluar su actitud hacia el sionismo. Hasta 1914, la Segunda Internacional socialista adoptó una perspectiva asimilacionista acerca de la cuestión judía: los judíos eran una parte de la clase obrera que tal vez hablase una lengua diferente y tuviera otras costumbres, pero no eran una nación propiamente dicha. El derecho de las naciones a la autodeterminación, una fórmula popular como respuesta a la opresión nacional ejercida tanto en el imperio zarista como en el austrohúngaro, no les era aplicable. Cuando Poale Zion y otros dos partidos territorialistas judíos intentaron obtener reconocimiento en el Congreso de Stuttgart de 1907, la decisión le fue delegada a la sección rusa: los socialdemócratas rusos pronto rechazaron la solicitud. Pero en cuanto estalló la Primera Guerra Mundial, los grandes partidos socialistas experimentaron un cambio de sensibilidad, abandonando sus compromisos con el internacionalismo. A ello se unió la reconsideración del sionismo: en 1919, el recién reconstituido comité directivo de la Internacional Socialista aprobó una resolución promovida por Poale Zion en la que se reconocía el derecho del pueblo judío a disfrutar de una vida nacional en la Palestina histórica. La vieja hostilidad al sionismo se convirtió reserva específica de la nueva Internacional Comunista. Cuando una escisión

izquierdista de Poale Zion, el Partido Socialista de los Trabajadores de Palestina, intentó afiliarse al Comintern, la solicitud fue rechazada por su negativa a denunciar la migración judía a Palestina.

Los socialistas, por el contrario, habían hecho las paces con el colonialismo. Tras la guerra, los movimientos socialistas europeos mostraron una estrategia tan colonialista como sus gobiernos y dirigentes[18]. Como indicaba un observador contemporáneo acerca de los partidos al frente del Congreso de Bruselas de 1918:

> El Partido Laborista de Inglaterra, y los socialistas de Francia, Holanda y Bélgica, se oponen a aquellas políticas que pudieran perturbar gravemente las relaciones básicas de sus países respectivos con sus dependencias coloniales[19].

Y en consecuencia los socialistas europeos no solo le restaron importancia al aspecto colonialista del proyecto sionista; lo alabaron, por considerarlo una forma de aportar una civilización superior a los árabes. Como afirmó el líder laborista Ramsay MacDonald, «la población árabe no usa ni puede usar o desarrollar los recursos de Palestina»[20]. Solo los comunistas mantenían que el sionismo era «la expresión de los empeños explotadores y opresivos del gran poder de la burguesía judía, que utiliza a las minorías nacionales judías de Europa Oriental con el fin de aplicar una política imperialista que garantice su dominio»[21].

Las acciones sionistas sobre el terreno eran colonialistas hasta la médula, pero bajo la guía de Weizmann, la diplomacia sionista hizo un esfuerzo consciente de presentar los asentamientos y la compra de tierras como un auténtico cumplimiento del socialismo y de un nacionalismo judío legítimo. Comprendía que, después de la Primera Guerra Mundial, el discurso de Herzl acerca de la colonización judía de Palestina ya no le resultaría admisible a un público internacional. Él y otros líderes abandonaron gradualmente el vocabulario inicial de los padres fundadores del movimiento: expresiones como «colonias judías», «colonización judía» y «colonialismo judío» dejaron de aparecer en sus escritos y en sus discursos. Hacían hincapié en las dificultades que soportaban los obreros judíos, en la sociedad socialista que los primeros asentamientos de colonos estaban construyendo, y en la necesidad de desarrollar económicamente Palestina: música para los oídos del movimiento socialista europeo. Pero el apoyo del Partido Laborista no les satisfacía. Para garantizar el futuro

del sionismo, con independencia de la composición del Gobierno británico, necesitaban atraer el respaldo de la otra gran formación política británica, el Partido Conservador[22].

CORTEJANDO AL PARTIDO CONSERVADOR

En la década de 1920, los esfuerzos se centraron en el Partido Laborista, y el lobby no prestó mucha atención al Partido Conservador, que estuvo en el poder muchos periodos durante el tiempo del Mandato. La razón principal de este descuido parece haber sido que durante la década de 1920, al menos hasta el estallido de la violencia en 1929, Palestina experimentó unos «años (relativamente) tranquilos», y en consecuencia la política británica, fuese conservadora, liberal o laborista, se mantuvo muy sólida y constante.

Asimismo, en aquella época había un pequeño grupo del Partido Conservador, que podríamos denominar «sionistas conservadores», que operó durante los años de entreguerras, entre los que se incluían Winston Churchill y Victor Cazalet. La actitud del partido hacia el sionismo, sin embargo, no era uniforme. Había algunos, como el coronel Claude Lowther, parlamentario por Lonsdale, que manifestaban un desdén abierto hacia el sionismo, teñido de antisemitismo. En la Cámara preguntó sardónicamente: «¿Desde cuándo se ha convertido Palestina en un nuevo hogar para los judíos? ¿Y no es este un gran golpe para Brighton?»[23].

Y sin embargo, los miembros que sí respaldaban el sionismo eran figuras importantes en la sociedad británica. Los Cazalet fueron un ejemplo a este respecto. Edward Cazalet ya había promovido el «retorno» de los judíos a Palestina en la década de 1870, y su hijo Victor Alexander presidió la Comisión sobre Palestina de la Cámara de los Comunes, dedicada al análisis de una posible Palestina sionista, y en ella abogaba firmemente por el establecimiento de un Estado judío en Palestina. Era gran amigo de Balfour y Weizmann. Durante la Segunda Guerra Mundial, una semana antes de morir en accidente de avión, llegó a decir lo siguiente:

> Daría gustosamente la vida por el establecimiento de un Estado judío en Palestina, y estoy dispuesto a dar la vida por la conservación del Imperio británico […] Pase lo que pase, los judíos *deben* tener un hogar permanente[24].

Otro sionista conservador importante fue Leopold Charles Maurice Stennett Amery (1873-1955). Fue periodista y ministro del Gobierno, tanto en la década de 1920 como en el Ministerio de la Guerra de Churchill. Ayudó a redactar la Declaración Balfour y animó a Jabotinsky a formar una legión judía que participase en la ocupación de Palestina. En calidad de secretario colonial, defendió la creación de colonias dominadas por blancos, inclusive en Palestina; una propuesta que fue retirada del programa político en 1929 por el estallido de la primera revuelta significativa de los palestinos contra la política prosionista británica en el territorio[25].

El sionismo se disfrazó, para el Partido Laborista, de empresa socialista próspera en tierras árabes vacías; y para el Partido Conservador, de parangón de la democracia constitucional, una solución limpia a la «cuestión judía» en Europa que encajaba perfectamente con los intereses imperiales británicos. Todo habría funcionado bien de no haber sido porque a la población indígena de Palestina le importaba muy poco que los colonos fueran liberales o socialistas, o que la persona que les ponía la bota en la cara lo hiciese sosteniendo la Biblia o *Das Kapital*. Y se rebelaron contra el intento de convertir su patria en un paraíso sionista, causándole grandes dificultades al lobby prosionista en Gran Bretaña. Pero al comienzo, y antes de 1948, los palestinos no ejercieron ningún tipo de presión comparable a la del siempre creciente lobby prosionista en Gran Bretaña y en Estados Unidos.

LOS PALESTINOS SIGUEN RESISTIENDO

Un buen día de abril de 1930, dos ancianas miraban nerviosas los trenes que entraban en la Estación Victoria. Una de ellas sostenía una bandera que ninguno de los viajeros de la estación podría haber reconocido: la bandera del pequeño ejército del jerife de La Meca que luchó junto a Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial, liderado por el legendario T. E. Lawrence, que esperaba que Gran Bretaña concediera a la familia del jerife, los hachemíes, una parte equitativa de los despojos del derrotado Imperio otomano. Esperaban a Amin al-Huseini, gran muftí de Jerusalén y presidente del Consejo Musulmán Supremo, que actuaba como líder informal de la comunidad palestina, en su visita a Londres para hablar con

el Gobierno británico acerca del futuro de Palestina.

Un comité de bienvenida tan humilde atestiguaba la debilidad del lobby propalestino en Londres en aquel momento. Llevaron a su invitado al Café Royal, cerca de Piccadilly Circus, y esperaron varias horas a que la Oficina Colonial les concediera una entrevista para analizar la política británica en Palestina. La visita coincidió con otro invitado importante procedente de Palestina, el presidente de la Agencia Judía, Chaim Weizmann, que fue recibido por una delegación oficial y al que se le concedieron de inmediato entrevistas prácticamente con todos los miembros del Gobierno que quiso, antes de terminar el día en la sede sionista.

Los palestinos no tenían nada equivalente al lobby sionista, y sus líderes no tenían ni idea de lo poderoso que era el enemigo al que se enfrentaban. Sin embargo, no necesitaban ejercer presión en Londres y en Europa para causar a los sionistas graves problemas. Las que importaban eran sus acciones sobre el terreno.

Los esfuerzos efectuados por los británicos antes y después de 1929 para alcanzar algún tipo de acuerdo entre ambos bandos fracasaron estrepitosamente. El aumento de la sionización de partes de Palestina, y el aplastamiento por parte de los británicos de cualquier intento de construir un movimiento nacional palestino, condujeron a una revuelta aún mayor que la de 1929: la Revuelta Árabe que estalló en 1936.

En abril de 1936, los palestinos empezaron a manifestarse en masa contra lo que consideraban una política prosionista del Gobierno del Mandato; los británicos respondieron deteniendo a la mayoría de sus líderes, aunque el jefe informal de la sociedad palestina, Amin al-Huseini, consiguió huir antes de que lo apresaran.

La oleada de detenciones hizo estallar una guerra de guerrillas, muy inspirada por las actividades del predicador sirio Izz al-Din al-Qassam, que llegó a Haifa tras participar en la rebelión siria contra el mandato francés. En nombre del islam, animó a muchos palestinos que habían perdido sus granjas y empleos debido al aumento de los asentamientos sionistas y al acaparamiento sionista del mercado de trabajo en las ciudades, a participar en la lucha armada contra Gran Bretaña y el movimiento sionista. El ejército británico lo mató en 1935, pero muchos tomaron en consideración su llamamiento a la lucha armada, provocando

ataques guerrilleros generalizados contra instalaciones y funcionarios británicos.

Los británicos respondieron con un despiadado repertorio de castigos colectivos: demolición de viviendas, cierres de comunidades enteras, destrucción parcial de pueblos y ciudades, detenciones y ejecuciones. Al final, el Gobierno necesitó usar la RAF para acabar con la revuelta, algo que finalmente logró a comienzos de 1939.

Aunque oficialmente Gran Bretaña mantuvo una política brutal de represión contra la revuelta palestina de 1936 que duró tres años, la intensidad y la perseverancia de la revuelta hizo que diversos políticos británicos retirasen su apoyo al proyecto sionista. Y después de visitar Palestina y comprender que la realidad era muy distinta de la imagen que les habían vendido, algunos «sionistas gentiles» mostraron señales de desencanto con el proyecto que habían respaldado plenamente en el pasado.

Desde el estallido de la primera oleada de violencia, en abril de 1920, hasta la erupción de la Revuelta Árabe, en abril de 1936, a los políticos británicos les quedó claro que construir un Estado judío en Palestina le estaba causando al país no solo un conflicto con los palestinos, sino también con el mundo árabe en general.

En los tres años que duró la Revuelta Árabe, la política británica siguió siendo leal, al menos en principio, al proyecto sionista, pero en 1939 los políticos empezaron a mostrarse abiertamente hostiles a él.

En agosto de 1936, el Gobierno británico envió una comisión de investigación presidida por Robert Peel, exsecretario de Estado para India y juez de profesión, a la que se le encargó la misión de intentar encontrar una solución al conflicto. En julio de 1937, esta comisión sugirió partir Palestina en un Estado judío, que constituiría aproximadamente el 17% de Palestina, y una entidad árabe que sería anexionada a Transjordania, mientras que aeropuertos, puertos y lugares sagrados quedarían bajo dominio británico. Hasta entonces, Peel y sus compañeros sugerían imponer limitaciones severas a las nuevas compras de tierra y a la migración de los sionistas.

La Comisión Peel, que evaluó la situación en un fase comparativamente inicial de la Revuelta Árabe (al comienzo de su primer año), fue considerada razonable por la mayoría de los líderes sionistas sobre el

terreno: articulando el apoyo a un futuro Estado, indicando su voluntad de estudiar el traslado de población, proponiendo la anexión de las «partes árabes» de Palestina por los hachemíes de Transjordania, y expresando en conjunto una posición fuertemente contraria al nacionalismo palestino y una preferencia por los «árabes buenos» (a ojos de los británicos y del movimiento sionista). Este informe se desvió de la línea adoptada por comisiones de investigación previas, y se convirtió en la excepción que confirmaba la regla. Dos años después, una nueva comisión a la que se había pedido que transformase el informe en directrices más prácticas, la Comisión Woodhead, reorientó la política británica en la dirección opuesta. La nueva comisión defendió una actitud más dura hacia el proyecto sionista en Palestina, e intentó tomar en consideración las aspiraciones de los palestinos nativos.

Siguiendo las recomendaciones de la Comisión Woodhead, el Gobierno británico descartó por el momento las propuestas de futuro de la Comisión Peel, pero sus recomendaciones a corto plazo, a saber, la severa limitación de la migración judía y la compra de tierras por parte de los sionistas, fueron respaldadas en un Libro Blanco de 1939.

En este Libro Blanco, la nueva política estaba trazada claramente por el secretario de Estado para las colonias, Malcolm MacDonald; en mayo de 1939 le fue presentada a la Cámara de los Comunes, que la aprobó. El documento exigía el establecimiento de un Estado binacional en Palestina en un plazo de diez años, limitaba la cuota de la futura inmigración judía y restringía la compra de tierras. Reinterpretaba además la Declaración Balfour, que pasó de constituir un compromiso de transformar Palestina en un Estado judío a simplemente declarar deseable la creación de una patria judía en un Estado futuro. Mientras que para los líderes sionistas el Libro Blanco anulaba la Declaración Balfour, para el Gobierno británico, la aclaraba.

Los líderes sionistas residentes en Palestina reaccionaron con furia. La prensa hebrea local tachó el Libro Blanco de «libro negro», «libro del engaño», y otros muchos calificativos. Volvieron a poner en acción el lobby, que afrontó uno de los periodos más difíciles que le tocó soportar durante el Mandato británico. El lobby centró sus esperanzas en Chaim Wiezmann, pidiéndole que acudiera de nuevo al rescate. Después de todo, se le había atribuido el mérito de lograr que se anulase el Libro Blanco de

1930. Empezó a trabajar con más intensidad en Londres (cediendo gradualmente el liderazgo de la comunidad en Palestina al decidido y despiadado Ben-Gurion, que trabajaba allí sobre el terreno). A Weizmann le ayudaron en la tarea de provocar un giro decisivo en la política británica el periodista de *The Guardian* Harry Sacher, y los empresarios Simon Marks e Israel Sieff, que más tarde dirigió la tienda de confección por antonomasia de Reino Unido, Marks & Spencer. Ellos y otros que formaron un séquito en torno a Weizmann trasladaron el centro de la actividad lobista de la casa de Gladstone Park Gardens, en la periferia de Londres, a un lugar más central del West End, Great Russell Street.

«77»: EL CUARTEL GENERAL DEL LOBBY EN GREAT RUSSELL STREET

Paseando por Great Russell Street, junto al Museo Británico, en la esquina de Bloomsbury Street, pasaremos por delante del número 77, llamado Bloomsbury House. Veremos la placa azul que declara que allí vivió y murió el arquitecto Thomas Henry Wyatt (1807-1880). Hoy es un edificio de oficinas y entre sus anteriores inquilinos ilustres incluye la sede de la editorial Faber & Faber. Pero antes de eso fue la sede del lobby sionista en Gran Bretaña, entre 1920 y 1965.

Tenía tres pisos y era idéntico a los demás edificios de esta fila de viviendas victorianas. La Federación Sionista Inglesa se trasladó al edificio en 1920, y allí se le unió después la Agencia Judía, el organismo al que el Mandato permitía ejercer de «Gobierno» de la comunidad judía en Palestina. Otras dos organizaciones sionistas importantes tuvieron también su sede allí: el Congreso Sionista Mundial y el Fondo Nacional Judío. Esta cohabitación creó confusión entre los organismos que dirigían los asuntos de la comunidad judía en Palestina y los que desempeñaban actividades lobistas a favor del sionismo en Gran Bretaña:

> A veces resultaba difícil distinguir dónde empezaba una [reunión de las tres organizaciones] y dónde terminaba la otra. El personal se entremezclaba; a menudo las reuniones se celebraban conjuntamente[26].

Pese al número de organizaciones influyentes allí albergadas, el entorno distaba mucho de ser glamuroso. Las salas tenían poca luz y carecía de

instalaciones de saneamiento adecuadas, como recordaba Abba Eban, alto cargo del departamento político de la Agencia Judía y futuro ministro de Asuntos Exteriores de Israel[27].

Desde sus cuarteles generales de Great Russell Street, al lobby –a esas alturas debidamente integrado en la estructura política del sionismo establecida en Palestina– se le pidió en primer lugar que ayudase a reunir fondos para sostener la colonización de Palestina. En 1938, en un memorando enviado a la Conferencia de Evian sobre refugiados judíos, nacida del visible desastre que la Alemania nazi empezaba a infligir a los judíos de Europa, los líderes sionistas intentaron dirigir parte de los fondos recaudados para resolver el nuevo problema de los refugiados judíos de Europa al asentamiento de judíos en Palestina. En el proceso, pusieron de manifiesto la importancia de la comunidad anglojudía para el establecimiento de una infraestructura que ayudase a ampliar la colonización. Entre 1920 y 1938, la oficina en Londres logró reunir unos 14 millones de libras y fundó un banco especial para esa empresa: el Banco Anglo-Palestino[28].

La principal institución encargada de la actividad lobista y de la recaudación de dinero en los años de entreguerras fue el Fondo Nacional Judío, que elevó el trabajo del lobby a un nuevo nivel. También ofreció un enfoque más profesional de la actividad lobista. He aquí cómo asesoraba una de sus principales publicaciones a los activistas para que presionasen de manera eficiente en la época moderna:

> La propaganda comercial aspira en esencia a alcanzar el mismo objetivo que nosotros intentamos conseguir y es el de animar a tantas personas como sea posible para un propósito conocido a hacer algo que no habrían hecho sin esa propaganda[29].

Su objetivo era que el sionismo se volviese ineludible y ubicuo:

> Debemos inundar a los judíos de lemas e imágenes, atraer su atención, crear una atmósfera de inquietud […] en todos los lugares en los que los judíos pongan un pie: en los centros comunitarios, los albergues, los negocios, los centros sociales y sindicales, las oficinas de las organizaciones benéficas, las sociedades de socorro mutuo, los despachos rabínicos, las bibliotecas, los teatros, las casas de baño y las casas de reposo, los refugios, los hospitales, las farmacias, las clínicas, las sinagogas, los seminarios, los colegios, las salas de espera de los médicos, los restaurantes, los

> hoteles, las pensiones […] no dejar ningún lugar sin un cartel ilustrado con un texto claro y breve.

Como se ha observado, la actividad lobista la llevaban a cabo dos organismos sionistas que no siempre trabajaban unidos. La Agencia Judía, dirigida por David Ben-Gurion, envió una vez más a Dov Hoz (falleció a finales de 1940) para intentar reclutar a los laboristas en la lucha contra el giro dado por la política británica. La Organización Sionista Mundial tenía su propio representante en Londres, Berl Locker, que colaboraba estrechamente con Chaim Weizmann en el intento de apartar a Gran Bretaña de su política de restringir la migración y la compra de tierras por parte de los judíos[30]. Weizmann intentó también usar sus relaciones con la aristocracia anglojudía local para ayudar a este respecto, y aquí es donde entra en la imagen Blanche Elizabeth Campbell Dugdale, sobrina de lord Balfour. Como hemos visto, la actividad lobista la construyen y sostienen tanto instituciones como individuos, y en algunos casos los individuos logran desempeñar una función decisiva debido a su influencia política personal, incluso aunque no pertenezcan a ninguna institución oficial. «Baffy», como la conocían los amigos, era una de esas personas.

«BAFFY», LA SALVADORA QUE NO CUMPLIÓ

La incertidumbre acerca de la política británica en Palestina hizo que el lobby sionista tuviera que esforzarse más. Este esfuerzo mayor lo encabezaron dos de los principales lobistas de finales de la década de 1930: Blanche Elizabeth Campbell Dugdale y su desesperado aspirante a amante, Walter Elliot. Ambos intentaron sincronizar su esfuerzo para cambiar la política británica acerca de Palestina nada menos que en el Hotel Savoy.

Baffy era una escritora a la que Chaim Weizmann consideraba «una amiga ardiente del sionismo de toda la vida»[31]. Sus intentos de desarrollar una carrera de escritora culminaron con una biografía en dos volúmenes de su tío, Arthur Balfour. De día trabajaba en la inteligencia naval y en la Liga de Naciones. Walter Elliot (1888-1958) era un político escocés de convicción unionista, que ejerció de parlamentario y de ministro en varios gobiernos. Fue un héroe condecorado en la Primera Guerra Mundial y dejó el ejército con el rango de coronel. Con el tiempo

fue rector de la Universidad de Aberdeen y más adelante, de la Universidad de Glasgow.

Los dos se reunían con regularidad en el Savoy para organizar sus actividades prosionistas, y un leve coqueteo. Se les pidió que actuasen cuando la Comisión Peel volvió de Palestina y estaba a punto de publicar sus conclusiones en un informe especial. El lobby temía lo que este informe pudiera comportar. Después de todo, las comisiones de investigación que Londres enviaba a Palestina volvían con preocupaciones similares, advirtiendo contra el impacto desastroso que el sionismo tenía sobre la comunidad palestina local, y recomendando, con distintos grados de convicción, un giro drástico en la política británica hacia Palestina.

La media noche del día anterior a que se publicase el informe de la Comisión Peel, en 1937, Elliot le mostró a Baffy el primer borrador con las recomendaciones incluidas en el informe a modo de apéndice, varias horas antes de que las viese cualquier otro. Autores como Nick Reynolds creen que Elliot filtró este documento más por amor a Baffy que por devoción al sionismo, y por lo tanto no lo consideran un espía sino más bien alguien que «jugaba con fuego»[32].

La reunión romántica/política tuvo lugar en el asador del Savoy[33]. Para decepción de Baffy, cuando le pasó los documentos a la Agencia Judía, esta respondió al día siguiente que podía vivir con estas recomendaciones y agradeció a los dos leales lobistas la advertencia precoz. El diario de Baffy nos dice que mantenía una actitud más crítica respecto al informe, y que esperaba que sus conocidos pudieran suavizar las partes menos favorables para el sionismo. Algo que parecía innecesario, puesto que David Ben-Gurion respondió favorablemente al informe.

Sin embargo, cuando las recomendaciones del informe de Woodhead se publicaron en forma de Libro Blanco de 1939, les pidieron a Baffy y a Elliot que entrasen de nuevo en acción. Tanto ellos como otros asiduos de Great Russell Street se mostraron al principio muy optimistas acerca de sus posibilidades de influir en la política británica. El haber conseguido que se anulase el Libro Blanco de 1930 daba a los miembros del lobby sionista la confianza de poder volver a hacerlo. Pero la política británica no cambió hasta el final del Mandato. En cuando empezaron a aparecer los nubarrones de guerra en el continente europeo, Gran Bretaña empezó a ser

dolorosamente consciente de la necesidad de establecer alianzas con el mundo árabe, ya fueran genuinas o desconfiadas, y el mundo árabe exigía una política menos prosionista en Palestina.

Baffy y Elliot se sintieron impotentes y no lograron cambiar la política británica. Ante una nueva guerra europea, Palestina retrocedió en la lista de prioridades. El lobby, sin embargo, les siguió encargando a Baffy y a Elliot tareas menudas. Una de ellas fue la de intentar ayudar a la Agencia Judía a convencer en 1941 al Gobierno británico de que apoyase el establecimiento de una brigada judía que luchase junto a los Aliados y adquiriese experiencia militar. Al principio, parecía que el Gobierno se mostraba accesible, y Elliot escribió que esta decisión era «el mayor logro de Weizmann desde la Declaración Balfour»[34]. Pero en noviembre de ese año, el Gobierno británico anuló la medida. Este fracaso señaló la desaparición de Weizmann como figura central del proyecto sionista.

Walter Elliot siguió siendo un miembro importante del lobby después de que se estableciese Israel, en mayo de 1948. Le pidieron que presionase a favor del reconocimiento del Estado de Israel por parte de los británicos (Gran Bretaña tardó en reconocer a Israel *de jure* y solo le concedió un reconocimiento *de facto*). Sus contactos principales, sin embargo, pertenecían al Partido Conservador, no al Laborista, que se mantuvo en el poder hasta 1951. En julio de 1948 intentó reclutar a Winston Churchill para la misión, pero este parecía harto del asunto y definió la relación angloisraelí como un «desastre tan infernal que no puedo retomar o renovar los esfuerzos que hice durante veinte años»[35].

UN NUEVO PAPEL PARA LA COMUNIDAD ANGLOJUDÍA

Como hemos visto, las diversas agencias sionistas eran un tanto porosas, sin límites definidos. En 1938, los líderes del proyecto decidieron establecer una jerarquía más clara: los líderes sionistas radicados en Palestina establecerían la estrategia, y el lobby londinense ayudaría a aplicarla. Durante años, los anglojudíos que formaron parte de la sede central del «77» creyeron erróneamente que formaban también parte del liderazgo sionista, y que por consiguiente podían influir en la definición de la estrategia para el futuro de la comunidad judía en Palestina. Hizo falta algo de tiempo para que líderes notables de la comunidad anglojudía, que

habían dedicado su vida al sionismo, se ajustasen a la realidad de que habían quedado relegados a los márgenes del proyecto, convertidos en meros propagandistas del sionismo en Gran Bretaña.

El 18 de mayo de 1938, en una reunión convocada por la tarde en el 77 de Great Russell Street, entendieron por fin la situación. Fue durante una reunión del consejo político asesor de la Organización Sionista Mundial, el organismo que representaba a la comunidad anglojudía en la dirección del proyecto sionista. En esta reunión participaron los dirigentes más leales de la comunidad anglojudía, personas que habían dedicado su energía y su fortuna a la causa sionista. Pero entonces descubrieron que habían sido relegados a la función de empleados en una oficina lobista recién establecida. El presidente era lord Reading, uno de los judíos más influyentes de Gran Bretaña, como ya hemos visto.

Es interesante observar en detalle a dos de los líderes anglojudíos. El primero es Leonard Stein, nacido en Manchester y educado en Oxford. Era un devoto a ultranza del sionismo, en el que los líderes sionistas de Palestina podían confiar. Fue secretario político de la Organización Sionista Mundial (1920-1929) y asesor jurídico de la Agencia Judía (1929-1939). A medida que su función en el lobby se acercaba a su fin, Stein retomó una participación más activa en cuestiones puramente relacionadas con los judíos británicos.

El segundo es Osmond D'Avigdor Goldsmid, nacido en 1877, en el seno de la familia de los barones de Goldsmid, la primera familia judía de Inglaterra que disfrutó de títulos hereditarios. Se educó en el Trinity College de Cambridge, y antes de la guerra trabajó en el sector financiero. Participó en el lobby desde su creación. Empezó colaborando muy activamente en la organización de la Asociación Judía de Colonización (*Jewish Colonization Association* - JCA), fundada en 1891 por el barón Maurice de Hirsch. Era un proyecto que planteaba el establecimiento de judíos rusos en comunidades agrícolas de Norteamérica, Sudamérica y Palestina. Pronto las dos primeras localizaciones se abandonaron y la JCA se convirtió, junto con el Fondo Nacional Judío, en importante impulsora de la colonización de Palestina. En 1900, este proyecto estaba siendo supervisado por Edmond James, barón de Rothschild. En 1924, Goldsmid fundó una nueva organización que reflejaba el foco explícitamente sionista: la Asociación para la Colonización Judía de Palestina (PICA -

Palestine Jewish Colonization Association), que compró tierras en Palestina (hoy, las tierras de la PICA pertenecen al Estado). La JCA y la PICA se unieron más o menos en un solo organismo en 1933 y Goldsmid está registrado en su historia oficial como uno de los padres fundadores del organismo resultante de la fusión de esas dos agencias de colonización. Complementando el Fondo Nacional Judío, se convertirían con posterioridad en herramientas cruciales para construir asentamientos judíos tras la destrucción de aldeas palestinas en 1948.

Volviendo a la reunión celebrada en el 77 de Great Russell Street en mayo de 1938, las actas permiten deducir que el ambiente era lóbrego. La mayoría de los asistentes admitió que la Agencia Judía no había consultado con este organismo, el comité asesor político, en un momento fundamental para el proyecto sionista en Palestina. Los miembros señalaron indignados que nadie les había pedido consejo cuando llegó a Palestina el Comité de Woodhead, un comité dispuesto a invalidar las recomendaciones prosionistas de la Comisión Peel y a proponer una política que restringiese la migración de sionistas a la Palestina histórica y la compra de tierras por su parte en dicho territorio.

Desde comienzos de 1938, los líderes sionistas residentes en Palestina presionaron al subsecretario de Estado para las colonias, Williams Ormsby-Gore, para que acelerase los procedimientos y reafirmase el apoyo de Peel a la fundación del Estado judío en Palestina, aunque solo fuese para una pequeña porción de tierra. No se pidió la participación de ninguno de los leales miembros del lobby en Gran Bretaña, y tampoco se les informó acerca del contenido de las reuniones entre los líderes sionistas radicados en Palestina y el Comité Woodhead.

Las actas registran que uno de los miembros se quejó de que a él y a sir Avigdor los abochornaba verse tratados de tal manera. El representante de la Agencia Judía trató de apaciguarlos, pero sin resultado. La era del sionismo británico había llegado a su fin. El sionismo ya no estaba encabezado por anglojudíos bien asimilados y con riqueza heredada, y en ocasiones con títulos nobiliarios, sino por unos líderes enérgicos desde Palestina[36].

Había un rayo de luz en estas afrentas a las sensibilidades patricias: el sionismo no era ya una posición minoritaria entre la comunidad anglojudía, y las principales instituciones de dicha comunidad se

mostraban más abiertas que nunca a la causa[37].

¿Qué fue de los anteriores líderes anglojudíos? Fueron sustituidos gradualmente por un séquito que acompañaba a Chaim Weizmann cuando viajaba a Gran Bretaña, en el que participaban el famoso historiador Lewis Namier y Baffy. El resto del equipo del «77» había quedado, como dijo un visitante, relegado a la «propaganda»[38].

Para los líderes sionistas radicados en Palestina, el «77» era una embajada, no un cuartel general. Animaron al comité asesor a esforzarse por congregar a la comunidad anglojudía en torno al proyecto sionista. Y el comité asesor se dedicó a ello con verdadero fervor, convenciendo al fin a la Junta de Diputados de los Judíos Británicos de que concediese pleno apoyo al establecimiento de una nueva patria en Palestina[39].

EL LOBBY SIONISTA DURANTE EL HOLOCAUSTO

Cuando por fin Europa comprendió la amenaza que suponía el nazismo, las organizaciones judías ya habían adoptado mayoritariamente el sionismo como estrategia preferida para superar el antisemitismo. En esos años el sionismo había pasado «de ser una alternativa a convertirse una estrategia dominante», como han sostenido Sharon Gewirtz y otros historiadores[40]. Además, como ha comentado Richard Bolchover, judíos y no judíos asociaron la participación activa de los judíos en el esfuerzo de guerra británico con la imagen de judío moderno y laico transmitida por los sionistas, aumentando así la simpatía hacia el sionismo durante la Segunda Guerra Mundial[41].

El primer indicio de este cambio fue la creación de un grupo dentro de la Junta de Diputados que intentaba asociar esta organización declaradamente apolítica con el Congreso Judío Mundial [World Jewish Congress], un hito de la organización sionista estadounidense. El último presidente no sionista de la Junta de Diputados, Neville Lasky, libró una batalla perdida contra la sionización de la Junta y en diciembre de 1939 fue sustituido por el profesor Selig Brodetsky, activista sionista. Al comienzo del Holocausto, todos los grupos judíos significativos de Gran Bretaña se habían vuelto prosionistas.

Este hecho influyó en su manera de reaccionar a medida que los nazis iban conquistando Europa. Hasta 1943, las atrocidades nazis no

constituyeron un aspecto prioritario de la agenda comunitaria judía: en Reino Unido, el debate sobre el sionismo era mucho más vehemente que la cuestión de qué les estaba ocurriendo a los judíos de la Europa ocupada. Cuando empezaron a ser innegables las pruebas de que se estaba produciendo un genocidio, las organizaciones judías centraron toda su atención en él. Pero lo veían todo a través de una lente: la del sionismo[42].

La razón por la que hubo siempre inhibiciones al compromiso de los sionistas, o de los sionistas británicos, con las desgracias de los judíos europeos antes y durante el Holocausto no fue debida necesariamente a una falta de interés, sino más bien a las naturales limitaciones de energía, recursos y tiempo entre los humanos. Los líderes sionistas radicados en Palestina proporcionaban un ejemplo de cómo navegar entre la preocupación por la colonia sionista y la aprehensión ante el destino de los judíos que corrían peligro de ser exterminados en Europa. Para ellos, la prioridad sin duda era la supervivencia de la comunidad en Palestina, como demuestran las obras de historiadores críticos israelíes como Idith Zertal y Tom Segev[43]. El rescate de los judíos europeos debía ir estrechamente ligado al destino de la comunidad en Palestina. Es algo que ejemplificó la posición de David Ben-Gurion un mes después de la *Kristallnacht,* el primer pogromo masivo de los nazis contra los judíos alemanes. El 7 de diciembre de 1938, Ben-Gurion afirmó lo siguiente en un mitin organizado por los sionistas laboristas:

> Si supiera que sería posible salvar a todos los niños de Alemania trayéndolos a Inglaterra, y solo a la mitad transportándolos a Eretz Yisrael, optaría por la segunda alternativa. Porque no solo debemos sopesar la vida de estos niños, sino también la historia del pueblo de Israel[44].

Esta actitud –que solo el sionismo podía salvar a los judíos de la catástrofe inminente– fue apuntalada indiscutiblemente por la negativa de Occidente, en especial Gran Bretaña y Estados Unidos, a admitir a los refugiados judíos en masa. La reticencia occidental y angloestadounidense se mostró plenamente durante la Conferencia de Evian, celebrada en julio de 1938. Uno tras otro, los delegados de treinta y dos países se lamentaron por la desgracia de los refugiados judíos en Europa; pero al mismo tiempo se disculparon por no ofrecer un refugio para estos judíos, y declararon su

incapacidad para aumentar las cuotas migratorias de sus países, achacándola en la mayoría de los casos a la depresión económica mundial. En términos generales los representantes no hablaron de personas sino de «cifras» y «cuotas». Al final, solo un país presente en la conferencia, República Dominicana, aceptó oficialmente recibir refugiados procedentes de Europa. (El dictador Rafael Trujillo, influido por el movimiento eugenésico internacional, creía que los judíos mejorarían las «cualidades raciales» de la población dominicana)[45]. Otro puñado de países aceptó refugiados judíos en la década de 1930: Bolivia, Suiza y la Concesión Internacional de Shanghái (hasta la conquista japonesa). Gran Bretaña aumentó de manera un tanto reacia el número de permisos de emigración de judíos a Palestina, pero ni mucho menos se aproximó a una escala suficiente.

En 1943, el lobby sionista británico conectó abiertamente el Holocausto con la emigración a Palestina. Presionó al Gobierno para que permitiese la migración ilimitada de judíos a Palestina, argumentando que era la única solución a la crisis en Europa. Al comienzo Gran Bretaña puso reparos, sabiendo que los palestinos se resistirían, como lo habían hecho entre 1936 y 1939. Pero se enfrentó a un dilema de creación propia: no deseaba admitir cifras elevadas de judíos en Gran Bretaña, y Estados Unidos también les cerró las puertas.

Los historiadores siguen debatiendo las razones por las que Gran Bretaña solo admitió un pequeño número de refugiados judíos, e incluso en ese caso con duras condiciones. Documentos desclasificados han arrojado nueva luz sobre este tema. Louise London demuestra claramente en *Whitehall and the Jews,* basado en nuevo material disponible, que el interés propio de los británicos limitó constantemente la ayuda humanitaria a los judíos[46]. La concesión de asilo se restringió drásticamente durante el Holocausto, se hicieron pocos esfuerzos por salvar vidas, y a menudo las admisiones requirieron la intervención de individuos concretos. Después de la guerra, el Gobierno se mostró remiso a anunciar si los refugiados obtendrían o no residencia permanente, esperando evitar la responsabilidad a largo plazo que supondría el elevado número de judíos sin hogar[47]. Hubo una excepción: la Operación Kindertransport, por la que Gran Bretaña permitió a organizaciones benéficas judías rescatar de la Europa nazi a unos diez mil menores de

diecisiete años, y que se hicieran cargo de ellos familias británicas. A los padres los dejaron morir.

Bajo presión internacional, Gran Bretaña y Estados Unidos convocaron en abril de 1943, en las Bermudas controladas por los británicos, otra conferencia internacional para tratar sobre el tema de los refugiados judíos. Para gran decepción del lobby sionista, la delegación británica se negó a relacionar el debate sobre el nazismo con la migración judía a Palestina. Poco después de la Conferencia de Bermudas, se creó en la Cámara de los Comunes un comité especial para tratar este asunto, y en los debates de la Cámara algunos parlamentarios declararon que representaban al lobby sionista británico. El debate tuvo un impacto político limitado, pero reveló mucho acerca del sionismo.

EL SIONISMO LLEGA A LA CÁMARA DE LOS COMUNES

En aquel momento, los parlamentarios británicos carecían de poder para influir en la política migratoria establecida por los dirigentes del país en la Palestina del Mandato: control de la migración a Palestina con la esperanza de limitar la resistencia de los palestinos a la continua colonización judía de su patria, y al mismo tiempo cierre de puertas en Gran Bretaña a los refugiados judíos que huían de Europa. Los miembros del comité que exigían un cambio de política repetían el relato sionista de que Palestina estaba vacía, y tenía capacidad potencial para absorber a millones de judíos[48]. Por ejemplo, George Ridley, parlamentario laborista por Clay Cross, sostenía lo siguiente:

> Sostengo también que deberíamos abrir por completo las puertas de Palestina. La capacidad de absorción de la Palestina moderna es sin duda elevada. Los judíos han convertido allí el desierto en un país fértil, y la capacidad de absorción de ese país fértil ha aumentado en consecuencia. Me aseguran que hay escasez de mano de obra y que Palestina recibiría con satisfacción a unas 30.000 familias, es decir, unas 70.000 personas. El palestino tiene a su padre, a su madre, a sus hermanas y hermanos, en la caldera infernal que llamamos Europa, y espera febrilmente recibirlos. Deberíamos considerar un deber fundamental hacer todo lo posible por reunirlos. Las cuotas establecidas en el Libro Blanco, que tanto parecían significar hace cinco años, ahora se quedan cortas, y en este periodo de grave crisis no deberíamos estar limitados por cifras elaboradas en otras circunstancias.

En la jerga utilizada por Ridley, «el palestino» hacía referencia al reciente colono judío, no al residente indígena. Todo lo que Gran Bretaña podía hacer como respuesta al nazismo era llenar Palestina de nuevos palestinos.

Lo apoyaron John Mack, parlamentario laborista por Newcatle-under-Lym y activista sionista, que declaró lo siguiente ante el comité: «me ha correspondido hablar en nombre de la Federación Sionista de este país». Rechazó la posibilidad de que los palestinos indígenas presentasen objeciones a este plan:

> Se ha hecho alusión a la reacción árabe que podría tener lugar, y yo creo que no es un obstáculo tan formidable como se ha sugerido. Se ha exagerado en exceso, y detrás de esa exageración hay cierta cantidad de propaganda controlada por los nazis. Debemos relajar ese Libro Blanco. Debemos decir que si los judíos pueden entrar en Palestina en un número superior al establecido en ese Libro Blanco se les darán todas las facilidades para hacerlo porque, buscando en las cuatro esquinas del mundo, apuesto que sería justo decir que este país y Naciones Unidas no encontrarán aliados más nobles e intrépidos que los valientes judíos que están efectuando su espléndida aportación a la causa de la que estamos tan orgullosos.

A Mack se le opuso el coronel sir Lambert Ward, parlamentario conservador, que asumió la función de representar la posición del Gobierno británico en Palestina. Permitir que un gran número de migrantes judíos entrase en Palestina era «absurdo en el caso de un país agrícola, bastante más pequeño si cabe que Gales». Asimismo:

> La dificultad allí es que topamos siempre con el antagonismo de los musulmanes, y probablemente un gran aumento de la inmigración aumentaría la fricción.

Algunos parlamentarios, al verse enfrentados a estas dificultades, adoptaron una posición compasiva, sugiriendo que Gran Bretaña debería admitir a más judíos. Una mezcla de antisemitismo y xenofobia impidió que Whitehall permitiese esto último. Ward representa de nuevo aquí la posición del Gobierno: si la migración a gran escala a Palestina era indeseable, la migración a gran escala a Gran Bretaña resultaba inconcebible:

> Una de las grandes dificultades de admitir a un número elevado de refugiados en este país es el hecho de que una proporción muy considerable de la población no los

quiere. Se ha dicho –no me gustaría decir si es o no cierto– que admitir a un número elevado de refugiados de religión judía podría avivar los rescoldos e incendiar el antisemitismo aquí existente. Muchos lo consideran absurdo, pero por propia experiencia no estoy tan seguro de que no haya algo de verdad en esa afirmación. Desde hace casi exactamente tres años hasta comienzos de año yo estuve trabajando en las milicias de defensa del East End. La zona de la que era responsable comprendía los barrios de Benthal Green, Stepney y Poplar, y algunos de los distritos periféricos de esos barrios. Se observaba sin duda un sentimiento antisemita muy definido. En lo referente a la selección de oficiales, de suboficiales, uno se encontraba ese problema. Se oía decir directamente cuando algo iba mal que la culpa era de los judíos, lo cual no era cierto. Si había cualquier problema de mercado negro, se decía, falsamente, que los que lo llevaban en general eran los judíos. Cuando se produjo el terrible desastre de un refugio hace tres o cuatro meses, corrió el rumor de que había sido a causa del pánico de los judíos extranjeros. No es cierto, como demostró el hecho de que solo un 5% de las víctimas perteneciesen a la religión judía.

Louise London ha demostrado que la alegación de que el antisemitismo aumentaría si se concedía la entrada a demasiados judíos la plantearon durante toda la guerra tanto funcionarios públicos como la comunidad anglojudía establecida[49]. Asimismo, la perspectiva de cualquier tipo de inmigración avivaba los miedos económicos, como sigue ocurriendo hoy en día.

Enfrentado a esta mezcla de respuestas, Mack, por así decirlo el representante de la Federación Sionista Inglesa, presentó por sorpresa su propia solución, que nunca habría sido aprobada por los líderes sionistas asentados en Palestina:

Yo diría que, como solución positiva, el Gobierno de este país debería anunciarle al mundo una declaración de que a los refugiados que logren escapar por cualquier medio se les concedería asilo temporal en Gran Bretaña […]

Creo que si este país es audaz y valiente, si este país está dispuesto sobre todos los demás países –y su historial es tan grande como el de cualquier otro país– a decirles a los judíos del mundo, «veníos aquí como refugiado temporal, y aquellos judíos que se refugien temporalmente en este país podrán después de la guerra irse a Palestina», hasta a los propios judíos alemanes les alegrará la oportunidad de irse a Palestina. Si el Gobierno reconoce que esa es su verdadera política, no estará simplemente cumpliendo un gran principio de caridad, sino que realizará una hazaña que mantendrá por tiempo inmemorial el nombre de este país como el mayor y más

maravilloso benefactor de toda la humanidad.

Desde su punto de vista, debían admitir temporalmente a los refugiados, dejando entendido que en un futuro cercano abandonarían Gran Bretaña para dirigirse a Palestina. Aunque en la realidad unos 40.000 se quedaron en Gran Bretaña, esta no había sido la intención del Gobierno. El asilo debía ser por un tiempo limitado y debía concederse con la esperanza de que, en su mayoría, los refugiados buscasen otros países en los que asentarse de manera permanente.

El debate de los Comunes no tenía la intención de poner en marcha una nueva política; simplemente permitió a los parlamentarios expresar los puntos de vista tanto del lobby sionista como del Gobierno británico (el de Palestina y el de Londres). Las opiniones de los palestinos estaban notablemente ausentes. Aun así, la política británica se guiaba por el miedo a la resistencia palestina, y los británicos no estaban muy dispuestos a acceder a las demandas sionistas en mitad de la guerra.

El lobby prosionista consiguió durante un tiempo hacer frente común con muchos miembros de la comunidad judía que no eran necesariamente prosionistas. Juntos, firmaron una solicitud al Gobierno británico para que aumentase la cuota migratoria a Palestina como principal prioridad, y si esto resultaba imposible, que explorase otras opciones en lugares como Jamaica, Chipre y Kenia[50]. Dicha unidad reflejaba una evolución muy similar que se estaba produciendo al otro lado del Atlántico. En retrospectiva, esta no fue una alianza pasajera, sino que ayudó a allanar el camino para la sionización gradual de otras organizaciones judías a ambos lados del Atlántico, como ya veremos. Al acabar la guerra, el lobby podía confiar en que los nuevos seguidores harían avanzar el proyecto sionista.

EL ENFRENTAMIENTO CON EL GOBIERNO DE ATTLEE, 1945-1948

La disolución del Ministerio de la Guerra de Churchill fue bien recibida por los líderes de la Agencia Judía en Palestina, que esperaban que el recién elegido Gobierno laborista se mostrase más comprensivo con las aspiraciones sionistas. Como hemos visto, el lobby invirtió enormes cantidades de tiempo y esfuerzo en establecer vínculos fuertes con los laboristas durante décadas, de modo que la decepción cuando el Gobierno

de Attlee resultó ser, en el mejor de los casos, indiferente, resultó lógicamente inmensa. Los sionistas tenían buenas razones para mantener unas expectativas elevadas. Solo unos años antes, en febrero de 1940, el Consejo Nacional del Partido Laborista condenó a la coalición de guerra por tratar a Palestina como una posesión colonial y no como un mandato[51]. El Partido Laborista siguió apoyando el proyecto sionista, y en su congreso de 1940 adoptó unánimemente una resolución en la que criticaba las restricciones impuestas por el Gobierno británico a la migración y a la compra de tierras por parte de los judíos. La guerra creó una corriente de simpatía hacia el sionismo en todo el partido, que aprobó una resolución tras otra exigiendo que se concediera a la Agencia Judía «autoridad para desarrollar plenamente la capacidad de Palestina para absorber inmigrantes». Las secciones del Partido Laborista y del Consejo de Sindicatos (TUC - *Trades Union Council*) en Liverpool prometieron «el apoyo sincero del movimiento laborista a la lucha contra el antisemitismo y por la seguridad del futuro judío en Palestina»[52].

Pese a todas las promesas, sin embargo, el Gobierno laborista de Attlee (1945-1951) resultó una mezcolanza en lo que al lobby sionista se refiere. Muchos parlamentarios del partido eran firmemente prosionistas y usaron *The Tribune,* la publicación izquierdista del Partido Laborista fundada en 1937, para manifestar estos puntos de vista. Entre los miembros prosionistas del partido destacaba Richard Crossman. Ayudó de manera crucial a convencer al Comité Angloestadounidense de 1946, el último esfuerzo internacional para resolver el conflicto de Palestina, de que debía conectar el destino de los judíos supervivientes del Holocausto con un futuro Estado judío en Palestina. Esta vinculación la confirmó más tarde la UNSCOP, el comité especial designado por Naciones Unidas para estudiar una solución para Palestina.

Crossman negó con vehemencia que él o los compañeros que compartían su punto de vista estuviesen influidos por el lobby sionista:

> Ningún Gobierno británico ha sido puesto en situación embarazosa por un «grupo de presión» judío, y tampoco el Partido Laborista ha puesto una política sionista en su programa con fines puramente electorales […] la política palestina del Partido fue resultado de la profunda convicción de que el establecimiento de la patria hace parte importante del credo socialista[53].

Crossman manifestó que el sionismo representaba al socialismo en Palestina. Esta representación contradictoria de la situación derivaba directamente de la propaganda del movimiento laborista sionista radicado en Palestina, en la que se tachaba de opresores capitalistas a los terratenientes y dignatarios locales, a diferencia de los nuevos terratenientes y colonos. El Partido Laborista, escribía Crossman, se mostraba «unánime en la denuncia del apoyo conservador a los bajás y los efendis corruptos» del mundo árabe[54]. Esta imagen no guardaba relación con la realidad. Además, en el conjunto del mundo árabe, era el Partido Laborista británico el que cortejaba a los «corruptos» efendis y rechazaba los movimientos de liberación progresistas. Algunos miembros del lobby usaron una versión más cruda, acusando a los palestinos de apoyar al fascismo (basándose en una entrevista con Oswald Mosley en el periódico palestino *Al-Difa*) y al comunismo (puesto que el Partido Comunista de Palestina apoyaba la lucha de los palestinos); más tarde, los detractores de Israel serían tachados igualmente de ser a un tiempo fascistas y comunistas.

Pero el Gobierno incluía también a Ernest Bevin, secretario del Foreign Office, con la vista firmemente centrada en apoyar los intereses británicos en el mundo árabe, y sin un entusiasmo especial por construir una utopía sionista de corte socialista. Atrajo la ira de los sionistas, tanto dentro como fuera del partido, por querer, en primer lugar, que Palestina siguiera siendo durante un tiempo un territorio sometido a mandato y, en segundo lugar, por negarse a consentir la migración ilimitada de judíos a Palestina: como es bien sabido, envió de vuelta a Francia al *Exodus 1947,* un barco que se dirigía a Palestina con unos 4.000 refugiados judíos a bordo. A Crossman se sumaron otros miembros importantes del partido que en 1947-1948 acusaron a Bevin de librar una guerra contra el sionismo, llegando a culparlo del terrorismo sionista contra los británicos[55].

Bevin no fue responsable de la ferocidad de los terroristas sionistas, pero sí hizo algunos comentarios desagradables sobre los judíos. En un momento dijo que los estadounidenses querían más migración de judíos a Palestina porque «no quieren demasiados en Nueva York»[56]. En 1945 dijo que estaba:

> Esperando ansioso que los judíos de Europa no hagan demasiado hincapié en su

> posición racial […] si los judíos, con todos sus sufrimientos, quieren acercarse demasiado al principio de la cola, tendremos el peligro de que se produzca en toda ella otra reacción antisemita[57].

Con esta declaración, Bevin se hacía eco de la política del primer ministro Clement Attlee en lo referente al reto logístico que suponía repatriar a más de seis millones de personas desplazadas al final de la Segunda Guerra Mundial, en especial el último millón, que no tenía hogar al que volver. Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos procuraban no generar la impresión de que los judíos estaban recibiendo un «trato especial». Pero la falta de tacto de Bevin permitió que lo acusasen de albergar puntos de vista antisemitas.

Crossman no fue el único en criticar a Bevin. Lo apoyó Stafford Cripps, entonces canciller de Hacienda, un inesperado aliado del lobby sionista. Los lobistas lo asociaban con su tía, Beatrice Webb, conocida detractora de las políticas prosionistas del Gobierno británico. Pero él se ganó la confianza del lobby y respaldó asiduamente al sionismo en las páginas de *The Tribune*. «Sería criminal», escribió, «arrebatarle a la raza judía la última esperanza de disponer al menos de un territorio diminuto que puedan reivindicar como propio»[58]. Puede que a los lectores de hoy les sorprenda que Cripps se refiriese a los judíos como raza, pero el sionismo implicaba necesariamente ver a los judíos como un grupo nacional distinto, como una raza incluso, y no como ciudadanos británicos de pleno derecho.

En torno a Crossman y Cripps emergió un formidable grupo de prosionistas devotos que tendrían más impacto con posterioridad, durante el Gobierno de Harold Wilson. De ese grupo formaban parte políticos como Arthur Henderson (hijo del exlíder laborista) y Tony Benn (que más tarde criticaría con dureza a Israel). En ocasiones se reclutó a familias enteras para la causa, como los Greenwood (el padre Arthur y su hijo Anthony) y los Janner (Barnett y su hijo Greville).

En 1947, este lobby prosionista inserto en el Partido Laborista criticó el impertinente cuestionamiento, por parte de Ernest Bevin, de «toda la validez del sionismo político». Como Crossman, lo acusaron de suscitar la violencia sionista, puesto que sus políticas no dejaban más opción al movimiento sionista sobre el terreno que recurrir al terrorismo contra las

fuerzas armadas y el Gobierno del Mandato[59]. Después del 15 de mayo de 1948, esta sección del lobby siguió calificando a Bevin de archienemigo de Israel, y acusándolo de librar una batalla contra el Estado judío, una crítica que se filtró en los obituarios un tanto indiferentes que algunos de sus colegas escribieron cuando falleció, en 1952[60].

Por cierto, los sionistas intentaron reclutar a Winston Churchill para que reprendiese directamente a Bevin en lo referente a su política sobre Palestina. Tras perder las elecciones de 1945, sin embargo, a Churchill le interesaba menos ese territorio. Sus documentos privados están llenos de cartas del lobby pidiéndole que asumiese una posición destacada contra las políticas de Bevin. No pareció prestarles atención, posiblemente porque había perdido el interés por la cuestión tras su caída del poder político[61].

Hasta mayo de 1948, la posición de Bevin se impuso, y otros activistas laboristas, como Christopher Mayhew, subsecretario del Foreign Office, y Fenner Brockway, socialista y pacifista, se opusieron a la campaña sionista.

Atrapada entre estos dos bandos, la posición adoptada por el Gobierno de Attlee hasta 1948 no se supeditó a los deseos de los sionistas, y los enfureció. Pero si bien el lobby no podía atraer al Gobierno laborista, seguía teniendo otra senda para hacerse oír. Acudió al Congreso de Sindicatos (*Trades Union Congress* - TUC) británico.

EL TUC Y EL LOBBY

Antes de que terminase el Mandato, el lobby hizo un último esfuerzo para cambiar la política del Gobierno de Attlee, intentando atraer al TUC con ese fin. La misión le fue confiada al departamento internacional de la Histadrut, la organización sindical sionista en Palestina. No era una tarea fácil, puesto que el TUC no mantenía una posición clara al respecto. Pero el lobby esperaba poder convencerlo, porque el TUC mantenía fuertes lazos de amistad con el movimiento sionista tanto en Gran Bretaña como en Palestina desde los tiempos de la Declaración Balfour.

El 28 de diciembre de 1917, en un congreso conjunto, el Partido Laborista y el TUC resumieron los logros de la Gran Guerra, antes incluso de que esta terminase. El documento definitivo incluía declaraciones grandilocuentes sobre la necesidad de mantener el impulso a favor de «la

completa democratización de todos los países» y un llamamiento a abandonar «toda forma de imperialismo», llegando incluso a solicitar «la completa abolición del servicio militar obligatorio en todos los países», promesas todas ellas que ambas formaciones, el partido y el TUC, incumplieron en años posteriores. El Apartado F del documento declaraba lo siguiente:

> Los judíos que lo deseen pueden retornar [a Palestina] y encontrar allí su salvación, libres de la interferencia de otras razas y religiones[62].

Como ha observado irónicamente John Newsinger, se hicieron muchas promesas dignas, pero solo se cumplió la del sionismo[63].

Basándose en este feliz recuerdo de la pasada amistad, la Histadrut envió a sus propios emisarios a aumentar la presión sobre el Gobierno laborista, pese a que el TUC había frustrado las expectativas con anterioridad, negándose a oponerse al Libro Blanco de 1939, que restringía la migración de judíos a Palestina[64].

Desde entonces, había habido señales positivas que permitían al lobby albergar esperanzas de que el TUC se abriría a modificar su posición. El Congreso del TUC invitó a la Histadrut a unirse a la Conferencia Sindical Mundial organizada en Londres en febrero de 1945. La Histadrut representó a Palestina, junto con un sindicato palestino, la Asociación de Trabajadores Árabes de Palestina. La delegación palestina, sin embargo, se sintió traicionada por la Conferencia Sindical Mundial, que aprobó una resolución de apoyo a la creación de una patria judía en Palestina. La resolución constituyó un logro enorme para los líderes sionistas, pero no sirvió para cambiar la política británica sobre el terreno[65].

Aunque el lobby sionista agradeció al TUC su respaldo, sin embargo, ya no lo necesitaba realmente. El Gobierno británico había tomado la decisión de abandonar Palestina en febrero de 1947, y empezó el proceso de retirada. Ambos bandos de la Palestina histórica sabían que las actitudes británicas contaban cada vez menos. En 1948, Gran Bretaña se volvió menos importante para el futuro de Palestina y al lobby sionista le quedó claro que Estados Unidos era mucho más importante. Como veremos en el próximo capítulo, la práctica lobista en Estados Unidos no surgió con el establecimiento del Estado de Israel. Tenía una larga historia, que se retrotraía a la segunda mitad del siglo XIX, como su homóloga en

Gran Bretaña. Observemos este paso de ser un proyecto periférico de los grupos evangélicos a convertirse en una fuerza digna de ser tenida en cuenta.

---

[1] [www.jewishvirtuallibrary.org/quot-poalei-tziyon-our-platform-quot-ber-dov-borochov].

[2] Véanse los archivos de Sharett, carta de Moshe Sharett a Berl Katznelson, 11 de octubre de 1923, en [www.sharett.org.il/cgi-webaxy/sal/sal.pl?lang=he&ID=880900_sharett_new&act=show&dbid=bookfiles&dataid=2596].

[3] Moshe Sharett, *London Days,* Tel Aviv, Moshe Sharett Heritage Society, volumen 3, apéndice 17; convención de Poale Zion, informe de Sharett, 12/2/1921, *Contrass,* volumen 78.

[4] *Hansard,* en [https://hansard.parliament.uk/Lords/1912-11-14/debates/5fe8924b-560b-47f8-8fea-00f48c8ce88f/ThePurchaseOfSilverForIndia].

[5] Nur Masalha, *Expulsion of the Palestinians,* Washington DC, Institute of Palestinian Studies, 1992, p. 76, n. 76; Jacques Kano, *The Problem of Land between Jews and Arabs,* Tel-Aviv, Sifriat Hapoelim, 1992, p. 46.

[6] Carly Beckerman-Boys, «The Reversal of the Passfield White Paper, 1930-1931: A Reassessment», *Journal of Contemporary History* 51, 2 (2016), pp. 213-233.

[7] Véase, por ejemplo, Michael J. Cohen, «The British Mandate in Palestine: The Strange Case of the 1930 White Paper», *European Journal of Jewish Studies* 10, 1 (2016), pp. 79-107.

[8] Boletín Diario de Noticias, cables y noticias despachados por *The Jewish Telegraph,* volumen 12, número 82, 13 de abril de 1931 (10 páginas de discurso)

[9] James Renton, *The Zionist Masquerade: The Birth of the Anglo-Zionist Alliance, 1914-1918,* Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, p. 72.

[10] Cursiva añadida.

[11] Boletín de noticias diario.

[12] *Ibid.*

[13] Winston Churchill, «Zionism Versus Bolshevism: A Struggle for the Soul of the Jewish People», *Illustrated Sunday Herald,* 8 de febrero de 1920, p. 5.

[14] Rosalyn D. Livshin, «Nonconformity in the Manchester Jewish Community: The Case of Political Radicalism, 1889-1939», tesis doctoral presentada en la Universidad de Manchester, 2015, p. 91.

[15] *Ibid.,* p. 130.

[16] *Ibid.,* p. 6.

[17] N. Masalha, *op. cit.,* p. 76, nota 76; J. Kano, *op. cit.,* p. 46.

[18] Véase Paul Kelemen, «In the Name of Socialism: Zionism and the European Social Democracy in the Inter-war Years», *International Review of Social History* 41, 3 (1996), pp. 331-350.

[19] Citado en *ibid.,* p. 338.

[20] Ramsay MacDonald, *A Socialist in Palestine*, Londres, Jewish Socialist Labour Confederation Poale-Zion, 1922, p. 19.

[21] Johan Franzén, «Communism versus Zionism: The Comintern, Yishuvism, and the Palestine Communist Party», *Journal of Palestine Studies* 36, 2 (invierno de 2007), pp. 6-24.

[22] Andrew Sargent, «The British Labour Party and Palestine 1917-1949», tesis doctoral

presentada en la Universidad de Nottingham, 2003, pp. 15-16; R. D. Livshin, *op. cit.*

[23] *Hansard,* volumen 135, columnas 1438-1439, debate correspondiente al 2 de diciembre de 1920.

[24] Citado en Harry Defries, *Conservative Party Attitudes to Jews, 1900-1950,* Londres y Nueva York, Routledge, 2014, p. 126.

[25] Bernard Porter, *The Lion's Share: A History of British Imperialism, 1850-2011,* Londres y Nueva York, Routledge, 2014, pp. 223-224.

[26] S. J. Goldsmith, «Old "77" Leave London Scene», *The Jewish News,* Nueva Jersey, 22 de enero de 1965.

[27] *Ibid.*

[28] Yitzhak Elazari Volcani, «Systematic Agricultural Colonization in Palestine», informe presentado en el 27 Congreso Sionista, Praga, 1933, publicado por la Oficina Sionista Central.

[29] Citado en Yoram Bar-Gal, *Propaganda and Zionist Education: The Jewish National Fund, 1924-1927,* Rochester, NY, Universidad de Rochester Press, 2003, p. 12.

[30] Daily News Bulletin.

[31] Artículo de Berl Locker publicado en el diario hebreo *Davar* el 9 de mayo de 1958.

[32] Nick Reynolds, *The War of the Zionist Giants: David Ben-Gurion and Chaim Weizmann,* Nueva York, Lexington Books, 2019, p. 163.

[33] Norman Rose, «The Debate on Partition, 1937-38: The Anglo-Zionist Aspect: 1. The Proposal», *Middle Eastern Studies* 6, 3 (1970), pp. 297-318.

[34] Barnet Litvinoff (ed.), *The Letters and Papers of Chaim Weizmann,* volumen 19, serie A, enero de 1939-junio de 1940, Jerusalén, Transaction Books, 1983.

[35] Mrs Edgar Dugdale, *The Balfour Declaration - Origins and Background,* Londres, Jewish Agency for Palestine, 1940, p. 242; véase también Michael Makovsky, *Churchill's Promised Land: Zionism and Statecraft,* New Haven, Yale University, 2007, p. 242.

[36] El protocolo completo se publicó en el periódico *Yarden* (una de las pocas publicaciones del movimiento revisionista en Palestina) el 10 de junio de 1938.

[37] Barry Kosmin, Antony Lerman y Jacqueline Goldberg, «The Attachment of British Jews to Israel», *Institute for Jewish Policy Research Report* 5 (noviembre de 1997), p. 3.

[38] S. J. Goldsmith, *op. cit.*

[39] B. Kosmin *et al., op. cit.*

[40] Sharon Gewirtz, «Anglo-Jewish Responses to Nazi Germany 1933-39: The Anti-Nazi Boycott and the Board of Deputies of British Jews», *Journal of Contemporary History* 26 (2 abril de 1991), p. 263.

[41] Richard Bolchover, *British Jewry and the Holocaust,* Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

[42] Estudio en profundidad el debate entre historiadores respecto a esta cuestión en uno de mis libros: Ilan Pappe, *The Idea of Israel: A History of Power and Knowledge,* Londres, Verso, 2016 [ed. cast.: *La idea de Israel. Una historia de poder y conocimiento,* Madrid, Akal, 2015].

[43] Tom Segev, *The Seventh Million: The Israelis and the Holocaust,* Nueva York, Picador, 2000; Idith Zertal, *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood,* Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

[44] Atribuido a Ben-Gurion (antes de la Segunda Guerra Mundial) por Martin Gilbert en «Israel Was Everything», *The New York Times,* 21 de junio de 1987.

[45] Antonio Espinoza, «Allen Wells, *Tropical Zion: General Trujillo, FDR and the Jews of Sosua* (Review)», *Holocaust and Genocide Studies* 24, 3 (2010), pp. 488-491.

[46] Louise London, *Whitehall and the Jews 1933-1948. British Immigration Policy, Jewish Refugees and the Holocaust,* Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

[47] *Ibid.*

[48] Todas las citas de este debate proceden del *Hansard,* volumen 389, columnas 1118-1204, debate correspondiente al 13 de mayo de 1943.

[49] L. London, *op. cit.*

[50] Esto está tomado de una página de Internet llamada Experiencing History: Holocaust Sources in Context; disponible en [https://perspectives.ushmm.org/item/letter-of-selig-brodetsky-and-leonard-stein-to-the-british-under-secretary-of-state-for-foreign-affairs].

[51] Paul Kelemen, *The British Left and Zionism: A History of Divorce,* Manchester, Manchester University Press, 2012, p. 35.

[52] *Ibid.,* p. 51.

[53] Richard Crossman, *Palestine Mission: A Personal Record,* Londres, Hamish Hamilton, 1946, p. 61.

[54] *Ibid.,* p. 62.

[55] Raphael Langham, «The Bevin Enigma: What Motivated Ernest Bevin's Opposition to the Establishment of a Jewish State in Palestine», *Jewish Historical Studies* 44 (2012), pp. 165-178.

[56] *Ibid.,* p. 165.

[57] *The Times,* 14 de noviembre de 1945.

[58] James Vaughan, «"Keep Left for Israel": Tribune, Zionism and the Middle East, 1937-1967», *Contemporary British History* 27, 1 (marzo de 2013), p. 3, nota 16.

[59] *Ibid.,* p. 43.

[60] *Ibid.,* p. 3.

[61] Norman Rose, «Churchill and Zionism», en Robert Blake y Roger W. Louis (eds.), *Churchill. A Major New Assessment of His Life in Peace and War,* Oxford, Oxford University Press, 1996, p. 160.

[62] Citado por John Newsinger, «The Labour Party, Anti-Semitism and Zionism», *International Socialism* 153 (3 de enero de 2017).

[63] *Ibid.*

[64] P. Kelemen, *op. cit.,* pp. 36-37.

[65] Jane Power, «Real Unions: Arab Labour Unions in British Palestine», tesis de máster presentada en la Simon Fraser University, 1960, p. 77; véase también, en la página digital 321 Ignition, un artículo anónimo sobre el tema: [http://321ignition.free.fr/pag/en/ana/pag_003/pag.htm].

5. La actividad inicial del lobby sionista en Estados Unidos

EL LEGADO DE BLACKSTONE-SCOFIELD: LOS COMIENZOS DEL LOBBY SIONISTA CRISTIANO

Los pioneros del sionismo británicos en la segunda mitad del siglo XIX operaron en los márgenes de la teología cristiana, pero en América, sus pensadores coetáneos tomarían el mundo al asalto. Estos evangélicos se autodenominaban «restauracionistas», y esperaban el retorno de los judíos a Israel para que se cumpliese la profecía bíblica, y la promesa hecha por Dios a Israel. Evolucionó a modo de idea poco elaborada que se fue modelando y remodelando mediante un movimiento de ida y vuelta de uno a otro lado del Atlántico. Este diálogo constante entre comunidades evangélicas británicas y norteamericanas produjo lo que acabaría constituyendo la infraestructura ideológica de un potente movimiento político estadounidense de corte sionista cristiano en el siglo XX.

Ya antes de que existiese este intercambio transnacional, había restauracionistas en Estados Unidos. Algunas figuras públicas del país expresaron su respaldo a la idea. El presidente John Adams escribió: «realmente deseo que los judíos regresen a Judea convertidos en nación independiente», y novelistas famosos como Herman Melville siguieron su ejemplo[1]. Entre las diversas confesiones religiosas que imperaban en Norteamérica en el siglo XVII, los puritanos en especial estaban entusiasmados con la idea. En sus actos religiosos rezaban por el «retorno» de los judíos a «su patria». Los judíos eran para ellos una «nación». Redefinir el judaísmo como nación, no como religión, se convirtió en un concepto importante en el desarrollo del sionismo político. Uno de los más fervientes defensores iniciales, David Austin, de New Haven, incluso construyó dársenas y posadas para lanzar una emigración judía a gran escala desde Norteamérica a Palestina[2].

La llegada de John Nelson Darby a Norteamérica fortaleció el respaldo a esta idea teológica inicialmente esotérica. Era un ministro anglicano

dublinés, conocido como uno de los fundadores de los hermanos de Plymouth, un movimiento evangélico que consideraba el Antiguo Testamento como la autoridad suprema para la Iglesia y sus fieles.

El punto de vista teológico, escatológico más bien, de Darby es crucial para nuestro relato. Era restauracionista, premilenarista y la mente que ideó el dispensacionalismo: una teología que dictaba que la historia se dividía en «dispensaciones» para el pueblo elegido por Dios, los judíos. Había siete dispensaciones desde el tiempo de inocencia de Adán y Eva, y el siglo XIX se encontraba en el periodo de la sexta dispensación entre la crucifixión y una ruptura futura conducente a la última dispensación, que incluiría la restauración de la nación de Israel como parte de un periodo divino más amplio, conducente a mil años de reinado de Cristo.

Para nuestros fines, solo necesitamos analizar por qué esta nueva teología se tradujo en un apoyo entusiasta al sionismo en Estados Unidos. Y no hay nada más adecuado que la propia explicación de Darby acerca de por qué defendía el retorno de los judíos a Palestina y la creación de una nación judía moderna, merecedora de una patria y de la independencia en Palestina. La presentación lúcida que hacía de estas ideas lo convirtieron en el encargado ideal para portar la antorcha de uno a otro lado del Atlántico.

Permítaseme, en consecuencia, intentar resumir cómo asumía Darby el papel de los judíos, Palestina y la cristiandad. Los judíos eran y son el pueblo elegido por Dios y recibirán en su momento el cumplimiento de las promesas hechas por Dios en el Antiguo Testamento (a finales del siglo XIX, los afortunados perceptores de estas profecías serían los judíos residentes en Rusia; más tarde, los sucesores de Darby conferirían estas promesas proféticas a todos los miembros del movimiento sionista; y después de 1948, a los judíos de Israel). Cuando Cristo regrese a la tierra y establezca su reino milenario, la nación de Israel renacerá y reconocerá su participación en la crucifixión de Cristo. Hasta entonces –y esto es crucial– los judíos son el pueblo elegido y disfrutan de la protección de Dios (y del apoyo incondicional de los evangélicos), en especial para su retorno a Palestina.

Darby y sus amigos influyeron tanto en el movimiento sionista cristiano como en el judío. Inspiraron a los intelectuales judíos que buscaban un remedio contra el antisemitismo y contribuyeron al surgimiento del

movimiento sionista en Europa Oriental. Esta influencia se produjo mediante la popularización de los puntos de vista de Darby, difundidos por sus seguidores americanos entre los primeros líderes sionistas. Fue Hechler, gran admirador de Darby, quien le habló de él a Herzl[3].

Segundo, y probablemente más importante, estas teologías estimularon un movimiento restauracionista más institucionalizado que apareció en Estados Unidos en la década de 1880. Sus miembros se reunían con regularidad, difundiendo la palabra y ampliando su alcance. La primera reunión significativa de dicho movimiento restauracionista tuvo lugar en 1884 junto al lago Ontario.

EL QUEEN'S ROYAL HOTEL Y EL PRIMER LOBBY ESTADOUNIDENSE

Hoy no se puede encontrar el Queen's Royal Hotel en la ciudad de Niagara-on-the-Lake. Pero el Queen's Royal Park sigue allí, frente a Ricardo Street, y se extiende a lo largo del Niágara, muy cerca del punto en el que el río se desploma para acabar formando el lago Ontario. La vista es espectacular: Fort Niagara a un lado, el lago al otro. Este panorama escénico también podía admirarse desde las famosas galerías del Queen's Royal Hotel, ahora ocultas bajo el césped verde del nuevo parque.

El elegante hotel se inauguró en 1868. Una página digital local muestra una foto del hotel tal y como lo encontraban los «visitantes que llegaban por barco» que «debieron de sentirse muy impresionados al ver surgir ante ellos el hotel, un magnífico edificio de cuatro plantas, con persianas y molduras verdes, dominando la ribera del río Niágara». Los visitantes podían llegar al hotel desde el río y caminar y recorrer una larga galería que los conducía al comedor y a la recepción. Sin lugar a duda, era considerado uno de los mejores hoteles de Norteamérica. Fue demolido durante la Gran Depresión, pero hasta entonces su pabellón fue un espacio importante para organizar grandes convenciones. En una de ellas se fundó el lobby sionista cristiano de Norteamérica, un año después de la inauguración del hotel.

Algunos evangélicos norteamericanos, impresionados por el mensaje de Darby, fundaron el Encuentro de Creyentes para el Estudio de la Biblia [Believers Meeting for Bible Study]. El primer encuentro no estuvo muy

concurrido, pero entre 1883 y 1897 se convirtió en un acontecimiento anual conocido como la Conferencia Bíblica de Niágara [Niagara Bible Conference], impulsada por la energía de un ministro presbiteriano de Saint Louis, James H. Brookes[4].

Brookes dirigía la revista *The Truth.* David Rausch, que denominó «protofundamentalistas» a los pioneros que conocemos en este capítulo, describe esta publicación como el «abuelito de las publicaciones protofundamentalistas»[5]. Todo lo que no se discutía en el lago se exploraba en serio en las páginas de esta revista. «¿Es Israel una nación o una secta?», preguntaba un artículo que acentuaba la nueva idea de que el judaísmo no era una religión, sino un nacionalismo, en un momento en el que la mayoría de los intelectuales judíos de Europa aludían a esa idea. También animaba a otros colaboradores a asociar la restauración con el fomento de la migración judía, en especial desde la Rusia zarista, a Palestina[6].

Estas nociones iniciales avanzaron en paralelo con las difundidas por los primeros sionistas judíos, cuyo movimiento comenzó a florecer aproximadamente por la misma época. Aunque avanzaban desde diferentes ángulos, ambos movimientos interpretaban oraciones judías, por ejemplo «el próximo año en Jerusalén, la reconstrucción», como un indicio de que los judíos eran una nación dispersa que trabajaba por su retorno a Palestina. La función de Brookes fue la de presentar esta interpretación como un imperativo religioso para que los seguidores del cristianismo evangélico ayudasen a hacer realidad esta aspiración judía[7].

Fue un encuentro fastuoso: ya se había establecido la conexión entre lujo y actividad lobista. El propio Brookes escribió acerca de los posteriores encuentros en la revista *The Truth*, en la que el retorno de los judíos a Palestina era uno de los temas principales:

> El lugar […] se vuelve más hermoso a medida que pasan los años, y sería difícil hallar un espacio más adecuado para el estudio tranquilo y devoto de las Sagradas Escrituras. El edificio en el que se reúne el Congreso, encaramado sobre el lago Ontario y el río Niágara, y rodeado de verdes árboles, está apartado del bullicio del mundo; y tan excelentes han sido las disposiciones para la acomodación de los huéspedes, tanto en el Queen's Royal Hotel como en las pensiones del pueblo, que nadie ha emitido una sola queja[8].

Las reuniones organizadas en Niágara se denominaron encuentros bíblicos, y dieron lugar en 1891 a un documento formativo: el Credo de Niágara. Se trataba de una declaración compuesta por catorce principios fundamentales que debían guiar a los fieles hacia el futuro, y que incluían un llamamiento a la «restauración de Israel»[9].

Desde 1900, las conferencias dejaron de celebrarse, pero el Credo de Niágara pervivió, abarcando el movimiento fundamentalista y dando forma a importantes confesiones y centros teológicos como la Moody Church, fundada por Dwight Moody, y la Universidad Biola, futuros bastiones prosionistas que siguen siendo partes fundamentales de la esencia institucional del lobby sionista cristiano que presiona a favor de Israel en la actualidad.

Los orígenes estadounidenses del lobby cristiano arrojan luz sobre la naciente coalición que acabaría justificando la colonización de Palestina, a expensas de su población indígena. Un pilar importante de esta coalición fue la comunidad de colonos blancos de Estados Unidos, cuya elite se dejó convencer fácilmente de la base religiosa de otro proyecto de asentamiento colonial, esta vez en Palestina.

Una aportación distinta a la formación de un lobby sionista cristiano en Estados Unidos la efectuó el magnate William Eugene Blackstone. A comienzos de la década de 1870, tuvo una revelación que lo llevó a dedicar todo su tiempo, y su considerable riqueza, a restaurar a los judíos en Palestina, un sueño y una misión articulados con gran vehemencia en un libro muy famoso que escribió en 1878, *Jesus is Coming* [Jesús está llegando]. Tanto en esta como en otras publicaciones (¡algunas en yiddish!) planteó dos propuestas que reflejaban las creencias de los otros precursores del sionismo cristiano a ambos lados del Atlántico. La primera era una preocupación genuina por el destino de los judíos en el Imperio ruso. La segunda, la creencia en que su salvación no radicaba en la emigración a Occidente, sino solo a Tierra Santa.

Blackstone organizó en 1890 un congreso para analizar «el pasado, el presente y el futuro de Israel». El lugar escogido no era tan suntuoso como los otros; se trataba de la reconstruida Primera Iglesia Episcopal Metodista de Chicago, conocida como la iglesia metodista de Clark Street, por estar ubicada en esa famosa calle. Había quedado muy afectada por el Gran Incendio de 1871, que destruyó unos diecisiete mil edificios, y la habían

reconstruido unos años después. El encuentro fue más un taller que un congreso, en el que los asistentes deliberaron seriamente acerca de qué podían hacer por el sionismo.

Un año después, en 1891, Blackstone solicitó firmas de destacados políticos y empresarios estadounidenses para una petición ahora conocida como Blackstone Memorial. Entre las múltiples personalidades que firmaron se encontraban John D. Rockefeller, J. P. Morgan, y el presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos; la petición iba dirigida al presidente del país. Se trataba en gran medida de una continuación de las conferencias de Niágara. Pedía al Imperio otomano que recibiera a los judíos rusos y les permitiera instalarse en Palestina, como pequeños grupos de judíos llevaban haciendo ya desde 1882.

Blackstone fue un innovador en un aspecto: usó el término «Israel» para referirse no solo a los judíos, sino también al territorio de Palestina. Anticipó así el discurso del lobby sionista judío en el futuro inmediato, influyendo sobre él:

> Creemos que este es el momento adecuado para que todas las naciones, y en especial las naciones cristianas de Europa, muestren generosidad hacia Israel. Un millón de exiliados, por su terrible sufrimiento, están apelando a nuestra simpatía, nuestra justicia y nuestra humanidad. Restaurémoslos en la tierra de la que tan cruelmente los despojaron nuestros antepasados romanos[10].

Las mismas ideas aparecerían cinco años después en un libro de Theodor Herzl, *Der Judenstaat.* Blackstone escribió:

> Al igual que las potencias [de Europa] dieron Bulgaria a los búlgaros […] deberían ahora darles Palestina a los judíos. ¿No pertenece también Palestina legítimamente a los judíos?[11]

Blackstone sentó otro cimiento importante para la posterior propaganda sionista acerca de Palestina al declarar, en 1891, que la «ley de abandono» general no era aplicable a los judíos en relación con Palestina:

> Porque nunca abandonaron esa tierra. No firmaron ningún tratado; ni siquiera se rindieron. Simplemente sucumbieron, tras el conflicto más desesperado, al poder abrumador de los romanos[12].

Ladrillo a ladrillo, los sionistas cristianos de Estados Unidos ayudaron a

elaborar un relato histórico que le serviría al movimiento sionista más en general para legitimar su derecho a colonizar Palestina. Pese a que Blackstone siguió siendo una figura desconocida entre la población común de Estados Unidos, las personas que firmaban el Blackstone Memorial año tras año pertenecían a las elites políticas y económicas del país. No es coincidencia que lo mencionase el presidente Harry Truman, cuando se convirtió en el primer líder mundial en reconocer a Israel, en mayo de 1948.

FARWELL HALL Y LAS CONFERENCIAS SOBRE LA PROFECÍA

Junto a las conferencias bíblicas, un tipo distinto de encuentro impulsaba el sionismo cristiano en el Estados Unidos de finales del siglo XIX. Se trataba de las Conferencias Proféticas. Una de las primeras se organizó en Chicago poco después del Gran Incendio de 1871.

Farwell Hall, en Madison Street, al este de LaSalle, era más conocido como el Edificio de la Asociación de Jóvenes Cristianos, orgullosamente inaugurado en 1866. La asociación era una empresa próspera; de hecho, creció tanto que necesitaba este edificio majestuoso, considerado por *The Chicago Tribune* como «uno de los principales ornamentos arquitectónicos de nuestra ciudad»[13]. Su reconstrucción tras el incendio era aún más hermosa, y mucho más moderna. «Tal es el auditorio, el más grande y elegante de Estados Unidos, quizá del mundo», se jactaba el periódico local[14].

De manera muy acertada, tres imágenes decoraban las altas ventanas de arco, una de ellas representaba a Moisés mirando hacia la Tierra Prometida, y la segunda a Abraham, de pie junto a su hijo Isaac, a punto de sacrificarlo. La tercera representaba a Jacob luchando con el ángel. Para un público que conocía bien la Biblia, el significado era obvio: el ángel había dicho «en adelante no te llamarás Jacob sino Israel». Por supuesto, en realidad, el ángel no había pedido la colonización de Palestina, pero como otros muchos versículos de la Biblia, los sionistas cristianos lo tomaron para la causa. Un texto sagrado se había convertido en un programa político sancionado por Dios, y por lo tanto ordenado por Dios.

Allí, en este glorioso auditorio renovado, más de tres mil personas se reunieron en la segunda Conferencia Profética. Se distinguió de las

conferencias anteriores organizadas en Estados Unidos en un aspecto: fue la primera vez que los restauracionistas se convirtieron en defensores no solo de un mero sueño, sino de un proyecto real de asentamiento colonial en Palestina. En esa ocasión, uno de los primeros oradores fue el profesor Ernst Ströter, que presentó argumentos intelectuales, no teológicos, a favor de una interpretación más práctica de los imperativos bíblicos que respaldaban la colonización sionista de Palestina. En su discurso, afirmó lo siguiente:

> La última década de este siglo XIX ha traído consigo un despertar del espíritu nacional y un resurgimiento de las esperanzas y las aspiraciones nacionales, no de hecho en el judaísmo reformista, sino entre las masas oprimidas de los judíos de Europa Oriental, que solo esperan una insinuación para estallar en una llamarada de entusiasmo insaciable que sobresaltará al mundo[15].

En la tercera Conferencia Profética, organizada en 1895 en Allegheny, Pensilvania, el mensaje se repitió en términos más claros. Los oradores se referían a Palestina e Israel de manera intercambiable, y esta vaguedad terminológica aparecería más tarde en los principales textos y publicaciones de los sionistas cristianos.

La siguiente fase de construcción de este tipo de infraestructura teológica e ideológica fue la de establecer el contacto inicial con el propio movimiento sionista judío. Blackstone participó en las conversaciones iniciales e incluso intentó influir en algunas de las decisiones de dicho movimiento. Al enterarse de que Herzl consideraba en serio, por razones pragmáticas, dirigir la colonización sionista a Uganda, tras no conseguir permiso del Imperio otomano para establecer una Palestina judía, Blackstone se mostró abatido. Le envió a toda prisa su famosa biblia a Herzl, conminándolo a no renunciar a Palestina. Blackstone marcó en la biblia todos los pasajes «referentes a Palestina, con instrucciones de que solo este debía ser el lugar donde se ubicase el Estado judío»[16]. Herzl conservó la biblia, que se expone en el Museo Herzl de Jerusalén. Fue la única correspondencia entre ambos hombres, pero como escribe David Borg, «proporcionó una entrada política a un movimiento joven que carecía de ella»[17].

El trabajo de Blackstone en las Conferencias Proféticas recibió la ayuda de esfuerzos similares dedicados a la misma causa por Cyrus Scofield,

otro nombre familiar entre los primeros sionistas cristianos. Abogado de Michigan, fue alumno de Moody y se convirtió en muchos aspectos en su sucesor. A diferencia de Blackstone, no experimentó ninguna revelación en la cumbre de su éxito, sino que se vio obligado a dimitir del cargo de fiscal de distrito por unas «transacciones económicas cuestionables». Después de pasar un tiempo en la cárcel, se encontró con Dios y con el sionismo[18].

La perspectiva inicial de Scofield, recogida principalmente en una revista dirigida por él, *Our Hope* (sucesora de *The Truth*), fue centrarse en Herzl como el nuevo profeta. Su colaborador, William B. Riley, declaró acerca del movimiento de Herzl que «francamente confieso que puede en breve demostrar ser más significativo que todos los demás movimientos»[19], y Scofield lo describió como el inicio del cumplimiento de la restauración.

Pero Scofield llegaría más lejos aún. Se hizo famoso por su propia edición de la Biblia, *Scofield's Bible.* Maidhc Ó Cathail llega a afirmar que esta «convirtió en sionistas intransigentes a decenas de millones de estadounidenses»[20]. Publicada en 1909, era una versión anotada de la Biblia del Rey Jacobo, que interpretaba el libro sagrado como un manifiesto sionista que predecía el Estado de Israel, e instaba a los cristianos de Estados Unidos a proteger de manera incondicional ese Estado una vez se crease, con su vida si hiciera falta. Volveremos a Scofield y su biblia cuando examinemos la actividad del lobby proisraelí en Estados Unidos mucho después, en la década de 1980. Así de duradera fue su influencia. Todavía en 2015, John Hagee, fundador de Cristianos Unidos por Israel [Christians United for Israel], declaraba que esta biblia era el cimiento sobre el que «cincuenta millones de cristianos evangélicos creyentes en la Biblia se unen con cinco millones de judíos estadounidenses para defender juntos a Israel»[21].

El grupo principal del lobby prosionista estadounidense en las décadas de 1930 y 1940 estaba cortado por el mismo patrón que el que trabajó a favor de la idea de retorno de los judíos el siglo anterior. Este lobby se sumergió en el premilenarismo (incluido el dispensacionalismo) y expandió su base entre los protestantes conservadores estadounidenses.

Uno de los principales miembros de dicho grupo fue Jacob Gartenhaus. Judío ortodoxo austriaco, se formó para ser rabino. Se trasladó con poco más de veinte años a Nueva York, y recordaba haber «encontrado a Jesús»

y haberse convertido de joven al cristianismo, atraído por uno de los grupos misioneros veteranos de Estados Unidos, el Seminario Teológico Bautista del Sur [Southern Baptist Theological Seminary], llegando a ser director del Departamento de Evangelismo Judío. Este departamento generó mucha propaganda prosionista, y estaba motivado por lo que Gartenhaus definió como su profunda convicción «de que el sionismo va a ganar se quiera o no»; advirtió que oponerse al sionismo equivale a «oponerse al plan de Dios»[22].

Frank Norris fue un activista aún más enérgico en este periodo. Destacó por presionar personalmente al presidente Truman para que adoptase una política prosionista en los años cruciales de 1947 y 1948, cuando la creación del Estado de Israel pendía de un hilo. Con anterioridad, fue un conocido y controvertido novelista, que atacaba a las grandes empresas y defendía a obreros y agricultores, pero también predicaba contra la degeneración de la vida moderna. Los detractores de su obra se apresuraron a observar en sus narraciones fuertes elementos de antisemitismo derivados de una perspectiva darwinista cultural que había influido también en la ideología nazi.

El ascendiente de los organismos sionistas judíos en la década de 1940, muchos de los cuales se convirtieron en secciones de las organizaciones sionistas radicadas en Londres, hicieron que el testigo de la actividad lobista pasara lentamente de los sionistas cristianos a los judíos. Ambos permanecieron activos, ya que no competían entre sí. Para los cristianos mesiánicos de Estados Unidos, la creación del Estado de Israel en 1948 era la prueba última y decisiva de que los planes apocalípticos divinos estaban a punto de materializarse ante sus ojos: el retorno de los judíos, su conversión al cristianismo y la segunda venida del Mesías.

Como es obvio, en Estados Unidos hubo otras confesiones cristianas que adoptaron una actitud diferente hacia las realidades de Palestina; algunas siguen activas hoy. En el periodo analizado, aproximadamente entre 1880 y 1948, hicieron oír sus puntos de vista, pero no lograron igualar el atractivo del lobby sionista cristiano.

EL LOBBY ALTERNATIVO Y SU DESAPARICIÓN

Si hacemos caso omiso del cartel de «prohibido el paso» que hay a la

derecha mientras se asciende hacia la Puerta de Jaffa, en el casco antiguo de Jerusalén, y tomamos el giro prohibido a lo largo del viejo muro otomano, atravesando la ciudadela, llegaremos a una de las perlas ocultas de Jerusalén. En la ladera de la montaña, mirando hacia el oeste, se encuentra la antigua Escuela Gobat. Samuel Gobat fue un obispo anglicano que construyó allí, a mediados del siglo XIX, una escuela masculina que se convirtió en el principal colegio preparatorio para la elite palestina. Hoy en día es una universidad estadounidense y, en torno a ella y entre los hermosos edificios dejados atrás por los anglicanos, los estadounidenses actuales han colocado unos carteles para respaldar la idea del Gran Israel (es decir, la afirmación de que Israel tiene derecho a anexionarse Cisjordania y la Franja de Gaza, ocupadas en 1967) y una Jerusalén sionista, que no avergonzarían al movimiento de colonos sionistas más ultraderechista de Israel. Gobat viajó a Palestina, como hacen algunos estadounidenses en la actualidad, porque creía que el retorno de los judíos precipitaría la segunda llegada del Mesías y desencadenaría el Apocalipsis. Pero, a diferencia de sus sucesores contemporáneos, se enamoró de la población local y ayudó a atraerlos al sistema educativo mundial. Sus objetivos misioneros quedaron entonces en segundo plano respecto a los pedagógicos. Sus esfuerzos ayudaron a emerger al embrionario movimiento nacional palestino.

Gobat fue en un comienzo heredero intelectual de John Nelson Darby y Edward Irving, padres de la escatología premilenarista en la primera mitad del siglo XIX. No fue el único que llegó buscando una cosa y encontró algo muy distinto; como el rey Saúl, que buscando los burros encontró su reino, él buscaba el sionismo y encontró a los palestinos.

Tanto los estadounidenses que llegaron a convertir a los judíos y restaurarlos en Palestina, como los que apoyaron las aspiraciones de los palestinos locales, estaban educados en los mismos centros. Uno de ellos era el Seminario de Andover en Newton, Massachusetts. Newton fue en otro tiempo un municipio independiente; hoy forma parte del área metropolitana de Boston. Es un barrio periférico circular y en su centro, en el un típico bosque de Nueva Inglaterra, se encuentra el seminario teológico de Andover. En sus primeros tiempos, albergó una hermandad presbiteriana que deseaba «llevar la palabra de Dios a los paganos»[23]. Para tal fin se matricularon doscientos cincuenta muchachos entusiastas;

una década más tarde, estaban en Palestina y el área circundante, intentando convertir a su tipo de cristianismo a una sociedad que ya había conocido a los jesuitas y a los misioneros ortodoxos griegos llegados previamente. Los andoverianos construyeron institutos que, con el tiempo, se convertirían en las universidades americanas de El Cairo y Beirut, las alma mater de la primera generación de líderes del movimiento nacionalista árabe. El evangelio que llevaron no era solo, por consiguiente, el de Jesús, sino también el del país más joven del mundo, recién liberado del yugo colonialista británico. El historiador George Antonius, autor del famoso libro *The Arab Awakening* [El despertar árabe] y alto funcionario del Gobierno del Mandato británico en Palestina, afirmó que estos misioneros fueron los principales agentes de modernización y nacionalización en el periodo formativo del Oriente Próximo moderno[24]. Con la llegada de una visión teórica más avanzada acerca del nacimiento de las naciones, la influencia de los misioneros presbiterianos disminuyó, pero todavía se les considera facilitadores significativos en el surgimiento del nacionalismo en Egipto y el Mediterráneo oriental[25].

Esta ambivalencia de la perspectiva teológica estadounidense, entre una visión premilenarista y la identificación con los pueblos del despertar árabe, se mantuvo hasta la Primera Guerra Mundial. Encontramos, al final del siglo XIX, un debate entre ambas posiciones. Por una parte se situaba William Blackstone que, en el famoso Credo de Niágara de 1891 ya mencionado, exigía al presidente Benjamin Harrison que Estados Unidos «considerase la posición de los israelitas y sus reivindicaciones sobre Palestina, su antiguo hogar»[26]. Al otro lado se encontraba el cónsul estadounidense en Jerusalén, Selah Merrill, que intentó contrapesar la creciente influencia de la idea de «retorno de los judíos». Merrill escribió al presidente que, en su opinión (compartida por sus amigos, los notables musulmanes de Jerusalén), el sionismo no era ni sagrado ni un fenómeno religioso sino, por el contrario, un proyecto colonialista que, predecía él, no duraría, porque pertenecía al mundo europeo oriental judío y era totalmente ajeno al mundo árabe. Si bien hizo un análisis correcto, la predicción quedó desmentida por los acontecimientos posteriores[27].

Los premilenaristas parecían ganar la partida a medida que transcurrían los años. Los «Merrills» tenían, sin embargo, una base de poder: el

Departamento de Estado. Algo más importante, fueron los precursores de individuos y grupos que en unas pocas ocasiones intentaron mitigar la política prosionista estadounidense prestando cierta atención a las aspiraciones y el bienestar de los palestinos. El Departamento de Estado creó en 1909 una División de Oriente Próximo (que de hecho cubría también Rusia, Alemania y Austro-Hungría por su involucración en la región). La división experimentaba rechazo hacia el sionismo y lo consideraba, en palabras de un diplomático estadounidense del departamento, «una ilustración de los fines puramente hebraicos y antiestadounidenses para los que nuestra comunidad judía pretende usar a este Gobierno»[28]. La División de Oriente Próximo era también consciente de que el Imperio otomano no se mostraba favorable al proyecto sionista en Palestina. Merrill seguía en el cargo cuando se fundó la división, y proporcionó su propio punto de vista acerca de este tema de una manera muy sucinta: «Palestina no está preparada para los judíos. Los judíos no están preparados para Palestina»[29].

No tenían un interés específico por Palestina, y tampoco la conocían especialmente, solo reconocían que había una población indígena preexistente, y que a los intereses de los estadounidenses les sería útil seguir siendo conscientes de ello. Más importante, otros miembros del Departamento de Estado percibían que esa parte del mundo les interesaba a otros aliados de Estados Unidos, de modo que no parecía necesario inmiscuirse. Así, cuando la Sociedad Literaria Sionista, una de las primeras organizaciones sionistas judías, entre las muchas que llegarían, solicitó una entrevista con el presidente William Howard Taft en 1912, el secretario de Estado, Philander Knox, declinó su solicitud explicando que:

> Los problemas del sionismo implican ciertos temas relacionados principalmente con los intereses de países distintos del nuestro […] y podrían conducir a interpretaciones erróneas[30].

La política estadounidense permaneció muy distanciada de Palestina hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, y de igual modo los miembros de la comunidad judía estadounidense en general, que, a diferencia de los cristianos, no seguían de cerca la colonización de Palestina, ni la consideraban un cumplimiento de la voluntad divina.

En los años previos a la guerra, se hacían cargo de los asuntos de la

comunidad judía estadounidense varias organizaciones. La más importante de ellas era el Comité Judío Estadounidense [American Jewish Committee]. Lo fundaron en 1906 judíos de alemanes pertenecientes al sector más pudiente de la sociedad judía del país.

El Comité Judío Estadounidense encarnaba la indiferencia, hostilidad incluso, de la comunidad judía de ese país hacia el sionismo. Como otra organización, la Unión de Congregaciones Hebreas Estadounidenses [Union of American Hebrew Congregations], sostenía lo siguiente acerca del primer Congreso Sionista de Basilea: «Sion fue una posesión preciosa en el pasado […] pero no es nuestra esperanza para el futuro. Estados Unidos es nuestro Sion»[31]. Quienes compartían el punto de vista del Comité Judío Estadounidense se consideraban estadounidenses que eran a su vez judíos, no judíos temporalmente varados en Estados Unidos mientras esperaban la construcción de Israel. No se olvidaban de las desgracias de los judíos de Europa Oriental y hacían lo posible por convencer a Estados Unidos de que los aceptase en caso de que pudieran o quisieran emigrar allí. Pero con independencia de que estos activistas humanitarios judíos fuesen liberales ricos, socialistas o ultraortodoxos, sus esfuerzos de rescate no iban orientados a Palestina.

Sus rivales prosionistas en la comunidad judía estadounidense formaban parte de una organización más pequeña denominada Federación de Sionistas Estadounidenses [Federation of American Zionists], fundada en 1897 (cambió su nombre por el Federación Sionista Estadounidense [American Zionist Federation] en 1912). La fundó un grupo de jóvenes judíos de Nueva York que respaldaron con entusiasmo el llamamiento a la colonización sionista de Palestina por parte del Congreso Sionista inaugural. Eran jóvenes inmigrantes judíos de primera generación que regresaron a Europa a estudiar y se vieron atrapados en el hechizo de los dos congresos sionistas de Basilea (el segundo organizado en 1898). Se trataba de una organización paraguas que incluía a 152 asociaciones, con 8.000 afiliados. Tenía una revista mensual, *The Maccabean,* y en ocasiones publicaba folletos con títulos tales como «Judaísmo y sionismo», «Los objetivos del sionismo» y «El progreso del sionismo». Su primer presidente fue Richard Gottheil y su primer secretario fue Stephen S. Wise, de quien hablaremos más adelante. Tenía una subfederación en el oeste de Estados Unidos denominada los Caballeros de Sion [Knights of

Zion], con sede central en Chicago. La Federación Sionista Estadounidense sigue existiendo en la actualidad, con sedes centrales tanto en Estados Unidos como en Israel.

Richard Gottheil no permaneció mucho tiempo activo. Nació en Manchester, Inglaterra, y creció en Estados Unidos, en una familia de rabinos reformistas de Nueva York. Desde muy joven le interesó el estudio, e intentó emprender una carrera académica en Europa, que culminó con un doctorado en estudios semíticos por la Universidad de Leipzig en 1886. Comenzó a defender el sionismo tras asistir al segundo Congreso Sionista de Basilea y dejarse influir por Theodor Herzl. En muchos aspectos lo coaccionaron para que se convirtiese en presidente de la Federación de Sionistas Estadounidenses (1898-1904), porque él prefería la vida académica a la defensa pública del sionismo. Tal vez esto explique su abrupta desaparición de la escena en 1904, tras el fallecimiento de Herzl. Como veremos, Stephen Wise se convirtió en voz permanente y destacada del lobby sionista.

Entre los primeros miembros se encontraba la figura distinguida y famosa de Louis Dembitz Brandeis, un pilar del derecho estadounidense y finalmente juez asociado del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Se asoció a la Federación Sionista Estadounidense en 1912, cuando tenía cincuenta y seis años y se encontraba en la cumbre de su popularidad, un abogado con fama de enfrentarse a las grandes empresas y a la clase dirigente. La amistad con Jacob de Haas, asistente personal de Herzl, influyó en la conversión de Brandeis al sionismo. Fue el primero de los muchos estadounidenses progresistas que no comprendieron la verdadera naturaleza del proyecto de colonización en Palestina, y que más tarde serían conocidos como los PEOP, progresistas excepto acerca de Palestina.

Durante la Primera Guerra Mundial, el centro de la actividad sionista se situó en Europa, apartándose de Alemania y efectuando un aterrizaje forzoso en Gran Bretaña. La neutralidad estadounidense no debilitó la determinación de los líderes sionistas de atraer a Estados Unidos hacia su bando. Brandeis fue seleccionado por los líderes de Londres para ayudar a convertir Estados Unidos en centro neurálgico sionista a base de elevar la importancia del sionismo a ojos de la ciudadanía estadounidense.

Brandeis se mostró dispuesto a aceptar el encargo, que lo obligaba a alterar su forma de hablar sobre la sociedad estadounidense: antes gran

creyente en el «crisol», empezó a hablar de la «ensaladera» de multiculturalismo y nacionalidades. Este giro, de contemplar a los judíos estadounidenses como miembros de la sociedad que sencillamente pertenecían a esa religión, a considerarlos miembros de un grupo nacional, planteó desde muy pronto dudas acerca del nacionalismo dual de los judíos estadounidenses que optasen por la definición sionista de judaísmo. Brandeis fue uno de los primeros sionistas que intentaron contestar preventivamente a las posibles dudas sobre la lealtad de los sionistas judíos estadounidenses hacia Estados Unidos, un fenómeno más tarde denominado el «problema de la doble lealtad»:

> Que ningún estadounidense imagine que el sionismo no es congruente con el patriotismo. Las lealtades múltiples solo son objetables en caso de ser incongruentes […] Todo estadounidense que ayuda a avanzar el asentamiento judío en Palestina, aunque sienta que ni él ni sus descendientes van a vivir allí, probablemente será un hombre mejor y un estadounidense también mejor por ello […] No hay incongruencia entre la lealtad a Estados Unidos y la lealtad al judaísmo. El espíritu judío, producto de nuestra religión y nuestras experiencias, es en esencia moderno y estadounidense[32].

Debemos preguntarnos si creía que esta prestidigitación verbal funcionaría o si verdaderamente pensaba que esta era una elucidación válida de un galimatías que todavía carece de buenas respuestas. Inventaba aforismos absurdos como: «Para ser buenos estadounidenses, debemos ser mejores judíos, y para ser mejores judíos, debemos hacernos sionistas»[33]. En todo caso, defendía el sionismo como solución para otros judíos, no los que residían en Occidente, y en este espíritu aceptó una solicitud de la Organización Sionista Mundial: le encargaron la importante tarea de convencer al Gobierno estadounidense de que debía apoyar la política prosionista de los nuevos gobernantes de Palestina, los británicos.

EL RESPALDO ESTADOUNIDENSE A LA DECLARACIÓN BALFOUR

La guerra y, de manera más importante, la decisión del Imperio británico de apoyar el proyecto sionista a través de la Declaración Balfour dieron más peso a las acciones de los judíos sionistas estadounidenses cuando el Congreso Sionista Mundial, desde Londres, los instó a presionar al

presidente Woodrow Wilson para que apoyase públicamente la Declaración Balfour. La organización eligió a Brandeis para dirigir la campaña de apoyo a la Declaración incluso antes de que esta se efectuase, y él estuvo al tanto de los esfuerzos lobistas en Gran Bretaña en los meses previos.

El lobby esperaba que la amistad de Brandeis con Wilson sirviese para conseguir el respaldo de su país a la Declaración Balfour. Al comienzo parecía algo inmediato. Presbiterianos de todo Estados Unidos dieron en aquel momento pleno apoyo a la idea de establecer una patria judía en Palestina, incluso antes de que se emitiese la Declaración Balfour. La Asamblea Presbiteriana General, por ejemplo, aprobó en 1916 una resolución a favor de la idea[34]. Al final de la Primera Guerra Mundial, los sionistas cristianos pasaron de los márgenes evangélicos a las iglesias más establecidas, y los presbiterianos convencionales se sionizaron. Pero el apoyo no procedía solo del lobby cristiano; organizaciones laicas como la Federación Estadounidense del Trabajo [American Federation of Labour] declararon también su respaldo al establecimiento de un Estado judío en Palestina, pese a que la mayoría de los delegados judíos presentes en el congreso de la Federación se oponían a él.

Brandeis, sin embargo, comprendió enseguida que el respaldo oficial de la Casa Blanca o del Departamento de Estado no eran tan fáciles de obtener. El lobby prosionista en Londres le pidió entonces que se esforzase aún más para obtener un respaldo oficial del presidente Wilson, porque el Departamento de Estado se negaba de manera persistente. Chaim Weizmann le imploró que pidiese el patrocinio oficial estadounidense a la Declaración y a la política que la sustentaba. Weizmann le escribió el 8 de abril de 1917:

> Una expresión de la opinión que venga de usted y quizá de otros caballeros conectados con el Gobierno a favor de una Palestina judía bajo protectorado británico fortalecería enormemente nuestras manos[35].

También James de Rothschild, el principal aristócrata anglojudío que hizo campaña a favor de la Declaración Balfour, presionó a Brandeis. Le envió un cable el 25 de abril de 1917 instando a los sionistas estadounidenses a hacer todo lo posible para que el presidente Wilson aprobase los planes británicos y sionistas para Palestina. El telegrama

decía lo siguiente:

> Opinión unánime única solución satisfactoria Palestina judía bajo protectorado británico. Sionistas rusos aprueban plenamente. Opinión pública y autoridades competentes aquí favorables […] Ayudaría enormemente que los judíos americanos sugiriesen este plan a su Gobierno[36]

Una vez efectuada la declaración, la Federación Sionista Estadounidense tomó las calles, quizá por primera vez, para manifestarse a favor del sionismo. Había suficiente entusiasmo, al menos entre la amplia comunidad judía de Nueva York, por apoyar la Declaración en público, y en concentraciones relativamente grandes, con varios miles de asistentes. Estas manifestaciones le pedían al presidente de Estados Unidos que respaldase la Declaración. Al principio parecía una tarea fácil. A una de las muchas marchas convocadas en Nueva York en los meses de noviembre y diciembre de 1917 asistieron el embajador estadounidense en Estambul, Abram I. Elkus y el cónsul en Jerusalén, el reverendo Otis Glazebrook, dando la impresión de que su presencia indicaba un respaldo oficial de Estados Unidos a la Declaración. La pancarta principal de esa marcha pedía a los participantes que celebrasen «la promesa británica de devolver Jerusalén y la Tierra Santa al pueblo judío» y como respuesta llegó un mensaje de la Casa Blanca, a través de las palabras del presidente: «en Palestina se sentarán las bases de una república judía»[37].

Pero la posición oficial estadounidense era más ambigua. El secretario de Estado en aquel momento, Robert Lansing, y otros altos diplomáticos del país no compartían la reacción aparentemente positiva del presidente Wilson a la Declaración Balfour. Wilson veía el establecimiento de una nueva patria judía como parte de su compromiso más amplio con el derecho de las minorías oprimidas a la autodeterminación (es decir, a formar un nuevo Estado); pero no todos los miembros del Gobierno estadounidense tenían una opinión tan optimista. De hecho, como veremos más adelante, Wilson aprobó la Declaración Balfour en contra del consejo de Lansing. Fue la presión sionista la que llevó al presidente a eludir y humillar a los diplomáticos estadounidenses. A Lansing no lo informaron de la decisión de respaldar la Declaración hasta diciembre de 1917. En un golpe contra su autoridad, el respaldo se produjo al día siguiente de que aconsejase al presidente adoptar una posición más cautelosa, en nombre

del interés nacional estadounidense:

> En mi opinión deberíamos ir muy despacio en el anuncio de una política por tres razones. En primer lugar, no estamos en guerra con Turquía, y por lo tanto deberíamos evitar cualquier apariencia de estar favoreciendo la toma por la fuerza de un territorio de dicho imperio. Segundo, los judíos no están en absoluto unidos en el deseo de restablecer su raza como un pueblo independiente; favorecer a una u otra facción parecería imprudente. Tercero, a muchas sectas e individuos cristianos les molestaría sin duda que se devolviera la Tierra Santa al control absoluto de la raza a la que se atribuye la muerte de Cristo.
>
> A efectos prácticos, no creo que necesitemos ir más allá de la primera razón dada, puesto que ese es un argumento rotundo para declinar el anuncio de una política respecto a la disposición final de Palestina[38].

Probablemente Wilson estaba siendo sincero cuando le explicó a Lansing que, aunque alguien pudiera haberse formado «la impresión de que habíamos asentido a la declaración británica con respecto al retorno de los judíos a Palestina», no se trataba en modo alguno de una política oficial[39]. Wilson nunca había dado un respaldo público a la Declaración, y eso le permitía a Lansing seguir actuando como si el apoyo privado del presidente no tuviera peso. En una carta escrita al presidente el 28 de febrero de 1918, Lansing se oponía a una solicitud presentada por varias organizaciones sionistas de Estados Unidos para que se emitieran pasaportes con el fin de participar en una comisión sionista patrocinada por Gran Bretaña para visitar Palestina. En su carta, Lansing escribía que Estados Unidos nunca había aceptado la Declaración Balfour y no debía patrocinar una organización con objetivos claramente políticos. Wilson coincidió con su secretario de Estado.

Tal vez pueda detectarse que el enfoque de Lansing no se guiaba tanto por la simpatía a los palestinos como por una aversión a los judíos. Esto lo encontraremos una y otra vez al analizar a individuos y organizaciones que se oponían al lobby prosionista primero y proisraelí después. Hubo unos cuantos que no eran expresamente antisemitas, sino que simplemente observaban la cuestión desde la lente estricta de los intereses estadounidenses: los palestinos carecían de importancia. A una minoría aún más pequeña le importaban los derechos de los habitantes nativos de Palestina. A medida que avanzaba el siglo, a estas figuras nobles,

inicialmente solitarias, se les unirían muchas más.

La lucha entre el Departamento de Estado y la campaña prosionista continuó. Recibió nuevo ímpetu con el establecimiento de una nueva organización, que no solo intentó ejercer más presión sobre el Gobierno sino también dominar el discurso político sobre el sionismo en la comunidad judía estadounidense: se trató del Congreso Judío Estadounidense [American Jewish Congress], fundado a finales de 1918.

EL CONGRESO JUDÍO ESTADOUNIDENSE

A las dos y media de la tarde del 15 de diciembre de 1918 nació una nueva definición de judaísmo: no era solo una religión, era una nacionalidad, con derecho a la autodeterminación y a un Estado nación propio. ¿Y qué espacio podía ser mejor que aquel en el que nació también la nación estadounidense, el histórico Independence Hall de Filadelfia? Cuatrocientos delegados acudieron a la ceremonia de inauguración para declarar el renacimiento de la nación judía; después se trasladaron al palacio de la ópera.

La Metropolitan Opera House fue otra estación impresionante en el viaje de la actividad prosionista a ambos lados del Atlántico. Se inauguró en noviembre de 1908, y fue objeto de gran aclamación en todo Estados Unidos. La fachada neoclásica y el ladrillo blanco exterior contrastaban muy bien con las casas cercanas de ladrillo rojo y arenisca parda de las calles North Broad y Poplar. Fue un proyecto visionario, de escala grandiosa, concebido por el empresario Oscar Hammerstein y diseñado por el arquitecto William H. McElfatrick en 1907 para albergar la compañía de ópera de Hammerstein, la Philadelphia Opera Company. Dos años después, el hijo de Hammerstein la vendió a la Ópera Metropolitana de Nueva York, y el edificio pasó a tomar el nombre de Metropolitan Opera House. En la actualidad funciona como iglesia y sala de conciertos.

Viendo el edificio hoy, se hace muy difícil imaginar cómo se construyó una estructura tan ambiciosa en el breve lapso de nueve meses. Y el plazo era muy estricto. Los obreros retiraron escaleras y cepillos solo horas antes de la primera representación, el 17 de noviembre de 1908. Se dice que la pintura de las columnas del vestíbulo no estaba todavía seca cuando el arco del primer violinista tocó la cuerda para la obertura de la *Carmen* de

Bizet.

La inauguración del Congreso Judío Estadounidense rivalizó con los dramas operísticos típicamente albergados por el auditorio. La organización se fundó como reacción popular contra el Comité Judío Estadounidense, considerado a esas alturas un grupo rico, elitista y conservador de judíos alemanes que no podían hablar en nombre del judaísmo estadounidense. La nueva organización, el Congreso, reunía bajo un mismo techo a liberales, inmigrantes recientes –muchos con tendencias socialistas– y nuevos discípulos del sionismo.

Lo que todas estas personas tenían en común no era solo que abrazasen el sueño sionista, sino también la simpatía que experimentaban hacia el proyecto de redefinir el judaísmo como una creencia de igualdad, progreso y modernización para los estadounidenses en su totalidad. A un tiempo asociaba esta idea noble con la exigencia de apoyo de los judíos y no judíos de Estados Unidos al proyecto sionista en Palestina. Ser un buen judío significaba creer en la democracia, la igualdad y el sionismo. Era la primera vez que el judaísmo llegaba a definirse en términos de identidad nacional, aunque no de manera coherente. Era una identidad nacional en Palestina y Europa Oriental, pero no en Gran Bretaña, Canadá o Estados Unidos. En otras palabras, los judíos eran una minoría nacional en el este de Europa, y una nación propiamente dicha en Palestina, pero el judaísmo solo era una religión en Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos. Las explicaciones para esta distinción eran curiosas, en el mejor de los casos, y totalmente irrelevantes, en el peor. Pero dado el ascenso de un antisemitismo brutal y violento tras la Gran Guerra en algunas partes de Europa Oriental, el principal llamamiento público que emergió de la ceremonia inaugural del Congreso Judío Estadounidense fue la exigencia de que se reconociese a los judíos como minoría nacional en diversos países de Europa Oriental y en Palestina, como mejor forma de afrontar estas amenazas crecientes.

La exigencia de derechos nacionales para los judíos de Palestina iba acompañada de un ruego al Gobierno estadounidense para que ayudase a construir allí un Estado nación judío. En cierto sentido había a esas alturas diversas variedades de nacionalismo judío; la más sutil se daba en Estados Unidos, y la más plena era la versión que se pretendía alimentar en Palestina. Pero quizá estos matices se les pasaran por alto a los

cuatrocientos delegados que votaron a favor de apoyar la Declaración Balfour, resaltando mucho más que el propio Balfour, o incluso que los líderes sionistas en Gran Bretaña o Palestina, la necesidad de proteger los derechos de los no judíos en el futuro. La creencia genuina en ideas nobles como la igualdad –bien desde la derecha liberal o desde la izquierda socialista–no contradecía el apoyo incondicional a la colonización de Palestina.

La convención de Filadelfia fue una ruptura con las anteriores actitudes de los judíos estadounidenses respecto al sionismo. Pero quienes asistieron a ella constituían solo una fracción de los judíos estadounidenses; se calculaba que en ese momento solo simpatizaba con el sionismo una minoría aproximada de 20.000 de los 2,5 millones de judíos residentes en el país[40].

Entre los que se reunieron en Filadelfia se encontraba una impresionante representación de la generación más joven; pero había también algunos miembros más veteranos de la comunidad y figuras tan famosas como Brandeis, a quien el lobby de Londres seguía presionando para que obtuviese un respaldo oficial y público del presidente a la Declaración Balfour, aunque él seguía sin poder obtener una respuesta definitiva.

Para quienes asistieron a la fundación del Congreso Judío Estadounidense, los conferenciantes y los líderes de la organización embrionaria que, junto con la Federación Sionista Estadounidense, se convertiría en pilar el lobby prosionista en Estados Unidos hasta 1948, la ambigüedad de la política estadounidense tenía poco peso y carecía de verdadero interés. De hecho, el tema recurrente en las deliberaciones del Congreso fue el apoyo (aunque vago) de Wilson a la Declaración Balfour.

El coronel Harry Cutler, presidente del comité administrativo de la convención inaugural del Congreso Judío Estadounidense en Filadelfia, abrió la primera sesión. Presentó al rabino B. L. Levinthal, jefe de las Congregaciones Ortodoxas Unidas de Filadelfia, que pronunció la oración de apertura, convirtiéndose en uno de los primeros en incluir las oraciones tradicionales judías en el mensaje político del sionismo. Los asistentes rogaron a Dios que «garantice un refugio seguro para nuestra gente en la tierra de nuestros padres»[41].

Leyeron una carta de felicitación tras otra. La primera procedía de un delegado que no podía estar allí acompañándolos y terminaba con el

siguiente párrafo:

> Me alegra en especial saber que Palestina, la cuna de la civilización, está a punto de convertirse en patria del pueblo que en otro tiempo tan orgullosamente la poseyó. En esa empresa os deseo todo el bien y que Dios os acompañe. Vuestro sincero servidor[42].

Uno de los oradores, el profesor David Werner Amram, dio la bienvenida al Congreso en nombre de los judíos de Filadelfia, y resaltó que el sionismo para él era un proyecto que garantizaría la igualdad de todos en Palestina, «con independencia de la religión, la raza o el sexo». Y que:

> En la medida en la que esté en nuestras manos declarar los principios sobre los que debería erigirse el nuevo Estado de Palestina, decimos en términos bien claros que cristianos y mahometanos deberían disfrutar de todos los derechos y privilegios disfrutados por cualquier judío[43].

Como en el caso de la Declaración Balfour, dichas afirmaciones daban la impresión de que los judíos tenían una presencia significativa en Palestina en aquel momento, y que formaban parte de la población indígena. En realidad, constituían menos del 10% de la población, y casi la mitad de ellos eran colonos recién llegados a Palestina. En cuanto a las aspiraciones de la población local en la época en la que se organizó esta convención, estaban claramente articuladas por el naciente grupo nacional palestino, las Asociaciones Musulmanas-Cristianas, que exigían una Palestina independiente sobre la base de su derecho wilsoniano a la autodeterminación. Y sin embargo existía una diferencia asombrosa entre el apoyo anglojudío al sionismo y el sentimiento expresado en la convención. Todas las menciones de apoyo a Balfour iban seguidas de inmediato por una advertencia acerca de la necesidad de considerar las aspiraciones de los demás residentes en Palestina. En su discurso, los delegados intentaban transmitir el mensaje en fórmulas como la siguiente:

> En Palestina, los judíos han prometido reconocer los derechos de todas las personas y todos los credos. Los judíos de Estados Unidos saben lo que significa vivir en armonía y unidad con sus conciudadanos, sin importar su nacionalidad y origen[44].

El respeto a los derechos de otras nacionalidades seguía siendo importante para ellos, aunque era una promesa imposible dentro del

sionismo, tanto en su ideología como en la práctica. El movimiento sionista aspiraba a construir un Estado judío democrático. Esto solo podía funcionar si la mayoría de sus habitantes escogía un Estado judío, algo muy improbable si la composición demográfica histórica de Palestina siguiera siendo la misma.

En todo caso esto salió en la resolución final:

> El Congreso Judío Estadounidense, hablando en nombre de los judíos de Estados Unidos, expresa su apreciación de la declaración histórica y trascendental dirigida por el Gobierno de Su Majestad el 2 de noviembre de 1917 al pueblo judío a través de la Organización Sionista, por la que aprobaba el establecimiento en Palestina de una patria para el pueblo judío y prometía hacer los mejores esfuerzos para facilitar el logro de este objetivo, quedando claramente entendido que no se hará nada que perjudique los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías de Palestina o los derechos y la condición política disfrutados por los judíos en cualquier otro país[45].

Pero en lo que se refiere a los miembros de base, el discurso estaba mucho más en línea con el que se oía en Gran Bretaña o en Palestina. En palabras de un delegado, «Estados Unidos es nuestro sanatorio, pero Palestina nos curará por completo»[46]. Esto se expresaba principalmente en forma de relatos personales de conversión al sionismo:

> Antes de esta guerra estuve en Palestina, y vi las colinas que atraen a nuestra gente. Ahora que Palestina va a pertenecernos, debemos mantenernos unidos. En Palestina debe haber cabida para el conservador y para el radical. Palestina debe ser la madre de todos nosotros[47].

O, como manifestó otro delegado:

> Nuestra duda nos ató a pesadas cadenas. Ahora conocemos nuestro futuro. Nos hemos ganado nuestra nación y nuestro país. Ahora tendremos nueva fuerza, y sabemos que la nación judía alcanzará muchos logros. La gran manifestación que atestigua la adopción de la resolución sobre Palestina nos da ánimos para el futuro[48].

Y por último, en palabras de otro delegado:

> Dadles solo a los judíos el derecho a retornar a su madre Sion y ellos le demostrarán al mundo que vuelven a ser el pueblo sagrado y poderoso[49].

A este respecto, las miradas se volvieron hacia los socialistas, que asistieron a la convención en gran número. Puede que sionismo y socialismo trabajasen juntos en Palestina o en Gran Bretaña, pero en Estados Unidos los sionistas no estaban aliados con los socialistas por defecto. En la convención, los socialistas hicieron un esfuerzo por demostrar que las dos ideologías eran compatibles. Estaban incentivados por el apoyo del Partido Laborista británico a la Declaración Balfour. Un delegado comentó lo siguiente:

> Hace unos años, escribí un artículo en el que decía que los judíos tenían derecho a su lengua, su religión y su país. En los círculos socialistas esto se vio en cierta medida como una traición. Desde aquel entonces la oposición socialista a la idea ha ido desapareciendo. Hace un año, la Internacional Socialista adoptó una resolución en la que respaldaba cordialmente la creación de una patria para los judíos en Palestina. Aproximadamente por la misma época, la Oficina Socialista Judía adoptó una resolución similar. Empecé a predicar el socialismo cuando tenía 17 años. Ahora tengo sesenta, y espero morir siendo socialista. Puede que muera siendo socialista en Palestina[50].

Este delegado exageró enormemente el respaldo de la Internacional Socialista al sionismo. Durante la guerra no hubo ningún encuentro de los miembros de la Internacional Socialista anterior a 1914, porque los franceses se negaron a reunirse con los alemanes, y por lo tanto quienes se encontraban en bandos nacionales opuestos se reunieron por separado. Estas referencias a Balfour y Palestina deberían interpretarse en relación con el debate general que se dio en la primera convención del Congreso sobre la idea de que el judaísmo era una identidad nacional tanto en Palestina como en otras partes. Si se aplicase a Estados Unidos, los delegados detectaban de inmediato el truco: podían acusarlos de doble lealtad, de modo que se apresuraban a dar explicaciones:

> Las nubes de duda se han disipado. Las ideas equivocadas que se han mantenido acerca de los objetivos sionistas se han aclarado. Nadie cree ya que el renacimiento del pueblo judío y el restablecimiento definitivo de la comunidad judía sea un movimiento para atraer a todos los judíos a Palestina, o que vulnere en el más mínimo grado su lealtad exclusiva al país en el que han nacido o en el que se han nacionalizado. Nadie espera o desea que todos los judíos se reúnan en esa pequeña tierra. Prácticamente a lo largo de toda su historia los judíos han estado dispersos. En los tiempos antiguos solo un núcleo de ellos constituía la nación judía en Palestina.

> En nuestros tiempos y en nuestra generación, y en los siglos venideros, nadie espera que se reúna en su patria nacional poco más que un núcleo de nuestra gente. Los que así se reúnan tendrán, sin embargo, número suficiente como para ser los verdaderos representantes del pueblo judío[51].

Era una declaración con la que ninguno de los líderes y activistas sionistas que residían en ese momento en Palestina habría coincidido, como probablemente comprendiesen los delegados que la expresaron. Pero se consideraba una buena estrategia para aplacar las preocupaciones de la ciudadanía estadounidense y del enemigo interno, el Comité Judío Estadounidense; esta paradoja, y el miedo a una nacionalidad dual, se situaban en el centro del rechazo al sionismo por parte del Comité.

Declaraciones como esta, por supuesto, no resolvían el enigma que se desplegaba al analizar el judaísmo más plenamente como un nacionalismo y, como James Loeffler escribe con acierto, esta ambigüedad siguió preocupando a la comunidad hasta 1945. Por defecto, a sabiendas o no, el Congreso Judío Estadounidense estaba rechazando a quienes decidían asimilarse en sociedades no judías, pero al mismo tiempo desconocía cómo poner en práctica la idea de la nacionalidad judía en Estados Unidos. De nuevo en palabras de Loeffler: «Los judíos estadounidenses guardaron un silencio conspicuo sobre su propia identidad política en su país»[52], al tiempo que promovían ruidosamente la nacionalidad judía en otras partes.

El Congreso Judío Estadounidense exigió que dos países en particular concedieran a sus comunidades judías la condición de minoría nacional: Polonia y Rumanía. El Congreso declaró que en estos dos países existía «una necesidad urgente» de reconocer a los judíos como grupo nacional, con derechos nacionales, como mejor forma de oponerse al antisemitismo creciente que estaban experimentando. El Estado nación para estos dos grupos nacionales no estaría eternamente en sus países natales, ya que su verdadera patria se estaba construyendo en Palestina.

Tras el encuentro inaugural, los líderes del lobby emergente, a diferencia de las bases del Congreso, seguían preocupados por la ausencia de un respaldo estadounidense claro a la Declaración Balfour. Les molestaba en especial la ambigüedad causada por las firmes objeciones del Departamento de Estado, que impedían a la Casa Blanca pronunciarse claramente sobre la cuestión.

El Departamento de Estado se mantenía leal a la creencia que Wilson manifestó en el discurso pronunciado en Mount Vernon en 1918, y colaboró con el presidente en sus esfuerzos por transformar este sueño en realidad durante las negociaciones de paz. El presidente estadounidense deseaba aprovechar los resultados de la guerra para disolver los gigantescos imperios coloniales en nombre del derecho a la independencia y a la autodeterminación. En la visión de Wilson, también los pueblos árabes tenían derecho a disfrutar de libertad nacional y a formar parte de un mundo nuevo. Wilson sospechaba que Gran Bretaña y Francia querían sustituir el imperialismo turco y austrohúngaro por el colonialismo europeo. En consecuencia, el presidente pidió que la Conferencia de Paz de Versalles enviase una comisión de investigación al mundo árabe para asegurarse de cuáles eran las aspiraciones de sus gentes.

El principal objetivo del Departamento de Estado dirigido por Robert Lansing era el de convencer al presidente de que el derecho de autodeterminación de los palestinos era incompatible con el sionismo. Lansing se preguntaba cómo podía el compromiso de Wilson con la autodeterminación «armonizarse con el sionismo, con el que el presidente está comprometido en la práctica». Pero no fue solo el Departamento de Estado el que planteó esas dudas. El propio asesor jurídico del presidente, David Hunter Miller, afirmó que «la regla de la autodeterminación debería impedir el establecimiento de un Estado judío en Palestina[53].

Lansing convenció al presidente de que incluyese Palestina en la gira de la comisión de investigación, y al presidente le tocaba elegir a las personas adecuadas para esa misión.

EL LEGADO DE KING-CRANE Y SU DESAPARICIÓN

En el centro de Ohio se sitúa la ciudad de Oberlin. A comienzos del siglo XIX, seguía siendo un pueblecito típico del medio oeste estadounidense, rodeado de kilométricos campos de maíz. Al mismo tiempo rural y remoto, no se habría hecho un hueco en la memoria colectiva estadounidense de no haber sido por una exclusiva universidad teológica establecida allí en 1833, lejos de las torres de marfil de ambas costas, la oriental y la occidental. Oberlin College fue creada por clérigos, pero de un tipo inusual. Sus miembros estaban motivados por un compromiso con la paz y

la igualdad, tanto en Estados Unidos como en el mundo en general. En sus primeros años, la universidad luchó contra la segregación racial y la discriminación contra las mujeres en el mundo académico estadounidense. Allí enseñó durante muchos años Henry King, aunque, como era común entonces entre los investigadores, no se especializó en un área concreta. Al principio a King le atraía la educación teológica, después se centró en las matemáticas y finalmente en la filosofía. En 1902, se convirtió en rector; por último, durante la Primera Guerra Mundial, dejó este cargo cómodo para encabezar la YMCA en París. En la galería fotográfica de la universidad, se ve un hombre alto con un bigote estilo Groucho decorando su rostro alargado, sentado junto a una mesa alargada que se había hecho a la medida de sus proporciones. La foto se tomó en la YMCA de París. Fue mientras King se encontraba en Francia cuando un buen amigo, el presidente Woodrow Wilson, le pidió que se implicase en la política mundial y encabezase su comisión de investigación sobre el mundo árabe[54].

El compañero de King para presidir la misión procedía de un lugar muy distinto: Turquía. En la parte nororiental de Estambul, la Universidad del Bósforo tiene vistas al Estrecho. Sus edificios, colgados en las laderas del monte que descienden hasta las orillas del estrecho, recuerdan a los del Oberlin College, algo que no sorprende si tenemos en cuenta que también fueron construidos por clérigos estadounidenses. Se inauguró en 1839, y en un principio se denominaba Robert College[55]. Sobrevivió a la Gran Guerra, que posicionó a Estados Unidos y Turquía como enemigos, manteniéndose como centro cultural estadounidense en el corazón de Estambul. Charles Crane, empresario de Chicago, y por así decirlo diplomático, era el administrador principal de la institución. Estaba a punto de invertir más tiempo en ella como parte de un plan para ampliar el sistema de universidades estadounidenses en el mundo árabe, cuando el presidente Wilson lo llamó para ayudar a King en su misión de paz para Oriente Próximo[56]. Crane aceptó con gusto formar parte de este esfuerzo para potenciar la independencia de los pueblos árabes en virtud del principio de autodeterminación.

Se trataba de una tarea difícil, puesto que las potencias colonialistas habían dividido ya la mayor parte del mundo árabe en nuevos Estados nación, incluso antes de que terminase la guerra. La parte concreta del

mundo árabe que debía visitar la comisión se la habían repartido ya Gran Bretaña y Francia en el Acuerdo Sykes-Picot de 1916. Sin embargo, como el presidente Wilson, ellos esperaban saciar el hambre colonialista a base de llenar el plato con un poco de liberalismo. Seguía siendo necesario conocer las verdaderas ambiciones de las gentes que vivían en las áreas cogobernadas por Gran Bretaña y Francia. Y así, pese a la hostilidad palpable de británicos y franceses, la Conferencia de Paz de Versalles (en representación de los diez países vencedores de la guerra) aceptó retrasar la decisión acerca de la composición definitiva de Siria, Líbano y Palestina hasta que la comisión completase su informe.

King y Krane reunieron siete expertos en diferentes áreas y se desplazaron a la zona el 10 de junio de 1919, permaneciendo allí cuarenta y dos días. Visitaron más de 1.500 localidades, un logro enorme para una delegación tan pequeña. En Palestina, se reunieron con elites urbanas, colonos judíos y misioneros cristianos. Estuvieron en Jafa, Rishon LeZion, Jerusalén, Ramala, Nablus, Yenín, Nazaret, Haifa y Acre hasta que volvieron a Turquía a bordo del *Hazelwood,* un destructor de la armada estadounidense. Elogiaron la sinceridad de los habitantes urbanos y rurales de Palestina. Descubrieron que a la mayoría no le desagradaba formar parte de una Siria panárabe independiente, aunque bastantes habitantes urbanos tenían la esperanza de que al final se estableciese una Palestina independiente. Principalmente sabían lo que no querían: la presencia sionista, la Declaración Balfour y un mandato británico o francés. El informe definitivo de King y Crane se abstuvo de tomar partido, excepto en un punto: afirmaba claramente que la población no judía de Palestina se mostraba enfáticamente contraria al sionismo, y que someterla a una «inmigración judía ilimitada» sería una «crasa violación» de sus derechos[57].

Dos de los expertos disentían del informe en este punto y redactaron su propio informe minoritario, que reflejaba mejor la posición estadounidense y británica acerca de Palestina. El informe minoritario declaraba que: «el sionismo era de gran interés para esta tierra y su gente […] y esto se impuso a las demás consideraciones»[58]. Los asistía un esfuerzo sionista sobre el terreno para encontrar «árabes buenos» que recibiesen de buen grado un Estado judío en Palestina, pero estas manipulaciones, descritas por Andrew Patrick, no impresionaron a los autores del informe principal,

que rechazó el sionismo[59].

En París y Londres, el informe se recibió con suspicacia, no solo por su rechazo al sionismo, sino principalmente debido a la atención que prestaba al derecho de autodeterminación de las naciones árabes en áreas codiciadas por las dos potencias europeas. Como ha observado Michael Reimer, «tanto los franceses como los británicos, e incluso algunos estadounidenses, sostenían que en París [es decir, en la Conferencia de Paz de Versalles] podía tomarse una decisión sensata sobre Siria sin consultar a la población siria»[60]. Sin tales «decisiones sensatas», dicho informe podría poner en peligro la red anglo-francesa de acuerdos secretos, establecida ya en 1912, que repartía entre las dos potencias el área de la gran Siria (Palestina, Líbano, Siria y Jordania). La Declaración Balfour se añadió al acuerdo, garantizando el establecimiento de una patria judía en Palestina, así como la creación de un reino hachemita en Transjordania.

El informe no se publicó hasta 1922, mucho después de que el presidente Wilson, único líder mundial que en aquel entonces simpatizaba con la autodeterminación árabe, hubiera dejado el cargo debido a la discapacidad que le provocó un ictus. El informe le fue remitido a la Liga de Naciones, que lo archivó y olvidó de inmediato.

Charles Crane culpó a los sionistas y a los franceses de haber enterrado el informe, pero parece que el Departamento de Estado fue incapaz de superar la falta de interés tanto en la Casa Blanca como en el Capitolio para seguir involucrando a Estados Unidos en los asuntos del mundo árabe. Y tampoco hubo nadie que realizase un esfuerzo concertado para contrarrestar el apoyo pasivo que el Congreso de Estados Unidos daba al sionismo.

En lo que se refiere al Congreso Judío Estadounidense y a la Federación Sionista Estadounidense, los principales lobbies sionistas por aquel entonces, la cuestión clave no era si se publicaba o no el informe, sino impedir que tuviera impacto alguno. Sin aplicar mucha presión, el Congreso de Estados Unidos ya era mayoritariamente prosionista. Esto proporcionaba una lección importante acerca de la inercia del poder: cuanta más gente diera por sentado el sionismo, menos necesidad tenía el lobby de convencer a los políticos para que votasen de la manera correcta.

Varios historiadores han lamentado el fracaso del informe. De haberse tenido en cuenta, escribía Martin A. Smith, podría haber conducido a la

creación de un Estado unitario en Palestina (y no una partición) y tal vez habría ayudado incluso a establecer un gran Estado sirio[61]. Andrew Patrick va más allá, afirmando que en 1919 no se tomó en serio a la población de Oriente Próximo, y esto condujo a ciclos de violencia que todavía sufrimos hoy en día. Lori Allen, en un libro reciente, se muestra aún más mordaz en su veredicto. Duda incluso de la sinceridad de los propios King y Crane, porque estaban imbuidos de una mentalidad profundamente orientalista y, en consecuencia, concebían a los árabes en general como una «raza» inherentemente incapaz de formar Estados nacionales democráticos[62].

Con la supresión del informe, la involucración antes enérgica de Estados Unidos en Oriente Próximo se extinguió, y con ella, el único plan estadounidense en tiempos modernos que intentó construir un Oriente Próximo nuevo y acorde con los deseos de sus habitantes y no con los intereses de Washington y sus aliados. Chispas de esta energía positiva brillarían de manera intermitente entre los diplomáticos y funcionarios más proárabes del Departamento de Estado estadounidense, pero nunca volverían a materializarse en una estrategia concertada para permitir la autodeterminación árabe. Esto fue especialmente cierto en el periodo del Mandato en Palestina. Cuando el presidente Franklin D. Roosevelt pidió a algunos expertos que efectuasen una evaluación del movimiento sionista, recibió la siguiente respuesta: «[el Gobierno estadounidense] nunca ha considerado que la instauración de una patria judía estuviera conectada con la protección de derechos e intereses de Estados Unidos»[63]. Pero recomendaron principalmente mantener una política neutral y ayudar clandestinamente a los británicos. Esta línea se mantuvo hasta 1942, cuando los líderes sionistas afincados en Palestina consiguieron por primera vez suscitar un apoyo abrumador entre la comunidad judía estadounidense. Esto se tradujo de inmediato en presión para que la Casa Blanca abandonase su neutralidad respecto al futuro de Palestina. Comenzó a funcionar entonces un poderoso grupo de presión, que animaba a todo ocupante de la Casa Blanca a descartar cualquier idea afín a las propuestas por King y Crane.

No ocurrió de la noche a la mañana. Durante un tiempo, el legado de King y Crane permaneció, y sus herederos fueron profesionales universitarios que dirigían secciones del Departamento de Estado

encargadas de Oriente Próximo. Eran los famosos «arabistas». Volveremos más tarde a su sorprendente impacto en la política estadounidense.

La influencia de las ideas «arabistas» que habrían orientado a Estados Unidos hacia el bando del movimiento de liberación palestino nunca se materializó, sin embargo. Las fuerzas que contrarrestaban a los «arabistas» fueron minando gradualmente la influencia de los diplomáticos profesionales en la política estadounidense relacionada con el mundo árabe en general, y con Palestina en particular. Esta fuerza contraria estaba formada por los lobbies prosionistas, tanto judío como cristiano, que trabajaron en colaboración ya antes de 1948. La base de esta cooperación se situó en el ascenso de una nueva generación de sionistas cristianos en la primera mitad del siglo XX. Sus discípulos aumentaron exponencialmente en número, enfervorecidos por sermones feroces, retransmitidos primero por radio y después por televisión, que trasladaban a millones de personas el mensaje simplista de que existía el imperativo religioso de apoyar sin reservas el sionismo y las acciones de este sobre el terreno. La tensión creciente entre los misioneros cristianos y las cúpulas religiosas islámicas en el Mediterráneo oriental reforzó esta visión positiva del sionismo. Los misioneros, que en otro tiempo predicaban a favor de la liberación frente al colonialismo europeo, esperaban a esas alturas que fuese el cristianismo estadounidense, y no la tradición islámica, el que se convirtiese en faro guía de las nuevas naciones, una misión en la que fracasaron. En muchos aspectos, los misioneros de estas nuevas generaciones se convirtieron en los primeros «orientalistas», en el sentido más negativo del término. Pero cuarenta años antes de que *Orientalismo* de Edward Said llamase la atención generalizada sobre este grupo, otro Edward advertía sobre el impacto dudoso de los misioneros. Se trataba de Edward Earle, profesor de Princeton que en 1929 escribió en *Foreign Affairs* lo siguiente:

> Durante casi un siglo, la opinión pública estadounidense respecto a Oriente Próximo la han formado los misioneros. Si la opinión estadounidense ha estado desinformada, mal informada y llena de prejuicios la culpa ha sido en gran medida de los misioneros. Al interpretar la historia en función del avance del cristianismo, han proyectado una imagen inadecuada, distorsionada y en ocasiones grotesca de los musulmanes y del islam[64].

Los misioneros transmitían una imagen aún más distorsionada cuando se

centraban en Palestina. Sus descripciones recogían fielmente la inmensa decepción que les producían los primeros encuentros físicos con Tierra Santa. Como a Mark Twain, les resultaba difícil digerir el abismo existente entre lo que ellos descubrían y la visión de un país bíblico cristiano que las Sagradas Escrituras les habían llevado a imaginar. De manera muy parecida a los sionistas que los seguirían, así como a los británicos y a los alemanes que llegaron con ellos, no percibían a los locales como una nación o un grupo con derechos o títulos sobre el país, sino por el contrario, en el mejor de los casos, como un espectáculo exótico, y en el peor, como un fastidio ecológico. El movimiento sionista, que mostraba un desinterés similar por los habitantes locales, excepto por el inconveniente que representaban, se ganó de inmediato el apoyo de los misioneros, aunque harían falta años para que este vínculo se convirtiese en una alianza sólida entre el fundamentalismo cristiano y el Estado de Israel, una alianza que afectaría enormemente a la política estadounidense en el conjunto de Oriente Próximo. Antes de que esto pudiera ocurrir, el sionismo debía aumentar su popularidad entre la comunidad judía estadounidense. Antes de que estallase la Segunda Guerra Mundial, este proceso avanzó con lentitud. Pero a partir de entonces, no hubo forma de parar la rápida sionización de la comunidad judía de Estados Unidos.

LA LUCHA DEFINITIVA POR LA DECLARACIÓN BALFOUR

Todavía en 1922, el jefe de la División de Oriente Próximo, Allen W. Dulles, escribía: «Se considera que el expresidente Wilson favoreció la Declaración Balfour, pero que yo sepa nunca se comprometió con ella de manera oficial y pública»[65]. A esas alturas, sin embargo, parece que al lobby no le interesaba tanto la posición del Departamento de Estado; centró su atención en el Congreso de los Estados Unidos y logró reunir un respaldo inequívoco a la Declaración Balfour. Su éxito enseñó una importante lección a los futuros lobbies proisraelíes: si un lobista encontraba ambigüedad respecto al sionismo, y más tarde respecto a Israel, en el ejecutivo o en la diplomacia, siempre podía contrarrestar la vacilación de estos aproximándose al legislativo, que era más susceptible a la presión y a la defensa de intereses. Y así, la primera vez que se aplicó esta táctica, a saber, eludir a un presidente equívoco y a un Departamento

de Estado poco cooperativo y centrarse en el Capitolio, fue el 11 de septiembre de 1922. Ese día, el Congreso aprobó una resolución conjunta a favor de establecer una patria judía en Palestina. Las palabras de la resolución prácticamente reproducían las de la Declaración Balfour; ambas cámaras declaraban lo siguiente:

> Que Estados Unidos de América se muestra favorable al establecimiento en Palestina de una patria para los judíos, entendiéndose claramente que no se hará nada que perjudique los derechos civiles y religiosos de los cristianos y de todas las demás comunidades no judías de Palestina, y que tanto los Lugares Sagrados como los edificios y los espacios religiosos de Palestina se protegerán adecuadamente[66].

Los sionistas anunciaron con bombo y platillo la resolución como si de otra Declaración Balfour se tratara, y como prueba de que su empresa tenía el respaldo oficial. Después de todo, la habían patrocinado el senador Henry Cabot Lodge y el representante Hamilton Fish, y la había firmado el presidente Warren G. Harding. Sin embargo, durante el debate previo a su ratificación, varios portavoces resaltaron que era una mera expresión de simpatía del Congreso, y que no involucraría en absoluto a Estados Unidos en conflictos exteriores. Esta fue la interpretación adoptada por el Departamento de Estado, que dejó claro que la declaración del Congreso carecía de significado y no afectaba a la política estadounidense en torno al futuro de Palestina.

Después de Filadelfia hubo otros retos. Algunos de los pilares del nuevo lobby se fueron retirando de la vida pública. Uno de ellos fue Brandeis, que parecía incapaz de encontrar un lenguaje común con la generación más joven, más ansiosa.

Tras la fundación del Congreso Judío Estadounidense en Filadelfia y la resolución del Capitolio, la trayectoria ascendente fue lineal. A lo largo de la década posterior, las organizaciones prosionistas aumentaron en número y en socios, y algunas comenzaron a colaborar con los lobbies sionistas cristianos. Una de las principales organizaciones que movió discretamente los hilos entre cristianos y judíos y los tejió en un lobby más poderoso fue la Federación Propalestina [Pro-Palestine Federation], fundada en 1930. Consideraba que su principal objetivo era presionar al Gobierno británico para que se mantuviese fiel a la Declaración Balfour. Unió fuerzas, durante la Segunda Guerra Mundial, con otras dos nuevas organizaciones: el

Comité Palestino Estadounidense [American Palestine Committee] y el Consejo Cristiano sobre Palestina [Christian Council on Palestine], que trabajaban por objetivos similares. El número de organizaciones sionistas que incluían el nombre de Palestina en su denominación puede llevar a engaño: eran instituciones separadas que, además, usaban «Palestina» en el sentido de nueva patria judía. En la actualidad, Palestina es el nombre que recibe la nación desheredada de los palestinos.

El trabajo de estas organizaciones cristianas concluyó la saga en torno a la Declaración Balfour. En diciembre de 1942, sesenta y tres senadores y 182 miembros de la Cámara de Representantes conmemoraron el veinticinco aniversario de la Declaración Balfour con una proclamación especial en la que el Congreso de Estados Unidos confirmaba que el país respaldaba la Declaración.

---

[1] Citado en [www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/US-Israel/Adams.html]

[2] Max Rodenbeck, «Of Missionary Zeal and Its Consequences», *The New York Times,* 23 de agosto de 2005.

[3] Véase un artículo escrito por Stephen Sizer para la página digital de Balfour Project: «The Road to Balfour: The History of Christian Zionism», 24 de noviembre de 2014, en [https://balfourproject.org/the-road-to-balfour-the-history-of-christian-zionism-by-stephen-sizer-2/].

[4] David A. Rausch, «Protofundamentalism's Attitudes towards Zionism, 1878-1918», *Jewish Social Studies* 43, 2 (primavera de 1981), pp. 137-152.

[5] *Ibid.,* p. 143.

[6] Yacob Ariel, *Evangelizing the Chosen People: Missions to the Jews in America,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, pp. 14-19.

[7] Norman W. Mathers, *Battle for Orthodoxy. American Religious Thought, 1870-1910,* Eugene, Wipf and Stock, 2018, pp. 78-79.

[8] Citado en David O. Beale, *In Pursuit of Purity. American Fundamentalism since 1950,* Greenville: Bob Jones University Press, 1986, p. 32.

[9] Nicholas James Claxton, «The Niagara Creed: Its History, Theology, and Relevance», artículo presentado como parte del programa doctoral en la Bob Jones University, Greenville, 2019.

[10] De la Blackstone Library, Branford CT, CN 540, caja 6, carpeta 9; véase [https://fromthevault.wheaton.edu/2020/07/01/to-show-kindness-to-israel-william-blackstones-memorial/].

[11] El texto del memorial está disponible en [https://en.wikisource.org/wiki/Blackstone_Memorial].

[12] *Ibid.*

[13] *The Chicago Tribune,* 20 de septiembre de 1867.

[14] *Ibid.,* 30 de diciembre de 1868.

[15] Ernst Ströter, «The Second Coming of Christ in Relation to Israel», Discursos sobre la

segunda venida del Señor pronunciados en la Conferencia Profética, Allegheny, PA, 3-6 de diciembre de 1895, Pittsburgh, PA, sin datar.

[16] Citado en David Borg, *Standing with Israel: Why Christians Support the Jewish State,* Nueva York, Charisma Media, 2016, pp. 98, 107-109.

[17] *Ibid.,* p. 98.

[18] Stephen Sizer, *Christian Zionism: Roadmap to Armageddon?,* Londres, Inter-Varsity Press, 2004, pp.70-74.

[19] D. A. Rausch, *op. cit.,* p. 139.

[20] Maidhc Ó Cathail, «The Scofield Bible - The Book That Made Zionists of America's Evangelical Christians», *Washington Report on Middle East Affairs* (octubre de 2015), pp. 45-46.

[21] *Ibid.*

[22] Walker Robins, «Jacob Gartenhaus: The Southern Baptist Jew», *Journal of Southern Religion* 19 (2017), en [https://jsreligion.org/vol19/robins/]

[23] Citado en Lawrence Davidson, *America's Palestine: Popular and Official Perceptions from Balfour to Israel's Statehood,* Gainesville, University Press of Florida, 2001, p. 2.

[24] George Antonius, *The Arab Awakening,* Beirut, Khayats, 1975.

[25] Véase Ilan Pappe, «Arab Nationalism», en Gerard Delanty y Krishan Kumar (eds.), *The Sage Handbook of Nations and Nationalisms*, Londres, Sage, 2006, pp. 500-503.

[26] L. Davidson, *op. cit.,* p. 8, n. 25.

[27] Joseph M. Canfield, *The Incredible Scofield and His Book,* Vallecito, Ross House Books, 1988.

[28] Citado en Donald Neff, *Fallen Pillars: US Policy Towards Palestine and Israel since 1945,* Washington, Institute of Palestine Studies, 2002, p. 9.

[29] *Ibid.*

[30] *Ibid.,* p. 10.

[31] Citado en Naomi Wiener Cohen, «The Reaction of Reform Judaism to Political Zionism (1897-1922)», *Publications of the American Jewish Historical Society* 40, 4 (junio de 1951), p. 374, n. 43.

[32] Disponible en [www.jewishvirtuallibrary.org/louis-brandeis-on-dual-loyalty-libel-against-jews]. Esta se convirtió en una cita tan icónica que se usaba para decorar platos; véase [www.brandeis.edu/library/archives/exhibits/ldb-100/zionism/dinner-plate.shtml].

[33] Otra cita icónica suya, repetida en muchas ocasiones; véase, por ejemplo, David Wecht, «Heed Brandeis' Call to be Better Jews», *Pittsburgh Jewish Chronicle,* 2 de junio de 2016.

[34] Yaakov Ariel, «Eschatology, Evangelism, and the Dialogue: The Presbyterian Mission to the Jews, 1920-1960», *Journal of Presbyterian History* 75, 1 (primavera de 1997), p. 30.

[35] Véase Weizmann a Louis Brandeis, 8 de abril de 1917, en Leonard Stein (ed.), *The Letters and Papers of Chaim Weizmann*, serie A, volumen 7, Londres, Oxford University Press, 1968, pp. 505-506.

[36] Archivos Sionistas, Jerusalén, Archivos de Jacob de Haas, Rotshchild y Chaim Weizmann a Brandeis (cable), 21 de abril de 1917, recibido el 25 de abril.

[37] *The New York Times,* 27 de diciembre de 1917.

[38] L. Davidson, *op. cit.,* p. 15.

[39] *Ibid.*

[40] Citado en Dan Fleshler, *Transforming America's Israel Lobby: The Limits of Its Power and the Potential for Change,* Washington, Potomac Books, 2009, p. 105, n. 21.

[41] American Jewish Congress, *Report on Proceedings of the American Jewish Congress,* Filadelfia, PA, 1918, p. 2.

[42] *Ibid.,* p. 3.

[43] *Ibid.,* p. 6.
[44] *Ibid.,* p. 28.
[45] *Ibid.,* p. 82.
[46] *Ibid.,* p. 54.
[47] *Ibid.,* p. 58.
[48] *Ibid.*
[49] *Ibid.*
[50] *Ibid.*
[51] *Ibid.,* p. 21.
[52] Citado en James Loeffler, «Nationalism without a Nation: On the Invisibility of American Jewish Politics», *Jewish Quarterly Review* 105, 3 (verano de 2015), p. 369.
[53] Khaled Elgindy, *Blind Spot. America and the Palestinians, from Balfour to Trump,* Washington, Brookings Institution Press, 2019, pp. 5-6.
[54] Donald M. Love, *Henry Churchill King of Oberlin,* New Haven, Yale University Press, 1956.
[55] L. Davidson, *op. cit.,* p. 6.
[56] David Hapgood, *Charles R. Crane: The Man Who Bet on People,* Nueva York, Xlibris, 2000, pp. 56-63.
[57] Harry N. Howard, *The King Crane Commission: An American Inquiry into the Middle East,* Beirut, Khayats, 1963.
[58] Andrew Patrick, *America's Forgotten Middle East Initiative. The King Crane Commission of 1919,* Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 2015, p. 237.
[59] Todo esto se describe en detalle en *America's Forgotten Middle East Initiative (ibid.)* y aparece también en Lori Allen, *A History of False Hope: Investigative Commissions in Palestine,* Stanford, Stanford University Press, 2020, pp. 31-70.
[60] Michael Reimer, «The King-Crane Commission at the Juncture of Politics and Historiography», *Critique: Critical Middle Eastern Studies* 15, 2 (verano de 2006), p. 129.
[61] [https://balfourproject.org/the-king-crane-commission-and-palestine-1919/].
[62] L. Allen, *op. cit.*
[63] L. Davidson, *op. cit.,* p. 146, n. 27.
[64] *Ibid.,* p. 4, n. 13.
[65] Citado en Frank E. Manuel, *The Realities of American-Palestine Relations,* Washington, Public Affairs Press, 1949, p. 284.
[66] Citado en Charles Israel Goldblatt, «The Impact of the Balfour Declaration in America», *American Jewish Historical Quarterly* 57, 4 (junio de 1968), p. 500.

6. Los sionistas estadounidenses y el Holocausto

Como en Gran Bretaña, el nazismo y el Holocausto hicieron que los sionistas estadounidenses se enfrentasen a una cuestión existencial: ¿qué deberían hacer respecto a los judíos que huían desesperadamente para salvar la vida? Como en Gran Bretaña, era cuestión de energía, recursos y tiempo. Los investigadores sugieren ahora que por compromiso ideológico los sionistas estadounidenses prefirieron dar prioridad a la supervivencia de la comunidad judía en Palestina a promover un refugio en Estados Unidos.

Como la mayoría de los países, Estados Unidos no recibía de buen grado a los refugiados judíos de Europa. La Ley Johnson-Reed aprobada en 1924 restringía severamente la inmigración de personas procedentes de Europa Oriental y meridional, al tiempo que endurecía los controles, un golpe devastador para los judíos que intentaban huir de gobiernos antisemitas. Restringió las cuotas previas y limitó las rutas de inmigración legal para los judíos que esperaban huir del nazismo[1]. El aumento constante del nazismo y el fascismo en Europa no cambió esta política. En la Conferencia de Evian de 1938, Estados Unidos no mostró deseo de abrir sus puertas. El Gobierno no sufrió ninguna reacción negativa por su indiferencia al destino de los refugiados judíos. En 1939, el 83% de los estadounidenses se oponía al aumento de la inmigración, y las preocupaciones humanitarias ocupaban un lugar secundario ante la ansiedad económica[2].

Después de la Gran Depresión, muchos estadounidenses temían la carga que los inmigrantes podrían suponer para la economía de la nación; los refugiados, a quienes en la mayoría de los casos se les impedía sacar dinero o bienes de su país, eran una causa de alarma aún mayor. De hecho, ya en 1930, el presidente Herbert Hoover reinterpretó la legislación migratoria que les prohibía la entrada por las «probabilidades de convertirse en una carga pública»[3], y la amplió incluso a aquellos inmigrantes capaces de trabajar, alegando que el elevado desempleo les impediría encontrar trabajo.

Esta política hostil también derivaba de prejuicios que conjuraban las amenazas imaginarias que los refugiados supuestamente representaban para la seguridad nacional estadounidense, aprehensiones sin base real. Funcionarios del Departamento de Estado y del FBI, así como el propio presidente Franklin D. Roosevelt, suscribieron esta acusación conspirativa. Aunque ciertamente las preocupaciones económicas influyeron, en las actitudes estadounidenses hacia la inmigración intervenían también los sentimientos de miedo, la desconfianza y sobre todo el racismo. Las siempre crecientes instituciones estadounidenses consideradas responsables de la seguridad de la nación concebían a los inmigrantes como comunistas o nazis en potencia. En conjunto, ante la catástrofe humana que tantos europeos experimentaron durante la Segunda Guerra Mundial, la conducta estadounidense fue deplorable. Como explica Daniel Gross, «Estados Unidos tuvo un mal expediente de concesión de asilo» durante el predominio nazi en Alemania y en Europa[4]. El ejemplo y la consecuencia más notorios de esta política despiadada se dio en junio de 1939, cuando el trasatlántico alemán *St. Louis* y sus 937 pasajeros, casi todos judíos, fue expulsado del puerto de Miami, obligándolo a volver a Europa. Más de la cuarta parte de sus pasajeros identificables pereció en el Holocausto. Si miramos las cuotas de visados ofrecidas por Estados Unidos, observaremos una indiferencia similar al destino de los judíos. A finales de 1938, los consulados estadounidenses estaban inundados de 125.000 solicitantes de visado, muchos procedentes de Alemania y de los territorios austriacos anexionados. Pero las cuotas nacionales para inmigrantes alemanes y austriacos se mantuvieron firmemente en 27.000[5].

En su mayoría, los que necesitaban refugio en Estados Unidos eran judíos y, en su mayoría, los rechazados eran judíos. Deborah Lipstadt escribió que la política oficial hostil derivaba del antisemitismo, y otras investigaciones sustancian esta afirmación[6]. El argumento antisemita lo difundieron líderes como el padre Charles Coughlin, conocido como el «sacerdote radiofónico», un pionero de la retransmisión política que llegaba a millones de personas en cada emisión. Además de su mensaje religioso, Coughlin predicaba el antisemitismo, acusando a los judíos de manipular las instituciones financieras y conspirar para controlar el mundo. Había otras voces importantes, como la de Gerald Smith, conocido

sacerdote evangélico, y la del empresario industrial Henry Ford, que se convirtieron, cada uno a su manera, en figuras destacadas en la difusión del antisemitismo[7].

Esta posición oficial y las noticias que llegaban de Europa dieron un impulso diferente al movimiento sionista en Estados Unidos. El activista sionista Stephen S. Wise instó al movimiento en su conjunto a aprovechar los nuevos acontecimientos, y los usó para fortalecer el lobby en Norteamérica. Wise nació en Hungría pero viajó siendo muy joven a Nueva York, junto con su familia de judíos conservadores. En Nueva York recibió una educación judía reformista, tanto el judaísmo conservador como el reformista eran indiferentes al sionismo, en el mejor de los casos, y hostiles a él, en el peor. Esto no le impidió, sin embargo, convertirse en uno de los lobistas más importantes a favor del sionismo en Estados Unidos antes de 1948. Al igual que Gottheil, el primer presidente de la Federación de Sionistas Estadounidenses, también él se dejó cautivar y entusiarmar por las nuevas ideas del movimiento cuando acudió como joven delegado al primer Congreso Sionista de Basilea. Con otros amigos que experimentaron el mismo entusiasmo por el hecho de participar en la creación de un «judío nuevo», fundó a su regreso a Estados Unidos, en el mismo año del Congreso de Basilea, la Federación de Sionistas Estadounidenses de Nueva York, una organización que crecería y acabaría convirtiéndose en la Federación de Sionistas Estadounidenses, de la que fue el primer secretario. Los jóvenes discípulos del sionismo fueron recompensados con una nueva invitación al segundo Congreso Sionista de Basilea, en el que colaboraron estrechamente con Theodor Herzl y su visión revolucionaria del judaísmo, que los cautivó. La influencia de Wise no hizo sino aumentar a partir de entonces.

Desde 1935, mediante el nombramiento para altos cargos en la Federación Sionista Estadounidense, Wise se convirtió en el líder del sionismo en Estados Unidos y, en palabras de Donald Neff, «despertó [al movimiento] de su prolongado letargo»[8]. Wise disfrutaba también de la amistad del presidente Franklin D. Roosevelt y tenía libre acceso a la Casa Blanca. Roosevelt fue fácil de convertir: Chaim Weizmann registró una conversación con él en la que promovió la idea de que la totalidad de Palestina debía ser judía, y supuestamente dijo en una reunión que ambos mantuvieron en febrero de 1940: «¿Y qué pasa con los árabes? ¿No se

puede solucionar eso con un pequeño soborno?»[9]. Weizmann interpretó que eso significaba que habría que pagar a los palestinos como incentivo para que salieran del territorio[10].

Siempre que no pidieran que Estados Unidos abriera las puertas, los sionistas tenían un aliado en la Casa Blanca. Los sionistas estadounidenses, como sus homólogos británicos, veían en Palestina la panacea para el problema de los refugiados. Mientras que después de la guerra organizaciones humanitarias judías como el Comité de Distribución Conjunta de los Judíos Estadounidenses [American Jewish Joint Distribution Committee] ayudarían a los refugiados judíos a ser admitidos en Estados Unidos, a finales de la década de 1930 fueron principalmente los cristianos los que se esforzaron por cambiar la política del país. Martha y Waitstill Sharp se enfrentaron a la fuerte marea de opinión contraria a los refugiados cuando aceptaron viajar a Europa a ayudar a víctimas del régimen nazi[11]. Formaban parte del pequeño número de estadounidenses que trabajaron para ayudar a los refugiados, pese al sentimiento popular y a las políticas oficiales. La mayoría de los trabajos de rescate y ayuda se efectuaron bajo los auspicios de grupos de ayuda como el Comité de Servicio Unitario [Unitarian Service Committee] (creado con el trabajo de las Sharp), el Comité de Servicio de Amigos Estadounidenses [American Friends Service Committee] (dirigido por los cuáqueros), el Comité para el Cuidado de Niños Europeos [Committee for the Care of European Children] y el Comité de Distribución Conjunta de los Judíos Estadounidenses.

Algunos altos cargos estadounidenses reconocieron también el peligro existencial al que se enfrentaban las comunidades judías en Europa, y buscaron formas de introducir más refugiados en el país. En una época en la que tener los «papeles» correctos determinaba la posibilidad de sobrevivir, la política migratoria era crucial. En 1939, el senador Robert Wagner, demócrata de Nueva York, y la congresista Edith Nourse Rogers, republicana de Massachusetts, promovieron una ley que proponía admitir a 20.000 niños judíos alemanes más, sumados a la cuota existente para migrantes de origen alemán. La proposición de ley provocó un resentido debate público, y una oposición vehemente de grupos nacionalistas y antiinmigración, y en consecuencia no llegó a votarse en el Congreso[12].

Como los líderes sionistas radicados en Palestina y sus homólogos

británicos, las organizaciones judías estadounidenses solo se centraron más en rescatar a los judíos a partir de 1943, cuando los horrores del Holocausto se volvieron brutalmente claros. Esta nueva percepción condujo a una unión temporal de organizaciones judías sionistas y no sionistas como parte de un esfuerzo para salvar a los judíos del nazismo, en forma de Comité de Emergencia Conjunto, y también llevó al Gobierno estadounidense a ser más proactivo y reunirse con Gran Bretaña en una conferencia especial organizada en Bermudas en 1943 para analizar las políticas sobre los refugiados.

La localización de Bermudas, bajo dominio británico, la sugirió el Departamento de Estado estadounidense, para evitar el espectáculo de las manifestaciones sionistas convocadas por el Congreso Judío Estadounidense en Nueva York. El lobby sionista esperaba un respaldo claro al envío de refugiados a Palestina y los no sionistas anticipaban un enfoque más humanitario de la cuestión de los refugiados judíos por parte de británicos y estadounidenses. Ambos quedaron decepcionados. Los británicos se negaron a ampliar la cuota migratoria de judíos a Palestina, y Estados Unidos se negó a admitir más refugiados judíos. Ni siquiera lograron ponerse de acuerdo en el envío de paquetes de comida a los campos de concentración. Mientras los judíos se enfrentaban al exterminio en Europa, ni Gran Bretaña ni Estados Unidos estaban dispuestos a poner las vidas por delante de los intereses nacionales y políticos. Una razón para la intransigencia de Estados Unidos en la cuestión de los refugiados fue que los sionistas de ese país nunca presionaron en serio para que se admitiese la entrada de más judíos. Los sionistas estadounidenses seguían haciendo hincapié en que la salvación de los judíos radicaba en una migración ilimitada a Palestina que condujese finalmente a la colonización del territorio. El especialista Aaron Berman llega a sostener que la sionización de los judíos estadounidenses incapacitó cualquier esfuerzo judío serio a favor de los judíos de la Europa nazi[13]. Parece difícil negar que, mientras que los individuos se esforzaron en la medida de sus posibilidades, las organizaciones, sometidas a la influencia sionista, se mantuvieron pasivas. Los detractores de la obra de Berman afirman que no habría supuesto ninguna diferencia. Tal vez sea cierto: puede que ni siquiera los esfuerzos más rigurosos por parte de la minoría judía de Estados Unidos hubieran bastado para superar la rígida oposición de la

ciudadanía en general a cualquier tipo de inmigración. Pero el propósito de este análisis es demostrar la cartografía moral del lobby sionista estadounidense: una cartografía en la que presionar indirectamente al Estado británico para que permitiese más migración a Palestina tenía prioridad sobre el rescate de judíos por otros medios, aunque estos otros medios fuesen más viables. Después de todo, ¿por qué preocuparse mucho por la Conferencia de Bermudas cuando un año antes ya se había celebrado la convención del Biltmore?

EL MOMENTO DEFINITORIO DE LOS SIONISTAS ESTADOUNIDENSES: LA CONVENCIÓN DEL BILTMORE

El Hotel Biltmore de Nueva York podría parecer a simple vista una estación de ferrocarril especialmente imponente: fue obra de los arquitectos Warren y Wetmore, que también diseñaron la icónica Grand Central Terminal contigua. Este hotel de estilo neoclásico lucía dos torres, cada una adornada con dos pilares en el centro de la fachada, visibles desde las calles inferiores. El hotel de veintiséis pisos era un edificio ecléctico con una «base de piedra con aperturas arqueadas, una sección central de ladrillo gris, galería de terracota y cornisa volada», y destacaba por encima de los edificios cercanos[14]. Fue uno de los primeros edificios en la historia de Nueva York que usaron los derechos aéreos, es decir, desarrollar propiedad sobre una plataforma construida por encima de las vías del ferrocarril. Baños turcos, piscinas, un reloj de oro en el vestíbulo principal y un restaurante Palm Court eran algunas de sus atracciones, pero su rasgo más brillante era el jardín italiano plantado sobre la cubierta de retranqueo del sexto piso, mirando a Vanderbilt Avenue y a la Grand Central Terminal (en invierno, se convertía en pista de patinaje sobre hielo).

Su historia puede jactarse de algún escándalo; Zelda y F. Scott Fitzgerald pasaron allí su luna de miel de manera tan ruidosa que los invitaron a irse, y «quedamos debajo del reloj» fue una contraseña para enamorados. Pero en los comedores del hotel, alcanzó su punto culminante un tipo distinto de romance: entre el sionismo y la comunidad judía estadounidense, una historia de amor que dura todavía hoy. Los líderes sionistas residentes en Palestina, que en ese momento estaban enfrentados con Gran Bretaña,

escogieron este espacio para organizar, entre el 6 y el 11 de mayo de 1942, una de sus reuniones estratégicas más importantes.

El comedor se dispuso para hacer de sala de conferencias. Las filas de sillas miraban hacia una plataforma elevada, detrás de la cual lucía una poco convencional bandera estadounidense estirada, a modo de pantalla cinematográfica. A los lados se encontraban, a la derecha, la bandera común de las barras y las estrellas; y a la izquierda, la bandera sionista (que más tarde se convertiría en bandera de Israel). Junto a este impresionante despliegue se erguían dos palmeras comparativamente macilentas, en dos enormes macetas, completando la disposición decorativa de este acontecimiento histórico.

En el podio había dos filas de sillas y mesas, la superior para los invitados y ponentes más importantes; y en el medio se situaba el atril para los oradores. Entre los invitados se encontraban Chaim Weizmann, presidente de la Organización Sionista Mundial y de la Agencia Judía, y David Ben-Gurion, presidente de la Ejecutiva Sionista, así como los directores de todas las organizaciones sionistas y prosionistas de la comunidad judía estadounidense.

Fue un evento doblemente formativo. En primer lugar, se trató de un momento crucial en la historia del movimiento sionista sobre el terreno en Palestina. En el Biltmore, los líderes palestinos se alejaron de la cooperación con la política británica, exigieron la totalidad de Palestina y marginaron a sionistas diplomáticos como Weizmann. La diplomacia se había vuelto obsoleta, la fuerza estaba a la orden del día.

Pero, en segundo lugar, fue también un momento definitorio para el lobby en Estados Unidos. Como explicó la publicación oficial del Congreso Judío Estadounidense (AJC):

> El hecho de que un acontecimiento tan importante se celebrase aquí y no en Londres o en Jerusalén, hasta ahora los cuarteles generales del trabajo político sionista, indica con claridad que Estados Unidos se ha convertido en el principal centro de las actividades políticas sionistas[15].

La estrella del congreso fue Abba Hillel Silver. Nació en Lituania en el seno de una familia de rabinos (su abuelo y su padre lo fueron). Desde la adolescencia participó en las actividades sionistas organizadas en Nueva York, y se convirtió en rabino reformista durante la Primera Guerra

Mundial en Cleveland, Ohio, presidiendo la mayor congregación reformista de Estados Unidos. Pronunció su primer discurso en 1907, con apenas catorce años, y solo unos años después de haber llegado con su familia desde Lituania[16].

Su liderazgo estuvo marcado por una constante aprehensión ante la idea de que la preocupación general por el sufrimiento judío debilitase el proyecto sionista en Palestina:

> El hecho de que resaltemos la cuestión del refugio ha permitido a nuestros oponentes afirmar que, si lo que os preocupa es el rescate, por qué no os concentráis en eso y dejáis a un lado la política […] Es posible que la Diáspora debilite al Estado judío, porque la urgencia de la cuestión del rescate podría llevar al mundo a aceptar una solución temporal […] Deberíamos hacer más hincapié en la fundamental ideología sionista[17].

Silver criticó a los líderes anteriores, cuyo método consideró excesivamente blando:

> ¡Obligaremos al presidente a tragarse nuestras exigencias! El método amable, paciente y de diplomacia personal usado antaño no es en absoluto adecuado para nuestros tiempos[18].

Y declaró asimismo lo siguiente:

> Vamos a responder a todos los ataques que se efectúen contra nuestra gente, a todos los libelos y a todas las difamaciones con más judaísmo, con más colegios y sinagogas, y con un trabajo más intenso y leal en Palestina[19].

Durante un tiempo, su estilo corrosivo no les hizo ningún favor a los sionistas: presidentes y gobiernos lo consideraban repulsivo y maleducado. He aquí cómo lo describió Nahum Goldmann:

> Era un judío del Viejo Testamento, que nunca perdonaba ni olvidaba […] Podía ser extremadamente grosero en un enfrentamiento, y había algo del terrorista en sus modales y en su actitud[20].

Lo que a los presidentes les desagradaba era lo que enardecía a los activistas de base. En el Congreso del Biltmore de 1942, fue la estrella, y cada moción que él presentó se aceptó casi por unanimidad. Con un enorme aplauso, exigió que los asistentes ayudasen:

> A quienes han dado sus lágrimas, su sangre y su sudor con el fin de construir para ellos, para nosotros y para las generaciones futuras, por fin, tras siglos agotadores, un hogar, un hogar nacional, una república judía, en la que el espíritu de todo nuestro pueblo pueda al fin descansar[21].

Como escribe Walter Hixson, en muchos aspectos llevaba toda la vida esperando ese momento[22]. La tarea principal de Silver fue la de ampliar la sionización de la comunidad judía estadounidense. Todos los sionistas de Estados Unidos respaldaron el programa del Biltmore, exigiendo la creación de una república judía que abarcase todo el territorio ocupado por el Mandato de Palestina, y la misión a partir de entonces era obtener un respaldo similar de toda la comunidad judía.

En el Biltmore, se le pidió a la comunidad judía estadounidense que proporcionase un respaldo incondicional a los siguientes pasos dados por el proyecto sionista en Palestina. Algunos miembros de las dos organizaciones principales que ayudaron a organizar la convención, el Congreso Judío Estadounidense y Hadassah, experimentaron cierta incomodidad ante esa solicitud de lealtad, pero en conjunto, las bases siguieron en esto el ejemplo de sus líderes. Hadassah se conocía también como Organización Sionista de Mujeres de Estados Unidos [Women's Zionist Organization of America], y era famosa por su trabajo filantrópico en el campo de la medicina: recaudaba fondos para hospitales de la comunidad judía en Palestina y más tarde de Israel, pero también participaba de manera importante en la actividad lobista sionista en cuestiones de género, que se perfeccionaría y se volvería más compleja en años siguientes. Como el Congreso Judío Estadounidense, Hadassah adoptó un compromiso de carta blanca con el proyecto sionista y prometió seguir presionando a Estados Unidos para que apoyase su misión principal, proteger la vida cultural judía en el país.

Desde el punto de vista institucional, esta sionización acelerada se manifestó también en la inauguración en mayo de 1942 de una delegación de la Agencia Judía en Washington DC, que actuaba como embajada a todos los efectos, pero que también coordinaba la actividad lobista a favor del sionismo en Estados Unidos (la Agencia Judía fue registrada en el Departamento de Justicia como agente lobista extranjero en 1939). El detonante de dicho registro fue una visita a Estados Unidos de Moshe

Sharett, el jefe del Departamento Político de la Agencia Judía en Jerusalén, que instituyó formalmente la delegación estadounidense bajo su autoridad directa. *In situ,* la delegación estaba dirigida por Nahum Goldmann, en cooperación con líderes de la Organización Sionista Estadounidense [American Zionist Organization] como Louis Lipsky y Stephen Wise.

Junto con las viejas organizaciones que representaban a las facciones sionistas presentes sobre el terreno en Palestina (como Poale Zion y HaMizrachi, un movimiento sionista religioso organizado bajo el lema «Torah y Trabajo»), después de la convención del Biltmore nació un nuevo grupo de presión, el Consejo de Emergencia Sionista Estadounidense [American Zionist Emergency Council - AZEC, recogido en algunas fuentes como AZC). Este es un nombre posterior; al comienzo se denominaba Consejo de Emergencia de los Sionistas en Estados Unidos [Emergency Council of Zionists in America]. Funcionó hasta 1949. En 1940 tenía más de 171.000 socios[23]. El AZEC acabaría convertido en AIPAC, y al igual que el AIPAC, acabó siendo la principal organización paraguas del lobby, dominando su agenda. Inmediatamente después de la convención del Biltmore, centró sus esfuerzos en ampliar el número de socios y la influencia del lobby en Estados Unidos; su primera tarea fue la de volver a conectar con los sionistas cristianos.

RECONECTANDO CON LOS SIONISTAS CRISTIANOS EN LA DÉCADA DE 1940

La ideología sionista cristiana experimentó cierto cambio durante la Segunda Guerra Mundial; su misticismo se complementó con una política exterior realista respecto al futuro de los judíos en Palestina. Esta nueva orientación la dirigió Reinhold Niebuhr, ministro evangélico procedente de una familia de inmigrantes alemanes. Comenzó su vida teológica bajo el hechizo del socialismo, antes de convertirse en un importante pensador del realismo neoconservador, una nueva escuela de pensamiento en relaciones internacionales que justificaba sus ideas con análisis supuestamente científicos de los pros y los contras de las políticas agresivas de Estados Unidos. Más importante para nuestro tema, Niebuhr fue el padre del «realismo cristiano». Por una parte, esta posición teológica rechazaba la interpretación literal de las Escrituras efectuada por los fundamentalistas,

pero por otra, despreciaba a quienes consideraba «cristianos progresistas», aquellos que adoptaban las nociones de igualitarismo, anticolonialismo y antiimperialismo. Niebuhr ridiculizaba a estos cristianos más humanitarios, a los que tachaba de «cristianos ingenuos»[24].

Existía también a esas alturas una lógica realista cristiana para apoyar al sionismo y más tarde a Israel; ambos eran bastiones cruciales en la batalla contra la Unión Soviética y los aliados de esta en el mundo árabe. Qué más podía pedir el futuro Israel: se había convertido en cumplimiento de un deseo divino y en escudo del mundo occidental y de sus democracias en Oriente Próximo.

A los cristianos ordinarios de Estados Unidos, que a esas alturas se había convertido en el país más religioso del mundo, lo que aprendían en la escuela dominical les bastaba para seguir ciegamente al sionismo; no tenían necesidad del análisis realista cristiano que aparecía en los libros de Nieburh, como *The Children of Light and the Children of Darkness* [Los hijos de la luz y los hijos de la oscuridad], publicado en 1944. Era el programa de las escuelas dominicales el que influía en su visión del mundo, transmitiendo el mensaje de que los judíos eran el pueblo elegido, al que había que proteger de manera incondicional hasta el regreso del Mesías. El realismo cristiano formaría una parte importante de la infraestructura ideológica que más adelante sostuvo el respaldo a Israel, haciendo de puente entre los sionistas cristianos fundamentalistas y la derecha neoconservadora.

El AZEC se dedicó de inmediato a reforzar los lazos ya existentes con las organizaciones sionistas cristianas y a reclutarlas como grupos de presión en los últimos días del Mandato, para garantizar que Estados Unidos mantuviese el apoyo al sionismo en Palestina. Esta empresa se llevó adelante con la ayuda de dos grupos: el Comité Palestino Estadounidense, una «organización cristiana de personas de la vida pública que simpatizan con el programa sionista» y el Consejo Cristiano sobre Palestina, un grupo prosionista compuesto por clérigos cristianos[25].

El Comité Palestino Estadounidense era el más importante de los dos. Creado en 1931 por varias iglesias protestantes, abogaba por reunir al pueblo judío con la «tierra de su antigua herencia». Uno de sus socios principales, el senador demócrata por Utah William King, afirmaba que el deber de Estados Unidos en su «función predestinada de árbitro de los

asuntos mundiales» era el de abrazar la causa sionista. El Comité Palestino Estadounidense se involucró en las elecciones de 1940, cuando comenzó a buscar respaldos en los dos partidos, y logró atraer al futuro presidente Harry Truman, que en aquel momento era senador demócrata por Missouri, y al candidato presidencial Wendell Willkie, senador por Indiana. El Comité Palestino Estadounidense tenía su propia concepción del proyecto sionista en Palestina, ya que argumentaba que la colonización sería beneficiosa para los palestinos, porque conduciría a la modernización. Pero aparte de eso, era la misma canción cantada por el sionismo cristiano anterior: «el mundo cristiano debe volver a dedicarse a la herencia que ha recibido del judaísmo, la creencia de la que deriva el cristianismo»[26].

Lo que se esperaba era que estas nuevas organizaciones cristianas ayudasen a reunir dinero para el proyecto sionista en Palestina, y en este frente el AZEC colaboró estrechamente con el Congreso Judío Estadounidense. La recaudación de fondos se efectuó mediante la misma campaña de llamamientos que la utilizada para rescatar a los judíos del Holocausto. Se pedía dinero para salvar a los judíos, ya viajasen a Sudamérica o a Palestina. Este esfuerzo unificado fue conocido como Colecta Judía Unida [UJA - United Jewish Appeal], abreviatura de Colecta Judía Unida para los Refugiados, las Necesidades en el Extranjero y Palestina. El archivo de la UJA detalla cómo se distribuían los fondos, y parece que aproximadamente un tercio de las aportaciones durante los años de la guerra fue a parar a Palestina. Más tarde, esta campaña iría acompañada de una recaudación de fondos más explícita a favor de Israel, conocida como la Colecta Unida para Israel [United Israel Appeal], en la que se podían comprar bonos, convertidos en dinero, exentos de impuestos y, como veremos, en ocasiones canalizados de vuelta a Estados Unidos para financiar allí el trabajo lobista[27].

EL ENFRENTAMIENTO CON ORGANIZACIONES JUDÍAS RIVALES

El AZEC se mantenía muy próximo a los líderes de la corriente sionista predominante y dedicó parte de su tiempo y energía a luchar contra la facción sionista de derecha de Herut (liderada por Menahem Begin), conocida en aquel momento como los revisionistas, a quienes el AZEC

consideraba demasiado antibritánicos y violentos. Los revisionistas tenían muchas organizaciones pequeñas, como la Liga por una Palestina Libre [League for a Free Palestine], Amigos de una Palestina Judía [Friends of a Jew Palestine], Comité de Emergencia para Salvar a los Judíos de Europa [Emergency Committee to Save the Jewish People of Europe], etcétera. El AZEC se enfrentó a ellos con dureza y públicamente, emitiendo una «Advertencia a los sionistas de Estados Unidos»:

> No os dejéis confundir por la publicidad de este grupo, recordad que los anuncios a página completa no reconstruirán la patria judía. Movilizad la opinión pública a favor de las organizaciones sionistas acreditadas[28].

La verdadera misión, sin embargo, no era tanto la de suprimir el sionismo de derecha como sionizar a los judíos cobardes, que todavía no estaban convencidos o no se mostraban entusiastas del movimiento en pro de un Estado judío. Los líderes del AZEC consideraban que su organización hermana, el Congreso Judío Estadounidense, no era suficientemente activa en este frente, y tomó las riendas para convertirse en la organización sionista más destacada de Estados Unidos. La historia de la actividad lobista en ambos lados del Atlántico era como una interminable carrera de relevos, en la que el testigo pasaba de una organización que iba perdiendo fuelle a otra nueva, destinada a asumir el liderato. En la década de 1940, el corredor estrella fue, inevitablemente, Abba Hillel Silver.

Bajo su liderazgo, el AZEC inició después del Biltmore una nueva aventura dirigida a atraer a organizaciones no sionistas a formar parte de una nueva alianza federada, la Conferencia Judía Estadounidense [American Jewish Conference], y reclutó a Henry Monsky, presidente de B'nai B'rith, una organización supuestamente apolítica que se volvió todavía más sionista que antes, para ayudar a convencer a los judíos estadounidenses de que se acercaran al sionismo.

Las organizaciones no sionistas se mostraron dispuestas a participar en la Conferencia Judía Estadounidense, pero estipularon dos condiciones: primera, que Silver no hablaría en el encuentro inaugural de esta nueva organización; y segunda, que en ese encuentro no se haría referencia a la creación de un Estado judío en Palestina. Silver aceptó ambas condiciones, pero encontró una manera de eludirlas: habló acerca de la creación del

Estado judío en Palestina desde fuera del estrado. La conferencia votó abrumadoramente a favor de respaldar el plan trazado en el Biltmore, pero el Comité Judío Estadounidense, todavía no sionista, abandonó el encuentro como protesta. Sesenta y cuatro organizaciones judías firmaron la resolución. Silver estaba satisfecho; durante los años de la guerra, consiguió marginar a las organizaciones judías no sionistas que, afirmaba él, «dividían a la comunidad judía», mientras que su organización representaba a «la mayoría abrumadora de los judíos estadounidenses»[29].

La Conferencia Judía Estadounidense reclutó a otras organizaciones más veteranas que se reunieron en mayo de 1943, de nuevo en Filadelfia, bajo la denominación «Conferencia Nacional para Palestina de la Colecta Palestina Unida». Su mensaje principal fue el de condenar el Libro Blanco de 1939, que restringía fuertemente la migración judía a Palestina y la compra sionista de tierras en ese territorio, y exigir al Gobierno de Estados Unidos que pidiera a Gran Bretaña garantías de que:

> No se reducirá la migración judía a Palestina y tampoco se restringirá la compra de tierras por parte de los judíos[30].

Con ocasión de la visita a Estados Unidos efectuada en mayo por el primer ministro Winston Churchill, todos los grupos sionistas se unieron para pedirle que cumpliera la promesa de establecer una patria para los judíos en Palestina y que repudiase el Libro Blanco de 1939. A su llegada, Churchill fue recibido con anuncios a página completa en los periódicos, pagados por la Organización Sionista de Estados Unidos [Zionist Organization of America] y publicados el 18 de mayo de 1943 con una exigencia contundente: «¡Sr Churchill, abandone el Mandato!»[31].

A partir de este punto, los lectores conocerán numerosas organizaciones, alianzas y federaciones. Pero entre todas ellas destaca una: el AZEC, antepasado del actual AIPAC, que sigue siendo enormemente influyente hoy en día. Difería de todas las demás entidades y organizaciones paraguas que ya poblaban el lobby. Ya no intentaba convencer del sionismo exclusivamente a los judíos estadounidenses, quería ganarse a la totalidad de la ciudadanía.

CONSTRUYENDO EL FUTURO MODELO DEL AIPAC, 1944-1948

Tras el segundo encuentro de la Conferencia Judía Estadounidense, el AZEC estableció un modelo que el AIPAC adoptaría más adelante. Tenía un presupuesto razonable y catorce departamentos cubiertos por profesionales para reunir el apoyo de la opinión pública estadounidense a la colonización sionista de Palestina. Abrió una oficina permanente en Washington en 1943 para coordinar todas sus actividades nacionales. El periodista Donald Neff atribuye acertadamente todo este éxito a Abba Hillel Silver:

> En el proceso creó el moderno lobby israelí, el grupo de interés especial en asuntos internacionales más extenso y poderoso de Estados Unidos[32].

Comenzó entonces una nueva era de actividad lobista, liderada por Silver y otros, que empezó a alejarse de una estrategia que ponía casi exclusivamente sus esperanzas en el Partido Demócrata. Silver pensaba de otra forma. Creía en una actividad lobista bien organizada y a gran escala, y en la utilidad de presionar a candidatos de ambos partidos. Para ello estableció los «Comités de Contactos de Comunidad», conocidos más tarde como Comités de Emergencia (EC), que trabajaban con judíos estadounidenses de base y, más importante, con políticos locales de todos los partidos:

> La primera tarea será establecer contacto directo con vuestro congresista o senador local […] Habría que ganarse el apoyo y la comprensión del congresista, no sobre la base de una simpatía vaga hacia los apuros de los judíos o por supuestas obligaciones políticas locales, sino porque él mismo se haya convencido por la razón y la lógica de la justicia de nuestra causa[33].

Cualquiera constituía un blanco potencial del lobby, incluidos los sindicalistas, las esposas y los padres o madres de los militares, y los veteranos de guerra judíos.

Los EC orquestaron campañas de peticiones masivas e inundaron Washington de cartas; todo esto había que hacerlo «en el menor tiempo posible». A los miembros de los EC se les pedía que trabajasen a través de las sinagogas y otras organizaciones judías. Se les instaba a cultivar relaciones con clérigos y establecer contactos personales con emisoras de radio y con la prensa. Se les ordenaba nombrar portavoces para las organizaciones interesadas por la planificación de la posguerra, y para

clubes como Rotary, Kiwanis, Exchange y Lions. El AZEC envió a los EC un manual denominado «Boletín confidencial» en el que les enseñaban a poner en práctica estas tareas sobre el terreno, una «guía del lobista sionista inexperto»[34].

Los sindicatos también se convirtieron en objetivo (y esta fue una inversión valiosa, porque estos sindicatos serían los principales aliados del AIPAC en sus primeros años). Para atraer su apoyo, se fundó una organización más: el Comité Sindical Judío Estadounidense para Palestina [American Jewish Trade Union Committee for Palestine], del que formaban parte muchos líderes sindicales importantes de Estados Unidos. Los líderes sionistas tenían la sensación de que este objetivo concreto estaba plenamente conseguido, como testificaron ante el Comité de Asuntos Exteriores del Congreso:

> Los trabajadores organizados de Estados Unidos –doce millones– apoyan sin reservas e inequívocamente la aspiración del pueblo judío a establecer su patria en Palestina[35].

Al igual que su sucesor el AIPAC, el AZEC organizó desde 1944 encuentros anuales, a los que invitaba a todos los EC, que a esas alturas, como escribió un experto, «constituían uno de los instrumentos más eficaces para difundir el sionismo»[36]. Un líder del AZEC manifestaba con orgullo lo siguiente:

> En los años siguientes estos comités operarían con una eficacia tan grande como para sobresaltar incluso a cualquiera de Washington curtido en la actividad lobista. Con una simple llamada, se ponían de inmediato en acción. Más de un alto cargo público o periodista expresó su asombro ante la velocidad y la eficacia de ejecución[37].

Las armas principales eran las cartas y las peticiones, en especial las primeras. Esta táctica se utiliza todavía en la actualidad. Décadas más tarde me entrevistó Stephen Sackur para *HARDTalk,* programa insignia de BBC World Service. Me hizo pasar muy mal rato, por lo que se disculpó al final de la grabación, explicando que tenía que adoptar una línea dura, o de lo contrario la BBC se vería inundada por una lluvia de quejas[38].

Estos incansables y devotos grupos de sionistas locales de todos los partidos perseguían a los directores de periódico locales solicitándoles

comentarios favorables, y organizaban foros a favor de la causa sionista en iglesias, escuelas y asociaciones cívicas. Solicitaban declaraciones de los candidatos políticos, mandaban a sus expensas enviados a Washington para que se entrevistasen con congresistas y senadores, y en momentos coyunturales críticos inundaban la Casa Blanca, el Departamento de Estado y las oficinas del Congreso literalmente de miles y miles de cartas y telegramas. Organizaban delegaciones locales del Comité Palestino Cristiano Estadounidense [American Christian Palestine Committee], a las que dedicaban conferenciantes y seminarios[39].

Como escribe Doreen Bierbrier:

> En la campaña sionista de 1944 por la anulación del Libro Blanco, más de 3.000 organizaciones no judías –sindicatos, iglesias, los clubes Rotary, Lion, Elk y Kiwanis, YMCA, asociaciones de ministros religiosos, órdenes de los Caballeros de Pitia, y la granja Granges– aprobaron resoluciones, hicieron circular peticiones, y enviaron cartas y telegramas a sus representantes en el Congreso y al Gobierno. Solo en Meriden, Connecticut, cuya población judía no excedía de 1.500 personas, se despacharon más de 12.000 cartas sobre el tema de Palestina al presidente Roosevelt y al Departamento de Estado. Expresiones similares para Washington emanaron de 200 organizaciones no judías de Colorado, de peticiones firmadas por 60.000 personas en South Bend, Indiana, y 1.000 telegramas de Leominster, Massachusetts. Los congresistas expresaban «asombro» ante tal interés no judío por la distante Palestina[40].

El otro método, que el AIPAC perfeccionaría, era el de acercarse a políticos que estuviesen en el comienzo de sus carreras. Lo que se les pedía era que garantizasen las resoluciones prosionistas de los legislativos estatales y cientos de municipios que representaban a más del 85% de la población estadounidense. Los congresistas eran los principales blancos de los EC locales. En octubre de 1944, el AZEC calculó que de los 535 miembros del septuagésimo octavo Congreso de Estados Unidos, 411 respaldaron el llamamiento sionista a la acción inmediata de Estados Unidos para aprobar la creación de una república judía. Representantes de todos los estados, un total del 86%del Senado y el 75% de la Cámara de Representantes, afirmaban además el derecho de los judíos a asentarse en Palestina sin tener que someterse a las restricciones arbitrarias impuestas por los británicos.

También se hicieron esfuerzos para organizar el apoyo de base de la

ciudadanía estadounidense en general. Un canal eficaz para la benevolencia cristiana hacia el sionismo lo proporcionaron dos organizaciones cristianas que ya he mencionado, el Comité Palestino Estadounidense y el Consejo Cristiano sobre Palestina. Se emitieron directivas a los EC instándolos a preparar una lista de todos los notables cristianos de la comunidad y enviársela al AZEC, junto con una nota breve sobre cada posible candidato. El senador Robert Wagner firmaba una invitación para unirse al Comité Palestino Etadounidense y esta se enviaba a cada posible miembro. Cuando había suficientes miembros como para formar un capítulo local del Comité Palestino Estadounidense, inauguraban en la vecindad un Comité Judío de Emergencia. Todos los gastos en los que se incurriese con dichas operaciones eran sufragados por el AZEC.

Mediante este generoso apoyo económico, el Comité Palestino Estadounidense logró reclutar un número impresionante de miembros. Reitero que la palabra «palestino» en este contexto no tenía nada que ver con los palestinos de Palestina; se refería solo a las colonias y a los asentamientos judíos. En 1946, la organización tenía 15.000 socios, agrupados en setenta y cinco capítulos locales dispersos por todo el país. Sus miembros se extraían, en gran medida, entre representantes del ámbito jurídico, la empresa, la educación, los servicios sociales y la vida pública. Estos capítulos cristianos locales estaban a menudo organizados por los presidentes del AZEC judío y los EC locales. Dicho de otro modo, el Comité Palestino Estadounidense, que era en teoría una agrupación cristiana, estaba de hecho dirigido por organizaciones sionistas judías de Estados Unidos.

En marzo de 1944, el Comité Palestino Estadounidense pudo organizar una formidable convención nacional en apoyo al sionismo, a la que asistió el vicepresidente Henry A. Wallace. Las organizaciones sionistas cristianas organizaron su propia convención nacional en noviembre de 1945, con representantes de treinta países, entre los que se encontraba González Videla, futuro presidente de Chile.

Pero los esfuerzos lobistas no terminaron ahí: los sionistas intentaron reunir apoyo en las universidades. Esta era la tarea asignada al Comité para la Movilización Intelectual [Committee for Intellectual Mobilization], dirigido por el rabino Milton Steinberg. El sionismo no había logrado

atraer un amplio apoyo en las universidades durante la década de 1930, ya que los círculos intelectuales de Estados Unidos estaban dominados por movimientos más progresistas y socialistas. Después de la Segunda Guerra Mundial, los académicos judíos se interesaron más por la ideología sionista, y algunos empezaron a apoyarla públicamente. Sin embargo, encuestas efectuadas en 1941 y 1946 en los campus universitarios «revelan que las opiniones sionistas estaban menos extendidas entre los estudiantes judíos que entre los judíos adultos»[41]. Partes de la comunidad académica sí se movilizaron, sin embargo. En enero de 1945 se presentó ante el Congreso de Estados Unidos un escrito firmado por 150 rectores y decanos, y 1.800 profesores universitarios de cuarenta y cinco estados. En él manifestaban su apoyo a la reconstitución de Palestina «en una república judía libre y democrática» abierta a la inmigración y a la colonización ilimitadas. La comunidad intelectual de Estados Unidos, sin embargo, nunca pareció respaldar incondicionalmente el sionismo[42]. Todavía en febrero de 1947, el AZEC tenía dificultades para convencer a los medios de comunicación convencionales de que publicasen a sus escritores leales. No conseguían que se publicasen artículos prosionistas en *Harper's* o en *Foreign Affairs*. Como veremos, esto cambiaría drásticamente después de la guerra de junio de 1967. Pero el lobby sionista anterior a 1948 tenía su propia gran publicación: *Palestine*, a la que más adelante se unió otra, *Palestine Affairs*. El AZEC presionaba a escritores y académicos para que escribiesen narrativa y textos divulgativos prosionistas, repartiendo luego los libros de manera gratuita a través de los EC. Entre dichos libros se encontraban *His Terrible Swift Sword* [Su espada terrible y veloz], del reverendo Norman MacLean; *American Policy Toward Palestine* [La política de Estados Unidos sobre Palestina], de Carl J. Friedrich; y *To Whom Palestine?* [¿Palestina para quién?] de Frank Gervasi. Uno de esos libros, *Palestine, Land of Promise* [Palestina, tierra de promisión] de Walter Clay Lowdermilk, consiguió entrar en las listas de superventas de varios periódicos[43]. Hoy en día, el impacto del lobby en muchas universidades estadounidenses es limitado, las considera una causa perdida en la batalla de la propaganda. A lo largo del pasado siglo, el mundo académico estadounidense ha desarrollado voces antisionistas potentes.

Los siguientes objetivos fueron los periódicos y la radio. La prensa

estadounidense mostraba en general simpatía hacia las desgracias soportadas por los judíos europeos. La misión del lobby era traducir esta simpatía humanitaria en apoyo a la colonización de Palestina. De manera más urgente, el AZEC realizó un esfuerzo enorme para unir a la prensa contra el Libro Blanco publicado en 1939 por el Gobierno británico, que recomendaba restringir significativamente la migración a Palestina y las compras de tierra por parte de judíos en dicho territorio. Durante la campaña del consejo, aparecieron en destacados periódicos estadounidenses más de 350 editoriales contrarios al Libro Blanco. El consejo colocó anuncios a toda página en los periódicos de mayor tirada en inglés y en yiddish. En Norteamérica era posible comprar tiempo de emisión, y en 1943 tanto el AZEC como la Organización Sionista de Estados Unidos compró 182 horas de emisión radiofónica en Estados Unidos y 50 en Canadá. *Palestine Speaks* era el programa insignia de este esfuerzo, y entre sus presentadores se encontraban estrellas de Hollywood como Joseph Cotten, Eddie Cantor y Edward G. Robinson[44].

Y por último, el AZEC añadió a esta estrategia multidimensional la organización de concentraciones y convenciones masivas, que sus dirigentes denominaban «reuniones a gran escala». Abba Hillel Silver y los dirigentes de la organización habían emitido una orden estricta de no malgastar tiempo y energía en encuentros de menor tamaño. Con mucha frecuencia, hasta 1948, fueron el Madison Square Garden y otros grandes parques urbanos los espacios que albergaron estas concentraciones masivas en defensa de la Palestina sionista. Constituían una mezcla entre el viejo modelo de discursos agitadores y el glamur y el estrellato de los musicales de Hollywood y Broadway. El primero de estos espectáculos grandiosos organizados en Madison Square Garden tuvo lugar en 1943.

Se titulaba *We Will Never Die* [Nunca moriremos], y fue organizado por el llamado Comité por un Ejército Judío [Committee for a Jewish Army], una organización sionista liderada por emisarios de los grupos sionistas paramilitares de Palestina para abogar por la creación de un Estado judío en Palestina como única respuesta al exterminio de los judíos por los nazis.

Estaba escrito por Ben Hecht y producido por Billy Rose, con música compuesta por Kurt Weill. Un joven Marlon Brando compartía escena con Paul Muni y Edward G. Robinson. El cartel de la obra mostraba soldados

judíos asumiendo las fatigas militares de los estadounidenses, pero también representando a las milicias sionistas en Palestina, ya que todos ellos llevaban en el hombro bandas con la estrella de David. En una de las escenas, uno de estos soldados salvaba a un judío ortodoxo de las manos de un soldado nazi. El espectáculo fue un gran éxito y recorrió el país de costa a costa. Al estreno acudieron la primera dama, Eleanor Roosevelt, y casi todos los miembros del Tribunal Supremo[45].

Fue la primera vez, y quizá la única, que el Holocausto se convirtió en musical. Empezaba con una oración por los dos millones de judíos asesinados en Europa, puesto que la noticia de los campos había salido ya del continente. Presentaba a veinte actores vestidos de rabinos como fugitivos de Europa, que recitaban juntos la oración judía de «Shema Israel». Se situaban delante de los Diez Mandamientos recogidos en el Viejo Testamento, que aparecían en diez tabletas separadas. En la siguiente escena, Paul Muni y Edward G. Robinson, dos de las estrellas de Hollywood más conocidas en aquel momento, recitaban nombres de judíos destacados a lo largo de la historia, comenzando por Moisés y acabando por el magistrado del Tribunal Supremo Louis Brandeis, Sigmund Freud y los veinte judíos premiados con el Nobel. Seguían escenas más duras que describían la vida en los campos de concentración, y en la última escena aparecían víctimas testificando ante una imaginaria conferencia de paz de posguerra. En una producción posterior del mismo espectáculo presentada unas semanas después en el escenario del Hollywood Bowl se añadió el himno sionista *Hatikvah* (que se convertiría en el himno de Israel) a la banda sonora, para contrarrestar las canciones nazis incluidas al final del espectáculo.

A los líderes del Congreso Judío Estadounidense les producía incomodidad este tipo de defensa emotiva, y algunas representaciones se cancelaron por presión suya. Pero cien mil estadounidenses acudieron a ver un musical que rendía homenaje a las víctimas de un genocidio nazi que no había terminado aún. Este genocidio sirvió como prueba definitiva de que los judíos necesitaban un Estado y un ejército propios.

Después de este espectáculo se organizaron demostraciones más convencionales de la presencia sionista. El punto culminante de esta actividad fue una convención organizada en octubre de 1945. Una fotografía de esa convención titulada «Estadounidenses por una Palestina

judía» lo dice todo. El auditorio en el que se celebraba el encuentro estaba atestado de público, con 22.000 personas sentadas en el interior y 45.000 de pie fuera; y se informó de que en una concentración convocada en Madison Square Park el día anterior habían participado 200.000 personas, una nueva demostración de fuerza de los sionistas. La pancarta colgada del tercer piso decía «Hartos de falsas promesas» y «Seis millones de judíos muertos son suficientes». En el segundo piso, dos fotografías enormes, una junto a la otra, yuxtaponían una imagen de un campo de concentración con otra que mostraba un feliz colono en Palestina[46].

Un año después, en un espectáculo organizado en marzo de 1946, John W. McCormack, líder de la mayoría en la Cámara de Representantes, acusó a Gran Bretaña, en un discurso telefoneado desde Washington a Madison Square Garden, de dirigir el poder de su imperio «contra esos desdichados supervivientes a los que Hitler no logró exterminar», y de usar armas cedidas por Estados Unidos para extender el imperialismo[47].

En ese acto, el senador James M. Mead dijo lo siguiente:

> La conducta de la potencia mandataria y su administración en Palestina contrasta fuertemente con la interminable cadena de acuerdos firmados por Estados Unidos y Reino Unido[48].

Y exhortaba asimismo a los estadounidenses

> A borrar la mancha dejada en nuestra conciencia por la despiadada masacre de seis millones de judíos, que podría haberse evitado al menos en parte si Palestina no hubiera estado herméticamente sellada para aquellos que intentaban huir.

J. Howard McGrath, procurador general de Estados Unidos, el cuarto cargo de mayor importancia en el Departamento de Justicia estadounidense, y futuro fiscal general, declaró en el encuentro que «ha llegado el momento de que la nación judía recupere Palestina»[49].

Incluso antes de que la convención tuviera lugar, se envió en su nombre al Gobierno británico un cable que en su último apartado decía lo siguiente:

> Tomando el punto de vista más grave posible y consecuencias desastrosas de anuncio aplicación dicha política [stop] adecuada reacción inmediata opinión estadounidense general y judía tal vez pueda todavía evitar la catástrofe [stop].

Se enviaron además 250.000 avisos. Las «escuadras telefónicas» contactaron con el mayor número de personas posible. Se enviaron cartas a 700 rabinos pidiéndoles que hicieran anuncios referentes a la política británica y a la concentración inminente.

Después del encuentro se publicó en cuarenta periódicos de todo el país «Una Carta Abierta a Mr. Attlee», primer ministro británico en ese momento. Abba Hillel Silver y Stephen Wise enviaron duras declaraciones a la prensa afirmando «que el pueblo judío resistiría hasta el amargo final la decisión manifestada por los británicos de mantener la política recogida en el Libro Blanco»[50].

También se convocaron manifestaciones masivas en otras treinta ciudades de todo el país. Tres días después tuvo lugar en Washington una reunión de emergencia de los líderes de los EC. Silver dio a los 531 delegados instrucciones para que ampliasen la acción, y Emanuel Neumann, activista veterano y uno de los dirigentes de la Organización Sionista Mundial en Estados Unidos, los ilustró con un análisis de la situación política en Palestina. Ese mismo día, dos tercios del Senado mantuvieron una audiencia con constituyentes que habían participado en la convención del Madison Square Garden. Dos días antes, diez senadores hablaron en el Senado acerca de Palestina. El 16 de octubre (dos semanas después de la convención) diecisiete representantes de la Cámara hablaron sobre Palestina, y otros treinta y cuatro no tuvieron tiempo de hablar, pero sus discursos fueron recogidos en el Registro del Congreso. Se calcula que, de los 535 miembros del Senado y el Congreso, 411 hicieron declaraciones prosionistas[51].

Todas las actividades anteriores fueron planeadas y ejecutadas en un lapso aproximado de un año, entre octubre de 1945 y octubre de 1946, un periodo ajetreado. A finales de octubre de 1946 se organizó otra concentración al aire libre en Madison Square Park. Se calcula que 250.000 personas acudieron a expresar solidaridad con las colonias judías en Palestina, lo que la convirtió en la mayor manifestación sionista de todos los tiempos. Acabó con una convención específicamente cristiana organizada en Washington por el personal del AZEC.

En 1948, los fundadores del AZEC podían contemplar con orgullo el trabajo realizado desde 1943. Habían fundado el brazo político del sionismo estadounidense, que se convirtió en uno de los grupos de presión

más fuertes existentes en Estados Unidos hasta entonces, dejando apenas espacio para la vida pública judía fuera del ámbito del sionismo, y esto mucho antes de la aparición del AIPAC. Pero su éxito en la esfera pública apenas tuvo impacto en la política oficial de Estados Unidos hacia Palestina. En la década de 1940, estaban sembrando las semillas, pero esas semillas darían fruto a comienzos de la década de 1960, y sentaron las bases de la política estadounidense desde la era posterior a Kennedy hasta la actualidad.

EL ASCENSO DE ISAIAH LEO KENEN

En la carrera de relevos del lobby sionista estadounidense, el testigo pasó entonces de Silver y Wise, por jubilación del primero y fallecimiento del segundo, a Isaiah Leo Kenen. Inició su activismo cuando empezó a trabajar en las oficinas de Silver en Cleveland[52]. Kenen era un joven periodista de Toronto, contratado por el *Toronto Star,* que se mudó a Ohio en 1926. Dejó el periodismo y empezó a estudiar Derecho, pero no lo practicó demasiado tiempo. En 1941 decidió involucrarse públicamente en la actividad prosionista, y pronto se convirtió en presidente del Distrito Sionista de Cleveland, que formaba parte de la Organización Sionista de Estados Unidos. En la década de 1940 dirigió también el departamento de información de la Agencia Judía hasta el establecimiento del Estado de Israel, cuando se unió a la delegación del nuevo Estado en Naciones Unidas, y puso en marcha una nueva institución lobista, el AIPAC, en 1953. Para él, el triunfo del Estado israelí representaba la derrota de Hitler, y un reto para Estados Unidos y otros países democráticos occidentales que no habían hecho nada por salvar a los judíos del Holocausto:

> Nuestra comunidad judía afrontó un reto en 1942. Testigos enmudecidos e impotentes mientras Adolf Hitler libraba su demoníaca guerra contra el pueblo judío, resentidos por no conseguir incitar a las democracias a detener a Hitler, a rescatar y abrir las puertas a aquellos a quienes podrían haber salvado, los judíos estadounidenses asumieron su responsabilidad durante la Segunda Guerra Mundial. Pese a la oposición del Departamento de Estado, se comprometieron a establecer un Estado judío independiente en el que los judíos pudieran vivir en paz y seguros[53].

En ninguna parte de sus escritos, desde el comienzo hasta el final de su

carrera, menciona, o muestra preocupación, por las víctimas palestinas del proyecto que él apoyaba de manera tan incondicional, y al que podría decirse incluso que dedicó su vida.

Kenen se involucró con intensidad en la campaña electoral de 1944, cuando por primera vez practicó una metodología que se convertiría en marca distintiva del AIPAC. En febrero, informó de que la actividad lobista a favor de la creación de la república judía había «impresionado profundamente al Capitolio, suscitando muchas garantías de apoyo por parte de los congresistas»[54]. Esto formaba parte del esfuerzo general del AZEC por involucrarse en una campaña electoral nacional en Estados Unidos por primera vez de manera sistemática. Que salió bien a la primera puede deducirse del hecho de que los dos grandes partidos incluyesen en sus programas electorales la idea de crear un Estado judío. Kenen trabajó principalmente con el Partido Demócrata. Fue Abba Hillel Silver quien comenzó a establecer con el Partido Republicano una alianza que crecería hasta convertirse en la base principal del lobby proisraelí en el Estados Unidos actual. Para esto tuvo la ayuda de Benzion Netanyahu, profesor en la Universidad de Cornell, sionista revisionista de derechas y padre de Benjamin Netanyahu[55].

En ese momento, la actividad lobista en Estados Unidos no afectaba a la realidad sobre el terreno en Palestina, ya que el Mandato británico seguía tomando las decisiones fundamentales. Pero Washington pudo haber tenido cierto impacto. Participó en las últimas iniciativas internacionales para buscar una solución. La primera fue un comité angloestadounidense de investigación conjunta reunido en Washington en enero de 1946 que, después de tres meses, publicó un informe sobre las condiciones en las que se encontraban los habitantes de la Palestina del Mandato y daba recomendaciones para el futuro. Los representantes estadounidenses esperaban despolitizar la cuestión de Palestina: desde este punto de vista, la presencia de judíos en Palestina era una preocupación humanitaria, no el trabajo preliminar para un proyecto de colonización. Se trataba de un enfoque irrealista, basado o bien en una completa ignorancia de los objetivos del sionismo o en un total desprecio por las aspiraciones palestinas. El comité recomendó que se permitiera la entrada de 100.000 refugiados judíos a Palestina, y se rescindiesen las restricciones impuestas a la compra de tierras por el Libro Blanco de 1939, como preparación para

un futuro estable, a saber, una continuación a largo plazo del dominio británico. Un programa más detallado de mantenimiento del dominio británico apareció más tarde en otra investigación angloestadounidense conjunta, la última de ellas, liderada por Herbert Morrison, ministro del Gobierno británico, y por Henry Grady, embajador estadounidense en Londres. En julio de 1946, este pequeño grupo sugirió el establecimiento de una Palestina federalizada bajo administración británica.

Para entonces, ambas iniciativas demostraron carecer de sentido. El movimiento sionista de 1946 solo estaba dispuesto a negociar acerca del espacio, no de la soberanía. Había ciertas partes de Palestina que estaban dispuestos a conceder, aproximadamente la quinta parte del país. Los dirigentes ya habían empezado a contemplar cómo librarse de los palestinos en el restante 80% de Palestina que codiciaban. Los líderes palestinos exigían la misma libertad y la misma autodeterminación prometida al resto del mundo árabe: un Estado democrático unitario, en el que supondrían dos terceras partes de la población y considerarían qué estatus conceder a los colonos judíos llegados antes de la Segunda Guerra Mundial. El punto muerto en el que se habían situado las negociaciones empujó a Gran Bretaña a retirarse de Palestina y dejar su futuro en manos de Naciones Unidas en febrero de 1947[56].

En lo concerniente al lobby prosionista en Estados Unidos, entonces bajo el liderazgo de Kenen, no prestó atención a ninguna de estas iniciativas de 1946. Lo cual no sorprende. A la base de poder construida por el AZEC no le preocuparon estas propuestas y siguió cumpliendo con lo prometido: apoyo constante, sin preguntas, a la creación de un Estado judío en Palestina con la bendición de Estados Unidos[57].

OTRAS VOCES

Una encuesta efectuada por Gallup en 1945 concluyó que el 76% de los estadounidenses apoyaba el esfuerzo de colonización sionista en Palestina[58]. No sorprende, en consecuencia, que resulte difícil encontrar voces discrepantes en los tres años anteriores al establecimiento de Israel, ya fuera porque rechazasen una política prosionista o porque exigiesen un apoyo más proactivo aún de Estados Unidos a las acciones sionistas en Palestina.

Podríamos haber esperado algunas voces propalestinas dentro de la comunidad árabe estadounidense, que en aquel momento estaba compuesta por 100.000 personas. Su organización más importante era el Instituto de Asuntos Árabe-Estadounidenses [Institute of Arab American Affairs], fundado en 1945. Pero en aquel momento, no se preocupaba por el futuro de Palestina, y no era una fuerza que hubiera que tener en cuenta. Esta primera generación de inmigrantes dudaba de manifestar su oposición a la política de Estados Unidos respecto a Palestina, o al lobby sionista.

En cuanto a la oposición cristiana al sionismo en Estados Unidos, se volvió más ruidosa cuando empezaron a llegar noticias desde Palestina, en febrero de 1948, de que las fuerzas sionistas habían empezado una limpieza étnica de palestinos. Ese mes apareció una nueva organización, formada conjuntamente por palestinos y cristianos antisionistas: el Comité por la Justicia y la Paz en Tierra Santa [Committee for Justice and Peace in the Holy Land]. Entre sus fundadores se encontraba Kermit Roosevelt, un «arabista» del Departamento de Estado que más tarde participó en operaciones clandestinas en el mundo árabe, como el derrocamiento de Mohammad Mosaddegh en Irán. También formaban parte del comité figuras moralmente menos dudosas, como Virginia Gildersleeve, el rabino Morris Lazzaron, Garland Evans Hopkins y Henry Sloane Coffin.

Como ha observado Doreen Bierbrier, las empresas petrolíferas estadounidenses podrían haber sido otro contrapeso que debería haber presentado una oposición seria al lobby sionista estadounidense. Algunas de ellas, notablemente California Standard Oil Company y Texas Oil Company, que operaban en Arabia Saudí bajo la denominación Arabian American Oil Company (ARAMCO), tenían mucho interés en mantener su posición en los países árabes. El respaldo estadounidense a un Estado judío y la visible desposesión de los palestinos incrementó la hostilidad social en muchas partes del mundo árabe hacia las empresas estadounidenses con presencia en la región. Sin embargo, las petroleras no participaron en el lobby antisionista, en parte porque la bien establecida campaña de defensa de los lobistas impidió un acto de ese tipo. Benjamin Akzin, director de la oficina del AZEC en Washinton, que emigró a Israel y se convirtió en decano de Humanidades en la Universidad Hebrea, envió informes de reuniones que había mantenido con representantes de las compañías petrolíferas y manifestó a los dirigentes en Palestina que, pese

a su simpatía por los palestinos, los magnates del petróleo habían decidido no mostrarse abiertamente antisionistas. Uno de ellos le había dicho a Akzin que, en todo caso, el rey Ibn Saud de Arabia Saudí dependía más de Estados Unidos que al contrario. La conclusión de Akzin fue que las empresas petrolíferas no temían que los árabes les infligiesen consecuencias graves. Este punto de vista se vio reforzado por una conversación que mantuvo con Abe Fortas, el subsecretario de Estado del Departamento de Interior, quien le dijo lo siguiente:

> Ni siquiera las compañías petrolíferas creen demasiado que un respaldo estadounidense firme de Estados Unidos al sionismo vaya a poner en peligro permanente los intereses petrolíferos del país[59].

En un momento en el que el lobby sionista estaba alcanzando momentos trascendentales en su historia, la de Estados Unidos era ya la mayor comunidad judía del mundo (unos cinco millones). De modo que parece razonable pensar que hubiese por aquel entonces algunos judíos estadounidenses no sionistas, aunque no siempre estaban organizados ni disponían de instituciones. El único rival digno de mención del lobby sionista, el Comité Judío Estadounidense, seguía luchando para convertirse en una fuerza de contrapeso, pero a medida que el Estado de Israel se fue convirtiendo en un hecho consumado, también este grupo se volvió más sionista. En 1948, una agrupación pequeña, el Consejo Estadounidense para el Judaísmo [American Council for Judaism], era la única organización judía que seguía oponiéndose públicamente al sionismo en Estados Unidos. El Consejo se creó en 1943 y absorbió a algunos de los principales miembros del menguante Comité Judío Estadounidense. Tenía una modesta fuerza de 15.000 socios, que gradualmente se volvieron antisionistas hasta la médula, insistiendo en que el judaísmo es una religión y no una nación, y oponiéndose en consecuencia categóricamente a la idea de crear un Estado judío en Palestina.

Había partes del lobby sionista aún más agresivas que el AZEC, afiliadas al movimiento revisionista liderado por Menahem Begin en Palestina y Peter Bergson en Estados Unidos. Bergson formó una organización denominada Comité Hebreo, que, de acuerdo con lo manifestado por el AZEC a la prensa estadounidense, era un «grupo de extremistas

pistoleros», mientras que Abba Hillel Silver los llamaba «oligarcas vestigiales […] zorrillos […] muy ocupados en intentar arruinar esta viña plantada por el Israel estadounidense»[60]. Ese lenguaje tan abrasivo, usando el idioma de las maldiciones bíblicas (y evocando el Cantar de los Cantares), no solo estaba reservado, en consecuencia, para los judíos o los cristianos antisionistas, sino también para los rivales dentro del propio movimiento.

Pero en conjunto, en vísperas del establecimiento de Israel, el AZEC mantenía el control de las cosas. Ningún lobby estadounidense disponía de unos recursos organizativos comparables. Para los lobbies de ambos lados del Atlántico, el establecimiento del Estado de Israel en mayo de 1948 fue el logro que coronó un proyecto histórico de larga duración. Sintieron, de algún modo, que ellos habían conseguido hacerlo realidad. La fundación de Israel marcó una nueva era en las actividades lobistas: en primer lugar, el lobby de Gran Bretaña desempeñó una función crucial para solidificar y sostener el nuevo Estado, hasta la guerra árabe-israelí de 1967. Después de 1967, el lobby estadounidense ejerció una influencia enorme para mantener la política estadounidense casi incondicionalmente en una senda proisraelí. Echemos un vistazo a estos dos esfuerzos llevados a cabo a ambos lados del Atlántico.

---

[1] Departamento de Estado, Estados Unidos, Oficina de los Historiadores, «The Immigration Act of 1924». Disponible en [https://history.state.gov/milestones/1921-1936/immigration-act/].

[2] Estadística publicada en *Holocaust Encyclopedia,* disponible en [https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/the-united-states-and-the-refugee-crisis-1938-41].

[3] *Ibid.*

[4] Daniel A. Gross, «The US Governement Turned Away Thousands of Jewish Refugees, Fearing They Were Nazi Spies», *Smithsonian Magazine,* 18 de noviembre de 2015.

[5] *Ibid.*

[6] Deborah E. Lipstadt, «America and the Holocaust», *Modern Judaism* 10, 3 (octubre de 1990), pp. 283-296.

[7] Andrew Patrick, *America's Forgotten Middle East Initiative. The King Crane Commission of 1919,* Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 2015.

[8] Donald Neff, *Fallen Pillars: US Policy Towards Palestine and Israel since 1945,* Washington, Institute of Palestine Studies, 2002, p. 20.

[9] Citado en Samuel Halperin e Irwin Oder, «The United States in a Search of a Policy: Franklin D. Roosevelt and Palestine», *Review of Politics* 24, 3 (1962), p. 322.

[10] *Ibid.*

[11] Nick Anderson, «They Risked Their Lives to Rescue Scores of People from the Nazis. Few Knew Their Story Until Now», *The Washington Post,* 19 de septiembre de 2016.

[12] Kathryn Perry Walters, «20.000 Fewer: The Wagner-Rogers Bill and the Jewish Refugee Crisis», tesis de máster presentada en Virginia Polytechnic Institute and State University, 2019.

[13] Aaron Berman, *Nazism, the Jews, and American Zionism, 1933-1948,* Detroit, Wayne State University Press, 1990.

[14] Véase la descripción en [www.nypap.org/preservation-history/biltmore-hotel/].

[15] American Jewish Congress, «Review of Year 5703», *American Jewish Year Book* 45 (30 de septiembre de 1943 - 17 de septiembre de 1944), p. 207.

[16] Walter Hixson, *Architects of Repression. How Israel and its Lobby Put Racism, Violence and Injustice at the Center of US Middle East Policy,* Washington, Institute for Research: Middle Eastern Policy, 2021, p. 16.

[17] Peter Novick, *The Holocaust and Collective Memory: The American Experience,* Londres, Bloomsbury, 2001, p. 43.

[18] *Ibid.*

[19] D. Neff, *op. cit.,* p. 21.

[20] Citado en *ibid.*

[21] Citado en W. Hixson, *op. cit.,* p. 16.

[22] *Ibid.*

[23] Doreen Bierbrier, «The American Zionist Emergency Council: An Analysis of a Pressure Group», *American Jewish Historical Quarterly* 60, 1 (septiembre de 1970), p. 83.

[24] Daniel F. Rice, *Reinhold Niebuhr and John Dewey: An American Odyssey,* Albany, State University of New York Press, 1993.

[25] Irwin Oder, «The US and the Palestine Mandate 1920-1948»; tesis doctoral presentada en la Universidad de Columbia, 1956, pp. 254-255.

[26] W. Hixson, *op. cit.,* p. 18.

[27] Un estudio muy detallado de las asignaciones año a año se incluye en Marc Lee Raphael, *A History of the United Jewish Appeal,* Providence, Brown Judaic Studies, 2020, pp. 1-22.

[28] D. Brierbrier, *op. cit.,* p. 84.

[29] L. Raphael, *op. cit.,* p. 18.

[30] Isaac Levitats, «Pro-Palestine and Zionist Activities», *American Jewish Year Book* 45 (30 de septiembre de 1943 - 17 de septiembre de 1944), p. 208.

[31] *Ibid.*

[32] D. Neff, *op. cit.,* p. 21.

[33] D. Brierbrier, *op. cit.,* p. 89, n. 23.

[34] *Ibid.,* p. 89.

[35] Leon I. Feuer, «The Forgotten Year», *American Zionist* LVIII (noviembre-diciembre de 1967), p. 18.

[36] D. Bierbrer, *op. cit.,* p. 90.

[37] *Ibid.*

[38] [www.bbc.co.uk/programmes/n3csw9gj].

[39] Toda esta información se muestra en gran detalle en D. Bierbrer, *op. cit.*

[40] *Ibid.,* p. 91.

[41] Citado en *ibid.,* p. 90, n. 40.

[42] *Ibid.*

[43] *Ibid.,* pp. 92-94.

[44] *Ibid.*

[45] Robert Skloot, « “We Will Never Die”: the Success and Failure of a Holocaust Pageant», *Theatre Journal* 37, 2 (mayo de 1985), pp. 167-180.

[46] *Jewish Telegraphic Agency News Bulletin,* 12/223, 1 de octubre de 1945.

[47] *Ibid.*

[48] *Ibid.*

[49] *Ibid.*

[50] *Ibid.*

[51] Samuel Halperin, *The Political World of American Zionism,* Detroit, Wayne University Press, 1961, pp. 183-185.

[52] W. Hixson, *op. cit.,* p. 11.

[53] Isaiah L. Kenen, *Israel’s Defense Line: Her Friends and Foes in Washington,* Washington, Prometheus Books, 1981, p. 1.

[54] *Ibid.*

[55] *Ibid.*

[56] Amikam Nachmani, *Great Power Discord in Palestine. The Anglo-American Committee of Inquiry into the Problems of European Jewry and Palestine, 1944-1946,* Nueva York y Londres, Routledge, 2005.

[57] Leonard Dinnerstein, «America, Britain, and Palestine. The Anglo-American Committee of Inquiry and the Displaced Persons, 1945-1946», *Diplomatic History* 4, 3 (verano de 1980), pp. 283-301.

[58] W. Hixson, *op. cit.,* p. 19.

[59] D. Bierbrier, *op. cit.,* p. 100.

[60] S. Halperin, *The Political World of American Sionism,* cit., p. 101.

7. El lobby proisraelí en Gran Bretaña después de la guerra

A mediados de la década de 1920, el arquitecto Austen St. Barbe Harrison empezó a proyectar una nueva residencia para el alto comisionado británico en Palestina. La anterior había quedado fuertemente dañada en un terremoto y el Imperio, creyendo aún que gobernaría Palestina durante muchos años, buscó un lugar adecuado para su principal representante en la zona.

Harrison fue arquitecto jefe del departamento de obras públicas en la Palestina del Mandato entre 1922 y 1937. En la actualidad siguen existiendo en la Palestina histórica varios hitos impresionantes asociados con su nombre (entre ellos el Museo Arqueológico Rockefeller, en Jerusalén Este). Pero el palacio del alto comisionado era la joya de su corona. Harrison pertenecía a una escuela arquitectónica de pensamiento imperial y colonialista conocida como el «credo regionalista», que infundía un estilo europeo a los estilos locales; Nueva Delhi muestra los mejores ejemplos de este estilo. Quien visite hoy la residencia observará réplicas de arcos, techos altos y pilares decorados en el interior, malas imitaciones de las casas grandiosas pertenecientes a la elite urbana local que la rodean. El exterior guarda un parecido mucho mayor con los edificios gubernamentales de comienzos del siglo XX en Londres que con cualquier edificación que pueda hallarse en el mundo árabe. Carecía de la belleza y la elegancia de las casas de la elite árabe otomana, tan familiares para quienes visitaban los barrios palestinos cercanos. «Un castillo de cruzado para el día de hoy» la describía un crítico cuando se abrió al público en general[1]. Este estilo de arquitectura se eligió deliberadamente para reflejar la idea de que los británicos eran los «redentores» de Jerusalén, siguiendo los pasos de los cruzados. El mismo crítico escribía que la nueva residencia:

> Representa la culminación al fin de un sueño que incendió el mundo medieval. La visión de la ciudad sagrada presidida por estas ventanas flotaba de manera fantástica

> e inalcanzable ante los ojos de nuestros antepasados, cuyo polvo yace ahora bajo una efigie con las piernas cruzadas en iglesias dispersas a lo largo y a lo ancho de nuestra tierra[2].

El sionismo cristiano seguía alimentando, en consecuencia, la imaginación de los nuevos dominadores británicos de Palestina, y no podía haber mejor punto que ese para contemplar la ciudad. El panorama excepcional sobre el que se erguía el lugar lo convertía en una opción extraordinariamente acertada. Al sur y al este se extendía el paisaje sublime del desierto de Judea, con sus montes desnudos y sus resistentes uadis, teñidos de los magníficos tonos rojizos del atardecer[3]. Este era el paisaje imaginado de la vida terrena de Cristo, para quien insistiese en mirar solo en esa dirección. Cualquier otra dirección mostraba una ciudad con viviendas habitadas por personas de múltiples creencias, no afectada aún por las monstruosidades arquitectónicas que Israel construiría allí después de 1967.

El edificio se inauguró en 1931, y su último residente fue sir Alan Cunningham, el último alto comisionado de la Palestina británica. Cunningham estaba tan satisfecho con la morada como lo estuvieron sus predecesores; le parecía un buen ejemplo de fusión de «progreso moderno y preciada antigüedad»[4].

El 14 de mayo de 1948, Cunningham abandonó esta residencia impresionante ubicada en el camino de Haifa. Antes de irse, firmó la terminación del Mandato de Palestina en su despacho, situado en el centro del pabellón, mientras veía, impotente, cómo se intensificaba a su alrededor el «terrorismo judío». Más de un mes después, el 22 de junio de 1948, habló ante una audiencia de Chatham House acerca de su último día. Pensaba que incluso entonces habría podido hacer un último esfuerzo si los sionistas hubieran estado dispuestos, como lo estaban los palestinos, a dejarle desempeñar la función de mediador por última vez:

> Los judíos dieron rodeos y no atendieron a la invitación que les hice de que vinieran a verme (la primera vez que hacían esto en todo el tiempo que pasé en Palestina). Es una tarea melancólica la de presidir una ocasión como esa, pero sinceramente confío en que podemos sentir que nos marchamos con dignidad, poniendo hasta el final todo nuestro empeño en el bien de Palestina[5].

Gran Bretaña no gobernó con dignidad; y tampoco salió con dignidad.

Creó un vacío que condujo a la limpieza étnica de los palestinos y a la creación del Estado de Israel sobre las ruinas de Palestina. Gran Bretaña empezó a desempeñar una función secundaria en la solución posterior al Mandato, y por lo tanto no había necesidad de establecer un lobby activo a favor del nuevo país. La única persona considerada archienemiga de Israel y el Sionismo, cuya efigie recuerdo haber quemado de niño en Haifa, fue Ernest Bevin, secretario del Foreign Office británico.

Hasta el final del Mandato, Bevin rechazó la creación de un Estado judío y prefirió una federación entre Palestina y Transjordania controlada por los británicos. Pero de manera muy pragmática e irónica, después de la guerra de 1948, se convirtió en el principal defensor de Israel, aceptando el Estado judío como un hecho consumado, y consideró que su tarea principal era asegurar que no se uniera al bloque oriental en la posterior Guerra Fría. Bajo su presión, el reconocimiento *de facto* británico se convirtió en reconocimiento *de jure* del Estado de Israel, abriendo el camino a la secuencia de acontecimientos que condujeron al fiasco de Suez en octubre de 1956, en el que Israel, Gran Bretaña y Francia se unieron en un intento fallido de derrocar al nuevo régimen revolucionario de Egipto.

Pero por aquel entonces, Bevin, con pleno respaldo de su primer ministro, Clement Attlee, mantenía una política británica que enfureció a los líderes sionistas de Palestina. Esta política cambió drásticamente en el año de 1946, pero seguía considerándose antisionista. A comienzos de ese año, Gran Bretaña albergaba todavía la idea de permanecer en Palestina mucho tiempo, sin permitir que ninguno de los bandos lograra la independencia. Después, una crisis económica, la intensificación del terrorismo judío contra objetivos británicos en Palestina, y las nuevas ideas acerca de la necesidad de disminuir el Imperio condujeron a una política totalmente distinta. A finales de ese año, Gran Bretaña prefería abandonar sus reivindicaciones sobre Palestina y dejarlo todo en manos de Naciones Unidas.

Las autoridades políticas británicas nunca expresaron con mucha claridad qué esperaban que aportase Naciones Unidas. Al lobby tampoco le interesaba especialmente. Ni la política de comienzos ni la de finales de 1946 establecían un respaldo abierto a la creación del nuevo Estado judío. Sin que la mayor parte de los miembros del lobby prosionista lo supiera,

Gran Bretaña ya había mantenido negociaciones secretas en 1946 con la Agencia Judía y el emir Abdalá de Transjordania, y aceptó el deseo por ambas partes de dividirse entre ellos Palestina tras la salida de los británicos[6].

Cuando, en febrero de 1947, Naciones Unidas nombró una comisión especial, la UNSCOP, para sugerir una solución al problema de Palestina, Gran Bretaña no la siguió muy de cerca, ya que daba preferencia a las negociaciones secretas que estaban teniendo lugar en ese momento entre transjordanos y sionistas. La UNSCOP recomendó partir Palestina en dos Estados, uno árabe y otro judío. Esta recomendación se convirtió en la Resolución Número 181 de la Asamblea General de Naciones Unidas, denominada el Plan de Partición. Gran Bretaña de abstuvo en la Asamblea General, una posición que el lobby vio como un rechazo a la creación del Estado judío.

La Liga Árabe y los líderes palestinos rechazaron categóricamente la idea de la partición, mientras que el movimiento sionista la aceptó. Naciones Unidas decidió que Gran Bretaña pusiera fin al Mandato el 15 de mayo de 1948. En el periodo transcurrido desde la adopción de la resolución (29 de noviembre de 1947) hasta el final del Mandato, la política británica se centró principalmente en garantizar una retirada rápida y segura de todo el personal, al mismo tiempo que seguía asesorando en secreto a los transjordanos en las negociaciones que mantenían con la Agencia Judía. Lograron impedir que el mundo árabe interviniese militarmente en Palestina hasta el final del Mandato. Pero al mismo tiempo, el ejército británico mostró indiferencia cuando, en ese periodo concreto, las fuerzas sionistas comenzaron operaciones de limpieza étnica sistemáticamente preparadas –que describo por extenso en mi obra *La limpieza étnica de Palestina–,* que vaciaron la mayoría de las poblaciones palestinas y convirtieron a un cuarto de millón de palestinos en refugiados antes de mayo de 1948[7].

El lobby, sin embargo, se centró en una tarea: cómo presionar al Gobierno de Attlee para que apoyase la exigencia sionista de crear un Estado judío. Y dado que Bevin se negó a cumplir con ese cometido hasta mayo de 1948, se convirtió en su archienemigo.

Fue Ian Mikardo, entonces joven parlamentario laborista, quien lideró la carga contra la política de Ernest Bevin en los últimos meses, cuando la

Nakba («la catástrofe», como denominan los palestinos a la limpieza étnica de 1948) ya estaba en marcha. Conocido como «Mik», era un anglojudío afiliado desde hacía tiempo al Partido Laborista. Era también un sionista ardiente. Los líderes sionistas de Palestina necesitaban un contrapeso dentro del Partido Laborista en el año crucial de 1947 cuando, tanto en Londres como en Washington, las políticas y las reivindicaciones sionistas no siempre eran aceptadas y validadas. La violencia sobre el terreno llevó a los estadounidenses a dudar de la bondad del Plan de Partición propuesto por Naciones Unidas en noviembre de 1947, que, en lugar de conducir a una solución, desató una especie de guerra civil y dio comienzo a las operaciones sionistas de limpieza étnica sobre el terreno. El lobby temía que Gran Bretaña adoptase una actitud proactiva en la exigencia de una alternativa a la partición de Palestina.

Mikardo lideró una revuelta propiamente dicha en marzo de 1948, con la amenaza de emitir un voto de «no confianza» en el Gobierno laborista debido las políticas que tachó de «proárabes»[8]. Es revelador que Bevin no sea recordado en absoluto como proárabe por los palestinos. Lo ven, por el contrario, como el epítome de la pérfida Albión.

Bevin fue blanco de los defensores de Israel en los años anteriores a la creación del Estado. En aquel momento no había un lobby proisraelí oficial; era demasiado pronto para eso. Pero quienes se consideraban adalides del sionismo en Reino Unido instrumentalizaron las alegaciones de antisemitismo, como siguen haciendo hoy en día, para demonizar a sus oponentes. Y sus oponentes no eran solo los propalestinos, la red era suficientemente amplia como para atrapar a cualquiera que no aceptase de manera incondicional las reivindicaciones del aspirante a Estado judío. Así, Ian Mikardo afirmaba que la política de Bevin en Palestina estaba distorsionada por el «odio fanático que ha desarrollado contra los judíos»[9]. Christopher Mayhew, estrecho colaborador de Bevin del que hablaremos más adelante, contestó a estas acusaciones:

> [Bevin] no tenía prejuicios raciales, en absoluto […] Estaba emocionalmente indignado por las tácticas del sionismo: por su terrorismo, por sus engaños, por la monstruosa presión a la que el Gobierno estadounidense sometía al británico, debido a la presión ejercida a su vez por la comunidad judía estadounidense[10].

Lo sorprendente es que se mantuviese la hostilidad hacia Bevin y una

desconfianza total en su política incluso después de saberse que llevó al Gobierno británico a reconocer a Israel *de facto* en 1949, y que apoyó los intentos de Jordania e Israel de alcanzar un acuerdo bilateral, que se mantuvieron hasta el asesinato del rey Abdalá I en 1951, probablemente como resultado de estas negociaciones. En los años siguientes, el lobby buscó nuevos aliados contra estas políticas consideradas contrarias a Israel en dos áreas. Encontraron uno en el movimiento sindical y el otro en un pequeño grupo del Partido Laborista en el Parlamento. El segundo sería el núcleo de Amigos Laboristas de Israel [Labour Friends of Israel].

ISRAEL Y EL TUC, 1948-1953

Las políticas del TUC en el periodo 1948-1967 fueron en general satisfactorias en lo que al lobby proisraelí se refiere. La tarea de reclutar al TUC para el bando de Israel se le confió al propio TUC de Israel, la Histadrut. En Londres, los emisarios de la Histadrut expandieron pronto su área de trabajo más allá de los contactos bilaterales con el TUC, y ampliaron su propia empresa de defensa de la causa a todo el Partido Laborista. La tarea la asumió en 1949 Schneier Levenberg. Siempre había sido sionista y miembro del Partido Laborista. Ocupaba varios cargos al mismo tiempo: era el representante en Londres de la Agencia Judía así como de la Histadrut; y presidente tanto del Comité Político Laborista para Palestina [Palestine Labour Political Committee] como de Poale Zion. Coordinaba su trabajo en el TUC con la Legación de Israel en Londres. Su jefe directo, por así decirlo, era Reuven Barkat, director de la sección internacional de la Histadrut. Lo específico de la presencia de la Histadrut en Gran Bretaña era que en general sus actividades tenían muy poco que ver con los derechos de los trabajadores, como veremos, y se centraban mucho más en influir sobre las decisiones políticas tomadas por el Gobierno británico o por el Partido Laborista en cuestiones de importancia para el Gobierno israelí.

El lobby de Levenberg inventó un nuevo método de presión que se volvería muy popular entre los defensores de Israel en Estados Unidos: organizar visitas gratuitas a Israel a cambio de que el TUC invitase a políticos israelíes a visitar Gran Bretaña. El primer viaje lo organizó Levenberg, por orden de Barkat, a finales de 1949. Los miembros de la

delegación fueron recibidos con la mayor formalidad; se reunieron con el presidente de Israel, el primer ministro, miembros del Gobierno y líderes de la Histadrut, además de visitar escuelas, kibutz y fábricas. Parte de la estrategia era usar esta gira para influir en el máximo representante de la legación británica (aún no había embajada), sir Alexander Knox Helm, que no era conocido por su opinión positiva acerca de Israel.

«Ha sido un éxito enorme», informó uno de los delegados, Sam Watson, líder de los mineros de Durham, que añadió:

> Llegué como amigo, pero un tanto ignorante de lo que ese Estado intentaba lograr; y salí como amigo, mucho mejor informado, con unas ideas mucho más claras sobre la concepción que tienen de las esperanzas y los deseos de Israel[11].

En 1950, el Partido Laborista correspondió invitando a una delegación de la Histadrut a Gran Bretaña. La única objeción a esa visita procedió del Foreign Office, al saber que el Mapam, el segundo mayor partido de Israel por aquel entonces y muy cercano a Moscú, estaría también representado en la delegación, pero la visita se produjo de todas formas[12]. Clement Attlee, el primer ministro, declaró que la visita de los israelíes había ayudado en gran manera a promover las relaciones amistosas entre Gran Bretaña e Israel[13]. Tras estas dos visitas iniciales, habría muchas más, organizadas por el TUC y la Histadrut.

¿Existía algún interés por el destino de los palestinos en general, o de los trabajadores palestinos, que por esos años empezaron a ser explotados como una fuerza semiproletaria para construir el Estado judío sobre las ruinas de Palestina? Parece que al Foreign Office le preocupaban mucho más las condiciones de la clase obrera palestina en Israel que al TUC. Pero incluso Ernest Bevin consideraba que la cuestión importante en relación con los «árabes de 1948» (los ciudadanos palestinos de Israel) no era tanto el bienestar de estos como su lealtad al Estado judío. Estos habitantes de la minoría palestina vivieron hasta 1966 sometidos a un duro régimen militar basado en las reglamentaciones colonialistas del Mandato británico, que los privaba de muchos derechos civiles básicos. A menudo sus aldeas estaban sometidas a toque de queda. En una ocasión, los habitantes de la aldea de Kafr Qasim, a los que no se les había notificado ningún toque de queda, regresaban tarde de los campos. Como consecuencia, cuarenta y tres hombres, mujeres y niños fueron masacrados por la policía de

fronteras israelí.

La conexión con el TUC, y con sindicatos estadounidenses, permitió a Israel impedir que un congreso sindical organizado en 1953 en Estocolmo aprobase una resolución de respaldo al derecho de los refugiados palestinos al retorno, y también entorpecer la relación con otras delegaciones sindicales árabes. El objetivo era promover una coalición sindical antiárabe, con el TUC y la Histadrut en el centro, una tarea confiada al agregado laboral en la embajada de Israel en Londres; fue el primer cargo de este tipo que Israel envió a cualquier parte del mundo. Por aquel entonces, Gran Bretaña también tenía un agregado laboral en su embajada en Tel Aviv. El agregado británico en Tel Aviv era un diplomático, mientras que el israelí era un afiliado a la Histadrut.

El TUC y el Partido Laborista se veían como aliados más naturales del lobby en la primera parte del largo periodo de poder de los conservadores (1951-1964) que el partido gobernante. Desde 1951 hasta finales de 1955, cuando todavía gobernaba Churchill y el primer año del Gobierno de Eden, los conservadores británicos mantuvieron una política ambigua hacia Israel. El peor periodo para el lobby, en cierto modo, fue 1955, cuando Gran Bretaña se unió a Estados Unidos en la presión para que Israel hiciera concesiones significativas que permitiesen firmar la paz con el Egipto de Gamal Abdel Nasser. En un año, el Gobierno de Eden dio un giro de ciento ochenta grados y declaró a Nasser el nuevo enemigo de la civilización en Oriente Próximo, uniendo fuerzas con Israel para intentar derrocarlo. En medio de ese remolino de altibajos, no es de extrañar que el lobby considerase al Partido Laborista una apuesta más segura como aliado. Eden, sin embargo, vaciló en lo referente a unirse a Israel y declarar la guerra a Egipto. Observemos con más detalle este periodo errático, que impactó en el trabajo del lobby durante los años siguientes.

ALIADOS EN EL AVANCE HACIA SUEZ

El Guildhall, centro ceremonial y administrativo de la City de Londres, alberga muchos eventos a lo largo del año, el más notable de los cuales es el Banquete del Lord Alcalde, organizado por el nuevo lord alcalde de Londres en honor del inmediatamente anterior. De acuerdo con la tradición, en este banquete el primer ministro británico pronuncia un

importante discurso acerca de los asuntos mundiales en la Gran Sala Medieval, construida a comienzos del siglo XV, con un elevado techo abovedado y dos enormes vidrieras góticas polícromas blasonadas con el nombre de anteriores alcaldes.

Analizaremos aquí tres discursos sobre asuntos mundiales pronunciados por políticos británicos. Los tres produjeron una conmoción que llegó a Israel y enervó al lobby del Estado judío en Gran Bretaña. En las tres ocasiones se condenó públicamente la intransigencia y la falta de voluntad israelí para alcanzar acuerdos a favor de la paz.

El primero de esos discursos lo pronunció Anthony Eden el 9 de noviembre de 1955 en la Gran Sala. El único periodista israelí presente en aquella ocasión informó de la impresionante asistencia de 1.000 personas que escuchaban al que él describía como un primer ministro muy nervioso[14].

Eden aludió en su discurso a un proyecto en el que el Foreign Office británico y el Departamento de Estado llevaban varios meses trabajando, la Operación Alfa. El proyecto era en esencia una «hoja de ruta» para la paz entre Israel y Egipto basado en dos principios: un puente terrestre entre Egipto y Jordania, que se extraería del desierto de Naqab (el Néguev israelí); y una discusión sobre la repatriación de los refugiados palestinos. Estos principios básicos, si Israel los aceptaba, formarían la base para firmar tratados de paz entre Israel y sus vecinos árabes. Eden dijo con bastante claridad que si Israel adoptaba una política de rechazo perdería la amistad y el respaldo de Gran Bretaña.

Era idea de sir Evelyn Shuckburgh, en ese momento subsecretario de Estado en el Foreign Office, responsable de las relaciones con Oriente Próximo. El verdadero padre del proyecto, sin embargo, fue el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser. A su llegada al poder, Nasser mantuvo una política realista que aceptaba Israel como hecho consumado y como mal necesario al que hacía falta controlar y confinar, dado que, creía él, planeaba expandirse territorialmente tanto dentro como fuera de la Palestina histórica, para penetrar en los territorios de sus vecinos árabes. Nasser comenzó negociaciones secretas con el ministro de Exteriores israelí, Moshe Sharett, en 1953, e intensificó el contacto cuando este se convirtió en primer ministro de Israel durante año y medio, en 1954 y 1955. Durante estas negociaciones, Nasser sugirió un plan muy similar al

Proyecto Alfa[15].

Durante un tiempo, Sharett secundó las ideas de Nasser; no las aceptaba, pero se mostró dispuesto a negociar sobre esta base. Sin embargo, su némesis, David Ben-Gurion, cuando fue primer ministro, y durante un breve lapso fuera del poder, tenía en el Gobierno de Sharett partidarios que frustraron las negociaciones: se trataba del ministro de Defensa, Pinhas Lavon, y el general jefe del Estado Mayor, Moshe Dayan. Juntos, iniciaron una serie de provocaciones contra Egipto, la más importante de las cuales fue un ataque en febrero de 1955 al ejército egipcio en la Franja de Gaza que acabó con treinta y siete soldados egipcios muertos, y más tarde el establecimiento de una red terrorista de judíos egipcios que debía poner bombas en cines y bibliotecas asociadas con Occidente (para dañar las relaciones de Nasser con las potencias occidentales)[16].

Cuando Eden pronunció su discurso, Nasser ya había perdido la fe en la voluntad israelí de firmar la paz, y Sharett se había dado cuenta de su incapacidad para oponerse a la política agresiva de Ben-Gurion hacia Egipto. La razón de que en aquel momento Eden se pusiera de parte de Egipto era su deseo de establecer una alianza antisoviética en Oriente Próximo, con Turquía, Egipto e Irak como centro. Durante un tiempo, los estadounidenses apoyaron la idea de establecer una alianza de países leales de Oriente Próximo, denominada Pacto de Bagdad, que no incluiría a Israel y que se establecería a costa de obligar a este último a transigir territorialmente y aceptar al menos una repatriación parcial de los refugiados palestinos.

Eden llegó al Guildhall muy enfurecido por la retirada del apoyo estadounidense al Pacto de Bagdad. Sir Evelyn no tenía duda de quién tenía la culpa de esta «recaída estadounidense», como la llamó Nigel Ashton: «Esto se está convirtiendo en una presión israelí casi descarada, ejercida a través de los abogados del Departamento de Estado»[17].

El discurso de Eden, y los otros dos mencionados también en este capítulo, planteaba un reto inmediato para el lobby y por supuesto para Israel, no solo porque de él se infería una condena al Estado judío, sino principalmente por la cálida acogida que recibió en Egipto. Nasser y su primer ministro concedieron entrevistas a periódicos británicos como *The Observer,* elogiando a Eden y afirmando que su discurso ofrecía una muy buena base de negociación[18].

Oficialmente, Israel se apresuró a condenar el discurso y a rechazar cualquier idea de concesión territorial. Sharett se vio obligado en muchos aspectos a convertirse en el rostro intransigente que aparecía en la prensa británica y en las negociaciones directas de Israel con el Foreign Office británico.

El lobby respondió de dos maneras: una fue la publicación en *The Jewish Chronicle* de varios artículos que tachaban el discurso de «inútil», pero con un lenguaje bastante diplomático. Una crítica más dura a la posible presión británica sobre Israel para que cediese se oyó en la Cámara de los Comunes, liderada por Denis Healy, el famoso líder laborista y representante por Leeds East, durante una sesión especial dedicada en la Cámara al discurso, y a la que asistieron Eden y su ministro de Asuntos Exteriores, Harold MacMillan. Tuvo lugar el 12 de diciembre de 1955, aproximadamente un mes después de que Eden hablase en el Guildhall[19].

En el debate, Healy expresó lo siguiente:

> Me parece que, desde todos los puntos de vista, la iniciativa manifestada por el primer ministro en el discurso que pronunció en el Guildhall fue muy desafortunada, y solo estaba calculada para hacer que la situación actual resulte más difícil de resolver.

Y también:

> En esta situación afirmo que la iniciativa incluida por el primer ministro en su discurso del Guildhall ha sido un craso error que no ha hecho sino convertir el problema en algo infinitamente más difícil de abordar[20].

El lobby confió principalmente en los parlamentarios laboristas, y en especial en los de la izquierda. En 1955, en las páginas de *The Tribune,* la izquierda del partido se situó inequívocamente a favor de los ataques de represalia de Israel en la Franja de Gaza contra las guerrillas palestinas; contra toda lógica, fue mucho más agresivo en su enfoque que el Gobierno conservador de Anthony Eden y el Gobierno israelí encabezado por Moshe Sharett. *The Tribune* se puso del lado de David Ben-Gurion, y reprendió a su exministro de Exteriores, Sharett, por los esfuerzos de reconciliación con Egipto. *The Tribune* respaldó la actitud intransigente adoptada por Ben-Gurion respecto a Egipto, tanto dentro como fuera del cargo, que

culminó en la funesta operación conjunta en Suez: la confabulación fallida de Israel, Francia y Reino Unido para derrocar al líder egipcio, Gamal Abdel Nasser[21].

Antes de la crisis de Suez de 1956, ser partidario de Israel en el Partido Laborista era una opción fácil y popular. Pero dejaría de ser un camino de rosas a medida que la crisis impusiera tensiones en su ala proisraelí. En el verano de 1956, Eden cambió de actitud hacia Nasser. El presidente egipcio perdió la esperanza de lograr el apoyo británico para las negociaciones con Israel o para obtener una ayuda económica y militar adecuada que le permitiese construir un nuevo Egipto. Asimismo, aunque Gran Bretaña estaba dispuesta a retirar su ejército de Egipto propiamente dicho, insistía en permanecer en la zona del Canal de Suez. Como respuesta, Nasser nacionalizó el canal, y Eden empezó a confabular intensamente con Francia e Israel, con el objetivo de derrocar al presidente egipcio. El 29 de noviembre de 1956, Israel, Francia y Gran Bretaña atacaron a Egipto por tierra, mar y aire; Israel ocupó la mayor parte de la península del Sinaí y tropas británicas y francesas tomaron tierra en el área del Canal de Suez (alrededor de Port Said), antes de que la presión estadounidense y soviética pusiera fin a la operación y pocos meses después obligase a todos los participantes en la invasión de Egipto a retirarse.

Sobre este telón de fondo, el Partido Laborista tuvo que tomar su propia decisión acerca de la crisis que estaba en marcha. La línea oficial fue la de oponerse a la temeridad y el imperialismo del primer ministro Anthony Eden en Egipto y en el resto del mundo árabe. Pero el partido estaba dividido, al igual que la totalidad del sistema político británico. De hecho, ni la izquierda ni la derecha del partido tenían una posición fija respecto a Suez, y en consecuencia muchos afiliados de la izquierda se identificaron con la declaración de Hugh Gaitskell, del ala derecha, que «hablaba en nombre de Inglaterra» cuando condenó la agresión británica a Egipto. La campaña del TUC, organizada conjuntamente con el partido bajo el lema «sí a la ley, no a la guerra», representaba la actitud moral que debería haberse tomado[22]. Por otro lado, el presidente del TUC, Charles Geddes, respaldó la política británica de beligerancia pero fue incapaz de obligar al organismo principal de la organización, el Consejo General, a adoptar una resolución que reflejase este punto de vista[23]. Geddes fue apoyado por

la mayoría de los parlamentarios laboristas ordinarios *(backbenchers);* y no cabe duda de que su estrecha relación con la Histadrut, el TUC israelí por así decir, lo llevó en gran medida a respaldar la confabulación del Gobierno británico con Israel y Francia en el intento de derrocar a Nasser. Como señala Ronnie Fraser, irónicamente, en el nuevo mundo que el Imperio británico dejaba atrás, los líderes del TUC veían a Israel como un actor mucho más importante que Egipto o el mundo árabe. Muchos miembros del TUC tendían a apoyar a Israel porque les impresionaba en especial su creciente influencia en las partes descolonizadas de África[24].

Pero hacía falta más para superar la oposición laborista a esta aventura militar. El peso de esta tarea recayó principalmente en altos cargos políticos israelíes. La campaña para suscitar la cooperación británica la lideró la recién nombrada ministra de Exteriores israelí, Golda Meir, recién salida de su intento fallido de convertirse en alcaldesa de Tel Aviv. Meir recordaba que a algunos de sus camaradas del Mapai israelí les preocupaba que los laboristas «se tragasen todo el sedal de Nasser»[25]. Bajo su guía, el mensaje principal transmitido al Partido Laborista fue que el «terrorismo» palestino, es decir, los fedayines palestinos (el naciente movimiento guerrillero que a comienzos de la década de 1950 empezó a lanzar sus operaciones principalmente desde la Franja de Gaza, controlada por Egipto) suponían un peligro para el Imperio británico y para la totalidad de Oriente Próximo. Los miembros del partido se vieron inundados de carpetas de información preparadas en Israel. De acuerdo con un informe, el embajador israelí en Londres logró que Hugh Gaitskell cambiase de opinión y empezase a acatar la línea agresiva del Gobierno conservador respecto a Nasser y al movimiento de liberación palestino. Esto no está verificado por ninguna fuente fiable, pero sí sabemos que Gaitskell, pese a su oposición a la operación de Suez, mantenía una relación muy cercana con el embajador israelí en Londres, Walter Eytan.

Mientras el Gobierno israelí inundaba a los laboristas de advertencias sobre la terrible amenaza que suponía el «terrorismo» palestino, el lobby local se dedicó también en gran medida a rogarles que evitasen alterar el nuevo plan de Israel y Gran Bretaña contra el Egipto de Nasser. Poale Zion, para entonces conocido como el Movimiento Laborista Judío, asumió la tarea en esta saga. El grupo envió representantes a todos los debates públicos sobre Suez a los que pudo asistir, señalando que Israel

consideraba al Partido Laborista un amigo más fiable que el Partido Conservador (resaltando que los laboristas eran más comprensivos en lo referente a cuestiones de suministro de armas a Israel) y que había un espíritu afín entre los dos «partidos socialistas» que defendían al Estado «socialista» de Israel. De hecho, de acuerdo con June Edmunds, la opinión de Poale Zion era que el Partido Laborista tenía el potencial de ser más proisraelí que el Gobierno conservador en los años siguientes, una intuición que demostró ser cierta durante los años que Harold Wilson ejerció de primer ministro[26].

Teniendo en cuenta que Poale Zion era un órgano del movimiento sionista anterior a 1948, nacido del deseo a esas alturas obsoleto de fusionar marxismo y sionismo, un objetivo olvidado hacía tiempo y carente de importancia para el Estado de Israel, resulta bastante desconcertante que siguiera activo en la década de 1950. Su propia existencia tras la creación del Estado explica por qué no siempre resultaba fácil saber cuándo dicha organización representaba a los judíos socialistas de Gran Bretaña o cuándo actuaba como grupo de defensa de Israel. Estaba afiliado a la Junta de Diputados y al Estado de Israel (mediante su pertenencia a la Federación Sionista Inglesa). Una vez establecido el Estado de Israel, habría sido lógico que empacase sus cosas y se fuera: después de todo, se habían alcanzado sus objetivos. Pero como el Fondo Nacional Judío, la Agencia Judía y varias organizaciones sionistas anteriores a 1948 en Estados Unidos, siguió funcionando, pese a la creación de un Estado propiamente dicho, porque todos esos grupos estaban considerados piezas cruciales de la infraestructura del lobby proisraelí en el mundo. En el caso de estas organizaciones, incluido Poale Zion, dicha realidad les exigió modificar sus declaraciones de misión originales. No podían seguir promoviendo la idea de crear una Estado judío en Palestina (o un Estado judío socialista, en el caso de Poale Zion) y por lo tanto comenzaron a difundir un mensaje nuevo: que existían para proteger el derecho de autodeterminación de la nación judía en Israel. A fin de cuentas, Poale Zion no luchaba por el socialismo ni en Gran Bretaña ni en Israel. Formaba parte de un lobby pensado para detener cualquier posible orientación contraria a Israel en el Partido Laborista británico y fortalecer la relación entre el Partido Laborista y sus electores judíos proisraelíes.

Por aquel entonces, a la Agencia Judía, que mediaba entre Israel y grupos del lobby proisraelí asentados en Londres, como la Federación Sionista Inglesa, le molestaba el modo en el que conocidos parlamentarios proisraelíes como Barnett Janner acataban la línea del partido y votaban en la Cámara contra la política aplicada por Gobierno en Suez. La Federación Sionista Inglesa intentó defender a Janner, y le explicó a la Agencia Judía cómo funciona el Parlamento. Era, escribieron, «uno de los más leales, uno de los más apasionados sionistas del país»[27]. Pero como veremos una y otra vez, Israel solo aceptaba un respaldo incondicional y sin reservas. Para garantizar esta lealtad férrea, se estableció una nueva agrupación: Amigos Laboristas de Israel.

LA CREACIÓN DE AMIGOS LABORISTAS DE ISRAEL

El noticiero cinematográfico Pathé, preludio habitual de las películas en Gran Bretaña, anunció el comienzo del congreso laborista de 1957 con estas palabras: «Líderes y delegados del Partido Laborista se reúnen en Brighton para celebrar su congreso anual […] cuanto todos están dentro, Brighton está tan tranquilo que se puede oír el mar, casi». La paz y la tranquilidad de las playas de Brighton no hacían sino acentuar el tenso drama que se desarrollaba en la sala de congresos a comienzos de octubre de 1957[28].

El debate más ruidoso hizo referencia a la bomba H británica. El lado más falso de la política se puso de manifiesto cuando una de las figuras más destacadas de la izquierda del partido, Aneurin «Nye» Bevan, de quien se esperaba que defendiera el desarme unilateral, habló en contra de este, pronunciando la famosa frase de que sería enviar «un secretario de Exteriores británico desnudo a la sala de conferencias». Sus seguidores se espantaron. Muchos lo interrumpieron, gritando «vergüenza», «sandeces» y «basura». Esto dio comienzo al fin de su liderazgo en el ala radical laborista[29].

Bevan es más conocido por fundar el servicio de salud británico, NHS, pero también ejerció una influencia considerable en la política exterior del país durante el primer Gobierno de Attlee e incluso después. En este aspecto, desempeñó una función crucial en el establecimiento del lobby proisraelí en Gran Bretaña a medida que el nuevo Estado se reafirmaba, y

guio al Partido Laborista hacia líneas proisraelíes.

¿Por qué de alguna manera este agitador socialista pasó por alto la injusticia infligida a los palestinos en nombre del sionismo? Por lo que recordaban algunos de sus conocidos, Bevan atribuía su compromiso con Israel a una íntima amistad con Chaim Weizmann, desarrollada a lo largo de 1945. Una explicación menos teñida de rosa atribuye a Harold Laski, incansable defensor del sionismo en el Partido Laborista, su reclutamiento para la causa. Laski y otros establecieron ya lazos con Bevan durante la guerra para intentar garantizar su apoyo a la creación de un Estado judío en Palestina. Quizá influyeran también otros motivos menos elevados. El sionismo fue una espina en el bando de Ernest Bevin cuando ocupó el cargo de secretario del Foreign Office, y es posible que Bevan captase la oportunidad de debilitar a su mayor oponente dentro del partido[30].

Con independencia de las razones, a mediados de la década de 1950 Bevan se había convertido en uno de los sionistas más comprometidos del Partido Laborista, escribiendo en *The Daily Herald* lo siguiente:

> Cuando el árabe dice que el judío debería fundar una patria en cualquier lugar menos Palestina, está pidiendo algo que el judío no puede conceder sin mutilar su personalidad racial más allá de la capacidad de aguante[31].

Bevan y su esposa, Jennie Lee, se encontraban entre los fundadores de Amigos Laboristas de Israel (LFI - Labour Friends of Israel). El entusiasmo inicial del político aumentó tras visitar Israel, en 1954. Pese a ser sensible a la degradación de la pobreza en Gran Bretaña, prefirió no observar las aldeas y las ciudades palestinas destruidas por las que pasaba, y tampoco preguntó por qué a los palestinos que quedaban los sometían a un régimen militar brutal y los encerraban en guetos (como el ejército israelí denominaba a los barrios encuarentenados que quedaban de los vecindarios árabes urbanos). Nada de esto merece siquiera mención en los informes que redactó acerca de Israel. Fue el comienzo del viaje del laborismo hacia el capítulo más proisraelí de su historia, en el que Israel disfrutaba de legitimidad y autoridad moral incuestionables.

Lo que le importaba a Bevan está claramente articulado en un informe redactado por Jennie Lee tras el viaje que ambos efectuaron a Israel, en el que describía el país como un paraíso socialista. La gloria que coronaba este paraíso eran los kibutz, donde Lee encontró:

> El tipo de pasión que aquellos obreros socialistas, vengan de donde vengan, que hayan vivido su propia experiencia de victimización y exilio a causa de la pobreza, deberían entender especialmente[32].

Los kibutz que visitaron estaban construidos sobre las ruinas de aldeas palestinas, cuyos habitantes habrían entendido la «experiencia de victimización y de exilio» mucho mejor que los colonos de los kibutz.

La primera acción de LFI fue organizar en Brighton un enorme mitin, liderado por altos cargos laboristas como Herbert Morrison y moderado por el primer presidente de LFI, Anthony Greenwood, como acto paralelo al congreso del partido.

Esta nueva organización era una iniciativa conjunta de la Federación Sionista Inglesa, Poale Zion y el Mapai de Israel. La figura principal en los primeros intentos de construir una base proisraelí fiable dentro del Partido Laborista fue Ian Mikardo. En la década de 1950, era un miembro influyente del Comité Ejecutivo Nacional del partido. Más adelante, en la década de 1970, presidió también el partido durante un año y permaneció activo en cargos de dirección tanto en el Partido Laborista como en la escena de la socialdemocracia europea hasta comienzos de la década de 1990. En esta última, el entorno socialdemócrata de Europa Occidental, fue donde Israel construyó un escudo de inmunidad presentándose no solo como «la única democracia de Oriente Próximo» sino también como «la única socialdemocracia de Oriente Próximo». Ambas afirmaciones eran altamente cuestionables, dada la naturaleza de colonia de asentamiento del Estado judío y las políticas dirigidas contra los palestinos, allá donde estuviesen.

«Mantente en la izquierda» era el lema de Mikardo, e «izquierda» significaba respaldo a Israel. Se mantenía muy cercano a la rama izquierdista del partido marxista israelí, el Mapam, y parecía creer sinceramente que Israel era un parangón del socialismo. Mikardo consiguió atraer a miembros destacados del Partido Laborista, como el tesorero, Anthony Greenwood, y Glenvil Hall, presidente del grupo parlamentario, para que formasen parte de la nueva entidad[33].

En el núcleo de la agrupación inicial se encontraban también viejas figuras importantes en las instituciones sionistas de Gran Bretaña, como Barnett Janner, que dirigió la Federación Sionista Inglesa en Gran Bretaña

desde 1940 y presidió LFI desde la década de 1950 hasta la de 1970.

Uno de los primeros socios cercanos a LFI fue el agregado laboral de la embajada israelí, que a esas alturas tenía una base más firme para construir un grupo proisraelí en el TUC, fundamental para impedir la venta de armas británicas a Egipto en 1955, algo que sirvió para alejar aún más a Nasser de Occidente[34].

En 1956, se produjo un cambio de guardia en el TUC y la nueva dirección, más radical, encabezada por Frank Cousins lanzó sendas campañas de desarme y protección del Estado de bienestar social construido por los laboristas después de 1945. Pero ni siquiera un giro hacia una posición armamentística más pacifista debilitó el apoyo del TUC a Israel. El método de presión siguió siendo el mismo: una invitación *vip* a los nuevos dirigentes del TUC para visitar Israel, con el fin de garantizar su lealtad. El embajador británico en Israel concluyó que: «los israelíes han debido de quedar muy satisfechos con la organización de esta visita y sus resultados», y su agregado laboral añadió que los dos nuevos dirigentes del TUC –a Frank Cousins se le unió Fred Hayday, presidente del Comité Internacional del TUC– no le habían «dejado duda alguna acerca de su cercanía y respaldo a Israel». De regreso a Londres, los comentarios de estos dos dirigentes del TUC hicieron que sir John Moberly, del Foreign Office, declarase que les habían «hecho un lavado de cerebro buenísimo»[35].

Hasta la guerra de junio de 1967, LFI y otros grupos de presión tuvieron muy poco trabajo, puesto que los gobiernos británicos le concedían a Israel más o menos todo lo que quería. Esto incluía un suministro generoso de armas y respaldo absoluto a la posición israelí en Naciones Unidas. Fue también un periodo reorganización y recuperación postraumática para el movimiento nacional palestino, que en aquel momento era incapaz de tener una presencia tan fuerte en el ámbito regional o internacional como la tendría después de 1967.

Quizá se habrá observado que en este apartado he hablado muy poco acerca de la presión ejercida sobre el Partido Conservador. La razón es doble. En primer lugar, como Israel estaba dirigido por un partido laborista (el Mapai), sus dirigentes seguían creyendo que el laborismo sería la principal fuerza política para representar la posición de Israel en Gran Bretaña. En segundo lugar, los gobiernos conservadores de ese periodo, en

el poder prácticamente durante toda la década de 1950, mantuvieron políticas que el Gobierno israelí consideraba proisraelíes hasta la médula. La actividad lobista se había vuelto innecesaria.

El lobby tenía libertad para concentrar todas sus energías en el Partido Laborista. Y las necesitaba. El día que estalló la guerra, en junio de 1967, entró en escena una nueva figura que expresó dudas insólitas acerca de las reivindicaciones y la propaganda política israelíes, convirtiéndose en uno de los primeros políticos laboristas en ponerse abiertamente de parte de la lucha palestina. Se trataba de Christopher Mayhew.

EL ENEMIGO INTERNO: CHRISTOPHER MAYHEW

El 5 de junio de 1967 estalló la guerra. De acuerdo con el relato israelí actual, Israel lanzó un ataque preventivo contra un mundo árabe que estaba a punto de embarcarse en una guerra de aniquilación contra el Estado judío. Hoy en día, los historiadores israelíes admiten, como no pueden dejar de hacer ante las pruebas abrumadoras, que la radio israelí mintió el día que empezó la guerra. Los ejércitos árabes no habían invadido Israel. Israel no estaba actuando como represalia.

Los expertos recientes han cambiado la imagen historiográfica de los sucesos que condujeron a la guerra. Algunos historiadores apuntan a Nasser, que deseaba presionar al mundo para reabrir el debate sobre la cuestión palestina y, más importante, estaba convencido de que Israel planeaba una nueva expansión territorial hacia Jordania y Siria, países a los que Egipto estaba obligado a ayudar en caso de agresión. Sus temores se vieron confirmados cuando, entre la primavera de 1966 y junio de 1967, Israel militarizó agresivamente su frontera con Siria, traspasando constantemente la tierra de nadie establecida en el tratado de armisticio de 1949. Estaba decidido a derrocar el régimen de Siria y buscaba un pretexto para tomar los Altos del Golán, lo cual le permitiría defender mejor sus asentamientos en el valle de Jule. Las recurrentes escaramuzas militares por tierra y aire, combinadas con la convicción soviética de que era inminente el ataque a Siria, llevaron a Nasser a tomar una serie de medidas, como retirar a Naciones Unidas de la península del Sinaí, introducir allí su ejército, y bloquear el estrecho de Tirán, la ruta marítima que da acceso al pequeño puerto israelí de Eilat.

Pero la historiografía culpa demasiado a menudo a las acciones de Nasser y no tiene en cuenta que el Mapai, entonces el partido gobernante, estaba influenciado por una facción expansionista favorable al «Gran Israel», que desde mediados de la década de 1960 presionaba a favor de invadir militarmente Cisjordania. Los defensores de la ideología del Gran Israel veían Cisjordania como el corazón de la nación, y consideraban el río Jordán un colchón esencial contra la amenaza militar árabe. Los límites anteriores a 1967 empezaron a ser considerados, después de junio de 1967, las «fronteras de Auschwitz», por usar la terminología extremista de Abba Eban. La influencia de esta facción hizo que Israel rechazase de plano retroceder ante la política arriesgada de Nasser, y esto hizo que se perdieran muchas vías de escape[36].

El lunes 5 de junio de 1967, sir Robin Day entró en el estudio de la BBC en el que el que se realizaba el programa *Panorama* para debatir sobre el tema candente del día: el estallido de la guerra de junio de 1967. Esa mañana, las fuerzas aéreas israelíes destruyeron a las fuerzas aéreas de los países árabes vecinos e invadieron Cisjordania, la Franja de Gaza y la península del Sinaí. Luciendo su corbata de pajarita, el periodista entró al son de la conocida *Openings and Endings* compuesta por Robert Farnon, y tomó asiento ante un panel de contertulios. En el fondo aparecía el familiar globo pálido y de aspecto raído en blanco y negro. Sentado junto a él en una mesa redonda, con micrófonos delante, estaban sus tres invitados: Christopher Mayhew; Jeremy Thorpe, líder del Partido Liberal; y Duncan Sandys, parlamentario conservador, esperando ansiosamente que sir Robin plantease la primera ronda de preguntas[37].

Thorpe y Sandys reiteraron lo que se consideraba el consenso británico: Israel actuaba en defensa propia y era deseable la paz. Christopher Mayhew, sin embargo, se salió del guion declarando lo siguiente: «pienso que los árabes tienen razón en igual medida que los israelíes», y cuestionó abiertamente los anuncios oficiales y el relato que Israel mantenía para autoexculparse. Mayhew observó que «los israelíes son los agresores» que han comenzado esa guerra, aunque señalando al mismo tiempo que las políticas de Nasser habían sido factores coadyuvantes[38].

LFI entró en acción: cualquier reconocimiento de las quejas árabes se consideraba un ataque a Israel. El 7 de junio, LFI publicó una declaración culpando a los países árabes de la guerra y, más importante, escribió al jefe

del grupo parlamentario del Partido Laborista para quejarse de que *Panorama* había dado la falsa impresión de que «las opiniones de Mayhew representan la posición de los parlamentarios del Partido Laborista»[39]. Los ministros proisraelíes del Gobierno fueron aún más lejos: tacharon los tibios comentarios de Mayhew de fanáticamente proárabes; tuvo suerte de no ser acusado, en esa ocasión, de antisemita. Eso le ocurriría más adelante.

Algunos escritores, como James Vaughan, que han evaluado el trabajo de Mayhew desde un punto de vista prosionista, han atribuido el apoyo del político a Palestina a una posición más antisionista que propalestina, por las actitudes que desarrolló mientras era subsecretario de Estado de Ernest Bevin, durante los últimos años del Mandato británico. Tanto él como Bevin recibieron amenazas de muerte por parte de Irgun, una organización paramilitar sionista[40]. Aunque esto fue indudablemente traumático, no pienso que constituyese la razón de su constante apoyo a la causa palestina; lo único que hizo fue aumentar su resolución. La experiencia lo hizo aconsejar a otros detractores de Israel que no temiesen la presión israelí ni sucumbiesen a la intimidación. A este respecto, ofreció apoyo al secretario de Exteriores, lord Carrington, durante un periodo de tensión en las relaciones anglo-israelíes:

> «Pese a que Begin y Shamir se han referido a usted con rudeza», observó, «no han amenazado con asesinarlo como hicieron con Ernie Bevin y conmigo en los viejos tiempos. Van mejorando de modales con los años, deberíamos estar verdaderamente agradecidos»[41].

Como ocurrió con muchos antes que él, y muchos más después que él, lo que modeló la percepción de Mayhew fue el hecho de haber presenciado por sí mismo de la realidad del sionismo: las amargas verdades que ningún lobby puede refutar o blanquear. Mayhew se convirtió en defensor de los derechos palestinos durante una visita a los campos de refugiados en Jordania en 1953. En concreto después de 1967, muchos visitantes a los territorios ocupados se convirtieron en activistas a favor de Palestina, en ocasiones incluso tan solo después de visitas breves a la zona. Las políticas brutales de Israel se volvieron más duras y visibles, hasta tal punto que incluso muchos de los que participaban en viajes organizados pensados para convencerlos de que emigrasen allí, en el caso de los

visitantes judíos, o que se convirtiesen en embajadores de Israel, en el caso de los no judíos, experimentaron un cambio de opinión y adoptaron una actitud de defensa activa de los palestinos. En los años siguientes, el lobby en Gran Bretaña y Estados Unidos fue incapaz de rebatir esas transformaciones personales.

En 1963, Mayhew efectuó un nuevo viaje, esta vez a Israel, que reforzó sus convicciones. Lo oímos usar un lenguaje ahora común entre los académicos y las organizaciones de derechos humanos para referirse a Israel. Calificó a los israelíes de «pobladores coloniales»: el colonialismo de asentamiento se ha convertido en el paradigma dominante de los estudios sobre Palestina en este siglo[42]. Las reuniones con los dirigentes israelíes del momento no sirvieron para hacerlo cambiar de idea. Acerca de estas reuniones, Vaughan escribe:

> El primer ministro, Levi Eshkol, le pareció «descarado y agresivo», y tachó a la ministra de Exteriores, Golda Meir, de «mujer decepcionante, de mente y temperamento bastante superficiales». Meir, comentó Maihew, solo se relacionaba con los palestinos como «conductores, jardineros y criados», y poseía una «actitud de pobladora colonial» similar a la de los colonos británicos en África Oriental[43].

Una opinión bastante profética: en 1969, Meir negó categóricamente la existencia de los palestinos como pueblo[44].

Mayhew achacó que no le concediesen un puesto en el Foreign Office tras las elecciones general de 1964 a las presiones ejercidas por los israelíes sobre Harold Wilson: «Por supuesto, los israelíes se quejaron al líder de mi partido de mi actitud en esta visita de 1963 […] y esto tuvo consecuencias considerablemente perjudiciales»[45]. Puede que Mayhew fortaleciese su compromiso con la causa palestina, pero a un fuerte precio: tuvo que aceptar un cargo de ministro para la Armada, muy lejos del puesto que esperaba ocupar en el Gobierno laborista.

Con el paso de los años, Mayhew consolidó sus puntos de vista y los articuló con mayor fuerza, convirtiéndose en blanco de ataques cada vez más mordaces por parte del lobby. En diciembre de 1967 afirmó, en un debate con Immanuel Jakobovits, rabino mayor de las Congregaciones Hebreas Unidas de la Commonwealth Británica [United Hebrew Congregations of the British Commonwealth], que los judíos británicos tenían perfecto derecho a apoyar al Gobierno israelí contra el Gobierno

británico cuando lo estimasen oportuno, pero que ni el rabino principal ni los anglojudíos prosionistas debían actuar «casi como si tanto él [el rabino principal] como ellos fuesen ciudadanos de Israel» y advirtió de que «cualquier sugerencia de que un segmento concreto del pueblo británico tiene derechos y deberes respecto a un Gobierno extranjero que el resto de la población no tiene es peligrosa». Jakobovits acusó a Mayhew de «sembrar las semillas del conflicto y la amargura» y negó la acusación de doble lealtad, a lo que Mayhew respondió:

> Niega usted que miembros de la comunidad judía británica hagan esto [es decir, renunciar a su lealtad nacional]: yo mismo, debido a mi larga y profunda experiencia, afirmo que lo hacen[46].

Pero un cuestionamiento aún mayor del sionismo surgió el mismo mes que estalló la guerra de 1967: fue de nuevo un discurso público, el segundo de los tres, que recuerda el de Eden en el Guildhall, esta vez pronunciado por George Brown, secretario del Foreign Office británico.

UNA NUEVA AMENAZA: GEORGE BROWN

Israel había sido aceptado como país miembro de Naciones Unidas en mayo de 1949. Antes de la aceptación formal, sus experiencias en las reuniones de la Asamblea General habían sido como mínimo contradictorias. Como veremos en el próximo capítulo, cuando Naciones Unidas seguía ubicada en la pequeña población de Lake Success, la recepción para los sionistas no fue uniformemente cálida. Pero una vez aceptado Israel como país miembro, en mayo de 1949, su delegación recibió un buen trato y participó sin problemas en las reuniones convocadas en el nuevo edificio de Manhattan, con su vidrio verde reflejándose en el río. El 21 de junio de 1967, la delegación israelí ocupó sus habituales seis asientos, tres para los delegados plenos y tres para sus suplentes, detrás de mesas orientadas hacia el podio y la tribuna para el orador, observados por el secretario general de Naciones Unidas que ese día presidía la asamblea. Lo que iban a escuchar les haría desear haber tenido tapones para los oídos en lugar de auriculares.

En el podio se encontraba el diplomático británico más veterano en ese momento, George Brown. Hombre no demasiado alto, con grandes gafas

redondas de color negro, no era reconocido por sus dotes oratorias. Pero estaba a punto de pronunciar un discurso sobre Israel y Palestina sin parangón en la historia de los diplomáticos británicos en Naciones Unidas, y que recordaba al discurso dado por Eden en el Guildhall en noviembre de 1955. Sí, fue el segundo de los tres discursos «indignantes» contra los que el lobby tuvo que luchar.

La atónita delegación israelí oyó a Brown disculparse por la forma en la que Gran Bretaña había colaborado con las políticas anexionistas de Israel en el pasado y prometía que se pondría fin a este trato. De hecho, el expansionismo fue un tema recurrente en su discurso. Este orador poco notable reconoció el expansionismo israelí, y esto lo llevó a hacer declaraciones sobre Israel y Palestina inauditas tanto antes como después.

Fue un discurso muy estructurado. Brown comenzó declarando que Israel corría peligro de infringir el artículo 2 de la Carta de Naciones Unidas:

> Los miembros de la Organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado.

Advirtió que la guerra podía ser una excusa para el expansionismo territorial. En términos muy firmes exigió la retirada israelí de los territorios que había ocupado en la guerra de junio de 1967. Dedicó un tiempo considerable a condenar las políticas empleadas por Israel en Jerusalén Este (Israel anexionó unilateralmente Jerusalén Este *de facto* después de la guerra y efectuó una limpieza étnica en la parte del barrio musulmán cercana al Muro de las Lamentaciones). Declaró, asimismo, lo siguiente:

> Estarán dando un paso que no solo los aislará de la opinión mundial, sino que también hará que pierdan la simpatía de la que gozan[47].

Advirtió proféticamente que Israel se anexionaría oficialmente Jerusalén Este y esperaba que todavía pudiera evitarse. No estuvo tan acertado en su predicción cuando advirtió a Israel que el mundo no toleraría dicha anexión; la toleró y sigue tolerándola. Pero tenía razón al advertir a sus oyentes acerca de una nueva crisis de refugiados, y de la precariedad que suponía vivir sometidos a una potencia ocupante.

Para el lobby proisraelí en Gran Bretaña, este fue un momento de verdadero peligro, cuando Reino Unido podría haber dado un giro de ciento ochenta grados a su política. La respuesta oficial de Israel fue dura, tachando a Brown de traidor. El lobby de Gran Bretaña debía entrar en acción de inmediato[48].

El historiador israelí Moseh Gat escribió lo siguiente:

> Israel había escuchado la presentación de Brown con espanto e incredulidad crecientes. Furioso, condenó el discurso, tachándolo de intento transparente, desvergonzado de hecho, por parte de Gran Bretaña de congraciarse con los países árabes a expensas de Israel[49].

Israel era incapaz de controlar el relato que quería que el mundo aceptase: el de un país pequeño que se defendía contra todo el mundo árabe. Brown cuestionó significativamente este relato. Golda Meir, exministra de Exteriores israelí, llegó incluso a llamarlo Judas[50]. Sus declaraciones fueron seguidas por comentarios similares del primer ministro israelí, Levi Eshkol, para quien Brown era uno de los peores enemigos de Israel. Orquestada por Eshkol, comenzó primero en la prensa israelí y enseguida en la prensa judía británica una campaña difamatoria. «De Bevin a Brown», manifestaban los titulares[51].

George Brown (1914-1985) era un diplomático y un político nervioso, sincero e inteligente. Su ascenso político se vio dificultado por el alcoholismo pero, en calidad de secretario del Foreign Office durante el primer Gobierno de Harold Wilson, desempeñó una función crucial en los esfuerzos diplomáticos para lidiar con las consecuencias de la guerra de junio de 1967. Él, y cualquiera que desease participar en este esfuerzo, se enfrentaba al decimotercer Gobierno de Israel, el de mayor unidad que había tenido el país (incluidos los partidos sionistas y ortodoxos), que decidió por adelantado que la paz no era prioritaria[52].

Brown propuso una política británica dirigida a lograr que Israel se retirase de los territorios que había ocupado en la guerra de junio de 1967, incluidas Cisjordania y la Franja de Gaza. Como a otros ministros del Gobierno de Wilson, le preocupaba que se deteriorase la relación de Gran Bretaña con el mundo árabe después del fiasco de Suez en 1956, y se centró en establecer buenas relaciones con los países árabes productores de petróleo. Los documentos del Foreign Office mencionaban también la

necesidad de garantizar un entorno amigable, que permitiese el libre tránsito hacia Extremo Oriente y, más que nada, impedir que aumentase la influencia soviética en el mundo árabe[53].

El discurso de Brown sentó en Israel como una patada en el estómago. Indirectamente culpaba a Israel de usar la fuerza para expandir su territorio. Sin embargo, en los documentos privados del Foreign Office se efectuaban juicios aún más duros. En un acta enviada por Exteriores al Gabinete del Gobierno, un alto funcionario escribía lo siguiente:

> Hemos examinado las pruebas [y] llegado a la conclusión de que los israelíes fueron los primeros en disparar, y consideramos que fue reprensible por su parte no haber esperado los esfuerzos que nosotros y otros estábamos haciendo para sacarlos de la situación admisiblemente imposible en la que los había situado la RAU [República Árabe Unida][54].

En retrospectiva, este documento planteaba deducciones enormemente significativas. Los estadounidenses y los británicos interpretaron con acierto las ambiciones de Gamal Abdel Nasser en vísperas de la guerra de junio de 1967. Ejercía presión para reabrir la diplomacia acerca del futuro de la Palestina posterior al Mandato y creía sinceramente que Israel estaba a punto de atacar Siria. Washington y Londres determinaron algunas estrategias que habrían impedido que la situación escalase hasta la declaración de guerra, en gran medida un esfuerzo diplomático concentrado. Pero a los israelíes intransigentes no les interesaba la conciliación; veían toda la situación como una oportunidad de oro para crear un Israel «viable» y «natural» que no habían logrado construir en 1948, es decir, uno que incluyese Cisjordania; ahora podían rectificar lo que el Gobierno denominaba «*bechiya ledorot*», que literalmente significa «las generaciones futuras llorarán», y que en esencia significaba una lamentable oportunidad perdida (de crear el Gran Israel)[55].

Visto de manera más objetiva, Brown distaba mucho de ser antiisraelí, pero no era suficientemente proisraelí a ojos de los israelíes. De hecho, tenía relaciones igualmente buenas con los líderes árabes y con políticos israelíes antes del famoso discurso; simplemente daba prioridad a los intereses británicos sobre sus relaciones personales con cualquiera de ellos. El parlamentario laborista Eric Moonman asumió la tarea de liderar el ataque contra Brown, acusándolo de «tomar partido» contra Israel. En

una convención de antiguos soldados judíos celebrada en Southend, calificó el discurso de Brown de «grave bochorno», porque Brown «se ha alejado drásticamente» de la política neutral del Gobierno, y lo acusó de dar un «consejo duro y arrogante» al Gobierno israelí[56]. Por supuesto, era pura palabrería, pero debilitó la imagen de Brown ante algunos parlamentarios laboristas proisraelíes.

Y sin embargo, en último término, los ataques personales a Brown se extinguieron, y el lobby y el Partido Laborista renovaron la relación positiva que mantenían antes de 1956. En último término, el secretario de Exteriores tenía poco poder en comparación con el primer ministro. Y qué mejor amigo que Harold Wilson podía pedir Israel.

EL MAYOR LOBISTA: HAROLD WILSON

En retrospectiva, el asunto Brown fue insignificante. Su actitud era la excepción que demostraba la regla. Lo que importaba era la actitud de su primer ministro, Harold Wilson, y este era proisraelí hasta la médula.

Wilson estuvo comprometido con Israel siendo primer ministro (1964-1970; 1974-1976) y siendo líder de la oposición (1970-1974). ¿Por qué estaba tan comprometido con Israel como para convertirse incluso en su principal defensor dentro de la política británica a lo largo de su carrera? En muchos aspectos, se trataba de una posición inverosímil, e incluso asombró a veteranos defensores de Israel como Ian Mikardo, que declaró lo siguiente:

> No creo que Harold […] [tuviera] ninguna creencia doctrinal. Excepto una, que me parece absolutamente incomprensible, que es su devoción por la causa de Israel[57].

Al término de la cena anual del LFI organizada en octubre de 1975 –la última a la que asistió Wilson antes de conmocionar al país con su renuncia, que se produciría la primavera siguiente–, Mikardo les dijo a los asistentes que el primer ministro no solo era «el amigo más importante de Israel en el Partido Laborista, sino también el más constante»[58]. Desde el punto de vista de quien fuera durante mucho tiempo su secretaria política, Marcia Falkender, Wilson tenía una visión «en muchos aspectos romántica» de Israel, que le atraía por ser «un maravilloso experimento de política socialista»[59]. Wilson mantenía también una buena relación con

Chaim Herzog, en aquel momento embajador de Israel en Naciones Unidas, con Teddy Kollek, alcalde de Jerusalén, y con Abba Eban. Para él, eran «socialdemócratas que han hecho florecer el desierto»[60]. Abba Eban recordaba que:

> Entre los estadistas europeos que he conocido, algunos han destacado por la especial preocupación que Israel evocaba en sus corazones. El más sobresaliente de todos ellos fue Harold Wilson[61].

Para otro de los camaradas israelíes del ex primer ministro, Shimon Peres, Wilson era un «verdadero amigo de Israel»[62].

Wilson, como sus sucesores Tony Blair y Gordon Brown, fue producto de una educación religiosa. Respecto a la cuestión de Israel, como en muchas otras cuestiones, los líderes laboristas le debían más al metodismo que a Marx. El esfuerzo combinado de LFI y el seguimiento prácticamente religioso de objetivos proisraelíes por parte de Wilson consiguieron silenciar las voces más palestinas del partido. Los hilos que conectaban a Wilson con los sionistas cristianos evangélicos del siglo XIX se revelan en uno de sus libros, *The Chariot of Israel* [El carro de Israel]. De acuerdo con Roy Jenkins, durante mucho tiempo miembro del Gobierno de Wilson, este libro fue «uno de los tratados más fuertemente sionistas jamás escritos por un no judío»[63]. Wilson habla de su educación anglicana inconformista; como él mismo dice, su devoción por Israel fue «respuesta en parte a la enseñanza de la historia religiosa»[64].

Wilson estaba resuelto a conceder a Israel un trato excepcional en la política exterior británica. Le explicó a su biógrafo, Philip Ziegler, que cuando asumió el liderazgo del Partido Laborista estaba decidido a «expiar los pecados de Bevin»[65]. James Callagham, sucesor de Wilson en el cargo de primer ministro, recordaba que, al nombrarlo secretario de Exteriores, Wilson le dijo que le daría rienda suelta en todo «excepto en dos áreas: Israel y Sudáfrica», la segunda porque Wilson detestaba el apartheid y la primera «por los colegios, las escuelas dominicales, las capillas, las iglesias, las iglesias presbiterianas y los conventículos»[66]. A finales de la década de 1990, la actitud contraria al apartheid no podía cuadrarse tan fácilmente con la proisraelí; en especial cuando Nelson Mandela declaró que Sudáfrica no sería libre hasta que Palestina fuera libre. Pero durante los años de Wilson, oponerse al apartheid en Sudáfrica

y condonar la opresión de los palestinos no parecían posiciones morales mutuamente excluyentes y, por consiguiente, Israel podía confiar en el primer ministro británico. Rotundamente, el lobby tuvo mucho tiempo libre en aquella época.

Los vínculos de Wilson con Israel se fortalecieron cuando su hijo más joven, Giles, se fue como voluntario al kibutz Yagur, después de 1967. Como Mikardo antes que ellos, los Wilson no sabían, o no querían saber, que este kibutz se creó en 1948 sobre las ruinas de una aldea palestina llamada Yajur.

La mayor aportación de Wilson fue la de dar solidez a LFI, convirtiéndolo en un actor con poder para influir en la política exterior británica en Oriente Próximo. El aliado más leal de Israel en la política británica ocupó cargos de poder: dos veces como primer ministro, y largos periodos como líder de la oposición. Usó ese tiempo para consolidar la actitud proisraelí del Partido Laborista e impedir que cualquier oposición interna estableciese un punto de apoyo. Como consecuencia, los laboristas no tendrían un líder propalestino hasta 2015.

Wilson afirmó que sus opiniones representaban la posición general del Partido Laborista, y en consecuencia declaró con seguridad que no se podía encontrar «un partido político más comprometido con el establecimiento de una patria para los judíos en Palestina que el Laborista». Y añadió lo siguiente: «desde 1917 […] este tema había sido incorporado en la declaración de objetivos de guerra laboristas» y «había sido reiterado once veces desde entonces hasta mayo de 1945»[67].

En consecuencia, inmediatamente después del discurso de Brown, el lobby tenía dificultad para decidir cómo actuar respecto al Gobierno de Wilson. Después de todo, Israel y su lobby nunca sospecharon que Harold Wilson estuviera tras la política de Brown, pese a que este actuara con pleno conocimiento del Gobierno. El Gobierno respaldó de lleno a Brown cuando sugirió que Gran Bretaña votaría a favor, dos veces en el mes de julio de 1967, de una resolución presentada por Pakistán en Naciones Unidas para condenar con términos duros las políticas anexionistas de Israel en Jerusalén Este (los israelíes estaban decididos a anexionarse oficialmente Jerusalén Este y «unir» la ciudad muy poco después de que terminase la guerra). Presionado por Wilson, sin embargo, Brown se vio obligado a reunirse con Abba Eban, el ministro de Exteriores israelí, en un

intento de apaciguar las críticas de Israel y proporcionar una versión más blanda de la posición británica[68].

Pero Wilson no pudo presentar un partido tan favorable a Israel como él afirmaba que era (y de hecho, como quería que fuese). El lobby proisraelí en Gran Bretaña, tras la expansión de Israel después de la guerra de 1967, sintió por primera vez que no podía caer en la complacencia.

Una persona que definitivamente sintió que el Partido Laborista no era todavía un espacio seguro para los políticos proisraelíes fue Eric Moonman. Como hemos visto, encabezó el ataque a Brown. Representaría un fenómeno nuevo en la actividad lobista proisraelí a ambos lados del Atlántico: individuos que creían que sabían mejor que otros cómo presionar a favor de Israel. Conoceremos unos cuantos cuando hablemos de la actividad lobista proisraelí en el siglo XXI: en la mayoría de los casos no solo actúan aparte de los esfuerzos más institucionalizados, sino que obstruyen el trabajo más coordinado. Moonman concibió múltiples proyectos de este tipo. El primero fue en 1972. Convenció al Congreso Judío Europeo de que le permitiese trabajar en su nombre para crear un grupo de expertos a los que se les asignaría la tarea de profesionalizar la maquinaria propagandística israelí. Afirmó que la falta de profesionalidad era la razón por la que el mensaje de Israel no se transmitía bien en muchas partes del mundo. En consecuencia, contrató expertos en relaciones públicas y estrategas profesionales. El grupo tenía el largo título de «Grupo Europeo Occidental de Relaciones Públicas para la Información en Nombre de Israel»; su principal financiación provenía del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí[69]. La iniciativa no dio muchos frutos, y en 1975 Moonman la abandonó para presidir la Federación Sionista, trabajando nuevamente en un grupo de presión establecido[70]. Su primer acto público fue protestar contra una visita a Londres de dos ejecutivos de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). La OLP fue fundada en 1964 por la Liga Árabe, y su importancia aumentó después de la guerra de junio de 1967, cuando la facción de Fatah se hizo con el poder y apartó al presidente de la Liga Árabe, Ahmad al-Shukeiri, sustituyéndolo por Yaser Arafat. Por aquel entonces, la OLP no reconocía la legitimidad del Estado de Israel. A comienzos de la década de 1970, facciones de la línea más dura de la organización emprendieron acciones tales como secuestros de aviones y atentados contra objetivos no militares,

tácticas que la organización en general no respaldaba públicamente. Las protestas eran en gran medida la especialidad de Moonman; de pocos logros más podía jactarse[71].

¿Por qué se convirtió Moonman en un lobby de un solo hombre a favor del sionismo, insatisfecho con las organizaciones más establecidas que habían disfrutado de un gran éxito? Fundamentalmente, era un laborista. Y dentro del laborismo estaba empezando a tomar forma un incipiente lobby propalestino: el Consejo Laborista para Oriente Próximo.

LA ACTIVIDAD LOBISTA PALESTINA EN EL PARTIDO LABORISTA, 1967-1974

A finales de la década de 1960 apareció una nueva entidad, el Consejo Laborista para Oriente Próximo [LMEC - Labour Middle East Council], fundado por Christopher Mayhew. La inspiración para el LMEC surgió del establecimiento con éxito, inmediatamente después de la guerra de junio de 1967, del Consejo para el Progreso del Entendimiento Árabe-Británico [CAABU - Council for the Advancement of Arab-British Understanding], una organización transversal para la promoción de los intereses árabes, y más en concreto los palestinos. Los parlamentarios Ian Gilmour (conservador) y Colin Jackson (laborista) ejercían la presidencia. Entre los primeros miembros del CAABU se encontraban también Mayhew y otros políticos conservadores como sir Anthony Nutting y John Reddaway, y periodistas como Michael Adams. En una carta escrita a Mohamed Hassanein Heikal, director del periódico egipcio *Al-Ahram,* Mayhew definía el propósito del LMED como la construcción de «una resistencia eficaz a la poderosa presión y propaganda sionista […] que hasta ahora ha dominado el movimiento laborista»[72].

El historiador James Vaughan describe el LMEC como un lobby poderoso, pero él mismo ha manifestado que, obviamente, no tenía capacidad para igualar el edificio construido por LFI. Durante la década de 1970, tres intentos del LMEC de afiliarse formalmente al Partido Laborista fueron rechazados por el Comité Ejecutivo Nacional. El lobby proisraelí tenía suficiente fuerza como para garantizar que esas solicitudes fuesen rechazadas porque «Palestina» no era un Estado reconocido, y la OLP seguía siendo considerada una organización terrorista. Era una situación

absurda, dado que Poale Zion, fundada antes de que existiese Israel y que a esas alturas funcionaba como movimiento juvenil sionista en Gran Bretaña sin equivalente israelí, seguía en los libros del Partido Laborista como organización afiliada. Mayhew expresó incredulidad cuando escribió a todas las organizaciones locales de los laboristas criticando al partido por seguir aceptando a Poale Zion como grupo afiliado y al mismo tiempo negarse a reconocer «una agrupación comprometida con una perspectiva más equilibrada y con el apoyo a las resoluciones de Naciones Unidas»[73]. El LMEC fracasó en su intento de acercamiento al TUC. En abril de 1969, Mayhew invitó al TUC a enviar representantes a la primera gran convención del LMEC. El TUC declinó la invitación, alegando que había sido un aviso a muy corto plazo, pero sí expresó su disposición a recibir cualquier documento que el LMEC aportase para complementar el acto[74].

El hecho de no ser aceptado como organización formalmente afiliada al Partido Laborista o dentro del TUC no obstaculizó la actividad lobista del LMEC. En junio de 1972, una declaración política de la organización, titulada «La política británica acerca de Oriente Próximo» fue distribuida al secretario del Foreign Office, al encargado de asuntos exteriores del Partido Laborista en la oposición, al Comité Internacional del Partido Laborista y a todos los parlamentarios del partido. Esta declaración atribuía la incapacidad para conseguir un acuerdo de paz a la «intransigencia de Israel y a la parcialidad de Estados Unidos», y proponía que la política británica se basara en la disociación respecto al liderazgo estadounidense en la región, en un firme compromiso con la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (que instaba a Israel y a los países árabes a firmar la paz basándose en el principio de retirada israelí de los territorios ocupados en la guerra de 1967 a cambio de la normalización de las relaciones con los países árabes) y en la advertencia a Israel de que Gran Bretaña no toleraría asentamientos en los territorios ocupados. Enviaron una resolución provisional basada en estos principios a todas las organizaciones locales del Partido Laborista, con una invitación a que considerasen remitir la declaración al congreso anual del partido[75]. Sin embargo, el LMEC, reconociendo el poder del que disfrutaba el lobby proisraelí entre los laboristas, evitó abogar por el reconocimiento británico de la OLP.

Una declaración muy discreta emitida en 1973 por el Comité Ejecutivo Nacional del partido fue el punto culminante de su éxito. Esta declaración equilibrada sigue siendo considerada por el lobby proisraelí como prueba del sentimiento antisionista presente en el Partido Laborista. El Comité Ejecutivo Nacional emitió una declaración que, si bien expresaba simpatía y comprensión por la «determinación de Israel de preservar su seguridad», advertía con sensatez que «una total dependencia de la fuerza militar solo puede conducir al tipo de organización social sombríamente militarista y rígida que desfigura ya tantos otros países», y que:

> Una preocupación por la seguridad no puede justificar la retención de territorios ocupados durante los conflictos con sus vecinos árabes, ni la integración de dichos territorios en la estructura económica de Israel[76].

En el periodo 1967-1977, el Foreign Office compartió la frustración del LMEC ante la actitud de Estados Unidos. Le preocupaba que se estuviera convirtiendo en un mediador deshonesto, usando a Gran Bretaña y a Naciones Unidas de manera maquiavélica para intentar imponer al mundo árabe una solución posterior a 1967, diseñada por Henry Kissinger siguiendo órdenes de Israel.

No resulta sorprendente. La realidad desalentadora de una ocupación opresiva hablaba más que cualquier actividad lobista ejercida por ambos bandos, y empezaba a llegar a oídos de los parlamentarios laboristas. La OLP y los judíos antisionistas que abandonaban Israel aportaban una presentación lúcida de un relato opuesto al israelí.

Las amargas verdades, combinadas con la actividad de grupos palestinos y propalestinos, empezaron a influir incluso en organizaciones abiertamente proisraelíes como el TUC. Como hemos visto, fue la propia organización gemela del TUC en Israel, la Histadrut, la que recibió el encargo de atraer el respaldo del TUC al proyecto sionista en Palestina.

Hasta la guerra de 1967, la Histadrut tuvo en el TUC un aliado. Pero el resurgimiento del movimiento de liberación palestino hizo que las bases cuestionaran el relato israelí. Un estudio revelador, efectuado un año después de la guerra de 1967, ilustra las dificultades que la Histadrut tenía para mantener al TUC de su lado. El 23 de julio de 1968, guerrilleros palestinos secuestraron el Vuelo 426 de EL AL Airlines, que viajaba de Roma a Tel Aviv, y lo desviaron a Argel. Aunque el Gobierno argelino

liberó de inmediato a todos los pasajeros no israelíes, se negó a liberar a los pasajeros israelíes, la tripulación y la aeronave. Mientras esto sucedía, la Histadrut contactó con el TUC: comenzó allí una campaña muy intrigante para intentar comparar los derechos de los pasajeros israelíes con los de quienes luchaban en todo el mundo por la justicia social. Una federación de la Unión Europea fácil de reclutar fue la Deutsche Gewerkschaftsbund. Pero los llamamientos a otras organizaciones sindicales de Europa resultaron infructuosos. Estas organizaciones no aceptaron el retrato que Israel hacía de la situación[77]. Fue uno de los primeros ejemplos de casos en los que la Histadrut no logró atraer al TUC. Esta tendencia se aceleró cuando la OLP abandonó la lucha armada y se centró en la actividad diplomática.

Después de 1967, algunos miembros del TUC empezaron a dudar de la actitud proisraelí de la organización sindical. En enero de 1968, George Foggon, que había dejado el Foreign Office para dirigir la oficina de la Organización Internacional del Trabajo en Londres, hizo referencia en un informe a una conversación mantenida con el secretario general del TUC, Frank Cousins, en la que este se había mostrado «decepcionado» con Israel y preocupado por algunos elementos de la política israelí: «No están demasiado contentos con una serie de aspectos de la política de Israel desde la Guerra de los Seis Días», observaba Foggon, en especial «desde que han visto el problema de los refugiados en Jordania y han tenido la oportunidad de hablar con algunos de los que siguen cruzando desde Cisjordania»[78]. Recuérdese que este es el mismo Cousins que salió encantado con Israel tras su primera visita al país. El mensaje de Cousins estaba basado en informes emitidos por periodistas extranjeros y representantes de la Cruz Roja Internacional sobre la política de limpieza étnica aplicada por Israel en Cisjordania, incluida la práctica disparar por encima de la cabeza de quienes cruzaban el río Jordán, para instarlos a irse.

En retrospectiva, Mayhew y los activistas que colaboraban con él, como Ghada Karmi y otros miembros del LMEC, sentaron a finales del siglo XX y en el XXI las bases para el establecimiento de redes propalestinas más significativas. Entre el anuncio de su formación en la Conferencia Regional del Gran Londres, en abril de 1969, y mediados de la década de 1970, logró construir una infraestructura para proporcionar información no

disponible en los medios de comunicación convencionales o en el mundo académico. Mediante conferencias, notas de prensa y reclutamiento de nuevos miembros, creó un núcleo que más adelante contrarrestaría en cierta medida la enorme influencia del lobby proisraelí entre los laboristas.

En julio de 1974, profundamente desilusionado ante la imposibilidad de trabajar a favor de Palestina dentro del Partido Laborista, Mayhew lo abandonó para unirse a los liberales, estableciendo el Consejo Liberal para Oriente Próximo, un grupo que obtendría el respaldo del futuro líder del partido, David Steel.

Sin embargo, estos choques entre grupos de presión pro y antiisraelíes deberían observarse en contexto, dado que Gran Bretaña desempeñaba en cualquier caso una función secundaria respecto a los estadounidenses, que imponían su voluntad e ideas en lo que acabó conociéndose como el «proceso de paz», cuya primera fase acabó en un deprimente fracaso. Pero para entonces el Partido Laborista estaba fuera del poder, tras sufrir la derrota en las elecciones generales de 1970. Para su gran sorpresa, los lobistas proisraelíes descubrieron que, a diferencia de Wilson, el nuevo Gobierno conservador que dirigió Gran Bretaña los siguientes cuatro años se mostraba mucho más comprensivo con Brown de lo que había sido Wilson. Y el secretario del Foreign Office, sir Alec Douglas-Home, estaba a punto de pronunciar el tercero de los tres discursos que tomaron por sorpresa al lobby, después del de Eden y el de Brown, y provocar una respuesta airada.

OTRO ENEMIGO MÁS DEL ESTADO JUDÍO: ALEXANDER DOUGLAS-HOME

En el momento culminante de las elecciones de febrero de 1974, un caballero clásico entró en los estudios de Thames TV para ser entrevistado por Eamonn Andrews, uno de los periodistas más respetados de Gran Bretaña. Alec Douglas-Home formaba parte de lo que era ya entonces una de las especies más amenazadas de la escena política, y que ahora se ha extinguido.

Douglas-Home estaba a punto de jubilarse, y este fue en muchos aspectos un intento de resumir su trayectoria política hasta ese punto. Andrews le pidió que enumerase momentos importantes de su trayectoria

como secretario de Asuntos Exteriores. Tras mencionar algunos añadió:

> Y creo que el último que mencionaría sería el discurso que pronuncié en Harrogate, que tuvo cierta influencia en la guerra árabe-israelí y en su resolución, y en consecuencia en la mejora de nuestras relaciones con los países árabes[79].

El 31 de octubre de 1970, ante el consejo de asociaciones regionales del Partido Conservador reunido en Harrogate, Yorkshire, Douglas-Home expresó sus ideas sobre cómo abordar la realidad que se desplegaba en la Palestina histórica tras la guerra de junio de 1967. Le ayudó un equipo del Foreign Office, y recibió todo el respaldo del primer ministro, Edward Heath, por lo que se convirtió en un anuncio importante. El mensaje más crucial de ese discurso fue que Gran Bretaña ya no podía «pasar por alto las aspiraciones políticas de los árabes palestinos»[80].

He aquí sus palabras:

> ¿Cómo pueden resolverse estas tensiones? En Oriente Próximo hace falta un equilibrio que ambas partes estén dispuestas a aceptar. Los asuntos en disputa son de una condición que pueden resolverse. Es fácil tejer un compromiso congruente con la Resolución aprobada en noviembre de 1967 por el Consejo de Seguridad, que deberá ser justo y aplicable. Las soluciones acordadas acerca de todos los elementos separados deberían incorporarse a un acuerdo formal y vinculante que estaría respaldado por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Pero como la Resolución aprobada en noviembre de 1967, cualquier compromiso de este tipo debe basarse en dos principios fundamentales: la inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra, y la necesidad de alcanzar una paz justa y duradera, en la que a todos los países de la zona se les garantice el derecho a vivir con seguridad. Esto significa, como establecía la Resolución del Consejo de Seguridad, que las Fuerzas Armadas israelíes deben retirarse de los territorios ocupados en el conflicto; y que, por otra parte, debe ponerse fin al estado de beligerancia que ha existido en Oriente Próximo y reconocerse el derecho de cualquier país a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas, libre de amenazas o actos de fuerza[81].

Resaltaba además la importancia de reconocer una «aspiración legítima, el reasentamiento en dignidad y honor» y el deseo por parte de los palestinos de alcanzar un «medio de expresión propia» como elementos esenciales de la política del Gobierno del que él formaba parte[82].

Durante años, este discurso siguió siendo significativo para convencer a Gran Bretaña de que debía reconocer las aspiraciones palestinas. Quizá

hoy los lectores se sorprendan al saber que el lobby proisraelí en Gran Bretaña tuvo que trabajar mucho más durante el tiempo que los conservadores se mantuvieron en el poder que cuando el que gobernaba era el Partido Laborista. En el siglo XXI, ambos gobiernos habían mantenido una política ampliamente aceptable para el lobby.

Douglas-Home defendió con constancia los derechos de los palestinos. En otras apariciones reiteró los principales argumentos que había presentado en Harrogate. En la declaración efectuada en la Cámara de los Comunes el 22 de octubre de 1973, al hacer referencia al discurso de Harrogate, reiteró que su Gobierno mantenía la opinión de que «la cuestión de los palestinos debe formar claramente parte de una solución completa y duradera». De lo contrario, opinaba Douglas-Home, «el acuerdo no se sostendría»[83]. Aunque Douglas-Home no mencionó nada acerca de la «patria» (un término usado más tarde públicamente en 1976 por el secretario de Estado laborista Anthony Crosland) ni de un «Estado» palestinos en el discurso que pronunció en Harrogate, ni ante el parlamento británico, sí pensaba que este podría ser un resultado del proceso de paz. En su autobiografía, recordaba que al redactar el discurso había pensado siguiente:

> Ahora que Egipto y los países árabes se han librado de su humillación alcanzando un punto muerto en la batalla; y ahora que hay una posible solución para el reasentamiento de los palestinos en un Estado independiente en la Margen Occidental del río Jordán, las perspectivas de alcanzar una paz permanente parecen más útiles que lo fueron durante un tiempo[84].

Douglas-Home también molestó a Israel al negarse a expulsar al representante de la OLP, Said Hammami, de su puesto en la Oficina de la Liga Árabe en Londres, declarando lo siguiente:

> No desearía provocar la reacción tan hostil que sin duda causaríamos en el mundo árabe si decidiésemos expulsar al representante de una organización que ahora ha sido reconocida por casi todos los países árabes como única representante legítima de los palestinos, y cuya organización es miembro de pleno derecho de la Liga Árabe[85].

Douglas-Home parecía ser el único político británico importante, después de Brown, que interpretaba la Resolución 242 de Naciones Unidas

como una exigencia de retirada incondicional de Israel a las fronteras del 5 de junio de 1967, y que la aplicaba a todos los territorios que Israel había ocupado durante la guerra. He aquí lo que declaró al respecto:

> Los límites seguros y reconocidos deberían basarse en la Línea del Armisticio existente antes de la guerra de 1967, sometida a cambios menores que pudieran acordarse entre ambos países[86].

En otra parte de su autobiografía, Douglas-Home recordaba que cuando redactó el discurso de Harrogate había pensado que una paz futura debía suponer obligatoriamente una retirada sustancial del ejército israelí (con ajustes menores) de los territorios palestinos y árabes ocupados:

> Yo era muy consciente de que resultaba imposible satisfacer a ambas partes. Predeciblemente, los árabes se mostrarían satisfechos y los israelíes se indignarían; mucho más teniendo en cuenta que habían pensado que yo simpatizaba con ellos en la lucha por su existencia. En este último sentimiento, tenían razón; y el discurso nació de la convicción de que su única esperanza de sobrevivir en una era de misiles radicaba en abandonar los territorios árabes que habían conquistado, y retirarse tras las fronteras de 1967, que a partir de entonces estarían patrulladas por Naciones Unidas, y probablemente exigirían una garantía internacional[87].

Douglas-Home no paró ahí. Fue el único secretario del Foreign Office británico que cuestionó la mediación deshonesta de los estadounidenses, visible ya a comienzos de la década de 1970. Los diplomáticos británicos compartían su frustración ante la posición adoptada por Estados Unidos y su negativa a presionar a Israel para que efectuase concesiones. El embajador británico en Washington, lord Cromer, informó desolado en noviembre de 1972 que Estados Unidos solo buscaba una solución provisional en Palestina, mientras que Gran Bretaña deseaba una más amplia. Esta posición no derivaba exclusivamente de una preocupación por los palestinos. Como trasfondo de todo ello deberíamos recordar que, desde la devaluación de la libra en noviembre de 1967, la lúgubre realidad económica condujo a la decisión estratégica de deshacerse de lo que quedaba del Imperio en enero de 1968, en especial todo lo situado al este de Suez[88]. Por consiguiente, era necesario alcanzar un nuevo entendimiento angloárabe.

Fueron tiempos peculiares, en los que el Foreign Office británico estaba

ansioso por mostrar al mundo árabe que mantenía una política independiente de la influencia estadounidense. En esta época se produjeron también los primeros contactos entre Gran Bretaña y la OLP entre las bambalinas de Naciones Unidas, más cerca de las posiciones árabes y africanas que de Estados Unidos e Israel. La relación entre Gran Bretaña e Israel se deterioró aún más cuando comandos israelíes usaron pasaportes británicos falsificados para sus expediciones militares en Beirut en 1973.

En este periodo extraordinario, es importante mencionar otra aportación única de Douglas-Home. Fue el único secretario de Exteriores británico que habló abiertamente acerca del derecho al retorno de los refugiados palestinos expulsados por Israel en 1948 (hasta entonces, la política británica había apoyado la idea de reasentar a los refugiados palestinos en el mundo árabe, y hecho caso omiso de sus aspiraciones y reivindicaciones de regresar). Douglas-Home declaró que a aquellos refugiados que desearan volver a sus casas y estuvieran dispuestos a vivir en paz con sus vecinos debería permitírseles regresar, una cita literal de la Resolución 194 de Naciones Unidas. Era una posición que incluso los funcionarios del Foreign Office se mostraban reacios a recomendar. Dichos funcionarios afirmaban, basándose en sus análisis, que muchos refugiados palestinos deseaban instalarse en Cisjordania y Gaza una vez terminada la ocupación israelí. No estoy muy seguro de que esta fuera una suposición fiable pero, en todo caso, el Foreign Office declaró que el Gobierno británico no podía apoyar ningún plan de establecimiento de una población palestina en estas áreas, y por lo tanto no había necesidad de hacer una declaración británica de respaldo al derecho de retorno[89].

La reacción israelí a las políticas de Douglas-Home fue similar a la indignación contra Brown. Una vez más reclutaron a la prensa de Israel y al lobby de Gran Bretaña para expresar su furia. Tres años después, la ira continuaba. En 1973, Abba Eban llegó a insinuar que el discurso de Harrogate había fomentado la guerra de octubre y el ataque conjunto de Siria y Egipto contra Israel[90]. Pero Douglas-Home era el menor de los problemas del Gobierno israelí: lo realmente insuperable fue que el primer ministro Edward Heath coincidiera con él en este enfoque de la cuestión. En las reuniones del Gabinete de Gobierno se observaba, no obstante, que la ciudadanía británica estaba enfadada por el embargo de petróleo y en

general que existía «simpatía pública por Israel y preocupación por su supervivencia». John Davies, canciller del Ducado de Lancaster, la consideró una preocupación injustificada y deliberadamente exagerada por los medios de comunicación británicos, que:

> Parecían excesivamente abiertos a la influencia israelí. Exponían solo una parte del caso y pasaban por alto las preocupaciones constantes del Gobierno […] que no podría haber un acuerdo duradero en Oriente Próximo mientras ellos pretendiesen proteger sus propias fronteras absorbiendo territorios árabes por la fuerza de las armas.

Explicó por qué sería una misión difícil:

> En este país funcionaba, sin embargo, un lobby amplio y activo para promover la causa israelí; y era difícil que un punto de vista equilibrado consiguiera audiencia[91].

Debido al lobby, en las reuniones del Gabinete para analizar la reacción al discurso y a la política general del Gobierno de Heath se sugirió que el problema era:

> Que la actitud del Gobierno hacia esta cuestión no era plenamente apreciada ni por la comunidad judía ni por la opinión pública de este país en general.

Y por lo tanto:

> No debería ahorrarse ningún esfuerzo para hacerla entender; y con este fin, sería valioso que los miembros del Gabinete recibieran una información plena acerca de las cuestiones, los datos y las consideraciones en los que se basa la política del Gobierno[92].

A diferencia del Gobierno laborista que lo siguió en 1974, el Gabinete se mantuvo leal a la senda marcada por Douglas-Home en el discurso de Harrogate. La actividad lobista no bastó para alterar el curso del Gobierno conservador. En otra reunión del Gabinete que tuvo lugar a comienzos de 1974, se acordó que las aspiraciones políticas de los palestinos solo podían cumplirse dentro de un Estado propio. Hasta hoy, ni un solo Gobierno británico ha asumido plenamente esta posición.

Heath rechazó enviar armas a Israel durante la guerra de octubre de 1973, principalmente por miedo al embargo de petróleo árabe, pero también porque creía en la Comunidad Económica Europea (CEE) y

estaba satisfecho de seguir la nueva tendencia europea de atender al menos algunas de las aspiraciones palestinas. Heath se negó también a permitir que los servicios de inteligencia estadounidenses recogiesen información de las bases británicas en Chipre, y prohibió a Estados Unidos usar bases británicas para reabastecer a Israel o repostar combustible en Gran Bretaña[93].

En el caso de Heath y otros ministros conservadores, esta negativa a adaptarse a las exigencias de Israel no derivaba de principios morales, sino de una preocupación egoísta por el suministro energético y la seguridad de Gran Bretaña. Hubo sin embargo en la política exterior británica del siglo XX uno de esos raros momentos en los que los palestinos fueron reconocidos como parte perjudicada. No hace falta decir que el Gobierno no llegó a aceptar todas las reivindicaciones de la OLP en esos años, y tampoco había una voluntad de poner fin a la ocupación israelí en Cisjordania y en la Franja de Gaza. Pero mientras que en el otro lado del Atlántico Palestina era sinónimo de terrorismo, en Europa el clima era muy distinto. Las declaraciones del Gobierno de Heath acerca de Palestina coincidían con la decisión británica de integrarse en la CEE, y Gran Bretaña se vio inmediatamente arrastrada a apoyar la política del nuevo organismo. En 1973, el mismo año en el que Gran Bretaña entró oficialmente, la CEE publicó la Declaración de Bruselas, afirmando que «para el establecimiento de una paz justa y duradera, deben tenerse en cuenta los derechos legítimos de los palestinos». Como ahora sabemos, de estos buenos sentimientos no salió nada: la ocupación se atrincheró, los asentamientos se expandieron y la creciente limpieza étnica de palestinos continúa en la actualidad, acompañada de duras políticas de castigo colectivo y opresión.

El Gobierno de Heath permitió también que la OLP abriese su oficina en Londres. En una concesión a la presión ejercida por Israel, Douglas-Home prometió el 29 de junio de 1972 al ministro de Asuntos Exteriores israelí que la OLP «[no] disfrutará de ningún tipo de posición oficial o semioficial concedida por el Gobierno»[94]. Pero incluso este limitado gesto conciliador hacia los palestinos preocupó a Israel: el Gobierno israelí apeló entonces a los miembros proisraelíes del Partido Conservador para que actuasen. En consecuencia, entró en la refriega una nueva organización del lobby proisraelí en Gran Bretaña: Amigos Conservadores

de Israel (CFI - Conservative Friends of Israel). Este movimiento lo inició el parlamentario por Bury y Radcliffe, Michael Fidler, que fue el primer alcalde judío de Prestwich y presidió la Junta de Diputados entre 1967 y 1973. El primer mecenas de CFI fue Anthony Eden, que se convirtió en sionista ferviente tras la humillación que experimentó en la Crisis de Suez de 1956, y extendió al resto del mundo árabe el odio que sentía hacia Gamal Abdel Nasser. La líder del partido que siguió en 1975, Margaret Thatcher, también dio su beneplácito a la nueva entidad. Con el tiempo, como veremos, CFI se convertiría en un poderoso lobby por derecho propio. Pero por aquel entonces, durante el Gobierno de Heath, era insignificante. Este breve interludio de simpatía del Gobierno británico hacia Palestina, sin embargo, no duró mucho cuando los laboristas regresaron al poder.

HAROLD WILSON AL RESCATE, 1970-1975

Incapaz por el momento de lograr un punto de apoyo dentro del Partido Conservador, el Gobierno israelí decidió aplicar presión a través del líder de la oposición, su fiable aliado Harold Wilson, que fuera el Gobierno mostraba un respaldo todavía más inequívoco al lobby sionista. Se quejaba persistentemente del sesgo antiisraelí del Gobierno, que, según afirmaba, se manifestaba claramente al permitir que los pilotos egipcios recibiesen instrucción en Reino Unido, y al mismo tiempo prohibir que Estados Unidos reabasteciese a Israel desde las bases británicas y dificultar la compra por parte de los israelíes de piezas de recambio para sus tanques Centurion de fabricación británica. En verdad, el Gobierno de Heath impuso un embargo tanto a los israelíes como a los árabes. Pero Israel no toleraba recibir un trato de igualdad.

La tarea crucial de Wilson a ojos del lobby era impedir que surgiese un lobby propalestino en la izquierda laborista. Wilson era consciente de que, entre los círculos más progresistas de su partido, el militarismo de Israel y la opresión más visible ejercida sobre los palestinos habían creado un lobby interno informal a favor de Palestina.

Este lobby informal evolucionó en torno al Consejo Laborista para Oriente Próximo, que siguió manteniendo una política propalestina tras la partida de su fundador. Una de las principales áreas en las que el LMEC

intentó crear cierto equilibrio en la actitud hacia Palestina fue la BBC. Allí comenzó una campaña encabezada por Andrew Faulds, que además de parlamentario laborista era presentador de televisión. Junto con otros, estableció un Grupo de Acción Palestina en la BBC. Su mayor éxito fue la emisión el 26 de noviembre de 1976 de un episodio de la serie *Open Door* de BBC Two, dedicado al derecho de los refugiados palestinos al retorno. Faulds presentaba el programa, con invitados como David Watkins, parlamentario laborista por Bristol y propalestino, y Peter Hain, que por aquel entonces formaba parte de la campaña antiapartheid en Gran Bretaña[95]. Unos días después de la emisión, Ghada Karmi, destacado miembro del Grupo de Acción y en la actualidad reconocido especialista y defensor de los derechos de los palestinos, informó de que Abu Lutf (Farouk Qaddumi), el «secretario de Exteriores» de la OLP, había elogiado el programa, diciendo que le parecía «la mejor película que había visto sobre la cuestión palestina», y John Reddaway, del CAABU, también felicitó a Faulds por hacer «una aportación notable a la exposición y defensa de los derechos de los palestinos»[96].

La represalia proisraelí estuvo encabezada por la prensa israelí. El popular tabloide *Yedioth Ahronoth* publicaba que «el pasado fin de semana, la BBC emitió el programa más antiisraelí jamás mostrado en una televisión occidental»[97]. Necesitaban tomárselo en serio, porque esta primera exposición sobre las víctimas de la Nakba generó respaldo ciudadano. El Grupo de Acción Palestina recibió muchas cartas de apoyo, solicitudes de afiliación y donaciones. En Escocia, el programa tocó una fibra sensible; miembros del Partido Nacional Escocés veían similitudes entre lo que consideraban opresión inglesa de Escocia y los problemas que enfrentaban los palestinos. Faulds recibió con agrado la solidaridad, pero se distanció de la comparación, porque no estaba de acuerdo con la independencia escocesa.

El compromiso de dichos políticos e intelectuales con Palestina reveló las primeras señales, observadas en aquel momento por *The Jewish Chronicle,* de que el lobby proisraelí tendría que dejar de centrarse en la izquierda y prestar atención a la derecha porque «Israel ya no es beneficiario automático de las simpatías socialistas»[98]. Se trataba de un comentario prematuro, puesto que durante bastante tiempo, hasta bien entrada la década de 1980, los socialistas del Partido Laborista Británico

siguieron poniéndose del lado del sionismo. Fue un periodo en el que la actividad lobista era prácticamente innecesaria, ya que los líderes laboristas, tanto en la oposición como en el Gobierno, daban un apoyo incondicional y sincero a Israel.

Como resultado de esta presión ejercida por Israel, diversos políticos propalestinos vieron de repente destruida su carrera política. El primero fue Andrew Faulds. En 1973, debido a las protestas del lobby, Wilson cesó a Faulds del gabinete en la sombra por haber cuestionado abiertamente la lealtad de los miembros judíos del partido que se posicionaban de manera incondicional del lado de Israel. O como dijo Wilson, «[Faulds] cuestionó el patriotismo de los parlamentarios judíos […] al dar a entender que tenían lealtades duales»[99].

Pero Wilson no pudo impedir que surgiese un grupo de activistas laboristas propalestinos, solo consiguió limitar su influencia. Observando este registro, ahora entendemos mejor por qué el lobby proisraelí sentía que enfrentaba un escenario apocalíptico cuando, en el siglo siguiente, un político propalestino alcanzó el liderazgo del Partido Laborista y se convirtió en candidato a primer ministro. El surgimiento de un grupo propalestino en la era de Wilson sembró las semillas de la nueva y poderosa generación de activistas de nuestra época, hasta llegar al propio Jeremy Corbyn.

Pero el lobby todavía se sentía fuerte y enfocado cuando Wilson recuperó el cargo, en 1974, acabando con los cuatro años de Heath en el poder. Este segundo mandato fue recibido con gran alivio. La primera misión del político era la de intentar alejarse de los «malos tiempos» de Brown y Douglas-Home. Pero no permaneció lo suficiente como para «expurgar» esta influencia «negativa». Wilson conmocionó al país y a la reina cuando decidió dimitir en 1975, y fue sustituido por James Callaghan, que permaneció en el cargo hasta 1979. Incluso después de su dimisión, y durante sus años en la oposición tras la victoria electoral de los conservadores en 1970, Wilson siguió trabajando dentro del marco de LFI, llegando a presidirlo durante un tiempo.

El primer viaje que hizo al extranjero tras su dimisión fue a Israel, donde recibió un doctorado honoris causa concedido por la Universidad Hebrea y, más importante desde el punto de vista palestino, visitó e inauguró oficialmente Park Britannia, un bosque situado en la frontera entre

Cisjordania a Israel, a medio camino entre Jerusalén y Hebrón, que había sido donado por la comunidad judía británica, en el que se reconocen sus aportaciones y las de Richard Crossman al sionismo. Eran 15.000 *dunam* (aproximadamente 15.000 metros cuadrados) principalmente de pinos plantados sobre las ruinas de siete pueblos palestinos y sus terrenos: Zakariya, Ajur, Dayr ad Duban, Ra'na, Kidna, Bayt Jibrin y Dayr Naj-jas. El bosque lo había financiado el Fondo Nacional Judío (JNF - Jewish National Fund). Por aquel entonces nadie prestaba atención a la función importantísima desempeñada por el JNF en la historia del sionismo e Israel o, más importante, en la relación de Gran Bretaña con Israel (recientemente expuesta con detalle minucioso por Uri Davis)[100]. Baste decir aquí que la mayor parte del tiempo, desde su fundación, la rama británica del JNF ha disfrutado de la categoría de organización benéfica, con las consiguientes subvenciones pagadas por los contribuyentes británicos. La rama del JNF en Israel (Keren Kayemet LeYisrael) funciona como brazo del Estado israelí en la aplicación de un sistema de apartheid basado en el control de las tierras y la segregación de la población, y ha sido fundamental para el refinamiento de este sistema a lo largo de los años.

Wilson apoyó plenamente al JNF, y o bien no era consciente o bien ignoraba la colaboración del Fondo en la construcción de los asentamientos judíos y en la plantación de bosques sobre las ruinas de cientos de aldeas palestinas destruidas por Israel en 1948. Al jubilarse, Wilson asumió la presidencia de Amigos Laboristas de Israel. Su entonces directora, Valerie Cocks, recordaba: «Nunca he tenido que pedirle que dijese nada favorable a Israel, le salía con naturalidad. Hablaba de Israel de la manera más amorosa y cálida posible»[101].

EL GOBIERNO LABORISTA, 1975-1979

El sucesor de Wilson, James Callaghan, mantuvo la reorientación de la política británica, alejándose de los legados de Brown y Douglas-Home. Pero no de inmediato. Siendo secretario del Foreign Office en el segundo Gobierno de Wilson (1975-1976), no compartía el apoyo incondicional del primer ministro a Israel. Mientras estaba en Exteriores, su línea oficial apoyaba en mayor medida a los palestinos. Por aquel entonces escribió en

The Times, el 13 de febrero de 1974, que los palestinos tenían que desempeñar una función importante en cualquier solución futura, y esto fue seguido de una declaración aún más explícita en la Cámara de los Comunes (como parte del debate sobre el discurso de la reina que tuvo lugar el 30 de octubre de 1974):

> Debe tenerse en cuenta la satisfacción de las necesidades de los palestinos, y con ello no solo me refiero a los derechos de los individuos palestinos refugiados, como desde hace tantos años establece la Asamblea General, sino también a los derechos legítimos del pueblo palestino[102].

Callahan escribió más tarde en sus memorias que, si bien los laboristas no habían efectuado un giro de ciento ochenta grados en sus relaciones con Israel, él había resaltado que el partido reconocía que el pueblo palestino tenía aspiraciones legítimas[103]. El representante británico de ese momento en Naciones Unidas, lord Ivor Richard, en un discurso pronunciado ante la Asamblea General el 22 de noviembre de 1974, se hizo eco de este sentimiento:

> Desde hace tiempo, mi Gobierno sostiene la opinión de que en cualquier debate sobre Oriente Próximo deben escucharse los puntos de vista del pueblo palestino. De hecho, yo mismo lo afirmé en esta asamblea el 14 de octubre […] dije que «el Gobierno británico ha dejado clara en muchas ocasiones su creencia de que no es posible ningún acuerdo de paz en Oriente Próximo sin tener en cuenta los derechos legítimos de los palestinos. El secretario de Exteriores británico se ha pronunciado en diversas ocasiones acerca de la necesidad de que cualquier acuerdo proporcione una personalidad al pueblo palestino. De ahí se deduce, por lo tanto, que consideramos correcto que se escuche el punto de vista de los palestinos». Hoy reafirmaría esta posición. Con independencia de lo que pueda decirse acerca de este debate, parecería que en esta Asamblea se ha oído clara e inconfundiblemente una voz palestina[104].

Callaghan estaba dispuesto incluso a apoyar en público la idea de crear un Estado palestino. También dejó claro, cuando era secretario del Foreign Office, que Gran Bretaña no compartía la afirmación israelí de que la ocupación de los territorios era vital para su seguridad[105].

Al convertirse en primer ministro, sin embargo, Callaghan trazó un curso diferente, dirigido a borrar los legados de Brown y Douglas-Home. Se aseguró de que se alterasen o se eliminasen por completo muchas declaraciones de Douglas-Home sobre Palestina, en especial las referentes

a la creación de un Estado palestino y al posible reconocimiento de la OLP, una línea a la que religiosamente se adhirió su propio secretario de Exteriores, David Owen.

En su calidad de primer ministro, Callaghan dirigió la política británica hacia las negociaciones de paz entre Israel y Egipto promovidas por el presidente estadounidense Jimmy Carter, que condujeron a los Acuerdos de Camp David de 1978. Adoptó una actitud favorable a Israel, cultivando unas relaciones estrechas con sus dirigentes, y mostrándose reacio a imponerle sanciones por las crecientes actividades de asentamiento en Cisjordania y en la Franja de Gaza. A este respecto, el Gobierno de Callaghan se apartó de la política británica establecida hasta tal punto que Gran Bretaña se abstuvo y no respaldó la Resolución 446 aprobada por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en marzo de 1979, que condenaba la creación de asentamientos israelíes. Esta actitud perjudicó las relaciones británicas con Egipto y Jordania, dos países árabes que trabajaban para normalizar las relaciones con Israel[106].

¿Fue este regreso a las políticas wilsonianas resultado de la intensa actividad del lobby proisraelí en Gran Bretaña? La respuesta parece ser que no. Ya en la década de 1920, el lobby sionista se había atrincherado entre la elite política británica, y se fortificó aún más con la fundación de Amigos Laboristas de Israel en la década de 1950. Los dividendos de décadas de trabajo intenso se estaban cosechando en la de 1970: el apoyo a Israel era a esas alturas una segunda naturaleza para los políticos que dirigían Gran Bretaña, la política exterior por defecto. Sacudir el consenso automático solo se hizo posible cuando los sucesos en la región se volvieron excesiva –y visiblemente– brutales e inhumanos.

Si entendemos el modo en el que la inercia y la autocensura guiaron la primacía otorgada por Gran Bretaña a Israel en su política exterior –hasta tal punto que este último no tuvo que ejercer ninguna presión activa– podemos empezar a entender por qué el movimiento por la liberación de Palestina perdió la fe en su capacidad de cambiar la política británica y occidental por medios diplomáticos. El deseo de llamar la atención y recordarle al resto del mundo que Palestina seguía luchando por su existencia condujo a acciones desesperadas por parte del ala militante del movimiento de liberación, incluidos los ataques a civiles israelíes. La masacre cometida en las Olimpiadas de Múnich de 1972 y la nevera con

trampa bomba colocada en la plaza Sion en 1975 llegaron a los titulares de todo el mundo. Quienes lideraban la revolución palestina creían que solo operaciones y sucesos dramáticos como estos atraerían la atención internacional hacia su causa y obligarían al mundo a respetar su derecho a defenderse. Con el tiempo, estas acciones se volvieron superfluas, y los propios palestinos comenzaron a considerarlas contraproducentes, porque sin ellas, la Palestina colonizada y ocupada se volvió mucho más conocida. El flujo de información fue mucho más eficaz para cambiar la opinión pública en todo el mundo, y en especial en Occidente, acerca de las desgracias de los palestinos.

En todo caso, David Owen diluyó el compromiso sincero de Douglas-Home con la creación de un Estado palestino. En marzo de 1979, cuando la Cámara de los Comunes debatía la cuestión de las negociaciones de paz en Oriente Próximo, Owen acató ya fielmente la línea estadounidense, haciendo referencia a la «autonomía palestina» en Cisjordania y en Gaza como la única «solución» al «conflicto»; un discurso que, en retrospectiva, sabemos ya que tenía muy poco que ver con las aspiraciones palestinas o con la realidad sobre el terreno. El primer ministro israelí Menahem Begin (1977-1982), fue responsable de introducir la idea del Gobierno autónomo palestino en Cisjordania y en la Franja de Gaza, ofreciendo un autogobierno sin soberanía ni independencia económica y extendido por un espacio bifurcado, controlado desde fuera por el ejército y el servicio secreto de Israel, una especie de modelo Bantustán.

Owen explicó cuál era la política de su Gobierno:

> Creemos que para que haya un acuerdo de paz general debe haber una patria palestina. Pensamos que el primer paso hacia ese acuerdo es la plena autonomía en Cisjordania y Gaza[107].

El Gobierno laborista era plenamente consciente de que al adoptar la noción de autonomía y no de Estado, estaba borrando el legado de Douglas-Home. Bajo la presión estadounidense, que analizaré en el próximo capítulo, el Gobierno británico adoptó la interpretación más desfavorable del apoyo continuado de la CEE a un cambio en la posición del mundo occidental sobre Palestina. El tema surgió en Londres cuando, en junio de 1977, en el momento en el que Gran Bretaña ejercía la presidencia de la CEE, El Consejo Europeo declaró «la necesidad de

establecer una patria para el pueblo palestino»[108]. Hasta la cumbre de Camp David de 1977, en la que participaron Anwar el-Sadat, Menahem Begin y Jimmy Carter, que dio lugar dos años después al tratado de paz bilateral entre Egipto e Israel, no había habido una solicitud estadounidense a Gran Bretaña para que moderase la posición más audaz de apoyo a los palestinos propugnada por la CEE. En marzo de 1977, Jimmy Carter hizo la declaración estadounidense más propalestina de todos los tiempos, desconcertando al Gobierno de Londres. En todo caso, este breve desvío de su mediación deshonesta no fue percibido por los dirigentes británicos. Interpretaron la posición estadounidense de manera mucho más rígida de lo que era en ocasiones, afirmando que Washington quería que Londres contrarrestase las tendencias propalestinas de la CEE[109].

A primera vista, el lobby fue bastante innecesario en tiempos de Callaghan, incluso teniendo en cuenta que a este no le gustaba personalmente el líder israelí, Menahem Begin, que había sido anteriormente *persona non grata* en Londres debido a su pasado terrorista. Aun así, David Owen no pudo parar de elogiar a Begin y respaldó plenamente la manipulación israelí del debate acerca de los palestinos de los territorios ocupados, centrándose en la cuestión baladí de la autonomía.

El propio rechazo de Callaghan a la OLP reflejaba en general la actitud proisraelí adoptada por Wilson en esta cuestión. Por supuesto, la actitud contraria a la OLP estaba también fomentada por los funcionarios del Foreign Office. Sus asesores principales recomendaban no reconocerla, y no efectuar ningún acercamiento. En una entrevista concedida al programa insignia de la cadena televisiva estadounidense ABC, *Issues and Answers,* Wilson declaró lo siguiente:

> Pero por el momento en lo que a esto [reconocer a la OLP] se refiere, no podemos negociar con hombres que tienen las manos manchadas de sangre, y ellos lo saben bien[110].

La década de 1970 fue un periodo singular en el ámbito internacional, cuando la cuestión de la legitimidad de la OLP mostró que Europa y Estados Unidos estaban muy alejados de las actitudes poscoloniales asiáticas, africanas y sudamericanas respecto a Palestina. Por aquel entonces, los movimientos de liberación del Tercer Mundo veían la

liberación de Palestina como parte de la lucha por alcanzar un mundo descolonizado. Fue una década en la que la descolonización y la batalla contra el apartheid estaban en su punto culminante, y en consecuencia, lo estaba también la solidaridad con la OLP. Pero Callaghan, en su calidad de secretario del Foreign Office, declaró en la Cámara de los Comunes lo siguiente:

> Los líderes de la OLP no han reconocido aún la existencia del Estado de Israel. En esas circunstancias, me resulta difícil reunirme con ellos[111].

Debería decirse, sin embargo, que dirigentes de posiciones intermedias, así como los electores laboristas, no compartían este rechazo categórico. El secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Frank Judd, escribió una carta a su colega parlamentario John Gorst, recalcando que, si bien Gran Bretaña no reconocía a la OLP,

> Creemos que deben tenerse en cuenta los puntos de vista de todos los palestinos, incluidos los de la OLP, para alcanzar un acuerdo justo[112].

Esto no señaló un cambio concreto de política, sin embargo: Judd sabía que había una forma fácil de apaciguar la potencial ira israelí. Inmediatamente después de escribir la carta, le explicó a Andrew Faulds, que había esperado que esto indicase un cambio de actitud en Whitehall, que Gran Bretaña descartaba cualquier contacto con la OLP si esta no aceptaba la Resolución 242 de Naciones Unidas, pidiendo la paz con Israel a cambio a cambio de que este se retirase de los territorios ocupados en junio de 1967, y mientras no modificase la Carta de Constitución, que en su opinión negaba el derecho de Israel a existir[113]. Dicho sencillamente, en principio Gran Bretaña quería escuchar los puntos de vista de la OLP, pero consideraba sus opiniones nulas de pleno derecho.

Una forma de debilitar la creciente legitimidad internacional de la OLP que gustaba en el Partido Laborista israelí era intentar sacar adelante la «opción jordana», una idea que databa de comienzos de la década de 1920. La opción significaba buscar un entendimiento acerca del futuro de Cisjordania y la Franja de Gaza con el reino hachemita, en lugar de buscar una solución que resultara satisfactoria para los palestinos. Esta noción fue la base de las negociaciones tácitas entre el rey Abdalá y la Agencia Judía en vísperas de la Nakba, cuando, a cambio de la participación limitada de

la Legión Árabe (el Ejército Transjordano) en el esfuerzo bélico, se garantizaba a Jordania el libre acceso a Cisjordania. Después de 1967, Israel ofreció a Jordania bien una cooperación funcional en el Gobierno de los territorios ocupados o una partición geográfica; en ambos casos, ofrecía demasiado poco, y muy a menudo el nieto de Abdalá, Husein, comprendía correctamente que, en su mayor parte, no eran ofertas sinceras. En todo caso, la opción jordana colapsó en 1988, cuando el rey Husein cedió Cisjordania a todos los efectos. Pero en tiempos del Gobierno de Callaghan, Gran Bretaña fue escenario de conversaciones secretas entre el entonces ministro de Exteriores israelí, Moshe Dayan, y el rey Husein en la casa del médico personal del rey en Londres[114].

El rechazo de la OLP por parte de Callaghan sonó a música celestial en los oídos del Gobierno israelí; no menos satisfactoria resultaba su actitud hacia la judaización ilegal de Cisjordania y la Franja de Gaza. Como comenta Nigel Ashton, acerca de los asentamientos, Callaghan los apoyaba aún más que el Gobierno de Wilson[115]. ¿Cuál era, entonces, la función del lobby, si el Gobierno de Callaghan cumplía sus compromisos, en especial en comparación con su homólogo estadounidense (que, como veremos, era más voluble)?

El grupo más activo del lobby en los años de Callaghan fue Amigos Laboristas de Israel. Con independencia de la posición inequívoca comunicada por Downing Street, en LFI seguían convencidos de que Callaghan no era suficientemente proisraelí. Pese a la evidente hostilidad del Gobierno hacia la OLP, LFI le exigía constantemente que reiterase su posición negativa[116]. Pero LFI no tenía por qué preocuparse. El respaldo estructural a Israel era suficientemente sólido como para garantizar la obediencia de Callaghan. Como escribe Ashton:

> La posición de Callaghan era producto de los extensos lazos que se habían forjado entre el Partido Laborista británico e Israel durante las décadas de 1950 y 1960, más notablemente a través de la Internacional Socialista, pero también entre movimientos sindicales, y como resultado del respaldo de la comunidad judía británica al laborismo por aquellos años[117].

En consecuencia, David Owen enviaba cartas ocasionales a Eric Moonman, presidente de LFI, como la que escribió el 27 de noviembre de 1978:

> Puedo asegurarle que no existe posibilidad alguna de que ofrezcamos nuestro «reconocimiento» a la OLP mientras su posición formal siga siendo la de negarse a aceptar el derecho de Israel a existir[118].

Con el regreso de los conservadores al poder en 1979, bajo el liderazgo de Margaret Thatcher, el lobby podía mirar con satisfacción los cinco últimos años de Gobiernos laboristas. En una época en la que en África, Asia y Sudamérica la OLP estaba ganando legitimidad y popularidad, la Gran Bretaña gobernada por los laboristas parecía tan leal a Israel como Estados Unidos, y en ocasiones más incluso, como veremos. De nuevo, es difícil para el historiador atribuir al lobby estas políticas antipalestinas de los británicos. El éxito del esfuerzo prosionista que comenzó a principios del siglo había hecho que la herencia del lobby fuese una máquina de defensa de su causa bien engrasada, y una cultura política en la que el respaldo incondicional a Israel era la norma. Siempre que se debatía acerca de Israel o la OLP, la obediencia política y la autocensura estaban ya aseguradas.

LOS AÑOS DE THATCHER

Analizando las memorias de miembros del lobby proisraelí o de dirigentes israelíes relacionados con la defensa de su país en tiempos de Margaret Thatcher, parece que daban por sentado el respaldo de la Dama de Hierro a Israel. Sin embargo, en los primeros años de su Gobierno, Thatcher no pudo, o no quiso quizá, acatar las recurrentes solicitudes de que atase corto al Foreign Office, al que el lobby consideraba en esencia «antiisraelí». Este conjunto variopinto de funcionarios cometía el delito de cuestionar con frecuencia algunas de las políticas de Israel en los territorios ocupados: algo que a ojos del lobby equivalía a ponerse de parte del enemigo.

En el Foreign Office corría el rumor de que Thatcher era considerada por naturaleza una política proisraelí, debido al «Factor Finchley»; en otras palabras, tenía que satisfacer al electorado de la circunscripción del Norte de Londres que durante treinta y tres años, incluidos los once de primera ministra, fue su distrito electoral. Y en su circunscripción residía una considerable mayoría anglojudía.

Los funcionarios recuerdan que, cuando salió elegida como líder de la

oposición en 1975, en el Foreign Office consideraron que debían prevenir resentimientos en el mundo árabe, donde podrían considerarla «prisionera de los sionistas»[119]. Thatcher era socia, desde su fundación, de la Liga de Amistad Anglo-israelí de Finchley [Finchley Anglo-Israeli Friendship League] y de Amigos Conservadores de Israel. En cuanto a enfoque, no difería de quienes la precedieron o la sucedieron; la documentación no ofrece ningún indicio de que existiese un deseo por su parte, o por parte del Foreign Office, de cambiar la orientación básicamente proisraelí de su predecesor, James Callaghan. En otras palabras, no era más ni menos proisraelí que quienes la precedieron en el cargo.

De acuerdo con algunas referencias, la admiración por Israel le venía de la veneración por el judaísmo: ya fuese genuina u oportunista, existía definitivamente sobre el papel[120]. Azriel Bermant es el único experto que ha estudiado ampliamente las relaciones de Thatcher con Israel, y da por supuesto que la actitud derivó de un enfoque pragmático; desde este punto de vista, Israel formaba parte del mundo al que ella pertenecía y del que consideraba defensora[121]. El lobby fue, en consecuencia, capaz de perdonarle que criticase ciertas políticas israelíes. En ocasiones, la actitud de su Gobierno hacia Israel suscitó alguna reprimenda del lobby, pero dado que sus críticas nunca iban acompañadas de acciones significativas, no tenían mucha importancia a fin de cuentas.

Como a su predecesor, a Thatcher no le gustaba Menahem Begin, pero esta aversión personal no bastó para animarla a alterar de manera significativa la política británica. La Declaración de Venecia suscrita por los nueve miembros de la CEE fue su primer reto a la hora de gestionar las relaciones con Israel. Esta declaración histórica reconocía el derecho de los palestinos a la autodeterminación y exigía que la diplomacia internacional incluyese a la OLP en cualquier negociación futura sobre el destino de los territorios ocupados. Se efectuó un año después de que ella asumiese el cargo, lo cual quiere decir que ya estaba prácticamente decidida cuando Thatcher llegó al poder. Estaba pensada para permitir a Europa desempeñar un papel mucho más activo en el esfuerzo de paz. Los estadounidenses le pidieron a Thatcher que protegiese el liderazgo de Washington en el «proceso de paz», una solicitud pensada para desarmar cualquier cuestionamiento europeo de esa política. Thatcher estaba dispuesta a cumplir esta solicitud hasta cierto punto, pero no por completo.

Pese a las solicitudes estadounidenses, suscribió sin dilaciones la Declaración de Venecia y se atuvo a esta decisión hasta el final de su mandato; en sus memorias, manifestaba que las decisiones tomadas en Venecia mantenían «el equilibrio justo»[122]. Menahem Begin, sin embargo, no recibió nada bien el equilibrio, y le escribió una carta furiosa:

> Señora Primera Ministra. ¿Ha declarado alguien de manera más directa y precisa, desde los tiempos de Hitler, Goebbels, Göring, Rosenberg y Streicher, que la tarea es volver a destruir a nuestro pueblo y nuestro Estado? […] Y sin embargo, los grandes países libres y democráticos de Europa se han reunido y nos han pedido, a los representantes elegidos por el pueblo de Israel, a Estados Unidos y a todas las demás naciones que reconozcamos a esa organización como futura participante en las «conversaciones de paz». Esto no solo es inaudito: como he dicho, nos ha herido profundamente[123].

En cuanto había una política extranjera que no le gustaba, Begin nunca esperaba demasiado a sacar el Holocausto a colación. También se quejaba de que Gran Bretaña le vendía armas a Jordania y no a Israel. Aunque el Foreign Office se ofreció ayudarle a redactar una propuesta, Thatcher decidió no responder siquiera[124].

En retrospectiva, está claro que la Declaración de Venecia no valía ni el papel en el que estaba escrita. De manera más significativa, Gran Bretaña no fue el principal proponente de dicha declaración. De hecho, informalmente, Gran Bretaña advirtió a otros miembros de la CEE, al igual que hicieron los estadounidenses, que sería difícil promover una política de «paz» que los israelíes rechazarían de plano. Como comenta Nigel Ashton, Gran Bretaña se impuso la tarea de «equilibrar» las actitudes proárabes aportadas a los foros de la CEE por los franceses[125].

Pero el lobby proisraelí en Gran Bretaña no estaba al tanto de la diplomacia que se desarrollaba entre bambalinas, y operaba con la suposición de que debía asegurar constantemente el apoyo a Israel, en conjunción con los diplomáticos israelíes destacados en Londres, mediante un trabajo intensivo de movilización de la comunidad judía para neutralizar el impacto de la Declaración de Venecia. La campaña la orquestó el embajador israelí, Shlomo Argov, que empezó un nuevo capítulo en la actividad del lobby, un ataque conjunto de la embajada y las entidades judías proisraelíes contra cualquier político británico importante

al que se le sospechasen actitudes «propalestinas». Como explica, en tono de celebración, un artículo publicado en *The Jewish Chronicle,* Argov reclutó a la comunidad judía británica contra los ministros «propalestinos» del Gobierno de Thatcher para que estos últimos percibieran «la ira de la comunidad local y se sintiesen incómodos». Más secamente, el artículo declaraba lo siguiente:

> El embajador israelí veía a los judíos británicos como un activo útil para contrarrestar políticas que redundasen en detrimento Israel[126].

Argov creía que esta era la única opción que le quedaba. En un cable enviado al Ministerio de Exteriores israelí, escribía lo siguiente:

> No debería darnos miedo hacer ruido: avergonzará más a los británicos que a nosotros […] Sería más fácil y conveniente limitar la campaña a la esfera diplomática. Sería mucho más complicado y arduo llevar a cabo una campaña pública, pero esta es la única esfera en la que tenemos espacio de maniobra y acción, incluida la necesidad de movilizar a la comunidad judía[127].

Fue otro hito en el proceso que transformó las instituciones anglojudías en grupos de defensa de Israel. Esta transformación se justificó equiparando la crítica a Israel con el antisemitismo, un ardid que más adelante se usaría con efectos devastadores.

En tiempos de Thatcher el lobby dedicó su tiempo, en consecuencia, a atacar posiciones que representaban de hecho la posición británica tradicional respecto a Palestina desde 1967. Gran Bretaña estaba de acuerdo, como noción, con la participación de la OLP en las conversaciones de paz, pero con condiciones inaceptables para la OLP del momento. En consecuencia, no se produjo en la práctica ningún contacto oficial con la organización. Thatcher era plenamente consciente de la campaña y en apariencia no prestó mucha atención a las protestas indignadas del lobby, la política británica de inercia deliberada era también la suya.

De nuevo, por lo tanto, el lobby no era necesario de hecho para mantener la actitud proisraelí de Gran Bretaña, con independencia de la indignación fomentada. Thatcher reveló plenamente sus simpatías en 1986, cuando se convirtió en la primera política británica que visitó Israel en calidad de primera ministra.

Durante su mandato, Thatcher mostró en conjunto un respaldo a la posición de Israel, y el viaje le hizo también admirar los logros del país. Pese a ese respaldo general, un examen más minucioso de sus políticas nos permite observar áreas en las que condenaba de manera muy sincera las acciones israelíes. Como Edward Heath, no dudó en levantar el espectro de los contratos de armamento y los embargos cuando mantuvo conversaciones más duras con los israelíes. Cuando Israel bombardeó el reactor nuclear iraquí de Osirak, en 1981, Thatcher calificó la operación de «quebrantamiento grave del derecho internacional» y «cuestión dolorosa»[128]. Cuando invadió Líbano, en 1982, Thatcher se unió a otros países europeos en la imposición a Israel de un embargo de armas que duró hasta 1994.

Estas condenas y otras actitudes que Thatcher adoptó eran más pragmáticas que cualquier otra cosa. Los Archivos Nacionales de Reino Unido contienen correspondencia entre el círculo cercano de Thatcher, propiciada por ella y el Foreign Office, acerca de la viabilidad de un Estado palestino, muy poco después de su subida al poder. La discusión giraba en torno a la perspectiva de crear una versión palestina de los bantustanes sudafricanos, adscrita de cerca a Jordania, como forma de cumplir de las promesas hechas públicamente por Jimmy Carter y Margaret Thatcher de que respetarían la soberanía y los derechos políticos de los palestinos, y que contribuyeron más tarde a lo que Dana El Kurd describe como un uso inadecuado y una manipulación del concepto de soberanía en relación con Palestina[129]. En esta correspondencia, el discurso de Harrogate reaparece como punto de referencia: «el aspecto crucial del problema con Israel es que creemos desde Harrogate que las fronteras que había el 5 de junio de 1967 son las que deben respetarse»[130]. La perspectiva actual nos permite ver lo equivocado que estaba el Foreign Office al pensar siquiera que sus afirmaciones tuvieran importancia alguna.

Así, mientras que, influidos por el lobby proisraelí interno, los gobiernos laboristas anteriores a 1979 hicieron todo lo posible por borrar el «peligroso» legado del discurso de Harrogate, los conservadores pragmáticos entendieron que no había necesidad de hacerlo. Solo lord Carrington, secretario del Foreign Office con Thatcher, se salió de este enfoque de la cuestión palestina. Parece que su respaldo a las aspiraciones

de independencia y autodeterminación palestinas no solo nacía del pragmatismo conservador sino que estaba también motivado por una preocupación genuina por los palestinos sometidos a la ocupación israelí. Sus compromisos sinceros afectaron en ocasiones a la propia actitud de Thatcher. Uno de esos momentos se dio cuando Thatcher se reunió en 1986, en el consulado británico en Jerusalén Este, con líderes palestinos de Cisjordania y de la Franja de Gaza. La reunión estuvo precedida por un polémico encuentro entre Thatcher e Isaac Rabin, entonces ministro israelí de Defensa, en el que la primera ministra británica le rogó que aliviase la opresión a la que estaban sometidos los palestinos. Thatcher calificó la reunión con Rabin de improductiva, en contraste con el encuentro cálido y constructivo que mantuvo con la parte palestina. Por una vez, el lobby no se molestó en responder. Entendieron que unas cuantas palabras amables de una primera ministra británica carecían de importancia[131].

Hicieron bien. Desde el comienzo de su mandato, a Thatcher le parecieron inaceptables las reacciones histéricas de los israelíes a cualquier indicio de cambio de política. Con frecuencia, no se dignó siquiera a responderlas. Después de todo, no tenía sentido; no deseaba romper el consenso británico sobre esta cuestión. Siguió funcionalmente las mismas políticas proisraelíes que sus predecesores. De nuevo, esto no se debió a la presión ejercida por el lobby proisraelí en Gran Bretaña, sino por el contrario al éxito muy anterior del lobby prosionista, antes de 1948, en convertir el apoyo a la creación del Estado judío en Palestina en un interés nacional británico, que todos los gobiernos habían dado por sentado desde 1948.

Como en muchas partes de Occidente, sin embargo, la sociedad civil británica estaba mucho menos satisfecha con el consenso, y experimentó un giro drástico hacia el apoyo a la causa y la lucha palestinas. Esta evolución comenzó en 1967, y ganó impulso en las décadas de 1970 y 1980.

TRASLADANDO LA BATALLA A LA SOCIEDAD CIVIL

El 6 de junio de 1982, el ejército israelí invadió Líbano, usando como pretexto un intento de asesinato contra el embajador israelí en Londres, Shlomo Argov. Ariel Sharon, ministro de Defensa israelí y arquitecto de la

invasión, culpó a la OLP del intento, y la relacionó con el lanzamiento continuo de cohetes desde el sur de Líbano a Israel, que se intensificó en 1981 (aunque para entonces los estadounidenses ya habían logrado un inestable alto el fuego entre ambas partes).

Los documentos desclasificados revelan que Sharon estaba frustrado por su incapacidad de implantar líderes proisraelíes como alternativa a la OLP en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza. Afirmó que la destrucción de la principal base de la OLP, situada en Beirut y en el sur de Líbano, facilitaría su búsqueda de colaboradores. A medida que avanzaba la invasión, Sharon ideó otro plan ambicioso, instalar un presidente maronita proisraelí en Beirut, y de ese modo amplió el alcance de la invasión, que condujo también a un choque directo con el ejército sirio. De mayor importancia fue que esta estrategia profundizó la división en Líbano entre los falangistas, principalmente cristianos maronitas militantes, y los palestinos residentes en campamentos de refugiados instalados en el sur de Beirut y en el sur de Líbano. La situación explotó de la manera más horrible en septiembre de 1982, cuando los falangistas, bajo la mirada atenta del ejército israelí, masacraron a un número comprendido entre ochocientos y dos mil refugiados que vivían en dos campamentos ubicados al sur de Beirut: Sabrá y Shatila.

La invasión fue una operación brutal, que incluyó constante fuego de artillería y bombardeos aéreos de Beirut y provocó la huida de cientos de miles de libaneses hacia el norte del país. Los israelíes permanecieron en muchas de las partes invadidas aproximadamente hasta el año 2000, y establecieron un duro régimen militar que incluyó el establecimiento de campos de detención infames como Khiam, donde torturaban y encarcelaban sin juicio a palestinos y libaneses. Al mismo tiempo, la resistencia libanesa, liderada por la minoría chií residente principalmente en el sur de Líbano, infligió un elevado número de bajas al ejército israelí, obligándolo finalmente a retirarse del país.

Las escenas de Líbano se mostraron en los televisores de los hogares británicos y animaron a miembros de la sociedad civil a institucionalizar la defensa de los palestinos. Uno de los primeros sectores en los que se produjo esta evolución fue el movimiento sindical. Hemos visto que en la época de actividad del LMEC, a finales de la década de 1960, no se logró establecer un grupo de Amigos de Palestina en el TUC. Como

consecuencia de la invasión, se hizo posible la creación de este nuevo grupo, liderado al principio por el dinámico George Galloway.

Los defensores de Israel atribuyeron típicamente los éxitos del grupo palestino en el TUC a la falta de un lobby proisraelí eficiente dentro de la organización; una conclusión absurda dada la intensa actividad lobista llevada a cabo desde la década de 1940. Pero era más fácil culpar al mensajero de este fracaso que reexaminar el mensaje. La Histadrut consideró al grupo palestino integrado en el TUC una verdadera amenaza, y mandó un enviado especial desde Tel Aviv, Yonah Yagol, a asesorar a los miembros proisraelíes del TUC y establecer con ellos Amigos Sindicalistas de Israel [Trade Union Friends of Israel]. Yagol envió a Israel informes tan exagerados que sus lectores debieron de concluir que la violencia era el método principal para convencer a los miembros del TUC de que se preocupasen por Palestina[132].

No fue solo la invasión de Líbano la que perjudicó la actividad lobista proisraelí en Gran Bretaña. Ya antes de la invasión, el ascenso del partido derechista Likud provocó incomodidad entre la comunidad judía británica, hasta tal punto que las autoridades británicas oyeron cómo la Junta de Diputados planteaba reservas acerca de la política aplicada por Menahem Begin y Ariel Sharon en relación con los palestinos. Por eso Thatcher pudo comunicar con sinceridad al rey Husein que creía tener dentro de la comunidad anglojudía aliados contra las políticas de Begin.

La evolución derechista de Israel y la desaparición del sionismo progresista aceleraron el giro de la opinión pública británica en contra de Israel y hacia un apoyo tentativo a la causa palestina. Los años de Thatcher pusieron de manifiesto que existía un abismo entre los engaños de la política oficial respecto a Palestina, y el cambio sísmico experimentado en esta cuestión por la opinión pública. Esta brecha se observó con mucha más fuerza primero en Gran Bretaña, pero a continuación fue Estados Unidos. De ese modo, mientras que la política de Thatcher permaneció fiel al precedente británico, la sociedad civil mostraba una simpatía creciente hacia los palestinos, acompañada de una nueva voluntad de afrontar las acciones de Israel con el mismo espíritu de entusiasmo con el que el movimiento antiapartheid mostraba su solidaridad con el Congreso Nacional Africano.

Esta situación paradójica llevó al lobby a dirigir su atención a la

sociedad civil local. Viejas entidades como la veterana Federación Sionista Inglesa, ahora denominada Federación Sionista de Gran Bretaña, fueron llamadas de nuevo a difundir el punto de vista israelí entre la ciudadanía, al mismo tiempo que trabajaban con firmeza para convencer a los anglojudíos de que emigrasen a Israel, un mensaje contradictorio como pocos, jactarse de formar parte de la antigua democracia británica y al mismo tiempo animar a los judíos a abandonar el país para dirigirse a Israel. Si bien esta anomalía agitó la Junta de Diputados, sumiéndola en una crisis de identidad entre ser una embajada para Israel y un parlamento para los judíos británicos, la Federación Sionista encontró fácilmente su canal y asumió la defensa de Israel ante la sociedad civil en general, no solo ante los poderosos.

Bajo el enérgico liderazgo de Eric Moonman, la Federación Sionista seleccionó como primer objetivo dos secciones de la prensa británica, para intentar detener el crecimiento del sentimiento propalestino en la sociedad civil británica. Este esfuerzo comenzó en 1977. En junio de ese año, *The Sunday Times* publicó una noticia en primera página y un reportaje de investigación «en profundidad» de cuatro páginas informando sobre las torturas a las que eran sometidos los presos palestinos en los territorios ocupados. La embajada israelí en Londres calificó las afirmaciones de «calumnia despiadada, puesto que está insultando a la única democracia y al único sistema judicial independiente de la zona»[133]. La respuesta de la embajada fue engañosa. Amnistía Internacional y otras organizaciones de derechos humanos, en especial el Comité Público Contra la Tortura en Israel, corroboraron los métodos brutales usados por los fiscales israelíes para interrogar a palestinos[134].

Moonman presentó ante el Consejo de Prensa británico tres quejas acerca del reportaje publicado en *The Sunday Times,* lo que supuso el comienzo de una tendencia perniciosa en la que los reguladores de los medios británicos se vieron inundados de infinitas quejas presentadas por supuestos defensores de Israel, pese a que los medios británicos eran indudablemente proisraelíes. En las quejas, Moonman exigía que, antes de publicar artículos sobre las políticas de Israel, la prensa solicitase la opinión de sus autoridades. En aquel momento no logró lo que pretendía, sus protestas fueron desestimadas.

Por aquella época, no todos los caprichos de Moonman estaba

respaldados por el conjunto de la comunidad anglojudía. La némesis de Moonman a este respecto fue *The Jewish Quarterly,* una publicación fundada en 1953 que se centraba en asuntos judíos, tanto nacionales como extranjeros. El director de la revista dudaba de que la campaña paranoica de Moonman fuese adecuada, y cuestionaba las afirmaciones acerca del antisemitismo creciente en Gran Bretaña. Pero Moonman era suficientemente poderoso como para obligar al director de *The Jewish Quarterly* a dimitir, una de las pocas victorias que obtuvo en su misión lobista[135]. Animado por este éxito, se dedicó a institucionalizar un organismo que pondría en su punto de mira a los medios de comunicación británicos, vigilando su actitud hacia Israel, se trataba del BIPAC: el Comité de Asuntos Públicos Británicos-Israelíes [British-Israel Public Affairs Committee].

EL BIPAC Y EL FINAL DE LA ERA THATCHER

Moonman creó el BIPAC mientras trabajaba en la Junta de Diputados, dándole una forma similar a la del AIPAC estadounidense. En esencia, fue un intento de liberar a los judíos británicos de la bipolaridad sufrida por muchas entidades, que no lograban compaginar adecuadamente la representación de los intereses judíos en Gran Bretaña con la actividad como grupo de defensa de Israel. Este reto no derivaba de que en las organizaciones existiesen dudas internas acerca de la validez de su activismo –eran verdaderos creyentes– sino del giro que se estaba dando en la opinión pública británica en referencia a Israel, en particular entre los sectores izquierdistas y liberales del espectro político.

Con Moonman colaboró Zelda Harris, situada en el número cinco de la lista Aliyah 100 confeccionada por *The Times of Israel.* Con esto se hacía referencia a que su historia había sido una de las más significativas, convincentes e interesantes de los judíos británicos que habían decidido convertir Israel en su hogar. En *The Times of Israel* y en *The Jerusalem Post,* Harris explicó en un conmovedor relato cómo había decidido emigrar a Israel después de que los horrores del Holocausto la convirtieran al sionismo. Pero esta no es la principal razón por la que fue incluida como número cinco en la lista de Aliyah; hizo algo más importante que emigrar a Israel a una edad relativamente joven: ayudó a fundar el BIPAC después

de que, de acuerdo con quienes la nombraron candidata, la ciudadanía británica se volviese «hostil», tras la invasión de Líbano por parte de Israel en 1982.

Harris puede considerarse la persona que institucionalizó un programa de visitas propagandísticas a Israel de responsables políticos y creadores de opinión, con la esperanza de que se convirtiesen en defensores de Israel a su regreso a Gran Bretaña. Este trabajo comenzó en 1983 y duró hasta 1999.

El BIPAC salió a la atención pública dos años después de su fundación. Dirigió una campaña contra la llegada de miembros de la OLP dentro de la delegación jordano-palestina invitada a Londres por el Gobierno en 1985. La invitación se anuló, pero no está claro que la razón fuese la campaña del BIPAC (de acuerdo con *The New York Times,* la delegación se negó a firmar una declaración conjunta que no se adaptase a la posición de la OLP)[136]. El Gobierno de Thatcher hizo con posterioridad un gran esfuerzo para disculparse ante Jordania y Arabia Saudí por la cancelación de la visita. Thatcher quería principalmente rebajar tensiones con Arabia Saudí, en un momento en el que estaba a punto de cerrar el contrato de al-Yamamah: un acuerdo de venta de armamento al Reino por valor de 5.000 millones de libras, firmado en febrero de 1986[137].

La propia Thatcher se mostró desafiante respecto a la firma del contrato en una reunión que mantuvo con periodistas israelíes el 30 de septiembre de 1985:

> No, no creo que Arabia Saudí ataque jamás a Israel, jamás, jamás, jamás. Arabia Saudí es en realidad un bastión de estabilidad en Oriente Próximo y, como ustedes saben, ha adoptado una posición muy responsable en muchos asuntos que podían haber desestabilizado la zona. Y también tiene derecho a defenderse[138].

Al BIPAC no le interesaba tanto impedir que Arabia Saudí recibiera un enorme suministro de armamento británico como lo que Israel consideraba la compensación a cambio del contrato: impedir que los miembros de la OLP viajasen a Londres como parte de la delegación conjunta. Ya entonces, la insignificancia del acontecimiento era obvia, pero aun así el BIPAC entró en una cruzada, esperando ejercitar sus músculos[139].

El BIPAC no fue tan eficaz como el lobby proisraelí en general; es decir, quienes trabajaban en pro de la causa en la embajada israelí, la Junta de

Diputados y la Federación Sionista. En último término, el BIPAC demostró ser una de las empresas de lobby menos exitosas, y cerró en 1999 por falta de fondos. Probablemente fracasó porque otros organismos dedicados a hacer lobby a favor de Israel no recibieron con agrado su existencia. Tuvo cierto éxito mientras estuvo dirigido por Michael Sacher, vicepresidente de Marks & Spencer y presidente de Colecta Conjunta para Israel (la principal recaudadora de fondos para la causa). La posición central de Sacher en la actividad lobista a favor de Israel más en general benefició al BIPAC, pero cuando él la dejó, a la entidad le resultó imposible reunir el presupuesto necesario para llevar a cabo su ambicioso plan de disciplinar a los medios de comunicación británicos, y tuvo que cerrar[140].

Uno de los proyectos fracasados del BIPAC fue el anuncio de un modesto premio de 500 libras, financiado en parte por la Organización Sionista Mundial, para cualquiera que escribiese un artículo de opinión favorable a Israel; era un concurso, y lo ganó la famosa escritora de literatura infantil Lynne Reid Bankds, firme defensora de Israel. Recibió el premio por un artículo que escribió en *The Guardian*[141].

Irónicamente, un año antes de desvanecerse en la nada, el BIPAC recibió un gran elogio de *The Jerusalem Post,* por «tener un impacto significativo en los medios de comunicación a menudo hostiles y en el escalafón político en las dos últimas décadas[142]. El artículo se mostraba muy impresionado por una publicación esotérica llamada *BIPAC Briefing*. El logro más importante del BIPAC fue el de haber convencido a importantes periodistas árabes de viajar a Israel bajo sus auspicios. También se congratulaba de mantener fuertes vínculos con la industria militar y los aparatos de seguridad en Gran Bretaña. En su último año, se jactó de haber conseguido situar a parte de su personal entre los «altos asesores estratégicos» de Jordania, Turquía e Israel, así como entre los consultores de una importante conferencia celebrada en Londres para tratar sobre cuestiones mundiales[143].

En último término, el BIPAC no influyó en la seguridad mundial ni en la política británica respecto a Israel. Después de todo, permaneció activo durante el mandato de una primera ministra que se mantuvo en el cargo más tiempo que cuatro primeros ministros israelíes: Begin, Peres, Shamir y Netanyahu. Thatcher tuvo problemas similares con todos ellos, pero en

esencia sus políticas eran proisraelíes y no exigieron mucho trabajo por parte del lobby proisraelí en Gran Bretaña. Sus sucesores, John Major, Tony Blair y Gordon Brown tampoco han sido causa de preocupación, pero la sociedad civil ha seguido planteando un problema.

Esta fue la realidad que caracterizó en general la política británica respecto a Israel desde 1948 hasta el final del siglo XX. Como veremos, la imagen no difirió mucho de la del otro lado del Atlántico. Las políticas estadounidenses y británicas del pasado permitieron la colonización sionista de Palestina antes de 1948, toleraron la limpieza étnica del territorio, legitimaron el Estado de Israel después de la Nakba, y con acciones, aunque no con palabras, aceptaron la anexión israelí de aquellas partes de la Palestina histórica (Cisjordania y Gaza) no adquiridas por el Estado judío en 1948. Los medios usados por Israel para controlar a millones de palestinos, desde la segregación hasta la ocupación y la limpieza étnica, movieron a las sociedades de ambos lados del Atlántico a cuestionar no solo las políticas, sino también la ideología y los fundamentos de Israel. Al lobby ya no se le pedía solo que defendiese una u otra política, sino también la legitimidad misma de un activo Estado colonial de asentamiento entre personas que ya no creían en el mito de que Israel era la única democracia de Oriente Próximo.

---

[1] Citado en Ron Fuchs y Gilbert Herbert, «Austen St. Barbe Harrison and the Representational Buildings of the British Mandate in Palestine, 1922-1937», *Architectural History* 43 (2000), pp. 281-333.

[2] *Ibid.*

[3] *Ibid.*

[4] *Ibid.*

[5] Alan Cunningham, «Palestine - The Last Days of the Mandate», *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs) 24, 4 (octubre de 1948), p. 490.

[6] Véase la descripción de estos contactos en Avi Shlaim, *Collusion across the Jordan. King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine,* Nueva York, Columbia University Press, 1988.

[7] Ilan Pappe, *The Ethnic Cleansing of Palestine,* Londres y Nueva York, Oneworld Publications, 2007 [ed. cast.: *La limpieza étnica de Palestina,* Barcelona, Crítica, 2008].

[8] James Vaughan, «"Keep Left for Israel": Tribune, Zionism and the Middle East, 1937-1967», *Contemporary British History* 27, 1 (marzo de 2013); véanse también Cecil Brown, «The British Labour Party and Palestine, 1917-1948», *Jewish Historical Studies* 36 (1999-2001), p. 154; e Ian Mikardo, *Backbencher*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1988, pp. 98-99.

[9] J. Vaughan, *op. cit.,* p. 11.

[10] Citado en *ibid.,* p. 13.

[11] Ronnie Fraser, «The TUC and the Histadrut, 1945-1982. A Problematic Relationship», tesis doctoral presentada en la Royal Holloway, 1982, p. 71.

[12] *Ibid.,* pp. 236-237.

[13] *Ibid.,* p. 240.

[14] Crónica enviada desde Londres y publicada en *Davar* el 13 de noviembre de 1955.

[15] Véase Avi Shlaim, «Conflicting Approaches to Israel's Relations with the Arabs: Ben-Gurion and Sharett, 1953-1955», *The Middle East Journal* 37, 2 (1983), pp. 180-201.

[16] Se llamaba Operación Flecha Negra; véase Benny Morris, *Righteous Victims. A History of Zionist-Arab Conflict, 1881-1999,* Londres, Vintage, 2001, p. 283.

[17] Nigel John Ashton, *Eisenhower, Macmillan and the Problem of Nasser. Anglo-American Relations and Arab Nationalism, 1955-59*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 1996, p. 50.

[18] *The Observer,* 20 de noviembre de 1955.

[19] William Burns, *Economic Aid and American Policy towards Egypt, 1955-1981,* Albany, State Univerity of New York Press, 1985, p. 45; Orna Almog, *Britain, Israel and the United States, 1955-1958. Beyond Suez,* Londres y Nueva York, Routledge, 1985, p. 51.

[20] Véase *Hansard,* debate del 12 de diciembre de 1955, en [https://hansard.parliament.uk/commons/1955-12-12/debates/1969970a-47b7-9a01-a79a73a01ec6/CommonsChamber].

[21] *Ibid.*

[22] Véase R. Fraser, *op. cit.*, p. 34; Ronald Haym, *Britain's Declining Empire: The Road to Decolonisation, 1918-1968,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 396; Stephen Howe, *Anticolonialism in British Politics,* Oxford, Clarendon Press, 1993, pp. 268-293.

[23] R. Fraser, *op. cit.,* p. 38.

[24] *Ibid.*

[25] Citado en June Edmunds, *The Left and Israel: Party-Policy Change and Internal Democracy,* Londres y Nueva York, MacMillan Press, 2000, p. 56.

[26] *Ibid.,* pp. 42-46.

[27] Todd M. Endelman, *The Jews of Britain, 1656-2000,* Berkeley, University of California Press, 2002, p. 235.

[28] [www.youtube.com/watch?v=69bNe_o7OIQ?_ref=vk.api].

[29] Véase la famosa viñeta que describe todo el asunto en [https://socialistworker.co.uk/features/labour-in-cartoons-4-1957-aneurin-bevan-goes-nuclear/].

[30] Para ampliar este tema, véase Raphael Langham, «The Bevin Enigma: What Motivated Ernest Bevin's Opposition to the Establishment of a Jewish State in Palestine», *Jewish Historical Studies* 44 (2012).

[31] Véase la información en la Jewish Telegraphic Agency [www.jta.org/archive/bevan-urges-arabs-to-abandon-their-boycott-of-israel].

[32] *Ibid.*

[33] J. Vaughan, *op. cit.,* p. 6.

[34] *Ibid.,* pp. 84-85.

[35] Geoffrey Goodman, *The Awkward Warrior. Frank Cousins: His Life and Times,* Londres, Davis-Poynter, 1979, pp. 536-537.

[36] Lo he analizado en detalle en Ilan Pappé, *The Biggest Prison on Earth. A History of the Occupied Territories,* Londres y Nueva York, Oneworld, 2017 [ed. cast.: *La cárcel más grande de la Tierra. Una historia de los territorios ocupados,* Madrid, Capitán Swing, 2018].

[37] Liddell Hart Centre, Londres, Mayhew Papers, volumen 9/4, transcripción de *Panorama,* efectuada a partir de la retransmisión, 5 de junio de 1967. También citado en James Vaughan, «Mayhew's Outcasts: Anti-Zionism and the Arab Lobby in Harold Wilson's Labour Party», *Israel Affairs* 21, 1 (2015), pp. 27-47.

[38] *Ibid.*

[39] *Ibid.,* p. 30.

[40] *Ibid.*

[41] *Ibid.,* p. 29.

[42] Véase Omar J. Salamanca *et al.,* «Past is Present: Settler Colonialism in Palestine», *Settler Colonial Studies* 2, 1 (2012), número especial.

[43] J. Vaughan, «Mayhew's Outcasts: Anti-Zionism and the Arab Lobby in Harold Wilson's Labour Party», cit., p. 29.

[44] *The Sunday Times,* entrevista, 15 de junio de 1969.

[45] Philip Ziegler, *Wilson. The Authorised Life of Lord Wilson of Rievaulx,* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1993, pp. 340-341.

[46] J. Vaughan, «Mayhew's Outcasts: Anti-Zionism and the Arab Lobby in Harold Wilson's Labour Party», cit., p. 39.

[47] The National Archives, Londres, PREM 1, discurso de George Brown, 21 de junio de 1967.

[48] Arieh Kochavi, «George Brown and British Policy towards Israel in the Aftermath of the Six Day War», *Israel Studies* 22, 1 (primavera de 2017), pp. 1-23, ofrece un análisis en profundidad del discurso de Brown.

[49] Moshe Gat, «Britain and Israel Before and After the Six Day War, June 1967: From Support to Hostility», *Contemporary British History* 18, 1 (2004), p. 65.

[50] Frank Brenchley, *Britain and the Middle East: Economic History,* Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 2001, p. 154.

[51] *Maariv,* 2 de noviembre de 1967.

[52] Véase I. Pappe, *The Biggest Prison on Earth,* cit.

[53] M. Gat, *op. cit.,* p. 67.

[54] *Ibid.*

[55] Véase Pappe, *The Biggest Prison on Earth,* cit.

[56] Philip Rawstone, «MPs Accuse Mr Brown of "Taking Sides"», *The Guardian,* 23 de junio de 1967.

[57] Robert Philpot, «When the UK's Left-Wing Prime Minister was One of Israel's Closest Friends», *The Times of Israel,* 30 de marzo de 2019.

[58] *Ibid.*

[59] *Ibid.*

[60] *Ibid.*

[61] *Ibid.*

[62] *Ibid.*

[63] Citado en R. Philpot, *op. cit.*

[64] Harold Wilson, *The Chariot of Israel: Britain, America, and the State of Israel,* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1981, p. 2.

[65] «Wilson, True Friend of Israel», *The Jewish Chronicle,* 7 de octubre de 2014.

[66] Todas las citas son de R. Philpot, *op. cit.*

[67] H. Wilson, *op. cit.,* p. 123.

[68] A. Kochavi, *op. cit.,* p. 5.

[69] M. Gat, *op. cit.*

[70] Greer Fay Cashman, «Selling Israel», *The Jerusalem Post*, 26 de noviembre de 1990.

[71] Peter Niesewand, «More Protests at PLO Visit», *The Guardian*, 11 de agosto de 1975.

[72] J. Vaughan, «Mayhew's Outcasts: Anti-Zionism and the Arab Lobby in Harold Wilson's Labour Party», cit., p. 31.

[73] *Ibid.,* p. 35.

[74] G. Goodman, *op. cit.,* pp. 536-537.

[75] Basado en los documentos de Mayhew que se conservan en el Liddell Hart Centre de Londres, citado por J. Vaughan, «Mayhew's Outcasts», cit., p. 36, nota 101.

[76] *Ibid.,* p. 32.

[77] R. Fraser, *op. cit.,* p. 646.

[78] The National Archives, Londres, FCO 17/20, Foggon Minute, 5 de enero de 1968.

[79] *Ibid.*

[80] Lord Home, *The Way the Wind Blows,* Londres, Collins, 1976, apéndice B.

[81] *Ibid.*

[82] *Ibid.*

[83] *Hansard* parlamentario, 22 de octubre de 1973.

[84] Lord Home, *op. cit.,* p. 260.

[85] Muhammad Hasrul Zakariah, «British Policy on the Palestinian Question in the Middle East Peace Negotiations: From Conservative to Labour (1970-1979)», *International Journal of Academic Research in Business and Social Sciences* 8, 11 (2018), p. 1080.

[86] *Ibid.;* y véase Lord Home, *Way,* y M. H. Zakariah, *op. cit.,* p. 1074, citando a Parson el 24 de octubre de 1973.

[87] Lord Home, *op. cit.,* p. 258.

[88] Documento preparado por Alastair Noble para la Foreign and Commonwealth Office, sin datar, disponible en [www.diplomatie.gouv.fr/IMG/pdf/ONU_alastair_noble.pdf].

[89] Véase P. Rawstone, *op. cit.*

[90] Eric Marsden, «Anti-British Feeling Runs High in Jerusalem», *The Times,* 17 de octubre de 1973, p. 9; Eric Marsden, «Bitter Attack on Britain by Mr Eban», *The Times,* 25 de octubre de 1973, p. 8.

[91] The National Archives, Londres, CAB/128/53/14, reunión del Gabinete, 8 de noviembre de 1973.

[92] *Ibid.*

[93] M. H. Zakariah, *op. cit.*

[94] *Ibid.,* p. 1080.

[95] J. Vaughan, «Keep Left», cit., p. 13.

[96] Christopher Mayhew, «Redressing the Balance», en *The Council for the Advancement of Arab-British Understanding. The First 25 Years, 1967-1992,* Londres, CAABU, 1992.

[97] *Yedioth Ahronoth,* 28 de noviembre de 1976 (en hebreo).

[98] *The Jewish Chronicle,* 29 de marzo de 1974.

[99] Citado en J. Vaughan, «Keep Left for Israel», cit., p. 17.

[100] Uri Davis, *The JNF/KKL. A Charity Complicit with Ethnic Cleansing,* Londres, MEMO Publications, 2023.

[101] Citado en R. Philpot, *Margaret Thatcher the Honorary Jew. How Britain's Jews Helped Shape the Iron Lady and her Beliefs,* Londres, Biteback Publishing, 2018, p. 33.

[102] Disponible en [https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1974/oct/30/debate-on-the-address].

[103] James Callaghan, *Time and Change,* Londres, HarperCollins, 1987, p. 290.

[104] Tim Bishop, «The Question of Palestine in Harold Wilson's Labour Party, 1970-1976», *Webster Review of International History* 1, 1 (2001), p. 14.

[105] *Ibid.*

[106] Nigel Ashton, «"A Local Terrorist Made Good": The Callaghan Government and the Arab-Israeli Peace Process, 1977-79», *Contemporary British History* 31, 1 (2017), p. 116.

[107] *Hansard,* 21 de marzo de 1979.

[108] Declaración conjunta aprobada el 29 de junio de 1977.

[109] N. Ashton, «"A Local Terrorist Made Good": The Callaghan Government and the Arab-Israeli Peace Process, 1977-79», cit., p. 126.

[110] *Issues and Answers,* 2 de febrero de 1975.

[111] *Hansard* parlamentario, 25 de junio de 1975.

[112] Citado en M. H. Zakariah, *op. cit.,* p. 1080.

[113] Citado en *ibid.*

[114] Avi Shlaim, *Lion of Jordan: The Life of King Husein in War and Peace,* Londres, Penguin, 2008.

[115] N. Ashton, «"A Local Terrorist Made Good": The Callaghan Government and the Arab-Israeli Peace Process, 1977-79», cit., p. 113.

[116] M. H. Zakariah, *op. cit.,* p. 1082.

[117] N. Ashton, «"A Local Terrorist Made Good": The Callaghan Government and the Arab-Israeli Peace Process, 1977-79», cit., p. 123.

[118] The National Archives, Londres, FCO 93/1562, carta de Owen a Moonman, 27 de noviembre de 1978.

[119] Telegrama enviado a Londres por Michael Tait desde la embajada británica en Amman, citado en *The Jewish Chronicle,* 5 de octubre de 2012.

[120] R. Philpot, *Margaret Thatcher the Honorary Jew. How Britain's Jews Helped Shape the Iron Lady and her Beliefs,* cit.

[121] Azriel Bermant, *Margaret Thatcher and the Middle East,* Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

[122] *Ibid.,* p. 44.

[123] «When Thatcher Turned against Israel», *Jewish Chronicle,* 5 de octubre de 2012.

[124] *Ibid.*

[125] N. Ashton, «"A Local Terrorist Made Good": The Callaghan Government and the Arab-Israeli Peace Process, 1977-79», cit., p. 126.

[126] *Ibid.*

[127] *Ibid.*

[128] A. Bermant, *op. cit.,* p. 62.

[129] Dana El Kurd, *Polarized and Demobilized. Legacies of Authoritarianism in Palestine,* Londres, C. Hurst and Co., 2019.

[130] The National Archives, Londres, FCO 93/1562, G. Walden al ministro de Defensa, 23 de septiembre de 1979.

[131] *The Guardian*, 27 de mayo de 1986.

[132] Esta correspondencia se aborda al completo en la excelente tesis de R. Fraser, *op. cit.*, pp. 195-202.

[133] «Israel Denies Torture of Arab Prisoners», *the Times,* 20 de junio de 1977.

[134] Amnistía Internacional, *Amnesty International Report 2017/18 - Israel and the Occupied Territories,* 22 de febrero de 2018, pp. 207-211.

[135] Colin Shindler, «Media: New Moon's Guiding Light –Colin Shindler on a Magazine Aiming to Attract a Generation of Disaffected Jews», *The Guardian,* 10 de septiembre de 1990.

[136] Jo Thomas, «Britain Calls Off a Meeting with Jordan-Palestine Unit», *The New York Times,* 15 de octubre de 1985.

[137] A. Bermant, *op. cit.,* p. 132.

[138] Citado en *ibid.,* p. 134.

[139] *Ibid.*

[140] Douglas Davis, «Britain's BIPAC Israel Lobby Goes Bust», *The Jerusalem Post,* 6 de diciembre de 1999.

[141] «UK News in Brief: Prize for Article in Guardian/Lynne Reid Banks», *The Guardian,* 18 de junio de 1986.

[142] Jay Bushinsky, «Fatchett Meets PM Today, Arafat Tomorrow», *The Jerusalem Post,* 14 de enero de 1998.

[143] D. Davis, «Britain's BIPAC Israel Lobby Goes Bust», cit.

8. El lobby proisraelí en el Estados Unidos del siglo XX

DE FLUSHING MEADOWS A LAKE SUCCESS: EL PRIMER RETO PARA EL LOBBY

Tras su nacimiento en 1945, Naciones Unidas buscó espacios apropiados para convocar las reuniones de sus principales organismos, como la Asamblea General y el Consejo de Seguridad. Una de las primeras ubicaciones fue el antiguo Pabellón de la Ciudad de Nueva York en el Flushing Meadows-Corona de Queens Park, que albergó la Feria Mundial entre 1939 y 1940 (y en el que en la actualidad está ubicado el Queens Museum)[1].

El 5 de mayo de 1947, la revista *Time* envió una reportera a Flushing Meadows. ¿A qué quieres ir a Flushing Meadows, tesoro?», le preguntó un taxista de Manhattan. «Voy a las Naciones Unidas», contestó ella. «Ah, vale», le dijo el taxista guiñándole un ojo. «En mis tiempos era un sitio para enamorados». La periodista escribió una semana después:

> Las llanuras de Flushing no fueron la semana pasada un paseo para enamorados. En Naciones Unidas, los hijos enfrentados de Sem se habían reunido para disputarse el derecho a su antiguo lugar de residencia. El problema de Palestina absorbió al tribunal de 55 naciones de la Asamblea General.

Y he aquí cómo resumió la posición estadounidense:

> Estados Unidos también se hizo el tímido. Primero animó a los sionistas, al oponerse a la celebración de un debate completo sobre el caso de Palestina en esta sesión. Después los decepcionó, al votar contra la admisión de la Agencia Judía en el salón de la Asamblea[2].

Flushing Meadows es donde fue reconocido el Estado judío, el 29 de noviembre de 1947, después de que, en febrero de 1947, Gran Bretaña dejase la cuestión de Palestina en manos de Naciones Unidas. El lobby prosionista en Estados Unidos desempeñó un papel fundamental en esos nueve meses de 1947 en los que Naciones Unidas presentó su propia visión sobre el futuro de Palestina después del Mandato. El lobby no solo

se centró en la posición estadounidense, sino que también se dedicó a influir en las posiciones de otros países miembros de Naciones Unidas.

El principal reto estaba en lograr que a Estados Unidos le interesase asumir una participación central en estas deliberaciones. Para Washington, la cuestión más acuciante en la agenda internacional era el futuro de Alemania, y para eso no necesitaba una nueva organización internacional. Algo interesante es que la Unión Soviética tampoco estaba profundamente involucrada. Tanto los estadounidenses como los soviéticos querían que Naciones Unidas se centrase en aquellos conflictos regionales en los que los intereses de las superpotencias no chocaban: Palestina era uno de ellos. Las dos superpotencias acordaron, en consecuencia, asumir una posición secundaria cuando Naciones Unidas decidió enviar una comisión de investigación, que no incluyó ningún representante estadounidense o soviético. De hecho, los soviéticos sugirieron al principio que las dos superpotencias solventasen rápidamente el asunto entre ellas, ya que compartían un punto de vista similar: a saber, que debía haber un Estado judío en alguna parte de la Palestina histórica, pero un comité debía encargarse de elaborar los detalles. Los estadounidenses, sin embargo, lo rechazaron, temiendo que esto permitiese a los soviéticos asumir una posición preponderante en la Palestina posterior al Mandato. Como resultado, una comisión compuesta por once miembros con escasos conocimientos y experiencia fue la encargada de decidir el destino de Palestina, diseñando un plan que acabaría teniendo consecuencias desastrosas para la zona.

La comisión de investigación fue boicoteada por los líderes palestinos y la Liga Árabe, y bien recibida por los sionistas. El lobby prosionista fue reclutado al completo para participar en el proceso. Pudo hacerlo porque algunos de sus miembros destacados ocupaban también cargos oficiales en el núcleo diplomático de la Agencia Judía en Estados Unidos. En consecuencia, cuando la UNSCOP llegó a Nueva York, en abril de 1947, para oír la voz de al menos un palestino dispuesto a comparecer ante ella –Henry Cattan, abogado de Jerusalén y miembro del Alto Comité Árabe (la dirección política oficial de la comunidad palestina desde 1934, que acabó siendo sustituida por la OLP)– el compareciente de la parte contraria fue Abba Hillel Silver, en representación de la Agencia Judía en Estados Unidos.

Estaba claro que las deliberaciones de la UNSCOP tenían dos resultados posibles; podía apoyar la idea de formar un Estado judío en territorio de la Palestina histórica, o considerar Palestina un Estado democrático binacional, en cuyo caso la abrumadora mayoría palestina nativa determinaría el futuro del país. El movimiento sionista animó al Gobierno de Truman, que hasta entonces había mantenido un perfil bastante bajo en las negociaciones, a presionar a los países para que votasen a favor de la primera opción. En cuanto a los once miembros de la comisión, antes incluso de que se reuniesen estaba claro que muchos de ellos respaldaban la idea de dividir Palestina en dos Estados.

Esta impresión se reforzó cuando, el 14 de mayo de 1947, Andréi Gromiko, viceministro de Exteriores de la Unión Soviética, anunció el apoyo de su Gobierno a la creación de un Estado judío en Palestina. Fue un momento muy importante para el lobby, que había observado de cerca el debate entre el Departamento de Estado, opuesto a la partición, y la Casa Blanca, que se inclinaba por ella.

En cualquier caso, a comienzos de noviembre de 1947 la UNSCOP estaba lista para enviar dos informes que serían sometidos a votación en la Asamblea General de Naciones Unidas: un informe minoritario que proponía un Estado binacional, con mayoría e identidad palestinas, y un informe mayoritario que recomendaba la división del país en un Estado árabe y otro judío.

El Departamento de Estado respaldó plenamente el informe minoritario, y el secretario de Estado, George Marshall, estaba también dispuesto a apoyarlo, pero el lobby mantenía un contacto constante con el presidente, que en todo caso se inclinó por la partición. Marshall estaba dividido entre Loy Henderson, director de la Oficina de Asuntos de Oriente Próximo y Africanos, y el presidente. De no haber sido por la insistencia de Truman en apoyar la partición, el secretario de Estado habría dirigido la política estadounidense contra ella.

La cuestión a la que se enfrentaba el lobby era cómo ayudaría Estados Unidos al movimiento sionista, en el mes crucial de noviembre de 1947, a garantizar que la Asamblea General votase a favor de la resolución de partición. La Secretaría de Naciones Unidas determinó que no bastaba una mayoría ordinaria; hacía falta una mayoría de dos tercios. El debate sobre la partición comenzó en Flushing Meadows el 26 de noviembre de 1947. A

la delegación sionista le sorprendió oír hablar al representante de Filipinas en contra de la resolución; lo había contado como voto garantizado a su favor. El lobby concluyó que Estados Unidos no había hecho lo prometido, al no ejercer suficiente presión sobre un país que estaba completamente bajo su dominio. Una sorpresa similar se produjo cuando el representante de Haití, un país también bajo influencia estadounidense y considerado un «voto asegurado», se pronunció contra la Resolución de Partición.

La noche de acción de gracias cayó en 27 de noviembre, y los principales activistas del lobby recordaban que no habían podido disfrutar de su pavo porque estaban ocupados suplicando al presidente que intensificase su presión sobre países remisos como Filipinas y Haití. Estos dos países, junto con Etiopía y Liberia, eran necesarios para alcanzar la mayoría de dos tercios.

Issa Nakhleh, representante del Alto Comité Árabe, escribió al secretario general de Naciones Unidas a finales de febrero de 1948 acerca de lo avergonzado que se había sentido el delegado haitiano cuando se vio obligado a votar a favor de la partición. He aquí un extracto de esa carta:

> El delegado de Haití pronunció el miércoles un discurso muy firme en contra de la partición, por instrucciones de su Gobierno. El sábado, sin embargo, envió una nota a las delegaciones explicando que dichas instrucciones habían cambiado e iba a votar a favor de la partición de acuerdo. El delegado haitiano no encontraba palabras para describir la vergüenza que sentía, y se le vio llorar en el vestíbulo y en la sala de descanso de los delegados. Siendo un hombre sincero y noble, no podía ocultar el hecho de que su Gobierno se había rendido a la presión, y se había visto obligado a cambiar las instrucciones dadas[3].

En septiembre de 1947, el lobby concluyó que solo Estados Unidos podía conseguir la mayoría de dos tercios; y cuarenta y ocho horas antes de la votación, sus redes de contacto tenían que dar el empujón final. Tanto el lobby como los representantes oficiales de la Agencia Judía pasaron las últimas cuarenta y ocho horas alternando entre la sinagoga Emanu-El y la suite de Chaim Weizmann en el Waldorf Astoria. En su mayoría, las reuniones tenían lugar en la sinagoga, una de las mayores del mundo, todavía en pie en la actualidad en la calle 65 Este con Quinta Avenida: un enorme edificio de piedra caliza, que combina aspectos bizantinos y del Románico inicial con el estilo morisco y el Art Deco.

En aquellas horas se reclutó incluso a judíos no sionistas, como un reacio Bernard Baruch, magnate que había hecho su fortuna especulando con el azúcar y que posteriormente se convirtió en uno de los principales industriales de Estados Unidos. Le pidieron que presionara a *The New York Times* para que publicase un artículo de condena a aquellos países que seguían considerando abstenerse o votar en contra de la partición. «Lo hice», le contó a un amigo, pero «todo esto me pone malo»[4].

Dos personas fueron cruciales en este empujón final: el prosionista Sol Bloom, congresista por Nueva York, y David Niles. Niles ejercía de asistente especial del presidente en materia de minorías, y en aquel momento era, como escribe David Friedman, «un asesor judío desconocido y poco apreciado del presidente, y el resto es historia», dando a entender que, al menos en su opinión, el respaldo de Truman a la partición y al reconocimiento de Israel se debió en buena parte a Niles, que trabajó «contra los expertos»[5].

Niles proporcionó al lobby de Nueva York información sobre el estado de ánimo en la Casa Blanca. Parecía que el Gobierno estaba dispuesto a usar sus conexiones con los países reacios para convencerlos de que votasen a favor de la partición; para lograrlo, sin embargo, habría que pedir a miembros destacados de la comunidad empresarial judía de Estados Unidos que ayudasen con la misión.

Los miembros del lobby y la delegación sionista en Naciones Unidas usaron a Niles para transmitir a la Casa Blanca mensajes sobre los intentos que ellos mismos hacían de presionar a los países remisos. Esta acción autónoma indignó a parte del personal de la Casa Blanca y del Departamento de Estado. Matt Connelly, secretario privado del presidente, le redactó un memorando, transmitiéndole una queja del subsecretario Robert Lovett: «nuestro argumento está siendo gravemente dificultado por la fuerte presión ejercida por las agencias judías. Se ha sabido de la existencia de sobornos y amenazas por parte de estos grupos»[6]. Amenazaron a políticos liberianos, diciéndoles que tenían capacidad suficiente de anular una promesa estadounidense de ayudar a explotar los recursos naturales de Liberia. Presión sobre Liberia la ejerció también Harvey Firestone, propietario de la famosa empresa de neumáticos, que recordaba que le habían pedido que convenciera al presidente liberiano de que votase a favor de la partición[7].

Hubo promesas similares de préstamos y ayuda económica a Haití, y de ayuda política a Nicaragua. Lovett informó de que el delegado nicaragüense en Naciones Unidas le había comentado que le habían ofrecido sobornos políticos: «En el caso de Nicaragua, algunos de estos grupos le dijeron al delegado que si cedía intentarían que Estados Unidos los reconociese»[8].

Es interesante que Lovett informase sobre estas quejas, porque el delegado de Filipinas afirmó que había sido Lovett el que había presionado a su Gobierno para que votase a favor. Los «sobornos», por así decirlo, ofrecidos a cambio de votar a favor de la partición, eran de muchos tipos: dinero para los líderes políticos, reconocimiento estadounidense para los países de creación reciente, y ayuda estadounidense a los proyectos de desarrollo local. Todas estas golosinas las prometieron en nombre de Estados Unidos tanto miembros importantes de la comunidad sionista estadounidense como representantes oficiales del país. Entre los países presionados se encontraban China, Ecuador, Paraguay y Grecia[9].

El Congreso Judío Mundial participó en estas negociaciones; era una organización veterana fundada en 1936 para coordinar la diplomacia panjudía para las comunidades judías necesitadas. Era también una organización sionista a sus propios ojos, y a los de quienes colaboraban con ella. Sus actas, sin embargo, no revelan en qué contexto tuvieron lugar las conversaciones mantenidas con los delegados extranjeros[10].

Terminadas las cuarenta y ocho horas, quedó claro que el lobby había hecho bien su trabajo. Pese a las serias reservas del Departamento de Estado, los defensores de Israel disfrutaron el sabor de la victoria. El 29 de noviembre, dos tercios de los miembros votaron a favor de un programa que no tenía en cuenta las aspiraciones palestinas, que incluían el derecho a la autodeterminación, la construcción de un Estado democrático que abarcase toda la Palestina histórica y la integración del país en el mundo árabe. La resolución adoptada por mayoría de dos tercios en la Asamblea General, Resolución 181, ofrecía a los palestinos menos de la mitad de su territorio, y les pedía que mantuviesen una unión económica con el futuro Estado judío (al tiempo que permitía a los ciudadanos de ambos Estados votar en el que prefiriesen de los dos). También establecía un calendario de retirada de los británicos de Palestina (que debería completarse el 15 de

mayo de 1948) y un mapa que demarcaba las fronteras de ambos Estados.

Este no era precisamente el sueño sionista; el movimiento deseaba construir un Estado en una porción mucho mayor de Palestina y compartir el territorio, en todo caso, con Transjordania y no con los palestinos. El movimiento rechazaba también la idea de internacionalizar Jerusalén, una ciudad que deseaba convertir en capital del Estado judío. Una investigación reciente ha demostrado, sin embargo, que esta versión reducida del sueño sionista fue aceptada porque estaba claro que de todas formas los palestinos y el mundo árabe la rechazarían, y lo importante sería quién tuviese el poder de hacerse con el Estado del Mandato[11]. La importancia de la resolución de Naciones Unidas para los sionistas fue el reconocimiento del Estado judío, no el mapa ni las disposiciones de partición. Los líderes sionistas ya habían hecho preparativos definitivos para tomar por la fuerza un territorio tan amplio de Palestina como les fuese posible y dejar en él tan pocos palestinos como fuese posible.

Cuando el debate sobre Palestina se trasladó a una ubicación distinta, Lake Success, la imagen cambió drásticamente, y con ella la posición de Estados Unidos hacia las aspiraciones sionistas en Palestina. Al contrario de lo que sugiere su nombre, Lake Success, una pequeña población de Long Island, fue un antiguo campo de derrota: la de la nación Montaukett, destruida por el genocidio total de los nativos en Estados Unidos. Como tantas otras ubicaciones en el país, también esta recibe el nombre del jefe de la tribu derrotada, Sacut. En el siglo XX, era sede principalmente del complejo industrial militar: con fábricas productoras de bombarderos, proyectiles y torretas. En 1946, la naciente Naciones Unidas se aproximó al alcalde de esta población poco prometedora y le pidió que le alquilase una de las áreas industriales, incluidos enormes hangares, como sede temporal.

El resultado inevitable en los meses siguientes, desde diciembre de 1947 hasta febrero de 1948, fue el estallido de una guerra civil en Palestina. Comenzó con manifestaciones palestinas y ataques esporádicos a colonias y transportes sionistas. Los sionistas usaron estos ataques como pretexto para lanzar, en las áreas que les habían sido asignadas por la Resolución de Partición aprobada por Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947, una limpieza étnica de palestinos a gran escala. A comienzos de febrero, delante de las narices de los británicos, ocuparon las tres primeras aldeas

palestinas, alrededor de la antigua ciudad romana de Cesárea, y expulsaron a toda la población[12].

A los representantes extranjeros en la zona les quedó claro que las fuerzas sionistas preparaban un enorme ataque contra los grandes centros urbanos de Palestina con el fin de destruir a la elite y los centros económicos palestinos. Estos sucesos llevaron al Departamento de Estado a reconsiderar el firme apoyo que previamente había otorgado al plan de partición aprobado por Naciones Unidas[13].

La reevaluación de la posición estadounidense fue liderada por los «arabistas» del Departamento de Estado y por el secretario de Estado, Dean Acheson, que convencieron al presidente Harry Truman de que el plan de partición había provocado caos y destrucción, en lugar de promover la paz. Sugirieron crear una administración internacional para Palestina que permitiese reconsiderar el futuro del territorio, mientras se consultaba a todas las partes afectadas.

Fue la culminación de un largo proceso en el Departamento de Estado, por el cual la realidad desatada en Palestina impuso una reconsideración radical de las prioridades. Una figura fundamental para el avance de este enfoque estadounidense alternativo sobre la cuestión de Palestina fue Loy Henderson, director de la Oficina de Asuntos de Oriente Próximo y Africanos entre 1945 y 1948. Los periodistas proisraelíes lo tacharon de antisemita por sus esfuerzos. Aunque ya anteriormente funcionarios del Departamento de Estado como Selah Merrill habían mostrado su aprensión ante lo que *podría* sucederles a los palestinos, Henderson y sus colaboradores vieron sus reservas confirmadas por lo que *había* ocurrido: a saber, la desposesión violenta de cientos de miles de palestinos sobre el terreno. En febrero de 1948, el presidente Truman aceptó la sugerencia, planteada por Henderson, de ofrecer una administración internacional como alternativa a la partición de Palestina.

Esta nueva política estadounidense, o mejor dicho, este giro de 180 grados en la política estadounidense, le fue revelada al mundo en un hangar de Lake Success. Allí, el 19 de febrero de 1948, el representante estadounidense en Naciones Unidas, Warren Austin, expresó el deseo estadounidense de anular el plan de partición y sustituirlo por un nuevo plan de paz para Palestina. Fue una breve declaración de tres puntos. El primero sostenía la obviedad de que el plan de partición solo podía

aplicarse por la fuerza. El segundo, que hacía falta un alto el fuego; y el tercero sugería que se impusiese en Palestina una administración internacional hasta alcanzar un acuerdo de todas las partes acerca de su futuro[14].

Este aparente cambio de opinión en la política estadounidense produjo ondas de choque en todo el mundo sionista de Palestina y de otras partes. El Consejo de Emergencia Sionista de Estados Unidos (AZEC - American Zionist Emergency Council), por aquel entonces la organización más significativa del lobby sionista, llevaba mucho tiempo trabajando con firmeza para garantizar el respaldo estadounidense a la Resolución de Partición aprobada en noviembre de 1947. La organización fue movilizada por su enérgico motor primario, Isaiah «Si» Kenen, que entendió que, si un Departamento de Estado o un presidente se mostraban difíciles, siempre se puede ejercer presión sobre el Congreso. Kenen ya había construido una impresionante red de relaciones en el Capitolio antes de 1948, y usó su influencia sobre senadores y miembros de la Cámara de Representantes para forzar a la Casa Blanca a reafirmar el principio de partición en Palestina.

Hasta este peligroso momento, Truman había sido el héroe del lobby, por haber orquestado una campaña diplomática dirigida a garantizar la mayoría necesaria para que se aprobase la Resolución 181 de Naciones Unidas. El presidente de B'nai B'rith había declarado que Truman «pasaría a la historia» como héroe de los judíos de todo el mundo. El veterano sionista Chaim Weizmann le expresó directamente su «profundo sentimiento de gratitud»[15]. Después del discurso pronunciado por Austin en Naciones Unidas, todos estos elogios pendían de un hilo.

Existe un debate historiográfico sobre las actitudes y las percepciones de Truman acerca del sionismo. Hay quienes atribuyen toda la política prosionista del presidente al trabajo eficaz efectuado por el lobby, y quienes lo representan como un político moral, profundamente conmovido por los horrores del Holocausto e influido por una educación baptista. Es muy posible que todos estos factores ayudasen a modelar sus puntos de vista, pero centrémonos en su interacción con el lobby en los años en los que ejerció la presidencia.

Una vez declarada la nueva política estadounidense, el lobby acudió directamente a la cúspide. Exigió un respaldo incondicional de Estados

Unidos al plan de partición y a la creación de un Estado judío en Palestina. Exigió asimismo que se levantase, solo para el bando sionista, el embargo de armas impuesto a las fuerzas sionistas, a Egipto y a Jordania. Sin estas armas, argumentaba hipócritamente Weizmann, la comunidad judía de Palestina sería exterminada. Eleanor Roosevelt, una aliada de confianza, también se sumó a la acumulación de presión sobre la Casa Blanca y a la insistencia en que Estados Unidos proporcionase el armamento más avanzado a las fuerzas militares judías[16].

El presidente Harry Truman sabía muy bien lo que le esperaba. Aunque la propuesta de cambiar la partición por una administración fue concebida por el Departamento de Estado, Truman no presentó objeciones contra ella. A esas alturas, había desarrollado una antipatía por líderes sionistas de su país como Abba Hillel Silver, a los que asesores judíos invitaban a sus cámaras de vez en cuando para que se quejaran del Departamento de Estado. Harry Truman declararía más tarde lo siguiente:

> Creo que nunca tuve que soportar tanta presión y propaganda política dirigidas hacia la Casa Blanca como en este caso. La persistencia de unos cuantos líderes sionistas extremistas –que actuaban por motivos políticos y planteaban amenazas políticas– me inquietaba y me molestaba[17].

Truman creía que personas como Silver impedían que Estados Unidos ejerciera una función diplomática constructiva, que podría haber puesto fin a la violencia en Palestina. Casi todos los estudios sobre ese momento de la historia de Palestina consideran que fue Chaim Weizmann quien convenció al presidente de retomar la política anterior. En sus memorias, Truman describe a Weizmann como uno de los hombres más sabios que había conocido. La reunión crucial entre ambos sobre esta cuestión la organizó el amigo y exsocio empresarial judío de Truman en Kansas City, Edward Jacobson. Cuando Jacobson y Weizmann salieron del despacho oval el 18 de marzo de 1948, Truman les dijo «vosotros dos, judíos, me habéis embaucado», dando a entender que lo habían obligado a apartarse de la nueva política del Departamento de Estado[18].

Agradable o no, la presión funcionó. Después de todo, había sido año electoral. El siguiente paso era convencer a Truman de que reconociese el Estado de Israel el 15 de mayo de 1948. Clark Clifford, asesor del presidente, recordó que Truman había estado sometido a «una presión

insoportable para que reconociese con rapidez el Estado judío»[19]. Sus asesores le aconsejaron que no diera una respuesta rápida, pero él hizo caso omiso de la advertencia. Walter Hixson cree que Truman no emprendió esta senda por consideraciones de *realpolitik,* sino porque era un baptista devoto, inspirado por la enseñanza de la Biblia. Irvine Anderson comparte este análisis: «Como mínimo, la educación bíblica de Truman lo predispuso a favor de un reconocimiento rápido»[20]. En un libro reciente, Jeffrey Herf describe a quienes se oponían al lobby como una panda de funcionarios interesados y deseosos de apaciguar a los árabes, porque este era el curso de acción más útil para los intereses de Estados Unidos. Yo lo vería de otro modo: como uno de los últimos momentos en los que la catástrofe que se estaba produciendo en Palestina contó tanto en los cálculos de la política exterior de Estados Unidos como las aspiraciones sionistas[21].

Fuesen cuales fuesen las razones para la política de Truman, el lobby y el nuevo Estado debieron enfrentarse a un reto tras otro mientras la comunidad internacional decidía cuál debía ser el destino de Palestina después del Mandato. Después de atraer a Truman, el Estado israelí todavía tenía que resolver el futuro de Jerusalén y, más acuciante aún, el destino de los refugiados palestinos, que solo fueron objeto de interés internacional por un tiempo extremadamente breve.

Las iniciativas de Naciones Unidas en 1949 pretendieron rectificar las horrendas consecuencias de las decisiones tomadas por la organización en 1947, aunque el esfuerzo estaba condenado al fracaso desde el comienzo. Naciones Unidas intentó a esas alturas hacer que Israel se sometiera a los términos más desagradables de la Resolución de Partición: es decir, convertir Jerusalén en un *corpus separatum,* una zona internacional gobernada por Naciones Unidas. Para abordar el desplazamiento masivo causado por la expulsión de palestinos árabes residentes en el territorio conquistado, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó el 11 de diciembre de 1948 la Resolución 194 que, entre otras condiciones, afirmaba el derecho de los refugiados al retorno y creaba un nuevo organismo encargado de efectuar lo que Naciones Unidas consideraba esfuerzos de reconciliación: la Comisión de Conciliación para Palestina (CCP). Israel la recibió con hostilidad desde el principio. Había adoptado una actitud igualmente hostil hacia un mediador previo, el conde Folke

Bernadotte, y rechazado cualquier sugerencia de acuerdo planteada por este. Fue asesinado en septiembre de 1948 por terroristas sionistas, un atentado que le resultó útil al Gobierno israelí, aunque probablemente no tuviese nada que ver con él.

La CCP estaba compuesta por tres miembros: un estadounidense, un francés y un turco. En mayo de 1949, decidió convocar una conferencia en Lausana, Suiza, a la que invitó a Israel, a una delegación palestina y a delegaciones de Líbano, Egipto, Siria y Jordania. Estaba claro que esperaba resolver el conflicto sobre la base de tres principios: partir la Palestina histórica, internacionalizar Jerusalén y permitir el retorno de los refugiados. Para que eso ocurriera, la CCP debía lograr que Israel cediese una parte considerable del territorio que había ocupado en 1948 y aceptase la repatriación de los refugiados.

El reto para el lobby proisraelí en Estados Unidos era buscar una forma de aliviar la presión ejercida sobre Israel acerca de la internacionalización de Jerusalén y socavar los intentos por parte de la CCP de obligar a Israel a ceder. El primer representante estadounidense en la CCP fue Mark Ethridge, que desde el comienzo del esfuerzo de reconciliación consideró a Israel beligerante y analizó correctamente la falta de inclinación del país a participar en conversaciones de paz significativas. Israel no solo se negó a cooperar con los esfuerzos de paz: se estaba empleando a fondo en la demolición de las aldeas palestinas ocupadas por su ejército, y trasladó su capital de Tel Aviv a Jerusalén, en claro incumplimiento de la resolución de Naciones Unidas.

El lobby cristiano, el Comité Palestino Estadounidense, se puso debidamente en acción con el objetivo de conseguir que Estados Unidos avalase los flagrantes incumplimientos por parte de Israel de las políticas establecidas por Naciones Unidas. Este grupo coordinó la oposición a los esfuerzos de Naciones Unidas de internacionalizar la ciudad de Jerusalén, que en la guerra de 1948 había quedado dividida entre Israel y Jordania. No lograron convencer a los dirigentes estadounidenses, sin embargo, que insistieron en que el futuro de la ciudad no podían decidirlo ni Israel ni Jordania. Dado que el Gobierno de Israel incumplió las condiciones establecidas en la resolución de Naciones Unidas, muchos países decidieron ubicar sus embajadas en Tel Aviv, y no en el territorio disputado de Jerusalén. Estados Unidos siguió el ejemplo y evitó abrir una

embajada en Jerusalén hasta 2019, durante el Gobierno de Trump. Pero fue en el mejor de los casos un gesto simbólico de apoyo a las decisiones de Naciones Unidas: Estados Unidos no tomó ninguna otra medida para impedir que Israel convirtiese Jerusalén en su capital, pese a los reproches de la comunidad internacional.

Estados Unidos enfocó el problema de los refugiados de manera igualmente ambigua. En principio, el Departamento de Estado consideraba que la solución preferida a los problemas de los refugiados palestinos era su repatriación; la causa original del conflicto era, por consiguiente, la limpieza étnica de Palestina en 1948, aunque no se declarase directamente. Bajo su dirección, el derecho de los palestinos al retorno se convirtió en espina dorsal de la nueva iniciativa de paz promovida por Naciones Unidas en 1949. Entonces, como en febrero de 1948, la Casa Blanca y otras entidades encargadas de formular la política estadounidense sobre la cuestión de Palestina aceptaron al comienzo el liderazgo del Departamento de Estado. Un mes es digno de mención: mayo de 1949. Ese mes, Estados Unidos exigió a Israel que permitiese la repatriación de cientos de miles de refugiados palestinos, con independencia de cuál hubiese sido la causa de su huida, y sin esperar a la firma de un acuerdo definitivo. El 29 de mayo de 1949, el embajador estadounidense en Israel, James McDonald, entregó al primer ministro israelí, David Ben-Gurion, una carta extremadamente dura del presidente Truman que planteaba la amenaza explícita de imponer graves sanciones a Israel si no se ajustaba a sus políticas. Incluía también la amenaza de suspender la ayuda prometida a Israel para ayudarle a absorber los nuevos inmigrantes judíos llegados de Europa[22].

Durante un tiempo breve, la relación entre ambos países parecía correr riesgo, y el lobby entró en pánico. La ayuda había sido el producto final de un esfuerzo concertado y exitoso efectuado por las diversas organizaciones que formaban parte del lobby proisraelí. En enero de 1949, habían convencido a Truman de que concediese a Israel una ayuda de 100 millones de dólares, que en un principio parecía no llevar condiciones adjuntas. Sin embargo, cuatro meses después, Estados Unidos adoptó un enfoque más complejo, a raíz de su participación en la Conferencia de Lausana.

Marc Ethridge, representante estadounidense en este organismo, se sintió con libertad para aplicar una política más exigente respecto a la

intransigencia israelí. Usó su posición en la conferencia para presionar a Israel y obligarlo a permitir una repatriación considerable de casi un millón de refugiados palestinos; y trabajó por el reasentamiento de los demás en los países árabes vecinos. También creía que en ese momento, 1949, tanto el mundo árabe como los palestinos aceptarían el plan de partición como base para las negociaciones de paz. Su logro más importante a este respecto fue convencer al jefe de la delegación israelí en la conferencia, Walter Eytan, director general del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, de que firmase un protocolo junto con todos los delegados árabes el 12 de mayo de 1949. El protocolo declaraba que, sobre la base de la Resolución de Partición y la Resolución 194 (que exigía el retorno de los refugiados), todas las partes implicadas darían comienzo a las negociaciones de paz. Un día después, David Ben-Gurion, entonces primer ministro, obligó a Eytan a declarar que Israel se retiraba del protocolo. Ese día, Israel fue admitido como país miembro de Naciones Unidas, y a Ben-Gurion no le pareció necesario seguir teniendo buenos gestos con la organización internacional[23].

No obstante, Ben-Gurion entendió que, si bien no necesitaba aplacar a Naciones Unidas, no podía permitirse un enfrentamiento directo con Estados Unidos. En junio de 1949, Israel transmitió la impresión de que estaba a punto de ceder tanto en el asunto de la repatriación de los refugiados como en la internacionalización de Jerusalén, pero pidió tiempo para lidiar con algunos aspectos técnicos de las solicitudes. Mientras tanto, estallaron conflictos en diferentes partes del planeta, la Guerra Fría comenzó a instalarse y, en consecuencia, hasta el final del Gobierno de Truman, la presión fue cediendo y la CCP perdió cualquier influencia significativa en el futuro de Israel o de Palestina en 1951. Le siguió un largo periodo de inactividad en el frente diplomático. El resultado fue que, oficialmente, la delegación estadounidense en Naciones Unidas siguió apoyando el derecho de los palestinos al retorno, mientras que en la práctica cualquier mecanismo para hacer cumplir ese derecho estaba neutralizado.

Truman siguió siendo presidente hasta 1953, y en sus últimos tres años en el cargo el Gobierno israelí tuvo que asignarle trabajo al lobby. El vínculo entre el Gobierno y cualquiera que formase parte del lobby proisraelí formal o informal en Estados Unidos era Abba Eban.

Coordinaba el trabajo desde su puesto en la embajada israelí en Washington, donde estaba destinado como embajador desde junio de 1950. Eban convocaba con regularidad una reunión «completamente privada y extraoficial» para aplicar la agenda del Gobierno israelí. Prefería un grupo pequeño, porque de haber sido mayor habrían «dudado de hablar personalmente de manera verdaderamente confidencial»[24]. En él participaban, entre otros, David Niles, y uno de los líderes de la Federación Sionista Estadounidense, Louis Lipsky. Otros participantes en el grupo asesor informal de Eban fueron el recaudador de fondos demócrata Abraham Feinberg (de quien volveremos a hablar en este capítulo) y representantes de las comunidades judías de todo el país. Este grupo «extraoficial» evolucionaría hasta convertirse en un actor principal del lobby: la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses [Conference of Presidents of Major American Jewish Organizations].

Una de las misiones fue la de presionar para que se mantuviese la ayuda económica a Israel, que estaba sobrepasado por la entrada de más de un millón de nuevos inmigrantes judíos. La Ley del Retorno de 1950 convertía a todos los judíos del mundo en potenciales ciudadanos de Israel, mientras que el Gobierno quería construir un Estado del bienestar y un ejército fuerte al mismo tiempo. Convencieron a Truman de que mantuviese una política de ayuda económica de emergencia para Israel, con el fin de reasentar a estos inmigrantes. Kenen fue el encargado de coordinar la campaña en el Capitolio que logró la concesión de 150 millones de dólares a Israel, pese a las protestas de altos cargos del Departamento de Estado, que rechazaban lo que ellos denominaban el «favoritismo» hacia Israel[25]. Existía la misma división del trabajo observada en las elecciones de 1944: Kenen servía de enlace con el Partido Demócrata, y Silver con el Republicano.

Durante el mandato de Truman, los «arabistas» del Departamento de Estado ejercieron una influencia significativa sobre la política relacionada con Palestina, pese a que no lograron alterar en general la actitud proisraelí de Truman. Evan Wilson comentaba que «los primeros meses de la presidencia de Truman representaron la última vez que el Departamento de Estado ejerció un papel dominante en nuestra política relacionada con Palestina»[26]. Sin embargo el legado «arabista» también pareció influir

en el sucesor de Truman, Dwight Eisenhower, elegido en 1953, y siguió siendo una fuerza digna de tener en cuenta durante el Gobierno del presidente Kennedy.

El Departamento de Estado fue el enemigo número uno del lobby prosionista en Estados Unidos durante las tres administraciones, desde Truman hasta Kennedy, pasando por Eisenhower. Para contrarrestar esta influencia, desde el momento en el que el lobby prosionista la detectó en Estados Unidos, hacía falta una nueva entidad, mucho más fuerte y eficiente que cualquiera de las anteriores organizaciones sionistas del país. Y entonces nació, a comienzos de la década de 1950, el AIPAC. Pero antes de que esto ocurriese, el AZEC necesitó enfrentarse al nuevo Gobierno de Eisenhower, que los gobernantes israelíes consideraban dirigido por un presidente adverso y dos hermanos muy hostiles: uno era el secretario de Estado y el otro el director de la CIA: los hermanos Dulles.

ENFRENTÁNDOSE A EISENHOWER Y A LOS HERMANOS DULLES

En enero de 1953, parecía que el nuevo presidente Dwight Eisenhower no había perdido la esperanza de encontrar una solución razonable para el millón de refugiados palestinos desplazados tras la limpieza étnica efectuada por Israel en 1948. Más de una vez se le oyó hablar de la necesidad de permitir su repatriación. Asimismo, a diferencia de su predecesor, Truman, Eisenhower distinguía entre la necesidad estadounidense de proporcionar ayuda humanitaria a los refugiados en sus campamentos, y la adhesión a un respaldo por principio al derecho de retorno.

Su secretario de Estado, John Foster Dulles, visitó la zona e informó de que permitir el retorno de los refugiados era todavía físicamente posible. De hecho, Dulles quería más, aspiraba a revisar la política del Gobierno anterior hacia Israel, y condenó al Gobierno de Truman por haber consentido «los deseos de los sionistas en este país», que habían «creado un antagonismo básico con los árabes»[27]. Estuvo a punto de revertir el anterior éxito del lobby, apartando la política de Estados Unidos referente a Jerusalén y a los refugiados del sesgo proisraelí. Tuvo menos éxito a la hora de sacar adelante su propio plan de paz, el plan Alpha. Para construir una alianza proestadounidense en el mundo árabe, Dulles asumió que

Israel necesitaba ceder territorio en el sur, permitiendo la formación de un puente terrestre entre Jordania y Egipto y repatriando a los refugiados; no se especificaban las cifras (como los lectores recordarán del capítulo anterior, el proyecto Alpha fue una iniciativa conjunta con el Foreign Office británico y lo reveló al mundo el primer ministro británico, Anthoy Eden, en el discurso que pronunció en el Guildhall en noviembre de 1955).

El primer ministro israelí en ese momento, David Ben-Gurion, rogó al AZEC que desbaratase el proyecto, en especial después de haber recibido indicaciones de que Gamal Abdel Nasser podría aceptarlo (de hecho, el presidente egipcio le dio la bienvenida en la prensa británica, porque se basaba en sus propias ideas sobre cómo alcanzar una solución), mientras, al mismo tiempo, la República Checa estaba a punto de firmar un contrato de armamento con Egipto[28].

El AZEC exploró todas las sendas posibles. Se dirigió a la opinión pública, trabajando en colaboración con la embajada israelí, y distribuyó información que demostraba el peligro que suponía la nueva estrategia estadounidense hacia Oriente Próximo e Israel. En un intento desesperado de cambiar el curso de esa política, Kenen se reunió con Dulles para convencerlo de que debía cambiar sus puntos de vista, pero sin lograrlo.

El verdadero golpe y la mejor opción, sin embargo, era ganarse a ambas cámaras del Congreso. Estas ofrecían una línea de pensamiento más proisraelí. Israel exigía que se reasentase a los refugiados en el mundo árabe. Las dos cámaras analizaron esta idea y concluyeron que Estados Unidos debería apoyar el reasentamiento de los refugiados palestinos a ambos lados del río Jordán. El presidente Eisenhower se mostró de acuerdo, pero informó al Congreso de que esto solo proporcionaría una solución para 300.000 refugiados, y por lo tanto a los demás habría que repatriarlos. En cualquier caso, los palestinos y los países árabes que albergaban a los refugiados no respaldaban el plan e Israel lo rechazó, tanto por el elemento de retorno que contemplaba como porque no deseaba ver tantos refugiados en el río Jordán, prefiriendo que los reasentasen tan lejos de Palestina como fuese posible.

QIBYA: CÓMO DEFENDER LOS CRÍMENES DE GUERRA ISRAELÍES

Treinta kilómetros al norte de Ramala se sitúa la aldea de Qibya, una antigua población que data del periodo romano. Se libró de la limpieza étnica israelí de 1948 y pocos fuera de Ramala habían oído hablar siquiera de ella hasta la masacre de Qibya de 1953. Comandos israelíes al mando de Ariel Sharon masacraron a sesenta y nueve aldeanos y volaron cuarenta y cinco casas, una escuela y una mezquita, como represalia por un ataque de la guerrilla palestina contra la ciudad israelí de Yehud, en el que murieron una mujer israelí y sus dos hijos.

La masacre israelí fue condenada por el Departamento de Estado y por comunidades judías de todo el mundo. El Departamento de Estado declaró que se suspendería la ayuda económica a Israel, no solo debido a la masacre sino también a otras incursiones israelíes en Cisjordania que incumplían el tratado de armisticio firmado en abril de 1949 entre Israel y Jordania.

Kenen estaba mortificado, no tanto por la masacre como por su potencial de perjudicar al lobby. Declaró que la masacre había «socavado la posición moral de los judíos […] desacreditado las premisas de nuestra propaganda y dado color de verdad a la propaganda árabe»[29]. Se embarcó en una campaña de control de daños, cuyo principal mensaje era que Estados Unidos mantenía una política parcial. En retrospectiva, parecía disfrutar de la necesidad de afrontar un reto serio como este, que le permitía al lobby «volver a la vida y a la acción en una crisis»[30]. Este salto supuso ampliar las redes del AZEC a iglesias y universidades, en las que la organización tenía con anterioridad menos presencia. Reclutas de especial importancia fueron los consejos judíos de todo el país, a los que se les encargó la tarea de asegurarse de que los medios de comunicación locales recibiesen la propaganda israelí.

Como sostiene el historiador Doug Rossinow, el AZEC reaccionó tras la masacre de Qibya creando la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses (COP), convocada por Nahum Goldmann, presidente del Congreso Judío Mundial, que se convirtió en una fuerza con la que había que contar dentro del lobby. En consecuencia, en lugar de generar indignación moral contra Israel, la condena oficial de la masacre por parte de Estados Unidos produjo una unión más estrecha entre los organismos judíos sionistas y no sionistas del país. Puede parecer poco lógico; una masacre de civiles debería haber aumentado la hostilidad

hacia el sionismo. Pero las organizaciones no sionistas defendieron por instinto la legitimidad de Israel, con independencia de la moralidad de su conducta[31].

Esta nueva unidad era enormemente necesaria. En escena comenzaron a aparecer voces de oposición: Amigos Estadounidenses de Oriente Próximo [AFME - American Friends of the Middle East], fundada en 1951, y el Consejo Estadounidense para el Judaísmo [American Council for Judaism], fundado en 1942 por un grupo de rabinos reformistas, lideraban las críticas a Israel. AFME recibió el apoyo de Allen Dulles, director de la CIA y hermano del secretario de Estado. Él y Henry Byroade, secretario de Estado adjunto para Oriente Próximo, buscaban una fuerza que contrarrestase al lobby proisraelí y les ayudase a proseguir las políticas que consideraban mejores para el interés nacional estadounidense. El lobby acuñó el término «byroadismo», «que significaba una mezcla tóxica de antisemitismo y arabofilia»[32], con el que se atacaría a cualquier alto diplomático estadounidense que no mostrase suficiente lealtad a Israel. Al otro lado del Atlántico, se dirigía una acusación similar contra los políticos británicos que no seguían la línea proisraelí. Esta alegación iba dirigida, en general injustamente, contra funcionarios que, sobre la base de su experiencia acerca del mundo árabe en general y de Palestina en particular, se oponían a las políticas de Israel. Ya en esta fase inicial, muchos predijeron que los apuros de los palestinos seguirían impulsando la resistencia a las políticas de Israel y Estados Unidos en Oriente Próximo.

Byroade advirtió proféticamente que Israel tenía por objetivo «completar el control del río Jordán» y despreciaba a Naciones Unidas. Declaró también que la política israelí «impediría un acuerdo razonable»[33]; y advirtió que, si lograba ganar la batalla propagandística, Israel gozaría de inmunidad frente a cualquier crítica legítima vertida contra sus políticas intransigentes. A finales de 1953, sin embargo, los hermanos Dulles dejaron de prestarle atención. Incluso estos dos hermanos tenían miedo de enfrentarse a Israel con tal acusación, y Byroade fue degradado y enviado como embajador a Egipto. Ambos hermanos seguían convencidos de que el lobby proisraelí socavaba el interés nacional de Estados Unidos y que operaba de manera éticamente dudosa en su intento de influir en la política hacia Oriente Próximo, aunque no infringiese ninguna ley. Un año después, en las elecciones parciales de 1954, descubrirían que el lobby era

aún más poderoso de lo que ellos creían.

El presidente Eisenhower, sin embargo, no compartía la aprehensión de Byroade, y afirmó que no existía un lobby sionista sustancial en Estados Unidos. «Lobby sionista» era su expresión preferida para referirse a la agrupación. El 28 de octubre de 1953, escribió a Dulles:

> La presión política ejercida por los sionistas en referencia a la controversia árabe-israelí es minoritaria. Mis amigos judíos me dicen que, excepto en el Bronx y en Brooklyn, la gran mayoría de la población judía de la nación es antisionista[34].

Y añadió que «yo informaría a Israel de que manejaremos nuestros asuntos exactamente como si no tuviésemos judíos en Estados Unidos»[35]. La gran proporción de judíos no sionistas de su Gobierno influyó en esta perspectiva, que fue bien recibida por los funcionarios del Departamento de Estado y estuvo apoyada por otros organismos públicos.

Pero Eisenhower tuvo un duro despertar acerca de las tácticas agresivas del lobby durante las elecciones de mitad de mandato. El lobby quería candidatos que respaldasen el embargo de la ayuda militar a los países árabes y el aumento de la ayuda económica y militar a Israel. La exigencia no obtuvo buenos resultados en la rama ejecutiva del Estado. Eisenhower reaccionó prometiendo «mantener nuestra actual política de imparcialidad» y prometió no «dejarse disuadir por las presiones políticas […] en relación con las próximas elecciones». Dulles prometió que «no dejaría que lo obligasen» a armar a los israelíes, explicando que «sería interpretado en todo el mundo árabe como que hemos vuelto a capitular. Se perdería todo lo que hemos intentado hacer». Dulles convocó incluso a Abba Eban para instar a Israel a no interferir en las elecciones, quejándose de:

> Las actividades de la embajada israelí que parecían rebasar claramente los límites adecuados para un Gobierno extranjero, al involucrarse en la acción política interna[36].

Recibió una promesa vaga del embajador israelí, muy poco satisfactoria en opinión de Dulles. A partir de entonces tenía otra fuente de preocupación: durante las elecciones parciales apareció un lobby más poderoso que el AZEC. Este evolucionó hacia una nueva entidad, el Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel (AIPAC - American

Israeli Public Affairs Committee).

LA CREACIÓN DEL AIPAC

El AIPAC apareció en una época en la que la actividad lobista en Estados Unidos se estaba profesionalizando, y conectando estrechamente con la política identitaria estadounidense y con los intereses económicos. Quien disfrutase de patrocinadores ricos, por una parte, y tuviese el respaldo de un grupo identitario bien definido, por otra, tenía el éxito prácticamente garantizado en el sistema político estadounidense.

El AIPAC adoptó una línea similar a la de otros lobbies poderosos, liderados por políticos que usaban las identidades colectivas como arma para labrarse una carrera política próspera. El maestro de dicha política identitaria y la persona que inspiró el AIPAC fue el político neoyorquino supremo, Fiorello H. La Guardia. De padre inmigrante italiano y madre judía húngara, nació en el Bronx en 1882. Esta etnia doble se convirtió en una herramienta política útil durante la trayectoria de La Guardia en el movimiento sindical estadounidense, y culminó cuando se convirtió en miembro de la Cámara de Representantes y alcalde de Nueva York. En todas las fases de su carrera política, hasta que falleció en 1947, recurrió a sus tarjetas de identidad étnica –italiana o judía– para mejorar las oportunidades de ser elegido para los cargos a los que aspiraba. Dominaba el italiano y el yiddish, y algunos afirman que no se le daba nada mal el hebreo. Su legado fue tal que quienes lo siguieron entendieron lo útil que resultaba instrumentalizar la política identitaria dentro de la escena política en general. La Guardia acusaba descaradamente a sus oponentes de intentar socavar la posición del grupo étnico al que él estuviera representando en cada momento: primero a los italianos de Nueva York (en East Harlem), después a los judíos de Brooklyn y, todavía más tarde, a los irlandeses allí donde estuviesen[37]. En la década de 1950, la nueva generación de políticos se centró en las tres «íes» –Israel, Italia e Irlanda– como apuestas seguras en las batallas electorales locales. Desde este ángulo, la política exterior estadounidense reflejaba el equilibro étnico de poder en el país. Y este es el marco en el que nació el nuevo lobby oficial proisraelí.

Los políticos que aspiraban a aprovechar la identidad étnica en sus

trayectorias llevaban tiempo asociados con el fenómeno lobista. Los lobbies originales de comienzos del siglo XIX eran salas situadas fuera de las cámaras de los legislativos estatales en las que se situaban aquellas personas que acudían a influir en la política. El término se aplicó más tarde al vestíbulo que conducía a la Sala del Congreso. En la década de 1830 se llenó de gente que intentaba influir en persona en sus representantes; de ahí el término que hoy se asocia con organizaciones hábilmente gestionadas que hacen exactamente lo mismo. A partir de 1830, muchos y muchas congresistas han dedicado tiempo a hablar con los lobistas. La actividad lobista produjo una inevitable corrupción que, a su vez, animó a algunos legisladores a buscar formas de limitar este tipo de manipulación. La primera ley, aprobada en 1946, estipulaba reglamentaciones claras acerca de la actividad lobista. Las más importantes fueron las restricciones estrictas a la representación de un país extranjero[38]. Unos años después, de acuerdo con sus detractores, el AIPAC infringiría esta norma de manera regular y repetida.

El AIPAC se construyó sobre estos dos legados de política identitaria y lobby político. En su autobiografía, titulada *All My Causes,* Kenen recuerda que en 1944 dirigió una versión muy pequeña del AIPAC, denominada Comité Sionista Estadounidense para Asuntos Públicos [American Zionist Committee for Public Affairs] que se definía como el brazo lobista del AZEC[39]. Tras la creación del Estado de Israel, cambió el nombre de la organización y registró la nueva con el nombre de Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel en 1951. Empezó a registrarla como agente extranjero que trabajaba para el Ministerio Israelí de Asuntos Exteriores, pero no completó el proceso, al comprender que si registraba de esta forma el AIPAC limitaría la esfera de influencia del nuevo lobby y correría el riesgo de cometer infracciones de leyes. Estratégicamente disfrazó el vínculo con Israel y retrató el AIPAC como una entidad pública que trabajaba para el AZEC. Muy pronto, sin embargo, el brazo de la nueva organización devoró a la organización matriz y la sustituyó.

El AIPAC tal y como lo conocemos hoy asumió su forma definitiva en 1959; y en el proceso de finalizarla, Kenen creyó que las significativas políticas «antiisraelíes» del Gobierno solo podían servir para fortalecer el grupo y proporcionarle más influencia. Esta convicción pareció animar la senda posterior, que empezó en 1954 con el primer intento por parte del

AIPAC de influir en el resultado de las elecciones parciales en Estados Unidos.

Kenen se jactó de tener 300 candidatos de treinta y seis estados, así como veinticinco senadores, en el bolsillo del lobby, dispuestos a considerar su solicitud de que se impusiera un embargo de venta de armas a los países árabes. De hecho, el impacto del AIPAC (que todavía funcionaba como parte del AZEC) en las elecciones parciales de 1954 fue impresionante. Sin embargo, pese a la elección de muchos candidatos proisraelíes, parecía que, mientras Eisenhower y Dulles se encargasen de dar forma a la política exterior estadounidense, Kenen y el nuevo AIPAC no podían dormirse en los laureles. Israel los presionaba constantemente para que intensificasen los intentos de cambiar la política estadounidense. Es difícil juzgar en qué medida lo lograron. Por una parte, Eisenhower admitió desesperado en 1958 que no tenía libertad plena en las políticas referentes a Israel, en detrimento del interés nacional estadounidense. Por otra, dos veces durante su presidencia hizo caso omiso de la presión israelí para que se pusiera de su lado en la política referente al mundo árabe. De hecho, en ambas ocasiones, 1956 y 1958, su Gobierno adoptó una posición muy dura respecto a las políticas israelíes y obligó a Israel a revisar sus acciones sobre el terreno. En cuestión de siete años, Estados Unidos amenazó dos veces a Israel con imponerle sanciones.

Como se ha mencionado, en octubre de 1956 Israel conspiró con Gran Bretaña y Francia en el intento de derrocar al presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, que acababa de nacionalizar el Canal de Suez y apoyaba las operaciones lanzadas por la guerrilla palestina desde la Franja de Gaza. Durante el ataque a Egipto, Israel ocupó Gaza y la península del Sinaí, y tanto Estados Unidos como la URSS condenaron sus acciones. En 1958, tras la Revolución del 14 de Julio en Irak, en la que los oficiales pusieron fin al régimen hachemita prooccidental, Gran Bretaña y Estados Unidos temieron que Jordania y Líbano fueran los siguientes en caer ante lo que denominaron el radicalismo árabe. Israel ofreció ocupar partes de Cisjordania para impedir que cayesen en manos de árabes «radicales», en caso de los hachemitas perdiesen también Jordania, pero los estadounidenses rechazaron su oferta de ayuda.

Al recordar el periodo, Kenen atribuyó al lobby el mérito de impedir que el Gobierno estadounidense convirtiera las amenazas punitivas en

sanciones reales. Dicha evaluación retrospectiva no tiene en cuenta que los estadounidenses lograron obligar a Israel a retirarse de la península del Sinaí y de la Franja de Gaza en 1956, y rechazaron con mucha resolución el desesperado deseo de David Ben-Gurion de convertir Israel en un aliado occidental en la campaña angloestadounidense contra las fuerzas progresistas y revolucionarias del mundo árabe en 1958. Sin la ayuda israelí, que estaba condicionada a la absorción de Cisjordania por Israel, las fuerzas estadounidenses y británicas ayudaron al joven rey hachemita de Jordania, Husein, a conservar su trono[40].

Kenen y Abba Eban redoblaron sus esfuerzos tras estas dos crisis. Comprendieron que necesitarían un trabajo preliminar todavía más sistemático y profesional en los medios de comunicación y en la rama legislativa de Estados Unidos, por si los futuros presidentes y sus secretarios de Estado adoptaban políticas similarmente críticas hacia Israel.

En paralelo a estos esfuerzos, Kenen fundó *Near East Report,* una nueva publicación (financiada en parte por Israel) que se convirtió en órgano del lobby proisraelí[41]. Como escribe Walter Hixson, no era solo una estrategia para difundir el mensaje del lobby con más eficacia; fue también una forma de eludir los problemas con el fisco que de vez en cuando preocupaban al AZEC en relación con las exenciones fiscales sobre la financiación y las aportaciones económicas. Kenen entendió que al poner fin al estatus legal del AIPAC en torno a 1957, tenía un problema. Debido a su estatus jurídico, si querían que las aportaciones estuviesen exentas de impuestos el AIPAC no podía recibir legalmente aportaciones económicas de las organizaciones judías y no judías que lo apoyaban. Sin embargo, estos donantes podían comprar, y lo hacían, infinitos ejemplares de la nueva publicación, que se sumaban así a las arcas del AIPAC. En 1949, *Near East Report* tenía una circulación de 20.000 suscriptores[42].

El primer resultado visible del llamamiento de Kenen a las armas fue la medida tomada por los judíos afiliados al sindicato de estibadores, que boicotearon los barcos árabes atracados en puertos de Estados Unidos para impedir que la ayuda del país llegase a los países árabes que no reconocían a Israel. Entonces, en torno a 1960, llegó la primera de muchas iniciativas proisraelíes en el Capitolio, pidiendo más legislación antiárabe; en concreto, una exigencia de boicotear productos de muchos países

pertenecientes a la Liga Árabe, como respuesta al boicot al que esta tenía sometido a Israel[43].

Con la organización y la orientación formales del AIPAC encaminadas, Kenen se centró en movilizar el apoyo presionando a cualquier político recién llegado, desde el ámbito más local posible hasta el Congreso. Este era, al menos en su opinión, el as más proverbial del lobby. Hacía falta un trabajo detectivesco para encontrar los patrones de voto y las posibles vulnerabilidades de los candidatos, mientras el AIPAC perfeccionaba el sistema de ofrecer ayuda y después amenazar con retirarla. Kenen manejaba un sistema de fichas que situaba a los políticos en un espectro que iba desde «alejados» hasta «defensores activos» de Israel[44]. Ningún candidato electoral escapó de su meticuloso cartografiado.

Se recuperó el viejo método de escribir cartas, tanto a los medios de comunicación como a los políticos. «Asegúrate de que haya también cristianos que escriban la carta», proponía Kenen[45]. Y como la vieja metodología sionista, tanto cristiana como judía, de finales del siglo XIX, se organizaron cenas en restaurantes opulentos para mantener un contacto constante con los interesados. El premio mayor era una función privada con el embajador Abba Eban. Como veremos, en la década de 1990 el lobby británico imitaría estas técnicas, que le ayudaron a hacerse con aliados formidables en el Partido Laborista británico.

Una revista, un centro de investigación y una red de base constituían el rostro visible del AIPAC, que estaba listo para tomar el testigo como principal fuerza de la actividad lobista proisraelí en Estados Unidos. Antes de poder asumir este papel, necesitó la bendición de dos lugares. Uno fue la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses, que no solo le proporcionó legitimidad, sino también otro espacio para poder canalizar hacia el AIPAC, de manera legal o casi legal, donaciones económicas exentas de impuestos. El otro lugar era Israel. Tras obtener el favor de Israel, nadie podía impedir que el AIPAC eclipsara a las demás organizaciones. Había otras muchas agrupaciones, pero el AIPAC formulaba la estrategia del lobby en su conjunto y dominaba el debate acerca de Israel.

El AIPAC necesitaba una estructura administrativa clara y convencional. La estructura incluía un comité ejecutivo en la cúspide, que respondía ante un consejo nacional, y poco a poco se fueron construyendo otras ramas,

centradas en la educación, los medios de comunicación y campos de actividad similares. También se priorizaron más claramente los objetivos clave. La misión más importante era controlar a los legisladores de ambas cámaras del Congreso: acompañándolos durante las campañas electorales y, no menos importante, una vez llegaban al Capitolio. No se trataba de un mero seguimiento inocuo de los representantes recién elegidos, lo que pretendía era asegurarse de que seguían las normas. Como afirma Hixson:

> En el Congreso, todos aprendían rápidamente que el AIPAC, respaldado por los consejos locales y por grupos sionistas de todo el país, vigilaba todos sus movimientos relativos a la política sobre Oriente Próximo[46].

La segunda prioridad era centrarse en la creciente industria cinematográfica, y en concreto en el poder de Hollywood. Se reclutó a los magnates de la industria, y la joya de la corona de la producción cinematográfica proisraelí fue *Éxodo,* estrenada en 1960. Un Paul Newman de aspecto ario representaba al nuevo judío que luchaba contra anónimos «árabes» salvajes y trasladaba a supervivientes del Holocausto para que hiciesen florecer el desierto de Palestina. Esta película de serie B fue adaptada de una igualmente mediocre y propagandística novela de Leon Uris. Pero tuvo su impacto. Varios historiadores, como Amy Kaplan y Michelle Mart, consideran que *Éxodo* tuvo una enorme influencia en la opinión pública estadounidense, al presentar a Israel como una pequeña nación que se defendía contra la agresión árabe, y que solo podía salvarse con ayuda de Estados Unidos, el líder del mundo democrático[47].

Los espectáculos proisraelíes de la década de 1940 ya habían utilizado el arte visual como arma. Ahora el AIPAC quería superar aquellos enormes espectáculos del Madison Square Garden. Hacía falta, creían sus capitanes, demostraciones anuales de este tipo. Surgió así la forma ahora conocida de las convenciones anuales del AIPAC, acontecimientos que se convirtieron en un elemento básico dentro del calendario de cualquiera que aspirase en serio a la presidencia.

La primera de ellas se organizó en 1960, pero quedó eclipsada por otra reunión que tuvo lugar en el Statler Hilton Hotel de la Ciudad de Nueva York el 26 de agosto de 1960. Fue un acto organizado por la Federación Sionista Estadounidense, en el que el senador John F. Kennedy ejerció de ponente principal.

El senador empezó el discurso refiriéndose a la Palestina anterior al sionismo como un «erial». De esa forma, sus oyentes sabían que el resto del discurso se mantendría leal al relato sionista. Recordó haber visitado Palestina en 1939 y haber visto allí, según sus palabras, «el descuido y la ruina dejados por los siglos de desgobierno otomano».

Mencionó con orgullo los ataques que sufrió en la radio egipcia por decir «Israel ha llegado para quedarse», pero también expresó su deseo de convertirse en mediador, si fuese elegido presidente, y de facilitar la paz entre Israel y los árabes, puesto que «siempre he creído que no existe un verdadero conflicto o contradicción entre las aspiraciones genuinas de las naciones árabes y las aspiraciones genuinas de Israel»[48].

Lo ovacionaron de pie, pero por supuesto quienes formaban parte del lobby esperaban a ver cuáles serían sus políticas una vez ocupase la Casa Blanca, cosa que hizo en 1961.

CÓMO CONTROLAR A JOHN F. KENNEDY

El AIPAC tenía grandes esperanzas de que se produjese un cambio en la política estadounidense al ganar John F. Kennedy las elecciones, poniendo fin a la era de Eisenhower. Después de todo, algunos expertos creían que Kennedy había ganado por un margen estrecho a Richard Nixon gracias al voto judío. Dos de los donantes de Kennedy trabajaron con firmeza después de las elecciones para intentar mantenerlo en la senda «correcta». Eran los hombres responsables de reclutar el voto judío para él: Myer Feldman y Abraham Feinberg.

Myer Feldman era de Filadelfia, había trabajado en el ejército y en reglamentación financiera antes de ser reclutado como asesor legislativo por el equipo de Kennedy durante las elecciones, y se mantuvo como asesor presidencial después de ellas. En privado, a menudo se reunía con el primer ministro de Israel, David Ben-Gurion, y con su ministra de Exteriores, Golda Meir.

Feldman negó que estas reuniones hubiesen afectado a las recomendaciones que hacía al presidente. Su misión más importante era la de intentar evitar cualquier movimiento decisivo por parte de Kennedy contra el desarrollo de capacidad nuclear y armamentos en la fábrica de Dimona, situada en el desierto del Naqab. La CIA y su director, Richard

Helms, cuestionaron con vehemencia el asesoramiento de Feldman[49]. Al principio Kennedy estaba decidido a tomarse en serio este asunto, porque comprendía los riesgos que comportaba el deseo por parte de Israel de convertirse en potencia nuclear. En el pasado esto había empujado a Israel a establecer una alianza con Francia para desarrollar su capacidad nuclear, hasta que Charles de Gaulle cambió de actitud hacia Israel, como consecuencia de la guerra de 1967. El presidente de Estados Unidos, principalmente en correspondencia clasificada, usaba un lenguaje duro para describir lo que le parecía una táctica israelí de intentar engañar a los estadounidenses e impedirles inspeccionar la fábrica de Dimona. El AIPAC y Feldman iniciaron una campaña de oposición, representando a Kennedy como un «apaciguador» del mundo árabe. El asesinato de Kennedy puso fin a esos esfuerzos por frenar las ambiciones nucleares de Israel y su intransigencia respecto a los refugiados palestinos.

Lo que está claro es que Kennedy no estaba solo en sus esfuerzos. Al director de la CIA, Richard Helms, le preocupaba mucho antes de 1967 que la política agresiva de Israel, motivada por las ambiciones de expansión territorial, condujese a un enfrentamiento militar con el egipcio Nasser. Otro aliado era el secretario de Estado de Kennedy, Dean Rusk, que se quejaba al presidente de que Feldman colaboraba demasiado estrechamente con políticos israelíes. Calificó la relación de «inapropiada» y le dijo a Kennedy que a varios diplomáticos de Washington les preocupaba que Feldman se hubiese convertido en «el asesor personal con más influencia en la Casa Blanca»[50]. Otros sabían que Feldman tenía un pequeño grupo de asesores, incluido el nuevo embajador israelí en Washington, Avraham Harman, que se reunían con regularidad para establecer qué política debía exigírsele al presidente.

Una de esas consultas tuvo lugar cuando se le pidió a Kennedy que interviniese en la cuestión de la venta de armas a Israel. Se puso el foco en especial en los misiles Hawk, armas de tierra antiaéreas que la Casa Blanca retenía como método de presión para que Israel pusiera fin a su Proyecto de Acueducto Nacional; el desvío de agua del río Jordán para el acueducto suscitó una serie infinita de choques con el ejército sirio que contribuyó a la previsión egipcio-siria y soviética de un ataque israelí contra Siria en mayo de 1967, que a su vez empujó a Nasser a adoptar una serie de acciones consideradas *casus belli* por Israel, que como reacción

lanzó el ataque que dio comienzo a la guerra de junio de 1967[51].

El movimiento más audaz de Kennedy derivó de su genuino interés por reabrir el debate sobre una solución justa al problema de los refugiados palestinos. Contemplaba una nueva iniciativa de Naciones Unidas que pudiera incluir el retorno de los refugiados a Israel. Entrando en pánico, Ben-Gurion empezó a reclutar historiadores en Israel para que fabricasen un relato sobre una huida voluntaria de los palestinos en 1948, en un intento de demostrar que Israel no tenía responsabilidad moral por el problema de los refugiados. Varios expertos israelíes se mostraron dispuestos a seguirle el juego a esta farsa historiográfica. Al final, la iniciativa no llegó a ninguna parte, y desapareció tras el asesinato de Kennedy[52].

A Kennedy no le resultaba fácil eludir a Feldman. Había sido un activo muy valioso en la campaña electoral contra Richard Nixon. Feldman descubrió con meticulosidad el lado más oscuro de Nixon, ayudando a socavar su reputación en las elecciones nacionales, y obteniendo una colección condenatoria de pruebas conocida como la *Nixopedia*[53]. Resultó fundamental para ayudar a Kennedy a derrotar la prometedora campaña de Barry Goldwater como candidato independiente en las elecciones presidenciales. En resumen, hizo todo el trabajo sucio.

En esta tarea Feldman recibió la ayuda de Abe Feinberg, una figura muy diferente y bastante noble en comparación. Era el epítome de PEOP (progresista excepto sobre Palestina). En su calidad de rabino de Nueva York, tenía un expediente impresionante como defensor de los derechos humanos. Se pronunciaba con elocuencia y públicamente contra el racismo, el apartheid en Sudáfrica y el imperialismo estadounidense en Vietnam, abogando por el desarme nuclear. Incluso acudió a Montreal a reunirse con John Lennon y Yoko Ono en su famoso y extraño «Bed-in for Peace» y cantó con ellos *Give Peace a Chance.* Esa oportunidad no hacía referencia a Palestina. Después de todo, era uno de los principales recaudadores de fondos y facilitadores al servicio del AIPAC, y se esforzaba por presionar a Kennedy para que anunciase que Israel y Estados Unidos disfrutaban de una «relación especial»; un lema que todos los presidentes estadounidenses tendrían que incluir en los discursos pronunciados al visitar Israel, al asistir a una convención del AIPAC o al recibir a invitados oficiales israelíes. En los tiempos de Kennedy, era solo

un lema. Se tomó prestado de la alianza angloestadounidense que derrotó a Hitler, pero quién era el Hitler en este escenario era algo que se dejaba deliberadamente sin especificar. Después de Kennedy, este matrimonio infame se selló con la ayuda económica y militar.

Las ideas de Kennedy no fueron el único reto al que se enfrentó el AIPAC durante el tiempo que aquel ocupó la presidencia. Probablemente fuese aún más problemático el hecho de que no todas las acciones del AIPAC se ajustaban a los requisitos legales para las actividades lobistas. Las políticas fiscales y las prácticas de obtención de fondos bordeaban la ilegalidad, y un político estadounidense en concreto, el senador demócrata J. William Fulbright, famoso por las becas que llevan su nombre, creía que estas prácticas socavaban profundamente el interés nacional estadounidense. Pagaría muy caras sus convicciones.

LA PRIMERA VÍCTIMA POLÍTICA: EL ASUNTO FULBRIGHT

James William Fulbright nació en Sumner, Missouri, pero creció en Arkansas, donde estudió historia y destacó en el equipo local de fútbol americano. Un periodo más prolongado en Oxford, Inglaterra, lo convirtió en uno de los políticos más anglófilos de su tiempo. Procedía de las humanidades, donde la historia del mundo en general y de los derechos humanos en particular llamó su atención. Añadió a esto una carrera jurídica que emprendió a mediados de la década de 1930, y desde la cual se unió al Departamento de Justicia. Su impresionante carrera continuó como profesor de Derecho y como el rector más joven de Estados Unidos, en la Universidad de Arkansas. En 1942, lo encontramos como representante demócrata en la Cámara de Representantes, y en 1945 en el Senado, donde promovió programas educativos que siguen beneficiando hoy en día a estudiantes estadounidenses y extranjeros.

En coyunturas críticas de la historia del siglo XX, tomó la decisión correcta: se opuso a Hitler, rechazó el macartismo, criticó la aventura de Kennedy en Cuba, buscó una distensión con Rusia y defendió el desarme nuclear. Su único gran error fue el apoyo inicial a la invasión estadounidense de Vietnam, pero enseguida adoptó una posición más moral, y se convirtió en una importante voz contraria a la guerra.

Participó en muchos gobiernos, desde Eisenhower hasta Nixon, pero su

carrera política alcanzó enseguida un techo. El AIPAC no podía soportarlo debido a las críticas constantes que vertía contra la política de Israel respecto a los palestinos y a su creencia en que, debido a eso, Estados Unidos estaba abandonando a sus amigos del mundo árabe. La enemistad no hizo más que profundizarse cuando cuestionó la legalidad de las operaciones del AIPAC en Estados Unidos.

El principal interés personal de Fulbright era su preocupación por la influencia que pudieran ejercer otros países en la política exterior de Estados Unidos. Pero le interesaban en especial Palestina e Israel. Como los propios palestinos, y tantos otros en años posteriores, consideraba desigual e injusto el plan de partición aprobado por Naciones Unidas en 1947, porque no respetaba los principios de la democracia y el derecho de los palestinos a la autodeterminación. Chocó pronto con el AIPAC, cuando este organizó el boicot a los buques árabes en los muelles, una acción que consideró «intervención irresponsable en la toma de decisiones de Estados Unidos en materia de política exterior»[54]. Más tarde, en 1960, se opuso a iniciativas del Congreso a favor de Israel, como presionar a Egipto a abrir el canal de Suez para los barcos israelíes. Afirmó que no tenía nada que ver con los intereses estadounidenses en política exterior y que se debía a «la existencia de un grupo de presión en Estados Unidos que pretende inyectar la disputa árabe-israelí en la política interna»[55]. También argumentó de manera muy sensata que dicha presión solo serviría para fortalecer la determinación egipcia de no permitir dicho tránsito, argumento que quedaría perfectamente validado. Su conclusión al hablar de ese incidente concreto, referente a la convicción entre los árabes de que Estados Unidos siempre se pondría de parte de los israelíes, merece recordarse:

> Esta convicción árabe, para la que lamento decir que la historia aporta cierta justificación, es la mayor carga que la diplomacia estadounidense debe soportar en Oriente Próximo[56].

Precisamente cuando el AIPAC pensó que tenía vía libre para sus actividades, Fulbright, que presidía el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, decidió investigar los asuntos económicos de la organización. Aunque la simpatía que Fulbright manifestaba hacia Palestina indica que consideraba al AIPAC perjudicial para el interés nacional estadounidense,

parece que la única forma que encontró de reducir su impacto en la política estadounidense fue la de acusarlo de evasión fiscal.

Alegó que el AIPAC incumplía la Ley de Registro de Agentes Extranjeros, pensada para limitar el uso de financiación procedente de otros países en las campañas políticas. Comenzó las vistas y presentó pruebas incriminatorias. Las trescientas páginas aportadas por el equipo investigador revelaron que diversas organizaciones prosionistas usaban el dinero exento de impuestos reunido por la Colecta Judía Unida, supuestamente dirigido a ayudar a comunidades pobres de Israel, para financiar actividades del AIPAC en Estados Unidos. En cuatro años, el lobby había recaudado de la comunidad judía estadounidense 5 millones de dólares exentos de impuestos[57]. Parte del dinero procedía de dos conocidos mafiosos, Aaron Weisberg y John Factor, conocido como «Jack el Barbero»[58].

La comisión de Fulbright se basó en escuchas del FBI y documentos citatorios que revelaban que la suscripción a *Near East Report,* el órgano del AIPAC, se usaba como fuente de financiación y para permitir que los donantes eludiesen las cuestiones tributarias. Pero la infracción descarada de las normativas financieras se daba en la relación del AIPAC con la Agencia Judía de Israel. Esta organización sionista anterior al Mandato desempeñaba dos funciones tras la fundación de Israel: judaizar el territorio en el interior y financiar la actividad lobista en el extranjero.

El sistema era muy complicado. Parte del dinero que el AIPAC necesitaba procedía directamente de Israel; por ejemplo, Kenen recibía pagos trimestrales de 5.000 dólares por su trabajo. Pero la mayor parte del dinero se extraía de los donantes judíos estadounidenses que compraban deuda pública israelí. En apariencia estos donantes recibían participaciones de operaciones en Israel, supuestamente centradas en cuestiones sociales y en la ayuda a comunidades necesitadas, pero parte del dinero se devolvía al AIPAC, desde Israel, a través de los servicios de una nueva organización, la Sección Estadounidense de la Agencia Judía [Jewish Agency American Section], registrada en Estados Unidos. La comisión de Fulbright descubrió que no se entregaba nada del dinero a ciudadanos pobres de Israel. De hecho, iba a parar al Estado de Israel y desde allí se devolvía de inmediato a Estados Unidos, directamente a organizaciones sionistas. Por ejemplo, durante ocho años, el 80% del

presupuesto del AZEC (del que el AIPAC ejercía oficialmente de lobby) procedía de la Agencia Judía de Israel[59]. Fulbright había salido en busca de estas infracciones y las había encontrado. Entre 1955 y 1962, la Sección Estadounidense de la Agencia Judía recibió de esta forma 5 millones de dólares entregados por donantes estadounidenses supuestamente para los pobres de Israel.

El dinero obtenido se usaba también para financiar viajes a Israel, organizados por el Comité Palestino Cristiano de Estados Unidos [American Christian Palestine Committe], así como para financiar cátedras de cultura hebrea en universidades estadounidenses[60].

Como reveló Alfred Lilienthal en 1995, estos fondos enmascarados «tocaban casi todos los aspectos de las relaciones de judíos y cristianos»[61] y engrasaban la maquinaria para presionar a los medios de comunicación y a los políticos estadounidenses, instándolos a adoptar una actitud proisraelí.

Una entidad muy importante financiada por Israel, con dinero procedente de los judíos estadounidenses, fue la Agencia Telegráfica Judía [JTA - Jewish Telegraphic Agency]. Era otra organización que inicialmente se ocupaba de asuntos judíos en general, en este caso asuntos mundiales, y gradualmente se convirtió en portavoz de Israel y en parte del lobby en Estados Unidos. Se fundó en 1917 con la misión de informar a los medios de comunicación mundiales sobre cuestiones referentes a comunidades judías de todo el mundo. Hasta el siglo XXI se mantuvo muy leal al relato israelí, pero, como muchas otras entidades judías progresistas de Estados Unidos, adoptó una actitud mucho más crítica hacia Israel en los tiempos de Netanyahu, distanciándose enormemente del AIPAC: «Respetamos las múltiples organizaciones de presión judías e Israelíes existentes, pero la JTA tiene una misión diferente: proporcionar a lectores y clientes información equilibrada y fiable», y comenzó a hacerlo, en tal medida que el lobby creó una agencia de noticias alternativa en 2010, el Servicio Judío de Noticias [Jewish News Service], fiel a las políticas derechistas de Israel[62]. En la década de 1960, sin embargo, las noticias difundidas por la JTA mostraban una fidelidad total al relato israelí.

Fulbright se convirtió en archienemigo del lobby proisraelí, y había que deponerlo por cualquier medio posible. De inmediato el AIPAC empezó a apretarle las tuercas al nuevo presidente, John F. Kennedy, y a su

vicepresidente, Lyndon B. Johnson. El asesor de Kennedy para asuntos judíos, Myer Feldman, le dijo al presidente que «la comunidad judía está muy incómoda con esta investigación»[63]. La presión solo funcionó parcialmente, y Fulbright aceptó, reacio, desarrollar las vistas de su comisión a puerta cerrada.

Pero eso no significaba que las infracciones del AIPAC se mantuviesen en secreto. *Newsweek* publicó el 12 de agosto un resumen del informe incriminatorio que concluía la investigación. La indignación fue inmediata y pública. La memoria de las vistas de Fulbright provocó que el AIPAC desbaratase su carrera a cada paso.

La gota que colmó el vaso del AIPAC fue la negativa de Fulbright a figurar en un grupo de cincuenta y nueve senadores y 238 representantes que aparecería en un anuncio publicado en *The New York Times* (el 11 de mayo de 1969) atacando la posición de Naciones Unidas sobre el conflicto: es decir, condenando el llamamiento de Naciones Unidas a Israel para que se retirase a las áreas ocupadas en la guerra de junio de 1967 y que expresaba preocupación por las dificultades que soportaban los refugiados palestinos. El AIPAC ya había asumido que era inevitable la posterior oposición de Fulbright a conceder financiación a gran escala a Israel, al igual que lo serían, consideraba la organización, las dudas de que fuese adecuado conceder a Israel una subvención de 2.000 millones de dólares tras la guerra de octubre de 1973:

> En lugar de rearmar a Israel, podríamos lograr de inmediato la paz en Oriente Medio sencillamente diciéndole a Tel Aviv que se retirase tras las fronteras de 1967 y las garantizase[64].

La campaña contra él se convirtió en un modelo para el AIPAC. *Near East Report* lo acusó de ser «constantemente desagradable con Israel y con quienes nos respaldan en este país». Hicieron todo lo posible por garantizar que no fuese reelegido. El dinero del lobby inundó las arcas electorales de su rival, el gobernador de Arkansas Dale Bumpers, en las elecciones primarias demócratas celebradas en mayo de 1974. Cualquiera que se opusiera a Fulbright era financiado y apoyado[65].

En palabras de Lilienthal:

> En nombre de los judíos de Arkansas, Philip Kaplan, abogado de Little Rock,

anunció que «Fulbright es un Neanderthal». Philip Back, presidente de Bonos para Israel [Bonds for Israel], una organización de Arkansas, dijo que la declaración hecha por el Senador de que el Congreso estaba controlado por Israel era «uniformemente rechazada por los judíos de Arkansas, y habría que retirarlo a la vida privada». Un lugarteniente de Bumpers se jactó en *Chicago Tribune* de lo siguiente: «Podría haber comprado Arkansas central con las ofertas de dinero procedentes de la comunidad judía; procedían en especial de gente de Nueva York y California que había recaudado mucho dinero de la comunidad judía con fines políticos»[66].

Desde entonces hasta ahora, la senda hacia el Capitolio ha quedado sembrada de candidatos, de la elite de la política estadounidense, cuyas carreras fueron similarmente torpedeadas por el AIPAC. De este modo, la organización manipuló la política del Congreso con tan buenos resultados que muy pocos se han atrevido desde entonces a seguir los pasos de Fulbright.

Como se ha observado, el AIPAC usó con Kennedy métodos mucho menos draconianos. En una ocasión, el presidente mostró su voluntad de enfrentarse a Israel, pero acabó sentando las bases para un fortalecimiento de la alianza entre ambos países. En retrospectiva, Kenen consideraba a Kennedy un presidente que no se atrevió a desviarse demasiado de las molestas políticas de Eisenhower hacia Israel. Kennedy lo «decepcionó», porque no introdujo ningún cambio significativo en la política de su predecesor, y se sintió aliviado cuando Lyndon B. Johnson tomó las riendas. Kenen parecía coincidir con Johnson, que después del asesinato de Kennedy le dijo «habéis perdido un gran amigo, pero habéis encontrado otro mejor»[67].

UN AMIGO VERDADERO: LYNDON JOHNSON

En sus memorias, el presidente Lyndon B. Johnson rindió tributo a la sabiduría de su tía favorita, que entre otras cosas le recomendó lo siguiente:

> Lyndon, recuerda siempre esto, nunca vayas en contra de Israel […] Los judíos son el pueblo de Dios, y siempre lo van a ser […] esa es su tierra […] y nadie se la va a quitar[68].

Quizá gracias a la tía, Israel y su lobby encontraron en él un aliado más

fiable de lo que podrían haber esperado en la Casa Blanca. La presidencia de Johnson fue un tiempo tranquilo para el lobby.

Si su querida tía le dio a Johnson un empujón en la dirección adecuada, Myer Feldman lo tomó de la mano todo el camino. Siguió ejerciendo de asesor sobre asuntos judíos o, como él lo describía, de «primer ministro en la cuestión de Israel [en la Casa Blanca]»[69].

Hacía mucha falta. La presidencia de Johnson coincidió con la peor pesadilla de Ben-Gurion: la cuestión palestina volvió al frente de la política de Oriente Próximo, dificultando el supuesto «proceso de paz». Al menos en los pasillos de Naciones Unidas, los delegados cambiaron su modo de discutir sobre el nacionalismo palestino: hablando de liberación y de derechos. Una de las primeras misiones de Feldman fue la de garantizar que el presidente no aprendiera estas nuevas palabras. «Palestina dejó de existir en 1948», le recordó a Johnson[70].

Como había hecho con Kennedy, Feldman organizó la campaña de Johnson contra Barry Goldwater, provocando una victoria electoral arrasadora en 1964. Poco después, el lobby intentó retirar del Departamento de Estado a Dean Rusk, bestia negra de Feldman durante la presidencia de Kennedy, pero fracasó. De ahí que el Departamento de Estado dirigido por Rusk y la CIA dirigida por Richard Helms siguieran aconsejando al nuevo presidente que diese prioridad a los intereses nacionales de Estados Unidos sobre las exigencias de Israel. ¿Pero se tomaba el presidente en serio sus palabras? Muy a menudo, parece que el AIPAC logró susurrarle más cerca del oído.

El AIPAC no dependía solo de Feldman como contrapeso a Rusk y Helms. Su predecesor, el AZEC, había puesto ya los cimientos de un formidable sistema de presión en el Capitolio. El Congreso era por entonces fácil de convencer, ya fuese para ayudar al presidente contra sus funcionarios o para asegurarse de que no se desviara de una política proisraelí. Esto lo vemos al observar de cerca la discusión perenne sobre la medida en la que debería ampliarse la ayuda militar a Israel. El lobby utilizó al Congreso para lograr que Johnson dotase a Israel del armamento más moderno de Estados Unidos, y para impedir que enviase estas mismas armas al mundo árabe, en especial a Jordania, el Estado favorito del presidente. En este último caso, el AIPAC fracasó, y Jordania recibió también armas modernas.

El fracaso no siempre auguraba desastre. El lobby usó las ventas de armas a Jordania como pretexto para exigir más armas para Israel. Todavía hoy, este *quid pro quo* sigue siendo el plan B del lobby: o frenas las ventas de armas al mundo árabe, o cedes pero exiges a cambio una compensación para Israel. Incluso después de que se firmasen los Acuerdos de Abraham –un conjunto de acuerdos de paz entre Israel, EAU, Bahréin y Marruecos– en 2020, los contratos de armas para países árabes siguieron compensándose con más ayuda a Israel, asegurándose de que la carrera de armamento nunca tuviera fin. Indirectamente, la insistencia del AIPAC en la venta de armas a Israel en la década de 1960 contribuyó a una mayor intervención soviética en Oriente Próximo, intensificando la transformación de la región en uno de los espacios de la Guerra Fría.

Mientras la región se hundía en una carrera de armamento militar entre Israel y el mundo árabe, el Gobierno de Johnson estuvo marcado por la pasividad. De vez en cuando, el presidente pronunciaba grandes discursos, pero nunca entró en acción. Israel persistió en mostrarse obstinadamente opaco acerca del desarrollo de su capacidad nuclear, algo que ni siquiera Johnson podía pasar por alto, y mantuvo una brutal política de represalias contra las guerrillas palestinas en Cisjordania, así como contra el ejército jordano. Una de esas operaciones se convirtió en castigo colectivo (aunque con un número relativamente pequeño de bajas civiles) cuando el ejército demolió 125 viviendas, un centro sanitario y un colegio de la aldea de Samu, en el área de Hebrón, en noviembre de 1966.

Walt Rostow, uno de los altos asesores de Johnson, le escribió al presidente, revelándole la actitud agresiva de Israel que condujo a la guerra de junio de 1967:

> No estoy sugiriendo nuestra habitual admonición contra la represalia. Mantendremos esa postura […] pero en este caso no se trata de represalia. Esta incursión de 3.000 hombres, con tanques y aviones, ha sido completamente desproporcionada a la provocación y no iba dirigida contra el objetivo correcto. Al golpear con tanta dureza a Jordania, los israelíes han hecho mucho daño a nuestros intereses y a los suyos propios: han hundido un buen sistema de cooperación tácita entre Husein y los israelíes […] Han debilitado a Husein. Hemos gastado 500 millones de dólares en apuntalarlo como un factor estabilizador en la frontera más larga de Israel, y contra Siria e Irak. El ataque de Israel aumenta la presión para que contraataque que ejercen sobre el rey no solo los gobiernos árabes más radicales y los

> palestinos refugiados en Jordania sino también el Ejército, que es su principal fuente de respaldo y puede ahora presionarlo para tener una oportunidad de recuperar las pérdidas del domingo […] Han obstaculizado el avance hacia una reconciliación duradera con los árabes […] Puede que hayan convencido a los sirios de que Israel no se atrevería a atacar a una Siria protegida por los soviéticos pero podría atacar con impunidad la Jordania respaldada por Estados Unidos. Es importante que fortalezcamos la mano de los miembros del Gobierno israelí para los que esta no es la manera adecuada de manejar el problema. Incluso algunos miembros del ejército israelí dudan ahora de que la represalia impida los ataques interfronterizos, aunque no vean una solución mejor[71].

En Naciones Unidas, el delegado estadounidense se unió a su homólogo británico en la firme condena de la operación, que calificaron de «incumplimiento claro de las obligaciones solemnes asumidas por Israel en los Acuerdos Generales de Armisticio»[72].

El Gobierno israelí reaccionó ordenando al AIPAC que comunicase su desaprobación ante el modo en el que Estados Unidos se estaba comportando en el ámbito internacional. Pero el AIPAC no se apresuró a hacerlo, porque sabía que Johnson era un activo demasiado importante como para correr el riesgo de enemistarse con él, en especial por pura palabrería. *Near East Report* aseguró a sus lectores que la dura posición adoptada por Estados Unidos era un truco inteligente para calmar el intento soviético de dominar el mundo árabe[73]. La reacción estadounidense a la masacre de Samu fue patética y contribuyó a que el joven rey Husein tomase la decisión de unirse a Egipto y Siria en una alianza militar, defendiéndose así de la ira interna por sus actitudes proestadounidenses y de una futura agresión israelí. La tensión acumulada en las fronteras de Israel se acercaba al punto de ebullición.

Las actividades propagandísticas y lobistas del AIPAC en la Casa Blanca no hicieron más que empeorar las cosas a partir de entonces. En vísperas de la guerra de 1967, el AIPAC convenció al presidente de que retuviese un cargamento crucial de trigo para Egipto, en aquel momento el mayor consumidor per cápita del programa estadounidense de ayuda alimenticia. Esta decisión hizo que Gamal Abdel Nasser perdiese la esperanza de que Estados Unidos tuviese intención de facilitar una resolución positiva del conflicto entre Israel y el mundo árabe[74].

EL AIPAC DURANTE LA GUERRA DE 1967

En mayo de 1967, las tensiones en la frontera de Israel y la retórica bélica de todas las partes empezaron a impactar en la comunidad judía estadounidense. En el anterior capítulo describí la brecha existente entre la explicación historiográfica israelí para el estallido de la guerra y la historiografía más reciente. En la primera versión, la guerra estuvo causada por un deseo del mundo árabe, liderado por Gamal Abdel Nasser, de destruir al Estado de Israel; en la más reciente, la política de riesgo calculado aplicada por Nasser iba dirigida a forzar un proceso diplomático para resolver la cuestión palestina y defender al mundo árabe del expansionismo israelí. Su política creó una situación que permitió a Israel aplicar un plan diseñado en 1963 de absorber Cisjordania, la Franja de Gaza y los Altos del Golán, y establecer el Gran Israel.

En mayo de 1967, sin embargo, la ciudadanía estadounidense, y en especial la ciudadanía judía estadounidense, creyó la propaganda israelí que afirmaba que Egipto estaba a punto de embarcarse en una guerra destructiva contra Israel. Asimismo, los israelíes del momento estaban convencidos de que afrontaban el riesgo inminente de una guerra de aniquilación de todos los árabes contra el Estado judío.

En esta tensa situación, el AIPAC aprovechó el pánico generado por la retórica bélica árabe, en especial la egipcia. En ese momento logró inclusive atraer a los judíos más críticos, los que se situaban en la izquierda y formaban parte de movimientos que se oponían a la intervención de Estados Unidos en Vietnam, convenciéndolos de que Israel se enfrentaba a una amenaza existencial. Fue, como expresaron Jonathan D. Sarna y Jonathan Golden, «el miedo paralizante a un "segundo Holocausto"»[75].

Las enormes manifestaciones reunidas en Nueva York y otras ciudades expresaban este mensaje aterrador, que perseguía mentalmente a muchos judíos estadounidenses. El embajador israelí, Avraham Harman, declaró que Israel se enfrentaba a «un genocidio»[76]. En último término, sin embargo, el apocalipticismo de los judíos estadounidenses fue contraproducente. Estas escenas escalofriantes llevaron a Abba Eban a instar a otros ministros del Gobierno de Israel a poner fin a tales muestras de solidaridad. En una reunión del Gabinete, advirtió a los ministros de

que estas imágenes de un Israel tembloroso y victimizado socavaban la confianza en el Gobierno de Israel y desmoralizaban a la población judía, en una época en la que Israel quería movilizarse para una guerra inminente. El AIPAC necesitaba controlar la histeria que había desencadenado, y de manera urgente, advirtió Eban[77].

Al acercarnos al 5 de junio de 1967, vemos que hubo varias salidas posibles a la crisis; en especial, un mensaje de los servicios de inteligencia estadounidenses a Israel. A ojos de estos, Nasser, como había dicho Abba Eban, quería una victoria sin guerra[78]. Este análisis lo compartían muchos ministros israelíes. La «victoria» estaba en un nuevo esfuerzo diplomático para resolver el conflicto. Pero como ha explicado un historiador militar israelí: el ejército israelí estaba «deseoso de un enfrentamiento y dispuesto a hacer todo lo posible por provocarlo»[79].

El presidente Johnson estaba también convencido de que Israel se mostraba dispuesto a disparar a la menor provocación, pero hizo muy poco por presionarlo para que rebajase las tensiones. Una advertencia a Israel de que no amenazase a Siria, dando a Egipto la sensación de que Estados Unidos también entendía el punto de vista egipcio y no estaba unilateralmente del lado de Israel, habría ayudado a rebajar el conflicto. Por el contrario, el envío de la Sexta Flota de la Armada estadounidense hasta cerca de las aguas territoriales egipcias pareció una señal de agresión estadounidense, y no parte de un esfuerzo internacional para ayudar a resolver el conflicto.

También podría haberse intentado encontrar otra vía de salida, si los estadounidenses hubieran mantenido una posición más clara respecto a la decisión de Naciones Unidas de que debía producirse una retirada de la península del Sinaí y de la Franja de Gaza. Los egipcios estaban usando la presión sobre Naciones Unidas para llamar la atención, no como parte de los preparativos militares, pero o bien el secretario general de Naciones Unidas y algunos de los países que aportaban las fuerzas destinadas a esas zonas, como Canadá, malinterpretaron la posición egipcia, o entraron en pánico y se retiraron innecesariamente sin negociar, algo que los egipcios no esperaban[80].

Johnson despertó en medio de la noche con la noticia de que Israel había lanzado ataques aéreos contra aeródromos egipcios. Sabía que, en Washington, expertos de la CIA y del Departamento de Estado seguían

hablando de reunir una armada internacional que entrase en el estrecho de Tirán, esperando que fuese acompañada por un nuevo proceso diplomático. En privado, Johnson les había insistido tanto a los diplomáticos israelíes como a los directivos del AIPAC que las acciones de Egipto no justificaban la guerra, una posición profundamente problemática para el AIPAC. De hecho, aunque eso no cambió el desarrollo de los acontecimientos, el AIPAC no consiguió convencer a su presidente favorito de que efectuase una declaración clara de apoyo a Israel. El Departamento de Estado seguía insistiendo públicamente en que Estados Unidos colaboraba con sus aliados y con Naciones Unidas en la búsqueda de una solución diplomática que pusiera fin a la crisis. Pero el verdadero éxito del AIPAC no estuvo en las declaraciones oficiales de Johnson; más sencillamente, su actividad lobista garantizó que nadie sancionase a Israel por haber efectuado una escalada en las hostilidades militares. Y más importante aún, con ayuda del AIPAC, quedó claro que hiciera lo que hiciera Israel, Estados Unidos no tenía intención de obstaculizarlo.

Pero podría parecer que esta carta blanca tendría límites, que se rompieron cuando las fuerzas aéreas israelíes bombardearon el barco espía estadounidense *Liberty,* matando a treinta y cuatro tripulantes e hiriendo a más de cien. Israel pidió disculpas, explicando que se trataba de un caso de confusión de identidad, algo difícilmente verosímil teniendo en cuenta que en la cubierta ondeaba la bandera de Estados Unidos.

El AIPAC comprendió que no podía impedir que el presidente Johnson amonestara a Israel en público por haber atacado al barco. Todo lo que podía hacer era controlar daños, puesto que estaba claro que hasta a los medios convencionales proisraelíes les resultaría difícil tragarse la explicación dada por Israel. Las razones del ataque todavía son objeto de debate hoy en día. Probablemente estuvo relacionado con la posibilidad de que el barco espía recopilase información que tal vez hubiera dañado la reputación internacional de Israel. La mayoría de los expertos asume que el barco había recopilado información sobre la masacre de soldados egipcios por parte de Israel y sobre la expulsión de palestinos de la Franja de Gaza, que Israel quería ocultar. Pero todavía necesitamos sustanciar mejor esta explicación razonable, y en muchos aspectos solo aceptable. La tarea más importante del AIPAC fue la de disuadir a los congresistas que querían que se efectuase una investigación oficial de plantear esta

exigencia, un objetivo que lograron alcanzar[81].

AYUDANDO A CREAR EL GRAN ISRAEL

Tras seis días de combates, Israel se convirtió en un imperio regional en miniatura. Dominaba los Altos del Golán sirios, Cisjordania, la Franja de Gaza y toda la península del Sinaí, hasta las orillas del Canal de Suez.

La actividad lobista a favor de este nuevo Gran Israel la dirigió en un principio Kenen. Fue de nuevo el primero en moverse en este terreno, coordinando no solo las acciones del AIPAC sino también las de otras organizaciones del lobby, ya fuesen formales o informales. La derrota de 1956, cuando Eisenhower obligó a Israel a retirarse de la península del Sinaí, le escocía aún; estaba decidido a lograr que no se le volviera a exigir esa concesión. Su tarea era garantizar que las voces discordantes que se oían en el Capitolio en referencia a la necesidad de que Israel se retirase unilateralmente de los territorios ocupados se mantuvieran en los pasillos y no llegasen a las asambleas.

Con ese fin, introdujo un nuevo actor, la Liga Antidifamación, fundada en 1913 por B'nai B'rith para luchar contra las calumnias antisemitas en los medios de comunicación. Ahora la organización siguió la vieja trayectoria de convertirse en un frente a favor de Israel. Traicionó su carta de fundación y su misión originales. Su nombre original era Liga Antidifamación de B'nai B'rith, y desde su fundación había mantenido una lucha activa para proteger los derechos civiles de los judíos; por ejemplo, cuando Leo Frank, un judío estadounidense, fue acusado injustamente de asesinar a una niña de 13 años que trabajaba en la misma fábrica que él. Le condonaron la pena de muerte, pero fue linchado dos años más tarde.

Después de 1967, combatir los ataques antisemitas contra judíos estadounidenses dejó de ser su tarea principal: a partir de entonces, animado por el AIPAC, se dedicó a tachar de antisemitas ciertas acciones «antiisraelíes». Hacía propaganda contra cualquier intento de presionar a Israel para que se retirase de los territorios ocupados.

Kenen recordaba que, tras la guerra de junio de 1967, las ruedas de la maquinaria del lobby estaban especialmente bien engrasadas, porque los acontecimientos habían animado a muchos judíos estadounidenses a

efectuar donaciones generosas al AIPAC. Pero como ocurrió con Truman en 1948, el AIPAC no solo tuvo por objetivo al Congreso de Estados Unidos sino que también usó sus contactos con el pequeño entorno de amigos del presidente. Había que tomar todas las sendas posibles; todos los lobistas sabían lo que estaba en juego. Sin colonos israelíes en Cisjordania o en la Franja de Gaza, la comunidad internacional consideraba que se podía lograr una retirada completa. Esta fue la ocasión en la que el gobernante de Jordania, el rey Husein, efectuó una declaración de *mea culpa* en varias entrevistas; a saber, que había sido un error involucrar a Jordania en la guerra. Una declaración de este tipo facilitaba que los dirigentes israelíes lo aceptasen como socio adecuado para un acuerdo de posguerra acerca del futuro de Cisjordania. Pero Israel no tenía intención de retirarse de Cisjordania, de modo que ofreció a Jordania paz a cambio de paz. El decimotercer Gobierno de Israel representaba todas las tendencias de partidos sionistas y ortodoxos. Y todos estaban unidos en un punto: la necesidad de crear un Gran Israel. El lobby necesitaba ahora atraer a los aliados de Israel a esta posición.

De ahí el llamamiento a los amigos del presidente. El más importante de ellos era Abe Fortas, un juez del Tribunal Supremo, nacido y educado en Memphis, que estableció un lazo muy estrecho con Johnson, una amistad forjada cuando Fortas lo representó en una escaramuza judicial que se luchó con encono durante la segunda candidatura del presidente. Era una especie de héroe popular: músico además de abogado *pro bono* que luchaba por los derechos de los pequeños delincuentes, lo que le ganó cierta fama cuando defendió en el tribunal a Clarence Earl Gideon, que había sido acusado de entrar sin permiso en una sala de billar y al que inicialmente se le denegó la asistencia de letrado. A esta causa le dedicaron un libro y una película, ambos titulados *Gideon's Trumpet* [traducidos al castellano como *La trompeta de Gedeón*]. Y esto no era todo, porque luchó también por los derechos de los niños y de los estudiantes. ¿Cómo acabó en el AIPAC este defensor incondicional de los oprimidos?

Parece que era, de hecho, otro PEOP, a saber, alguien que consideraba a Israel una causa progresista, pese a que los hechos sobre el terreno cuestionasen ese apoyo al Estado judío. Inmediatamente después de la guerra de 1967, probablemente resultase difícil evaluar lo abusiva que era la política israelí hacia los palestinos. Los principales periódicos

estadounidenses sí informaron sobre la expulsión de gran cantidad de palestinos de Cisjordania inmediatamente después de la guerra, pero no mostraban ningún interés por la discriminación que experimentaban los ciudadanos palestinos de Israel, ni por la anexión ilegal de Jerusalén Este (que incluyó la limpieza étnica de los palestinos de la ciudad vieja). Y el hecho de que Israel persistiera en no permitir el retorno de los refugiados de 1948, y ya puestos de los de la guerra de 1967, no era un tema que interesase a gente famosa como Fortas. Por lo tanto, quizá al AIPAC le resultase fácil reclutarlo y usar sus credenciales para garantizar que Johnson no presionara en exceso a Israel para que se retirase.

Otra amiga era Mathilde Krim, conocida por fundar la Fundación Estadounidense para la Investigación sobre el SIDA y por sus numerosos logros científicos, entre ellos el desarrollo de un método para determinar el sexo antes del nacimiento. Nació en Italia y creció en Suiza, donde, de joven, colaboró en el contrabando de armas para el grupo paramilitar sionista Irgun, que luchaba contra el dominio británico en Palestina. Casada con un miembro del Irgun, era prosionista hasta la médula. Como muchos de los amigos íntimos de los Johnson, a menudo ocupaba la habitación de huéspedes de la Casa Blanca, y allí estaba en junio de 1967, cuando estalló la guerra. Walter Hixson nos dice que el presidente le había mostrado a Krim documentos secretos relacionados con las políticas relativas a Israel[82]. Su amistad con el presidente derivaba de los contactos que su segundo marido, Arthur B. Krim, mantenía con el Partido Demócrata. Arthur Krim era abogado en Nueva York, director de la empresa cinematográfica United Artists, y fundador de Orion Pictures. Desde muy joven colaboró con el Partido Demócrata y se convirtió en asesor de los presidentes Kennedy, Johnson y más tarde Jimmy Carter.

Pese a todos estos contactos, el AIPAC tuvo que admitir que a esas alturas Estados Unidos se había convertido necesariamente en actor principal en el llamado «proceso de paz». El lobby, en consecuencia, se enzarzaba ocasionalmente en alguna pelea verbal con el Gobierno cuando hacía una declaración política en términos duros, pero estas declaraciones no tenían efecto alguno sobre el terreno. Desde 1967 hasta hoy, Estados Unidos ha actuado a modo de intermediario fraudulento, como describen con acierto Naseer Aruri y Rashid Khalidi[83]. La política estadounidense incluía arrebatos ocasionales contra una agresión particularmente atroz de

Israel, pero no se hacía nada por evitarla.

Se oyeron tonos firmes de crítica por parte de Washington cuando Israel se anexionó Jerusalén Este, incumpliendo de manera flagrante el derecho internacional. Los documentos israelíes de la época revelan muchas misivas indignadas del presidente y del embajador estadounidense en Tel Aviv condenando la judaización inicial de Jerusalén, que incluía la limpieza étnica de palestinos en diversas partes de la ciudad vieja y de los barrios circundantes, cambiando drásticamente el paisaje y la identidad de la ciudad. Pero el Gobierno estadounidense nunca tomó medidas reales en relación con estas quejas. El AIPAC se ha atribuido el mérito de la notable reticencia de Estados Unidos a actuar, pero exagera su propia influencia. Los esfuerzos sionistas primero y proisraelíes después ya habían instalado la inercia como enfoque habitual. Aunque era fácil reprender a Israel por escrito, no había voluntad política de interponerse en su camino.

El verdadero servicio del AIPAC en los últimos años de Johnson en el cargo fue el presionar a Estados Unidos para que proporcionara a Israel el armamento puntero que producía (como los aviones de combate F-4 Phantom, a los que muy pocos ejércitos fuera de Estados Unidos tuvieron acceso, y que llevaron a las fuerzas aéreas israelíes a un nuevo nivel). Los expertos, tanto de la CIA como del Departamento de Estado, advirtieron que dicha venta convertiría a Estados Unidos en el principal proveedor de armas de Israel a ojos del mundo árabe. Su advertencia no se escuchó y Estados Unidos se convirtió en el principal proveedor, pero eso no afectó demasiado a la relación árabe-estadounidense. Tras mucho esfuerzo del AIPAC, que constantemente avivaba el miedo a la amenaza árabe, Israel recibió sus primeros dieciséis Phantom a finales de 1969. Emplearon estos aviones tan codiciados en el bombardeo de Beirut en 1982, con un efecto devastador.

Como se puede ver, la elite política era el principal objetivo de los esfuerzos lobistas en la era Johnson. Dado que las simpatías del Gobierno estaban claramente con Israel, no había mucha necesidad de difamar a los políticos recalcitrantes o de conspirar para retirarlos del cargo. Inmediatamente después de la guerra de junio de 1967, el AIPAC tampoco tenía ninguna razón especial para preocuparse de que las corrientes subterráneas que empezaban a recorrer la sociedad civil estadounidense, todavía difíciles de detectar, pudieran cambiar la simpatía hacia los

palestinos ocupados, alejándola de Israel. Tanto Arno Mayer como Noam Chomsky recordaban que existía un nivel razonable de libertad al hablar de Israel y los palestinos hasta 1967[84]. Solo después de que ganara esa guerra se produjo un cambio sísmico en lo que podía, o no, decirse sobre Israel. Mayer observó que en los círculos académicos estadounidenses Israel se veía como un interés secundario, y la mayoría de los académicos judíos trabajaban en otros campos. Tras la victoria de Israel en la guerra de 1967, su imperio en miniatura invocó por fin el orgullo nacional en algunos judíos estadounidenses.

SI JOHNSON FUE UN AMIGO, NIXON FUE UN HÉROE

Richard Nixon fue un presidente republicano elegido tras un periodo relativamente prolongado de inquilinos demócratas en la Casa Blanca. Tanto el AIPAC como muchos grupos políticos de la comunidad judía estadounidense eran leales al Partido Demócrata, y en consecuencia la elección de un presidente republicano los llevó a territorio ignoto.

A primera vista, Nixon no tenía verdadera necesidad de mostrarse cooperativo. En calidad de presidente republicano a finales de la década de 1960, tenía claro que el voto judío iba a los demócratas. Sin embargo, como nuevo presidente necesitaba el respaldo del Congreso, y el Congreso estaba cada vez más entrelazado con el lobby en lo referente a las políticas relacionadas con Israel y con el conjunto de Oriente Próximo. Esto significaba que el lobby tendría capacidad de presión, y una forma de influir en las políticas de Nixon relacionadas con Israel y otros países.

Lenny Ben-David, que hizo prácticas con el AIPAC en aquellos años, nos ofrece una pista de por qué la elección de un presidente republicano como Nixon no cambió mucho la influencia que el AIPAC tenía ya en el Congreso. El trabajo del lobby en el Capitolio lo dirigía por aquella época una oficina relativamente pequeña, encabezada por Kenen, con diez empleados a los que no siempre se les pagaba el salario a tiempo, debido al presupuesto relativamente pequeño (300.000 dólares anuales) que Kenen tenía a su disposición.

Era sin embargo una operación eficaz. Kenen «no tenía que merodear» por las salas del Congreso para reunirse con cargos electos y apretarles las tuercas. Consultaba con dos puñados de titanes congresistas, y estos

organizaban la agenda legislativa y reunían los votos en el Capitolio. Mucho tiempo después, el trabajo efectuado por Kenen en esos años lo resumió un centro de estudios neoconservador de Israel, el Centro de Asuntos Públicos de Jerusalén:

> Kenen complementaba una relación directa con miembros destacados del Congreso, con los «contactos clave» que tenía apuntados en su Rolodex telefónica y las direcciones de correo de los líderes de las comunidades judías locales y amigos de Israel políticamente activos en todo Estados Unidos. Cuando estaba pendiente una votación sobre un asunto legislativo o sobre ayuda extranjera, el AIPAC les enviaba una carta de alerta, o incluso un «telegrama postal», la nueva entrega postal del momento.
>
> Los presidentes de comités importantes que llevaban tiempo en el cargo tenían capacidad para promover o impedir la aprobación de leyes, y capacidad para hacer lo mismo con la carrera de un miembro reciente del comité. Lo que un presidente decidía era definitivo. Sus posiciones estaban protegidas por el *droit d'seniority [sic],* hasta que los congresistas más jóvenes acabaron por rebelarse[85].

Había otra razón para ser optimista y pensar que un presidente republicano no cambiaría el curso respecto a Israel y Palestina, y fue el nombramiento de Henry Kissinger como asesor nacional del presidente. Tas una carrera estelar como profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de Harvard, Kissinger se unió a la política como asesor de otros candidatos republicanos, hasta que Nixon lo reclutó en 1968.

Era un sionista entregado cuando entró en la Casa Blanca. Había visitado Israel seis veces antes de asumir el cargo, estableciendo una importante red de contactos con sus dirigentes[86].

La primera manifestación de la influencia de Kissinger en la política relativa a Israel apareció en lo que acabó conociéndose como la doctrina Nixon. Junto con otros miembros del entorno del presidente, establecieron una nueva doctrina sobre la defensa del interés nacional estadounidense, y cuando el presidente la explicó en detalle, incluyó una confianza total en Israel como principal pilar de la política estadounidense en Oriente Próximo. Asimismo, se comprometía a garantizar a Israel «un margen de superioridad tecnológica y militar» sobre el mundo árabe. *The New York Times* escribió por entonces que «la promesa ha marcado un giro significativo en los métodos que se emplearán para potenciar la política de Estados Unidos en Oriente Próximo»[87]. Su doctrina incluía también

cerrar los ojos ante el hecho de que la capacidad nuclear de Israel desestabilizaba la región, al promover en ella una carrera de armamento nuclear[88].

Hubo sin embargo otro nombramiento presidencial que preocupó al AIPAC: el de William Rogers como secretario de Estado. Nunca había sido cercano al lobby, y su posición respecto a Israel constituía un enigma. Abogado de profesión, su nombramiento en 1969 sorprendió a muchos, puesto que carecía de experiencia previa en los asuntos mundiales. Kissinger ridiculizaba constantemente sus deficiencias en este frente, principalmente porque deseaba el puesto para sí.

Lo que les preocupaba tanto a Kissinger como al AIPAC acerca de Rogers era que pareciese escuchar atentamente el consejo de los profesionales del Departamento de Estado, incluidos los «arabistas» que seguía habiendo en el Departamento de Oriente Próximo. Junto con estos diplomáticos veteranos, Rogers diseño un sencillo plan para alcanzar la paz entre Israel y los países árabes implicados en la guerra de junio de 1967, basado en la fórmula de «territorios a cambio de paz»: de cuanto más territorio se retirase Israel, más formal sería la paz con los países árabes. Este era también el espíritu de la Resolución 242 aprobada por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que abogó por dicha fórmula tras la guerra de junio de 1967.

El AIPAC se mantuvo ocupado en el Congreso socavando cada uno de los pasos dados por Rogers, que estaba dispuesto a colaborar con Naciones Unidas para aplicar la Resolución 242 como base para alcanzar una solución. Como hemos visto, la resolución aprobada en noviembre de 1967 exigía que Israel se retirase de los territorios ocupados en la guerra de junio para facilitar las conversaciones de paz, y pedía además una solución justa al problema de los refugiados. El punto culminante de la campaña fue la convención anual del AIPAC celebrada en abril de 1969, que empezó con una declaración de 227 congresistas de Estados Unidos rechazando el principio de «territorios a cambio de paz» y exigiendo que «los árabes reconozcan primero a Israel» como condición previa a cualquier discusión[89]. Y como siempre ocurría en esas convenciones anuales y en las posteriores, lo que solicitaban era el envío de más y mejores armas a Israel. Nixon atendió tales peticiones.

Rogers no se desanimó, y el 9 de diciembre de 1969 anunció su plan de

nueve puntos, en el que diseñaba una futura paz egipcio-israelí basada en la retirada de Israel de la península del Sinaí, y buscaba una solución conjunta para la Franja de Gaza. Era muy similar al plan propuesto un año antes por el mediador de Naciones Unidas, Gunnar Jarring. Este fue nombrado después de que el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas adoptase la Resolución 242, que fracasó porque ambas partes la rechazaron. Rogers creía, sin embargo, que si la presentaba como una iniciativa estadounidense en lugar de una iniciativa de Naciones Unidas tendría más posibilidades de salir adelante.

Tanto el AIPAC como Kissinger tacharon el Plan Rogers de ingenuo, achacándolo a la falta de experiencia del secretario en los asuntos de Oriente Próximo. Kissinger prefería negociaciones entre bambalinas, con pequeños pasos hacia un acuerdo de no agresión entre ambas partes. Experimentado o no, el plan de paz de Rogers era lógico, y en consecuencia estaba destinado al fracaso.

Se trató de algo más que una mera discusión acerca de la política correcta; Rogers fue todo el tiempo enemigo de Kissinger. Dicho sencillamente, había obtenido el puesto que Kissinger quería. El AIPAC fue un aliado importante para Kissinger en esta rivalidad.

El AIPAC le declaró la guerra al plan. Su principal socio lobista por aquel entonces, y en los años siguientes, era la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses, que tenía un repertorio y un *modus operandi* propios. En aquella época, esta entidad fue la responsable del discurso acerca del segundo Holocausto al que se enfrentaba Israel en junio de 1967. Incluso después de la guerra, generó ocasionalmente pánico en relación con el destino que le esperaba al Estado judío como consecuencia del plan de paz de Rogers, e instó a los judíos estadounidenses a permanecer alerta y operar bajo un estado de emergencia constante. De ahí que en 1969 convocase una «convención nacional de emergencia» en Washington en la que los «judíos estadounidenses» expresaron su horror hacia los peligros existenciales que planteaba el plan de Rogers.

El principal conferenciante fue Max Fisher. Era filántropo de Pittsburgh, nacido en el seno de una familia judía de inmigrantes rusos. Desde otro punto de vista, la suya era una historia que demostraba que los judíos no necesitaban el sionismo para prosperar; podían ser estadounidenses

enormemente prósperos. Pero como muchos judíos estadounidenses, parecía ver el Estado de Israel como una póliza de seguro que debía guardar siempre en el bolsillo. Por todo caso, Fisher había obtenido su dinero haciendo negocios en el sector petrolífero, el inmobiliario y la banca, y efectuaba donaciones generosas principalmente a causas judías, pero en retrospectiva su principal vocación fue, como indica el título de su biografía, la de «diplomático discreto»[90]. En su caso esto significaba asesorar de manera simultánea al Gobierno de Israel y a los sucesivos presidentes estadounidenses acerca de cómo podría ser Estados Unidos más útil a los intereses de Israel. Allí en la palestra, en Washington, anunciaron con orgullo sus credenciales: era miembro del Partido Republicano y asesor de Nixon, así como presidente un año antes de Colecta Unida para Israel (la principal entidad que canalizaba fondos de los judíos estadounidenses a Israel). La lista era larga, y mencionaba la presidencia del Consejo de Federaciones Judías, así como el puesto que ocupaba en la junta de gobernadores de la Agencia Judía y otras organizaciones sionistas de Estados Unidos. Con unos títulos tan impresionantes, leyó en alto el compromiso personal adquirido por el presidente Nixon de apoyar la exigencia israelí de que los países árabes debían reconocer el Estado judío como condición para iniciar conversaciones bilaterales con cualquiera de ellos, y rechazó cualquier iniciativa de paz propuesta por Naciones Unidas (y por asociación, por William Rogers)[91].

Lograron movilizar al Congreso de Estados Unidos, haciendo que representantes de la Cámara y senadores repitieran cual loros lo que leían en la principal publicación del AIPAC, *Near East Report,* como si de la Biblia se tratara. El doble premio llegó en 1970: Nixon retiró su apoyo a los planes de paz de Rogers y compensó a Israel, por el desagradable periodo que había tenido que soportar, con otro enorme contrato de armamento, un paquete de 500 millones de dólares, y con un contrato que le permitía adquirir nuevos Phantoms. *Near East Report* se refirió a la operación como «la gran evolución experimentada en 1970 por las relaciones entre Estados Unidos e Israel»[92].

El Congreso no fue el único objetivo de la orquestada campaña contra el Plan Rogers. Como he mencionado, tanto Kissinger como el AIPAC sospechaban que los «arabistas» del Departamento de Estado eran la

principal fuente de información e inspiración para el Plan Rogers. Kissinger los consideraba «inherentemente contrarios a Israel» y deseaba sustituirlos por funcionarios más proisraelíes, tanto en el Departamento de Estado como entre los asesores que rodeaban al presidente.

La campaña para sustituir a los menos favorables a Israel tuvo un éxito parcial. Comenzó con el nombramiento de dos destacados judíos estadounidenses que actuaban, de acuerdo con *The New York Times,* como «conductos entre Richard Nixon y la comunidad judía estadounidense». Se trataba de Arthur Burns y Leonard Garment. Burns era un economista famoso que presidiría con posterioridad la Reserva Federal, y Leonard Garment era un conocido abogado; ambos ejercían de «asesores» del presidente[93].

Lo que estos asesores consiguieron hacer fue sustituir al diplomático del Departamento de Estado que para ellos constituía el epítome de «arabista» decidido a suscribir las políticas equivocadas: Parker Thompson Hart, secretario de Estado adjunto para Oriente Próximo. Había ejercido de alto diplomático en la mayoría de las capitales árabes y hablaba árabe. Tanto el AIPAC como Kissinger lo consideraban demasiado proárabe, pese a tratarse de un profesional intachable. Bajo la presión del lobby, fue sustituido por Joseph J. Sisco, sovietólogo y no «arabista» que nunca había ejercido en el exterior y estaría por consiguiente más dispuesto a aceptar la idea de que Israel era un baluarte contra la expansión soviética en Oriente Próximo.

Pese a la sustitución de Hart, los «arabistas» siguieron ejerciendo cierta influencia durante el mandato de Nixon. *The New York Times* resumía su situación en 1971:

> Por ahora, los arabistas son un grupo relativamente feliz. El presidente Nixon, el secretario Rogers y el secretario adjunto Sisco defienden una solución negociada en Oriente Próximo. Nunca antes había estado el oído oficial tan abierto a cualquier sugerencia que venga de abajo[94].

Quizá por eso el AIPAC se mantuvo también ocupado después de 1971, y hasta el final del mandato de Nixon, intentando equilibrar la influencia de aquellos a quienes consideraba actores antiisraelíes, ya fuesen diplomáticos profesionales o capitanes del sector militar y del petróleo.

En esencia, de la disputa que el AIPAC y Kissinger mantenían con

Rogers y con los «arabistas» restantes se refería a la cuestión palestina. Esta fue la época en la que el movimiento nacional palestino resurgió en los campamentos de refugiados, tomando el testigo de la Liga Árabe, y le recordó al mundo que la nación palestina seguía viva. Cuando cada vez más personas pudieron ver por sí mismas, de cerca, la brutalidad de la ocupación israelí. Cuando a los propagandistas de todo el mundo les resultó difícil presentar a Israel como la víctima y el indefenso en lo que pasaría a conocerse como el conflicto árabe-israelí. Políticos como Rogers, con una módica integridad, estaban dispuestos a ver el «conflicto» desde ambos lados. El simple hecho de intentar mostrarse equilibrados, como muchos políticos aprendieron en carne propia, era tachado de antiisraelí. El lobby intentó controlar a políticos ingenuos como Rogers y asegurarse de que nadie osara de nuevo mirar la cuestión desde el punto de vista palestino.

A partir de 1971, el presidente egipcio Anwar el-Sadat ofreció a Israel la misma fórmula que le había ofrecido su predecesor Gamal Abdel Nasser, y que había sido rechazada: paz a cambio de que Israel se retirase totalmente de la península del Sinaí. Israel rechazó las propuestas de paz de Sadat, y además efectuó acciones sobre el terreno que dificultarían cualquier acuerdo futuro entre ambos países, incluida la construcción de asentamientos judíos en el norte y en el sur de la península.

El fracaso del plan llevó a una guerra de desgaste entre Israel y Egipto, consistente en duelos de artillería sobre el Canal de Suez y bombardeos aéreos generalizados lanzados por Israel sobre amplias áreas situadas al oeste del Canal de Suez, provocando el desplazamiento de un millón de egipcios residentes en el área del canal[95]. En esa época, Rogers se contentó con intentar convencer a los dos bandos de que debían aceptar un alto el fuego, lo que consiguió en 1971.

La escalada militar, que no solo se produjo en el Canal de Suez sino también en la frontera de Israel con Jordania (donde la OLP e Israel estaban inmersos al mismo tiempo en otra guerra de desgaste), hizo que Nixon viera con mejores ojos los esfuerzos de Rogers por pacificar la región. Más importante, comenzó a sospechar que tal vez en este caso Kissinger no estuviese poniendo por delante el interés nacional estadounidense.

Nixon estuvo a punto de efectuar un giro de 180 grados en 1971,

declarando a cualquiera que estuviese dispuesto a escuchar que Israel le estaba engañando y no tenía ningún interés por alcanzar la paz. Kissinger, lamentaba el presidente, había caído presa de las maquinaciones israelíes porque era judío[96]. En consecuencia, se retuvo de manera temporal la ingente ayuda militar aprobada por el Congreso. La primera ministra de Israel, Golda Meir, intentó hacer cambiar de idea a Nixon, pero este se negó a ceder. Animado por la distensión con la URSS y por la reconciliación chino-estadounidense, quería resultados tangibles en el fin de las hostilidades en la región. Con Nasser fuera y el nuevo presidente egipcio, Anwar el-Sadat, distanciándose de los soviéticos, había llegado el momento del cambio. Nixon quería ayudar a Sadat a ganar legitimidad en Occidente activando una retirada gradual de Israel de la península del Sinaí mediante acuerdos de desvinculación. Meir y su ministro de Defensa estaban todavía en un estado de ánimo triunfante y eufórico, sin embargo, y rechazaron de plano cualquier propuesta de retirada israelí del Sinaí a cambio de alcanzar una paz bilateral con Egipto. Como gesto de buena voluntad, Nixon retiró su objeción a otro enorme contrato de armas con Israel, esperando que eso animase al Gobierno israelí a adoptar una actitud más positiva hacia el proceso de retirada. Daba igual, en el propio análisis de Nixon, porque el Congreso de Estados Unidos era totalmente leal al AIPAC:

> En Oriente Próximo el problema es Israel […] el lobby israelí es tan fuerte que el Congreso no es razonable […] Debemos tener políticas que no permitan que la obsesión por un país destruya nuestra posición en Oriente Próximo[97].

En octubre de 1973, en colaboración con Siria, Sadat dirigió a su ejército en un ataque sorpresa pensado para recuperar por la fuerza la península del Sinaí. No lo logró, y finalmente el ejército israelí repelió a las fuerzas egipcias e invadió una pequeña parte de la orilla occidental del Canal de Suez. El logro de derrotar el ataque sorpresa de los egipcios, sin embargo, se produjo a costa de un elevado número de bajas, y solo fue posible por los enormes suministros militares organizados por Kissinger durante la fase inicial de la ofensiva egipcia, en la que los egipcios lograron penetrar en buena parte de la península del Sinaí.

A la larga, Kissinger lamentó haberse opuesto al plan de paz. Cuando se reunió con un grupo de líderes judíos en el Hotel Pierre de Nueva York, en

junio de 1975, les dijo: «Siento no haber apoyado más el esfuerzo de Rogers […] [que] habría impedido la guerra de 1973»[98].

«Territorio a cambio de paz» era una idea que podría haber funcionado, y que finalmente funcionó solo en un lugar, la península del Sinaí, y esto solamente después de que Israel experimentase la derrota militar durante la guerra de octubre de 1973, un conflicto en el que al final obtuvo una victoria relativa, gracias al respaldo pleno de Estados Unidos, y en especial el de Henry Kissinger. En el caso de Palestina, donde más importaba, nunca hubo posibilidad de que esa fórmula funcionase, tanto en relación con Jordania como con los palestinos. El Partido Laborista de Israel (1948-1977) consideraba cualquier conversación sobre la idea de «territorio a cambio de paz» como una molestia tolerable, porque no impedía a Israel colonizar los territorios ocupados. Su sucesor, el Likud, que asumió el poder en 1977, sobrevivió y prosperó pese a prescindir de las conversaciones. Siempre que dirigentes estadounidense más realistas, o más honrados, repetían los errores ingenuos de Rogers, intentando adoptar un punto de vista más equilibrado, sus buenas acciones no quedaban impunes. El AIPAC los reprendía y llamaba al orden.

A consecuencia de la guerra, Israel había estado mucho más dispuesto en 1974 a seguir el ejemplo de Kissinger y entrar de manera significativa en un proceso de retirada gradual no solo de la península del Sinaí sino también de los Altos del Golán sirios, concediendo territorio a cambio de pactos tácitos de no agresión. Irónicamente, este proceso se completó después de la subida al poder, en 1977, del Likud, de tendencia derechista; pero los laureles de este logro estadounidense se los llevaron un nuevo presidente y un nuevo secretario de Estado.

Tras la guerra de octubre de 1973, Kissinger se reunió más frecuentemente con los principales actores del lobby proisraelí en Estados Unidos: el AIPAC y la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses. Consultó con estos dos organismos, jactándose de sus logros, que crecían exponencialmente: con cada reunión, fue aumentando la cantidad y la calidad de los suministros de armas de Estados Unidos a Israel[99]. Fue un salto cuántico en el armamento de Israel, cuyo ejército pasó a disfrutar de la mayor cantidad de ayuda militar estadounidense fuera de la OTAN. Estos armamentos habían rescatado al ejército israelí de la derrota inicial sufrida en la guerra

de 1973, cuando Kissinger organizó un puente aéreo mayor aún que el proporcionado a la sitiada Berlín en 1948.

Tras el escándalo del Watergate y el juicio político al presidente Nixon, la participación estadounidense en la diplomacia y en Oriente Próximo descendió algo en comparación con periodos anteriores, y el nuevo presidente, Gerald Ford, aunque conocido por su tendencia proisraelí, no pareció mostrar un interés especial por los asuntos de los israelíes ni de los palestinos.

Ford se mantuvo intransigente en un punto, sin embargo: no habría legitimación de la OLP, siguiendo el punto de vista de quien era primer ministro israelí desde 1974, Isaac Rabin. Henry Kissinger, en estrecha comunicación con el AIPAC, no hizo intento de cambiar la idea del Gobierno israelí a este respecto. En conversaciones con los líderes de la comunidad judía, Kissinger declaró que esperaba «aislar a los palestinos» y alejar a los demás países árabes de la causa palestina[100].

Es posible que esta implicación relativamente discreta permitiera que evolucionasen otras ideas además de la *Pax Americana.* Ya describí en el capítulo anterior cómo era la escena en Naciones Unidas durante este periodo: un mundo recientemente descolonizado que buscaba implicarse en la cuestión palestina, mediante contacto directo y legitimación de la OLP. Como resultado, junto al brazo armado, la OLP desplegó una nueva iniciativa diplomática para ser incluida como socio legítimo en cualquier discusión sobre el futuro de Israel y Palestina. Esto también impresionó a la Unión Europea, dando lugar a la Declaración de Venecia de 1980, que situó la cuestión de Palestina en el centro de los esfuerzos para resolver el conflicto árabe-israelí.

Sin embargo, al nuevo primer ministro israelí de 1974, Isaac Rabin, y al nuevo presidente estadounidense, que todavía dirigía su política exterior bajo la guía de Kissinger, que a su vez todavía consultaba estas cuestiones con el AIPAC, no les interesaba cambiar las políticas intransigentes de Israel respecto a la cuestión palestina.

LOS SEIS MESES DE «GUERRA DE NERVIOS», MARZO-SEPTIEMBRE DE 1975

En lo que el Gobierno de Ford sí tuvo problemas con Israel fue en la

dificultad de llevar a Egipto y a Israel a firmar un acuerdo de retirada: una retirada parcial israelí del Sinaí a cambio del compromiso egipcio de resolver los asuntos pendientes mediante conversaciones. Israel daba rodeos, por la presión de los colonos que tenía instalados en la península del Sinaí y por su renuencia general a retirarse.

El presidente Ford lo calificó de «estancamiento» y escribió que la táctica israelí «frustraba a los egipcios y a mí me ponía furioso»[101]. Se mostró igualmente duro en aquel momento en un famoso telegrama que le envió al primer ministro israelí, Isaac Rabin:

> Deseo expresarle la profunda decepción que me produce la actitud de Israel en el transcurso de las negociaciones […] El fracaso de la negociación tendrá un impacto de gran alcance en la región y en nuestras relaciones. He dado instrucciones de reconsiderar la política de Estados Unidos en la región, incluidas nuestras relaciones con Israel, con el objetivo de garantizar que los intereses de Estados Unidos en general […] estén protegidos. Se le notificará nuestra decisión[102].

La palabra clave aquí es «reconsiderar». A simple vista, parece prosaica; pero en el contexto del vocabulario concreto que emergió con los años para describir la relación entre Israel y Estados Unidos, asumía un significado mucho más amenazador. La razón es que existe una suposición básica de que la relación entre ambos es tan sólida que no necesita «reconsideración», pero si surge la necesidad, algo fundamental debe de haber cambiado en dicha relación. La declaración de reconsideración se efectuó en marzo de 1975, y en septiembre Israel había firmado el acuerdo con Egipto. Pero en ese medio año, de acuerdo con Ford, estalló una «guerra de nervios» entre él, Israel y los aliados del AIPAC en el Congreso[103].

Aunque hubo amenaza de sanciones en 1949 y en 1956, el concepto de reconsideración lo usó por primera vez Ford. Mientras yo escribía este libro, el término reaparecía como posible reacción estadounidense al Gobierno derechista israelí elegido en noviembre de 2022. Como Rabin observaría mucho después, sonaba muy «inocente» pero en esencia «anunciaba uno de los peores periodos en la relación entre Estados Unidos e Israel»[104].

El presidente le explicó al Congreso que reconsideración significaba suspender la ayuda militar a Israel, en especial reconsiderando la solicitud

de aviones de combate F-16 a la que con anterioridad Estados Unidos había respondido favorablemente.

Bien podría sorprendernos que Ford se quedara «estupefacto», según sus propias palabras, ante la negativa de tantos miembros del Congreso a apoyar su «reconsideración». ¿Acaso desconocía lo poderoso que era a esas alturas el AIPAC? De acuerdo con Arlene Lazarowitz, aunque por aquel entonces el AIPAC tenía una presencia impresionante y efectiva en el Capitolio, no poseía el control, aún, en la Casa Blanca, lo que tal vez explique la perplejidad de Ford. Lazarowitz observa también que, en aquella época, otros grupos de presión menos destacados, como la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses, B'nai B'rith y Hadassah, seguían vacilando tras la guerra de junio de 1967, y al AIPAC le resultaba fácil reclutarlas para que ayudasen a organizar una campaña pública contra la reconsideración.

Si al presidente le sorprendió la reacción del AIPAC a la reconsideración, debería observarse que el AIPAC estaba también atónito ante la idea de que un presidente, conocido por haber sido proisraelí a lo largo de su carrera política, se embarcase en dicha política. Unos meses antes, en diciembre de 1974, Ford y Kissinger se habían reunido con veinte líderes de la comunidad sionista estadounidense, y el presidente les había asegurado que mantendría una política proisraelí.

Tras el anuncio de la «reconsideración», el AIPAC comenzó una campaña intensiva para que se le pusiera fin. El AIPAC no fue ni mucho menos el único miembro agresivo de la campaña contra la reconsideración. Recuérdese el Comité Judío Estadounidense, un grupo que a comienzos del siglo XX era no sionista, pero que se sionizó completamente en la guerra de 1967 y le lanzó una advertencia al presidente:

> Si 1975 resulta ser el año de la intensa presión sobre Israel, se producirá una reacción seria entre los judíos de Estados Unidos. Acudiremos directamente al Congreso, y 1976 [año de elecciones] no está tan lejos[105].

Pero lo que importaba era la capacidad del AIPAC para aplicar una presión sostenida sobre el Congreso. La cúspide de esta campaña la marcó una firmada por setenta y seis senadores de ambos partidos, que se publicó en *The New York Times* el 22 de mayo de 1975, en la que advertían al

presidente que el hecho de que Estados Unidos no proporcionase las armas necesarias a Israel podría conducir a otra guerra. La intención original no era publicar la carta, estaba concebida como una misiva privada. Ford estaba convencido de que Rabin la había filtrado a la prensa, y lo reprendió por ello en la reunión que mantuvieron, pero Rabin no admitió haber estado detrás de la filtración[106].

En opinión de Ford, la carta era especialmente ofensiva para Egipto y su presidente, Anwar el-Sadat, que había cooperado plenamente con la política estadounidense en todo momento. Ford le dijo al presidente egipcio que la carta estaba «desproporcionadamente distorsionada» y firmada por políticos ignorantes: «la mitad de ellos no la había leído, y una cuarta parte no la entendía»[107]. Ford se mantuvo fiel a su palabra cuando le dijo a Sadat que en esta cuestión no capitularía ante el Congreso. Al final, Israel firmó el tratado. Pero algo más ocurrió, y esto se repetiría varias veces en el futuro: cualquier política exitosa del ejecutivo a la que se opusiera el AIPAC debía ser edulcorada más tarde, muy a menudo con un generoso paquete de ayuda a Israel. Esta vez, fue un suministro de armas por valor de 2.000 millones de dólares, con envío de petróleo gratis. En los años siguientes, el dinero y la ayuda militar darían resultado.

Ahora sabemos que siempre hubo buenas posibilidades de lograr algún tipo de pacificación entre un Egipto proestadounidense y un Israel proestadounidense. Pero el fondo del asunto en Oriente Próximo era la cuestión palestina y, durante los años de Ford, Estados Unidos socavó todas las posibilidades de efectuar avances significativos en este terreno.

En consecuencia, a juzgar por las apariencias, mientras Naciones Unidas y la UE comenzaban a prestar más atención a la parte palestina del conflicto, Estados Unidos parecía incondicionalmente leal a Israel. Pero la fe del lobby en el apoyo constante de Estados Unidos sufriría una sacudida, si bien durante poco tiempo, cuando Jimmy Carter ganó las elecciones presidenciales de 1976. Como candidato, parecía un presidente demócrata ideal, en quien el lobby podía confiar; pero en su primer año en la presidencia optó por un enfoque distinto, arraigado en principios humanitarios y no en intereses geopolíticos estrictos. El lobby se dispuso a movilizarse para resistir cualquier cambio de rumbo posible: si estaba perdiendo amigos de confianza en la Casa Blanca, debía hacer otros

nuevos.

UN RIVAL EN LA CASA BLANCA: LOS AÑOS DE CARTER

La sede del ayuntamiento de Clinton, una pequeña ciudad de Worcester County, en Massachusetts Central, estaba situada en el 242 de Church Street. Podría haberse convertido en un hito histórico en el que se forjase una nueva política estadounidense hacia Palestina, un giro de acontecimientos capaz de alterar por completo el curso de la historia en Oriente Próximo en el último cuarto del siglo XX. Sin embargo, como ocurre con otras tantas ubicaciones, está destinada al olvido, un hito que no llegó a ser tal. La presencia de un lobby formidable y eficaz hizo que el apoyo inequívoco de Estados Unidos a Israel se mantuviera igual que siempre. La catástrofe continuó implacable.

Los visitantes no pueden saltarse este edificio municipal de una ciudad de aproximadamente 15.000 habitantes. En su centro se eleva una torre rectangular, que divide en dos partes una construcción relativamente pequeña. La torre se eleva sobre el tejado de tejas rojas. En la parte superior se observa una sección abierta, rodeada por finos pilares blancos. Se construyó en 1909, sustituyendo a la antigua sede municipal, que había ardido dos años antes.

En lugar de convertirse en un hito de la historia palestina, sin embargo, la razón de su fama sigue siendo su participación en el progreso industrial que comenzó a mediados del siglo XIX y terminó con la depresión de 1929. En 1828, los hermanos Erastus y Horatio Bigelow comenzaron una revolución industrial que alteró esta comunidad rural y la introdujo, y con ella al condado circundante, en el mundo moderno. Erastus, un genio de la mecánica, inventó un telar para fabricar tapicería de carruajes, telas para colchas y paños de cuadros. Horatio era un emprendedor de la mercadotecnia, y los hermanos se hicieron con buena parte de la industria textil, no solo en Clinton sino también en el Condado de Worcester y otras partes de Massachusetts.

Quizá debido a esta ilustre historia, muchos presidentes han honrado la ciudad con una visita. La llegada de Carter el 16 de mayo de 1977 fue la octava visita de un presidente estadounidense en activo al área metropolitana de Worcester. George Washington y John Quincy Adams

estuvieron allí en los primeros años de la nueva república, mientras que Theodore Roosevelt y William Howard Taft llegaron cuando el siglo XIX estaba a punto de convertirse en el XX. En 1932, Herbert Hoover hizo campaña en Worcester cuando se presentó al segundo mandato, y FDR la visitó cuatro veces entre 1934 y 1944. Lyndon B. Johnson pronunció el discurso de graduación de 1964 en el College of the Holy Cross de Worcester. Después de Carter, Bill Clinton la visitó dos veces, una de ellas en honor a los seis bomberos fallecidos en el mortal incendio que se declaró en la Worcester Cold Storage and Warehouse Co., en diciembre de 1999. En 2014, el presidente Barack Obama pronunció el discurso de graduación en la Worcester Technical High School. Hace cuarenta años, como informó *Evening Gazette,* el objetivo de Carter era acercarse a la gente de una «población ordinaria». Sin embargo, les dijo a las multitudes reunidas, había descubierto que Clinton era «extraordinaria»[108].

El Jimmy Carter que conocemos hoy es un estadista anciano, premiado con un Nobel, un hombre respetado por su incansable dedicación a la paz y a los derechos humanos, así como por sus esfuerzos para combatir la indigencia. Con casi cien años en el momento en el que escribo este libro, sigue dando clases en la escuela dominical todas las semanas en su ciudad natal de Plains, Georgia, y participa como voluntario en Hábitat para la Humanidad. Sigue colaborando con el Centro Carter, que él y su esposa Rosalynn fundaron en 1982 como organización no partidista y sin ánimo de lucro cuyo objetivo es «resolver el conflicto, promover la democracia, proteger los derechos humanos y prevenir la enfermedad y otras aflicciones», de acuerdo con la página digital de la Biblioteca Carter. De hecho, el expresidente solo se ha tomado tiempo libre para tratarse del melanoma metastásico que le diagnosticaron en 2015.

En 1977, sin embargo, cuando visitó Clinton como parte de una campaña para conectar con la ciudadanía estadounidense, el presidente Carter acababa de comenzar su primer y único mandato presidencial. La mayoría de los momentos críticos de su presidencia –los Acuerdos de Camp David, la captura de rehenes estadounidenses por parte de revolucionarios iraníes– no había llegado aún. Hubo otras presiones acuciantes ese año; la inflación y el desempleo elevados, la crisis energética que padecía el país y los problemas de la población para pagar sus deudas. Se preveía que la charla dada en la sede municipal tratase de estos temas.

Cuando el Air Force One aterrizó en el cercano Hanscom Field, Carter se dirigió a la casa de Edward y Catherine Thompson en Chestnut Street, donde pasó la noche, deleitando a la comunidad local con su obvia humildad. «Ni siquiera sabíamos que estaba levantado hasta que oímos el agua de la ducha (hacia las siete de la mañana)», contaba una emocionada y agradecida Catherine Thompson a Christine R. Dunphy, periodista de *Evening Gazette*.

Carter pronunció su discurso el 16 de marzo en un salón de actos de una sede municipal atestada de gente, y varios cientos de personas más escuchando desde el exterior. De pie ante un atril que tenía sobre él un dibujo del paisaje precolonial, junto con un emblema del presidente, y por supuesto junto a la bandera estadounidense, esbozó sus planes de futuro como nuevo presidente. Entre su breve charla y las preguntas planteadas por dieciocho residentes representativos, el presidente defendió el establecimiento de un impuesto sobre la renta federal y una reforma del sistema de seguridad social, una reducción de la carrera de armamento con la Unión Soviética, y una ayuda a los veteranos de Vietnam desempleados. Habló del «aborto, la situación israelí, los vertidos de petróleo y el reclutamiento militar», escribió Leonard J. Lazure en *Evening Gazette*[109].

El público de Massachusetts Central fue, recordaba Carter, el primero en aplaudir su oposición al aborto, cuatro años después de la sentencia *Roe v. Wade*. Prometió trabajar para «proporcionar servicios de planificación familiar para que todo niño nacido sea deseado». Como sabemos, lo que defendió entonces en términos de servicios de planificación familiar fue eliminado por el Tribunal Supremo durante el mandato de Donald Trump. Las reformas internas de Carter solo permanecieron en parte, y la economía estadounidense no despegó durante su presidencia, aunque creó puestos de trabajo y redujo el déficit nacional. Es recordado como el presidente que estableció el Departamento de Educación e intentó forjar, sin éxito, una política energética nacional. Pero al final no fue juzgado por sus políticas nacionales, sino por su política exterior, que él esperaba centrar en la paz en Oriente Próximo.

Y sin embargo, no podía saber entonces, en Clinton, en qué medida su legado sería examinado a través de la lente de sus logros y fracasos en relación con la política estadounidense en Oriente Próximo: una mezcla

que incluyó, por una parte, la dramática e histórica paz bilateral entre Israel y Egipto, y por otra, el fiasco terrible y los errores de cálculo que comenzaron cuando se enfrentó al secuestro de ciudadanos estadounidenses por revolucionarios iraníes.

Además de abordar las crisis internas inmediatas, Carter quería instaurar una política exterior nueva y justa, en especial en Oriente Próximo. Declaró que «hay que ofrecer una patria a los refugiados palestinos que tantos años llevan sufriendo»[110]. Aunque los palestinos de hoy consideran la «patria» como un mal sustituto de un Estado independiente y soberano, por aquel entonces se trató de una ruptura drástica con las anteriores políticas estadounidenses, que no consideraban a los palestinos como un grupo nacional legítimo.

El AIPAC estaba con la guardia completamente baja, había alabado la candidatura de Carter nada más anunciarse, y tenía grandes esperanzas para su futura presidencia. La campaña presidencial incluyó la promesa de que Estados Unidos no negociaría con la OLP mientras no reconociese el derecho de Israel a existir, la exigencia fundamental del AIPAC. Como todos los demás candidatos, mantuvo el pilar de la política estadounidense: suministrar armas a Israel y vetar cualquier intento por parte del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de condenar las múltiples infracciones contra la legislación internacional cometidas por las fuerzas de ocupación israelíes en Cisjordania y Gaza.

A los directivos del AIPAC les parecía un candidato ideal. Siendo gobernador de Georgia, visitó Israel con frecuencia, y su cristianismo evangélico garantizaba que asociaría el retorno de los judíos a Oriente Próximo con la protección del Estado de Israel. De manera más pragmática, Carter solicitó la ayuda de los lobbies sionistas en su campaña, y a cambio respaldó la aplicación de una legislación dura contra compañías estadounidenses que acataban el boicot árabe a Israel. Desde 1951, los miembros de la Liga Árabe se habían negado oficialmente a comerciar con empresas de todo el mundo que operasen en Israel, aunque varias de ellas habían encontrado formas de eludir el boicot y comerciaban tanto con Israel como con el mundo árabe. Gerald Ford, su predecesor en la Casa Blanca y rival en las elecciones, había tenido, como hemos visto, un camino difícil hacia las elecciones de 1976, después de iniciar los seis meses de «reconsideración». Tampoco le ayudó mucho el haber mitigado

algunas de las restricciones impuestas a estos países árabes en su breve periodo en la presidencia. Carter usó en su campaña la política de Ford como prueba del supuesto sesgo antiisraelí del candidato republicano y de su partido, y eso le ayudó a obtener los votos y la financiación judíos. También se rodeó de varios asesores judíos y les asignó cargos importantes en su equipo de campaña[111].

El AIPAC tenía todas las razones para estar satisfecho con Carter. Pero sus miembros no comprendieron que los aliados más estrechos del presidente pensaban de manera muy diferente a él. En 1975, Zbigniew Brzezinski, su asesor de seguridad nacional, y William B. Quandt, asesor sobre asuntos de Oriente Próximo, trabajaban en la Brookings Institution, intentando diseñar la política de los demócratas en referencia a Oriente Próximo. Esbozaron sus conclusiones en un informe titulado *Toward Peace in the Middle East* [Hacia la paz en Oriente Medio], que proponía que Israel se retirase a las fronteras anteriores a 1967 y que se concediera la autodeterminación a los palestinos. Este se convirtió en el borrador de la política exterior de Carter[112].

De manera poco sorprendente, el AIPAC montó en cólera cuando se publicó el informe, en 1975, al mismo tiempo que Gerald Ford planteaba «reconsiderar» la política en Oriente Próximo. Pero creía en gran medida que había neutralizado la amenaza, y esperaba que Carter tomase un camino diferente al de sus predecesores. El discurso pronunciado en Clinton provocó una conmoción desagradable. Pero no sería la última. En encuentros posteriores, Carter repitió su nueva actitud en un lenguaje aún más firme, y reiteró su determinación de aliviar la situación de los palestinos.

¿Qué le dio a Carter la valentía para efectuar unas declaraciones tan radicales? Los historiadores coinciden a este respecto. Era un presidente que escuchaba a sus asesores y estaba dispuesto a aprender. A diferencia de algunos de sus predecesores, participó en las reuniones tradicionales que tienen lugar en la Casa Blanca al comienzo de cada nuevo mandato presidencial para reevaluar la política exterior.

Tenía sus propios puntos de vista, que quedaron oscurecidos durante la campaña, pero de algún modo emergieron después, cuando ocupó el cargo. Consideraba a los palestinos otro pueblo desposeído, como los afroestadounidenses, y veía paralelismos entre las políticas de segregación

aplicadas en el sur de Estados Unidos y el trato dado por Israel a los palestinos.

Al desplegar un nuevo vocabulario, alarmó al lobby proisraelí, acostumbrado a que su relato se aceptase sin reservas. Hablaba de los palestinos y de la OLP en términos neutrales, en lugar de tacharlos de terroristas. Quienes lo rodeaban lo animaron a ir más allá de las palabras e intentar establecer un contacto directo con la OLP, algo a lo que él se mostró dispuesto. Los colaboradores cercanos que lo animaron a desviarse de la política estadounidense anterior estaban liderados por Harold Saunders y William Quandt, miembros de su Consejo de Seguridad Nacional, además de Cyrus Vance y Zbigniew Brzezinski. Carter recordaría más tarde cuánto le habían enseñado acerca de los problemas de los palestinos.

Este era Carter en marzo de 1977. Parecía que por fin un presidente estadounidense estaba dispuesto a defender y buscar justicia para los palestinos. Pero estas expectativas se verían frustradas, y el AIPAC tuvo una importante influencia en su desaparición. El propio Carter no puede, sin embargo, eludir la culpa de haberse retirado de la batalla, y de no haber mantenido su política hasta obtener un resultado mejor.

ABANDONANDO A LOS PALESTINOS

En la memoria colectiva del AIPAC, Carter se inclinó de nuevo hacia la política estadounidense tradicional respecto a Israel, tras unos meses en territorio ignoto, gracias a una campaña exitosa del lobby. Sin duda el lobby fue importante para esta transformación, pero no puede atribuirse todo el mérito. Carter perdió la paciencia con los palestinos, exigiéndoles una aceptación clara de la Resolución 242, una concesión irrazonable porque significaba que el futuro de Cisjordania y la Franja de Gaza quedaría en manos de Israel, Jordania y Egipto. La OLP exigía ser el único representante de los palestinos en cualquier negociación sobre el futuro de la Palestina histórica. La exigencia de Carter contradecía por lo tanto la idea de legitimar a la OLP como parte en el proceso de paz; parece que más tarde lamentaría esta impaciencia, pero en el momento, su determinación inicial se consumió, y no produjo un cambio significativo en la política estadounidense. Su falta de resolución creó un vacío que

llenaron de inmediato actores locales como Egipto, que desvió el esfuerzo diplomático de la cuestión palestina a un acuerdo bilateral entre Israel y Egipto, a expensas de los palestinos.

Carter se entusiasmó con esta nueva dirección, abandonó a los palestinos y se convirtió en el mediador que celebró con el presidente egipcio Anwar el-Sadat y el primer ministro israelí Menahem Begin, en la lograda Cumbre de Cam David de septiembre de 1978. El 16 de marzo de 1979, se firmó un acuerdo, y el apretón de manos a tres bandas en el césped de la Casa Blanca entró en los libros de historia. El acuerdo tenía dos elementos básicos. Uno hacía referencia a la relación bilateral entre Israel y Egipto, basada en la retirada completa de Israel de la península del Sinaí a cambio de establecer relaciones diplomáticas plenas entre ambos países. El segundo era una promesa de discutir el futuro de los territorios palestinos ocupados en un proceso que liderarían Israel y Egipto.

Este acuerdo eliminó el futuro de Palestina de la agenda presidencial de Carter. Inicialmente se mostró más dispuesto que cualquier presidente anterior a avanzar en la búsqueda de una solución justa para la cuestión de Palestina, pero la mitad del camino que recorrió no bastó para cambiar la realidad sobre el terreno. A los efectos de este libro, es importante examinar más de cerca la función del AIPAC en la repentina retirada de Carter del camino que se había trazado en el discurso pronunciado en Clinton en 1977 hasta su total deserción en septiembre de 1978.

El objetivo del AIPAC era garantizar que, con independencia del aspecto que los distintos gobiernos dieran a las políticas estadounidenses referentes a Israel, la perspectiva general no se alterase de manera significativa. Estados Unidos seguiría proporcionando a Israel tanta ayuda militar como fuera posible, y le proporcionaría inmunidad internacional contra cualquier condena o crítica global.

En lo referente a estos dos principios, la ayuda militar y la inmunidad internacional, la política estadounidense era un juego de suma cero. No había nada nuevo en ella. Desde el comienzo de la actividad lobista a favor del sionismo hasta hoy, sigue sin haber opción para un apoyo reservado y condicionado. Como opinaría años después el congresista Paul Findley, el apoyo tenía que ser del 100%; quien les diese un 90% sería tachado de antisemita (esto se demostrará un poco más adelante, al contemplar el choque particular de Findley con el AIPAC)[113].

En estos dos frentes, la ayuda militar y la inmunidad internacional, el lobby no tuvo problemas con Carter. Entró en un nuevo campo de actividad cuando decidió añadir una tercera dimensión a su actividad: controlar el relato sobre «Palestina» y los «palestinos» o, en otras palabras, luchar contra cualquier intento de legitimar el relato palestino.

El día en el que Carter pronunció la palabra «patria», se convirtió en enemigo del lobby. Asignar cualquier consideración a los palestinos era completamente tabú, y Carter fue aún más lejos, atreviéndose a mencionar de nuevo el asunto de los refugiados palestinos desplazados. No importaba que no asumiese ningún compromiso político; la sola mención bastó para poner en marcha al AIPAC.

Las imprentas de la organización publicaron en masa datos, artículos y folletos, ayudadas por académicos israelíes y proisraelíes. Esta propaganda antipalestina inundó la Casa Blanca. El arma más importante del arsenal del AIPAC en 1977 fue un «Informe sobre los refugiados de Oriente Próximo», cuya autora, Joan Paters, afirmaba que, puesto que Siria tenía un 100% de empleo, sería bueno reasentar allí a los refugiados palestinos. Más adelante, en 1984, Paters alcanzó notoriedad por un libro que se convirtió en éxito de ventas, *From Time Immemorial* [Desde tiempos inmemoriales], que planteaba la inverosímil afirmación de que, en su mayoría, los palestinos no habían llegado al territorio hasta la década de 1930; y además, que la expulsión de los «árabes» en 1948 fue un mero intercambio de población, ya que sus cifras igualaban al número de judíos desplazados de países árabes. Cuando el libro se publicó en Reino Unido, la credibilidad de su autora había caído; ni siquiera los expertos proisraelíes podía pasar por alto los graves errores de su estudio[114].

El AIPAC festejó el informe de Peters, que le servía para contrarrestar la referencia de Carter a los refugiados como personas desplazadas por la fuerza. El equipo de Carter comprendió que la clave para cualquier solución general de la cuestión palestina estaba en buscar una solución justa al problema de los refugiados. El esfuerzo del nuevo Gobierno comenzó con la convocatoria en Ginebra de una ambiciosa conferencia en la que participasen todas las partes involucradas en Palestina, con el objetivo de tratar todos los asuntos destacados en relación con la cuestión palestina, incluido el futuro de los refugiados de 1948 y 1967 (que en aquel momento ascendían a cinco o seis millones). Israel, y por extensión

el AIPAC y otros grupos del lobby proisraelí, rechazaron categóricamente la propuesta. Toleraban el método paulatino de Nixon y Kissinger, que no conducía a ninguna parte y estaba destinado a retrasarse mientras se consolidaba y expandía la ocupación de los Altos del Golán, Cisjordania y la Franja de Gaza. En ese momento, la península del Sinaí estaba aún bajo control israelí, pero había una disposición, tras la complicada situación experimentada por Israel en la guerra de octubre de 1973, a reconocerla como territorio egipcio que acabaría siendo devuelto.

El nuevo enfoque era «peligroso» a ojos del AIPAC, porque podía reabrir viejas heridas: el derecho de los refugiados al retorno, y el futuro de Jerusalén. El lobby encabezó una coalición que incluía a la Liga Antidifamación y a B'nai B'righ, decididos a enseñarle al presidente «los hechos reales», en palabras de Morris Amitay, entonces director del AIPAC. Amitay tenía incluso un libro de texto para el presidente, *Myths and Facts* [Mitos y hechos], publicado por *Near East Report* en 1976[115].

La campaña contra Carter alcanzó su momento culminante en julio de 1977. La comunidad judía estadounidense creó una organización exprofeso, que se reunió con Carter, el vicepresidente Walter Mondale, Cyrus Vance y Zbigniew Brzezinski. Ni que decir tiene que ninguna delegación palestina habría podido disfrutar de tal privilegio[116]. Si en la Casa Blanca estaban decididos a buscar un equilibrio, lo mejor que podían hacer era reunirse con las organizaciones árabes estadounidenses, pero no lo hicieron hasta diciembre de 1977. Para entonces, la política estadounidense ya seguía el camino marcado por el Gobierno israelí y el egipcio, mientras Begin y Sadat intentaban alcanzar un acuerdo entre sus dos países. Estados Unidos había perdido interés por reanudar el debate acerca del destino de Palestina y los palestinos.

En esta reunión de julio, Carter experimentó de primera mano el enfoque de juego de suma cero utilizado por el lobby proisraelí. Sus críticas lo tomaron por sorpresa. Después de todo, con independencia de las simpatías que pudiera sentir hacia los refugiados palestinos, se oponía claramente al establecimiento de un Estado palestino, y solo proponía una autonomía limitada para Palestina en una Cisjordania y una Franja de Gaza controladas por Jordania y Egipto. El llamamiento a la retirada de Israel de los Altos del Golán y de la península del Sinaí a cambio de la paz

bilateral se ajustaba a las condiciones establecidas en la Resolución 242 de Naciones Unidas, acordada por unanimidad solo una década antes.

Puede que el lobby fuera suficientemente eficaz como para convencer a un presidente frustrado ante la falta de progreso de los esfuerzos de paz de que abandonase su intento de cambiar la política estadounidense, pero esto difícilmente puede atribuirse a la campaña de propaganda unidimensional. Lo importante fue que, cuando Carter llegó a la Casa Blanca, el AIPAC ejercía un control férreo sobre el Capitolio. En consecuencia, ni la Cámara de Representantes ni el Senado tenían ganas de efectuar un cambio radical.

Los lobistas no lograron las garantías que querían en la reunión de 1977. Por suerte para ellos, la iniciativa presentada por Carter a favor de establecer una nueva política en relación con Palestina tampoco despegó. Actores regionales como Anwar el-Sadat y Menahem Begin situaron a Carter en un papel nuevo y atractivo, el de facilitador de un histórico acuerdo de paz bilateral entre Israel y Egipto, pero no tenían intención de involucrarlo en conversaciones fútiles acerca de la autonomía palestina en Cisjordania y en la Franja de Gaza. La URSS se mostró dispuesta a colaborar con él en la organización de una conferencia internacional en Ginebra (que al final se arruinó por la intransigencia israelí), pero no logró superar la resistencia interna en su país a cualquier cambio de dirección con respecto a Palestina.

Al final Carter aceptó reunirse con líderes de la comunidad árabe estadounidense en diciembre de 1977, el primer presidente de Estados Unidos que lo hizo. La delegación árabe estadounidense intentó contrarrestar la nueva orientación hacia Egipto en lugar de Palestina solicitando la participación de la OLP en el proceso diplomático. Sin embargo, cualquier intento de convencer al presidente para que cambiase la política de Estados Unidos respecto a la OLP cayó en oídos sordos. Como hemos visto, la OLP, que no reconoció a Israel ni aceptó la Resolución de 242 como condición para que Estados Unidos estableciese cualquier contacto con ella, era considerada un movimiento terrorista que no podía ser incluido en el «proceso de paz»[117].

En retrospectiva, podemos ver que, pese a todos los esfuerzos del AIPAC y sus aliados de la coalición lobista proisraelí, en el Partido Demócrata había un núcleo de apoyo a los palestinos que abrió por primera vez líneas de comunicación con la OLP. Esa comunicación la iniciaron el veterano

diplomático George Ball, que trabajó en Naciones Unidas y en el Departamento de Estado, y el periodista Landrum Bolling, activista comprometido por la paz y la justicia social a lo largo de toda su vida. Ambos formaban parte del círculo íntimo de Carter y se encargaron de estas reuniones no oficiales con la OLP. Hubo otros mediadores, como los congresistas James Abourezk y Paul Findley. Este último pagaría un alto precio por dicha mediación, como veremos, que lo convirtió en el enemigo número uno del AIPAC. Estas negociaciones entre bastidores permitieron al embajador estadounidense en Naciones Unidas, Andrew Young, reunirse con representantes de la OLP. Algunos diplomáticos estadounidenses tuvieron la fortuna de hablar con Issam Sartwi, uno de los líderes de al-Fatah, que estableció un diálogo directo con israelíes progresistas sobre el terreno, antes de ser asesinado[118]. Ninguno de estos contactos condujo a un cambio fundamental en la política estadounidense, pero aun así el lobby proisraelí no podía tolerarlos.

Pese a que la influencia real ejercida por los palestinos sobre la política estadounidense era prácticamente nula, el mero intento de ejercer dicha presión era considerado un acto hostil. El lobby tenía que oponerse, y afirmar su dominio sobre la política estadounidense. Los altibajos concretos del «proceso de paz» no se reflejaron necesariamente en la intensidad de la campaña del AIPAC. Al lobby no le interesaba si el «proceso» avanzaba bien o se estancaba; lo que le importaba era detectar cualquier potencial reserva acerca del respaldo incondicional prestado por Estados Unidos a Israel, y moverse con rapidez para desactivar la amenaza.

Esto se ve claramente en el modo en el que el lobby intentó impedir que Carter asumiera la función de ayudar a alcanzar el acuerdo bilateral entre Israel y Egipto. El representante más destacado del lobby proisraelí en su Gobierno era Edward Sanders, que ocupaba un cargo de asesor principal. Ejercía de abogado en Los Angeles, y durante un tiempo presidió el AIPAC. Sanders fue fundamental para obtener el respaldo judío a Carter en la campaña electoral[119]. Aconsejó al presidente que adoptase un perfil bajo en el proceso, y evitase viajar a Oriente Próximo. A ojos del lobby y del representante de este en la Casa Blanca, Carter solo tenía una función: satisfacer al electorado judío. En memorando presentado en enero de 1978, Sanders escribió:

> Si la implicación en el proceso de paz que negocian Sadat y Begin es demasiado pública, el Gobierno corre el riesgo de ser culpado siempre que surjan dificultades […] Nos parece innecesaria una participación visible y sustancial …]
>
> El presidente ha acertado plenamente al manifestar una oposición explícita a la creación de un Estado palestino independiente (cualquier disminución de esa posición sería perjudicial) […] No hace falta decir que el recorte de la ayuda a Israel provocaría graves problemas internos[120].

Pero Carter no atendió el consejo, y visitó tanto El Cairo como Jerusalén en marzo de 1979. El acuerdo de paz definitivo se firmaría el 26 de marzo de 1979, en Washington DC. Sin embargo, aunque el AIPAC y sus partidarios en el Gobierno no pudieron impedir que Carter mediara entre Israel y los países árabes, sí se aseguraron de que la política estadounidense mantuviera como base el apoyo a Israel. Mientras negociaba el tratado entre Israel y Egipto, Carter prometió a Israel que la ayuda militar estadounidense asumiría «dimensiones nuevas, firmes y más significativas»[121]. Puede que Carter estuviera sinceramente comprometido con la paz en la región; la sinceridad, sin embargo, no bastó para superar el sesgo proisraelí integrado desde hacía tiempo en la política estadounidense.

CARTER ENTONA EL *MEA CULPA*

En 2006, Jimmy Carter publicó un libro, *Palestine: Peace Not Apartheid* [122]. El libro le costó muy caro: grupos e individuos proisraelíes lo acusaron de falsear la historia y de ser antiisraelí. Algunos llegaron incluso a tacharlo de antisemita. El mero uso de la palabra «apartheid» en el título, que hoy resulta más aceptable en referencia a Israel, no era común en aquel momento, y definitivamente los expresidentes no la utilizaban.

Está escrito en forma de autobiografía, y cubre su participación en la cuestión de Palestina, desde la primera visita que efectuó a Israel en 1973 hasta el establecimiento del Centro Carter en Atlanta tras su salida de la Casa Blanca. No dejó de interesarse por Palestina; en las décadas de 1990 y comienzos de 2000 formó parte de un equipo internacional que supervisó las elecciones en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza.

Lamenta no haber hecho lo suficiente por Palestina, y atribuye su fracaso al poder del lobby, que garantiza que las políticas israelíes no puedan ser

objeto de oposición en Estados Unidos, ni siquiera por parte del presidente:

> Las decisiones del Gobierno israelí rara vez se cuestionan o condenan, las voces de Jerusalén predominan en nuestros medios de comunicación; y los ciudadanos estadounidenses desconocen en su mayoría las circunstancias que se viven en los territorios ocupados[123].

Nada podría haberlo preparado para esta realidad. Nunca había sido antiisraelí; su educación lo había llevado a creer con firmeza en Israel antes de llegar a la presidencia:

> Me sentía emocionado y optimista acerca del aparente compromiso de los israelíes con el establecimiento de una nación que pudiera convertirse en patria de los judíos, dedicada a los principios judeocristianos de paz y justicia, y determinada a vivir en armonía con todos sus vecinos[124].

Carter se muestra más impreciso acerca de su responsabilidad por haber excluido a la OLP de las negociaciones de paz. Repite el hecho de que le exigió que reconociese a Israel y aceptase la resolución 242, aunque parece replantearse si esta fue la actitud correcta. Finalmente concluye que en aquel momento la OLP «estaba fuera de los límites diplomáticos […] clasificada todavía oficialmente por Estados Unidos como una organización terrorista»[125].

La segunda parte del libro hace referencia a los acontecimientos que tuvieron lugar tras su salida del cargo. A los efectos de este libro, es digno de mención que Carter crea que Israel ya se había dedicado a establecer un sistema de apartheid cuando él ocupaba la presidencia, pero que durante todo ese tiempo no se había dado cuenta. Hoy, el marco del apartheid se extiende para describir tanto a Israel como a los territorios ocupados. Y sin embargo, pese a sus convicciones, Carter tenía las manos atadas respecto a la capacidad de hacer algo para cambiar la situación. La lectura de este libro produce la impresión de que Carter se enfrentaba a dos regímenes segregacionistas, uno en Sudáfrica y otro en Israel, y pese a sus grandes ambiciones como dirigente de la principal superpotencia mundial, tenía una capacidad muy limitada de influir en las políticas de su país para enfrentarse a ambos. Los grupos de presión neoconservadores de Estados Unidos consideraban a Sudáfrica un activo en la Guerra Fría, y

restringieron el deseo de Carter de adoptar una actitud más activa contra el régimen de Pretoria. Pese a declarar la protección de los derechos humanos como principal directriz de su política exterior, Estados Unidos seguía apoyando a otros regímenes sospechosos de todo el mundo. Carter tenía las manos más atadas aún, en lo referente al apartheid israelí, por un lobby dispuesto a destruir la carrera política de cualquiera que se atreviese a enfrentarse a Israel de cualquier modo significativo.

Ante una inflación creciente, una gran crisis energética en 1979 y la humillación sufrida por Estados Unidos después de que cincuenta y dos estadounidenses fueran retenidos como rehenes en Irán durante más de un año, Carter perdió de manera aplastante las elecciones de 1980. Los miembros del lobby respiraron aliviados. El sucesor, Ronald Reagan, no tenía aspiraciones de pacificador, y por lo tanto la influencia del grupo de presión podría crecer sin restricciones. Pero la afición de Reagan a los contratos de venta de armas al mundo árabe pronto empezó a causarles problemas.

RONALD REAGAN: LOS AÑOS DORADOS DEL LOBBY

Resulta imposible pasar por alto el McDermott Building, sede de la firma de abogados epónima, ubicado en el número 500 de North Capitol Street, Washington. Un edificio de cristal de nueve plantas y una nueva azotea, construido en 1922 y renovado en 2012. Se encuentra en el extremo oriental de la ciudad, muy cerca de Independence Avenue y, por supuesto, del Capitolio. Esta proximidad era necesaria para los ocupantes del despacho 300, en la tercera planta: la sede del AIPAC en Washington.

No era el único edificio del AIPAC en la ciudad, pero más o menos hasta 2009 fue su centro. En el libro que escribieron sobre el lobby, Mearsheimer y Walt publican varios recuerdos de políticos invitados a esa sede como parte de lo que se denominaba una «sesión informativa», que en realidad se parecía más a un «interrogatorio exhaustivo» a posibles candidatos a los que el AIPAC les ofrecía ayuda económica y política para su campaña durante los años en los que Reagan ocupó la Casa Blanca (1981-1989)[126].

El lobby tenía también sedes en varios bloques cercanos, formando un imperio en miniatura, la mayoría de las cuales resultaban difíciles de

identificar como bases del AIPAC. Cualquiera con la suficiente perspicacia, o con tanto interés como yo tenía en la década de 1980, se daba cuenta de que había entrado en zona del AIPAC al detectar un edificio fuertemente protegido por vigilantes uniformados y puertas accionadas por control remoto. Los demás miembros del personal se repartían por siete regiones geográficas de todo Estados Unidos, y una oficina en Jerusalén.

«Un puño gigantesco: hazlo a nuestro modo o las pagarás». Este era el poder del lobby proisraelí durante los años de Reagan, de acuerdo con el vicepresidente del AIPAC[127]. Y sin embargo pronto encontró una política que no podía destruir, aunque hizo un intento formidable de dirigir su «puño» contra ella.

Estados Unidos le ofreció su juguete militar más reciente, el Sistema de Alerta Temprana y Control Aerotransportado (AWACS - Airborne Warning and Control System), a Arabia Saudí, junto con una actualización de sus cazas F-16 y otro material militar, la mayor venta internacional de armas en la historia estadounidense hasta ese momento. El AIPAC reaccionó con mucha más dureza que Israel, en buena medida porque Israel llevaba desde la década de 1960 cooperando clandestinamente con los servicios de inteligencia militar saudíes. El AIPAC, por su propia naturaleza, exageraba enormemente la amenaza de cualquier política que pudiera, aunque fuese levemente, perjudicar a Israel. También saltaba ante cualquier oportunidad de demostrar su utilidad.

La batalla por el AWACS, que Reagan le ganó al AIPAC, fue un extraño espectáculo de las capacidades y las deficiencias de este. Estuvo liderada por Dale Bumpers, de Arkansas, que obtuvo su escaño cuando el AIPAC se dedicó a demonizar a su rival, el senador Fulbright, a comienzos de la década de 1970. Incitado por el AIPAC, Bumpers acusó a la Casa Blanca de intimidación cuando esta se negó a rescindir el contrato con Arabia Saudí:

> Ellos [el personal de la Casa Blanca] no tienen que hacer promesas públicas. Saben cómo se hacen las cosas por aquí […] si deseas desesperadamente conseguir algo para tu estado, no necesitan decir una sola palabra […] simplemente sientes la presión[128].

Esa supuesta «intimidación» por parte de la Casa Blanca parece un gesto

amistoso en comparación con los medios brutales empleados por el AIPAC contra los pocos congresistas y senadores que se atrevieron a mostrar solo un apoyo con reservas a Israel en la década de 1980. En respuesta al histrionismo del AIPAC, Reagan hizo esfuerzos infinitos por encontrar un punto de acuerdo con la organización, como si se tratara de una superpotencia por derecho propio. Rogó a amigos como el embajador judío en Italia, Max Raab, el senador Rudy Boschwitz y otros que mediasen entre él y los dirigentes del AIPAC, negociaciones que dieron como resultado un «acuerdo de compensación» para Israel, que aumentó considerablemente la ingente cantidad de ayuda militar que Estados Unidos le había proporcionado ya[129]. Como contó en 1987 el secretario de Estado George Shultz en una concurrida y satisfecha convención del AIPAC: «el apoyo de Estados Unidos a Israel nunca ha sido más fuerte ni más resuelto»[130].

Este paquete de ayudas se logró gracias a los esfuerzos de un nuevo recluta del AIPAC, que acabó siendo conocido como el principal lobista del Capitolio, Douglas M. Bloomfield. Fue contratado en 1981 y sirvió al lobby nueve años. Antes había sido representante del Congreso Judío Mundial en Washington, encargado de coordinar la investigación estadounidense sobre la participación de los bancos suizos en la ocultación de oro y propiedades incautados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Fue director legislativo del lobby, y en esta función era responsable de desarrollar y guiar la estrategia usada en el Capitolio para garantizar la ayuda militar y económica a Israel.

Su trayectoria política la comparten muchos de los que acabarían siendo figuras importantes del lobby. Como él, empezarían como empleados en el despacho de un representante o senador de Estados Unidos antes de unirse al AIPAC. Primero, Bloomfield fue miembro del personal de un destacado miembro de la Cámara de Representantes, Benjamin S. Rosenthal. Trayectorias similares siguieron Richard Perle (que más tarde dirigiría el grupo neoconservador que defendió la invasión de Irak en 2003, y fue un importante aliado de Israel, al tiempo que trabajó en el Departamento de Defensa), que formó parte de la oficina de Henry Jackson; Morris Amitay (sustituto Kenen en la presidencia del AIPAC en 1974), que formó parte de la oficina del senador Abraham Ribicoff; y por último Tom Dine (director ejecutivo del AIPAC entre 1980 y 1993) que perteneció la plantilla del

senador Ted Kennedy[131].

El hecho de que Estados Unidos vendiese el AWACS a Arabia Saudí no cambió nada en el esquema general de las cosas. Aun así, el peculiar sentimiento de importancia que tenía el AIPAC lo llevó a reaccionar con mucha fuerza ante la incapacidad de frenar la venta de armas a los saudíes. En el lobby tenían la sensación de que necesitaban encontrar una manera mejor de transmitir a Estados Unidos la importancia estratégica de Israel. Con dicho fin, Tom Dine, uno de los líderes del AIPAC en la década de 1980, contrató a un antiguo estratega de RAND Corporation, Steven Rosen, como director de investigación e información del AIPAC. RAND era uno de los mayores centros de estudios independientes de Estados Unidos, financiado principalmente con fondos públicos. La principal misión de Rosen era inundar a los políticos con infinidad de folletos sobre el valor estratégico de Israel en comparación con lo que el mundo árabe podía ofrecer. Fue demasiado lejos, por decirlo suavemente, al describir la capacidad potencial de Israel de enfrentarse no solo al mundo árabe sino también a la URSS. Dijo ante un público formado por altos mandos navales de Estados Unidos que Israel «no necesitaría más de 1200 salidas de combate para destrozar toda la armada soviética desplegada en la región»[132].

La investigadora Helena Cobban cree que esta nueva energía y orientación abrumó al Departamento de Defensa en tal medida que aceptó establecer una relación estratégica con Israel que excedía las propias preferencias del Departamento, pero, como ella escribe, «a esas alturas no veían forma realista de evitarlo»[133]. Quizá por eso el orador principal en la convención anual del AIPAC de 1988 fue el secretario de Defensa, Frank Carlucci, recompensado por justificar en público esta alianza «estratégica» que usaba dinero de los contribuyentes estadounidenses para subvencionar las necesidades defensivas de Israel.

En consecuencia, pese a haber infligido una «derrota» aparente al lobby, el presidente no cambió de manera significativa el equilibrio de poder en el Capitolio, tampoco lo deseaba, y de haberlo intentado habría fracasado. Como nos recuerda Cobban:

> A mediados de la década de 1980 el Congreso no necesitaba que lo empujara el que en todas partes se conocía simplemente como «el lobby» para inclinarse

> marcadamente hacia Israel en toda una gama de cuestiones. Hacía tiempo que muchos congresistas se habían acostumbrado a aplicar criterios distintos a las acciones emprendidas por Israel y a las de cualquier otro Gobierno, incluido el suyo propio, en una amplia gama de cuestiones[134].

El asunto del AWACS sirvió para demostrarle al lobby que ni siquiera el Gobierno más comprensivo estaría dispuesto a concederle todos los caprichos al AIPAC. Tal vez esto explique por qué en los años de Reagan el AIPAC reforzó todos los esfuerzos lobistas, enfrentándose de manera mucho más eficaz a quienes no estuviesen dispuestos a demostrar un apoyo incondicional a Israel. Y así, los 30.000 miembros habían invertido tanto esfuerzo en aterrorizar a los potenciales candidatos antiisraelíes que permitieron de manera inadvertida que parte de la política real en el Congreso pasara desapercibida. Senadores como el republicano Charles Percy, sospechosos de estar poco dispuestos a proporcionar apoyo incondicional a Israel, fueron depuestos. Podemos, de hecho, seleccionar cada año desde 1963 y encontrar víctimas similares de la campaña del AIPAC. En 1983, la organización logró poner fin a la carrera política de Paul Findley, miembro de la Cámara de Representantes desde 1961 y uno de los pocos detractores de la política de Israel en los territorios ocupados. Más tarde, otros de quienes se sospechaba falta de lealtad de Israel se vieron afectados de manera similar, incluidos los representantes demócratas negros Earl Hilliard y Cynthia McKinney, como veremos más adelante[135].

Paul Findley, que ha escrito un libro sobre sus padecimientos y tribulaciones, y también ha concedido entrevistas sobre el tema, ha proporcionado un testimonio forense sobre lo que significaba ser blanco de una campaña del lobby proisraelí[136]. En general, observó que en la década de 1980 el AIPAC usaba el antisemitismo como arma, incluso antes de que lo hiciera el Estado israelí, para silenciar a los políticos del Capitolio que criticaban a Israel. Lo llamó «el uso temerario de la acusación de antisemitismo»[137]. Recuérdese que, en la primera mitad del siglo XX, defensores apodados «los sionistas gentiles» fueron duramente criticados por el lobby prosionista de Londres por desviarse de la obediencia ciega a la estrategia utilizada sobre el terreno por los sionistas en Palestina.

En una entrevista concedida a *Journal of Palestine Studies,* Findley enumeró a distintos políticos estadounidenses cuyas carreras, afirmaba él, se vieron truncadas por no ser suficientemente leales a Israel en opinión del lobby: «Charles Percy de Illinois, Walter Huddleston de Kentucky, el congresista Paul (Pete) McCloskey de California y yo»[138]. Perdieron sus escaños, y su ausencia condujo al silencio de cualquier voz crítica con la política estadounidense hacia Israel y Palestina:

> Ahora en el Capitolio nadie siente que merezca la pena hablar sobre eso. Todos están convencidos de que si lo hacen pagarán un precio. Miran lo que le ocurrió a Percy[139].

Muchos años más tarde, en una entrevista, Percy recordaba que, ingenuamente, no podía creer que «Israel tenga más poder que el de los senadores y el presidente de Estados Unidos». En 1984, pagó el precio por su falta de fe en el poder del lobby. Como en el caso de Fulbright, también en el suyo el AIPAC se aproximó al rival de Percy en las siguientes elecciones, el demócrata Paul Simon, para que él perdiera su escaño. Como recordaba Tom Dine, «¡Le dijimos [a Simon] preséntate! Podemos ayudarte; ¡el comité te ayudará!»[140]. Simon lo corroboró en su autobiografía. Dine pensaba que la capacidad de convencer a alguien de que se presentase como candidato rival se convirtió en una nueva estrategia del AIPAC en la década de 1980, aunque, como se ha observado, ya había tenido un precedente en el caso de Fulbright. Desde entonces, declaraba con orgullo Dine, «¡Le tenían miedo al AIPAC!»[141] Jonathan Weisman, de *The Washington Post,* se refirió a estas tácticas usadas en la década de 1980 como una temporada de caza en la que el AIPAC estaba «sacando gente», inclusive a congresistas judíos[142].

Findley creía que la metodología del AIPAC se distinguía por su atención meticulosa al detalle. El AIPAC y otros grupos, como la Liga Antidifamación, publicaban listas de «enemigos» de Israel con el fin de «intimidar a periodistas, profesores de universidad, gente de los medios de comunicación, personalidades de la vida pública, y diplomáticos retirados e impedir que hablasen de Oriente Próximo»[143]. Observó también que el AIPAC tenía «una red en las universidades de todo Estados Unidos y forma a los estudiantes en métodos para mantener fuera de los campus a quienes se mostraban críticos con Israel» e «instruye a los estudiantes

sobre cómo acosar a los conferenciantes que llegan al campus»[144].

En su opinión, esto silenció de hecho a los detractores de Israel en Estados Unidos:

> Uno de mis colegas informó al lobby de que yo estaba pensando en introducir una enmienda al proyecto de ayuda, y a los pocos minutos otros dos miembros del comité recibieron desde sus distritos llamadas de electores proisraelíes que habían sido informados de esta «Enmienda Findley», y que se mostraban preocupados por ella y querían un informe. Los congresistas vinieron a hacerme preguntas. Fue una ilustración increíble de la eficacia del lobby para obtener información, transmitirla con rapidez, y obtener una reacción rápida desde los distritos electorales. El lobby ayuda a sus amigos; y tiene un acceso casi instantáneo a congresistas de la Cámara de Representantes y del Senado. Uno de los lobistas me dijo con sinceridad que podía entrar a ver prácticamente a cualquier congresista que quisiera. No conozco a ningún otro lobista que pueda hacerlo. En su mayoría se sienten afortunados si consiguen ver a dos legisladores en un día. Eso no le pasa al lobby israelí […][145].

El AWACS no fue el único escollo entre el AIPAC y el presidente Reagan. Se produjo un debate acerca del plan de paz para Oriente Próximo introducido por el presidente en su primer año de mandato. Lo había diseñado el secretario de Estado, George Shultz, y el primer ministro israelí Menahem Begin lo condenó. El plan de Reagan era relativamente humilde desde el punto de vista actual. Se oponía a la creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza, y al mismo tiempo rechazaba la anexión de estos territorios por parte de Israel, proponiendo a cambio una «autoridad palestina autogobernada» y plenamente autónoma vinculada a Jordania.

La negativa a aceptar el plan no debilitó la fuerte alianza estratégica de Israel con Estados Unidos. Los años de Reagan fueron también un periodo de aumento drástico de la cooperación estratégica entre ambos países.

LA GUERRA DE LÍBANO, 1982

La invasión de Líbano por Israel en junio de 1982, un suceso trascendental en la historia de Israel, Palestina y Oriente Próximo y que influyó en cierto modo en la política británica referente a Israel/Palestina, no tuvo consecuencias duraderas en la política estadounidense.

Un año antes de la invasión, Estados Unidos participó en los intentos de

impedir que aumentase el deterioro en la frontera entre Líbano e Israel, un área de fricción desde que la OLP se trasladó al sur de Líbano en 1970, tras ser expulsada de Jordania. El presidente le confió la misión a un diplomático de carrera veterano, Philip Habib. No consiguió impedir la invasión y se convirtió en facilitador de los acuerdos de Beirut al término de las hostilidades, durante el verano de 1982. De manera muy extraordinaria, su papel en la expulsión de la OLP más hacia el norte, a Beirut, y en permitir que los israelíes permaneciesen en suelo libanés durante un largo periodo, le valió para obtener la Medalla Presidencial de la Libertad, la mayor condecoración oficial otorgada por el presidente a un ciudadano estadounidense. No fue la primera ni la última vez que quienes fracasaron en la tarea de llevar la paz y la justicia a la Palestina histórica fueron recompensados con premios.

En un principio, el interés de Estados Unidos por esta crisis concreta fue militar. Israel compartía con Washington las armas soviéticas capturadas en Líbano, así como las lecciones aprendidas al enfrentarse a los aviones y a los sistemas de defensa antiaérea sirios, de fabricación soviética. La política estadounidense durante la crisis agradó al AIPAC. Una semana después de que los israelíes invadiesen Líbano, el 14 de junio de 1982, Morton Silberman, presidente del AIPAC, escribió lo siguiente al presidente Reagan:

> Estamos también orgullosos de la actitud adoptada por usted y su Gobierno durante la crisis de Líbano. Estaba claro que su Gobierno, inflexible a la presión exterior y fiel a su compromiso en la lucha contra el terrorismo, permitiría a Israel llevar a cabo estas operaciones con eficacia. Como resultado, una gran fuente de terrorismo internacional ha recibido un duro golpe, y los intereses estadounidenses han mejorado. Todos los amigos estadounidenses de Israel expresamos un aprecio profundo por el apoyo que usted presta a nuestro aliado, Israel[146].

Se esperaba que el presidente mantuviera su respaldo una vez comenzada la invasión de Líbano. Como se observó en el capítulo anterior, el pretexto para la invasión fue el intento de asesinar al embajador israelí en Londres, Shlomo Argov. Nada conectaba el incidente con la OLP, pero bastó para que el ministro de Defensa israelí, Ariel Sharon, lanzase el ataque. Rompió el alto el fuego que Israel tenía con la OLP, y engañó a su líder y mentor, Menahem Begin, haciéndole creer que pretendía efectuar

una invasión breve y limitada, cuando en realidad planeaba tomar el mayor territorio libanés posible e instalar a un presidente maronita títere, proisraelí, al que pudieran obligar a firmar un tratado de paz que permitiera a Israel asegurar su frontera norte.

Parecía probable que el lobby y el presidente coincidiesen en la forma de ver la situación libanesa, pero las realidades sobre el terreno sembraron dudas sobre esta coincidencia de propósitos. En el momento en el que Reagan entró en la Casa Blanca, el AIPAC tenía 50.000 socios y, aparte del asunto de los AWACS, mantenía una relación excelente con el nuevo presidente. La invasión israelí de Líbano, sin embargo, demostró ser una trampa mortífera para el ejército israelí y para los soldados estadounidenses que se unieron a una fuerza de paz multinacional de Naciones Unidas (MNF) establecida en 1982, en un intento de observar un acuerdo *de facto* por el que los dirigentes de la OLP se trasladaban a Túnez y las fuerzas israelíes se retiraban al sur de Líbano.

El primer grupo de ochocientos marines estadounidenses desembarcó en Líbano en agosto, junto con soldados italianos y franceses. Israel se mantuvo reacio y lento en su retirada, y dio lugar a una resistencia propiamente dicha a su presencia, liderada por una nueva organización chií: Hezbolá. Esta guerrilla se oponía también a la presencia de la MNF, y en octubre de 1983 hizo saber a los estadounidenses lo que opinaba sobre su permanencia. Nadie en Líbano interfirió con la MNF cuando supervisó la expulsión de la OLP de Beirut en 1982; pero nadie quería que permaneciera más tiempo. Un terrorista suicida empotró su vehículo contra la base estadounidense de la MNF, matando a 241 soldados americanos.

Esta calamidad no convenció a Reagan de que debía retirar sus fuerzas armadas de Líbano, y el AIPAC insistía en la necesidad de que se mantuvieran allí. Pero dado que la presencia israelí continuaba, se hacía más difícil justificar ante la opinión pública estadounidense la presencia militar prolongada. Un nuevo grupo de marines, directamente procedentes de la invasión de Granada, se encontró envuelto en enfrentamientos militares con Hezbolá y el ejército sirio. Hubo más bajas, y el Congreso, reaccionando a un electorado cada vez más indignado, exigió por una mayoría abrumadora la retirada de Estados Unidos. En 1984, Reagan cedió y ordenó la retirada completa de las fuerzas estadounidenses. La

muerte de tantos soldados era algo que el Congreso no podía pasar por alto y, puesto que no estaba directamente relacionado con Israel, el lobby no podía cambiar el deseo generalizado de repatriar a los muchachos, por así decirlo.

El fiasco estadounidense en Líbano proporcionó a los «arabistas» del Departamento de Estado y de la CIA la oportunidad de recordarles a los políticos de Washington que tal vez deberían escuchar las objeciones que ellos planteaban al hecho de apoyar las temeridades israelíes en Oriente Próximo. En los primeros años de Reagan, fue James Baker, en aquel momento jefe de Gabinete de Reagan, quien les prestó atención. Por eso el AIPAC lo catalogó de posible problema ya en 1984. El lobby envió un memorando pidiendo a la Casa Blanca que ofreciese, como a menudo hacía a solicitud del AIPAC, «un cóctel para su [del AIPAC] "Club Capital" (léase "pesos pesados")». El memorando observaba que una solicitud similar enviada el año anterior había propiciado la organización de un evento por parte del vicepresidente, George Bush padre, y su esposa. Y el memorando declaraba la principal razón de la solicitud:

> Como hemos hablado, esta ocasión social tal vez proporcione una oportunidad para que Jim Baker desarrolle vínculos con los líderes del AIPAC que beneficien a este Gobierno[147].

A Baker, como veremos, esa táctica no lo impresionó. No fue el único: durante los años de Reagan el lobby identificó un trío odiado: el vicepresidente George H. W. Bush, el secretario de Defensa Caspar Weinberger, y Baker. Durante un tiempo, Jeane Kirkpatrick, embajadora en Naciones Unidas, fue también considerada miembro del grupo. Muy al principio de la presidencia de Reagan, las fuerzas aéreas israelíes bombardearon el reactor nuclear de Irak. El AIPAC pensó que al presidente no le importaba, y puede que ese fuera el caso, pero Kirkpatrick colaboró con su homólogo iraquí en una resolución unánime de condena a Israel en el Consejo de Seguridad, y como consecuencia el Gobierno de Reagan embargó las entregas de F-16 a Israel.

Pero mientras Reagan permaneció en la Casa Blanca, librando su cruzada contra la Unión Soviética, el AIPAC lo vio como un amigo. El presidente declaró en una convención anual del AIPAC que Estados Unidos e Israel habían establecido un Grupo Político-Militar Conjunto,

centrado «en la amenaza que supone la creciente injerencia de la Unión Soviética en Oriente Próximo», una declaración un tanto llamativa en una época en la que prácticamente no quedaba influencia soviética en la región. Más importantes para el AIPAC fueron las promesas de establecer un Área de Libre Comercio entre Israel y Estados Unidos, aunque estas no lograron materializarse en igual medida. Sin embargo, incluso estas decepciones quedaron edulcoradas cuando Reagan acusó públicamente a Yaser Arafat (presidente de la OLP desde 1968 y líder de su facción político-militar, al-Fatah) de «antiestadounidense» (lo que no impidió que el Departamento de Estado siguiera intentando establecer conversaciones secretas con la OLP)[148].

Mientras que el AIPAC podía asumir con confianza que el presidente estaba de su parte y a su disposición, tenía problemas más serios para enfrentarse al electorado judío del Partido Demócrata en un tema concreto: el mantenimiento de la alianza entre Israel y la Sudáfrica del apartheid. He aquí cómo uno de sus altos dirigentes se lo explicaba a una preocupada congregación de afiliados de base del AIPAC:

> Es en este contexto [sic] recordar que Israel, a solicitud del Gobierno estadounidense, ha actuado como sustituto de Washington en el suministro de armas, por ejemplo, barcos lanzamisiles. Los intereses geopolíticos van a menudo en contra de los imperativos democráticos morales en política exterior, y ciertamente este es un ejemplo claro de dicho curso de colisión. Por resumir este punto: la mayoría de los países occidentales comercia con Sudáfrica, como lo hacen los países árabes, africanos, asiáticos, latinos y comunistas. El porcentaje de Israel es minúsculo. La relación de Israel con Sudáfrica se ha desarrollado en gran parte por el boicot árabe y la amenaza constante de los vecinos árabes a los que proveen Estados Unidos, otros países occidentales y la Unión Soviética. Esto impidió a Israel darse el lujo de escoger sus socios comerciales. Por último, la relación militar de Israel no surgió de manera aislada[149].

Este análisis minimizaba significativamente a la relación existente entre ambos países. Sudáfrica era uno de los aliados militares más cercanos de Israel, e Israel era el proveedor de armas más importante para el ejército sudafricano[150]. Pero estos argumentos bastante dudosos desde el punto de vista moral ayudaron durante bastante tiempo a blanquear el prolongado respaldo de Israel al régimen del apartheid en Sudáfrica. Y lo más importante, el AIPAC se hizo eco de la suposición planteada por los

dirigentes israelíes de que los argumentos o los valores morales no eran muy útiles a la hora de impulsar el apoyo a Israel en Estados Unidos. Como declaraba Morris Amitay, exdirector del AIPAC, en la convención de 1983:

> La autoridad moral tiene muy poca influencia en política. Pocos intentarían convencer a un congresista de que vote una propuesta de ayuda a Israel apelando a la «autoridad moral» de Israel. Yo plantearía, por el contrario, una solicitud basada en el valor de Israel[151].

El lobby no solo se libró de la reprimenda moral, sino que también le fue perdonado el supuesto trabajo de espionaje. En 1984, el FBI investigó al AIPAC por espiar y robar propiedad gubernamental[152]. Los documentos robados al Departamento de Estado fueron tomados principalmente para presionar a congresistas en las diversas cuestiones que interesaban al AIPAC y a Israel. Este espionaje de larga duración tenía principalmente el objetivo de proporcionar a Israel inteligencia sobre la respuesta de Estados Unidos a la solicitud israelí de establecer un área de libre comercio. Los israelíes sospechaban con razón, como se sabría con posterioridad, que este no era un acuerdo particularmente favorable y eficiente en comparación con otros pactos de libre comercio firmados por Estados Unidos a lo largo de los años. El escándalo se extinguió rápidamente porque el FBI cometió el error de acusar a un diplomático israelí, que aceptó tranquilamente la acusación, de ser empleado del AIPAC. Gozaba de inmunidad diplomática y huyó a Israel[153]. Hoy dicho acto se investigaría con más profundidad, sin duda, pero bajo una presidencia enfrentada a acuerdos complejos que conectaban a la República Islámica de Irán, Israel y los Contras de Nicaragua, esta constituía una falta relativamente menor.

El AIPAC sobrevivió también al caso de Jonathan Jay Pollard. Era un joven judío de Texas que intentó unirse a la CIA en 1977. Lo rechazaron porque una prueba de polígrafo detectó que había falseado parte de sus credenciales académicas. Le fue mejor en 1979, cuando solicitó un cargo para trabajar en el servicio de inteligencia de la Armada. La tendencia a buscar material situado fuera de su competencia le causó problemas y estuvo un tiempo suspendido, hasta que este servicio de inteligencia le asignó en 1984 un puesto de analista en una nueva unidad antiterrorista.

En este nuevo puesto entró en contacto con Aviem Sella, alto cargo de las fuerzas aéreas israelíes que disfrutaba de un año sabático en Estados Unidos, y se ofreció a proporcionar a Israel cientos de miles de documentos sobre cuestiones que los servicios de inteligencia estadounidenses eran reacios a compartir con sus homólogos israelíes (tales como los vínculos de Estados Unidos con Sudáfrica, los acuerdos estadounidenses de libre comercio y la información que los estadounidenses tenían sobre la Unión Soviética, el mundo árabe y los palestinos). Seymour Hersch afirma que Pollar ofreció el mismo material por dinero a agentes chinos y paquistaníes, que declinaron la oferta[154].

Sella sabía que a la agencia nacional de inteligencia israelí, el Mosad, podría incomodarle ayudar directamente a un judío estadounidense a espiar en su nombre al aliado más leal de Israel. En consecuencia, le entregó el material a una agencia secreta relativamente nueva llamada LATAM, acrónimo en hebreo de la rama de encargos especiales, dirigida por Rafael Eitan. Operaba al margen del Mosad, y se mostró receptiva y dispuesta a manejar al nuevo topo. Oficialmente el organismo se había creado para proteger la industria nuclear de Israel, pero pronto se hizo cargo de misiones que incluso al Mosad le parecían demasiado arriesgadas; una de ellas fue la de espiar a Estados Unidos. Al Pollard le pagaba la LATAM; depositaron 30.000 dólares en una cuenta secreta en Suiza, y le prometieron más cuando terminase la misión. Esta generosa remuneración económica debilitó el argumento presentado por Pollard en el tribunal, cuando lo descubrieron, de que actuaba por motivos altruistas.

Pero no era un espía muy cuidadoso, y lo atraparon en 1985. Intentó llegar a la embajada de Israel y solicitar asilo, pero le denegaron la entrada y pasó mucho tiempo en la cárcel, hasta que el presidente Obama lo indultó en 2015.

No obstante, debería resaltarse que el AIPAC tenía muy poco que ver con Pollard. De hecho, en 1981, cuando estalló la controversia por el AWACS, Pollard les ofreció sus servicios a los dirigentes del AIPAC, que lo consideraron demasiado excéntrico, y por lo tanto poco fiable, como para emplearlo. Era muy insistente e intentó en vano en varias ocasiones renovar el contacto[155]. Pero el asunto sí supuso un problema para el AIPAC, puesto que debido a él volvió a salir a la superficie la cuestión de la doble lealtad de los judíos estadounidenses, y los ruegos que a lo largo

de los años planteó Israel para que lo liberasen tampoco ayudaron mucho. En retrospectiva, la estrategia que siguió el AIPAC de hablar del asunto lo menos posible demostró ser la adecuada. El interés desapareció en los últimos años del Gobierno de Reagan, cuando otros temas más importantes ocuparon a Israel y a Estados Unidos.

Para Israel, la principal función del AIPAC durante la presidencia de Reagan fue la de ayudar a aliviar la presión provocada por su propia crisis económica, que estalló a mediados de la década de 1980. El país se vio golpeado por una hiperinflación (hasta el 1000%) y necesitaba ayuda económica de Estados Unidos. El AIPAC logró cultivar a Shultz como su principal delegado en el esfuerzo de presionar al Congreso para que aumentase la ayuda al Estado judío.

Hacia el final del mandato de Reagan se produjo un significativo cambio de guardia en el AIPAC. En esencia, y en términos relativos, los líderes más moderados fueron sustituidos por miembros más extremistas y neoconservadores del lobby; y, lo que es más importante, quienes creían firmemente en la necesidad de que el AIPAC fuera bipartidista fueron retirados y sustituidos por personal de tendencia republicana.

El primero obligado a dimitir fue Douglas Bloomfield, a quien, como se ha mencionado, se había considerado «el principal lobista del AIPAC» en la década de 1980. Su título oficial era el de director legislativo del AIPAC, un cargo que ocupó desde 1981. Recibió un preaviso de quince días para recoger sus cosas y largarse. Su enemigo en el AIPAC era otro alto directivo, Steve Rosen, que estaba alejando la organización de su imagen y sus aspiraciones bipartidistas. Rosen se alió con miembros poderosos del lobby, como su director general, Robert Asher, y su presidente, Edward Levy Jr. Ambos animaban abiertamente a los fieles a votar al Partido Republicano, una campaña que intensificaron al terminar la era Reagan, cuando George Bush padre se convirtió en «su candidato»[156].

El enfrentamiento interno provocó más dimisiones. Un miembro de la Cámara de Representantes proisraelí advirtió a la organización (a través de *Associated Press*) lo siguiente:

> El partidismo insidioso que se percibe en las decisiones del AIPAC le perjudicará a largo plazo. Sus dirigentes deben entender que la verdadera base del apoyo a Israel

está en el Congreso. Los gobiernos vienen y van. Nosotros somos muy constantes y fiables[157].

El problema, parece, no solo estaba en la deriva hacia el Partido Republicano, sino también en una toma del poder por parte de empresarios, como señaló Amitay, que dejó el grupo en 1980:

> La organización debería estar dirigida por profesionales. Cuando los agentes inmobiliarios y los vendedores de tierras intentan tomar decisiones, están pidiendo que el Gobierno los incorpore […] ¿Por qué iba George Shultz (el secretario de Estado) a escuchar al AIPAC?

Y añadía:

> A mí esto me parece fundamental. Va más allá de las personas, más allá del partidismo. Ahora se está perjudicando a la rama lobista de la organización[158].

EL AIPAC Y LA RECONCILIACIÓN DE ESTADOS UNIDOS CON LA OLP, 1988-1989

La relación de Estados Unidos con los palestinos en general y con la OLP en particular siguió dos sendas separadas en la década de 1980. El Gobierno mantuvo desde 1981 contactos discretos con la OLP que culminaron con el reconocimiento de la organización por parte de Estados Unidos a finales de 1988. Al mismo tiempo, el Congreso, sometido a la fuerte presión del AIPAC, se embarcó en una serie de medidas legislativas para impedir cualquier reconciliación entre Estados Unidos y la OLP. Debería ser obvio que el reconocimiento oficial marcó otro fracaso del poderoso lobby. Por desgracia para los palestinos, este fracaso no cambió su realidad: a finales de esa década, y durante muchas más, siguieron viviendo bajo una ocupación y una opresión despiadadas, ya residiesen en Cisjordania o la Franja de Gaza, o viviesen en comunidades de refugiados y exiliados en las que eran considerados ciudadanos de segunda clase.

Pero es también un capítulo intrigante que pone de manifiesto el poder del lobby y sus limitaciones. Ambas sendas deben interpretarse sobre el telón de fondo de dos acontecimientos trascendentales que tuvieron lugar en esa década: la invasión israelí de Líbano en 1982, y el estallido de la Primera Intifada en 1987. Estos sucesos provocaron un giro en algunos segmentos de la sociedad civil estadounidense, incluidos los judíos

progresistas: una nueva corriente subterránea que influiría también en la orientación del lobby y en su capacidad para influir en la política de Estados Unidos.

Parece sin embargo que ni el Gobierno ni el AIPAC percibieron esta corriente antes de 1987; sus políticas opuestas estaban motivadas por diferentes factores. El AIPAC se aproximó ese año al Partido Republicano y a los partidos derechistas de Israel, y actuó de acuerdo con este punto de vista sionista más extremo, que nunca había puesto mucha fe en la reconciliación con el mundo árabe o con los palestinos. En cuanto al Gobierno, deberíamos reconocer que hasta 1987 fue la OLP la que inició los contactos, y la respuesta estadounidense no fue negativa, pero difícilmente podría calificarse de entusiasta. El presidente de la OLP consideró, aunque no todos en su entorno se mostraban de acuerdo, que tras la expulsión de Líbano, y sin una superpotencia que apoyase la lucha de liberación, era hora de formar parte de la *Pax Americana.*

El contacto con la OLP que comenzó en 1981 lo estableció un mediador llamado John Edwin Mroz, experto en Oriente Próximo que trabajaba para una fundación con sede en Nueva York. El diálogo estaba supervisado por Alexander Haig, secretario de Estado del momento, que nombró al secretario de Estado adjunto, Nicholas Veliotes, como representante del Gobierno en estas negociaciones. Cuando George Shultz sustituyó a Haig, mantuvo el esfuerzo en 1982 hasta la invasión israelí de Líbano y la expulsión de la OLP a Túnez en junio de ese año. Mroz se reunió con Yaser Arafat y sus dos lugartenientes, Abu Jihad y Abu Iyad, y los tres transmitieron el mensaje de que la OLP estaba dispuesta a renunciar a la lucha armada a cambio de ser reconocida por Estados Unidos[159]. Las conversaciones continuaron sin interrupciones hasta 1984.

En los años siguientes se produjo una cierta ralentización de las discusiones. Recuérdese que el Congreso ya había prohibido oficialmente cualquier contacto con la OLP en 1975, de modo que todas las conversaciones eran informales.

Hasta entonces, el Congreso avanzó en la dirección opuesta, bajo la guía del AIPAC. Parece que en torno a 1985 el lobby quería, o Israel le ordenó, cortar de raíz cualquier posibilidad de que Estados Unidos estableciese una nueva política respecto a la OLP. En 1985, instó al Congreso a legislar una política que prohibiese las negociaciones con la OLP, y unos días

después del estallido de la Intifada, el AIPAC logró sacar adelante una ley antiterrorista que definía a la OLP como organización terrorista. Sus publicaciones oficiales, las más importantes de las cuales eran los informes anuales sobre política, seguían recomendándole al presidente que se negase a reconocer a la OLP o a negociar con ella, y lo instaban a buscar dirigentes palestinos alternativos[160].

Con esto el AIPAC demostraba que era inconsciente de la medida en la que el Gobierno se inclinaba en otro sentido, o decidió hacer caso omiso del cambio. Pero no solo estaba oponiéndose a la política del Gobierno; tampoco se alineó con la forma en la que la sociedad civil estadounidense recibió la Primera Intifada. Por primera vez, la opinión pública de Estados Unidos comenzó a cambiar drásticamente hacia el respaldo a los palestinos y a cuestionar la imagen anterior, que consideraba terrorismo a la lucha por la liberación palestina.

En el plazo de un año, las dubitativas negociaciones entre Estados Unidos y la OLP culminaron con el reconocimiento oficial de la organización. Este proceso acelerado está bien descrito por Muhammed Rabi, que en aquel momento encabezaba una ONG educativa independiente en Washington. Rabi formaba parte de un equipo del Brookings Institute, dirigido por William Quandt, que en julio de 1988 ya había preparado un detallado documento que instaba al Gobierno de Estados Unidos a reconocer oficialmente a la OLP. Al mismo tiempo, llegó un ruego similar del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, que también intensificó sus contactos con el Gobierno y con voces judías progresistas de Estados Unidos, con un objetivo similar, y se ofreció a mediar entre Estados Unidos y la OLP[161].

Tras las elecciones celebradas en noviembre de 1988, tanto el presidente, Ronald Reagan, como el presidente entrante, George Bush padre, respaldaron con más interés la oferta sueca de mediar entre el secretario de Estado, George Shultz, y Yaser Arafat, usando también la histórica declaración de independencia aprobada por el Consejo Nacional Palestino (el parlamento de la OLP) el 15 noviembre de 1988 como hito que justificaba un giro de 180 grados por parte de Estados Unidos. En la declaración, el legislativo de la OLP aceptaba la solución de los dos estados como base para continuar las negociaciones. Mientras tenía lugar la reunión del legislativo, funcionarios estadounidenses destinados en

Argelia se hicieron cargo de las negociaciones con la OLP que estaban llevando a cabo los suecos, y se abrió el camino hacia el reconocimiento oficial por parte de Estados Unidos.

El resultado final llegó menos de un mes después, el 14 de diciembre, cuando el presidente Reagan efectuó la siguiente declaración:

> La Organización para la Liberación de Palestina ha emitido una declaración en la que acepta las resoluciones 242 y 338 aprobadas por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, reconoce el derecho a la existencia de Israel y renuncia al terrorismo. Estas han sido desde hace tiempo nuestras condiciones para establecer un diálogo sustancial. Se han cumplido. En consecuencia, he autorizado al Departamento de Estado a entablar un diálogo sustancial con los representantes de la OLP. La Organización para la Liberación de Palestina debe estar a la altura de sus declaraciones. En concreto, debe demostrar que su renuncia al terrorismo es general y permanente.
>
> La iniciación del diálogo entre los representantes de Estados Unidos y de la OLP es un paso importante en el proceso de paz, más teniendo en cuenta que representa la evolución seria del pensamiento palestino hacia posiciones realistas y pragmáticas en cuestiones fundamentales. Pero el objetivo de Estados Unidos sigue siendo, como siempre, alcanzar una paz amplia en Oriente Próximo.
>
> Desde ese punto de vista, consideramos que esta declaración es un paso más hacia el establecimiento de negociaciones directas entre las partes, lo único que puede conducir a dicha paz[162].

¿Qué llevó a Estados Unidos a adoptar ese cambio de actitud? En primer lugar, los negociadores estadounidenses lograron que el presidente de la OLP aceptase las condiciones en las que se había insistido desde la época de Jimmy Carter. La OLP aceptó las resoluciones 242 y 338, y más o menos renunció al terrorismo, pese a que muy pocos palestinos aceptaban que su lucha armada por la liberación fuese terrorismo. No se basaba en el reconocimiento a Israel, una medida muy inteligente, porque ningún líder palestino habría podido entonces, o incluso más tarde, volverse sionista.

Uno de los exdirectivos del AIPAC, Douglas Bloomfield, afirmó que este reconocimiento se debía en parte a la frustración con el Gobierno de Isaac Shamir, y en parte era un favor al Gobierno entrante de Bush. En Israel, el Gobierno de unidad entre el Likud y el Maarach (que significa «el Alineamiento», un bloque conjunto que comprendía al Partido Laborista de Israel y al Mapam, el partido sionista de izquierdas), que

dirigió el país entre 1984 y 1988, fue sustituido por un Gobierno de derecha que no mostraba inclinación alguna por participar en un proceso de paz. Tanto Shultz como James Baker se indignaron ante esta intransigencia y ante el apoyo agresivo del Gobierno israelí a la creciente judaización de Cisjordania[163].

Cheryl Rubenberg ofreció una explicación diferente a la nueva política de 1989. Afirmó que el reconocimiento de la OLP por parte de Estados Unidos no se había hecho de buena fe; el fin no era «facilitar una solución justa y permanente al conflicto palestino-israelí»[164]. Rubenberg planteaba un argumento válido que es también pertinente para la decisión final de Israel de negociar con la OLP en 1993. Tanto estadounidenses como israelíes esperaban que las negociaciones con la OLP pusieran fin al levantamiento que había estallado en los territorios ocupados en diciembre de 1987, y que no fue iniciado por la OLP. Se esperaba que prometiendo a la OLP una participación en la dirección de algunos aspectos de la vida palestina, su presidente controlaría al menos en parte el deseo de autodeterminación nacional albergado por el movimiento. Asimismo, el gesto de reconocer la OLP pretendía mejorar la imagen de Estados Unidos en el mundo árabe, y presentar a Washington como un mediador imparcial.

Fuesen cuales fuesen los motivos, Israel y el AIPAC se enfrentaron en diciembre de 1988 a una nueva realidad. El lobby se sorprendió, porque a comienzos de 1988 todavía había podido incitar al Congreso a tomar medidas más draconianas aún contra la OLP. En marzo de 1988, el Congreso de Estados Unidos promulgó una ley aprobada en 1987, que ordenaba el cierre de la oficina del observador de la OLP en Nueva York, es decir, la oficina de la delegación palestina que participaba en las sesiones de Naciones Unidas. En esta ocasión la comunidad árabe estadounidense no se mantuvo pasiva. Los grupos de presión árabe-estadounidenses, junto con los embajadores árabes en Naciones Unidas, llevaron el asunto a la Corte Internacional de Justicia de La Haya, con el apoyo de Naciones Unidas, y ganaron la causa cuando el Tribunal ordenó a Estados Unidos no cerrar un organismo afiliado a Naciones Unidas[165].

Bloomfield nos cuenta que uno de los asistentes principales en la oficina del primer ministro israelí Isaac Shamir llamó al líder del AIPAC, instando a «los amigos de Israel en el Capitolio» a iniciar una «tormenta» de protestas contra la nueva medida. La protesta no llegó a comenzar, y toda

la campaña se convirtió en una tormenta en un vaso de agua[166]. Sin embargo, cualquier miembro del AIPAC que respaldase la medida del Gobierno era condenado de inmediato al ostracismo. Muchos expertos han pasado por alto el impacto que el reconocimiento de la OLP tuvo sobre la vieja guardia demócrata de padres fundadores del AIPAC, la mayoría considerados sobrantes por Rosen. No veían razón para ser más piadosos que el presidente en la cuestión de la OLP. Uno de ellos, Tom Dine, pidió la creación de un Estado palestino independiente junto a Israel en C-SPAN, y fue debidamente despedido. No fue el único purgado en aquel momento.

Reagan, con ayuda de Shultz, disfrutaba por aquel entonces de un grado tal de confianza dentro del bando proisraelí que la decisión de reconocer a la OLP no fue objeto de oposición. Lo que en otro tiempo era inaceptable se convirtió en la norma, sentando las bases para las ambiciosas pero fracasadas negociaciones de paz de gobiernos posteriores. No fue el AIPAC el que condenó al fracaso estas negociaciones; Israel osciló a la derecha, y las diversas iniciativas estadounidenses seguían sin tener en cuenta las aspiraciones y los derechos básicos de los palestinos.

Considero, sin embargo, que el reto más formidable para el AIPAC no fue la política del Gobierno estadounidense. Los presidentes van y vienen, al igual que los secretarios de Estado. Pero la opinión pública no es un péndulo que oscile fácilmente de un lado a otro. Está afectada por tendencias más longevas. A finales de la década de 1980 estaba claro que la voz de los judíos progresistas ya no formaba parte del electorado del AIPAC. Cada vez había más demócratas a los que les resultaba difícil aprobar a un lobby identificado solo con el ala derecha de la política israelí. El electorado más importante en el que todavía podía confiar eran los sionistas cristianos. Antes de que estos efectúen una gran reentrada en la década de 1980, retrocedamos a la de 1970 y echemos un vistazo a la evolución que el lobby experimentó en esa década.

CON DIOS DE SU PARTE: JUDÍOS Y CRISTIANOS A FAVOR DE ISRAEL, 1970

En todos los cines de Estados Unidos se oía una música siniestra. Niños que faltaban al colegio para ir al cine lamentaban sus escapadas. Troy

Fidler tenía nueve años cuando lo llevaron al Fox Theater de Bakersfield, California, a ver *The Late Great Planet Earth* [El difunto gran planeta Tierra] de Orson Welles. «Era una película aterradora», recordaba; Joel Decoster tenía un recuerdo similar: «Me cagué de miedo la primera vez que vi esa película»[167]. Estos niños, los fieles cristianos y los amantes de la ciencia ficción se quedaron mudos al ver en la pantalla a un puñado de «árabes», de los que muy pronto se sabría que eran hebreos antiguos, persiguiendo a un doble de Gandalf, que sorprendentemente saltaba sin esfuerzo sobre una gran roca, antes de llegar a un punto sin salida y enfrentarse a sus perseguidores, que, dándole un golpe en la cabeza, lo empujaban al abismo. Por si fuera poco, estos hebreos antiguos siguieron apedreando al pobre tipo. En la siguiente escena, Orson Welles redescubre el cráneo del hombre perseguido, y declara que era el antiguo profeta hebrero Jeremías, que padeció esta muerte tan brutal porque fue acusado de falso profeta. Erróneamente, nos asegura Welles, puesto que sus profecías apocalípticas se cumplirían al pie de la letra en la década de 1980.

Así comienza la película *The Late Great Planet Earth,* adaptada del libro del mismo título escrito por Hal Lindsey, que vendió millones de ejemplares en poco tiempo y tuvo un gran éxito en todo Estados Unidos[168]. Nacido en Texas, Lindsey fue incluido, desde muy tierna edad, en el sistema de educación religiosa del sur de Estados Unidos. La victoria israelí en la guerra de junio de 1967 lo convirtió en un predicador que combinaba las actitudes proisraelíes con el fervor cristiano fundamentalista. Se dio a conocer con la publicación de ese libro en 1970. Fue uno de los primeros telepredicadores, en la TBN. Tuvo que dejar la cadena en 2005, y se rumoreó que se había visto obligado a hacerlo porque el constante apoyo a Israel y la virulenta islamofobia que lo caracterizaban eran indigeribles incluso para esa cadena. Se pasó a las cadenas Angel One y Daystar, que se mostraron encantadas de difundir sus mensajes. Más tarde volvió a TBN con su propio programa, aunque autofinanciado.

La siguiente escena de la película muestra al profeta Jeremías como epítome de la imagen actual de profeta transmitida por Hollywood: joven atractivo, delgado, con una ligera barba, que conversa con Dios. El resto de la película, como el libro, narra el establecimiento de Israel en 1948 como primer hito de una nueva trayectoria que conduciría al final de los

tiempos y a la segunda venida del Mesías, de acuerdo con la profecía bíblica.

Aparte del establecimiento de Israel, los sucesos profetizados por Lindsey, como la advertencia de que la creación de una sombría y burocrática confederación europea occidental de diez países provocaría el caos y el desastre en el continente, no llegaron a materializarse. La retórica de Lindsey contra la integración europea podría haberlo convertido, sin embargo, en una estrella en los buses de la campaña a favor del Brexit en Reino Unido, porque enmarcaba lo que él denominaba la confederación europea como el nuevo Anticristo. Le faltó el conocimiento divino necesario para profetizar la caída de la Unión Soviética: en su libro más reciente, sugería que duraría hasta el propio final de los tiempos.

El hecho de que la mayoría de sus profecías no se cumpliera no hundió la popularidad de Lindsey, que siguió desempeñando una función crucial en el lobby sionista cristiano a favor de Israel. Año tras año, la solidaridad con Israel estaba encabezada por cristianos que querían ver ese país como un campo de batalla para el enfrentamiento definitivo entre las fuerzas del Bien y el Mal.

Lindsey no se contentó con libros y una película. Organizó y lideró viajes frecuentes al lugar donde se suponía que tendría lugar la batalla: Tel Megiddo, sobre las ruinas de la aldea palestina de Lajjun, destruida en 1948. Por lo general lo acompañaban unas doscientas ovejas de su rebaño. En sus visitas, los israelíes le permitían entrar en la Prisión de Megiddo, un notorio campo de encarcelamiento donde retenían a muchos presos políticos palestinos. Los presos, que la cárcel empleaba como excavadores, sacaron a la luz un mosaico bien conservado que había adornado el suelo de lo que podría haber sido, de acuerdo con Lindsey y los arqueólogos israelíes, «la iglesia más vieja de Tierra Santa»[169]. Entre los sesenta presos empleados, uno de ellos fue saludado en la televisión israelí y en la estadounidense como un feliz arqueólogo aficionado. El hecho de que estuviera allí como preso político no parecía preocupar a los sionistas cristianos.

La película y las giras fueron en gran medida producto de una nueva oleada de identificación cristiana con Israel tras la guerra de junio de 1967. Después de la guerra, los lobbies cristiano y judío trabajaron más unidos que nunca. Pero el lobby judío necesitó tiempo para decidir asociarse tan

claramente con esas organizaciones fundamentalistas. El elemento antisemita oculto, pero sólido, del dogma milenarista impidió al comienzo al lobby judío unir fuerzas demasiado visiblemente con la creciente red de organizaciones fundamentalistas cristianas. La tentación era difícil de resistir, sin embargo. Con la elección de Menahem Begin y el Likud en 1977, todo esto cambió. Menahem Begin, irónicamente uno de los dirigentes más nacionalistas de Israel, que representaba más que cualquier otro la imagen orgullosa y asertiva del nuevo judío, abrió el camino hacia una nueva alianza con los sionistas cristianos. En eso le ayudó un joven entusiasta del Likud, Benjamin Netanyahu, que acababa de regresar de sus estudios en Estados Unidos y se unió a la dirección del partido, comenzando el ascenso a la cumbre.

En 1978, transcurrido un año del primer mandato de Begin (tras haber permanecido en la oposición desde la creación del Estado de Israel, en 1948), el Gobierno del Likud declaró su intención de fortalecer la relación con los fundamentalistas cristianos. El antisemitismo de estos quedó absuelto. Los cristianos que nunca habían sido antijudíos pero se atrevían a criticar a Israel se convirtieron en los nuevos antisemitas cristianos.

Tras la llegada del Likud al poder, y mientras la ocupación de Cisjordania y la Franja de Gaza seguía en marcha, resultaba difícil impulsar el respaldo de los cristianos o los judíos progresistas de Estados Unidos. Israel se inclinó a la derecha, y el lobby también. En consecuencia, el lobby, ya fuese cristiano o judío, empezó a depender del neoconservadurismo, el fundamentalismo y la política estadounidense de derechas. Para celebrar este nuevo matrimonio se estableció un nuevo espacio, la Embajada Cristiana Internacional en Jerusalén [International Christian Embassy Jerusalem], y el casamentero fue Netanyahu.

La embajada estaba situada en el barrio de Qatamon, en Jerusalén Oeste. Antes de 1948, este barrio albergaba a la elite palestina urbana de la ciudad, y en muchos aspectos del conjunto del país. Cuando empezó la invasión israelí de Jerusalén Oeste, a comienzos de enero de 1948, esta parte de la ciudad se vio sometida a semanas de fuertes ataques de artillería sionistas que obligaron a mujeres, niños y ancianos a huir. Después de que la Haganá, la principal organización paramilitar sionista, ocupase Katamon, el 1 de mayo de 1948, sus elegantes viviendas fueron saqueadas pero no demolidas, a diferencia de las viviendas de las aldeas

palestinas cercanas. Una enfermera judía recordaba el pillaje generalizado:

> Durante días veías a gente caminando con cosas saqueadas […] Los vi merodear días. No solo soldados, también civiles. Se dedicaron a saquear como locos. Hasta se llevaban las mesas de comedor. Y a plena luz del día, para que todos los vieran[170].

Las casas vacías se las ofrecieron a altos funcionarios del Gobierno israelí y a gobiernos extranjeros, para que ubicasen allí sus embajadas. Una de las villas más hermosas sigue todavía en pie en el número 20 de la calle Rachel Imenu. La construyó en la década de 1930 el contratista palestino Ibrahim Haki. Se distingue por la fachada de seis arcos y su jardín cuidadosamente cultivado. La familia que vivía en ella se la vendió a República Checa, que instaló allí su consulado hasta 1948. Después de la Nakba, Costa de Marfil la convirtió en su embajada, hasta que el incumplimiento israelí de la resolución de Naciones Unidas sobre la internacionalización de Jerusalén obligó a trasladar la embajada a Tel Aviv. El Instituto Shalom Hartman la adquirió y en 1997 se convirtió en la Embajada Cristiana Internacional en Jerusalén (la embajada se había abierto ya en 1980 en otro lado de la ciudad). A cambio de disponer de un lugar para su trabajo, que los judíos ortodoxos sospechaban que era proselitismo, la Embajada recaudaba fondos para ayudar a financiar la migración a Israel de judíos soviéticos, así como la construcción de asentamientos judíos en Cisjordania.

Al ser nombrado embajador de Israel en Naciones Unidas, en 1984, Benjamin Netanyahu fortaleció la conexión entre Israel y los sionistas cristianos estadounidenses. Ocupó este cargo durante cuatro años. En el segundo, declaró ante la convención anual de sionistas cristianos que el apoyo de estos a Israel era un acto moral superior. Esa noche se ganó a su audiencia de fundamentalistas cristianos. Las iglesias no se quedaron en palabras de cariño; establecieron una organización específica, Cristianos Unidos por Israel [Christians United for Israel], que se centraba en ayudar a Israel dentro de Estados Unidos, y de la que más adelante se aprovecharía Netanyahu, al convertirse en primer ministro[171].

La política exterior de Reagan en la década de 1980, y el relato ideológico adjunto –que el presidente estadounidense y su homóloga británica, Margaret Thatcher, estaban liderando a un Occidente de línea dura a la victoria decisiva sobre el gran Satán de Moscú–, reforzaron aún

más al sionismo cristiano. También se alimentó de la revolución televisiva que censuraba el sistema de valores estadounidense y hundió al cristianismo fundamentalista en las dimensiones de la pequeña pantalla. Hombres extravagantes se presentaban como predicadores y lograban, con el lenguaje típico de este medio superficial, transmitir mensajes todavía más simplistas desde el púlpito sionista cristiano.

Así es como los telepredicadores del fundamentalismo cristiano se convirtieron en el rostro del lobby proisraelí en la década de 1980. Famosos predicadores evangélicos de tendencia conservadora como Jerry Falwell y Pat Robertson lideraban el camino: «pronunciarse contra Israel es pronunciarse contra Dios», declaraban (aunque debería observarse que parte de este discurso lo había adoptado también Martin Luther King con anterioridad)[172].

En 1980, Jerry Falwell recibió la Medalla del Centenario de Jabotinsky de manos de Menahem Begin. Los diversos grupos que entraban en la categoría de sionismo cristiano obtuvieron un lugar insólito en el sistema político israelí. En consecuencia, pese a la vigorosa oposición de los judíos ortodoxos de Jerusalén al ejercicio de cualquier actividad misionera en la ciudad, Falwell y sus amigos trasladaron el centro de la actividad sionista cristiana a Jerusalén. Desde entonces, cada pocos años, la ciudad alberga la convención principal de Sionistas Cristianos Estadounidenses [American Christian Zionists], una organización que ha aprobado toda una serie de resoluciones en las que insta a Israel a mantener la política expansionista en los territorios ocupados y anima a Estados Unidos a librar una guerra continua contra el islam y el mundo árabe. Estas posiciones se adoptaron mucho antes de que Estados Unidos fuese atacado por Al-Qaeda[173].

La invasión israelí de Líbano en 1982 abrió otro espacio para los sionistas cristianos. Hasta la retirada de Israel, en 2000, el sur de Líbano fue declarado por Israel zona de seguridad, dirigida por el brazo surlibanés de una milicia local comandada por oficiales maronitas que controlaban un grupo de soldados compuesto por drusos, chiíes y maronitas. La milicia fue desmantelada tras la retirada israelí, y muchos de sus oficiales se mudaron a Israel. En esa «zona de seguridad», se permitió a los fundamentales cristianos abrir una cadena de televisión, Hope TV, que fue comprada en 1982 por Christian Broadcasting Network. Emitió desde

Marjayoun, en el sur de Líbano, hasta 2000, cuando se trasladó a Chipre, después de que Hezbolá obligara a Israel a retirarse. Su nombre oficial es Middle East TV (METV) y sigue operando en la actualidad. Comenzó emitiendo los combates de lucha libre de la WWE y pronto se pasó al televangelismo. Se dirigía a los niños con películas de animación sobre Jesús, al que presentaban luchando toda su vida contra «malignos» sacerdotes judíos, pero los programas emitidos en horario de máxima audiencia instaban a los fieles a mostrar lealtad incondicional al Estado judío.

Durante la presidencia de Reagan (1981-1989), este tipo de actividad lobista conjunta de cristianos y judíos a favor de Israel se mantuvo sin obstáculos. Netanyahu integró a los fundamentalistas cristianos en la *hasbará* («propaganda») israelí, en este caso un intento de relaciones públicas estatales para gestionar la opinión sobre Israel en el exterior. Unos meses antes de ser elegido para su primer periodo como primer ministro, en 1996, la universidad cristiana que ayudó a establecer en Jerusalén publicó la siguiente proclama:

> Dios Padre Todopoderoso escogió la nación y el pueblo antiguos de Israel, los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, para revelar Su plan de redención del mundo. Siguen siendo los elegidos de Dios, y sin la nación judía Sus fines redentores para el mundo no se completarían.
>
> Jesús de Nazaret es el Mesías, y ha prometido regresar a Jerusalén, a Israel y al mundo.
>
> Es reprensible que generaciones del pueblo judío hayan sido asesinadas y perseguidas en nombre de nuestro Señor, y nosotros instamos a la Iglesia a arrepentirse de cualquier pecado por acción u omisión cometido contra dicho pueblo.
>
> La actual Concurrencia de personas judías a *Eretz Israel* y el renacimiento de la nación de Israel se hacen en cumplimiento de las profecías bíblicas, como está escrito en el Viejo Testamento y en el Nuevo.
>
> Las Escrituras enseñan a los creyentes cristianos a reconocer las raíces hebreas de su fe, y a colaborar y participar activamente en el plan de Dios para la Concurrencia del pueblo judío y la Restauración de la nación de Israel en nuestros días[174].

Esta retórica se diluyó en los días del sucesor de Reagan en la Casa Blanca, George Bush padre. Durante un breve periodo, los dioses del petróleo, el cemento y el neoliberalismo lograron competir con las divinidades de los sionistas cristianos y sus representantes en la tierra.

LA ACTIVIDAD LOBISTA EN TIEMPOS DE BUSH PADRE: ENTRE EL PETRÓLEO Y DIOS

George Bush padre formaba parte de la elite estadounidense que durante años sostuvo la conexión entre el poder y el dinero como rampa de lanzamiento para emprender una carrera política de éxito. Su familia estaba integrada en la puerta giratoria existente entre los escalones superiores del Partido Republicano y las grandes empresas. ARAMCO y la enorme constructora y cementera Bechtel daban empleo a George Shultz y Caspar Weinberger, que participaron en gobiernos republicanos. Podría haberse esperado que estos especuladores del petróleo, el cemento y el armamento apartaran la política estadounidense de la batalla entre Dios (Israel) y Satán (el mundo árabe, la Unión Soviética, los detractores de Israel, etcétera). En ciertos aspectos se mostraban más críticos con Israel que los demócratas, pero al final no provocaron un giro en la política estadounidense.

Este nexo militar-industrial tenía representantes en los altos cargos del Gobierno: un secretario de Estado aquí y un asesor de seguridad nacional allá. Algunos de los capitanes de la industria de armamentos, por supuesto, se beneficiaron de la ayuda militar a Israel. Pero otros no dejaban de ver la posible maravilla financiera que los esperaba en el mundo árabe. Estos industriales no influyeron en la política estadounidense, sin embargo. No es de extrañar que Mearsheimer y Walt se sintieran tan profundamente frustrados cuando veían a esa gente, con sus impresionantes grupos de estudio y su presencia en la Ivy League, retirarse impotentes ante la carga del AIPAC. No es de extrañar que en su obra fundamental atribuyeran unos poderes políticos y una capacidad financiera tan inmensos al lobby proisraelí en Washington[175].

Pero no se puede atribuir al AIPAC todo el mérito de eliminar la capacidad de este complejo para influir en la política estadounidense. A lo largo de su historia, el complejo petrolífero no intentó dirigir la política estadounidense respecto a Israel en ninguna dirección, en contra de lo que temía el AIPAC. Como hemos sabido, las primeras compañías de petróleo no se interpusieron en la política prosionista antes de la creación del Estado de Israel y durante sus primeros años de existencia. Las famosas «Cinco Hermanas» (Standard Oil de California, Standard Oil de Nueva

Jersey, Standard Oil de Nueva York, Texaco y Gulf Oil) llevaban sacando petróleo en la península arábiga desde la década de 1920, y dependían de la buena voluntad de los gobernantes y los gobiernos locales para proteger su porción de las regalías y los beneficios aportados por el petróleo. Parece que hasta 1967, la política estadounidense respecto a Israel y Palestina no socavó la bonanza estadounidense en el mundo árabe.

En cuanto Israel ocupó partes de los países árabes, en 1967, respaldar a Israel *y* mantener intereses estratégicos en el mundo árabe se convirtió en un juego de malabares mucho más difícil. Y sin embargo, la nacionalización de la producción petrolífera en todo el mundo árabe en las décadas de 1950 y 1960 redujo mucho más los beneficios estadounidenses que la política de Estados Unidos respecto a Israel. Pese a las operaciones clandestinas llevadas a cabo por la CIA para impedir la nacionalización a gran escala, esta se había generalizado, y había reducido un poco los beneficios obtenidos por las empresas estadounidenses, pero sin interrumpir de manera significativa el flujo de petróleo hacia Estados Unidos.

El lobby del petróleo en Estados Unidos, que defendía una posición más reservada respecto a Israel, perdió su posible eficacia cuando los países árabes productores de petróleo declararon un embargo al envío de petróleo a Occidente en 1973. Aunque al saberse que esta medida no iba dirigida a ayudar a los palestinos sino a subir los precios del petróleo, el embargo se convirtió en un episodio pasajero. Después de todo, esas tácticas agresivas son el pan de cada día en el sistema capitalista. Y cuando los precios se estabilizaron, para satisfacción de todos los afectados, los países árabes productores de petróleo empezaron a formular una política claramente favorable a Estados Unidos. La lección estaba clara: los gobiernos estadounidenses descubrieron que podían garantizar el flujo de petróleo de Arabia Saudí y, al mismo tiempo, rechazar categóricamente cualquier propuesta de paz sensata presentada por la monarquía saudí para resolver el conflicto árabe-israelí. Sadam Husein también se contentó con mantener una retórica bélica contra Israel mientras enviaba petróleo a Estados Unidos. Solo la Revolución iraní les dificultó la vida a los estadounidenses, pero para enfrentarse al nuevo régimen de Teherán no necesitaban a Israel. Preferían tener a Sadam Husein como baluarte, armándolo y financiándolo de manera acorde. A Sadam también le

hicieron creer que apoyarían todas sus obsesiones, incluida la recuperación del «perdido» Kuwait. En octubre de 1989, tras la guerra de ocho años entre Irán e Irak, April Glaspie, la embajadora estadounidense en Bagdad, recomendó que Bush padre emitiera un decreto presidencial ordenando una mejora significativa de la relación bilateral en materia de comercio y petróleo con Irak. Así, Estados Unidos compró crudo iraquí por valor de mil millones de dólares anuales[176]. Hasta 1991, por lo tanto, Estados Unidos consideró a Irak, no a Israel, su aliado contra la República Islámica de Irán.

Uno de los legados de Reagan a su sucesor, George Bush padre, fue el reconocimiento de la OLP. Dado que este movimiento fue muy bien recibido por los aliados de Estados Unidos en el mundo árabe, estaba claro que el Gobierno de Bush también lo respaldaría. Y así, distintos procesos, como la caída de la Unión Soviética, el ascenso de la República Islámica de Irán y la Primera Intifada, llevaron al nuevo Gobierno, por primera vez desde 1949, a centrarse en Palestina como cuestión principal en la región.

Esta nueva atención coincidió con el ascenso del Gobierno más derechista que Israel hubiera tenido jamás, que rechazaba cualquier acuerdo sobre Palestina. Pasando por alto las protestas de Israel, el Gobierno de Bush inició un diálogo real con representantes de las dos bases de poder palestinas: la OLP en Túnez y los líderes palestinos de Jerusalén Este, asentados en la Casa de Oriente. No solo los «arabistas» del Departamento de Estado sino también algunos miembros de la Casa Blanca consideraban «moderadas» a ambas bases. Era la primera vez desde 1948 que se trataba de esa forma a cualquier grupo palestino. Fue uno de esos raros momentos de consenso panárabe acerca de cómo resolver el conflicto –de acuerdo con la solución de los dos Estados– y cómo normalizar el suministro de petróleo a Estados Unidos. Todos estaban contentos, excepto Israel y el AIPAC. En concreto, la actitud pragmática de los líderes palestinos de la Casa de Oriente preocupaba a Israel. Su Gobierno reaccionó con una política de acoso y extensa construcción de asentamientos ilegales dentro de Jerusalén Este. Esto provocó el enfado oficial de Estados Unidos, incluida una reprimenda pública del secretado de Estado James Baker al Gobierno de Israel. El lobby proisraelí reaccionó en dos planos: en el Capitolio socavó la alianza con Irak, ayudado por su grupo de estudios, el Instituto de Washington

para la Política en Oriente Próximo [Washington Institute for Near East Policy], y en el ámbito público intentó demonizar a los líderes palestinos de Jerusalén, tachándolos de terroristas[177].

Era más fácil manchar la imagen positiva de Irak que había construido la embajadora estadounidense en el país. En 1991, el AIPAC asumió la posición activa de intentar afectar a la política estadounidense más allá de Israel[178]. La organización asumió el escenario central en el debate público estadounidense tras la invasión iraquí de Kuwait, y se unió a la condena prácticamente universal de esa invasión. Estados Unidos no era ajeno a la invasión de otros países cuando le convenía a sus intereses; mientras condenaba a Irak, el ejército estadounidense tenía tropas en Granada y en Panamá. El AIPAC creó un ambiente contrario a Irak mucho antes de que el ejército de Sadam Husein invadiese Kuwait, pero la embajadora estadounidense en Bagdad se lo ocultó al dirigente iraquí, sugiriendo incluso que Estados Unidos no se opondría a la invasión. Cuando Irak invadió realmente Kuwait, la opción de las sanciones ni siquiera se planteó; tenía que ser una acción militar. Expertos del Consejo de Seguridad Nacional y del Pentágono que mantenían vínculos con el Instituto de Washington para la Política de Oriente Próximo, dirigido por el AIPAC, habían llevado al presidente a adoptar esta postura intransigente[179].

El segundo objetivo, la demonización de los palestinos, demostró ser más complejo, no tanto porque los dirigentes de Washington hubieran experimentado un cambio de opinión respecto a la lucha de liberación palestina, como por los dividendos prometidos a los países árabes dispuestos a formar parte de la alianza contra Sadam. El Gobierno de Bush reclutó aliados árabes para lanzar una operación militar que repeliese a las fuerzas iraquíes, y a cambio hizo promesas que relacionaban las soluciones posteriores a la invasión con una conferencia de paz sobre Palestina, que al fin se reunió en Madrid en 1991. Irónicamente, relacionar el destino de Kuwait con el de Palestina había sido una de las exigencias de partida de Sadam.

CUANDO SE TOMEN EN SERIO LA PAZ, LLÁMENNOS: EL ÚLTIMO ENFRENTAMIENTO CON JAMES BAKER

El 10 de junio de 1990, ante 1.500 asistentes, comenzó la trigésimo primera convención anual del AIPAC. En el enorme salón de baile del veterano y gigantesco Hotel Sheraton de Washington, la jornada comenzó con la proyección de una película que elogiaba la absorción por parte de Israel de aproximadamente un millón de habitantes llegados de la antigua Unión Soviética.

Entre imágenes de escenas panorámicas de Israel, que mostraban un país floreciente y sin marca alguna de la presencia palestina, se entrevistaba a inmigrantes felices que contaban más o menos la misma historia: su llegada había sido la culminación de un sueño, mantenido durante dos mil años, de retornar a la antigua patria. Dado que al menos el 40% de ellos no eran considerados judíos por la institución rabínica israelí (y algunos practicaban de hecho el cristianismo después de llegar a Israel), y que la mayoría deseaba emigrar más tarde a Estados Unidos o había escogido Israel por ser un paraíso capitalista cuando huía del caos provocado por la caída de la Unión Soviética, se trataba de un mensaje un tanto hipócrita. Pero fue un mensaje repetido una y otra vez por los principales oradores de la jornada. Como explicaba Tom Dine en el discurso de apertura, la película demostraba que esta nueva migración a Israel revalidaba el proyecto sionista: «Delante de nuestros ojos, este éxodo está reafirmando el ideal sionista y nos recuerda por qué Israel es tan valioso para los judíos, vengan de donde vengan»[180].

El nuevo presidente del AIPAC, Mayer «Bubba» Mitchell, observó que dicha migración validaba otra afirmación crucial hecha por el sionismo: que Jerusalén era la capital que el pueblo judío ansiaba desde hacía tres mil años. Ver a estos «judíos realizar su sueño de "el próximo año en Jerusalén" estimula nuestra imaginación a diario»[181].

El último punto entusiasmó al público. Incluso antes de que terminase la película, los delegados se pusieron de pie, aplaudieron ruidosamente y se reunieron al final de la banda sonora, cantando *Jerusalén de oro,* la canción de Naomi Shemer interpretada por primera vez pocas semanas antes de que los israelíes tomaran Jerusalén, en la guerra de junio de 1967.

Había dos razones por las que se hacía este hincapié específico en los inmigrantes rusos. La primera era económica. El AIPAC, en nombre de Israel, había solicitado una ayuda de 10.000 millones de dólares para ayudar a reasentar a estos inmigrantes, y un préstamo de 400 millones de

dólares para construirles viviendas (dinero que podía ir, y de hecho fue, a parar a los asentamientos judíos en territorios ocupados). En segundo lugar, tenía el objetivo de apartar la mente pública de las conversaciones sobre la nueva reconciliación entre el Gobierno y los palestinos, ya fuesen la OLP de Túnez o los líderes palestinos en los territorios ocupados. El AIPAC quería presentar a Israel como un milagro continuo, y al mismo tiempo representar a los palestinos como terroristas decididos a destruir «la única democracia de Oriente Próximo».

Estos mensajes fueron respaldados plenamente por la mitad de los senadores, que acudieron a la convención y fueron agasajados con un banquete suntuoso. También los respaldaron dos altos miembros del ejecutivo que se oponían a los avances de Bush y Baker hacia la paz con los palestinos: el vicepresidente Dan Quayle y el secretario de Defensa Dick Cheney. Todos mostraron su apoyo al recalcitrante Isaac Shamir, que se negó a iniciar conversaciones de paz con los palestinos, declarando que no supondrían ninguna mejora para Israel.

Algunos de los senadores se mostraron especialmente francos cuando se levantaron a hablar durante el banquete, al que asistieron más de dos mil personas. Bob Packwood, senador republicano por Oregón, animó al obstinado Shamir a no sucumbir ante la presión de ceder territorio: «Mi política sería ¡ni una pulgada!». Los invitados escucharon con deleite, y él los entusiasmó aún más gritando, «¡Si luchamos, ganaremos!». Su habilidad para el dramatismo le valió una ovación de pie. El gobernador de Virginia, Douglas Wilder, pasó a atacar cualquier gesto a favor de la OLP: «Le leímos [al presidente] los labios sobre la OLP, es hora de que él lea los labios del pueblo estadounidense: "No más terroristas; no más negociaciones con terroristas declarados"»[182].

Tom Dine concluyó el encuentro recordándole al Congreso de Estados Unidos lo que se esperaba de él anualmente: «el mensaje más importante que tenéis que transmitirles a vuestros legisladores es lo vital que resulta el paquete de tres mil millones de dólares de ayuda a Israel para los intereses de Estados Unidos en la región[183].

El mensaje del AIPAC a James Baker estaba claro: no relaciones la ayuda prometida a Israel con el avance del proceso de paz, algo que se temía que Baker llegase a hacer. Un año antes, en el discurso que pronunció en 1989 en la trigésima convención del AIPAC, Baker le dijo al

lobby que Israel debería abandonar sus políticas expansionistas y añadió, «dejen a un lado, de una vez por todas, la visión irrealista del gran Israel […] renuncien a la anexión, paren la actividad de asentamiento, permitan la reapertura de los colegios, acojan a los palestinos como vecinos que merecen derechos políticos»[184]. El presidente Bush se apresuró a felicitarlo por haber pronunciado un discurso sincero y justo. Se hizo eco del llamamiento de Baker a los israelíes para que pusieran fin a los asentamientos.

Bush y Baker fueron los primeros políticos estadounidenses que se refirieron a los asentamientos judíos en Cisjordania y en la Franja de Gaza como uno de los grandes obstáculos para la paz. Sin embargo, ni ellos ni quienes los siguieron fueron más allá de la condena verbal; no se hizo nada práctico por parar la judaización de estas dos áreas.

La convención terminó el 12 de junio de 1990. Al día siguiente, Baker lanzó una bomba, dando la impresión de que Israel era ahora un Estado beligerante a ojos de los estadounidenses y que la ayuda económica de Estados Unidos podría suspenderse. Se presentó ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes y reprendió a Israel por su intransigencia. Afirmó que Estados Unidos abandonaría las conversaciones de paz en Oriente Próximo a no ser que Israel dejase de retrasar el proceso. O, como dijo con rotundidad: «El número de teléfono [de la centralita de la Casa Blanca] es el 202-456-1414. Cuando se tomen esto en serio, llámennos». En concreto, le exigía al Gobierno de Shamir que aceptase la oferta estadounidense de poner en marcha negociaciones directas con los palestinos, conducentes a la celebración de elecciones en Cisjordania y Gaza. El objetivo de dichas elecciones sería el de nombrar autoridades locales que se encargasen de continuar las negociaciones. Hasta el momento, les dijo Baker a los representantes de la cámara, Israel había rechazado el plan y seguía construyendo asentamientos[185].

Sin duda el arrebato de Baker estaba planeado, pero era infrecuente en alguien a quien la mayoría de los entrevistadores calificaban de frío e inexpresivo[186]. Su impacto inmediato se desvaneció enseguida, sin embargo: dos meses más tarde, Sadam Husein ordenó a su ejército invadir Kuwait, interpretando una conversación que había mantenido con la embajadora estadounidense en Bagdad como luz verde para dicha operación. También dio por sentado que los estadounidenses concedían

permiso a Israel para ocupar otro país. En su mente, él, como aliado leal, debía recibir un trato similar.

Obviamente se equivocaba, y el presidente Bush organizó una coalición internacional, incluidos países árabes como Jordania o Siria, aunque no Israel, para expulsar al ejército iraquí de Kuwait. En un intento de romper la alianza árabe contra él, Sadam Husein lanzó cuarenta y dos misiles Scud contra territorio israelí, con la esperanza de que Israel respondiera y los países árabes retirasen su apoyo a la coalición estadounidense. Pero los israelíes se dejaron convencer y no respondieron. William Quandt hizo un intrigante comentario acerca del vínculo entre Kuwait y Palestina, similar a las opiniones expresadas por Sadam Husein: «es difícil imaginar que [Sadam] adoptase una medida tan audaz como la invasión de Kuwait si israelíes y palestinos hubiesen estado inmersos en conversaciones de paz»[187].

Sadam Husein perdió la batalla, y los aliados árabes de la coalición fueron compensados con una conferencia internacional sobre Palestina, idea de James Baker, que vio la guerra como una oportunidad para hacer algo más que simplemente decirle a Israel que llamase al presidente cuando estuviese listo. La popularidad de Bush se disparó después de la guerra, y tanto él como Baker se sintieron aún más desafiantes frente al rechazo israelí y al poder del AIPAC en el Congreso. Si Israel quería una ayuda y un préstamo, tenía que asistir a esta conferencia.

En septiembre de 1991, la presión sobre Israel aumentó. Esta vez tomó la iniciativa el presidente. En una conferencia de prensa concedida el 12 de septiembre, Bush, enfadado, dio un golpe en la mesa, acusando directamente al AIPAC de trabajar contra él; describió al lobby como una «poderosa fuerza política» que lucha contra «un tipo solitario y pequeño». Él era un David estadounidense batallando contra un AIPAC Goliat que le impedía «hacer su trabajo». Les recordó a los israelíes que las tropas estadounidenses controlaban los sistemas antimisiles que habían derribado los Scuds lanzados desde Irak, y que al hacerlo habían arriesgado sus vidas; una exageración, pero muy potente[188].

La presión funcionó, e Israel se unió a otros países en la conferencia de paz sobre Oriente Próximo organizada en Madrid a finales de octubre de 1991. La sesión inaugural se celebró en una de las 3.418 salas del Palacio Real, el más grande de Europa. La historia del palacio se retrotrae más allá

de su posición como sede de la monarquía española: está ubicado en el mismo lugar que una fortaleza mandada construir por el emir Mohámed I, de la dinastía Omeya cordobesa.

Delegados de Líbano, Siria, Egipto, Jordania e Israel fueron recibidos por el rey de España y por los coanfitriones de la conferencia: los presidentes George H. W. Bush y Mijaíl Gorbachov.

Indirectamente, el AIPAC pudo al menos influir en la cuestión de quién representaría a los palestinos. Lo hizo a través de su conexión con un nuevo grupo de estrategas neoconservadores que ya habían ocupado altos cargos en el Gobierno de Reagan. Este grupo en concreto se formó en torno al Instituto de Washington para la Política de Oriente Próximo, fundado en 1985; el primer director del instituto fue Martin Indyk, antiguo subdirector de investigación en el AIPAC.

Indyk nació en Londres en el seno de una familia anglojudía, pero creció en Australia. El sionismo lo atrajo desde muy joven, y trabajó de voluntario en un kibutz después de la guerra de octubre de 1973, una experiencia que describiría como «un momento definitorio en mi vida»[189].

En Australia se doctoró en relaciones internacionales, y en 1982, cuando emigró a Estados Unidos, se unió al AIPAC. Por aquel entonces tenía claros dos objetivos: una política dura en Oriente Próximo contra cualquiera que no cooperase con Estados Unidos, y la consolidación de la alianza con Israel. El primer éxito de esta estrategia fue el de atenuar la tendencia de Estados Unidos a responder más favorablemente a las aspiraciones de los palestinos tras el primer año de la Primera Intifada (1988), al final de la presidencia de Reagan. En el informe de 1988 publicado por el Instituto de Washington para la Política en Oriente Próximo, *Building for Peace: An American Strategy for the Middle East* [Construir para la paz: una estrategia estadounidense para Oriente Medio], el equipo dirigido por Indyk recomendaba que Estados Unidos adoptase una política más agresiva y coercitiva hacia los palestinos y hacia la región en general. La razón: «los palestinos parecen creer que pueden lograr más de lo que es posible o, desde el punto de vista estadounidense, deseable». Dos de las cuatro condiciones propuestas para el establecimiento de negociaciones eran las siguientes:

> Cualquier palestino participante debe aceptar las resoluciones 242 y 338 de Naciones Unidas, renunciar al terrorismo y reconocer el derecho de Israel a existir [y] Debería haber un periodo de transición prolongado en el que pudiera demostrarse que los palestinos tienen intención de vivir en paz con Israel y Jordania.

Basándose en este documento, el instituto consiguió garantizar que no hubiese una invitación oficial a la OLP. En contraste, el Gobierno de Reagan, como hemos visto, había negociado con la OLP sin dichos requisitos. De ese modo, oficialmente, los palestinos formaban parte de una delegación conjunta jordano-palestina. Pero había también una delegación informal de la OLP. Los palestinos estaban dirigidos por un trío: Haidar Abdel Shafi, de la Franja de Gaza; Faisal Huseini, de Jerusalén; y Hanan Ashrawi, de Ramala. Los tres mantenían un contacto constante con los líderes de la OLP refugiados en Túnez.

Todo lo que debía hacer quien quisiera calcular las oportunidades de la conferencia era observar la delegación israelí. El primer ministro, Isaac Rabin, y el viceministro de Asuntos Exteriores, Benjamin Netanyahu, no lograron ocultar su desdén durante toda la conferencia. La expresión de sus rostros lo decía todo: nos han obligado a estar aquí y lo único que tenemos que hacer es esperar a que pase el mal trago. Shamir de hecho salió ostentosamente antes de que terminase, en señal de protesta, y se negó a permitir que asistiera su ministro de Exteriores, y enemigo dentro del Likud, David Levy (un judío marroquí mucho más interesado por la paz con los palestinos).

Los palestinos, por el contrario, impresionaron a los estadounidenses, que los consideraron unos políticos pragmáticos y muy capaces. Llegaron bien preparados tras trabajar con expertos de la Casa de Oriente en Jerusalén divididos en equipos, conocidos en árabe como los *Tawaqim*, que elaboraron planes detallados con todos los aspectos de un futuro Estado palestino independiente en Cisjordania y en la Franja de Gaza. A la capacidad para presentar su punto de vista contribuyó con elocuencia en inglés un destacado grupo de expertos palestino-estadounidenses que dejaron sus torres de marfil para colaborar con el esfuerzo diplomático. Entre ellos se encontraban los legendarios Ibrahim Abu-Lughod y Edward Said. Sus apariciones en los medios de comunicación estadounidenses por aquel entonces atrajeron a muchos al bando palestino, y acentuaron la

imagen beligerante del Gobierno israelí.

Y sin embargo, la conferencia no produjo una solución a largo plazo ni puso fin a la ocupación israelí. Pero sí le costó a Shamir las elecciones nacionales israelíes de 1992, y permitió que Isaac Rabin se convirtiese de nuevo en primer ministro. El intento de mantener el impulso de la conferencia mediante la creación de grupos de trabajo bilaterales entre Israel y los países árabes no despegó, y algo que tampoco ayudó fue la renuncia de Baker, en agosto de 1992, a dirigir la campaña presidencial de Bush[190].

El embajador en Israel, William Andreas Brown (1988-1992), describió lo desagradable que era su posición en aquel momento, pero aun así tenía que «mantenerse». Esto da un indicio del nadir en el que se situó la relación entre Estados Unidos e Israel a comienzos de la década de 1990. No obstante –y esto es muy importante– Israel acabó recibiendo la ayuda, el proceso de paz se estancó, los asentamientos se expandieron y, como dijo Brown, «los que más sufrieron en todo este proceso fueron los palestinos»[191].

El AIPAC se mostró vengativo, y durante las campañas electorales de 1992 atacó a James Baker en todas las oportunidades posibles. El tabloide *New York Post* colaboró de buen grado con el exalcalde de Nueva York, Ed Koch, para difamar a Baker. En marzo de 1992, el periódico presentó un titular en primera página: «El insulto de Baker: el secretario de Estado humilla a los judíos en una reunión organizada en la Casa Blanca». Koch contó que, ante el enfado del AIPAC por sus políticas, Baker reaccionó con desprecio, diciendo «Que se jodan. No nos han votado». Ni que decir tiene que tanto Baker como el presidente lo negaron, pero eso no impidió que los lobistas sugiriesen que tal vez fuese antisemita. Lo interesante es que Jack Kemp, excongresista que había oído la supuesta declaración y le había hablado de ella a Koch, se disculpó ante Baker años después y afirmó que Koch la había «tergiversado»[192].

En cualquier caso, los demócratas recuperaron el poder en 1992. Tanto Israel como su lobby necesitaban enfrentarse al continuo escrutinio estadounidense de la cuestión palestina. Parte del electorado israelí aceptó el interés de Estados Unidos por el tema, pero una porción más influyente se opuso de manera vehemente a los intentos estadounidenses de engrasar las ruedas del proceso de paz. El AIPAC se puso de parte de los segundos.

EL SIONISMO PROGRESISTA ES EL NUEVO ENEMIGO: LOS AÑOS DE CLINTON

La llegada de Bill Clinton a la Casa Blanca coincidió con los Acuerdos de Oslo de 1993 –un acuerdo entre Israel y la OLP que marcaría un hito– y el respaldo del Gobierno de Isaac Rabin a la solución de los dos Estados. La ilusión de que Israel se estaba acercando a una política más convencional y alejándose del Gobierno derechista del Likud hizo que, al menos en opinión de un demócrata como Bill Clinton, Washington y Jerusalén concordasen en el avance del proceso de paz. El único problema en el ámbito interno para Clinton era la estrecha asociación del AIPAC con el Likud, que entre 1992 y 1996 se situó en la oposición. El nuevo Gobierno de Estados Unidos tuvo que hacer equilibrismos para gestionar su afiliación estratégica con el Gobierno laborista de Israel sin generar antagonismo en el lobby de su propio país.

Incluso fuera del Gobierno, el Likud seguía ejerciendo una enorme influencia en la política del AIPAC, y en los sionistas cristianos. En retrospectiva, las preocupaciones del AIPAC por el giro drástico dado por Clinton a la política estadounidense no estaban justificadas. La aplicación de políticas internas progresistas no condujo automáticamente a la aplicación de políticas progresistas en la cuestión de Palestina. Parecía preocupante, porque el Gobierno de Clinton se mostraba mucho más pragmático que ideológico en lo referente a Palestina. Esto se debió al impacto que los académicos estadounidenses lograban tener en ocasiones sobre la política estadounidense. En general, como ha demostrado Noam Chomsky, esta elite académica simplemente proporcionaba andamiaje intelectual a las políticas establecidas desde arriba[193]. Pero el auge de los Estudios para la Paz, los Estudios para la Gestión de Conflictos y similares introdujo el mundo de los negocios financieros en el mundo del «negocio de la paz». Se emplearon metodologías cuantitativas y cualitativas para demostrar hipótesis relativamente simplistas acerca de cómo mantener los conflictos a «fuego bajo» o a «baja intensidad», y cómo aplicar tácticas de acuerdo mutuo, propias del mundo industrial, al intento de resolver décadas de hostilidades. Estos conflictos, sin embargo, derivaban de injusticias reales y principios morales muy inmunes a la afirmación hecha por Madeleine Albright de que se puede elaborar una

solución basada en la máxima de que todo lo visible es divisible: la tierra, los recursos, la culpa y el control. La prolongada colonización de Palestina y la opresión concomitante experimentada por los palestinos resultó tener muchos elementos que resultaron ser invisibles para los ojos occidentales, y en consecuencia, indivisibles. Hacían falta justicia y aplicación del derecho internacional, no intrusos procedentes del sector financiero.

Pero incluso este enfoque académico, quizá porque suponía la división del territorio, preocupaba a los miembros del AIPAC. No tenían razones para preocuparse, porque el tiempo probaría que estas nuevas teorías sobre la resolución de conflictos no perjudicaron a los intereses de Israel. De hecho, sobre el terreno, tuvieron un impacto todavía más negativo sobre los palestinos que las políticas abiertamente insensibles aplicadas por anteriores gobiernos estadounidenses. Las nuevas políticas basadas en estas hipótesis académicas crearon la falsa impresión de que se trataba de un momento histórico, en el que por fin Estados Unidos reconocía a los palestinos y sus aspiraciones. Resultó, sin embargo, que cualquiera que albergase esperanzas en este sentido vio cómo las derrumbaban los acontecimientos del mundo real.

El grupo de académicos y expertos que dirigía el «negocio de la paz» en Washington, a través de una política de empleo de puerta giratoria, merece un examen más atento, porque no solo reaparecerá en intentos abortados de resolver el llamado conflicto árabe-israelí, sino también en otros conflictos en los que Estados Unidos acabó interviniendo. A este enfoque yo lo llamo el legado de Morgenthau y Waltz.

Usaré este contexto como introducción al método de paz empleado por Clinton, antes de analizar la respuesta del AIPAC a dicho método. Mostraré que el avance del proceso de paz en cuanto esfuerzo diplomático, y tal y como evolucionó sobre el terreno en Israel y Palestina, no tuvo nada que ver con el modo en el que se desarrolló la respuesta del AIPAC. A este no le interesaba el proceso de paz, ni las negociaciones diplomáticas, ni la transformación sobre el terreno. Se centró en mantener su propio poder.

EL LEGADO DE MORGENTHAU Y WALTZ

En 1943, el refugiado alemán Hans Morgenthau obtuvo la nacionalidad

estadounidense. Llegó en 1937, dio clases en la Universidad de Arkansas y más tarde se trasladó a la Universidad de Chicago. Ningún otro refugiado, aparte del alemán Henry Kissinger, afectó tanto como él a la política exterior de Estados Unidos. El libro que publicó en 1948, *Política entre las naciones,* proporciona claves sobre la futura influencia de su autor. Morgenthau comparó la política exterior con la política en el mundo empresarial; es decir, una toma de decisiones libre de sentimientos o valores morales, y basada por completo en consideraciones de coste/beneficio y equilibrios de poder. El joven Estado de Israel fue uno de los primeros en adoptar este enfoque. En octubre de 1948, en la cúspide de la limpieza étnica de Palestina por parte de Israel, Morgenthau asesoró a David Ben-Gurion en toda una serie de cuestiones políticas. Ben-Gurion, el primero en desempeñar el cargo de primer ministro en Israel, decidió recompensar al gurú académico dándole su nombre a una aldea palestina destruida y desalojada. La aldea de Khirbat Bayt Far se convirtió en Tal Shahar, una traducción de Morgenthau (rocío matutino) al hebreo[194].

Veinte años después, Kenneth Waltz siguió su ejemplo. Pasó la mayor parte de sus años de profesor dando clase en la Universidad de California en Berkeley, donde se convirtió en decano de la disciplina académica de relaciones internacionales. La fama le llegó con un libro, *Teoría de la política internacional,* publicado en inglés en 1979, en el que cuestionaba algunas suposiciones básicas del enfoque realista propuesto por Morgenthau; de ahí que, mientras que Morgenthau es conocido como el padre del «realismo» en relaciones internacionales, Waltz sea el padre del «neorrealismo»[195]. Waltz sostenía que, debido a la ausencia de un punto de gravedad, en el ámbito de las relaciones internacionales no hay patrones de conducta claros, y en consecuencia los países actúan dentro de una anarquía internacional que dicta y limita sus opciones. En su mayoría, intentan mantener la situación dada, y los que desean cambiarla lo hacen principalmente debido a factores internos, no porque el sistema internacional les permita hacerlo. Traducido a la práctica, las políticas de los Estados siguen basándose en el análisis de coste y beneficio, pero hay más factores inesperados que limitan la eficacia de este enfoque. La obra de Waltz sigue constituyendo la infraestructura ideológica de la mayor parte de los estudios efectuados por centros de investigación de relaciones internacionales en Estados Unidos. En ellos se graduaron los diplomáticos

estadounidenses seleccionados para dirigir el proceso de paz en Oriente Próximo. Habían aprendido a dejar a un lado cuestiones como la justicia o la moral, y a asumir el menor número posible de riesgos. Esto le encajaba muy bien a Israel, y situaba a los palestinos en una considerable desventaja.

El primer Gobierno estadounidense que nombró un equipo de este tipo fue el de Richard Nixon, aunque la existencia de dicho grupo no fue de conocimiento público hasta el Gobierno de Bush padre. Varios expertos, algunos del Departamento de Estado y otros del Consejo de Seguridad Nacional y del mundo académico, convirtieron las teorías realistas y neorrealistas en políticas propiamente dichas.

En tiempos de Nixon y Ford, este grupo académico de autoridades respaldó la «opción jordana» propuesta por el Partido Laborista y el campo de la paz israelíes: a saber, buscar una solución que no tuviera en cuenta a los palestinos ni sus aspiraciones. La idea era que una partición territorial o funcional de Cisjordania y Gaza entre Jordania e Israel se convirtiese en la base para alcanzar una paz duradera en el futuro. De manera muy parecida a la parábola judía, buscaban la llave perdida donde había luz y no donde se había perdido.

La Primera Intifada, y la falta de intención real por parte de Israel de conceder el control de Cisjordania a Jordania, convencieron al rey Husein de que debía abandonar la «opción jordana». Los asesores académicos del Gobierno de Bush padre intentaron entonces integrar más plenamente a los palestinos en las negociaciones, y la idea de aplicar una solución de dos Estados empezó a dominar en la investigación, el pensamiento y finalmente en la propia política.

Bill Clinton llegó a la Casa Blanca acompañado por expertos que ayudaron a su Gobierno a deducir por qué existía un conflicto y cuál era la solución óptima.

Los «chicos de Clinton» establecieron cuatro directrices neorrealistas para solucionarlo. Estas directrices impregnaban también el enfoque del FAFO, el instituto para la paz de Oslo que asumió la función de mediador entre Israel y la OLP a finales de 1992, conduciendo finalmente a los Acuerdos de Oslo.

La primera directriz era que un proceso de paz debe basarse en el equilibrio de poder local en el área disputada. Así, cuando comienza una

búsqueda de los componentes de una solución posible, estos deben adaptase más al punto de vista de la parte más fuerte y menos al de la más débil. Vemos claramente, desde el comienzo del intento de construir una *Pax Americana* en Israel y Palestina –más o menos desde 1969– que lo que los estadounidenses presentaban como un plan de paz era una fórmula pensada para satisfacer el punto de vista israelí. El resultado fue una indiferencia constante y curiosa hacia el punto de vista palestino y, más importante, a lo que los propios expertos estadounidenses habían definido anteriormente como el problema fundamental: la cuestión de los refugiados. Así, en la época de involucración del Gobierno de Clinton en Palestina, la cuestión de los refugiados se eliminó del guion para la paz. Es difícil encontrar en tiempos modernos otro esfuerzo diplomático concentrado que haya eludido el problema fundamental de un conflicto específico. El hundimiento inevitable de los esfuerzos de paz en las fases posteriores no ha alterado la posición básica de los estadounidenses.

La segunda, derivada directamente de la primera, es que solo debería consultarse a la parte más fuerte del conflicto a la hora de buscar las características de una solución posible. Pero en esa parte más fuerte, los mediadores deberían buscar el «campo de la paz»: su punto de vista es el elemento más flexible en el bando de la parte más fuerte. Y este punto de vista es el que hay que imponer a la parte más débil. La esencia del esfuerzo de paz, por lo tanto, se convirtió, primero, en detectar un «campo de la paz» en Israel en cualquier momento histórico dado, y después, en intentar imponerles el punto de vista de dicho campo a los palestinos.

Hasta 1977, el Partido Laborista fue ese campo. Después, hasta 1984, el ala «moderada» del Likud se ganó ese título mientras el partido estuvo en el poder. En los días del Gobierno de unidad israelí (1984-1988), no era tanto un partido como una colección de figuras políticas que, a ojos de los expertos estadounidenses, representaban al centro político de Israel. En el siglo XXI, Ariel Sharon (en el poder entre 2001 y 2007) personificó este campo para los estadounidenses, al igual que su sucesor, Ehud Olmert, que lo sustituyó como cabeza del nuevo partido creado por Sharon: Kadima (2007-2009). El Kadima, que no sobrevivió mucho, fue el partido soñado por cualquier mediador estadounidense que desease aplicar la tercera directriz del proceso de paz: a saber, que los conflictos había que «gestionarlos», no resolverlos. «Gestión», de acuerdo con los

neorrealistas, significaba mantener el conflicto en un «enfrentamiento de baja intensidad», es decir, que la violencia seguiría formando parte de la realidad sobre el terreno, pero sería tolerable, si no desde el punto de vista de las víctimas, sí al menos a ojos de la superpotencia mediadora.

Se hizo mucho más difícil encontrar dicho campo de la paz después de 2009, y el Gobierno de Obama tuvo principalmente que enfrentarse a la nueva realidad de Israel: la desaparición del campo de la paz y el giro total del sistema político en su conjunto hacia la derecha. El sucesor de Obama, Donald Trump, arrojó al viento todos los principios y no hizo ningún esfuerzo más por mediar en la cuestión palestina.

La última directriz era que el proceso de paz no tiene historia. Cada intento empezaba desde un punto de partida que suponía que no había habido intentos similares en el pasado. Dicho enfoque impide cualquier proceso de aprendizaje, crucial para cualquiera que afronte los complejos problemas humanos causados por conflictos étnicos y nacionales. Este enfoque encajaba en los intereses de quienes lideraban el campo sionista de la paz en Israel. Cuando Estados Unidos volvió a la política de Palestina en 1967, la interpretación del campo de la paz sionista –que el conflicto había estallado en 1967– quedó arraigada en la percepción estadounidense de dicho conflicto y de sus orígenes. Como se prefería la parte más fuerte a la débil, los negociadores de paz estadounidenses permitieron que Israel se negase a admitir que hubiera provocado la Nakba de 1948 y que hubiera efectuado una limpieza étnica en Palestina. El proceso de paz se convirtió, por consiguiente, en un esfuerzo por resolver la cuestión de las áreas ocupadas por Israel en 1967. El año 1948 quedó excluido de la agenda de paz y, con él, los palestinos fueron por primera vez excluidos como participantes, y sustituidos por los hachemitas jordanos; Palestina quedó por lo tanto reducida al 25% de su espacio original, y «palestinos» pasaron a ser solo las personas que vivían en ese pequeño espacio (Cisjordania y la Franja de Gaza).

Hasta 1988 no surgió un nuevo enfoque israelí, y por consiguiente estadounidense. La decadencia de la Unión Soviética disminuyó la imagen de la OLP como agente soviético y facilitó el comienzo de sus negociaciones con Estados Unidos. Estas negociaciones culminaron con el reconocimiento de la OLP por parte de Estados Unidos en 1988. El movimiento de paz israelí declaró que estaba dispuesto a entablar

negociaciones con la OLP.

Se produjo de nuevo una fusión de procesos históricos separados, que maduró durante el Gobierno de Clinton. Nunca se les había dado a los académicos expertos en relaciones internacionales tanta rienda suelta para diseñar un proceso de paz como la que recibieron Dennis Ross (que durante los años de Reagan ocupó un alto cargo en el Consejo de Seguridad Nacional) y sus amigos en tiempos de Clinton. Los desastrosos frutos de los juegos teóricos que practicaron con las vidas de palestinos e israelíes siguen afectándonos. Asimismo, si resumimos todas las directrices, su principal fracaso estuvo en pasar por alto el problema de fondo.

Pasar por alto el problema de fondo y centrarse en sus síntomas es un error tan grave en política como en medicina. Piénsese en la forma en la que reaccionaron los estadounidenses a los atentados del 11-S, pasando por alto la propia responsabilidad de Estados Unidos en la creación de Al-Qaeda; o en la política clintoniana respecto a la delincuencia en los núcleos urbanos. Un informe de 136 páginas publicado en su momento por la Fundación Policial [Police Foundation] de Estados Unidos con el título *Inner-City Crime Control,* sugería lo siguiente: «En lugar de centrarnos en qué causa la delincuencia, nos hemos centrado en qué puede hacerse para controlarla»[196]. Es mucho más fácil pasar por alto el racismo y las políticas de empobrecimiento neoliberales que constituyen las causas fundamentales del aumento de la delincuencia, y optar a cambio por abordar solo los síntomas del problema, destinando dinero a la policía y ampliando la red de organizaciones comunitarias.

Las cuatro directrices se pusieron a prueba durante el tiempo en el que se negociaron los Acuerdos de Oslo. El campo de la paz era en ese momento el Gobierno laborista de Rabin. El trato era el mismo: Israel solo estaba dispuesto a retirarse de parte de los territorios ocupados. El único cambio hacía referencia al nuevo participante «débil»: la OLP. No solo se le pidió que aceptase parte de los territorios, sino también parte de la autoridad sobre dichos territorios. Asimismo, se le pidió que renunciara a las reivindicaciones sobre Jerusalén y al derecho de los refugiados al retorno. Mientras tanto, la realidad en los territorios ocupados también cambió: el proyecto de asentamientos se expandió en una medida tal que no hacía sino subrayar la naturaleza humillante de la nueva propuesta de paz israelí.

Es cierto que, en el mismo periodo, las décadas de 1980 y 1990, los mediadores de paz estadounidenses podían jactarse de una serie de logros en el ámbito de las relaciones bilaterales de Israel con Jordania y Egipto. Irónicamente, estos tratados de paz se firmaron gracias a la participación mínima de Estados Unidos en las negociaciones. La fórmula de su éxito –si la «paz fría» entre Israel y sus dos vecinos puede calificarse de tal– estuvo en que los tratados no hacían referencia a la cuestión palestina.

La Conferencia de Madrid de 1991, a ojos de los palestinos, se desvió de este legado y de estas directrices porque, al menos sobre el papel, les dio voz y no pasó por alto las causas fundamentales del problema palestino. También fue acompañada por una de las cada vez más infrecuentes reprimendas de Estados Unidos a Israel, por la brutalidad empleada en los territorios ocupados.

Este desvío, sin embargo, no duró mucho. Bill Clinton no continuó la actitud dura de Bush padre hacia Israel, y el Partido Laborista israelí, que recuperó el poder por primera vez desde 1977, retomó las viejas directrices, pasando por alto lo ocurrido en 1948 e intentando imponer la idea de «paz» de Israel a los palestinos.

Al final, Bill Clinton demostró ser una presa más fácil de lo que el AIPAC sospechaba. Demócrata típico, era de la opinión de que sin el voto de los judíos no podía ganar las elecciones presidenciales. La victoria del «campo de la paz» en las elecciones israelíes de 1992 permitió a Clinton mantener una política explícitamente proisraelí que, en apariencia, no descuidaba los intereses palestinos. De hecho, Clinton invirtió mucho tiempo y mucha energía en la cuestión de Palestina. Pero los encargados a los que nombró para establecer una «hoja de ruta» hacia la paz eran en su mayoría judíos: a los «arabistas» que quedaban aún, y que podrían tener algo que decir respecto a estos temas, los dejó fuera. Sin los «arabistas», fue fácil adelantar, el 30 de junio de 1993, un documento político que declaraba que Israel debería tener libertad para «desarrollar» (léase: desarraigar y colonizar) Jerusalén Este. Así, los asentamientos ilegales del pasado se convirtieron en los barrios esenciales del presente. Se abrió la puerta al asentamiento de 200.000 judíos en la parte oriental de la ciudad, y al traslado de sus 200.000 habitantes palestinos.

Dicho enfoque no exigía, a primera vista, una profunda implicación de los estadounidenses. Y sin embargo, aunque en muchos aspectos los

Acuerdos de Oslo comenzaron con una implicación mínima de Estados Unidos, sí acabaron convirtiéndose en un espectáculo estadounidense. De hecho, para el atribulado presidente Clinton, era el único espectáculo. Y, al principio, pareció funcionar, puesto que israelíes y estadounidenses encontraron un líder palestino dispuesto a sucumbir a la presión, completando así el proceso: un plan de paz concebido por el campo de la paz israelí, dictado a los palestinos y aceptado por estos. El plan establecía un control palestino limitado en una pequeña parte de Cisjordania y en la Franja de Gaza, sin desmantelar los asentamientos judíos ni frenar su expansión, sin el retorno de los refugiados y sin una presencia política palestina en Jerusalén. Como ahora sabemos, esto fue posible porque el líder palestino Yaser Arafat creía que esta situación era temporal, y que los arquitectos israelíes de los Acuerdos de Oslo se mantendrían fieles a su promesa de, tras cinco años de acuerdo provisional, proceder al establecimiento de un Estado palestino completamente soberano. Leyó mal las intenciones de Israel y la interpretación que haría de los Acuerdos de Oslo, y tampoco pudo predecir que el Likud volvería al poder en 1996. Israel interpretaba, en el mejor de los casos, que el producto definitivo del «proceso de paz» era el establecimiento de un Bantustán palestino reducido.

¿Cuándo se dio cuenta Arafat de que lo habían engañado? No sabemos. ¿Fue cuando estuvo en la península del Sinaí, en 1994, cuando el presidente egipcio Hosni Mubarak tuvo que obligarlo casi físicamente a firmar el Segundo Acuerdo de Oslo, que convertía las ideas vagas de la Declaración de Principios de septiembre de 1993 en una realidad nueva y opresiva sobre el terreno? Como establece el Segundo Acuerdo de Oslo, Arafat dirigiría una autoridad que gobernaría sobre el 16% de Cisjordania y parte de la Franja de Gaza como si de un municipio se tratara, y actuaría en nombre de Israel para reprimir cualquier oposición palestina al nuevo pacto.

Tal vez fue entonces cuando comprendió que lo habían estafado. Lo que estaba claro es que en algún momento comprendió que Oslo significaba la expansión de los asentamientos israelíes, y el aislamiento de las áreas «autónomas» palestinas dentro de una matriz de asentamientos, bases militares y autopistas, sin ninguna solución al problema de Jerusalén o de los refugiados. Quizá se diera cuenta durante el grotesco espectáculo

escenificado por Clinton mucho más tarde, en 2000, cuando volvió a verse físicamente empujado a una cabaña en Camp David, y se le exigió que firmara una carta de rendición palestina a la lógica neorrealista. El texto de rendición incluía una solución final que consistía en el establecimiento de un Bantustán palestino en parte de los territorios ocupados, y paz para Israel. Fue demasiado hasta para el frágil Arafat. Se resistió y lo demás, como sabemos, es historia.

Una versión estéril de esta secuencia de acontecimientos se repitió después de que en octubre de 2001 estallase la Segunda Intifada, una respuesta espontánea a la enorme decepción de los años de negociaciones transcurridos desde 1993. Los mediadores estadounidenses intentaron en vano hacer revivir su «hoja de ruta», sin llegar a ninguna parte. La colonización israelí se profundizó, y produjo una resistencia especialmente desesperada, que, a su vez, provocó la «represalia» brutal que tan bien conocemos hoy. Y en lugar de que Dennis Ross y su equipo se preguntasen si la falta de progreso podría deberse a que alguien en Israel se estuviese beneficiando de la falta de progreso, y quién era ese alguien, llegó el 11-S. El relato posterior fue fácil de tramar: el terrorismo islámico, relacionado con los atentados perpetrados en Estados Unidos, había secuestrado al movimiento político palestino. Esto explicaba la incapacidad de los palestinos para participar en una *Pax Americana* razonable y sensata.

Ariel Sharon y después de él Ehud Olmert compusieron otra versión israelí de la paz en 2006: retirada de Gaza, aunque dejando a los palestinos todavía menos territorio que el que se les había prometido en Oslo en 1993 y en Camp David en 2000. La nueva prescripción era una paz duradera basada en un Estado palestino que se extendía sobre el 16% de la Palestina histórica, sin soberanía real ni independencia económica y, por supuesto, sin dar solución al destino de Jerusalén o al problema de los refugiados. De nuevo, la realidad desarrollada sobre el terreno era más desalentadora que las palabras escritas. Gaza se convirtió en un enorme campo de prisioneros, bombardeado y hambriento, con el Gobierno estadounidense manteniéndose ciegamente al margen.

EL AIPAC DURANTE LA PRESIDENCIA DE CLINTON

Ante datos como estos la insinceridad de la posición de Israel durante y

después de los Acuerdos de Oslo parece obvia. Para el AIPAC, sin embargo, el proceso de los Acuerdos de Oslo y sus repercusiones constituían una amenaza existencial para Israel, haciendo que suscribiera plenamente la opinión planteada por el Likud de que cualquier retirada de los territorios ocupados equivalía a un suicidio nacional. A ojos del AIPAC, la participación en este proceso convertía a Clinton en un presidente potencialmente propalestino, al que había que controlar y reorientar nuevamente hacia el apoyo tradicional de Estados Unidos a Israel. Como hemos visto, el modo en el que el AIPAC decidía quiénes eran los enemigos de Israel tenía a menudo poco que ver con las políticas reales, que con frecuencia eran ventajosas para Israel: el AIPAC decidía simplemente basándose en lo obediente que un Gobierno fuera al lobby. El respaldo de Estados Unidos a los Acuerdos de Oslo no fue para el AIPAC un hito en la senda hacia la paz, sino un testimonio de su propia incapacidad para influir en la política estadounidense.

En consecuencia, el primer año de Clinton en la presidencia, recibido en Oriente Próximo como la llegada de una nueva oportunidad para la paz, fue considerado una amenaza por el AIPAC y otros organismos que formaban el lobby proisraelí en Estados Unidos. El AIPAC adoptó en 1992 la actitud hostil del Likud al Gobierno de Rabin, y al intento por parte de este de firmar la paz con Siria y con la OLP.

Bill Clinton era consciente de los recelos que albergaba el AIPAC. Para ganarse al lobby, nombró a alguien muy cercano a este, Martin Indyk, asesor jefe para Oriente Próximo. Como se ha mencionado, Indyk trabajó en el lobby durante ocho años antes de que Clinton lo invitara a unirse a su equipo en calidad de asesor especial sobre Oriente Próximo en el Consejo de Seguridad Nacional. Más tarde se convertiría en embajador en Israel. Durante sus ocho años en el AIPAC, fue director ejecutivo de la institución más importante del lobby, el Instituto de Washington para la Política en Oriente Próximo. Con ese currículo, Indyk era un verdadero defensor de Israel en el equipo de la Casa Blanca, y Clinton esperaba que eso aplacase al lobby. Irónicamente, el tiempo que pasó en la Casa Blanca transformó la posición de Indyk, que adoptó puntos de vista más pacifistas. Hoy trabaja en el consejo ejecutivo del Fondo Nuevo Israel (NIF - New Israel Fund), una organización de corte progresista que financia a organizaciones de defensa de los derechos civiles y a palestinos en Israel, y a la que el

AIPAC tacha constantemente de organización antiisraelí.

A los dirigentes del lobby les preocupaba en particular el secretario de Estado, Warren Christopher, especialmente en conjunción con los nuevos profesionales del Departamento de Estado, que preferían el sionismo progresista a la rama de política derechista del AIPAC. El principal «pecado» de Christopher era el de haber participado con anterioridad en el Gobierno de Carter. Lo consideraban responsable del breve coqueteo del presidente con una política progresista en referencia a Palestina.

El nombramiento de Indyk no ayudaría a superar las desavenencias del AIPAC con el Gobierno. Lo que sí ayudó a suavizar en parte las tensiones fue la política arriesgada de Clinton frente a Irán a mediados de la década de 1990, que encajaba tanto en la agenda de Israel como en la del lobby; Estados Unidos consideraba que el régimen de Teherán estaba detrás de algunas de las acciones temerarias contra objetivos estadounidenses en todo el mundo. Cuando se trataba de Irán, el presidente y los representantes del AIPAC mantenían unas reuniones muy agradables. En mayo de 1995, Clinton habló ante el Congreso Judío Mundial y anunció la intención de imponer sanciones a Irán.

Pero el AIPAC necesitaba más para demostrar que seguía siendo una fuerza con la que había que contar en Washington. Y lo consiguió cuando Bill Clinton se convirtió en el primer presidente en activo en pronunciar un discurso ante miembros de la organización. Los asistentes a la convención pronto descubrieron, sin embargo, que Clinton esperaba algo a cambio. El presidente dedicó la primera parte de su discurso a Isaac Rabin, hablando proféticamente sobre el alto precio personal que el primer ministro israelí pagaría por intentar alcanzar la paz. Acabó su discurso volviendo a su tema principal: el apoyo a Rabin:

> Apoyad a este hombre valiente en sus intentos por alcanzar la paz. Y no paremos hasta terminar la tarea[197].

El AIPAC en ese momento era casi por completo una extensión del Likud, de modo que esta petición no fue bien recibida. Pero Clinton quería además otra compensación: esperaba un respaldo a su relación más conciliadora con Rusia. Mientras que los telepredicadores seguían refiriéndose a Rusia como el representante del Anticristo en la Tierra, Clinton la elogiaba por el rápido desarme de su arsenal nuclear. Se ganó en

parte el favor de sus oyentes al adoptar un tono agresivo contra Irán, y al describir parte del armamento y la tecnología punteros que Estados Unidos suministraba a Israel[198]. Keith Weissman, uno de los principales analistas del AIPAC por aquella época, recordaba que el principal objetivo de la organización era impedir que la ayuda estadounidense llegara a la recién establecida Autoridad Palestina, y el método desplegado fue, de acuerdo con otro directivo del AIPAC, demonizar a los palestinos, acusándolos de terroristas[199].

Pero el AIPAC sí hizo un intento de apaciguar al presidente. Por primera vez invitó a periodistas árabes a su convención. Al menos algunos de sus líderes contemplaron el futuro de una *Pax Americana* significativa con Clinton, y para lograrlo se mostraron dispuestos a atemperar sus críticas al proceso de paz. Pero los acontecimientos eliminaron cualquier necesidad de moderación. Solo unos meses después de que el AIPAC se reuniera, Isaac Rabin fue asesinado por un extremista de derecha. Netanyahu ganó las siguientes elecciones, y en consecuencia el Likud recuperó el poder.

Al final, la trigésimo séptima convención anual del AIPAC no fue sino meras palabras. La organización concedió a Clinton apoyo para los Acuerdos de Oslo, y a cambio el presidente prometió sancionar a Irán, considerar el traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén y proporcionar ayuda militar a gran escala a Israel.

El segundo mandato de Clinton fue otra historia. Por una parte, fueron los años dorados del lobby sionista cristiano y el comienzo de su luna de miel con el Likud de Netanyahu, que estaba a punto de dominar la política israelí en el siguiente siglo. El AIPAC pronto asumió el papel de segundo violín no solo respecto al lobby sionista cristiano, sino también respecto al movimiento neoconservador.

En la década de 1990, los neoconservadores se convirtieron en una fuerza con la que el lobby quería colaborar más estrechamente. Sus diversos centros de estudios desarrollaron vínculos estrechos con el Likud, en el poder entre 1996 y 1999. Ya entonces la opinión independiente de dichos grupos era que Israel debía repudiar los Acuerdos de Oslo y que Estados Unidos debía declararle la guerra a Irak. Uno de esos grupos de trabajo era el Instituto de Estudios Estratégicos y Políticos Avanzados [Institute por Advanced Strategic and Political Studies], con sede en Washington y en Jerusalén. Una publicación típica de esta organización se

titulaba *A Clean Break: A New Strategy for Securing the Realm* [Una ruptura limpia. Una nueva estrategia para asegurar el terreno], en la que se sostenía que Israel debía repudiar los Acuerdos de Oslo y buscar la anexión permanente de Cisjordania y la Franja de Gaza. Todavía más provocativamente, instaba a Israel a apoyar a Jordania en la defensa de la restauración de la monarquía hachemita en Irak y la eliminación del régimen de Sadam Husein, «un importante objetivo estratégico israelí por derecho propio»[200]. El informe lo encargó de hecho Benjamin Netanyahu, y el equipo de conocidos neoconservadores estaba liderado por Richard Perle.

El documento *Clean Break* apelaba a la visión estratégica general del Likud. Una guerra preventiva contra Irak legitimaría el principio de usar la fuerza para resolver problemas diplomáticos y políticos, algo que Israel había hecho en diversas ocasiones, más notablemente en las guerras de 1956, 1967 y 1982. Dos días después de recibir un ejemplar del documento, Netanyahu pronunció un discurso en una sesión conjunta del Congreso, asumiendo varias de las propuestas. *The Wall Street Journal* publicó extractos del documento ese mismo día, y lo respaldó editorialmente el 11 de julio de 1997.

Por su parte, el 26 de enero de 1998, Proyecto para el Nuevo Siglo Americano (PNAC - Project for the New American Century), otra organización neoconservadora, envió una carta al presidente Bill Clinton, instándolo a emprender una guerra contra Irak. Entre los signatarios se encontraba la flor y nata del neoconservadurismo estadounidense: William Kristol, Dick Cheney, Lewis Libby, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Elliot Abrams y Zalmay Khalilzad. Molesto por el hecho de que Clinton no siguiera su consejo, el mismo grupo repitió sus propuestas en cartas al presidente de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, y al líder de la mayoría en el Senado, Trent Lott, el 29 de mayo de 1998. El resultado de los esfuerzos del PNAC y otros grupos similares fue la aprobación de la Ley de Liberación de Irak en octubre de 1998, que anunciaba el giro de la política estadounidense en Irak, del desarme al cambio de régimen. Esta ley se aprobó semanas antes de que Clinton ordenase a los inspectores de la UNSCOM salir de Irak y lanzase la Operación Zorro del Desierto, cuatro días de bombardeo intenso[201].

En 1998, el AIPAC estaba, al igual que el Likud, estrechamente asociado

con la perspectiva neoconservadora referente a la política estadounidense en Oriente Próximo. El giro del AIPAC a la derecha, en Estados Unidos y en Israel, profundizó sus divisiones internas, que se tradujeron en un descenso de la financiación procedente de la comunidad judía estadounidense.

Hacia el final del primer mandato de Netanyahu y de Clinton, el Gobierno estadounidense empezó a impacientarse con el primer ministro israelí. El portavoz de Exteriores de la Casa Blanca observó que:

> La pelota no está en la cancha palestina; está en la cancha de los israelíes, que deben empezar a colaborar con los palestinos y con nosotros para alcanzar el segundo «sí». Tenemos el «sí» de los palestinos y estamos intentando situarnos en una posición en la que los israelíes puedan también decir que «sí»[202].

La presión estadounidense dio fruto y, aunque reacio, Netanyahu se reunió con Yaser Arafat y un Husein de Jordania muy enfermo para firmar algunos acuerdos. El más importante fue el Memorando de Wye River de 1998, un acuerdo sobre la redistribución de las fuerzas de seguridad israelíes y sobre el aumento de la cooperación entre la Autoridad Palestina y los servicios de seguridad israelíes contra los ataques de Hamas y de Yihad Islámica Palestina, un grupo fundado en 1981 y fuertemente influenciado por la Revolución iraní.

Estos esfuerzos fueron en gran medida vanos, la posición de Netanyahu hacía que los Acuerdos de Oslo estuvieran muertos a todos los efectos. Era de esperar que su falsa promesa de cumplir los compromisos asumidos por Israel en Oslo produjera alguna reprimenda por parte del Gobierno de Clinton. Pero esto no equivalía más que a pequeñas expresiones de consternación[203]. Lo que importaba era que Clinton siguiera suministrando equipamiento militar completamente nuevo a Israel e intensificase la colaboración en maniobras militares conjuntas.

El AIPAC no tenía prácticamente nada que hacer, y sin embargo continuaba criticando al Departamento de Estado. Algo extraño, puesto que este mantenía unas políticas proisraelíes en comparación con las de años anteriores. Desde los tiempos del Gobierno de Nixon, cuando Joseph Sisco se convirtió en secretario adjunto de la Oficina de Asuntos de Oriente Próximo (NEA - Bureau of Near Eastern Affairs), que sucedió a la antigua División para Oriente Próximo, el Departamento de Estado había

pasado de ser una base de poder de los «arabistas» a convertirse en un departamento estrechamente ligado con los sionistas progresistas, tanto en Estados Unidos como en Israel. El proceso lo mantuvo Henry Kissinger, que nombró para la sección pertinente del Departamento de Estado a judíos sionistas progresistas y a no judíos simpatizantes. Culminó con el nombramiento de Dennis Ross y Martin Indyk, ambos exempleados del AIPAC, por parte de Clinton. Indyk y Ross, explica el experto Leon Hadar, «prácticamente garantizaron que la actitud de Estados Unidos hacia Israel nunca fuese contraria al consenso de la comunidad judía estadounidense»[204].

Indyk y Ross no eran partidarios del Likud, a diferencia de quienes los sustituyeron en el AIPAC, y por lo tanto este tenía razones para sentirse decepcionado por ellos. «Proisraelí» y «enemigo del AIPAC» no son términos mutuamente excluyentes. Sin embargo, el ala derecha de Israel, una vez en el poder, indicó en una guerra de palabras que estos altos cargos eran hostiles a Israel. Ninguno de los bandos se tomó en serio dicho combate verbal, porque la política estadounidense siguió favoreciendo a Israel de todas las maneras significativas posibles.

En los años previos al nuevo siglo, el lobby afrontaba viejos y nuevos retos. El más importante fue el cambio sísmico experimentado por la opinión pública de Estados Unidos, incluida la comunidad judía, respecto a las políticas adoptadas por Israel en la Palestina histórica. Como les explicó Kenen a sus discípulos allá por 1957: los retos solo sirvieron para que el AIPAC se volviera más agresivo y decidido, en un siglo en el que perdía superioridad moral pero seguía teniendo muchísimo dinero, influencia política y poderosos aliados sionistas cristianos.

El AIPAC se volvió de hecho más agresivo, pero el reto al que se enfrentaba se volvió formidable. Israel era incapaz de proteger su reputación, y la imagen de sus lobbies en el extranjero, frente a las consecuencias de sus acciones brutales: un relato cotidiano de demoliciones, detenciones políticas, cercamientos (*seger* en hebreo) de aldeas y ciudades, abuso de los derechos civiles y humanos, y asesinato de palestinos, incluidos mujeres y niños. Hasta el cataclismo del 11-S, el prestigio moral de Israel fue en decadencia. Pero cuando los aviones se estrellaron contra el World Trade Center, todo cambió. Estados Unidos reaccionó con un aumento del sentimiento antiárabe, y con intervenciones

militares agresivas y desastrosas en Oriente Próximo. La ventana de oportunidad para reconsiderar la relación entre Estados Unidos e Israel se cerró. Haría falta mucho tiempo para que volviera a abrirse.

---

[1] Charlene Mires, *Capital of the World. The Race to Host the United Nations,* Nueva York, New York University Press, 2015, pp. 190-196.

[2] «The United Nations by the Waters of Flushing», *Time Magazine,* 12 de mayo de 1947.

[3] Véase Naciones Unidas, Archivos [www.un.org/unispal/document/auto-insert-210902/].

[4] John Snetsinger, *Truman, the Jewish Vote, and the Creation of Israel,* Washington, Hoover Institute, 1974, p. 66.

[5] David A. Friedman, «Against the Experts: Harry S. Truman, David K. Niles, and the Birth of the State of Israel, 1945-1948», tesis, Whitman College, 2011.

[6] Robert J. Donovan, *Conflict and Crisis: Presidency of Harry S. Truman, 1945-48,* Independence, University of Missouri Press, 1996, p. 330.

[7] James Forrestal, *The Forrestal Diaries,* Nueva York, Viking Press, 1951, pp. 330, 346.

[8] R. J. Donovan, *op. cit.,* p. 331.

[9] *Ibid.*

[10] *Ibid.,* p. 330

[11] Véase Simha Flapan, *The Birth of Israel. Myths and Realities,* Nueva York, Pantheon Books, 1987, pp. 13-54.

[12] Respecto a esta parte de la historia, véase I. Pappe, *Ethnic Cleansing of Palestine,* cit., pp. 72-80.

[13] Véase Ilan Pappe, *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1947-1951,* Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 1994, p. 36.

[14] Este breve discurso está disponible en [www.criticalpast.com/video/65675035917_US-Ambassador-Warren-Austin_UN-General-Assembly_Israel-Palestine-issue].

[15] Citado en Walter Hixson, *Architects of Repression. How Israel and its Lobby Put Racism, Violence and Injustice at the Center of US Middle East Policy*, Washington, Institute for Research: Middle Eastern Policy, 2021, p. 23.

[16] *Ibid.,* p. 23.

[17] Harry S. Truman, *Memoirs. Years of Trial and Hope*, Garden City, Doubleday, 1955-1956, p. 158.

[18] W. Hixson, *op. cit.,* p. 24, nota 51.

[19] Citado en Peter L. Hahn, *Caught in the Middle East. The US Policy Toward the Arab-Israeli Conflict 1945-1961,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004, p. 50.

[20] W. Hixson, *op. cit.*, p. 24; Irvine H. Anderson, *Biblical Interpretation and Middle East Policy,* Gainesville, University Press of Florida, 2005, p. 75.

[21] Jeffrey Herf, *Israel's Moment. International Support for and Opposition to Establishing the Jewish State, 1945-1949,* Cambridge, Cambridge University Press, 2022.

[22] Véase el texto completo del telegrama en I. Pappe, *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1947-1951,* cit., p. 238.

[23] Véase *ibid.,* pp. 203-243.

[24] Natan Aridan, *Advocating for Israel. Diplomats and Lobbyists from Truman to Nixon,*

Lanham, Lexington Books, 2017, p. 37.

[25] W. Hixson, *op. cit.,* p. 27.

[26] Evan Wilson, *A Calculated Risk. The US Decision to Recognize Israel*, Cincinnati, Clerisy Press, 2008, p. 129.

[27] W. Hixson, *op. cit.,* p. 29.

[28] Véase Joseph Heller, *Superpower Rivalry. The United States, the Soviet Union, and the Arab-Israeli Conflict, 1948-67,* Sde Boker, Ben-Gurion Institute for the Study of Israel and Zionism, 2010, pp. 47-62.

[29] W. Hixson, *op. cit.,* p. 30.

[30] *Ibid.*

[31] Doug Rossinow, «"The Edge of the Abyss". The Origins of the Israeli Lobby, 1949-1954», *Modern American History* 1, 23-24 (2018), p. 39 (para los interesados en dicha cuestión, este artículo describe todo un debate acerca de quién fundó realmente el Congreso).

[32] Hugh Wilford, *America's Great Game. The CIA's Secret Arabists and the Shaping of the Modern Middle East,* Nueva York, Basic Books, 2013, p. 118.

[33] *Ibid.*

[34] Citado en Paul Charles Merkley, *American Presidents, Religion, and Israel. The Heirs of Cyrus,* Westport y Londres, Praeger, 2004, p. 30.

[35] Issac Alteras, *Eisenhower and Israel. US–Israel Relations, 1953-1960,* Gainesville, University of Florida Press, 1993, p. 258.

[36] W. Hixson, *op. cit.,* p. 32.

[37] H. Paul Jeffers, *The Napoleon of New York. Mayor Fiorello LaGuardia,* Toronto, John Wiley & Sons, 2002.

[38] W. Brooke Graves, *Administration of the Lobby Registration Provision of the Legislation Reorganization Act of 1946. An Analysis of Experience During the 80th Congress,* Washington, US Government Printing Office, 1949.

[39] Isaiah L. Kenen, *All My Causes. An 80 Years Life Span in Many Lands and for Many Causes, Some We Won, Some We Lost, but We Never Gave Up,* Washington, Near East Research, 1985.

[40] Véase Ilan Pappe, «The Junior Partner: Israel's Role in the 1958 Crisis», en W. Roger Louis y Roger Owen (eds.), *A Revolutionary Year. The Middle East in 1958,* Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 2002, pp. 221-244.

[41] Cheryl Rubenberg, *Israel and the American National Interest: A Critical Examination,* Chicago, University of Illinois Press, 1989, pp. 329-377.

[42] W. Hixson, *op. cit.,* p. 35.

[43] Ch. Rubenberg, *op. cit.*

[44] Citado por Hixson, que efectuó un estudio exhaustivo de los documentos privados de Kenen; W. Hixson, *op. cit.,* p. 34.

[45] *Ibid.*

[46] *Ibid.,* p. 36.

[47] Amy Kaplan, *Our American Israel. The Story of an Entangled Alliance,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 2018, p. 72; Michelle Mart, *Eye on Israel. How America Came to View the Jewish State as an Ally*, Albany, State University of New York Press, 2006, p. 176.

[48] [www.presidency.ucsb.edu/documents/speech-senator-john-f-kennedy-zionists-america-convention-statler-hilton-hotel-new-york-ny].

[49] Véase la entrevista con Avner Cohen en la página digital del Wilson Center, [www.wilsoncenter.org/myer-feldman].

[50] W. Hixson, *op. cit.*, p. 38.

[51] Memorando para el presidente, «Your Meeting with Israel Prime Minister Ben-Gurion», 25 de mayo de 1961; Departamento de Estado, «Talking Outline for Subjects to be Raised by the President»; ambos en Biblioteca JFK, Boston, MA, Documentos del Presidente Kennedy, President's Office Files, Israel, General, 1961-1963, Box 119A.

[52] Shay Hazkani, «Catastrophic Thinking: Did Ben-Gurion Try to Rewrite History?», *Haaretz,* 16 de mayo de 2013.

[53] «Myer Feldman, 92: Presidential Advisor and Special Olympics Official», *Los Angeles Times,* 5 de marzo de 2007.

[54] Véase Alfred M. Lilienthal, «J. William Fulbright: A Giant Passes», *Washington Report on Middle East Affairs,* abril-mayo de 1995, p. 50.

[55] *Ibid.*

[56] *Ibid.*

[57] *Ibid.*

[58] W. Hixson, *op. cit.,* p. 37.

[59] *Ibid.,* pp. 50, 92.

[60] Grant F. Smith, *Foreign Agents,* Washington, Institute for Research, Middle East Policy, 2007, pp. 19-65.

[61] A. M. Lilienthal, *op. cit.,* p. 93.

[62] Josh Nathan-Kazis, «Fledging Jewish News Service Rocks Boat with Strident Pro-Israeli Message», *Forward*, 28 de junio de 2013.

[63] W. Hixson, *op. cit.*, p. 37.

[64] A. M. Lilienthal, *op. cit.,* p. 93.

[65] *Ibid.*

[66] *Ibid.*

[67] Douglas Little, «The Making of a Special Relationship, the United States and Israel, 1957-1968», *International Journal of Middle Eastern Studies* 25, 4 (noviembre de 1993), p. 111.

[68] Citado en W. Hixson, *op. cit.,* p. 44.

[69] *Ibid.*

[70] *Ibid.*

[71] Departamento de Estado de Estados Unidos, *Foreign Relations of the United States, 1964-1968,* vol. XVIII, documento 333, memorando del asesor especial del presidente (Rostow) al presidente Johnson, 15 de noviembre de 1966.

[72] *Ibid.*

[73] «Israel at 18: Partner in Progress», *Near East Report* (mayo de 1966), p. B-4.

[74] Schlomo Ben-Ami, *Scars of War, Wounds of Peace,* Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 125-127.

[75] [http://nationalhumanitiescenter.org/tserve/twenty/tkeyinfo/jewishexpb.htm].

[76] Citado en W. Hixson, *op. cit.*, p. 50.

[77] Véase la discusión en Ilan Pappe, *The Biggest Prison on Earth. A History of the Occupied Territories,* cit., pp. 35-40.

[78] Citado en David Remnick, «The Seventh Day: Why the Six Day War is Still Being Fought», *The New Yorker,* 21 de mayo de 2007.

[79] Martin Van Creveld, *The Sword and the Olive: A Critical History of the Israeli Defense Forces,* Nueva York, Public Affairs, 2002, p. 172.

[80] Richard B. Parker, «The June 1967 War: Some Mysteries Explored», *Middle East Journal* 46, 2 (primavera de 1992), pp. 177-197.

[81] El análisis más reciente de todo el asunto puede encontrarse en James Scott, *The Attack on the Liberty. The Untold Story of Israel's Deadly 1967 Assault on a US Spy Ship,* Nueva York, Simon

& Schuster, 2009.

[82] Véase Philip Weiss, «The Not-So-Secret Life of Mathilde Krim», *Mondoweiss,* 26 de enero de 2018.

[83] Rashid Khalidi, *Brokers of Deceit. How the US Has Undermined Peace in the Middle East*, Boston, Beacon Press, 2013; Naseer Aruri, *Dishonest Broker. The US Role in Israel and Palestine*, Nueva York, South End, 2003.

[84] Arno J. Mayer, *Ploughshares into Swords. From Zionism to Israel,* Londres y Nueva York, Verso Books, 2008, p. x; y véase la entrevista concedida por Chomsky a *Chronicles of Dissent* en 1992, en [https://Chomsky.info/dissent01/].

[85] [https://jcpa.org/article/the-evolution-of-aipacs-political-operation-in-washington-over-50-years-an-eyewitness-perspective/].

[86] Walter L. Hixson, «Dr Henry Kissinger: The Myth of the Great Statesman», *Washington Report on Middle Eastern Studies* (enero-febrero de 2022), pp. 33-45.

[87] *The New York Times,* 20 de mayo de 1972.

[88] Naseer Aruri, «The Nixon Doctrine and the Mideast», *The New York Times,* 20 de mayo de 1972.

[89] «Voices for Peace», *Near East Report* 12 (30 de abril de 1969), pp. 34-35.

[90] Peter Golden, *Quiet Diplomat. Biography of Max F. Fisher,* Nueva York, Cornwall Books, 1992.

[91] «Statement by the President», *Near East Report* 14 (4 de febrero de 1970), p. 54.

[92] «Convergence of US-Israel Interests», *Near East Report* (30 de diciembre de 1970), p. 198.

[93] Joseph Kraft, «Those Arabists in the State Department», *The New York Times,* 7 de noviembre de 1971.

[94] *Ibid.*

[95] Mohamed Abdel Shakur, Sohair Mehanna y Nicholas S. Hopkins, «War and Forced Migration in Egypt: The Experience of Evacuation from the Suez Canal Cities (1967-1976)», *Arab Studies Quarterly* 27, 3 (verano de 2005), p. 22.

[96] Henry Kissinger, *White House Years,* Nueva York, Simon & Schuster, 2011, pp. 431-432. Véase el análisis en profundidad de la relación entre Kissinger y Nixon a este respecto en Gil Ribak, «A Jew for all Seasons: Henry Kissinger, Jewish Expectations and the Yom Kippur War», *Israel Studies Forum* 25, 2 (otoño de 2010), pp. 1-25.

[97] Citado en W. Hixson, *Architects of Repression. How Israel and its Lobby Put Racism, Violence and Injustice at the Center of US Middle East Policy,* cit., p. 73.

[98] W. Hixson, «Dr Henry Kissinger: The Myth of the Great Statesman», cit.

[99] W. Hixson, *Architects of Repression. How Israel and its Lobby Put Racism, Violence and Injustice at the Center of US Middle East Policy,* cit., p. 44.

[100] «The Kissinger Memorandum», en [https://merip.org/1981/05/Kissinger-memorandum-to-isolate-the-palestinians].

[101] Gerald Ford, *A Time to Heal. The Autobiography of Gerald R. Ford,* Nueva York, Harper and Row, 1979, p. 240.

[102] Yitzhak Rabin, *The Rabin Memoirs,* Berkeley, University of California Press, 1996, p. 256.

[103] G. Ford., *op. cit.,* p. 298.

[104] Yitzhak Rabin, *The Rabin Memoirs,* Nueva York, Little, Brown and Co., 1979, p. 261.

[105] Arlene Lazarowitz, «American Jewish Leaders and President Gerald R. Ford: Disagreements over the Middle East Reassessment Plan», *American Jewish History* 98, 3 (julio de 1914), p. 188.

[106] *Ibid.,* p. 189.

[107] *Ibid.*

[108] Laura Porter, «Air Force One Lifts Off at 9:30 and He is Gone», *Telegram and Gazette,* 17 de marzo de 1977.

[109] *Ibid.*

[110] *Ibid.*

[111] Janice J. Terry, «The Carter Administration and the Palestinians», *Arab Studies Quarterly* 12, 1-2 (invierno-primavera) de 1990, p. 153; véase también Arlene Lazarowitz, «Ethnic Influence and American Foreign Policy: American Jewish Leaders and President Jimmy Carter», *Shofar* 29, 1 (otoño de 2010), pp. 112-114.

[112] Jorgen Jensehaugen, *Arab-Israeli Diplomacy under Carter. the US, Israel and the Palestinians*, Londres, Bloomsbury Books, 2020, pp. 4-5.

[113] Paul Findley, *They Dare to Speak Out. People and Institutions Confront Israel's Lobby,* Washington, A Capella Books, 2003; Paul Findley, «Congress and the Pro-Israel Lobby», *Journal of Palestine Studies* 15, 1 (otoño de 1985), pp. 104-113.

[114] Puede encontrarse un buen resumen en David Samel, «The Legacy of Joan Peters and "From Time Immemorial"», *Mondoweiss,* 17 de enero de 2015.

[115] J. Terry, *op. cit.,* p. 154.

[116] Farouk A. Sankari, «The Effects of the American Media on Public Opinion and the Middle East Policy Choices», *American-Arab Affairs* (primavera de 1987), p. 2.

[117] *Ibid.*

[118] Alan Hart, *Arafat: Terrorist or Peacemaker?,* Londres, Sidgwick & Jackson, 1984, pp. 440-441.

[119] A. Lazarowitz, *op. cit.,* p. 116.

[120] Biblioteca y Museo Presidencial de Jimmy Carter, Atlanta, GA, Archivo Geográfico, caja 12, Sanders a Carter, 6 de marzo de 1978.

[121] Departamento de Estado de Estados Unidos, *The Foreign Relations of the US, 1977-1980,* volumen 1, documento 14, nota editorial, p. 572, citando Jimmy Carter, *Public Papers of the Presidents of the United States,* volumen 1, 1979, p. 314.

[122] Jimmy Carter, *Palestine: Peace Not Apartheid,* Nueva York, Simon & Schuster, 2007.

[123] *Ibid.,* p. 196.

[124] *Ibid.,* p. 44.

[125] *Ibid.,* p. 52

[126] John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy,* Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2007, pp. 130-158 [ed. cast.: *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos,* Barcelona, Taurus, 2007].

[127] Citado en la película *Kings of Capitol Hill,* dirigida por Mor Loushy en 2020; véase [www.docnyc.net/film/kings-of-capitol-hill/].

[128] Arnon Gutfeld, «The 1981 AWACS Deal: AIPAC and Israel Challenge Reagan», *Mideast Security and Policy Studies* 157, Ramat Gan: Centro Begin-Sadat de Estudios Estratégicos, Universidad de Bar-Ilan, 2018, p. 27.

[129] *Ibid.*

[130] «The 1987 AIPAC Conference», *Journal of Palestine Studies* 17, 1 (otoño de 1987), pp. 107-113.

[131] [https://jcpa.org/article/the-evolution-of-aipacs-political-operation-in-washington-over-50-years-an-eyewitness-perspective/].

[132] *Ibid.*

[133] Helena Cobban, «The US-Israeli Relationship in the Reagan Era», *Conflict Quarterly* (primavera de 1989), p. 25.

[134] *Ibid.*

[135] P. Findley, *They Dare to Speak Out. People and Institutions Confront Israel's Lobby, op. cit.;* P. Findley, «Congress and the Pro-Israel Lobby», cit.

[136] P. Findley, «Congress and the Pro-Israel Lobby», cit.

[137] *Ibid.*

[138] *Ibid.*

[139] *Ibid.*

[140] M. Loushy, *op. cit.*

[141] *Ibid.*

[142] *Ibid.*

[143] P. Findley, «Congress and the Pro-Israel Lobby», cit.

[144] *Ibid.*

[145] *Ibid.*

[146] Archivos del Lobby de Israel, carta, 14 de junio de 1982; véase [www.israellobby.org/reagan/].

[147] Archivos del Lobby de Israel, carta, 14 de marzo de 1984, en *ibid.*

[148] H. Cobban, *op. cit.*

[149] Archivos del Lobby de Israel, Thomas A. Dine, «The American-Israeli Alliance and the South African Problem», 4 de octubre de 1987.

[150] Benjamin Beit-Hallahmi, *The Israeli Connection. Whom Israel Arms and Why,* Londres y Nueva York, Pantheon Books, 1987, pp. 109-111.

[151] Morris J. Amitay, «A Field Day for Jewish PACs», *Congress Monthly* (junio de 1983), p. 11.

[152] Véase la documentación completa en [www.israellobby.org/economy/].

[153] *Ibid.*

[154] Ronald J. Olive, *Capturing Jonathan Pollard. How One of the Most Notorious Spies in American History Was Brought to Justice,* Annapolis, Naval Institute Press, 2006.

[155] Amier Oren, «Jonathan Pollard: The Spy Who Came in from the Street», *Haaretz,* 20 de noviembre de 2015.

[156] Charles R. Babcock, «Dispute in Pro-Israeli Lobby Boils to the Surface», *The Washington Post,* 21 de diciembre de 1988.

[157] *Ibid.*

[158] *Ibid.*

[159] Bernard Gwertzman, «Reagan Administration Held 9-Month Talks with PLO», *The New York Times,* 19 de febrero de 1984.

[160] La ley puede consultarse en [www.govinfo.gov/content/pkg/STATUTE-99/pdf/STATUTE-99-Pg190.pdf].

[161] Muhammed abd al-Aziz Rabi, *US-PLO Dialogue. Secret Diplomacy and Conflict Resolution,* Miami, University of Florida Press, 1995.

[162] Véase [www.jewishvirtuallibrary.org/president-reagan-statement-agreeing-to-dialogue-with-the-plo-december-1988].

[163] Véase C. R. Babcock, *op. cit.*

[164] Cheryl A. Rubenberg, «The USL-PLO Dialogue: Continuity or Change in American Policy?», *Arab Studies Quarterly* 11, 4 (otoño de 1989), p. 1.

[165] «PLO Observer Mission to the UN Remains Open», 100 Congreso de Estados Unidos, segunda sesión, Capítulo 7, Política Exterior; véase [https://library.cqpress.com/cqalmanac/document.php?id=cqal88-1142433].

[166] Douglass M. Bloomfield, «Reagan Years Marked the Beginning of a Long, Roller-Coaster Ride for Israel!», *Jewish News of North California,* 11 de junio de 2004.

[167] Véanse más reacciones en [www.youtube.com/watch?v=ZzkvXp4eihU].

[168] El libro lo publicó Zondervan Publishing House, de Grand Rapids, Míchigan, en 1970.

[169] Véase la página digital Pilgrimage Panorama, en [www.itsgila.com/highlightsarmageddon.htm].

[170] Citado en Nathan Krystall, «The De-Arabization of West Jerusalem 1947-50», *Journal of Palestine Studies* 27, 2 (invierno de 1998), pp. 11-12.

[171] Erin Lauer, «American Christian Zionism and US Policy on Settlements in the Palestinian Occupied Territories», tesis con matrícula de honor, American University, 2009.

[172] Citado en Jan Nederveen Pieterse, «The History of a Metaphor: Christian Zionism and the Politics of Apocalypse», *Archives de sciences sociales des religions* 36, 75 (julio-septiembre de 1971), p. 75.

[173] Véase Jerry Falwell, «Future-World: An Agenda for the Eighties», en Jerry Falwell, Ed Hobson y Ed Hindson (eds), *The Fundamentalist Phenomenom: The Resurgence of Conservative Christianity,* Nueva York, Doubleday, 1981, pp. 186-223. Se puede encontrar también más información sobre la función desempeñada por Falwell en Merrill Simon, *Jerry Falwell and the Jews,* Nueva York, Jonathan David Publishers, 1984; y Stephen Spector, *Evangelicals and Israel. The Story of American Christian Zionism,* Nueva York, Oxford University Press, 2009.

[174] [https://religionnews.com/1996/01/20/news-feature-palestinian-christian-cleric-asks-of-jerusalem-whose-land-is-i/].

[175] J. J. Mearsheimer y S. M. Walt, *op. cit.*

[176] Véase el informe completo en William Rivers Pitt y Scott Ritter, *War on Iraq,* Nueva York, Context Books, 2003.

[177] N. Aruri, *Dishonest Broker. The US Role in Israel and Palestine,* cit., pp. 127-148.

[178] J. J. Mearsheimer y S. M. Walt, *op. cit.*, pp. 56, 58.

[179] Véase John Judis, «On the Home Front: The Gulf War's Strangest Bedfellows», *The Washington Post,* 23 de junio de 1991.

[180] Lynn Teo Simarski, «The Rhetoric of Reasurance at AIPAC'S 31st Annual Policy Conference», *Journal of Palestine Studies* 20, 1 (otoño de 1990), pp. 92-100.

[181] *Ibid.*

[182] *Ibid.*

[183] *Ibid.*

[184] Kathleen Christison, «Splitting the Difference: The Palestinian-Isareli Policy of James Baker», *Journal of Palestine Studies* 24, 1 (otoño de 1994), p. 42.

[185] «Baker's Ultimatum to Israel: "Call Us If You Really Want Peace"», *LA Times,* 13 de junio de 1990.

[186] K. Christison, *op. cit.,* nota 6.

[187] Citado en *ibid.,* p. 45.

[188] Citado por Eric Cortellessa, «How "Lonely, Little" George H. W. Bush Changed the US-Israel Relationship», *The Times of Israel,* 2 de diciembre de 2018.

[189] Nathan Guttman, «Mideast Mediator Martin Indyk Draws Ire from Both Sides of Israeli Spectrum», *The Jewish Daily Forward,* 2 de agosto de 2013.

[190] K. Christison, *op. cit.,* pp. 39-50.

[191] Véase un buen informe en la página digital de Association for Diplomatic Studies and Training, en [https://adst.org/2015/10/the-1991-madrid-peace-conference/].

[192] Jonathan Steele, «James Baker: The Man Who Said No to Israel», *Middle East Eye,* 13 de julio de 2021.

[193] Noam Chomsky «The Responsibility of Intellectuals», *New York Review of Books,* 13 de febrero de 1967; disponible en [www.chomsky.info/articles/19670223.htm].

[194] Archivos de David Ben-Gurion, Sde Boker, diario de David Ben-Gurion, 27 de octubre de 1948.

[195] Kenneth Waltz, *Theory of International Politics,* Berkeley, University of California Press, 1979 [ed. cast.: *Teoría de la política internacional,* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1988].

[196] Anne Thomas Sulton, *Inner-City Crime Control. Can Community Institutions Contribute?,* Washington, Police Foundation, 1991.

[197] Biblioteca Virtual Judía, véase [www.jewishvirtuallibrary.org/president-clinton-speech-to-the-aipac-policy-conference-may-1995].

[198] *Ibid.*

[199] M. Loushy, *op. cit.*

[200] Véase Institute for Advanced Strategic and Political Studies, «A Clean Break: A New Strategy for Securing the Realm», 1996, en [https://web.archive.org/web/20140125123844/http://www.iasps.org/strat1.htm].

[201] «Project for a New American Century (PNAC): A Complete List of PNAC Signatories and Contributing Writers», *A Think Tank Named PNAC (The Project for New American Century)*, FreePress.org, versión subida a la página digital el 30 de abril de 2004.

[202] Citado en Donald Neff, «American Impatience Grows», *Middle East International* 579 (17 de julio de 1998), pp. 10-11.

[203] Leon T. Hadar, «Pax Americana's Four Pillars of Folly», *Journal of Palestine Studies* 27, 3 (primavera de 1998), p. 56.

[204] *Ibid.*

9. El lobby proisraelí en el Estados Unidos del siglo XXI

ESPERANZA Y DESESPERACIÓN: LOS AÑOS DE BUSH HIJO, 2001-2009

Como hemos visto, el Gobierno de Clinton guio la discusión sobre Israel y Palestina hacia aguas peligrosas, para el AIPAC al menos, e incluso para el propio Israel. El reconocimiento oficial de los intereses palestinos, aun equivaliendo a palabras vacías, no fue del gusto del AIPAC. Quienes estaban al mando en esos momentos eran exempleados suyos, pero con un progresismo que chocaba con la deriva derechista de la organización. Las cosas estaban a punto de cambiar, sin embargo. El comienzo del siglo XXI insufló nueva vida al trabajo del lobby, comenzando con la Segunda Intifada en 2000, que mató de hecho para siempre los Acuerdos de Oslo. Aunque la Intifada fue provocada por el fracaso de la Cumbre de Camp David, Clinton no le achacó nada a la intransigencia israelí, prefirió echarle la culpa a Arafat. Pero también él estaba de salida.

Las elecciones presidenciales de 2000 serían un hito en la historia del AIPAC. Por primera vez, ambos candidatos presidenciales participaron en su convención anual. Al Gore necesitaba el apoyo económico y político del AIPAC, y por lo tanto el Gobierno demócrata saliente, encabezado por Clinton, era reacio a presionar a Netanyahu o a su sucesor, Ehud Barak (en el Gobierno de 1999 a 2001) para que cambiasen de postura. Esto vuelve a ilustrar de qué manera la infraestructura lobista en Estados Unidos, así como en Gran Bretaña, acabó tan integrada en la vida política que no era necesario un esfuerzo activo. Ni el AIPAC ni ninguna otra unidad de la elaborada estructura lobista tenían que recordarles a Gore o a Clinton que la política hacia Israel podría influir en el éxito de las elecciones internas.

Los mensajes de Al Gore y de George Bush hijo a los delegados parecían indistinguibles. Ambos discursos reiteraron el compromiso de mantener un Israel fuerte; ambos condenaron el juicio a trece judíos en Irán, acusados de espiar para Israel. Ambos respaldaron un proceso de paz, y en consecuencia ambos fueron recibidos con el mismo aplauso sonoro.

Diferían en una cuestión: Bush prometió trasladar la embajada a Jerusalén (aunque se equivocó y prometió «solo» trasladar al embajador; esto podría haber sido interesante) y Gore ni siquiera mencionó el tema. Puesto que Estados Unidos había decidido respetar la resolución aprobada por Naciones Unidas en 1949 relativa al estatus internacional de Jerusalén, la embajada estadounidense tenía su sede en Tel Aviv. Aunque el Congreso había votado a favor de trasladar la embajada a Jerusalén, el Gobierno de Clinton declaró que se trataba de una medida contraproducente[1].

Una variación más matizada de los dos discursos estaba relacionada con la referencia que Bush hizo a los esfuerzos de paz efectuados por Clinton hasta ese momento. Prometió no interferir en la política interna de Israel, una crítica indirecta a la identificación de Clinton con el llamado «campo de la paz» israelí[2]. Bush, sin embargo, seguía asociado con la actitud más dura de su padre hacia Israel, y por lo tanto quizá en 2000 sintiera que la audiencia prefería a Gore.

Si esa convención hizo a los observadores creer que el AIPAC había aceptado por fin la filosofía, propugnada por Clinton, de apoyar el «campo de la paz» en Israel sin obligar a cambiar políticas concretas, todo cambió tras los acontecimientos que tuvieron lugar a finales de 2000 y comienzos de 2001. En octubre de 2000 estalló la Segunda Intifada, desencadenada por una visita no deseada de Ariel Sharon, entonces líder de la oposición, a Haram al-Sharif, el lugar sagrado de la mezquita de Al-Aqsa. El levantamiento derivaba de la frustración causada por el nuevo mapa de desastre y opresión creado sobre el terreno por los Acuerdos de Oslo. Los Acuerdos diseccionaron Cisjordania en un gran número de enclaves palestinos conectados mediante carreteras interrumpidas por controles israelíes, en los que los palestinos sufrían un maltrato diario y coacciones para que se convirtieran en colaboradores; y permitieron a Israel rodear Gaza con alambre de espino, convirtiéndola en una densa prisión al aire libre. La paz ya no estaba en la agenda.

La Intifada fue seguida por los atentados del 11-S contra las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York y el Pentágono en Washington. Este periodo resultó más cómodo para el AIPAC y para el lobby proisraelí en general. Tenían un nuevo presidente en la Casa Blanca: George W. Bush hijo.

Parece que Bush logró disociarse de su padre entre los judíos

estadounidenses que votaban a los republicanos. Su mensaje era atractivo: «Mi apoyo a Israel no está condicionado al resultado del proceso de paz», en otras palabras, no le parecía mal que Israel rechazase las exigencias de los palestinos[3]. Pocos meses después de asumir la presidencia, el órgano del AIPAC, *Near East Report,* observó que «el Gobierno de Bush respaldaba la actitud israelí de que no pueden retomarse las negociaciones políticas mientras continúe la violencia puesta en marcha por los palestinos»[4].

Después del 11-S, los halcones volvían a estar al mando del AIPAC, y se dieron prisa en reafirmar su autoridad. El lobby empezó a mercantilizar un relato que relacionaba el terrorismo con el islam y con Palestina. El apoyo incondicional a Israel se había convertido en un pilar de la nueva «guerra contra el terror». La cuestión era la siguiente: cómo iba a enfrentarse el nuevo Gobierno republicano a la situación de Palestina y cuál sería su actitud básica hacia Israel.

PALESTINA ABANDONADA DE NUEVO

El principal deseo de Bush era distanciarse lo más posible de la cuestión de Israel y Palestina, pero las circunstancias no siempre lo permitían. La negativa a renovar el cargo de enviado especial para Oriente Próximo (el último fue Dennis Ross) muestra sus reservas para asumir cualquier tipo de posición firme. Pero los sucesos sobre el terreno descartaron un enfoque tan distante. El título que Daniel Zoughbie dio a su libro, en el que describe los infinitos cambios aleatorios de la política de Bush cada vez que tenía que responder a un nuevo reto en el mundo real, era adecuado: *Indecision Points* [Puntos de indecisión][5].

El AIPAC no era la única organización que observaba de cerca al nuevo presidente; otros actores aparecieron en escena cuando Bush decidió nombrar a Daniel C. Kurtzer embajador en Israel. Los sionistas cristianos, junto con Morton Klein, presidente de la Organización Sionista de Estados Unidos [Zionist Organization of America], presentaron objeciones al nombramiento. Estadounidenses por un Israel Seguro [AFSI - Americans for a Safe Israel], un grupo partidario de la línea dura, fundado en 1970, exigió al presidente que buscase un «cristiano que crea en la Biblia» en lugar de Kurtzer, que era judío ortodoxo. Desde su punto de vista, este

nombramiento implicaba probablemente una distancia excesiva respecto a la interpretación idiosincrática que Estadounidenses por un Israel Seguro hacía de la Biblia: un libro que exhorta a Israel a anexionarse Cisjordania y la Franja de Gaza. Como indica su página digital:

> El ASFI se fundó en 1970 como homólogo estadounidense de Movimiento por la Tierra de Israel, que afirma los derechos históricos, religiosos y jurídicos de Israel a la tierra recuperada en la Guerra de 1967[6].

El grupo tenía su propio candidato, Edward E. McAteer, fundador de otra organización sionista cristiana, Mesa Redonda Religiosa [Religious Roundtable], y amigo íntimo del telepredicador Jerry Falwell, que le contó a la prensa que le interesaba el puesto. En cuanto a Klein, describía a Kurtzer como alguien que «elogia a Arafat y a la OLP, calificándolos de moderados» y que por lo tanto era inadecuado para el cargo. Esta campaña fracasó, sin embargo, porque el AIPAC no se unió a ella, y en consecuencia el nombramiento de Kurtzer fue aprobado[7].

Después del 11-S, Bush se vio enfrentado a un mundo árabe que exigía una recompensa por colaborar en la guerra «contra el terror» propugnada por Estados Unidos. Otro reto fue la intensificación de la violencia sobre el terreno en 2002, cuando un terrorista suicida se introdujo en un hotel de Netania durante un séder de Pascua, matando a treinta civiles e hiriendo a 140. Esto condujo a la Operación Escudo Defensivo, en la que Israel prácticamente volvió a ocupar toda Cisjordania y la Franja de Gaza, usando tanques y aeronaves en el proceso, y culminando con la masacre de muchos residentes del campamento de refugiados de Yenín en abril de 2002. Estos sucesos impulsaron al Gobierno de Bush a prestar más atención a la desescalada del conflicto al menos en esta área. De fondo estaba una clara iniciativa saudí de 2002, respaldada por la Liga Árabe, que ofrecía reconocimiento a Israel a cambio de una verdadera solución de dos Estados.

El Gobierno de Bush nombró varios enviados, que obtuvieron algunas treguas breves, reuniones entre las dos partes y planes para ampliar la diplomacia en el futuro, pero en realidad poco cambió.

El AIPAC entró en acción cuando el presidente Bush instó bruscamente a Israel a retirarse de inmediato de los espacios dirigidos por la Autoridad Palestina que había ocupado. «Hágalo sin demora», exhortó al primer

ministro israelí, Ariel Sharon[8]. La respuesta fue una enorme manifestación organizada por el lobby en Washington el 5 de mayo de 2002 para exigir que el presidente dejase de presionar a Israel, un mensaje transmitido también por neoconservadores destacados y por sionistas cristianos (dos elementos importantes del poder electoral del presidente). Bush cambió el tono en sus siguientes referencias públicas a la situación en Palestina. El lobby reclutó también al líder de la mayoría en la Cámara de Representantes, Tom DeLay, para que organizase un llamamiento similar de los congresistas republicanos[9]. El mensaje general estaba claro: dale a Israel rienda suelta para reprimir la Segunda Intifada.

En junio de 2002, Bush y Sharon estaban en la misma onda. El presidente imploró a los palestinos que eligieran nuevos gobernantes, un llamamiento bien recibido por el AIPAC y por Israel. Pero inesperadamente, Arafat y los países árabes vecinos aprovecharon esta oportunidad, que fue seguida por el compromiso estadounidense de establecer una «hoja de ruta» que condujese al establecimiento de un Estado palestino. Arafat nombró un primer ministro encargado de dirigir los asuntos de la Autoridad palestina, Mahmud Abás. El mundo árabe respaldó estas medidas y respondió positivamente a la idea de adoptar una «hoja de ruta» paulatina que acabase conduciendo al establecimiento de un Estado palestino independiente en Cisjordania y la Franja de Gaza. Al mismo tiempo, sin embargo, la dura represión israelí continuaba, al igual que los ataques guerrilleros palestinos contra civiles en el interior de Israel, y no se avanzó demasiado hacia dicha «hoja de ruta». En septiembre de 2003, Mahmud Abás dimitió, y Estados Unidos estaba inmerso en una nueva aventura imperialista: la invasión angloestadounidense de Irak.

LOS ANIMADORES CRISTIANOS Y JUDÍOS DE LA GUERRA DE IRAK

John Mearsheimer y Stephen Walt afirman que la involucración del AIPAC en la generación del consenso necesario en el Gobierno estadounidense para invadir Irak en 2003 fue fundamental e indiscutible[10]. Es cierto, pero había otro grupo, naciente en los gobiernos de Reagan, Bush padre y Clinton, que apoyaba la guerra contra

Irak: los neoconservadores. Al final, los políticos israelíes, el AIPAC y los neoconservadores trabajaron unidos y formaron un poderoso grupo de presión a favor de la invasión.

Empecemos por el impacto israelí. Al principio, como señalan Mearsheimer y Walt, el primer ministro Ariel Sharon se mostró escéptico acerca de dicha invasión, y prefería una acción estadounidense contra Irán; pero se dejó convencer de que Irak era solo el primer paso, e Israel dio su apoyo a los miembros del Gobierno estadounidense que propugnaban la guerra[11].

Ya en agosto de 2002, Sharon le dijo al comité de Asuntos Exteriores y Defensa de la Knéset que Irak era «el mayor peligro al que se enfrenta Israel». Ese mismo mes, advirtió al Gobierno de Bush que posponer el ataque permitiría a Sadam acelerar su programa de armamento[12].

A partir de ese momento, se enroló a Benjamin Netanyahu, principal propagandista de Israel, en la campaña para convencer a la ciudadanía estadounidense de la validez de la invasión. «La necesidad urgente de derrocar a Sadam es fundamental», declaró ante el Senado estadounidense en 2002, añadiendo que dicha campaña «merece el apoyo incondicional de todos los gobiernos cuerdos»[13]. Más adelante escribió artículos de opinión para *The New York Times* y *The Wall Street Journal,* titulados «Los argumentos para derrocar a Saddam», en los que declaraba: «lo único que dará resultado será el desmantelamiento de su régimen»[14].

Otro recluta fue Shimon Peres, ministro de Exteriores de Israel, que declaró a CNN lo siguiente: «Sadam Husein es tan peligroso como Bin Laden» y por lo tanto Estados Unidos «no puede sentarse a esperar»[15]. Y por último, Ehud Barak, antiguo primer ministro israelí, sugirió en un artículo de opinión publicado en *The Washington Post* que el Gobierno de Bush «debería, ante todo, centrarse en Irak y en el derrocamiento de Sadam Husein»[16].

El AIPAC amplificó estos esfuerzos del Estado israelí y se jactó de su participación. Howard Kohr, director ejecutivo del AIPAC, declaró a *The New York Sun* en enero de 2003 que uno de los mayores éxitos de su organización había sido el de presionar al Congreso para que aprobase el inicio de una guerra. E indirectamente, el editor de *US News & World Report,* Mortimer Zuckerman, presidente en ese momento de la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías

Estadounidenses, usó su revista para pedir una guerra. Los líderes judíos de organizaciones oficiales como el Comité Judío Estadounidense y organizaciones reformistas presionaron al Gobierno para que invadiera Irak. El sentimiento lo resumió de manera sucinta Gary Rosenblatt, director de *The Jewish Week:*

> La guerra inminente contra Sadam Husein es […] una oportunidad para liberar al mundo de un tirano peligroso que representa una amenaza particularmente horrorosa para Israel.

Decía a continuación que «la Torah manda que, si tu enemigo intenta matarte, lo mates tú primero»[17].

El AIPAC empezó a presionar a favor de la guerra a finales de diciembre de 2001, y siguió hasta que el Congreso aprobó el uso de la fuerza en 2002 y la guerra comenzó. En un libro informativo publicado para sus miembros y para sus oficinas en el Congreso un libro informativo en el que presentaba información y análisis, *Briefing Book,* que contenía la siguiente afirmación:

> Mientras Sadam Husein esté en el poder, cualquier contención de Irak será solo temporal, hasta la siguiente crisis o el próximo acto de agresión[18].

Su órgano informativo, *Near East Report,* incluía en los «comentarios del director» del 7 de octubre de 2002 un análisis totalmente infundado sobre la implicación de Sadam Husein en los atentados del 11-S. En ocasiones el AIPAC insinuó que Yaser Arafat formaba parte de la conspiración. Años después, la comisión del 11-S estableció claramente que:

> Hasta la fecha no hemos hallado pruebas de que estos contactos u otros anteriores evolucionaran a una relación operativa colaborativa. Y tampoco hemos visto pruebas que indiquen que Irak hubiera cooperado con al Qaeda en el desarrollo o la perpetración de los atentados contra Estados Unidos[19].

Hubo otros indicadores firmes acerca de cómo influyó el AIPAC en la política de Estados Unidos respecto a Irak. En vísperas de la guerra, después de que Naciones Unidas le denegara el respaldo a Estados Unidos, el representante demócrata por Virginia, James Moran, declaró ante una asamblea de votantes que:

> De no haber sido por el fuerte respaldo de la comunidad judía a esta guerra contra Irak, no estaríamos haciendo esto[20].

Los líderes de la organizada comunidad judía del área metropolitana de Washington, junto con varios compañeros demócratas de Moran, aprovecharon estos comentarios y obligaron al representante a presentar una retractación bastante patética[21]. Aunque este incidente no tuvo consecuencias políticas prácticas, el breve furor mediático que siguió al comentario de Moran puso de manifiesto la ambigüedad del lobby proisraelí en lo referente a la evaluación de su propia participación en el avance de Estados Unidos hacia la guerra con Irak. No podía negar que redundaba en interés de Israel –al que representaban en Estados Unidos– convencer a Estados Unidos de que debía declarar la guerra. Por otro lado, en el momento en el que la guerra se volvió menos popular, no quería que se supiera que había tenido nada que ver con ella. La mejor forma de avanzar era acusar a congresistas como Moran de antisemitismo, y esperar que eso distrajese a todos de examinar el asunto muy de cerca. La rápida disculpa de Moran demostraba en qué medida los congresistas sentían que necesitaban seguir las reglas, permitiendo que el lobby decidiese por sí solo qué imagen quería proyectar ante la ciudadanía.

El impacto del AIPAC en la decisión de entrar en guerra debería observarse también a la luz de sus relaciones con los neoconservadores estadounidenses. Ya antes de la invasión, un grupo de neoconservadores, fuertemente relacionado con el Likud israelí, empezó a influir en la política aplicada por George W. Bush en Oriente Próximo. Deberíamos recordar, primero, que el AIPAC no representaba a los judíos como tales, sino solo a una pequeña porción de ellos, y en segundo lugar, que entre quienes influían en la política de Bush en oriente Próximo y defendían la guerra, había gran número de no judíos, entre los que destacaban Dick Cheney y el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld. El vínculo entre los elementos del lobby proisraelí más partidarios de la guerra y el Gobierno de Bush se basó en una convergencia de intereses e ideología.

Los neoconservadores no necesitaban que el AIPAC los animase; llevaban desde comienzos de la década de 1990 propugnando la guerra. Defendieron la invasión con más celo después de 2001, e intentaron sustanciar la defensa de la guerra sobre una base profesional, a través de la

investigación en muchos grupos e instituciones de estudios. Como amebas, estas organizaciones se transformaban o reaparecían en forma de nuevas entidades. Tras los atentados del 11-S, los mismos personajes podían encontrarse en la Junta sobre Política de Defensa [Defense Policy Board], que se convirtió en un grupo de presión que instaba a la Casa Blanca a derrocar a Sadam Husein por la fuerza. El grupo efectuó su propia investigación errónea, en la que relacionaba a Sadam Husein con Al-Qaeda. Llegó a afirmar que la inteligencia iraquí y los secuestradores habían mantenido una reunión en Praga antes del 11-S. Los servicios de inteligencia checos han negado con rotundidad que dicha reunión se hubiese producido[22].

Todo esto condujo a la infame carta abierta escrita por la Junta al presidente Bush el 20 de septiembre de 2001 afirmando que:

> Aunque las pruebas no relacionen a Irak directamente con el ataque [del 11 de septiembre], cualquier estrategia dirigida a erradicar el terrorismo y a sus patrocinadores debe incluir un esfuerzo decidido de retirar a Sadam Husein del poder en Irak […] No emprender dicho esfuerzo constituirá una rendición temprana y quizá decisiva en la guerra contra el terrorismo internacional[23].

El movimiento neoconservador era mucho más ambicioso que el AIPAC, y sus expectativas sobre el Gobierno estadounidense y sueños de futuro no se limitaban a Israel: soñaba con cambiar toda la región de Oriente Próximo, rehaciéndola a su imagen. El escenario ideal que planteaba era una región transformada por la fuerza y obligada a subordinarse a Occidente, o al menos domesticada por Occidente (dentro de esta cartografía política imaginada se encuentra el Gran Israel, extendido sobre toda la Palestina histórica). Los neoconservadores rechazaban los Acuerdos de Oslo, así como la idea de crear un Estado palestino. Los lazos entre la oposición al Estado palestino, el apoyo a un Gran Israel basado en la segregación y el respaldo a una política agresiva en el conjunto de la región, incluida la invasión de Irak, deberían haber suscitado una crítica más seria entre la clase dirigente de Estados Unidos. ¿Por qué no surgió, entonces, ninguna tendencia disidente?

Los graduados del Instituto de Washington para la Política en Oriente Próximo –Dick Cheney, Donald Rumsfeld, su adjunto Paul Wolfowitz y Richard Perle– atrajeron a Colin Powell y propugnaron un ataque militar

contra Irak. Al mismo tiempo, se contempló otro ataque más consensuado contra Al-Qaeda en Afganistán. Todos estos personajes participarían en la convención anual del AIPAC. Y cada vez que hablaban, reafirmaban su apoyo incondicional a la política aplicada por Israel en relación con Palestina y los palestinos.

El hecho de que estos actores principales del lobby neconconservador partidario de la guerra y de las políticas anexionistas de Israel estuviesen en parte empleados en entidades relacionadas con el AIPAC, nos permite entender cómo esta especie de coalición se convirtió en una poderosa voz que acabó por convencer a la Casa Blanca de que invadiese Irak en 2003. Era una coalición pseudoacadémica que aconsejó al Gobierno de Bush, basándose en la «investigación», que evitase cualquier intento significativo de facilitar el proceso de paz y que adoptase una política agresiva en el mundo árabe. En unión con el AIPAC, este grupo presentó la invasión de Irak ante todo como una acción para defender a Israel contra las armas de destrucción masiva supuestamente desarrolladas por Sadam Husein, no como castigo por el 11-S[24]. La falta de pruebas de que existiesen dichas armas no pesó mucho sobre sus conciencias.

Dick Cheney, que formaba parte del entorno que defendía la guerra de Irak, fue también uno de los impulsores de un grupo que defendía una acción similar contra Irán. Era una organización creada por él, llamada Freedom's Watch [observatorio de la libertad], que trabajaba en coalición con la Coalición Republicana Judía [Jewish Republican Coalition], antes conocida como Coalición Judía Nacional [National Jewish Coalition], fundada ya en 1985. Su otro socio cercano era el Instituto Empresarial Estadounidense para la Investigación en Políticas Públicas [American Enterprise Institute for Public Policy Research], una veterana institución neoconservadora. Freedom's Watch intentó, de acuerdo con *The New York Times,* reunir un grupo de presión privado que instase al Gobierno a entrar en guerra con Irán.

Años después, cuando el Parlamento británico exigió una explicación a su antiguo primer ministro, Tony Blair, por la malhadada decisión de unirse a la guerra, este habló ante la comisión de investigación acerca de la reunión que había mantenido con Bush en Texas en abril de 2002, en la que estaban presentes altos cargos israelíes, y analizó la conexión israelí con una posible acción contra Irak. Blair recordó que «la cuestión israelí

era importante en aquel momento»[25].

El mundo solo necesitó un año para comprender que la invasión de Irak no fue en absoluto como se dijo que sería, y que alardear de la función desempeñada por el lobby era, como mínimo, poco aconsejable. Pero el trabajo del lobby, en sus franjas neoconservadora, sionista cristiana y judía, sentó un precedente para la relación de los gobiernos estadounidenses con el lobby en la década posterior.

Pese a que el AIPAC intentaba transmitir la idea de que existía un consenso universal acerca de la invasión, la realidad es que en general la comunidad judía estadounidense no respaldaba la guerra. Por desgracia, dado que el Estado de Israel se había apropiado en tal medida de las entidades comunitarias judías, esta comunidad no disponía ya de un vehículo para expresar su oposición.

El Gobierno israelí, los neoconservadores y los sionistas cristianos, con todos los cuales colaboraba estrechamente el AIPAC, ayudaron a hacer posible la invasión de Irak y deben ser considerados responsables de las catástrofes que siguieron: guerra civil, hundimiento del Estado, ascenso de Estado Islámico y una crisis de refugiados que todavía dura. El AIPAC e Israel fomentaron la propensión de Estados Unidos a las políticas belicosas en Oriente Próximo. Pero tan pronto como estalló la guerra, en cuanto empezaron a llegar los primeros ataúdes de soldados estadounidenses desde Irak y Afganistán, el AIPAC tuvo que maniobrar con cuidado entre su entusiasmo y la creciente oposición al conflicto. Esta dificultad de maniobra se puso claramente de manifiesto en la convención del AIPAC de 2003.

LA GUERRA DE IRAK ES BUENA PARA ISRAEL

Dos cuestiones relacionadas entre sí preocupaban a los organizadores de la convención anual del AIPAC en 2003: primero, el respaldo del Gobierno de Estados Unidos a la «hoja de ruta» que debía conducir al establecimiento de un Estado palestino independiente en Cisjordania y la Franja de Gaza; y segundo, la cuestión de cómo restar importancia al entusiasmo del AIPAC por la guerra, en un momento en el que esta podía volverse tan impopular como lo había sido la de Vietnam en la década de 1960.

Los líderes del AIPAC sospechaban que su invitado de honor, el presidente George Bush hijo, volvería a proponer una «hoja de ruta», con el objetivo de apaciguar al bando proestadounidense en el mundo árabe. Inmediatamente antes de la convención de 2003, el AIPAC reaccionó con más nerviosismo aún que el Gobierno israelí al intento por parte de Bush de reunir una coalición internacional en Irak con la promesa de establecer una «hoja de ruta» cuando un primer ministro palestino «con verdadera autoridad» asumiera el cargo. Era un ardid que siempre le funcionaba bien al Gobierno de Israel, condicionar el avance a algo subjetivo –y por lo tanto susceptible de debate–, en este caso exigir un primer ministro con «autoridad real» en un territorio sobre el que no podría tener autoridad real[26]. Los políticos estadounidenses siguieron el juego y complicaron cualquier promesa que incluyese un planteamiento justo para los palestinos, hasta hacer que los gestos perdiesen significado, como ilustra la cadena de declaraciones contradictorias que se anulaban unas a otras. Así, en marzo de 2003, el portavoz del Departamento de Estado, Richard Boucher, afirmó que la «hoja de ruta» era innegociable, mientras que otras autoridades del Departamento de Estado y del Consejo de Seguridad Nacional explicaron de inmediato que todo estaba abierto a debate posterior[27].

Pero las preocupaciones del AIPAC quedaron disipadas al comprender que la aventura en Irak retrasaba el establecimiento por parte de Estados Unidos de una política clara acerca de la «hoja de ruta». En vísperas de la convención, los directivos del AIPAC informaron a la prensa que les había alegrado la renuencia de la Casa Blanca a emprender la «hoja de ruta» durante la crisis de Irak, y su voluntad de retrasar, a petición de Israel, su puesta en marcha[28].

Pero al AIPAC no le gustaba dormirse en los laureles; no podía arriesgarse a que cualquier persona verdaderamente interesada por el proceso de paz le susurrase al oído al presidente. Tomó la medida precautoria de solicitar repetidamente al Congreso la aprobación de una norma que hiciese legalmente vinculante la condición estipulada por Bush en el discurso pronunciado el 24 de junio de 2002, en el que exigía un Estado palestino provisional, pero solo después del cese completo de la violencia contra Israel y de que se sustituyese a los dirigentes de la Autoridad Palestina[29]. El AIPAC convenció a la Cámara de

Representantes, pero no al Senado, de que aprobase dicha norma y la incluyese en las leyes relacionadas con la financiación ofrecida a la Autoridad Palestina y a otras organizaciones palestinas. En teoría, una norma que obligase a Bush a atenerse a los parámetros del discurso de junio podría compensar la influencia de la «hoja de ruta». En palabras de la presidenta del AIPAC, Amy Friedkin: «Presionaremos a favor de respaldar una hoja de ruta que aplique la imagen planteada por el presidente el 24 de junio»[30]. Era un ejercicio superfluo por parte del AIPAC; se trataba de una mera afirmación de su propio poder. La ayuda estadounidense llegaba a Cisjordania y a la Franja de Gaza, y era una parte de la política que el AIPAC no podía frenar; sin embargo, las sugerencias mover a Israel a aceptar una «hoja de ruta» conducente a la solución de los dos Estados eran pura palabrería hueca, como todo el mundo sabía.

En todo caso, la Guerra de Irak sacó de la vista y de la mente cualquier conversación sobre la «hoja de ruta». «No pienso que se hable mucho de la hoja de ruta» –declaró el antiguo director ejecutivo del AIPAC, Morris Amitay, a la prensa judía en vísperas de la convención de 2003– «todo se centrará en la guerra, no ser que haya terminado para entonces»[31]. La guerra no terminó con la deposición de Sadam Husein. Irak sufre todavía hoy en día las repercusiones.

La invasión hizo también que la convención de 2003 fuese un acontecimiento discreto. Existía la creencia generalizada de que Israel, a través del AIPAC, había influido de manera decisiva en la decisión de invadir Irak sin el mandato de Naciones Unidas, y el AIPAC no quería fortalecer dicha conexión.

«Creo que no tenemos que elegir entre ser proisraelíes y ser patriotas estadounidenses», declaraba Amy Friedkin a la prensa judía[32]. Aun así, Estados Unidos se abstuvo de manifestar abiertamente la participación de Israel, y eludió hacer comentarios acerca de la protección proporcionada a Israel contra los ataques de Bagdad. *Jewish Telegraph* resumió el dilema del siguiente modo:

> En un mundo perfecto, el AIPAC resaltaría la influencia que Israel ha tenido en los esfuerzos de Estados Unidos contra Irak, y la tarea que Estados Unidos ha efectuado para proteger a Israel de posibles ataques de Bagdad. En el mundo real, sin embargo, Estados Unidos ha intentado restarle importancia a la actuación de Israel –incluso

quitándolo de la lista de países incluidos en su «coalición de voluntarios»– para evitar una posible respuesta negativa del mundo árabe[33].

En realidad, Israel formaba parte de la «coalición de voluntarios», los cuarenta y nueve países que, de acuerdo con el Gobierno de Estados Unidos, respaldaban el ataque angloestadounidense contra Irak. Cuando el AIPAC celebró su convención de 2003, se mostró reacio a emitir una posición oficial respecto a la situación en Irak, para evitar intensificar los insultos que se estaban vertiendo. Pero la página digital del AIPAC sí se jactaba con orgullo de «las armas israelíes utilizadas por las fuerzas de la Coalición contra Irak», en referencia a los drones Hunter y Pioneer y a los misiles aire-tierra Popeye, de fabricación israelí, usados en Irak[34].

Aunque la guerra era controvertida en la sociedad estadounidense –provocando algunas de las mayores protestas jamás vistas en el país– el lobby proisraelí apoyaba de manera prácticamente unánime la invasión. Abraham Foxman, director nacional de la Liga Antidifamación, afirmó que: «no había necesidad de que los judíos se adelantasen» respecto a Irak, pronunciándose antes de que la Casa Blanca decidiese si declarar la guerra, y añadió «pero ahora que Estados Unidos ha invadido Irak, es adecuado que el mundo judío la respalde»[35].

Amy Friedkin se hizo eco del consenso del lobby, consciente de las ventajas de que los problemas en Oriente Próximo formasen parte de los titulares a diario: «sabemos muy bien que estamos en guerra», declaró a *The Washington Post,* y «aunque celebramos la relación de Estados Unidos e Israel, necesitamos apoyar a las tropas estadounidenses, así como los esfuerzos para instaurar la democracia en Oriente Próximo»[36].

En consecuencia, la convención del AIPAC de 2003 era el único lugar en el que Colin Powell, para entonces notorio por haber presentado el informe falso acerca de las supuestas armas de destrucción masiva de Irak, podía encontrar una buena acogida. Silvan Shalom, ministro de Exteriores israelí por aquel entonces, se dirigió personalmente a Powell durante la convención, elogiándolo por el ataque a Irak[37]. En su discurso, Shalom imbuyó a la invasión estadounidense de un significado con el que hasta a Powell debió de costarle coincidir:

> Todavía mientras hablamos, las fuerzas aliadas están inmersas en el combate en Irak. Aunque la Operación Libertad Iraquí avanza, no se trata de una empresa

sencilla, y comporta riesgos elevados. La tiranía de los gobernantes iraquíes actuales hunde sus raíces en los tiempos bíblicos de la Babilonia antigua. El profeta Jeremías se refirió a los peligros que planteaba Babilonia, el Irak de hoy, para la región, y al castigo que Dios enviaría a los déspotas de la tierra de los dos ríos. Se diría que Jeremías profetizó los acontecimientos actuales. Dijo, y cito, «Levantaré contra Babilonia una asamblea de grandes naciones del país del norte, porque ha pecado contra Dios».

Hoy, me gustaría ofrecer nuestras oraciones por la seguridad de los heroicos hombres y mujeres que componen las fuerzas de la coalición. Vuestro coraje y valor están dedicados a una causa grande e histórica. El éxito en Irak abrirá el camino a una nueva esperanza en Oriente Próximo, a una nueva esperanza para Israel, a una nueva esperanza para el resto del mundo.

La libertad, la democracia y los derechos humanos no deberían ser ya términos ajenos a los habitantes de la región. Créanme, nada nos hará más felices que saber que Israel no es ya la única democracia de Oriente Próximo[38].

Mientras que los invitados israelíes podían mostrar a las claras su respaldo a la guerra, los directivos del AIPAC tenían que caminar sobre la cuerda floja, puesto que entre un tercio y la mitad de la ciudadanía estadounidense la veía con recelo. «La guerra inhibe vuestro deseo de anunciar la relación en un tiempo en el que Estados Unidos e Israel le restan importancia», comentaba Doug Bloomfield, antiguo director legislativo del AIPAC. Pero los asistentes al congreso pueden «resaltar los valores y las cuestiones comunes», añadía, en un intento de justificar el enorme entusiasmo que la invasión producía entre los asistentes[39].

La invasión no fue el único problema de imagen que tuvo el AIPAC en 2003. Muchos veían su bipartidismo como una fachada, cuando en realidad respaldaba completamente a los republicanos. Cualquier disensión con el consenso republicano fue acallada de inmediato por los directivos del lobby. Cuando Leon S. Fuerth, antiguo asesor nacional de Al Gore, expresó dudas acerca de la utilidad de imponer la democracia por la fuerza a un país extranjero, el moderador del AIPAC, Steve Rosen, lo reprendió declarando: «Si Dios quiere, vamos a tener una gran victoria en Irak», y los asistentes lo vitorearon ruidosamente[40].

Consciente de estas tensiones, Israel aconsejó también al AIPAC que moderase su defensa de la guerra en el debate público estadounidense. «No necesitamos gritar», aconsejaba Eyal Arad, en su momento asesor de

campaña de Ariel Sharon, comprendiendo que el Gobierno de Bush no deseaba poner de manifiesto la importancia de Israel en las discusiones y los preparativos del ataque[41]. Pero en el propio Israel no había necesidad de moderación.

Puede que los contribuyentes estadounidenses vieran la guerra como un uso dudoso de sus dólares, pero el AIPAC lo vio como un momento para asaltar la hucha federal. Se decidió usar la convención de 2003 para animar al Congreso a aprobar la ayuda militar por valor de 1.000 millones de dólares y los 9.000 millones en garantías de préstamo a Israel propuestos por la Casa Blanca. Para ello argumentaban que se trataba de un pequeño porcentaje del gasto de 100.000 millones de dólares aprobado para las campañas de Irak y Afganistán[42].

A esas alturas el respaldo del Congreso se obtenía mediante una maquinaria de presión bien engrasada, cuyas acciones describió adecuadamente un documental de Mor Loushy titulado *Kings of Capitol Hill*. En la película, se ven despachos secundarios del Capitolio alquilados informalmente por el AIPAC, en los que se ponía en contacto a miembros de ambas cámaras con potenciales donantes de futuras campañas electorales (donantes que representaban a grupos y a empresas que no tenían nada que ver con Israel), mientras que, al mismo tiempo, el AIPAC instruía a los invitados acerca de las posiciones que debían adoptar en relación con la política estadounidense referente a Israel y a Oriente Próximo[43].

Aumentar la ayuda a Israel podría haber provocado reacciones negativas en medio de la guerra, los recortes de impuestos y el déficit, pero el lobby proisraelí sabía que las ruedas de la máquina en movimiento perpetuo que llevaban décadas construyendo seguían girando, y eso garantizaría un respaldo de los líderes de ambos partidos del Congreso a la concesión de ayuda militar a Israel, incluso en aquel momento difícil de la historia presupuestaria de Estados Unidos. No siempre conseguía lo que pedía. Cuando solicitó 4.000 millones de dólares en ayuda militar, tuvo que contentarse con la cuarta parte de esa cantidad. La presidenta del AIPAC, Amy Friedkin, declaró a la prensa judía que el AIPAC presionaría para obtener cualquier paquete que el Gobierno de Bush e Israel acordasen[44].

Después de la convención, y a lo largo de 2004, hasta las elecciones de noviembre, el AIPAC seguía teniendo una duda: el Gobierno de Bush

seguía respaldando en público la solución de los dos Estados, y declarando su adhesión a las directrices básicas adoptadas por otros miembros del cuarteto del que Estados Unidos formaba parte: Rusia, Naciones Unidas y la UE. El Cuarteto de Oriente Próximo, como se conoce, se estableció en 2001, tras la Segunda Intifada, como parte del esfuerzo internacional para lograr un alto el fuego. Un año después, en Madrid, se convirtió oficialmente en iniciativa para aplicar la solución de los dos Estados al conflicto palestino-israelí, y ubicó su sede en Jerusalén Este.

El AIPAC manifestó su objeción a esta solución tras un lamento inusual de Bush acerca de la fuerza excesiva aplicada por Israel contra los palestinos. El AIPAC, junto con la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses, y apoyado por organizaciones sionistas cristianas, se aseguró de que Bush volviera a la línea que se esperaba de él. Estas organizaciones iniciaron una serie de manifestaciones masivas, e invitaron a Benjamin Netanyahu como orador principal, para exigir que las acciones palestinas contra la ocupación se considerasen puro terrorismo. Sharon le transmitió a Bush un mensaje similar. En palabras de Tom Friedman, de *The New York Times*, mientras Sharon mantenía a Arafat bajo arresto domiciliario en Ramala, «ha tenido a George Bush bajo arresto domiciliario en el Despacho Oval»[45]. Bush se apresuró a adoptar de nuevo los descriptores de la resistencia palestina preferidos por el AIPAC.

Pero en las elecciones de 2004, la organización no necesitó preocuparse, porque ninguno de los candidatos prestó atención al destino de los palestinos. Los dos, George Bush y John Kerry, describieron la lucha de liberación palestina y su guerra de guerrillas como actividad terrorista, equiparándola a Al-Qaeda en Afganistán y a Sadam Husein en Irak. Se trataba de un argumento muy endeble. Como prueba, ambos candidatos resucitaron el asesinato de Leon Klinghoffer en 1985 por palestinos que habían secuestrado el crucero en el que viajaba, y la decapitación más reciente del periodista estadounidense Daniel Pearl en Afganistán en 2002. El hecho de que Daniel Pearl fuese asesinado por fundamentalistas pakistaníes, no guerrilleros palestinos, pareció no tenerse en cuenta. Bush tenía otro punto ciego perceptible: a saber, los más de tres mil palestinos muertos a manos del ejército israelí desde el comienzo del milenio.

George Bush volvió al AIPAC por primera vez como presidente en

activo para la convención anual de 2004. Su discurso de cuarenta y ocho minutos fue interrumpido por veinticuatro ovaciones con el público en pie. Trataba principalmente del supuesto éxito en Irak y de lo mucho que a Israel le beneficiaba la agresión estadounidense a ese país[46].

Sus palabras de Bush no necesitan interpretación:

> El AIPAC está haciendo un trabajo importante. Espero que lo sepáis. Tanto en Washington como fuera, el AIPAC está llamando la atención sobre los grandes retos para la seguridad en nuestro tiempo. Estáis educando al Congreso y a la gente de Estados Unidos acerca de los crecientes peligros de la proliferación[47].

Asimismo, ruborizado después de celebrar la «victoria» en Irak, Bush comparó Jerusalén con Bagdad, dos ciudades a las que había que librar el terrorismo y de «los enemigos de la libertad», por lo que recibió una ovación de pie. Sus comentarios fueron mejor recibidos aún cuando reiteró la posible conexión entre el «terrorimo» palestino y la nueva «guerra contra el terror».

Cuando Bush declaró que «por el bien de la paz y la seguridad hemos puesto fin al régimen de Sadam Husein», el aplauso alcanzó un crescendo, y se elevó a un volumen cada vez mayor cuando por fin encontró una forma de conectar a Sadam con «el terrorismo contra Israel», informando a los asistentes de que «el régimen [iraquí] patrocinó el terror; pagó recompensas de hasta 25.000 dólares a familias de terroristas suicidas palestinos»[48].

Los asistentes se enfriaron de manera perceptible cuando el presidente reiteró el compromiso de Estados Unidos con el establecimiento de un Estado palestino democrático y viable, aunque con el fin de tranquilizarlos, añadió enseguida el matiz de que para que eso ocurriera los palestinos debían renunciar primero al terrorismo y librarse de sus dirigentes corruptos.

Desde 2002 hasta el final de la presidencia de Bush, el compromiso público y político de Estados Unidos con Israel y Palestina siguió tres sendas distintas. La primera, fueron las negociaciones oficiales con el Gobierno israelí. La mayor parte del tiempo, los tratos se hicieron con Ariel Sharon como primer ministro, hasta que en 2006 sufrió un ictus grave y fue sustituido por Ehud Olmert.

En conjunto, la política israelí, en especial desde el momento en el que

Sharon decidió retirarse de la Franja de Gaza en 2004 (a saber, sacar de allí a todos los colonos judíos y dejar que los palestinos tomaran el mando), estuvo muy bien coordinada con las acciones estadounidenses e israelíes en el plano gubernamental.

El AIPAC mantuvo una actitud ambigua respecto a las políticas de Sharon, en especial a la retirada de Gaza. La mayoría de sus miembros se opuso a dicha retirada, pero la organización dudó si oponerse al Gobierno de Israel y a un Gobierno estadounidense que apoyaba plenamente dichas políticas.

Lo que más le importaba al AIPAC era su propia función en la nueva composición política de Israel. Y sus principales esfuerzos iban más dirigidos a mantener su función vital para modelar la relación entre Estados Unidos e Israel que a cambiar las políticas de Israel, o a convencer a Bush de que no las apoyase.

Por eso no atacó al Gobierno de Israel en su convención anual de 2005. En ella, el AIPAC encontró una manera eficaz de mostrar que conservaba su vitalidad y su utilidad. Afirmó haber ayudado a garantizar que el Congreso de Estados Unidos encontrase una forma de compensar a Israel por la «concesión» hecha en Gaza, para seguir así construyendo las bases que el AIPAC y su predecesor, el AZEC, habían establecido desde las elecciones parciales de 1944.

La segunda vía era el intento por parte del AIPAC de controlar el relato acerca de Palestina en la sociedad civil estadounidense y detener la avalancha de solidaridad con los palestinos, que se aceleró cuando los activistas describieron a Israel como un Estado paria y exigieron que el Gobierno estadounidense actuara en consecuencia. Por primera vez, grandes segmentos de las comunidades afroestadounidense y nativa estadounidense se acercaron a la red mundial de solidaridad con Palestina. La tercera vía fue el llamamiento del lobby a grupos sionistas cristianos y neoconservadores para aumentar su influencia en la política exterior estadounidense. Este lobby sionista judeocristiano luchaba con toda su fuerza contra el giro hacia el respaldo a los palestinos, que se había intensificado entre los demócratas y en los segmentos progresistas de la comunidad judía estadounidense.

EL AIPAC SE UNE A LA HOJA DE RUTA A NINGUNA PARTE, 2004-2005

En marzo de 2004, el primer ministro israelí acababa de anunciar el plan de «retirada de Gaza», lo que significaba que los colonos israelíes salían y cualquiera podía entrar a cubrir el vacío de poder. Lo que Israel no planeó fue que Hamás ganase las elecciones de la asamblea legislativa creada en Cisjordania y en la Franja de Gaza por los Acuerdos de Oslo en 2006. Podía afirmar de manera justificable que era la nueva autoridad de Gaza. Tenía suficiente poder como para repeler un intento de derrocarla efectuado por la Autoridad Palestina con el respaldo de Israel y Estados Unidos. Estas elecciones anunciaron, por lo tanto, un capítulo sangriento y perturbador en un conflicto palestino interno que separó a Cisjordania de la Franja de Gaza, mientras esta última se convertía en un campo de batalla militar entre Israel y Hamás (con la que colaboraban organizaciones como Yihad Islámica).

Este resultado no constituyó un golpe tan importante para la estrategia de Sharon como podríamos esperar. La retirada le permitía castigar a Gaza sin preocuparse por la posibilidad de incurrir en daños colaterales a colonos judíos. Y tampoco lo detuvo un choque creciente con la sociedad judía israelí, que en opinión de muchos puso al Estado al borde de una guerra civil, debido a las manifestaciones generalizadas y violentas de la derecha de Israel contra la retirada de Gaza. Sharon afirmó que esta –aplicada enteramente por su propia iniciativa y no por un ímpetu de los palestinos– era un trauma nacional que no podía repetirse; en otras palabras, Israel nunca se retiraría de Cisjordania. No fue el primero en recurrir a esa negación de la realidad, presentándose como un hombre de paz dispuesto a ceder territorios, cuando en esencia lo que hizo fue estrechar el cerco israelí sobre Gaza desde el exterior y excluir por completo a Cisjordania de futuras negociaciones. Menahem Begin había sacrificado los asentamientos israelíes en la península del Sinaí por el bien del Gran Israel, y ahora Sharon había sacrificado la Franja de Gaza por la versión consensuada del Gran Israel, incorporar Cisjordania.

El 14 de abril de 2004, el presidente Bush le escribió una larga carta al primer ministro Ariel Sharon elogiando su decisión de retirarse de la Franja de Gaza[49]. También aprobó la construcción de la barrera de

separación dentro de Cisjordania y entre Cisjordania e Israel (condenada categóricamente en todo el mundo y declarada en parte ilegal por la Corte Internacional de Justicia). Bush escribió como si existiera la promesa de que este muro fuese temporal, mientras estuviese pendiente el acuerdo de paz. Todo eran buenos presagios a comienzos de 2005, aunque el AIPAC seguía sin considerar a Sharon el dirigente ideal para Israel y esperaba con impaciencia el retorno del Likud al poder.

Los lazos estrechos que mantenía con el Likud podrían haber convertido al AIPAC en una voz poderosa en Estados Unidos contra la retirada de Gaza. Pero como se ha observado, al lobby le interesaba mucho más su poder que lo que ocurriese sobre el terreno. Y mientras Sharon y Bush reconociesen su poder, serían bien recibidos en 2005 en la mayor convención anual de todos los tiempos reunida por el AIPAC. Aunque su popularidad en el lobby había mermado, el primer ministro israelí siguió siendo huésped de honor en este acontecimiento. Era un arreglo mutuamente beneficioso: el AIPAC obtenía el prestigio que le proporcionaba la presencia de Sharon, y este obtenía la aprobación oficial por parte del AIPAC del plan de retirada, pese a la impopularidad de dicho plan entre otros miembros del lobby proisraelí. La desaprobación del plan procedía principalmente de Morton Klein, presidente de la Organización Sionista de Estados Unidos, en otro tiempo una fuerza digna de tener en cuenta, pero cuyo poder había disminuido mucho en el siglo XXI[50]. Por primera vez en su historia, el AIPAC recibió la felicitación de organizaciones de la comunidad judía estadounidense que tradicionalmente se oponían a él, como Estadounidenses por la Paz Ahora (Americans for Peace Now - APN) y su organización hermana en Israel, Paz Ahora.

Estaba claro que cuando Sharon hablase en la convención de 2005 se enfrentaría a cierta oposición entre los asistentes, pero no entre los directivos del AIPAC.

EL MEJOR AÑO DEL AIPAC: 2005

El Walter E. Washington Convention Center, situado en Mount Vernon Square, Washington D. C., solo tenía dos años cuando el AIPAC organizó en él su convención anual de 2005. Se trata de un complejo de 210.000

metros cuadrados gestionado por Events DC, la autoridad de ocio del Distrito de Columbia. La empresa Thompson, Ventulett, Stainback and Associates lo encargó a los arquitectos Devrouax y Purnell. Estaban especializados en «superbloques» –edificios gigantescos que eran un espectáculo en sí mismos– y este fue uno de sus proyectos más grandes.

El 23 de mayo de 2005, habría resultado difícil llegar al centro de convenciones. Coches policiales bloqueaban todas las intersecciones que conducían a él. Solo se permitía la entrada a quienes llegaban en coches escoltados por convoyes o en un autobús establecido.

Los cinco mil asistentes afortunados disfrutaron de cantidades ingentes de comida y de la compañía de los principales políticos del país. Veintiséis mil almuerzos kosher, 32.640 tentempiés, 1.134 kilos de salmón, 545 kilos de pavo, 410 kilos de pollo, 350 kilos de carne de vaca y 473 litros de humus estaban disponibles para alimentar a todos los participantes en los tres días de reuniones, como se jactó el AIPAC en los comunicados de prensa[51]. También alardearon de que en aquel momento el AIPAC era uno de los cuatro principales grupos lobistas de Estados Unidos, con 100.000 socios.

La lista de invitados distinguidos se anunció también como un gran éxito. Los invitados de honor israelíes estaban encabezados por Ariel Sharon. El primer ministro afirmó en la convención que su plan de retirada fortalecería la seguridad de Israel, y expresó su confianza en la «hoja de ruta» del presidente estadounidense. Algunos asistentes interrumpieron ruidosamente su discurso, y el personal de seguridad los expulsó del auditorio.

Una fuente que declinó ser mencionada comentó lo siguiente a *Jewish Journal:* «la verdadera historia es que [el AIPAC] se vio obligado a hacer una declaración de apoyo [a la retirada] como parte del precio para que Sharon hablase [en la convención]». El periodista llamó la atención de sus lectores sobre el hecho de que «el ánimo en la sala era escéptico –esto era evidente cada vez que el conferenciante la mencionaba [la retirada]– pero no tenían opción»[52].

Otro periodista que cubría el acto coincidía con esta descripción e informaba de que cualquiera que elogiara a Sharon desde el estrado recibía un aplauso poco entusiasta. Muchos delegados llevaban botones de color naranja, un símbolo israelí que indica apoyo a los colonos de Gaza.

Cuando la secretaria de Estado, Condoleeza Rice, alabó la política de retirada de Sharon, recibió un aplauso tímido[53].

En cuanto a los demás políticos estadounidense, la siguiente cita de *Jewish Journal* puede dar una idea de cómo fueron recibidos:

> Durante la famosa «lista de convocados» del AIPAC los congresistas invitados fueron saludados con ovaciones que variaban de la tibia a la tumultuosa (el senador Lincoln Chaffe, representante por Rhode Island, de quien se considera en general que mantiene una actitud distante hacia Israel, apenas recibió un breve aplauso; Joe Lieberman, senador por Connecticut, casi echó la casa abajo)[54].

A la convención asistió un número mayor de congresistas que a cualquier otro acto, excepto a las sesiones conjuntas del Congreso y el Senado en el discurso sobre el estado de la nación. Si hubiera sido año electoral, el presidente en activo muy probablemente habría encabezado el grupo personalidades más importantes.

Por primera vez en la historia del AIPAC, en la convención se interpretó solo el himno nacional de Estados Unidos, y no sonó el *Hatikvah,* el himno nacional de Israel. Eso llevó a los asistentes de 2005 a conjeturar que la decisión de no incluir el himno nacional de Israel era un intento de mostrar lealtad al Gobierno estadounidense, dada la creciente duda a este respecto que experimentaban algunos segmentos de la sociedad.

El líder de la mayoría en el Senado, Bill Frist (republicano, Tennessee), el líder de la minoría en el Senado, Harry Reid (demócrata, Nevada), el presidente de la Cámara, Dennis Hastert (republicano, Illinois) y la líder de la minoría en la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi (demócrata, California) subieron al estrado a prometer que seguirían apoyando a Israel[55].

Condoleezza Rice fue la primera oradora de la mañana, seguida por importantes congresistas de Estados Unidos, que debatieron sobre la política exterior del país. Quienes participaron en el debate, la republicana Jane Harman (demócrata, California) y el asesor informal de política exterior del Gobierno, Richard Perle, se enzarzaron en una batalla pareja para convencer a sus oyentes de que eran más proisraelíes que sus interlocutores.

Harman, por ejemplo, intentó ganarse el favor de los espectadores, mayoritariamente republicanos, recordándoles que tenía un asistente que

había trabajado para el AIPAC, y se congració con ellos felicitándolos por ser «muy sofisticados». Además, se unió a la celebración general calificando la muerte de Yaser Arafat de «bendición»[56]. Pero después de media hora, Harman ya no logró mantenerse a la altura. Perle provocó vítores de la multitud cuando se mostró favorable a una intervención militar en Irán, diciendo que «si Irán está a punto de conseguir fabricar un arma nuclear, pienso que no tendremos más opción que emprender una acción decisiva». Cuando Harman dijo que «la mejor opción a corto plazo» para gestionar el problema de Irán era el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, la multitud reaccionó con abucheos.

Las palabras iban unidas al histrionismo. En el sótano del centro de convenciones se exhibía una exposición multimedia del AIPAC, «El avance de Irán hacia la bomba atómica»[57]. La exposición, digna de un parque temático, empezaba con un narrador que condenaba a la Agencia Internacional de la Energía Atómica por mostrarse «reacia a concluir que Irán está desarrollando armas nucleares» (tenía reservas similares respecto a Irak) y al Consejo de Seguridad porque «todavía no ha tomado en consideración el asunto»[58].

En una sucesión de salas, los visitantes veían luces intermitentes y oían ruidos estruendosos. Junto a ellos había artilugios que pretendían imitar los trozos amarillos de uranio al lado de la presentación de una planta de obtención de plutonio. Como indicó un observador, había tantas cabezas nucleares alrededor como kilos de humus[59].

Y sin embargo, esta afición al espectáculo no lograba ocultar el hecho de que aquel era un momento ambiguo en la historia del lobby. Un año antes, el AIPAC había despedido a su director de política y a otro empleado porque el FBI había investigado la posibilidad de que hubieran entregado información clasificada de Estados Unidos a Israel. Larry Franklin, exanalista en la sección del Pentágono dedicada a Irán, podría haber sido condenado a casi trece años por pasarle información ultrasecreta a Steve Rosen y Keith Weissman, que en ese momento trabajaban para el AIPAC[60]. Estos dos directivos fueron acusados en virtud de la Ley de Espionaje. En 2009, sin embargo, los fiscales del Departamento de Justicia de Estados Unidos rechazaron el consejo del FBI de juzgarlos a los dos, y pidieron que se archivase la causa.

Se trataba de algo más que un bochorno momentáneo. Aunque el AIPAC

habría logrado vadear las aguas peligrosas del asunto Pollard, una vez más tuvo que convencer a la ciudadanía estadounidense de que no era un mero brazo de la diplomacia israelí.

La convención anual evitó mencionar estos asuntos bastante incómodos; probablemente la mayoría de los delegados no experimentase una sensación de pánico. De nuevo, como observó Dana Milbank, ninguna de estas cuestiones impedía a los poderosos «hacer fila para rondar al AIPAC»[61]. A la convención se unieron, de hecho, otras organizaciones para mostrar solidaridad con el AIPAC. Abraham Foxman, de la Liga Antidifamación, afirmó que estaban allí porque «hay una nube sobre el AIPAC» y por lo tanto «es importante que los líderes de la comunidad judía estadounidense vengamos a mostrarle nuestro apoyo»[62]. Otro delegado rechazó por completo la intromisión del FBI en los asuntos del AIPAC, y declaró a los periodistas que los delegados solo estaban centrados en Irán.

A primera vista, parecía un momento en el que el AIPAC había alcanzado la cúspide de su éxito. Desde 1949, Estados Unidos había concedido ayudas a Israel por más de 100.000 millones de dólares y 10.000 millones en préstamos especiales. De acuerdo con el cálculo sugerido por Mearsheimer y Walt, en 2005 la ayuda acumulada de Estados Unidos a Israel era de 154.000 millones de dólares, una cifra que aumentaba si se tenían en cuenta las condiciones favorables aplicadas a los préstamos[63].

Otros organismos que no formaban parte del Gobierno transferían más de 1.000 millones de dólares anuales a Israel. Como observa Naseer Aruri, esta cantidad es mayor que la enviada al norte de África, Sudamérica y el Caribe juntos. La población conjunta de estas zonas supera los mil millones de personas; la población de Israel apenas alcanzaba los nueve millones en 2007. En los cuarenta años anteriores, Israel había recibido unos 8.500 millones de dólares para compras militares[64].

Pese a esto, el AIPAC seguía atacando a políticos a los que consideraba potencialmente antiisraelíes. En 2002, el lobby proisraelí atacó a los representantes afroamericanos Earl Hilliard (demócrata, Alabama) y Cynthia McKinney (demócrata, Georgia), consiguiendo su derrota en las primarias demócratas.

Hilliard fue candidato demócrata al Congreso en segunda convocatoria

por Alabama en 2002. Se presentó con éxito en las cinco campañas anteriores. Sus críticas a Israel, todo hay que decirlo, eran muy moderadas, pero suficientes como para provocar la ira del AIPAC. Se negaba a tachar de terroristas a los combatientes por la libertad de Palestina, y había visitado Libia en 1979. Aunque estaba respaldado por el caucus afroamericano en el Capitolio, el AIPAC era más poderoso. En consecuencia, su oponente, Arthur Davis, ganó las elecciones. Davis recibió 300.000 dólares del AIPAC, frente a los modestos 1.000 dólares que Hilliard recibió de las organizaciones de árabes-estadounidenses[65].

En los tres años siguientes, hasta la elección del presidente Obama, los buenos tiempos siguieron sonriendo al lobby. La nefasta trinidad de sionismo cristiano, neoconservadurismo y lobby judío estadounidense tuvo todavía un impacto inmenso en la legislación, las elecciones y las políticas referentes a Israel y a Palestina. La Segunda Guerra de Líbano, en el verano de 2006, y el primero de los múltiples ataques israelíes a la Franja de Gaza provocaron un nuevo fenómeno en 2007, un contralobby sionista progresista, J Street, precursor de los retos más fundamentales a los que se enfrentaría el lobby, y más en concreto el AIPAC, en los años de Obama y durante el extraño mandato de Donald Trump.

Más problemático para el AIPAC fue el ascenso de la red de solidaridad propalestina, que emergió en torno a universidades, sindicatos y pequeñas comunidades, en reacción a la extraordinaria crueldad de la represalia israelí después de la Segunda Intifada. El AIPAC intentó cortar estas iniciativas de raíz. Toda actividad local a favor de la solidaridad activa con los palestinos era recibida con una tormenta de indignación por parte de la «comunidad judía»; el lobby, en realidad. Uno de los primeros casos de implicación profunda del AIPAC en un asunto muy localizado fue su intervención en Somerville, en el área metropolitana de Boston. Fue uno de los primeros prototipos para su modus operandi posterior.

EL PROYECTO DE DESINVERSIÓN DE SOMERVILLE: 2003-2004

La ciudad de Somerville, en el área metropolitana de Boston, localizada al norte de Cambridge, en el Condado de Middlesex, tiene en la actualidad más de 80.000 habitantes, y es famosa por su cultura de artes y música en directo, y por su vibrante población estudiantil[66]. Hasta 2003, no tenía

relación alguna con la cuestión Israel/Palestina. Pero en el espacio de un verano se convirtió en un campo de batalla crucial, en el que la solidaridad con Palestina chocó con la reivindicación de la legitimidad moral por parte de Israel.

Un joven profesor de secundaria, Ron Francis, fundó el Proyecto de Desinversión de Somerville en la Iglesia metodista de College Avenue. El grupo del proyecto se puso en contacto con los concejales para intentar convencerlos de que apoyasen la desinversión en Israel; más específicamente le pidieron al Consejo de Jubilación de Somerville, que gestionaba las pensiones de los empleados municipales, que vendiera sus bonos israelíes y todas las acciones de empresas estadounidenses que efectuasen negocios militares con Israel. Ocho de los once ediles se dejaron convencer por el argumento moral, y estaban a punto de votar a favor de dicha resolución. El lobby proisraelí entró en acción: un diluvio de cartas enviadas a *The Somerville Journal* convenció al alcalde, Joe Curtatone, de que debía amenazar con vetarla. El Consulado General de Israel en Boston, así como otras organizaciones lobistas, empezaron a organizarse en el ámbito local y nacional para organizar un debate público que se celebraría el 8 de noviembre de 2004. Cada participante tenía dos minutos para hablar: el grupo que defendía la desinversión tenía muchos miembros judíos (un 40%). Mientras que un antiguo israelí, Iftah Shavit, escribió un artículo en el que apoya incondicionalmente el proyecto, el lobby invitó a exmilitares israelíes que estudiaban o trabajaban en el vecindario a contarle al consejo la sensación de inseguridad que les producía el proyecto.

En esta batalla de David contra Goliat, el perdedor acabaría siendo David. El Consejo Municipal rechazó la propuesta, y solo una concejala, Denise Provost, se mantuvo fiel a su respaldo inicial. Y sin embargo vale la pena observar este suceso acaecido en una pequeña ciudad estadounidense. Que el consejo de la ciudad respaldase o no el proyecto no habría cambiado nada sobre el terreno en Palestina. Aun así, el lobby proisraelí reunió todo su poder para derrotar un gesto simbólico de la sociedad civil. Este pequeño grupo de estadounidenses solo quería señalar su indignación moral ante las acciones del Estado de Israel.

Denise Provost sintió que fueron las repercusiones de su actitud valiente de 2004 a lo largo de su carrera política las que la llevaron a la Cámara de

Representantes de Massachusetts, en representación del Distrito 27 de Middlesex, entre 2006 y 2020. En su campaña electoral para este puesto, sus rivales les recordaban constantemente a los electores su actitud «antiisraelí», y empresarios ricos relacionados con el lobby los financiaban en las elecciones. Provost perdió algunos votos a consecuencia de esto, pero logró representar a la clase trabajadora del Distrito. Su actitud exigía fortaleza porque, como a muchos antes y después que ella, le advirtieron de que las posiciones morales que apoyaba equivalían al suicidio político, algo que probablemente les ocurrió a múltiples políticos del ámbito local, estatal y federal.

Iniciativas como la de Somerville empezaron a florecer en muchas otras partes de Estados Unidos, organizadas por estadounidenses de origen palestino, afroamericanos, nativos americanos y otras minorías que mostraban solidaridad con los palestinos oprimidos y trabajaban en colaboración con el activismo propalestino, creciente entre la sociedad judía estadounidense. Se convertirían en un reto aun mayor para el AIPAC después de 2004; y en particular, como veremos, después de que Israel invadiese por segunda vez Líbano, en 2006. Al AIPAC no le resultó fácil, porque las imágenes procedentes de la Segunda Guerra de Líbano se volvieron emblemáticas de la devastación que Israel podía causar, erosionando aún más su legitimidad en la sociedad civil estadounidense.

Como nos cuenta Walter Hixson, la necesidad de defender la imagen de Israel ante pruebas claras de su brutalidad acercó todavía más el AIPAC a organizaciones sionistas cristianas como Cristianos Unidos por Israel [Christians United for Israel], liderado por un propietario de una megaiglesia tejana llamado reverendo John Hagee, que se convirtió en amigo personal de Netanyahu y fue ampliamente recompensado con la invitación a acompañar al presidente Trump a la inauguración de la embajada estadounidense en Jerusalén, en 2018[67].

La necesidad de maquillar las horribles características de la ocupación y el sitio también acercó más el AIPAC al ala derecha del Partido Republicano. Al finalizar el mandato de Bush, el bipartidismo se veía en general como un puro fingimiento por parte del AIPAC; parecía firmemente alineado con los republicanos. Y esto nos lleva a la tercera senda asumida por la organización, junto con la acción respecto al presidente y a la sociedad civil: consolidar sus conexiones con los

sionistas cristianos del siglo XXI y con la extrema derecha estadounidense.

EL SIONISMO CRISTIANO DEL SIGLO XXI Y LA GUERRA CONTRA EL ISLAM

A los sionistas cristianos acérrimos, la Operación Conmoción y Pavor, el ataque angloestadounidense contra Irak en abril de 2003, les parecía una escena salida de uno de sus propios escenarios apocalípticos. Era la ira del Dios hebreo recibida con gozo por los sionistas cristianos y por los judíos mesiánicos de Israel, que descubrieron una base teológica para los dudosos lazos entre el islam, el terrorismo y Palestina. Se revivió el viejo éxito de ventas, la *Biblia anotada de Scofield,* y se aplicó una lectura fundamentalista contemporánea tanto al Viejo Testamento como al Nuevo, interpretados para justificar el apoyo a Israel como un artículo de fe literal.

Después del 11-S, esta teología había adoptado una línea claramente antiislámica. En su importante trabajo sobre el tema, Stephen Sizer ha revelado cómo construyeron los sionistas cristianos un relato histórico que describía la actitud musulmana hacia el cristianismo a lo largo de los tiempos como una especie de campaña genocida dirigida contra judíos y cristianos[68]. Lo que en otras épocas se había recibido como momentos de triunfo islámico –el renacimiento islámico de la Edad Media, la convivencia en Al-Ándalus, la edad dorada de los otomanos, el surgimiento de la independencia árabe y el final del colonialismo europeo– se reconvirtieron en actos satánicos y anticristianos cometidos por paganos. En esta nueva visión histórica, Estados Unidos se convirtió en san Jorge, Israel en su escudo y espada, y el islam en el dragón de ambos.

Esta nueva presentación de la vieja idea de que Israel estaba de parte de Cristo y sus enemigos eran los anticristos modernos se transmitió en el siglo XXI a través del Proyecto Left Behind, una franquicia multimedia dirigida por sionistas cristianos. Comenzó en forma de dieciséis novelas de gran éxito escritas por Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins, que resucitaban las ideas de los dispensacionalistas, como si nada hubiese cambiado en el siglo transcurrido y las profecías apocalípticas siguieran tan vigentes como siempre. El Anticristo en esta ocasión lo componían las «comunidades globales» que representaban el odio a las fuerzas de Cristo. Desde su

primera película, *Left Behind: The Movie,* estrenada en 2000, hasta la versión más reciente de 2014, con Nicolas Cage, pasando por un juego para PC, la franquicia ha resumido las disparatadas profecías dispensacionalistas, con el fin de hacérselas asequibles al público estadounidense[69].

La introducción del juego *Left Behind* para ordenador lo dice todo, reflejando el poder de la actividad lobista informal. Ordena a los jugadores apoyar a Israel y al igualmente sacrosanto imperativo de identificar a los musulmanes, los palestinos y los progresistas del mundo como anticristos que, si no fuera porque Estados Unidos lo defiende, acabarían destruyendo a Israel.

La siguiente cita extensa pertenece a la descripción efectuada por aficionados en Wikipedia, en la que se define Israel para los jugadores (que necesitan ayudar al Estado judío si quieren salvar el mundo). Hace referencia a la película y al juego, y explica lo que es Israel:

> La tierra que Dios ha dado a los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob mediante un pacto perpetuo […] los judíos son considerados parte de Israel. Los enemigos de Israel, en especial los países musulmanes, se refieren a Israel como Palestina, debido al deseo de sus dirigentes, que quieren echar a sus habitantes «al mar» desde que se convirtió en nación, en 1948. Hasta hoy, esta tierra ha permanecido en disputa constante entre los israelíes y los palestinos[70].

De acuerdo con la interpretación futurista del Apocalipsis bíblico, Dios no ha cumplido aún algunas de las profecías del Antiguo Testamento relacionadas con Israel. La trama de la serie *Left Behind* se basa en esta interpretación, y describe cómo creen los autores que Dios puede cumplir estas profecías en el futuro.

En el siguiente juego de la serie, *Rapture,* es Dios quien defiende a Israel de los rusos, una operación de rescate predicha en la profecía de Ezequiel, capítulo 28. En la siguiente entrega, *Tribulation Force,* en otro frente, Israel firma un acuerdo de intercambio de conocimientos durante siete años con Nicolae Carpathia y Comunidad Global (una coalición satánica de feministas progresistas liderada, por supuesto, por una mujer). Israel proporciona a Comunidad Global su conocimiento sobre fertilizantes (¡!), y a cambio, pero no de buena fe, la dirigente feminista de Comunidad Global lleva solapadamente a Israel a creer que puede confiar en que su

organización lo defienda. Está claro que Israel comete un terrible error, porque Comunidad Global es prorrusa y propalestina y, sobre todo, es un manojo de anticristos disfrazados de progresistas. Y la traición se produce cuando Nicolae profana el templo de Jerusalén. Pero no nos preocupemos: Jesús regresa y derrota a la horrible Nicolae, pese a que esta encabeza un ejército enorme (sí, en la batalla de Armagedón). Y así una y otra batalla con el ejército de Satán. El verdadero capítulo final de esta trayectoria no debe buscarse en los libros, los juegos de ordenador o el cine, aunque debería formar parte de ellos: se trata de la conversión de los judíos al cristianismo (si no quieren arder en el Infierno)[71].

Como vemos, las nociones básicas del sionismo cristiano no han cambiado en el siglo XXI. Sigue interpretando que los textos proféticos predicen el establecimiento del Estado de Israel. Una encuesta efectuada por Lifeway en Estados Unidos en 2017 concluyó que el 80% de los cristianos evangélicos creía que la creación de Israel en 1948 era el cumplimiento de una profecía bíblica que provocaría el regreso de Cristo, y más del 50% afirmaba apoyar a Israel porque es importante para el cumplimiento de la profecía bíblica[72].

Los sionistas cristianos fueron también instrumentalizados con un método de persuasión más familiar, usado en el pasado tanto por lobbies religiosos como laicos: los viajes a Israel. Estos viajes no eran ya meros peregrinajes a los lugares sagrados del cristianismo; implicaban, por el contrario, oraciones colectivas en el centro mismo de Tierra Santa, que les daban en apariencia mejor oportunidad de ser escuchados por Dios, y suplicarle que defienda a Israel de enemigos tan variados como Rusia o el humanismo progresista.

El islam había ido sustituyendo a Rusia en el papel de archienemigo. Los sionistas cristianos de Estados Unidos consideraban ahora que tenían por tarea principal defender a Israel de sus enemigos regionales. Una de las formas comunes de demostrar ese compromiso era a través de estos peregrinajes para orar. El más notable de ellos fue un proyecto que incluía viajes a Israel denominados «Día de oración por la paz de Jerusalén». Los orígenes de esta iniciativa se sitúan en la década de 1990, cuando Dan Mazar, editor y director de un órgano sionista cristiano denominado *Jerusalem Christian Review,* organizó la «oración mundial por la paz en Jerusalén». Este acto fue emitido por todas las grandes cadenas de

televisión estadounidenses (incluida la CNN) y entre los fieles que participaron se encontraba el expresidente Ronald Reagan y el primer ministro australiano Bob Hawke, junto con Billy Graham, Pat Robertson, Jerry Falwell y otros personajes famosos del fundamentalismo cristiano[73].

El concepto lo retomaron dos líderes evangélicos pentecostales, Jack W. Hayford y Robert Stearns. Formaron una organización denominada Alas de Águila (Eagles' Wings), cuyo propósito era combatir los diversos «peligros» que acechaban al mundo judeocristiano, como el humanismo laico y el islamismo radical. Y de nuevo, la mejor manera de «combatir» estos peligros era mostrando un respaldo incondicional a Israel. En 2006, los dos defensores afirmaron que 150.000 iglesias de todo el mundo colaboraban en la organización de estos días de oración[74].

Todas estas actividades estaban respaldadas por el Ministerio de Turismo israelí y la Fundación Aliados de Israel (FAI). La FAI es una organización paraguas de todos los grupos parlamentarios del mundo decididos a mantener a Israel como un Estado judío y convertir Jerusalén en la capital unida y eterna de Israel.

Todos los grupos siguen el modelo del establecido en la Knéset israelí por el Grupo de Aliados Cristianos. Desde la Knéset, la FAI coordina el trabajo de políticos de todo el mundo a los que asigna la tarea de reunir apoyo para Israel en sus parlamentos respectivos, que incluyen ambas cámaras del Capitolio (aunque su filial estadounidense es un tanto redundante, dada la plétora de organizaciones proisraelíes allí presentes). La página digital de Grupo de Aliados Cristianos establece varias líneas rojas que ha prometido no cruzar. Por ejemplo, no volverá a dudar nunca de la soberanía de Israel sobre la totalidad de Jerusalén[75]. Tiene delegaciones en Filipinas, Corea del Sur, Brasil, Sudáfrica, Japón, Australia, Finlandia, Italia, Canadá, Costa Rica y Malawi; en total, en 2021 tenía cincuenta grupos afiliados. Entre las ventajas que se les ofrecen a sus componentes se incluyen visitas a Israel[76].

El principal promotor de la iniciativa en el lado israelí fue Avigdor Lieberman, líder de Yisrael Beiteinu, el partido de inmigrantes rusos de extrema derecha. En consecuencia, la FAI osciló a la derecha, absorbida por colonos de la Cisjordania ocupada y por políticos que respaldaban el traslado de los palestinos de la Cisjordania a Jordania. Su principal

proveedor de fondos era Irving Moskowitz (que había reunido su dinero a partir de una cartera diversa que incluía la construcción de hospitales y casinos). Falleció en 2016, pero su familia ha seguido aportando ayuda a los proyectos de los colonos en la Cisjordania ocupada y, en concreto, a los esfuerzos por desarabizar el área metropolitana de Jerusalén.

Bajo la influencia de intelectuales como Samuel Huntington, la Knéset intentó situar el apoyo a Israel en un relato de «choque de civilizaciones» en el que los grupos contribuyen a la defensa del patrimonio, el legado o la civilización judeocristianos. Todo ello resulta un tanto extraño a la vista de un milenio de persecución a los judíos por parte de los cristianos, desde expulsiones a pogromos y al genocidio propiamente dicho. Se ha convertido en un discurso hegemónico. Judíos y cristianos del lobby proisraelí estaban ahora obligados a proteger los «valores judeocristianos». En realidad, estos «valores» tal solo equivalían a mostrar un respaldo incondicional a Israel. Como explicó ante la Knéset una de sus figuras más destacadas:

> Los cristianos evangélicos son poderosos en sus países y aman a Israel, pero no se les ha enseñado a manejar ese poder a nuestro favor […] Y eso es lo que estamos haciendo.

Su camarada Benny Elon añadía:

> El mundo cristiano es el aliado más estratégico de Israel, tanto en el plano existencial como en el espiritual. Desde el punto de vista existencial, se enfrenta al islamismo radical y a su deseo de destruir el Estado de Israel. En el espiritual, los cristianos son nuestros aliados en el choque cultural entre nuestros valores y los del islamismo radical[77].

Con el poder creciente del ala conservadora de los republicanos, junto con lo que llegaría a conocerse como el «Tea Party», el discurso sobre Israel pasó a estar cada vez más determinado por el fundamentalismo cristiano. Uno de los políticos que se presentó a las primarias para ser nombrado candidato presidencial en 2016, Ted Cruz, senador por Texas e hijo de un ministro evangélico, hizo varias referencias a capítulos heroicos de la historia judía, como la rebelión contra los griegos al final del periodo bíblico. Los musulmanes, desde su punto de vista, eran los «griegos» contra los cuales Israel tenía ahora que defenderse. Tras uno de los

discursos que pronunció en Nueva York ante un grupo sionista, uno de los organizadores observó con satisfacción que:

> Está alineado con los judíos. Está alineado con el calendario judío. Entiende la historia judía. Entiende que los judíos, aunque su número sea reducido, perseveran y salen victoriosos […] porque Dios está del lado de Israel. Eso él lo entiende[78].

El discurso fundamentalista cristiano también es popular entre los neoconservadores latinoamericanos. Tanto para los neoconservadores como para los fundamentalistas cristianos, Israel es crucial para la defensa de Estados Unidos; bien por ser la voluntad de Dios, o porque Israel es el bastión contra los nuevos enemigos del Estados Unidos del siglo XXI: Irán, Rusia y el «terrorismo islámico». Combinados, religión y neoconservadurismo componen una mezcla increíblemente peligrosa. Por cierto, la lealtad de Cruz a Israel no le rindió, y fue sonoramente derrotado por otro prosionista acérrimo, Donald Trump, en las primarias para la candidatura republicana de 2016.

Pero antes de llegar a la época de Trump, cuando tanto sionistas cristianos como neoconservadores tuvieron su oportunidad de oro, ellos y el AIPAC tuvieron que enfrentarse a una nueva estrella política que apareció en el horizonte del Partido Demócrata, y de inmediato el AIPAC quiso atraparlo entre sus garras. Después de todo, la organización no tiene más fidelidad política que el apoyo incondicional a Israel.

La historia nunca llega a repetirse. Pero pensemos en un candidato demócrata relativamente desconocido, que recibe felizmente en un principio la ayuda del AIPAC para alcanzar la presidencia. Sin embargo, tras las elecciones, se convierte en una decepción absoluta, pese a no haber hecho nada que cambie el equilibrio de poder en Palestina. Dos nombres vienen a la mente. El primero es Jimmy Carter. El segundo, Barack Obama.

OTRO ENEMIGO EN LA CASA BLANCA: LOS AÑOS DE OBAMA

Al día siguiente de ser elegido candidato demócrata a la presidencia, el senador Barack Obama subió al estrado en la convención del AIPAC para disipar cualquier duda que pudieran tener y asegurar a los seguidores del grupo que era «un verdadero amigo de Israel». Y añadía:

> Quiero decir que entre las comunidades judías de todo el país han estado circulando algunos mensajes provocativos. Quizá algunos los hayáis recibido. Están llenos de relatos fantásticos y advertencias nefastas acerca de cierto candidato a la presidencia. Y todo lo que quiero decir es que… me aviséis cuando veáis a ese tipo llamado Barack Obama, porque parece aterrador[79].

En su discurso, Obama se recreó en su niñez, y recordó a los mayores de su familia, como el abuelo y el tío abuelo, que habían luchado en la Segunda Guerra Mundial, señalando que desde entonces conocía y le habían preocupado los horrores sufridos por los judíos durante el Holocausto.

También prometió trasladar la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén: «Jerusalén seguirá siendo la capital de Israel, y debe permanecer indivisa», declaró en la convención del AIPAC. (Aunque como a menudo ocurre con los presidentes, sus acciones, incluidas las relativas a Jerusalén, no se ajustaron a las promesas hechas en campaña).

Sin embargo, los acontecimientos sobre el terreno hacían muy difícil que el AIPAC aceptase a Obama como amigo, aunque tal vez esto estuviera relacionado con su ascendencia afroestadounidense y su oposición manifiesta a la guerra de Irak[80].

La orientación constante adoptada por Israel, desde que Netanyahu subió al poder apoyándose en una coalición de extrema derecha, exacerbó la opresión sobre los palestinos, que a esas alturas llevaban más de cien años sometidos a un proyecto colonial. Un nuevo hito en esta política de deshumanización fue la Operación Plomo Fundido.

El 27 de diciembre de 2008 comenzó un ataque israelí sobre Gaza que duró tres semanas y dejó más de 1.400 palestinos muertos y la Franja arruinada, con muchas personas sin hogar, heridas y traumatizadas. El ejército israelí mató a cuatro de sus propios soldados y perdió otros seis, además de tres civiles. Fue una carnicería televisada, y la crisis humanitaria que la siguió alcanzó más notoriedad aún. Israel mantuvo el sitio, dificultando la reconstrucción, la atención a los heridos y el restablecimiento de cualquier tipo de normalidad.

Naciones Unidas envió una comisión de investigación, conocida oficialmente como la Misión de Investigación de las Naciones Unidas sobre el Conflicto de Gaza, presidida por el juez Richard Goldstone, un

judío sudafricano. Aunque condenó a Hamás por cometer crímenes de guerra, la misión acusó a Israel de atacar intencionadamente a civiles palestinos. Dado que Israel salió muy mal parado en el informe, Goldstone fue boicoteado por su comunidad en Sudáfrica; no se le permitió asistir a la ceremonia de bar mitzvah de su nieto en la sinagoga local[81]. Tal vez esto explique por qué en un artículo de opinión publicado en *The Washington Post* el juez se abstuvo de acusar a Israel de matar intencionadamente a civiles, pero los otros miembros de su comisión respondieron con un artículo publicado en *The Guardian,* en el que confirmaban que esta había sido su conclusión principal[82].

De manera un tanto sorprendente, Obama mostró una reacción bastante comedida a la Operación Plomo Fundido, sin culpar nunca directamente a Israel, de modo que esta no fue una causa inmediata de fricción con el AIPAC. Fue su siguiente paso, un discurso histórico que pronunció el 4 de junio de 2009 en El Cairo (y que le sirvió para obtener el Premio Nobel de la Paz), el que provocó al AIPAC. Fue el primer presidente en hacer referencia a la catástrofe de 1948, y reprendió a Israel por su «maltrato intolerable» a los palestinos. Prometió apoyar a los palestinos en el deseo de establecer su propio Estado[83].

Ese mismo año, Benjamin Netanyahu ganó las elecciones en Israel y comenzó su segundo mandato. Desde el mandato anterior había establecido firmes conexiones con los sionistas cristianos y la derecha republicana y, como el AIPAC, no fingía ser bipartidista. No era un buen presagio para la relación entre los dos dirigentes. Desde el momento en el que Benjamin Netanyahu fue elegido, en 2009, sus relaciones se estropearon por la falta patente de interés del primer ministro israelí por buscar solución al conflicto palestino-israelí.

Tanto el Gobierno israelí como el AIPAC supusieron correctamente que Obama asumiría la jerga de Clinton en lo referente a Palestina pero no tenía intención de ponerse en marcha. Después de todo, el personal del Departamento de Estado era prácticamente el mismo que en tiempos de Clinton. De modo que Obama permitiría las acciones de Israel en Palestina, incluidos la expansión de los asentamientos, la judaización de grandes partes de Cisjordania, y el sitio despiadado a la Franja de Gaza. Su tolerancia se extendería a defender a Israel en Naciones Unidas y proporcionarle inmunidad internacional.

La conversación estaba de hecho ahí. Las declaraciones que efectuó a lo largo de 2009 pedían a Israel que paralizase los asentamientos en Cisjordania. El AIPAC reaccionó organizando una petición firmada por setenta y seis senadores y 329 representantes en la que rechazaban el llamamiento. Pero el presidente mostró suficiente insistencia como para extraer de Netanyahu la promesa de paralizar la construcción de nuevos proyectos habitacionales, que no tenía intención de cumplir, una infracción que no recibió ninguna sanción por parte del Gobierno de Obama. Pero al vicepresidente Joe Biden le irritó verdaderamente que el incumplimiento de este compromiso se anunciase mientras él estaba de visita oficial en Israel, a finales de 2010.

La función de la secretaria de Estado de Obama, Hillary Clinton, era la de dorar la píldora cada vez que el presidente emitía una dura condena, y lo mismo ocurrió tras la visita de Biden. El AIPAC podría haber intentado corresponder del mismo modo, pero se vio rebasado por su aliado más firme en la política estadounidense, los sionistas cristianos, que no dudaron en usar el racismo como arma en la lucha contra el «compromiso» completamente insignificante de Obama con la solución de los dos Estados. Este presidente afroamericano distaba mucho de la imagen sesgada que ellos tenían de un dirigente estadounidense. Junto a los sionistas cristianos, se unió a la batalla contra la solución de los dos Estados Glenn Beck, un comentarista político conservador que alcanzó notoriedad por la afirmación de que Obama mantenía «un odio profundamente asentado hacia los blancos o la cultura de blanca». El mensaje que lanzó en 2010 sonaba como los mensajes de los sionistas cristianos y del AIPAC en su momento culminante:

> Van a atacar el centro de nuestra fe, nuestra fe común, Jerusalén. Y no lo harán con balas ni con bombas. Lo harán con una solución de dos Estados que separe a Jerusalén, la ciudad vieja, del resto del mundo. Es hora de volver al interior de la muralla que rodea Jerusalén y permanecer allí con gente de todas las creencias y de todo el mundo[84].

Beck organizó manifestaciones masivas para transmitir este mensaje, tanto en Estados Unidos como en Jerusalén. Pero lo más importante era que su diatriba se repetía infinitamente en reposiciones de *Fox News*.

Como describe en el primer volumen de sus memorias, *Una tierra*

prometida, Obama fue en esencia acosado por Netanayahu y sus partidarios durante el tiempo que ocupó la presidencia[85]. En detrimento suyo, no logró soportar con eficacia esta presión. Netanyahu, por su parte, se esforzó poco en ocultar la animosidad que experimentaba hacia Obama durante su presidencia, llegando a agasajar en público a Mitt Romney, su rival en las elecciones estadounidenses de 2012.

En cuanto a la función desempeñada por el AIPAC, su impacto puede verse claramente en las memorias de Obama. Este libro es una valiosa fuente que proporciona descripciones detalladas del expresidente acerca de su experiencia como objetivo de una campaña bien orquestada. Comienza hablando de la influencia ejercida por el lobby proisraelí en los legisladores estadounidenses. Sus memorias describen con acierto las dificultades a las que se enfrentó y, como él mismo admite, a las que se enfrenta cualquier legislador estadounidense que defienda políticas a las que se opongan el Gobierno israelí y sus grupos de presión internos[86]. Obama pinta una imagen clara de un sistema político estadounidense al que, de forma limitada pero grave, la influencia extranjera ha puesto en peligro.

El principal mensaje transmitido por Obama en sus memorias es familiar. Cualquier crítica de los legisladores estadounidenses a Israel, incluso cuando Israel hubiera ido contra la política estadounidense, estaba sometida a la ira del lobby. Quienes hacían «demasiado ruido» criticando las acciones israelíes, corrían el riesgo de ser tachados de «antiisraelíes» o incluso de «antisemitas». Podrían tener que enfrentarse a un «oponente bien financiado» al llegar las elecciones. No servía de nada que el 70% de los judíos hubiesen votado a Obama. No tenía oportunidades con el AIPAC, porque la organización había decidido de antemano que Obama no sentía en las «tripas» el respaldo que aparentaba por fuera al Estado judío[87].

«Cuando asumí el cargo», escribía Obama en un apartado que reflexiona sobre la problemática historia de la mediación estadounidense en el conflicto palestino-israelí, «los republicanos del Congreso no se molestaban, en su mayoría, en fingir que les importaba lo que les ocurriese a los palestinos»[88]. Los compromisos religiosos habían llevado a muchos evangélicos blancos que votaban a los republicanos a apoyar ciegamente al Gobierno israelí. Obama afirmaba a continuación que, al

mismo tiempo, debido a consideraciones electorales e ideológicas dentro del Partido Demócrata, «incluso los progresistas inquebrantables se resistían a parecer menos proisraelíes que los republicanos»[89].

Puede que Obama estuviera pensando en el calvario soportado por su candidato a secretario de Estado para la Defensa, Chuck Hagel, cuando se debatió su candidatura en el Congreso. Durante su comparecencia, los congresistas proisraelíes lo interrogaron acerca de una entrevista que le había concedido a Aaron David Mille en 2006, cuando declaró que «el lobby judío intimida a mucha gente [del Capitolio]». Al usar la palabra «judío» en lugar de «israelí» abrió la puerta a las acusaciones de antisemitismo. Tuvo que pasar por lo que Stephen Walt denominó del «circo» del *mea culpa* y demostrar que era leal a Israel para salvar su candidatura[90].

En el fondo del problema, como lo describió Obama, radicaba un nexo de los grupos lobistas y activistas proisraelíes en Washington que ejercía presión sobre su presidencia a cada momento, pese a que él se consideraba «ferozmente protector» de Israel y le había proporcionado un fuerte respaldo económico, político y militar. Obama no parecía pensar que él fuese el único que soportaba esta dificultad. Como escribió:

> A los miembros de ambos partidos les preocupaba enojar al Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos - Israel, una poderosa organización de lobby bipartidista, dedicada a garantizar un apoyo incondicional de Estados Unidos a Israel[91].

«Yo había cumplido con la promesa de mejorar la cooperación entre Estados Unidos e Israel en todo momento», señalaba Obama, lamentando la aparente falta de gratitud como respuesta a este respaldo.

> Sin embargo, el ruido orquestado por Netanyahu tuvo el efecto intencionado de consumir nuestro tiempo, poniéndonos a la defensiva, y recordándome que las diferencias políticas normales con un primer ministro israelí –incluso uno que se mantenga gracias a un frágil Gobierno de coalición– provocaban un coste político que no existía cuando trataba con Reino Unido, Alemania, Francia, Japón, Canadá o cualquiera de nuestros aliados más cercanos[92].

Mientras continuaba el propio giro político de Israel hacia la extrema derecha, escribía Obama a continuación, el AIPAC mantenía también una enérgica insistencia en que:

> No debería haber «resquicio alguno» entre el Gobierno estadounidense y el israelí, aunque Israel emprendiera acciones contrarias a la política estadounidense.

Esto creaba un dilema serio para cualquier político estadounidense que intentase mantener un compromiso con los principios progresistas, y no hablemos de quienes se inclinaran de manera significativa a la izquierda. Las consecuencias de enojar al AIPAC y a otras organizaciones proisraelíes podían ser terribles para cualquier político de Estados Unidos.

Obama describió con detalle un caso que ilustra el tipo de presión al que estuvo sometido, cuando en 2011 repitió su llamamiento a Israel para que paralizase los asentamientos. «Los teléfonos de la Casa Blanca empezaron a echar humo» después de que Obama pidiese a las autoridades israelíes que congelasen la actividad de asentamiento; y añadió que se había convertido en objetivo de una «campaña de susurros» que lo calificaban de persona hostil a Israel[93]. Sus propios partidarios judíos se vieron obligados a defenderse de esta campaña de rumores que alegaba la hostilidad íntima de Obama hacia Israel, supuestamente demostrada por su amistad con unos cuantos académicos palestinos y sus expresiones periódicas de simpatía hacia quienes viven bajo la ocupación israelí.

Merece la pena comparar estos recuerdos con el discurso que Obama pronunció en la convención anual del AIPAC de 2011. Hizo todo lo posible por resaltar su compromiso con «un Israel fuerte y seguro», por formar parte del interés nacional de Estados Unidos, y siguió definiendo a Israel en términos familiares y satisfactorios para los asistentes a la convención del AIPAC: «Israel vive en un vecindario muy duro», que «yo he visto de primera mano», en referencia a la visita a Sederot, la ciudad de desarrollo israelí atacada con cohetes Qassam desde la Franja de Gaza. Se jactó asimismo de su aportación a la colaboración en seguridad con el desarrollo de la «Cúpula de Hierro», el sistema de defensa contra cohetes, y la describió como la mejor solución para el «duro vecindario»: «Por eso ponemos las tecnologías más avanzadas a disposición de nuestros aliados israelíes»[94].

Recibió un fuerte aplauso cuando definió el curso de las futuras sanciones contra Irán; poco sabía que ese sería el principal motivo de disputa con el AIPAC en su segundo mandato. Continuó adoptando plenamente la posición israelí acerca de la unidad palestina. Cualquier

acuerdo entre Hamás y Fatah, declaró, «es peligroso» y repitió el mantra obligatorio para cualquier político proisraelí: «Hamás es una organización terrorista». Por entonces, había una exigencia adicional: la liberación incondicional de Gilad Shalit, el soldado israelí capturado, sin mencionar los miles de presos políticos palestinos retenidos por Israel.

Se produjo un choque indirecto con la posición de Benjamin Netanyahu acerca de la cuestión palestina. Obama hizo referencia en su discurso a la solución de los dos Estados, añadiendo, y esto le valió una ronda de aplausos, la promesa de un «intercambio de tierras» y un «Estado desmilitarizado» en un punto no determinado del futuro.

En el segundo mandato de Obama, la Operación Margen Protector, lanzada en 2014, supuso un nuevo reto para la relación con Israel. Entre el 8 de julio y el 26 de agosto de 2014, Israel lanzó la mayor operación hasta ese momento contra Hamás en la Franja de Gaza, que, como ocurrió con las precedentes, convirtió la Franja en una zona de desastre, y complicó aún más las condiciones de vida ya de por sí insoportables causadas por años de sitio israelí. La cifra de muertos fue mayor que las anteriores; 2.300 palestinos y sesenta y seis soldados y seis civiles israelíes fallecieron durante la operación.

Sucesos como estos intensificaban el impulso propalestino en la sociedad y en los medios de comunicación alternativos de Estados Unidos, y en ocasiones lo hacían llegar incluso a los medios convencionales de manera discreta, pero el AIPAC inició frecuentes iniciativas legislativas y declaraciones de congresistas desde agosto de 2014 hasta finales de año, con el objetivo de justificar el ataque israelí como una guerra de defensa propia. Estas cálidas palabras fueron acompañadas de acción. Incluso antes de que terminase el ataque israelí, el 4 de agosto de 2014, el Congreso de Estados Unidos aprobó por mayoría abrumadora una ley que proporcionaba a Israel 225 millones de dólares adicionales a la ayuda anual que tenía asignada. Debería resaltarse que se trató de una iniciativa presentada por ambos partidos[95].

Tan poderosa fue esta campaña que el nuevo secretario de Estado de Obama, John Kerry, tuvo que amonestar en repetidas ocasiones a ambas partes del Congreso y exigirles cierto control. Se declaró consternado ante la situación, mientras su delegación en Naciones Unidas vetaba cualquier intento de condenar a Israel en el Consejo de Seguridad.

Pero el presidente, como todos los presidentes, tenía sus líneas rojas, trazadas cuando se puso seriamente sobre la mesa un acuerdo referente a la capacidad nuclear de Irán. Si los palestinos esperaban que el principal conflicto entre Barack Obama, el AIPAC y el lobby proisraelí en general fuese la cuestión palestina, se decepcionaron al final de los dos mandatos. Obama acabó enfrentándose al lobby, pero la cuestión principal no fue Palestina, sino Irán. El AIPAC se movilizó por un intento de firmar un acuerdo definitivo en el que Irán estaba dispuesto a congelar, o al menos ralentizar, su desarrollo nuclear a cambio de que se retirase el régimen de sanciones hasta entonces liderado por Estados Unidos.

EL ENFRENTAMIENTO DE OBAMA CON NETANYAHU Y EL AIPAC ACERCA DE IRÁN, 2015-2016

Un caluroso día de julio de 2015, el Palais Coburg de Viena albergó a diversos estadistas internacionales. Con más de un siglo, el palacio rezumaba la opulencia del Viejo Mundo, aunque dotado de todos los lujos contemporáneos. Diseñado en 1839 por el arquitecto Karl Schleps en estilo neoclásico, exigió altos niveles de mantenimiento constante a lo largo de los años para protegerlo del hollín que la modernización urbana llevaba a muchas partes de la ciudad. Tardó cinco años en construirse y se inauguró en 1845. Está situado en el Braunbastion (bastión marrón), que databa de 1555 y fue demolido poco después de la construcción del Palais Coburg. Pronto los habitantes de la capital austriaca empezaron a llamarlo el Spargelburg (el castillo de los espárragos) por sus delgadas columnas exentas. La última Sajonia-Coburgo y Gotha propietaria del edificio, Sarah Aurelia Halász, viuda de Philipp Josias de Sajonia-Coburgo y Gotha, vivió en él hasta su fallecimiento en 1994, aunque se lo había vendido a un agente inmobiliario en 1978. Tras la restauración efectuada en la década de 2000, se convirtió en hotel de lujo.

La fachada blanca del hotel estaba pulida, y su interior relucía en espera de gran número de dignatarios mundiales que se apeaban de una sucesión de berlinas negras. La lista de invitados ilustres la encabezaba el secretario de Estado estadounidense, John Kerry. A los periodistas no les resultaba fácil ver quién llegaba, porque una pantalla de vidrio verde cubría la elegante entrada principal del hotel. Pero sí podían apreciar la belleza de

las dos plantas, con columnas semejantes a espárragos que separaban elegantes ventanas. Sobre el tejado se elevaban seis estatuas, que flanqueaban el escudo de mármol del antiguo palacio. Los invitados ocuparon las treinta y tres suites ofrecidas por el hotel.

El Gobierno austriaco se esforzó por hacerles la vida tan cómoda como fuese posible a los equipos de negociación. El Gobierno pagó la cuenta de los invitados y regaló galletas y chocolate de la marca austriaca *Mozartkugeld*. Entre reuniones, los invitados disponían de bufés de desayuno, fastuosos almuerzos y cenas a diario. Como observó un industrioso periodista de *The Guardian,* los iraníes, los estadounidenses y los británicos parecían pensar que su propia cocina era superior (algo completamente inexplicable en el caso del último grupo) y se llevaron su propia comida: los iraníes, uvas pasas verdes y pistachos; los estadounidenses, cinco kilos de Twizzlers con sabor a fresa, diez quilos de barritas de queso y quince kilos de frutos secos con pasas. El equipo británico se movía entre Viena y Londres, y se llevaba galletas de Marks & Spencer. Solo los franceses parecieron disfrutar de la comida local, e incluso asaltaron la famosa bodega de vinos del hotel[96].

No todo fue tan cómodo, sin embargo. Los dieciocho días de negociaciones tuvieron lugar en medio de una insólita ola de calor y, como la mayoría de los hoteles continentales, el Coburg no se había adaptado aún al calentamiento planetario, de modo que el sistema de aire acondicionado no era demasiado potente. Fue, por lo tanto, un verdadero esfuerzo para diplomáticos y políticos, la mayoría con más de sesenta años, y con los achaques propios de la edad.

Aunque sus esfuerzos dieron fruto y, tras trabajar literalmente día y noche, dieron los toques definitivos a lo que se conocería como el «acuerdo nuclear con Irán», cuyos principios generales se habían acordado en Lausana, Suiza, el 2 de abril de 2015. Allí, Estados Unidos se unió a la Unión Europea, Rusia y China en la declaración y la firma de un acuerdo con Irán que debía orientar las capacidades nucleares de este a objetivos pacíficos. El presidente Barack Obama afirmó que se había alcanzado «un acuerdo histórico», y lo consideró un trato muy bueno[97].

Esto puso fin a dos años de trabajo del Gobierno de Obama, que habían comenzado en marzo de 2013, cuando Estados Unidos inició una serie de conversaciones secretas con Irán en Omán. La elección de Hasán Rohaní,

considerado un «moderado» por Occidente, como presidente de Irán aceleró el proceso y la reconciliación entre los dos países. La conversación telefónica entre Rohaní y Obama, en septiembre de ese año, fue el primer contacto entre jefes de Gobierno de Estados Unidos e Irán, un momento histórico.

En noviembre de 2013 se había firmado ya en Ginebra un acuerdo provisional, denominado Plan de Acción Integral Conjunto, que abrió el camino hacia el acuerdo de Viena.

Para el presidente Obama, el trabajo duro no había hecho más que empezar. Sabía que tendría que usar el veto presidencial para superar la oposición de la mayoría republicana en el Congreso, que en lo referente al tratado nuclear con Irán también tenía varios aliados en el Partido Demócrata. Obama tenía el apoyo de 150 demócratas en la Cámara de Representantes, los que necesitaba para sostener el veto.

La principal campaña contra el acuerdo la dirigió el AIPAC, con algunos otros componentes del lobby proisraelí formal e informal. El AIPAC creó un nuevo grupo: Ciudadanos por un Irán sin Energía Nuclear [Citizens for a Nuclear Free Irán]. El grupo tenía un presupuesto de 20 millones de dólares. Sus principales promotores eran anónimos, y cuando *The New York Times* se puso en contacto con dos de sus miembros para preguntar de dónde provenían los recursos financieros, estos declararon no estar autorizados a revelar información más detallada al respecto[98].

El AIPAC empleó grandes sumas de dinero en el esfuerzo de impedir el acuerdo. En esta campaña invirtió cuarenta millones de dólares. La mayor parte del presupuesto se destinó a anuncios de televisión en los estados en los que residían los legisladores indecisos; pero en muchos casos, los lobistas volaron a estos estados para ejercer una presión directa sobre los legisladores que vivían en cada uno de ellos. De manera optimista pero equivocada, la revista *The Nation* creyó que este acto destruiría al AIPAC. Sí lo perjudicó, pero de manera menos desastrosa de lo que predijo *The Nation*[99].

Esta campaña fue exigida y orquestada por el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, que, como buen general, acudió en persona al campo de batalla, armado con insinuaciones de antisemitismo e islamofobia, escenarios apocalípticos y pueriles representaciones gráficas sobre el peligro iraní esbozadas en un tablero de dibujo[100]. Acudió a una

sesión conjunta de ambas cámaras del Congreso, sin invitación oficial, en marzo de 2015, una aparición gestionada por el embajador de Israel en Estados Unidos junto con el presidente de la Cámara, Joh Boehner (republicano, Ohio). El presidente y el Partido Demócrata vieron esta aparición no solicitada como un incumplimiento insultante de las normas diplomáticas. Muchos demócratas boicotearon el discurso de Netanyahu, señalando que formaba parte de un intento de obtener la reelección en Israel. Sin embargo, esta protesta planteada por unos cincuenta demócratas no le impedía asistir. Pronunció un discurso ante una sesión conjunta del Congreso. El gran ensayo de este discurso se produjo en la convención anual del AIPAC organizada en Washington en 2015. También efectuó una retransmisión por Internet, pidiendo a la comunidad judía de Estados Unidos que hiciera lo posible por impedir el acuerdo nuclear con Irán[101]. En ese momento, la mayoría de los expertos coincidió en que este combativo discurso pronunciado ante el Congreso en marzo había tenido tan mala acogida que el acuerdo se aprobaría con seguridad.

A consecuencia de esta visita, el AIPAC emprendió una intensa actividad lobista contra la aprobación del acuerdo con Irán. Iba dirigida en exclusiva al Partido Republicano, porque cualquier esfuerzo de este tipo dirigido al Partido Demócrata sería un completo fracaso. El lobby solo convenció a dos senadores, y a un puñado de representantes, demócratas de unirse a su campaña, mientras que Obama logró en el Senado treinta y cuatro votos más de los que necesitaba para asegurarse de que sus oponentes no pudieran reunir la mayoría de dos tercios a prueba de veto que les permitiría bloquear el tratado.

Obama contraatacó con ferocidad. No midió sus palabras cuando supo que el AIPAC había invertido casi 40 millones de dólares en la campaña contra el acuerdo nuclear con Irán. Comparó a quienes se oponían al acuerdo con aquellos que habían provocado el empecinamiento conducente a la invasión de Irak en 2003.

Les dijo a los directivos del AIPAC que «devolvería con dureza el golpe» contra cualquier anuncio concreto del AIPAC que le provocara indignación. El AIPAC había usado a varias organizaciones para difundir su campaña, que denominó la «campaña relámpago». Uno de esos grupos fue Estados Unidos Seguro Ya [Secure America Now], que publicó un anuncio en el que mostraba una entrevista con una mujer cuyo marido

había muerto en Irak por un artefacto explosivo improvisado, supuestamente fabricado en Irán. La mujer declara lo siguiente: «y ahora el presidente Obama va a firmar un acuerdo que permita a Irán conseguir armas nucleares»[102]. Obama reunió la ayuda de veintinueve de los más destacados científicos y expertos en política nuclear de Estados Unidos, incluidos cinco premios Nobel y otros muchos sabios, que respaldaron con firmeza el acuerdo nuclear con Irán en las páginas del *New York Times*. Richard Garwin, Siegfried Hecker (exdirector del Laboratorio Nacional de Los Alamos), Freeman Dyson, Sidney Drell y otros muchos nombres conocidos, físicos teóricos y expertos en control de armamento manifestaron su apoyo[103].

El AIPAC tenía suficiente fuerza como para intimidar a algunos de los que querían aliarse con el presidente. Los legisladores judíos del Congreso fueron sometidos a la presión más intensa por parte de activistas contrarios al acuerdo. El representante Steve Cohen (demócrata, Tennessee), que en agosto anunció que apoyaría el acuerdo, afirmó haber soportado un torrente de ataques en redes sociales de votantes apasionadamente opuestos que cuestionaban su religión, su inteligencia y lo llamaban *kapo* –un término usado para calificar a los prisioneros de los campos de concentración nazis encargados de supervisar los trabajos forzados– presionándolo para que se opusiera al acuerdo. Cohen y otros estaban convencidos de que el lenguaje del AIPAC estaba escalando debido al estímulo de Ron Dermer, embajador israelí en Washington. Lo que aprendieron de él fue lo que todo sionista progresista, judío o no, acabaría comprendiendo en el Reino Unido y el Estados Unidos del siglo XXI: el respaldo tiene que ser total. Como explicó Cohen, «esto es lo que hay, lo tomas o lo dejas, y si estás del otro lado, te equivocas»[104]. Cohen pensó, sin embargo, que los métodos burdos empleados por el AIPAC para presionarlo a él y a sus compañeros se volvieron en contra de la organización, y culparon principalmente a Dermer por empeorar la posición del AIPAC por asociación.

A una conclusión similar llegó Chris Coons, representante demócrata por Delaware, objetivo de la agresiva campaña del AIPAC contra políticos concretos que manifestaban dudas. En su caso, la belicosidad tampoco dio fruto. Como Coons declaró a *The Washington Post:*

> En los senadores con los que he hablado que se han mantenido comparablemente indecisos en esto –en cuyos estados los anuncios eran mucho más agresivos que los de aquí– ha sido contraproducente […] en lugar de hacerlos sentirse obligados a votar contra el acuerdo, los ha hecho experimentar resentimiento[105].

Con independencia de que la beligerancia de Netanyahu le ayudara o no, Obama pudo celebrar una de las raras victorias contra el lobby más poderoso de Washington. Obtuvo suficiente respaldo en el Senado como para proteger el pacto de los intentos de desmantelarlo. Todos se apresuraron a declarar el final de la influencia del AIPAC en el Capitolio. ¿Había ganado de hecho la Casa Blanca una victoria duradera, que garantizase el futuro del acuerdo con Irán? ¿Había perdido el AIPAC su influencia férrea sobre los legisladores en cuestiones relacionadas con Israel? En retrospectiva sabemos que la respuesta a estas dos preguntas es que no. Pero en 2015, se veía de manera distinta.

Robert Wexler, congresista por Florida y posteriormente director del Centro para la Paz en Oriente Próximo, pensó que el AIPAC se había vuelto irrelevante y había perdido el contacto con las nuevas realidades de Estados Unidos, al igual que Netanyahu:

> El primer ministro Netanyahu conoce el Estados Unidos que eligió al presidente Ronald Reagan. No está en absoluto familiarizado con el Estados Unidos que ha elegido al presidente Barack Obama. Y son dos Estados Unidos completamente distintos[106].

El director de J Street, Jeremy Ben-Ami, pensó lo mismo respecto al AIPAC:

> Solía pasar que el AIPAC pudiera dirigir los votos en una situación como esta a base de resaltar el coste político que tendría el ir en su contra. Eso ya no le funciona tan bien, en especial con los demócratas, que reconocen que la mayoría de sus votantes de la comunidad judía respaldan este acuerdo […] Los días en los que el AIPAC podía presentarse como la única voz de los judíos estadounidenses en estos temas se han terminado[107].

El enfrentamiento por el acuerdo iraní fue, de hecho, un hito en la historia del AIPAC. La primera vez que la organización tuvo que enfrentarse a un lobby competidor de importancia: J Street, que se puso del lado de las políticas de Obama tanto en lo referente a Palestina como a

Irán. Cada vez más voces alternativas empezaron a sumarse al clamor por la justicia en la esfera pública. Estas voces siempre habían estado, pero antes no lograban hacerse oír por encima del ruido hecho por el lobby proisraelí.

LOBBIES OPUESTOS

J Street se fundó en la segunda mitad de 2007. Su mensaje era sencillo: ser proisraelí significa ser partidario de la paz. Se promovió como una antítesis al nuevo discurso que equiparaba el sionismo progresista con las actitudes contrarias a Israel e incluso con el antisemitismo, difundido por Benjamin Netanyahu en Israel, y adoptado también por el AIPAC. Se asemejaba a lo que podría haber sido el AIPAC de no haberse atrincherado en la extrema derecha del espectro político.

Su objetivo declarado era empujar Estados Unidos hacia la función de intermediario exclusivo para la paz a favor de la solución de los dos Estados, de una forma aceptada por los partidos sionistas progresistas de Israel. Sus esfuerzos fallaron un poco en 2011, cuando se opusieron al reconocimiento de Palestina como Estado independiente en Naciones Unidas[108]. Es muy difícil, por lo tanto, detectar si tienen una política clara en la cuestión palestina. Por una parte, J Street ha dedicado una sección especial en su página digital a enumerar con orgullo todas las veces que ha condenado a la Autoridad Palestina[109]. Por otra, en enero de 2011, recomendó al presidente Obama que no vetase una resolución del Consejo de Seguridad que condenaba la política de asentamientos aplicada por Israel. En 2012, J Street se implicó más positivamente en el respaldo a la idea de establecer un Estado palestino, una posición que se manifestó en su esfuerzo por bloquear a dos representantes republicanos que intentaban aprobar legislación contra el apoyo estadounidense a la Autoridad Palestina y por ayudar a desbaratar esta iniciativa, que también les costó a los dos republicanos sus escaños en las siguientes elecciones[110].

Dada la procedencia de sus principales donantes y recaudadores de fondos (como Alan Solomont, el mayor recaudador de fondos para los demócratas), parece que el principal propósito de J Street era llenar el vacío producido en la política judía estadounidense por la hostilidad abierta del AIPAC hacia el Partido Demócrata[111]. Pese a que el

sionismo progresista parecía estar en decadencia en Israel, J Street afirmaba que seguía siendo una tendencia política importante en Estados Unidos.

El modo de acción de J Street imitaba los métodos del AIPAC, a saber, asociar la financiación y el respaldo a los candidatos políticos con la esperanza de obtener la lealtad de estos a las políticas promovidas por el lobby. En 2016, J Street había invertido varios millones de dólares en actividades de este tipo que, de acuerdo con su propio informe, hacían referencia a 124 candidatos. Como el AIPAC, J Street tenía su Fondo Educativo y su propio sindicato estudiantil. Una diferencia llamativa respecto al AIPAC era su voluntad, su deseo de hecho, de recibir donaciones de fuentes no judías, como el empresario estadounidense de origen libanés Naseer Beydoun[112].

La financiación de J Street equivale aproximadamente a una décima parte de la del AIPAC. Es difícil obtener una imagen clara del presupuesto de cualquiera de los dos lobbies. De acuerdo con la legislación estadounidense, las organizaciones disfrutan de confidencialidad en cuestión de financiación: el último presupuesto publicado por el AIPAC fue el de 2013, cuando declaró que ascendía a 66 millones de dólares[113], y hoy se calcula que es de 300 millones. En el caso de J Street, el debate público acerca de su financiación no se centró tanto en la cantidad como en la fuente. El tabloide *Washington Times* afirmó que George Soros donaba en torno al 15% del presupuesto del lobby (es ilegal recibir apoyo financiero de intereses extranjeros en Estados Unidos)[114]. Mientras Benjamin Netanyahu permaneció en el poder (2009-2021), no estaba claro a quién representa J Street, puesto que el Gobierno israelí se negaba a colaborar con él. El inestable Gobierno de coalición formado por Naftali Bennett en 2021 incluía partidos que mantenían lazos estrechos con J Street, una constelación política que daba más crédito a la idea de lobby sionista progresista; sin embargo, este fue solo un breve interludio antes del regreso de Netanyahu al poder. Queda por ver si el sionismo progresista ejercerá alguna influencia, tanto en Israel como en Estados Unidos.

J Street no fue el único en actuar como contrapeso al AIPAC. Durante la presidencia de Obama, organizaciones árabes-estadounidenses y palestinas-estadounidenses comenzaron a presentar su propio relato, que

encontró cada vez más oyentes. Hasta el momento, no han logrado influir en la política del mismo modo que el lobby proisraelí. Pero en ciertos momentos han conseguido efectuar intervenciones significativas, y por lo tanto merecen ser examinados, comenzando por sus orígenes en grupos más pequeños, durante el Gobierno de Bush padre.

Tras un silencio relativamente prolongado, los «arabistas» hicieron oír su voz de nuevo en apoyo a Palestina durante el mandato de Bush padre. Por desgracia, solo mantenían posiciones secundarias y no desempeñaban función alguna en el proceso de toma de decisiones que modeló la política estadounidense en Oriente Próximo en el periodo transcurrido entre los Acuerdos de Oslo y el segundo mandato de Netanyahu (1993-2009). En 2003, los arabistas veteranos presentaron una impresionante demanda que acusaba a George W. H. Bush de perjudicar gravemente el interés nacional de Estados Unidos al ocupar Irak y respaldar de manera incondicional las políticas israelíes[115]. El impacto de esta medida fue apagado, sin embargo: la política estadounidense llevaba demasiado tiempo siguiendo las líneas proisraelíes como para cambiar de curso con tanta rapidez. Durante la presidencia de Bush padre no podrían haber despertado a Estados Unidos.

No obstante, esta perspectiva disidente en política exterior se fortaleció con la creación de American Educational Trust [AET - Fundación Educativa Estadounidense], conocida por su publicación, *The Washington Report on Middle East Affairs*. AET fue fundada en 1982 por funcionarios jubilados del servicio de Exteriores de Estados Unidos como lobby de contrapeso al AIPAC para influir en la política estadounidense no solo respecto a Israel sino también Oriente Próximo en su conjunto. Como los «arabistas» antes que ellos, su mensaje se basaba en el conocimiento profundo del área, su historia y su cultura. Entre ellos se encontraban antiguos embajadores, funcionarios de diversos organismos gubernamentales y congresistas (aunque de estos últimos solo un puñado).

AET fue también muy eficaz para sacar a la luz actividad más clandestina del AIPAC, pero al lobby proisraelí le daba más miedo J Street. El AIPAC intentó contrarrestar al nuevo lobby financiando un grupo de acción específico. William Kristol reunió en 2010 un grupo de republicanos de derecha, declarando que estaba inspirado por J Street, principalmente como modelo de grupo de presión relativamente pequeño y

que causa gran revuelo. El «gran revuelo» que Kristol quería crear era equiparar todas y cada una de las críticas a Israel con el antisemitismo. Esta trama sería perfeccionada al otro lado del Atlántico, como veremos. Pero la estrategia nunca necesitó aplicarse en su totalidad en Estados Unidos, porque en 2015 Israel exigió que todos los miembros del lobby centrasen su atención en la política de Obama respecto a Irán. De nuevo el lobby proisraelí tuvo que incluir a los sionistas cristianos, que consideraban a Obama el nuevo Anticristo y se mostraron encantados de ayudar[116]. Sin embargo, AET y J Street formaban parte de una coalición más amplia que se integraba en el movimiento de solidaridad con Palestina en la sociedad civil, y en las universidades en especial. Tras los ataques repetidos de Israel a la Franja de Gaza en 2006, 2008-2009, 2012 y 2014, que provocaron la muerte de miles de palestinos, el movimiento ganó impulso. En su núcleo se situaban jóvenes estadounidenses de procedencia musulmana, árabe y palestina, que trabajaban en colaboración con progresistas judíos, afroamericanos, nativos estadounidenses y otros grupos de estudiantes comprometidos mediante una red de grupos de solidaridad con Palestina. Estos han ido cambiando poco a poco el paisaje político en las universidades de Estados Unidos hasta hoy.

Y sin embargo, pese a todos estos grupos de presión alternativos, y a la valiente actuación de Obama en su enfrentamiento con Netanyahu por el acuerdo con Irán, tenemos que recordar que esta victoria exigió un veto presidencial. Depender de la presidencia sería una estrategia arriesgada para quienes se oponían al AIPAC. Cuando Trump entró en la Casa Blanca, el AIPAC se enorgulleció nuevamente de la política estadounidense, y el reloj retrocedió en las negociaciones posteriores con Irán. Como el acuerdo del AWACS en tiempos de Reagan, el acuerdo nuclear con Irán era un recordatorio amargo de las limitaciones del AIPAC, pero la organización confiaba en su capacidad de recuperación. Aun así, había sufrido un daño claro: este asunto perjudicó aún más la relación del AIPAC con el Partido Demócrata. Siempre que hay un presidente demócrata, como Joe Biden en el momento de escribir este libro, existe la posibilidad de que la influencia del AIPAC pierda su filo, aunque seguimos esperando que eso ocurra.

Por otro lado, si el AIPAC no hubiera estado tan centrado en sí mismo, habría comprendido que lo verdaderamente importante para el lobby

proisraelí era que Israel se había beneficiado de enormes acuerdos de ayuda durante la presidencia de Obama, incluido un impresionante paquete de 38.000 millones de dólares en su último año.

Por eso resultaba tan extraña la absoluta intransigencia del AIPAC respecto a Irán: con Obama, Israel recibió una ayuda militar más generosa que en cualquier otro momento posterior a 1948. Y sin embargo, cuando se produjo el enfrentamiento por Irán, toda la generosidad del presidente con Israel se olvidó. El lobby, pese a la experiencia de sesenta y cinco años que tenía a sus espaldas, se mostró dispuesto a dejarse consumir por la ambición de un hombre que consideraba la batalla del acuerdo con Irán su billete para permanecer en la cómoda morada de la calle Balfour, la residencia oficial del primer ministro israelí.

¿Había alternativa? Sí, pero exigía una voluntad política hercúlea. El gesto de despedida del Gobierno, cuando, en diciembre de 2016, Estados Unidos se abstuvo en una votación del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en la que se condenó a Israel por mantener sus actividades de construcción de asentamientos en Cisjordania y en Jerusalén, nos ofrece un indicio de cómo podría haber sido la presidencia de Obama. Los gobiernos estadounidenses anteriores habrían votado contra dicha condena como de ordinario. Fue la última acción de Obama respecto a Palestina, y solo logró reunir la voluntad para hacerlo cuando su carrera presidencial ya había terminado.

El nuevo presidente, elegido en una de las elecciones más controvertidas de la historia estadounidense, estaba dispuesto a pasar una nueva página en la relación del Gobierno con el AIPAC. Y el AIPAC estaba muy dispuesto a pasar por alto las desafortunadas declaraciones sobre los judíos hechas por el presidente.

UNA RELACIÓN PROBLEMÁTICA, PARA EL AIPAC PERO NO PARA ISRAEL, DURANTE LA PRESIDENCIA DE TRUMP

El último anuncio de la campaña que llevó a Donald Trump a ganar las elecciones presidenciales de 2016 mostraba imágenes de judíos, como el multimillonario George Soros y la presidenta de la Reserva Federal Janet Yellen, representantes del poder mundial que corrompe gobiernos. Esto fue unido a un indignante comentario del candidato tras un mitin neonazi

organizado en Charlottesville, afirmando que los participantes eran «muy buena gente»[117]. Algunos pensaron que estos comentarios imprudentes podrían haber animado en parte a los perpetradores de un ataque contra una sinagoga de Pittsburgh, en el que once personas murieron asesinadas[118].

A juzgar por las apariencias, la conducta de Trump no le preocupó al AIPAC, hasta el punto de que la organización lo invitó a su convención de 2016. Sin embargo, a diferencia del Gobierno israelí, que con Netanyahu tenía muchos aliados antisemitas declarados, como Viktor Orbán, primer ministro de Hungría, el AIPAC no podía fácilmente pasar por alto a los aliados antisemitas.

La retórica y la acción antisemitas de Trump hicieron que varios individuos y organizaciones afiliados al AIPAC solicitasen que el lobby no lo invitara. Entre ellos se incluían el Círculo de Trabajadores [Worker's Circle], IfNotNow [Si ahora no], y un grupo creado exprofeso, Judíos Contra Trump [Jews Against Trump], que distribuyó una petición en la que declaraba lo siguiente: «Como judíos y estadounidenses, condenamos el discurso de odio en todas sus formas»[119]. La petición del Círculo de Trabajadores declaraba: «Nos horroriza que inviten ustedes a Donald Trump a hablar en la próxima convención sobre política, y los instamos a retirar la invitación de inmediato»[120].

IfNotNow es un movimiento de jóvenes judíos que se oponen a los puntos de vista del AIPAC. Su página digital describe el grupo como «un movimiento de judíos estadounidenses» que exige «el fin del apoyo estadounidense al sistema de apartheid israelí y exige igualdad, justicia y un futuro próspero para todos los palestinos e israelíes»[121]. Como era de esperar, usaron las palabras más duras contra el presidente:

> Si alguien debería enfrentarse a un neofascista que amenaza e intimida a las minorías esa es la comunidad judía estadounidense. La historia de persecución por parte de autócratas que nos culpaban de los males de la sociedad ha hecho que los judíos estadounidenses llevemos mucho tiempo luchando por la libertad y la dignidad de todas las personas[122].

Un día antes de que hablase Trump, la Unión para el Judaísmo Reformista, en representación de la comunidad judía más extendida en Norteamérica, declaraba lo siguiente:

> El Movimiento Reformista y nuestros líderes nos relacionaremos con el Sr Trump en la Convención sobre Política del AIPAC de una forma que afirme la democracia de nuestra nación y nuestros valores judíos más preciados. Buscaremos una forma apropiada y potente de hacer oír nuestra voz[123].

Las declaraciones de protesta fueron seguidas de una manifestación masiva ante el salón de convenciones bajo la pancarta «Unidos contra el odio», cuyos organizadores afirmaban su intención de abandonar la sala cuando Trump pronunciara su discurso:

> Nos hemos comprometido a decir que Donald Trump no habla en nuestro nombre ni nos representa, y que sus valores no son los valores del AIPAC. No son los valores de la comunidad judía[124].

Pero esta crítica no sirvió para que se le retirase la invitación a Trump; y tampoco se le tuvieron en cuenta las diatribas populistas contra rivales del Partido Republicano como Ted Cruz y John Kasich, y contra la candidata demócrata Hillary Clinton.

De hecho, quienes criticaban a Trump eran voces que clamaban en el desierto. Tanto las bases como la mayoría de los directivos del AIPAC dieron una cálida acogida a Trump, que declaró «soy un recién llegado en política, pero no en el respaldo al Estado judío». Cada frase que pronunció acerca de lo que había hecho por Israel fue recibida con un ruidoso aplauso.

El discurso estuvo dedicado en su mayor parte a cómo se enfrentaría a Irán, al que acusó de financiar el «terrorismo» no solo en la Franja de Gaza sino también en Cisjordania. El resto fue una diatriba acerca de cómo habían tratado Hillary Clinton y Barack Obama a Israel: «muy, muy mal».

Se crea o no, necesitó leer esta línea especialmente compleja en el teleprompter, no la pronunció de manera improvisada. Pero no pudo resistirse a salirse del guion para calificar a Hillary Clinton, exsecretaria de Estado con Obama, de «desastre total». Para claro bochorno de algunos altos cargos del AIPAC, Trump recibió una ruidosa aprobación al afirmar que Barack Obama era «probablemente lo peor que le ha ocurrido a Israel»[125].

El siguiente apartado del discurso era una completa invención de un escenario en el que Naciones Unidas impondría una solución a Israel y

solo Trump podría evitarlo. Calificó los años de Obama como «los días en los que se trató a Israel como ciudadano de segunda categoría». Acusó a la Autoridad Palestina de fomentar una cultura de odio a los judíos y afirmó que «la mitad de la población de Palestina ha sido absorbida ya por el ISIS palestino y por Hamás», argumentos tomados de los discursos de Netanyahu. De manera más irónica, afirmó que «Israel no les pone el nombre de terroristas a las plazas públicas». Como israelí, puedo mencionar muchas, muchas plazas con nombres de terroristas sionistas como Irgun y Stern, pero por supuesto son héroes del Estado judío.

Concluyó volviendo a las invectivas personales contra Clinton y Obama, y consiguió que la multitud del AIPAC lo ovacionase de pie. A juzgar por el lenguaje corporal de los directivos del AIPAC durante esa diatriba, parece que los hizo retorcerse un poco en sus sillones.

Tal vez quienes se oponían a la invitación no hicieran oír su voz por una advertencia previa que recibieron del AIPAC en forma de mensaje electrónico enviado a los asistentes a la convención, en el que se afirmaba que cualquier interrupción ruidosa del discurso de Trump provocaría una expulsión permanente de los actos del AIPAC. He aquí parte del mensaje:

> Tienes derecho a mostrar tu desacuerdo con un conferenciante, pero se espera que lo hagas silenciosamente y con respeto, de manera que refleje los altos valores de orden del AIPAC y los tuyos en cuanto activista. Si decides interrumpir el programa, entiende que se procederá a tu expulsión, se te retirarán las credenciales de la convención, y será el último acto del AIPAC al que asistas[126].

Como presidente, Trump fue divisivo y prometió aplicar políticas que contradecían el sistema de valores que la mayoría de los judíos de Estados Unidos consideraba sacrosanto. Sus promesas de hacer redadas de inmigrantes y construir un muro en la frontera con México causaron incomodidad entre muchos de los asistentes a la convención de 2016. Oficialmente, el AIPAC denunció la crítica contundente a Obama. Al día siguiente del espectáculo de Trump, la presidenta del AIPAC, Lillian Pinkus, se salió de la agenda programada para distanciar a la organización de los comentarios hechos por él. «En la velada de ayer ocurrió algo que tiene el potencial de fraccionarnos, de dividirnos», dijo Pinkus, y añadió que:

> Decimos inequívocamente que no consentimos agresiones personales y que nos ofenden en extremo las vertidas desde nuestro estrado contra el presidente de los Estados Unidos de América. Aprovechemos este momento para prometernos a nosotros mismos que en esta temporada política divisiva y llena de tensión […] quienes desean dividir a nuestro movimiento desde la izquierda y desde la derecha no lo lograrán[127].

Concluía comentando que la salida de tono de Trump debilitaba los esfuerzos del grupo para ampliar la base del movimiento proisraelí, y declaraba que «nos decepciona que tantas personas hayan aplaudido un sentimiento que no aprobamos y con el que no estamos de acuerdo». Parecía olvidar que había sido el propio AIPAC el que había invitado a Trump al estrado.

Los directivos del AIPAC siempre podían hacer ambas cosas: aprobar y condenar en la misma frase. En realidad, el AIPAC estaba abrumadoramente satisfecho con Trump y las políticas que había propuesto, incluida la promesa de trasladar la embajada estadounidense a Jerusalén –una promesa que cumplió durante su primer año de presidencia– y la objeción al acuerdo con Irán.

De hecho, las cosas deberían haber sido más fáciles para el AIPAC y el lobby proisraelí en general cuando Donald Trump fue elegido. Él y quienes lo rodeaban podrían haber personificado la profanísima trinidad de neoconservadores, judíos proisraelíes y sionistas cristianos. Pero era algo más complicado. Sus mensajes políticos, desde antes de convertirse en candidato republicano, hasta la campaña fracasada de 2020, tenían matices antisemitas inevitables. En 2018, durante las elecciones parciales, Soros fue una vez más protagonista en la retórica antisemita de Trump, que acusó al multimillonario de financiar en secreto la migración a Estados Unidos[128].

Pero el AIPAC lo pasó por alto. Después de todo, este fue el presidente que trasladó la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén, retiró a Estados Unidos del acuerdo nuclear con Irán y reconoció la soberanía de Israel sobre los Altos del Golán sirios ocupados.

Sabemos ahora que, al retirarse de él, el Gobierno de Trump no solo mató el acuerdo con Irán; también proporcionó inmunidad a una política israelí más agresiva con dicho país, lo que dio luz verde a operaciones como el asesinato del científico nuclear iraní Mohsen Fajrizadeh, que

probablemente fue perpetrado por Israel con posible apoyo de Estados Unidos. Fue un mazazo contra el acuerdo nuclear con Irán. Poco después, el presidente Donald Trump se retiró del acuerdo, que estaba firmado por Irán, por un lado, y Estados Unidos y otros cuatro miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y Alemania, por otro, como parte de una campaña más amplia para deshacer los logros de Obama en el cargo[129].

En 2018 se filtró un video en el que Netanyahu se jactaba de haber convencido a Trump de sacar a Estados Unidos del acuerdo nuclear: «Convencimos al presidente estadounidense [de salirse del pacto], y yo tuve que enfrentarme a todo el mundo y pronunciarme contra este acuerdo», decía Netanyahu en el video, emitido por la televisión israelí[130].

Esto es lo que verdaderamente le importaba a Netanyahu, y en consecuencia el AIPAC tuvo que seguir tragándose en silencio el antisemitismo de Trump. También se negó a condenar al asesor de Trump, Steve Bannon, pese a las alegaciones de antisemitismo que lo rodeaban[131]. Una de las personas que hizo alegaciones sobre Bannon fue su exesposa, al recordar que cuando estaban buscando colegio para sus hijas él rechazó cualquiera que tuviese judíos, diciendo que «no le gustan los judíos y que no le gusta la manera en la que educan a sus hijos para convertirlos en "niños mimados" y que no quería que las niñas [sus hijas] fuesen al colegio con judíos». Bannon negó haber hecho jamás esos comentarios. Lo que no podía negar era la afirmación que había hecho en un documento que le presentó a Trump, en el que advertía de una yihad islámica contra Estados Unidos, y en el que describía que «la comunidad judía estadounidense» se encuentra entre los «facilitadores involuntarios de la yihad»[132]. A fin de cuentas, Trump era un activo a ojos del lobby proisraelí, que no necesitaba preocuparse por lo que hiciera en el cargo. Esto le permitía centrar la atención en un tema que se había vuelto más acuciante: el giro de la opinión pública estadounidense hacia una simpatía por los palestinos, un proceso que comenzó en 2001 y se ha ido acelerando desde entonces.

EL FINAL DEL MANDATO DE TRUMP

Mientras que Netanyahu se dedicaba a mostrar su satisfacción con las políticas de Trump, este no olvidó la reprimenda que había recibido de los directivos del AIPAC por haber incumplido el código de conducta, al atacar a Obama. En consecuencia, desairó a la organización durante el resto de su presidencia, y no volvió a acudir a sus convenciones anuales.

Por 600 dólares, cualquiera podía asistir a la convención anual del AIPAC de 2017. Pero por ese dinero solo podría escuchar al vicepresidente Michael Pence repetir la promesa de trasladar la embajada estadounidense a Jerusalén. Podría oír también a la senadora Kamala Harris (posterior vicepresidenta de Biden) lanzar elogios al Gobierno de Israel y al AIPAC. Los directivos la cortejaban a ella y a otros demócratas, pero no así las bases. Era bueno ver demócratas, declaró Lillian Pinkus, la presidenta del AIPAC. En la entrada del salón de actos se encontraba también, sin embargo, un pequeño grupo de miembros de IfNotNow portando una pancarta que decía «Los judíos no seremos libres mientras no lo sean los palestinos. Rechaza el #AIPAC. Rechaza la ocupación»[133].

Esta convención anual en concreto intentaba mostrar el apoyo del que la organización disfrutaba entre la comunidad negra, incluidos los judíos etíopes, para neutralizar la impresión creada por Black Lives Matter de que los activistas negros más jóvenes apoyaban en general a Palestina. Para contrarrestarlo, Proyecto Israel [Israel Project] organizó un acto especial para afroestadounidenses. Se trataba de un grupo del lobby proisraelí fundado en 2002 por Jennifer Laszlo Mizrahi, asesora en relaciones públicas y empresaria que decidió añadir a los esfuerzos del AIPAC su propia organización, que sobrevivió hasta 2019. El acto se celebró en el marco excepcional de la taquería Rosa Mexicano, ubicada en el Penn Quarter de Capitol Hill, en el restaurado edificio Hecht Company, una maravilla arquitectónica de 1924, con ventanales envolventes de cuatro metros. Fue el primer establecimiento de Rosa Mexicano –una reconocida cadena mexicana– que abrió fuera de la Ciudad de Nueva York, en diciembre de 2003. Proyecto Israel invitó a cualquiera que formase parte de la comunidad negra a una cena especial. Tras la reunión, hizo una amplia publicidad de este supuesto respaldo de todos los negros a Israel[134].

Pese a estos esfuerzos, tanto los afroestadounidenses, incluidos activistas

de Black Lives Matter, como los nativos estadounidenses se convirtieron en miembros importantes de la coalición arcoíris informal que mostraba solidaridad con la lucha de liberación palestina. La alianza entre la liberación negra en Estados Unidos y el movimiento de solidaridad con Palestina tiene fuertes raíces históricas: los Panteras Negras se reunieron con la OLP en Argel, y reeditaron los discursos de esta.

La convención anual del AIPAC de 2018 celebró el traslado de la embajada, pero tampoco Trump estuvo presente, y esta vez la estrella de Mike Pence estuvo eclipsada por Nikki Haley, la embajadora estadounidense en Naciones Unidas. El orador principal, sin embargo, fue Benjamin Netanyahu, que apareció en persona porque necesitaba al AIPAC para sus campañas internas. Estaba perdiendo popularidad en Israel. En su discurso de treinta minutos, comparó a Trump con el rey babilonio Ciro, que permitió a los judíos regresar y construir el segundo templo[135].

Algunos demócratas importantes tampoco se quedaron atrás en la invocación del Viejo Testamento como forma de demostrar apoyo incondicional a Israel. Chuck Schumer, destacado político demócrata y líder de la minoría en el Senado, achacó directamente el callejón sin salida en el que se encontraba la situación de Israel y Palestina al hecho de que los palestinos tuvieran la temeridad de no creer en la Torá:

> Por supuesto, nosotros decimos que es nuestra tierra, la Torá lo dice, pero ellos no creen en la Torá. Esa es la razón de que no haya paz[136].

Ni un sionista cristiano o un neoconservador podrían haberlo explicado mejor.

También a este respecto, y esta vez en números crecientes, los manifestantes exigieron que se cerrase la convención. Unos 500 manifestantes corearon «Hey, hey, ho, ho, AIPAC has to go!» (el AIPAC se tiene que ir), una versión más de un cántico que data de la década de 1950[137].

La convención anual de 2019 fue un asunto distinto, arruinada no solo por los manifestantes que había fuera del edificio, sino también porque algunos demócratas que aspiraban a la candidatura presidencial prefirieron no acudir, pese a que se había convertido en algo habitual. En cuanto a la resentida relación de Trump con el AIPAC, todo se olvidó cuando el

presidente volvió a ser invitado en 2019, en un escaparate de candidatos de 2020. Aunque no apareció en persona, era sin duda el candidato favorito. Era obvia la existencia de algunas grietas en esta relación, sin embargo, pese a la alianza tan firme que se había dado entre la Casa Blanca y el AIPAC durante su presidencia.

El AIPAC seguía intentando conservar cierta apariencia de bipartidismo. Por ejemplo, se opuso al intento por parte de Israel y de Trump de prohibir la entrada en Israel a las representantes demócratas Ilhan Omar y Rashida Tlaib. Omar y Tlaib, las dos primeras congresistas musulmanas de Estados Unidos, han criticado con frecuencia el trato dado por Israel a los palestinos, y expresado su apoyo al movimiento Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS). Con frecuencia se les ha unido Alexandria Ocasio-Cortez, formando un trío de valientes que condena las políticas israelíes. Ese apoyo fue citado por el Gobierno israelí como razón para impedirles la entrada al país.

BDS es un movimiento de resistencia palestino no violento que promueve todos estos tipos de acciones contra Israel para obligarlo a conceder a los palestinos los derechos civiles básicos reconocidos en la legislación internacional: el derecho de los refugiados al retorno, el derecho de las personas a no vivir bajo ocupación o sitio en Cisjordania y la Franja de Gaza, y el derecho de los palestinos que residen en Israel a disfrutar de igualdad plena. Se inspira en el movimiento antiapartheid que reunió el apoyo a la lucha de liberación encabezada por el Congreso Nacional Africano. Desde su creación en 2005, ha logrado revitalizar el aletargado movimiento de solidaridad y convencer a sindicatos e iglesias de todo el mundo de que reconsideren sus relaciones económicas con Israel. Una de sus campañas más exitosas fue un boicot académico que condujo a docenas de sindicatos estudiantiles, universidades y asociaciones académicas profesionales a abandonar el contacto oficial con el mundo académico israelí. Logró convencer a importantes figuras culturales mundiales en el terreno de la música, la literatura, la poesía y el teatro de que siguieran el ejemplo. Entre ellos se incluían, por ejemplo, Arundhati Roy, Iain Banks, Judith Butler, Naomi Klein, Ken Loach, Angela Davis, Roger Waters, Elvis Costello, Gil Scott-Heron, Lauryn Hill, Faithless, MK King, U2, Bjork, Zakir Hussain, Jean-Luc Godard y Snoop Dogg.

Un aspecto destacable es que el movimiento BDS está respaldado por 150 ONG y organizaciones de la sociedad civil palestina. El AIPAC tuiteó en respuesta a la decisión israelí de prohibir la visita de Omar y Tlaib:

> Disentimos del apoyo de las representantes Omar y Tlaib a un movimiento como BDS, contrario a Israel y a la paz, así como de los llamamientos de la representante Tlaib a la solución de un solo Estado. También creemos que todos los congresistas deberían poder visitar y conocer de primera mano Israel, nuestro aliado democrático[138].

Y el director del Comité Judío Estadounidense, David Harris, publicó una declaración en la que se ponía de parte del AIPAC, afirmando que «Israel no escogía sabiamente» al tomar esta decisión. Harris escribió lo siguiente:

> Aunque no nos hacemos ilusiones acerca de las opiniones implacablemente hostiles de las representantes Omar y Tlaib respecto a las cuestiones relacionadas con Israel, creemos que los costes de prohibir la entrada a dos congresistas pueden resultar más elevados que la alternativa[139].

Entre los críticos se encontraba el representante demócrata por Nueva York, Eliot Engel, que también calificó de «error» la medida, afirmando en una declaración que esta decisión solo serviría para «fortalecer los movimientos y los argumentos contrarios a Israel» y que hacía ver que Israel se estaba «cerrando a la crítica y al diálogo». Engel comentó que le había dicho al embajador israelí, Ron Dermer, su opinión acerca de la medida. Incluso el senador Marco Rubio lo consideró un error, al igual que otro amigo del AIPAC, Ted Deutch, representante demócrata por Florida, que se declaró «decepcionado» por la decisión de Israel, y criticó que Trump la hubiese apoyado en un tuit.

Aunque esta medida de Trump en concreto provocó las protestas de políticos y organizaciones inesperados, no indicaba un cambio fundamental de actitud en el Congreso de Estados Unidos respecto a la cuestión palestina. Omar y Tlaib siguen siendo constantemente atacadas por el AIPAC con todas las difamaciones y las acusaciones tradicionales que el lobby ha desplegado en el pasado contra quienes critican a Israel. Incluso al mismo tiempo que defendía el derecho de las congresistas a viajar a Israel, cada crítica a la decisión de prohibirles la entrada iba

inmediatamente matizada por una condena a las dos representantes[140].

Sin embargo, lo verdaderamente importante en esta cuestión no fue que el AIPAC defendiese la democracia estadounidense, sino el giro potencial experimentado en la percepción de Israel por parte de los jóvenes demócratas. Pese a todo el dinero invertido, el AIPAC no logró cambiar los puntos de vista de Ilahn Omar o Alexandria Ocasio-Cortez a ese respecto. Como observó Natan Sachs, en aquel momento director del Centro para la Política de Oriente Próximo en la Brookings Institution de Washington:

> El Partido Demócrata tiene ahora una generación más joven que ve el conflicto entre Israel y Palestina a través de la lente de los derechos humanos y civiles, y no como una cuestión de seguridad y terrorismo[141].

El giro fue perceptible en la convención anual del AIPAC de 2019. Como se ha mencionado, la mayoría de los demócratas que aspiraban a ser nombrados candidatos del partido en 2020 no participó. Este acto estaba apoyado por el 74%de los miembros del partido, de acuerdo con una encuesta (mientras que una encuesta efectuada por Gallup en marzo de 2019 concluyó que solo el 26% de los judíos estadounidenses apoyaba la presidencia de Trump). No asistieron Elizabeth Warren, Kamala Harris, Bernie Sanders, Beto O'Rourke, Pete Buttigieg ni Julian Castro. Bernie Sanders resumió la razón de todos ellos: no apoyarían a una organización que proporcionaba una plataforma a «líderes que manifiestan intolerancia y se oponen a los derechos básicos de los palestinos»[142].

Las decisiones de no asistir se tomaron después de que el destacado grupo progresista MoveOn.org pidiera a todos los demócratas que aspiraban a la candidatura presidencial que boicotearan la convención. Iram Ali, director de campaña de MoveOn.org, escribió en una declaración:

> No es un secreto que el AIPAC ha trabajado para obstaculizar esfuerzos diplomáticos como el acuerdo con Irán, está socavando la autodeterminación palestina, e invita a su estrado a personajes implicados activamente en violaciones de los derechos humanos[143].

El 24 de marzo de 2019 se efectuó, como era habitual, la tan conocida rutina de último minuto en el día de inauguración de una convención anual

del AIPAC. Los técnicos añadieron los últimos toques y alistaron el Centro de Convenciones de Washington para el encuentro del AIPAC, que concluiría el 26 de marzo. Se efectuó la comprobación final de dos paneles LED que mostraban dos estrellas de David entrelazadas, una roja y una azul, y en el punto en el que se entrecruzaban brillaban juntas como una reluciente luz de color púrpura, señalando el bipartidismo, un producto escaso en el Estados Unidos de 2019.

La convención de 2019 fue una de las primeras en las que el AIPAC se identificó de manera abierta y oficial con el movimiento de extrema derecha israelí favorable a los asentamientos. En qué medida se había movido el AIPAC, e Israel de hecho, hacia la derecha podía deducirse de la invitación cursada a Oded Revivi, líder del consejo de un asentamiento judío ilegal en la Cisjordania ocupada, para que participase en la convención. Un Revivi muy agradecido comentaba en *The Jerusalem Post:*

> El AIPAC ha comprendido por fin que no puede obviar al medio millón de personas que vivimos en Judea y Samaria, y que nos estamos volviendo cada vez más atractivas para su público[144].

Antes del encuentro, a los organizadores les preocupaba que la asistencia fuera baja y que pusiera de manifiesto una mengua en su popularidad. Esos temores no se confirmaron: las salas estaban atestadas de gente y el AIPAC se jactó de haber preparado 25.000 perritos calientes para los asistentes.

Durante la convención, el presidente Trump firmó una proclama que reconocía los Altos del Golán como parte del Estado de Israel; el máximo logro del AIPAC en 2019. En Israel, sin embargo, el caos político impidió que se produjera una alegría generalizada por el logro del AIPAC o por la presencia de Trump. Dos veces, en abril y septiembre, Israel celebró elecciones sin un resultado claro, y Netanyahu gobernó durante la mayor parte de ese año como primer ministro en funciones. En diciembre estaba claro que en 2020 habría otra campaña electoral. Parece que una vez más el lobby, y en concreto el AIPAC, tenía sus propias preocupaciones y no se involucró en el impresionante debate sobre el futuro del Estado al que llevaba defendiendo desde su creación.

Trump tampoco participó en la convención anual de 2020, y envió a su

vicepresidente, Pence; pero emitió una condena firme contra los candidatos demócratas que se negaron a asistir, a los que tachó de antijudíos.

La convención de 2020 fue tensa: Netanyahu compareció junto a su rival, Benny Gantz, del Partido Azul y Blanco (cuyo nombre en hebreo significa literalmente «el Campo del Estado», aunque en los medios de comunicación se conoce como el Partido de Unidad Nacional), que empezó a cuestionarlo seriamente. Para asegurarse de que los invitados no serían interrumpidos en este acto, además de los ruegos grabados al comienzo de las sesiones plenarias, dos altos cargos del consejo subieron al estrado y pidieron respeto. Una era Amy Friedkin, de San Francisco, expresidenta del AIPAC cercana a la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi. El otro, Alan Franco, de Nueva Orleans, era un gran donante de los republicanos en las campañas electorales. La mejor forma de convencernos es con los hechos, no con fuego, declaró Friedkin; y Franco instó a los activistas a abstenerse de vitorear a quienes atacaban a los rivales políticos[145].

No había mucha razón para preocuparse por dichas interrupciones cuando Pence apareció en el podio, una vez más en nombre del presidente ausente. Recibió numerosas ovaciones de pie mientras enumeraba las medidas tomadas por Trump en relación con Israel –trasladar la embajada estadounidense a Jerusalén, cortar la financiación a los palestinos (tanto a la Autoridad Palestina como a la UNRWA, la agencia de Naciones Unidas de apoyo a los refugiados palestinos) y abandonar el acuerdo nuclear con Irán– y suscitó un aplauso aún mayor cuando atacó a Bernie Sanders, citando erróneamente al senador, pero eso ya no importaba. Pence culminó su discurso con un llamamiento a reelegir a Trump:

> El presidente más proisraelí de la historia no debe ser sustituido por otro que sería el presidente más antiisraelí de la historia de este país, por eso necesitáis cuatro años más al presidente Trump en la Casa Blanca[146].

La retórica convirtió las dos estrellas de David, roja y azul, que iluminaban el auditorio en un gesto vacío. Pero en 2020, el AIPAC podía jactarse aún de recibir cierto apoyo demócrata. Chuck Schumer y Mike Bloomberg asistieron en persona a la convención, mientras que Joe Biden apareció por videoconferencia. Los demócratas estaban deseosos de

ganarse el corazón de los asistentes a la convención del AIPAC.

Los demócratas participantes demostraron que el bipartidismo del AIPAC solo podía afirmarse sobre el telón de fondo de un apoyo inquebrantable a Israel y la obediencia a la línea oficial del AIPAC. La senadora Cory Booker, demócrata de Nueva Jersey que abandonó la carrera presidencial en 2018, obtuvo la mayor ovación hasta ese momento con un discurso apoteósico en el que defendía los lazos entre Estados Unidos e Israel:

> Considero que mi deber es proteger la naturaleza bipartidista de esta relación de Israel con Estados Unidos […] mientras el pueblo de Israel tenga que vivir bajo la amenaza de la violencia indiscriminada […] debemos siempre, por una cuestión de valores humanos, ponernos del lado de la seguridad y la defensa de Israel[147].

El AIPAC hizo un esfuerzo teórico por representar los puntos de vista más progresistas de la comunidad judía estadounidense, como los de J Street. Los asistentes podían acudir a una sesión externa para «constructores de la paz» patrocinada por el AIPAC, en la que se respaldaba la solución de los dos Estados, que tuvo una nutrida asistencia, y en la que se incluía la participación del director general del AIPAC, Howard Kohr, y de su presidenta, Betsy Berns Korn; pero el acto estaba cerrado a la prensa. Desde el discurso de apertura de Korn estaba claro que esta era una paz al estilo Trump, a quien Korn agradeció sinceramente que hubiera «planteado una propuesta de paz desarrollada en consulta con los líderes de los dos principales partidos políticos de Israel», una fórmula conocida por construir un Bantustán palestino en el área A de Cisjordania (que comprende el 16% de Cisjordania).

Una sesión marginal denominada «Promoviendo la prosperidad palestina» incluyó a cuatro ponentes estadounidenses o israelíes. Cuando alguien del público preguntó por qué no había palestinos en la mesa de debate, uno de los ponentes –Brad Gordon, alto cargo del lobby ya retirado– aceptó que habría sido buena idea invitar a alguno. Y hasta aquí llegamos, como se dice.

La inconfundible voz de barítono con acento estadounidense del primer ministro israelí Benjamin Netanyahu tronó el último día de la convención, ante una multitud de 18.000 espectadores. Estaba entonces en los últimos esfuerzos de su candidatura a la reelección. No pudo asistir a la

convención en persona, de modo que la multitud lo vio a través de una imprecisa imagen satelital proyectada en gigantescas pantallas azules; aunque Netanyahu se había reunido con Donald Trump en Washington esa semana, interrumpió su viaje cuando se repitieron los ataques israelíes a la Franja de Gaza. Por momentos era difícil oír lo que decía, pero al público no le importó: los partidarios acérrimos de Israel que llenaban la sala lo ovacionaron de pie. El único conferenciante que recibió casi tantos aplausos ese martes por la mañana fue David Friedman, embajador de Estados Unidos en Israel. Les dio saludos de Trump, «el mayor aliado de Israel que haya residido jamás en la Casa Blanca», dijo. Pero su loa a Trump palideció en comparación con el elogio que Netanyahu le hizo al presidente durante la reunión que los dos habían mantenido el día anterior en la Casa Blanca. De nuevo, Netanyahu comparó a Trump con el rey Ciro, y con Harry Truman, el primer presidente estadounidense que reconoció al Estado de Israel[148].

En último término, la convención de 2020 fue un acto de aclamación a Netanyahu y Trump. Netanyahu necesitaba este congreso mucho más que Trump. El histrionismo audiovisual típico convirtió la convención en un mitin que defendía su victoria en las próximas elecciones israelíes.

Todo lo que el AIPAC festejó a Trump no bastó para hacerlo vencedor en las elecciones de 2020, en las que perdió frente a Joe Biden. Por supuesto, Biden había sido el único candidato demócrata que no había boicoteado la convención de 2019, y también participó en la de 2020 a través de videoconferencia, prometiendo luchar contra el antisemitismo y defender la seguridad de Israel[149]. El AIPAC no tenía razones para temer al recién llegado a la Casa Blanca.

EL BIDENISMO INICIAL: ¿MÁS DE LO MISMO?

La revuelta a favor de Trump que se organizó en Capitol Hill el 6 de enero de 2021 supuso un problema para el AIPAC. El hombre al que la organización había celebrado como verdadero amigo de Israel se había vuelto tóxico desde el punto de vista político. El AIPAC rompió con su norma de no hacer comentarios sobre conflictos internos de Estados Unidos y tuiteó lo siguiente:

> Compartimos el enojo de nuestros conciudadanos estadounidense ante el ataque que ha tenido lugar en el Capitolio, y condenamos el asalto a nuestro proceso y nuestros valores democráticos […] Esta violencia, y la incitación a la misma por parte del presidente Trump, es intolerable y debe terminar[150].

La Liga Antidifamación siguió el ejemplo, publicando su propio mensaje:

> La violencia en el Capitolio estadounidense es resultado de la desinformación de nuestros más altos cargos […] Hay extremistas entre los alborotadores que apoyan en Washington la retórica insensata emitida por el presidente Trump acerca de las instituciones democráticas de Estados Unidos[151].

Otros grupos del lobby proisraelí decidieron no culpar tan directamente al expresidente, manteniendo la pólvora seca por si acaso regresaba. El Comité Judío Estadounidense exigió que Trump «pusiera fin de inmediato a las revueltas y respetase el proceso de certificación que actualmente está en marcha», pasando por alto cómodamente el hecho de que Trump había instigado la revuelta con su discurso incendiario. Una actitud similar fue la adoptada por la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses, que también tuvo cuidado de no mencionar para nada a Trump:

> Nos asquea la violencia que está teniendo lugar en el Capitolio estadounidense, e instamos a los alborotadores a dispersarse de inmediato […] La ley y el orden deben restaurarse, y la transición pacífica entre gobiernos debe continuar[152].

Una vez apagados los rescoldos de la insurrección de enero, el AIPAC se apresuró a defender de nuevo a Trump, junto con todos los que cuestionaban los resultados electorales de 2020[153]. Sigue sin saberse en qué medida el AIPAC disfruta todavía del respaldo de la comunidad judía, o incluso si lo necesita. Es muy posible que pudiera convertirse en un espacio exclusivo para judíos ricos, pero sigue teniendo una fuerza lobista formidable.

Aaron David Miller, exasesor de seis secretarios de Estado y director del programa de Oriente Próximo en el Wilson Center, predijo que, a diferencia del pasado, y aunque siguiera siendo una «voz política poderosa», con Biden el AIPAC no podría vetar la política estadounidense en Oriente Próximo. Ni el AIPAC ni el Gobierno israelí lograron impedir

el regreso de los estadounidenses a la mesa de negociaciones con Irán[154].

Pero retomar el acuerdo con Irán no exigió demasiada valentía por parte de Biden. Constituía la reafirmación de un entendimiento tácito entre el AIPAC y la Casa Blanca, existente desde los tiempos de Gerald Ford, de que el AIPAC podía y debía influir en la cuestión de Palestina, pero no podía blandir un poder decisivo respecto a la política de Estados Unidos en la región de Oriente Próximo. Lo que se desviaba de la norma era el histrionismo del AIPAC acerca de las relaciones de Estados Unidos con otros países árabes, no el hecho de que Estados Unidos se mostrase dispuesto a negociar con Irán.

La batalla que se libra hoy en Estados Unidos es la de los estadounidenses progresistas, judíos incluidos, contra las políticas aplicadas por el Gobierno, ya sea demócrata o republicano, a la segregación impuesta en Israel; a la ocupación de Cisjordania; a la limpieza étnica en Jerusalén, el sur de Hebrón, el valle del Jordán y el Naqab; así como al sitio de Gaza. Durante el mandato de Biden, el Gobierno sigue proporcionando total inmunidad internacional a Israel.

Aquí concluye el análisis histórico sobre la relación del AIPAC y del lobby en general con el poder ejecutivo y el poder legislativo en los Estados Unidos de América. Pese a las fluctuaciones en su relación con los distintos Gobiernos, los objetivos básicos del lobby desde su creación se han alcanzado plenamente. Por muy crítico que se mostrase hacia Israel, ningún Gobierno concreto rebajó la enorme ayuda económica y militar concedida a Israel, y tampoco paró el continuo respaldo automático a Israel en el campo internacional en general y en Naciones Unidas en particular. Asimismo, en el momento de escribir este libro, el AIPAC, dentro del lobby en general, sigue dominando el Capitolio, y puede hacer o deshacer cualquier norma legislativa que afecte a los intereses de Israel.

De hecho, como ilustra Grant Smith en un incisivo libro titulado *The Israeli Lobby Enters State Government: Rise of the Virginia Israel Advisory Board* [El lobby israelí entra en el Gobierno del estado: el ascenso del Consejo Asesor de Israel en Virginia], la presencia del lobby en el pasado y en el presente se extiende mucho más allá de las bases de poder federales, para penetrar en los propios estados. El libro muestra de qué modo un lobby local de Virginia logró obtener ayuda económica

concreta para Israel influyendo sobre el Gobierno estatal. Reveló las actividades de la agencia proisraelí dentro del Gobierno local de Virginia, usando negocios como el tabaco y los juegos de azar, y una intrincada red pensada para evadir problemas tributarios y restricciones jurídicas a la actividad de presión, con el fin de influir en la política estadounidense hacia Israel. Los contratos exclusivos con Israel en el estado de Virginia, en opinión de Smith, se producen a expensas de la economía local, y los que pagan son los contribuyentes locales. Estos organismos del Gobierno estatal proporcionan también una poderosa base para influir en la política exterior de Estados Unidos, mediante sus propios lobbies en el Capitolio[155].

Moverse con éxito por los pasillos financieros, económicos y políticos del poder no significaba necesariamente que la opinión pública en general, y partes de la sociedad civil en particular, oscilasen también hacia el AIPAC. Desde comienzos de este siglo, ganarse a la sociedad, como algo distinto de sus elites políticas e incluso de los medios de comunicación convencionales, ha sido mucho más complejo para el AIPAC, puesto que allí pesaban menos el dinero y la influencia política. De hecho, desde 2001, el AIPAC se ha mantenido en guerra con muchos segmentos de la sociedad civil estadounidense. Es una batalla que se ha estado librando en los tiempos de Bush hijo, Obama, Trump y Biden. El «grito de batalla», por así decirlo, procedía de Israel, que no solo reclutó al AIPAC sino también a toda una serie de organizaciones judías estadounidenses para una campaña dedicada a silenciar la crítica a Israel en la sociedad civil, y a impedir que cualquier intento pasara de la condena verbal a operaciones activas como el boicot y la desinversión. En consecuencia, permítaseme volver al momento en el que nació la campaña, y seguir su progreso hasta la actualidad.

---

[1] Véase «AIPAC, 18 Years Ago: Bush vs. Gore», *Jewish News of Northern California* (reproducción de un artículo publicado por Jewish Telegraphic Agency el 26 de mayo de 2000), 7 de marzo de 2018.

[2] *Ibid.*

[3] Walter Hixson, *Architects of Repression. How Israel and its Lobby Put Racism, Violence and Injustice at the Center of US Middle East Policy,* Washington, Institute for Research: Middle

Eastern Policy, 2021, p. 96.

[4] *Ibid.*

[5] Daniel E. Zoughbie, *Indecision Points. George W. Bush and the Israeli-Palestinian Conflict,* Cambridge, MA, MIT Press, 2014.

[6] [https://afsi.org/about-us/].

[7] James D. Besser, «Washington Watch», *Jewish Journal,* 29 de marzo de 2001.

[8] Peter Beaumont, «Pull Back, Bush Orders Sharon», *The Guardian,* 7 de abril de 2002.

[9] Mary McGrory, «DeLay Diplomacy», *The Washington Post*, 5 de mayo de 2002.

[10] John Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy,* Londres, Penguin, 2008, pp. 229-262.

[11] Stephen M. Walt, «On "Conspiracy Theories"», *Foreign Policy,* 26 de marzo de 2010. Disponible en [https://foreignpolicy.com/2010/03/26/on-conspiracy-theories/].

[12] *Haaretz*, 10 de febrero de 2002.

[13] El texto del discurso está disponible en [www.americanrhetoric.com/speeches/netanyahu4-10-02.htm].

[14] Sus palabras están transcritas de C-SPAN; véase [www.theglobalist.com/before-iran-benjamin-netanyahu-to-congress-on-iraq/].

[15] Disponible en [https://edition.cnn.com/2002/WORLD/meast/08/15/peres.iraq/index.html].

[16] Respecto a las fuentes, véase J. Mearsheimer y S. M. Walt, *op. cit.*, pp. 233-238; véase también Dov Waxman, «From Jerusalem to Baghdad? Israel and War in Iraq», *International Studies Perspectives* 10, 1 (febrero de 2009), pp. 1-17.

[17] Citado en Stephen M. Walt, «I Don't Mean to Say I Told You So, But…», *Foreign Policy,* 8 de febrero de 2010, en [https://foreignpolicy.com/2010/02/08/i-dont-mean-to-say-i-told-you-so-but/].

[18] Eli Clifton, «AIPAC's 2001-2004 "Briefing Book" Made Case for Regime Change in Iraq», *Lobelog,* 11 de agosto de 2015, disponible en [https://lobelog.com/aipacs-2002-briefing-book-made-case-for-regime-change-in-iraq/].

[19] Citado en *ibid.*

[20] Véase Spencer S. Hsu, «Moran Says Jews Are Pushing War», *The Washington Post,* 11 de marzo de 2003.

[21] *Ibid.*

[22] Richard T. Cooper, «Semantics Skirmish on 9/11 Report», *Los Angeles Times,* 26 de junio de 2004.

[23] Citado en Martin Ortega, «Iraq: A European Point of View», *Institute for Security Studies Occasional Papers* 40 (diciembre de 2002), p. 9.

[24] J. Mearsheimier y S. M. Walt, *op. cit.*, pp. 229-262.

[25] John Prados y Christopher Ames, «The Iraq War - Part II: Was There Even a Decision? US and British Documents Give No Indication Alternatives Were Seriously Considered», *National Security Archives Electronic Briefing* 28 (1 de octubre de 2010).

[26] *Ibid.*

[27] Declaración efectuada el 19 de marzo de 2003.

[28] *Ibid.*

[29] David Singer y Lawrence Grossman (eds), *American Jewish Yearbook 2003,* Nueva York, American Jewish Committee, 2003, p. 87.

[30] «War in Iraq Timing of AIPAC Conference Raises Concerns on How to Frame Message», *Jewish Telegraphic Agency,* 24 de marzo de 2003.

[31] *Ibid.*

[32] *Ibid.*

[33] *Ibid.*
[34] Dana Milbank, «For Israel Lobby Group, War Is Topic A, Quietly», *The Washington Post,* 1 de abril de 2003.
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*
[37] *Ibid.*
[38] *Ibid.*
[39] «War in Iraq Timing of AIPAC Conference Raises Concerns on How to Frame Message», cit.
[40] D. Milbank, *op. cit.*
[41] *Ibid.*
[42] «War in Iraq Timing of AIPAC Conference Raises Concerns on How to Frame Message, cit.
[43] Mor Lushy, *Kings of Capitol Hill.*
[44] «War in Iraq Timing of AIPAC Conference Raises Concerns on How to Frame Message», cit.
[45] *The New York Times*, 5 de febrero de 2004.
[46] El discurso está disponible en YouTube: [www.youtube.com/watch?v=JhPUvN4Z_Yg].
[47] *Ibid.*
[48] Alternativamente se puede leer el texto en George W. Bush Administration: Address to AIPAC Policy Conference, *Jewish Telegraphic Agency,* 18 de mayo de 2004, en [www.jewishvirtuallibrary.org/president-bush-address-to-the-aipac-policy-conference-may-2004].
[49] La carta está disponible en [https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2004/04/20040414-3.html].
[50] Theodore Sasson, *The New American Zionism,* Nueva York y Londres, New York University Press, 2013, p. 41.
[51] Dana Milbank, «AIPAC's Big, Bigger, Biggest Moment», *The Washington Post,* 24 de mayo de 2005, p. 14.
[52] James Besser, «AIPAC and Sharon Get What They Need», *Jewish Journal,* 26 de mayo de 2005.
[53] *Ibid.*
[54] *Ibid.*
[55] Luke Mullins, «AIPAC: Big but Not the Only Game in Town», *Roll Call,* 25 de mayo de 2005, en [https://rollcall.com/2005/05/25/aipac-big-but-not-the-only-game-in-town/].
[56] D. Milbank, «AIPAC's Big, Bigger, Biggest Moment», cit., p. 14.
[57] *Ibid.*
[58] *Ibid.*
[59] *Ibid.*
[60] El AIPAC obtuvo la mayoría de los documentos en virtud de la Ley de Libertad de Información, y pueden consultarse en [www.israellobby.org/09092010/default.asp].
[61] D. Milbank, «AIPAC's Big, Bigger, Biggest Moment», cit., p. 14.
[62] *Ibid.*
[63] J. Mearsheimer y S. M. Walt, *op. cit.,* p. 24.
[64] Naseer Aruri, *Dishonest Broker: The US Role in Israel and Palestine,* Nueva York, South End, 2003, p. 37.
[65] Barbara Ferguson, «Hilliard Ousted in Alabama for Being Too Pro-Arab», *Arab News,* 27 de junio de 2002.
[66] Deseo agradecer a mi amigo Iftah Shavit que me llamase la atención sobre este caso; y a Provost, que me concediese una entrevista el 25 de agosto de 2022.

[67] W. Hixson, *op. cit.*, pp. 111-112.

[68] Stephen Sizer, *Christian Zionism: Roadmap to Armageddon?,* Londres, Inter-Varsity Press, 2004.

[69] Tim LaHaye, Jerry B. Jenkins y Sandi Swanson, *The Authorized Left Behind Handbook,* Carol Stream, Tyndale House Publishers, 2005.

[70] Jeff McAllister, «GameShark: Left Behind: Eternal Forces Review», *Gameshark.com,* 1 de diciembre de 2007.

[71] Stephen Jacobs, «Simulating the Apocalypse: Theology and Structure of the Left Behind Games», *Online-Heidelberg Journal of Religions on the Internet* 7 (2015), disponible en [https://doi.org/10.11588/rel.2015.0.18509].

[72] [www.washingtonpost.com/news/politics/wp/2018/05/14/half-of-evangelicals-support-israel-because-they-believe-it-is-important-for-fulfilling-end-times-prophecy/].

[73] Véase [www.daytopray.com/]

[74] «Ninth Annual Prayer Day Unites Nations», *Miami Times*, 3 de octubre de 2010.

[75] Véase su página digital: [www.cac.org.il/].

[76] «Israel Allies Foundation (IAF) - Washington DC», *Cause IQ,* 23 de enero de 2020.

[77] «Knesset Christian Allies Caucus Celebrates Anniversary», *Y-NET,* 10 de enero de 2008.

[78] «Sen. Ted Cruz Emerges as a Leading Defender of Israel, Wows Zionist Groups», *Fox News*, 2 de diciembre de 2014.

[79] Se puede escuchar el discurso y leer su transcripción en [www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=91150432&t=1657889817348].

[80] W. Hixson, *op. cit.,* pp. 111-112.

[81] Chris McGreal, «Goldstone Family Drawn into Row over Gaza Report», *The Guardian,* 30 de abril de 2010.

[82] Richard Goldstone, «Reconsidering the Goldstone Report on Israel and War Crimes», *The Washington Post,* 1 de abril de 2011; Hina Jilani, Christine Chinkin y Desmond Traver, «Goldstone Report: Statement Issued by Members of the UN Mission on Gaza War», *The Guardian,* 14 de abril de 2011.

[83] El discurso está disponible en YouTube: [www.youtube.com/watch?v=B_889oBKkNU].

[84] *The Jerusalem Post*, 18 de mayo de 2010.

[85] Barack Obama, *The Audacity of Hope: Thoughts on Reclaiming the American Dream,* Nueva York, Crown Publishing Group, 2006 [ed. cast.: *La audacia de la esperanza. Reflexiones sobre cómo restaurar el sueño americano,* Barcelona, Península, 2007].

[86] *Ibid.*

[87] *Ibid.,* p. 334.

[88] *Ibid.*

[89] *Ibid.,* p. 335.

[90] Mark Landler, «Comments on Israel by Top Contender for Defense Secretary Are Scrutinized», *The New York Times*, 18 de diciembre de 2012; Stephen Walt, «The Art of Smear», *Foreign Policy*, diciembre de 2012, p. 2.

[91] *Ibid.*

[92] *Ibid.*

[93] *Ibid.*

[94] El texto del discurso puede encontrarse en [https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2011/05/22/remarks-president-aipac-policy-conference-2011].

[95] *Ibid.*

[96] Julian Borger, «Eighteen Days in Vienna: How the Iran Nuclear Deal was Done», *The Guardian,* 14 de julio de 2015.

[97] «Iran Nuclear Talks: "Framework" Deal Agreed», *BBC Online,* 2 de abril de 2015.

[98] Julie Hirschfeld Davis, «Pro-Israeli AIPAC Creates Group to Lobby against Iran Deal», *The New York Times,* 17 de julio de 2015.

[99] M. J. Rosenberg, «AIPAC Spent Millions of Dollars to Defeat the Iran Deal; Instead, It May Have Destroyed Itself», *The Nation*, 12 de octubre de 2015.

[100] Harriet Sherwood, «Netanyahu's Bomb Diagram Succeeds - But Not in the Way the PM Wanted», *The Guardian,* 27 de septiembre de 2012.

[101] James Fallows, «A Headline Worth Studying in *The New York Times;* The Man Bites Dog/Dog bites Man Conundrum Applied to Story Telling», *The Atlantic,* 8 de agosto de 2015.

[102] Eli Lake, «Pro-Israeli Lobby Prepared to Battle Obama over Iran; AIPAC is Pushing Congress to Squash the Nuclear Deal, If There Is One», *Bloomberg,* 23 de junio de 2015. Disponible en [www.bloomberg.com/view/articles/2015-06-23/pro-israel-lobby-prepares-to-battle-obama-over-iran].

[103] J. Borger, *op. cit.*

[104] M. J. Rosenberg, *op. cit.*

[105] Paul Kane, «Chris Coons and Bob Casey Back Iran Deal, Putting Obama One Vote from Major Diplomatic Victory», *The Washington Post,* 1 de septiembre de 2015.

[106] En Karoun Demirjian y Carl Morello, «How AIPAC Lost the Iran Deal fight», *The Washington Post,* 3 de septiembre de 2015.

[107] *Ibid.*

[108] Natasha Mozgovaya, «J. Street Opposes Palestinian Statehood Bid at UN», *Haaretz,* 8 de septiembre de 2011.

[109] Véase la página digital del grupo en [https://jstreet.org/about-us/myths-facts-about-j-street/our-support-for-israel/].

[110] Hilary Leila Krieger, «J Street Goes on Offensive, Targets 2 US Candidates», *The Jerusalem Post,* 13 de julio de 2008.

[111] Michael Abramovitz, «Jewish Liberals to Launch a Counterpoint to AIPAC», *The Washington Post,* 15 de abril de 2008.

[112] Hilary Leila Krieger, «Muslims and Arabs Among J Street Donors», *The Jerusalem Post*, 14 de agosto de 2012.

[113] Bill Allison, «How AIPAC May Win by Losing the Iran Deal», *Foreign Policy*, 11 de septiembre de 2015.

[114] Eli Lake, «Soros Revealed as the Funder of Liberal Jewish-American Lobby», *Washington Times,* 24 de septiembre de 2010; y véase un análisis extenso en Matthew Yglesias, «The Controversy over Ilhan Omar and AIPAC Money, Explained», *Vox,* 6 de marzo de 2019.

[115] *The New York Times,* 26 de septiembre de 2002.

[116] «Conservatives Launch Group to Attack Supporters of Obama's Israel Policies», *Jewish Telegraphic Agency,* 19 de septiembre de 2009.

[117] Adrienne Dunn, «Fact Check», *USA Today,* 17 de octubre de 2020, en [https://eu.usatoday.com/story/news/factcheck/2020/10/17/fact-check-trump-quote-very-fine-people-charlottesville/5943239002/].

[118] Julia Ioffe, «How Much Responsibility Does Trump Bear for the Synagogue Shooting in Pittsburg?», *The Washington Post,* 28 de octubre de 2018.

[119] Véase el anuncio de su página digital en [https://actionnetwork.org/petitions/call-on-aipac-to-withdraw-their-trump-invitation].

[120] *Ibid.*

[121] Véase su página digital: [www.ifnotnowmovement.org].

[122] Disponible en [www.facebook.com/events/188138268232957/].

[123] Disponible en [www.urj.org/press-room/reform-movement-response-news-donald-trump-will-speak-aipac-policy-conference#sthash.ZrYVW7wO.dpuf].

[124] Disponible en [https://Facebook.com/fighttrump].

[125] Esta declaración puede verse en YouTube: [www.youtube.com/watch?v=2ZGgMJ3QDAQ].

[126] Rebecca Shimoni Stoil, «Student Activists: AIPAC Won't Let Us Protest Trump», *The Times of Israel,* 16 de marzo de 2016.

[127] El artículo está disponible en Internet en [www.politico.com/story/2016/03/aipac-trump-slams-obama-221081].

[128] Bess Levin, «Trump: "A Lot of People Say" George Soros is Funding the Migrant Caravan», *Vanity Fair,* 31 de octubre de 2018.

[129] Véase [www.reuters.com/article/us-iran-nuclear-scientist-idUSKBN2871OE].

[130] Tom O'Connor, «Israel's Netanyahu Says on Video He Was Behind Trump's Decision to Leave Iran Deal», *Newsweek*, 18 de julio de 2018.

[131] Véase [https://www.politico.com/story/2016/11/israel-donald-trump-bannon-231374].

[132] «Steve Bannon Described US Jews as "Enablers of Jihad"», *Haaretz,* 5 de febrero de 2017.

[133] «Jewish Group Calls to "Reject Occupation" in Protest at AIPAC Conference», *The Jerusalem Post,* 27 de marzo de 2017.

[134] Ron Kampeas, «In Search of Common Good: Snapshots from the AIPAC Conference», *The Times of Israel*, 29 de marzo de 2017.

[135] El discurso está disponible en YouTube: [https://www.c-span.org/program/public-affairs-event/aipac-conference-prime-minister-netanyahu-remarks/498620].

[136] Véase [www.972mag.com/chuck-schumer-thinks-theres-no-peace-because-palestinians-dont-believe-in-torah/].

[137] Ali Younes, «Protesters Gather at the Start of 2018 AIPAC Conference», *Al Jazeera,* 4 de marzo de 2018, en [www.aljazeera.com/news/2018/3/4/protesters-gather-at-start-of-2018-aipac-conference].

[138] Noticias y citas obtenidas de [https://edition.cnn.com/2019/08/15/politics/aipac-ilhan-omar-rashida-tlaib-israel/index.html].

[139] *Ibid.*

[140] *Ibid.*

[141] Disponible en [www.brookings.edu/media-mentions/20190323-deutsche-welle-natan-sachs/].

[142] *Haaretz*, 17 de marzo de 2019.

[143] Disponible en [www.politico.com/story/2019/03/20/moveon-2020-democrats-aipac-1229865].

[144] *The Jerusalem Post,* 13 de marzo de 2019.

[145] Ron Kampeas, «Sanders and Trump Skip AIPAC, but Take Center Stage Anyway», *The Times of Israel,* 3 de maro de 2020. [www.jta.org/2020/03/02/politics/sanders-and-trump-skip-aipac-but-take-center-stage-anyway].

[146] *Ibid.*

[147] *Ibid.*

[148] Andrew Silow-Carol, «Who is King Cyrus, and Why did Netanyahu Compare Him to Trump», *The Times of Israel*, 8 de marzo de 2018.

[149] Véase [https://twitter.com/AIPAC/status/1234239804734394368].

[150] Ron Kampeas, «US Jewish Groups Express "Outrage", "Disgust" at DC violence, Criticize Trump», *The Times of Israel,* 7 de enero de 2021.

[151] [www.adl.org/jan-6-insurrection-one-year-later].

[152] R. Kampeas, *op. cit.*

[153] Jacob Magid, «AIPAC Defends Endorsement of Republicans who Questioned the 2020 Elections», *The Times of Israel,* 18 de marzo de 2022.

[154] Lo interesante es que Miller pronunció estas palabras en apoyo al antiguo secretario de Defensa Chuck Hagel, que dijo lo mismo y fue acusado de antisemita. Véase Chris McGreal, «Chuck Hagel "Not Antisemitic for Saying the Pro-Israel Lobby has a Powerful Voice"», *The Guardian,* 7 de enero de 2013.

[155] Grant F. Smith, *The Israeli Lobby Enters State Government: Rise of the Virginia Israel Advisory Board,* Washington, Institute for Research, Middle East Policy, 2019.

10. En guerra con la sociedad civil estadounidense

A partir 2001, los políticos israelíes observaron que se estaba produciendo un cambio sistémico en las actitudes hacia Israel a ambos lados del Atlántico. Las herramientas de defensa y presión tradicionales, muy eficaces para tratar con las elites políticas y los medios de comunicación convencionales o con el sector académico, resultaban menos eficaces en este ámbito.

El proyecto de cambiar el corazón y la mente de las personas respecto a Israel se consideró una cuestión que atañía directamente a la seguridad nacional, demasiado importante como para dejarlo en manos del lobby proisraelí de Estados Unidos. Se iba a llevar directamente desde Israel.

Dos fueron las estrategias adoptadas. La primera, cambiar la imagen del país, para hacerlo ver como la única democracia progresista en el Oriente Próximo del siglo XXI. La segunda, responder a las críticas más asertivas emitidas contra Israel desde la sociedad civil con los métodos de intimidación tradicionales: difamación y destrucción de la reputación. Cualquier palabra firme de crítica sería calificada de «deslegitimación del Estado judío». Por supuesto, la segunda punta de la estrategia hacía más difícil que los observadores avezados creyesen en el relato de la primera. Pero los políticos israelíes asumieron este ejercicio de cambio de imagen de manera espectacular.

El cartel de una miss Israel semidesnuda, la famosa Gal Gadot, intérprete de *Wonder Woman,* y un cartel de cuatro jóvenes fornidos, igualmente ligeros de ropa, fueron el rostro de Israel en una campaña de 2007 denominada Marca Israel, encargada por la Oficina del Primer Ministro, el Ministerio de Exteriores, el de Turismo y la Agencia Judía. Esta antigua miss Israel pretendía cambiar la imagen del Estado judío entre los hombres jóvenes heterosexuales de Estados Unidos, presentándolo como un paraíso para jóvenes, mientras que los hombres atractivos representaban a la comunidad LGTB israelí, anunciando Tel Aviv como la capital gay de Israel. Me pregunto qué habrían pensado Theodor Herzl, o incluso David Ben-Gurion y Menahem Begin, de esta representación del sionismo como

un sueño de porno blando. Pero todo en la lucha por disipar la imagen negativa de Israel se consideraba apropiado en lo que los políticos veían como una cuestión existencial. El equipo local que trabajaba para los israelíes explicó que dichos carteles:

> Nos permitieron dirigir nuestros mensajes a la generación más joven, en especial masculina, y hacia un segmento demográfico que no veía la importancia de Israel y que no se identificaba en particular con Israel[1].

Pero de hecho la campaña iba dirigida a todos los sectores de la sociedad, con imágenes y textos adaptados a cada grupo y a sus inclinaciones y preferencias. La imagen de Israel en el extranjero se mercantilizó como un producto de consumo.

Comenzó en el verano de 2005, cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores, la Oficina del Primer Ministro y el Ministerio de Finanzas israelíes concluyeron tres años de consultas con ejecutivos de mercadotecnia estadounidenses y lanzaron la Marca Israel: una campaña para «renovar» la imagen del país, dándole una apariencia «relevante y moderna», en lugar de militarista y religiosa. Se asignaron enormes sumas de dinero a vender la nueva imagen en el extranjero, con el fin de combatir lo que la elite política y académica de Israel consideraba una campaña global para deslegitimar al Estado judío. Este debía ser un esfuerzo gigantesco, y el equipo nombrado para dirigirlo recibió en consecuencia el nombre de BIG (acrónimo de Brand Israel Group)[2].

Se pidió a organizaciones pantalla recién creadas que difundiesen esta nueva imagen que presentaba a Israel como un sueño hecho realidad, recalcando la belleza, la diversión y los logros tecnológicos. Una de dichas organizaciones fue Proyecto David [David Project] en Estados Unidos, que empezó a pronunciarse muy activamente a favor de la campaña. Entre sus múltiples acciones, intentó contrarrestar la constante caracterización de Israel como uno de los países más odiados del mundo (junto con Irán y Corea del Norte)[3]. Proyecto David descubrió que Israel no se encontraba entre los primeros veinte países a los que a la gente le gustaba pertenecer. El propósito del proyecto era convencer a todos de que Israel era uno de los países más felices del mundo, gracias a sus avances tecnológicos y supuestamente a su elevado nivel de vida.

El equipo de la Marca Israel sentía que la historia del país era también un

activo que ayudaría a vender Israel en el siglo XXI:

> En términos de puntos de referencia patrimoniales, Israel alberga monumentos religiosos e históricos fundamentales, como el Muro de las Lamentaciones, la iglesia del Santo Sepulcro, la mezquita de al Aqsa, y el templo Bahaí de Haifa. Los israelíes disfrutan de una elevada calidad de vida, y los valores democráticos del país se centran en la inclusión y en la representación política de todos sus ciudadanos, incluidos mujeres y minorías religiosas y raciales[4].

Proyecto David lanzó su propia explicación acerca de la discrepancia entre lo que el país ofrecía y su imagen mundial negativa:

> Sabemos que las percepciones erróneas de Israel están a la orden del día en los medios de comunicación; los ciudadanos comunes de todo el mundo ven Israel como un país violento más, en una región sumida en disturbios y guerras. Las conversaciones que se producen en la prensa, en la televisión y en la blogosfera ven a menudo el conflicto árabe-israelí como algo absorbente y miope; la diversidad y la emoción de la sociedad israelí queda oculta a menudo en extractos de veinte segundos que se centran solo en un aspecto de la historia de Israel[5].

E identificaba los siguientes retos para el equipo de la Marca Israel:

> ¿Cómo cambiamos las percepciones? ¿Cómo introducimos el matiz en las conversaciones mundiales acerca de Israel? ¿Cómo debatimos sobre los puntos fuertes y los logros de la sociedad israelí, al tiempo que reconocemos sus puntos débiles y sus carencias? ¿Qué tiene que ocurrir para retirar a Israel del luminoso foco de un conflicto violento?[6]

La respuesta a estos retos se proporcionaba en la página digital oficial del Ministerio Israelí de Asuntos Exteriores. Lo que se recomendaba era abandonar el objetivo de ganar el debate con datos, información y puntos de vista morales. Todos ellos se abandonaban en virtud de una nueva idea que cautivó la imaginación del Ministerio de Exteriores: la necesidad de convertir Israel en una marca, y promocionarlo como un producto. Gideon Meir, del Ministerio Israelí de Asuntos Exteriores, declaró a *Haaretz* que «preferiría tener un artículo sobre Israel en la sección de Estilo que una noticia en primera página»[7].

Lo que esto significaba en la práctica era que cualquier campaña de relaciones públicas a favor de Israel debía procurar evitar la asociación con el conflicto o con la cuestión palestina. Este era el espíritu de las

directrices dadas a otra organización pantalla que se creó para atraer en especial a la generación más joven de judíos estadounidenses. Se llamaba ISRAEL21c, y había sido fundada en 2001 con la misión de redefinir «la conversación sobre Israel [en Estados Unidos]» mostrando la manera en la que «los esfuerzos israelíes han contribuido de manera incalculable al avance de la sanidad, el medioambiente, la tecnología, la cultura y los valores democráticos en todo el mundo»[8].

Podemos suponer que la idea era desviar la conversación del elefante que había en la habitación: la ocupación israelí. Como el episodio más famoso de *Fawlty Towers,* en el que el propietario del hotel intenta no mencionar la Segunda Guerra Mundial siempre que tiene huéspedes alemanes, el mensaje que se transmitía a los activistas era que mencionar la guerra (es decir, a los palestinos) no era buena idea. Esto lo articuló más explícitamente un experto en relaciones públicas contratado por Marca Israel al explicarle a *The Jewish Week* que sería bastante fútil discutir acerca de la cuestión palestina:

> Demostrar que Israel tiene razón y los palestinos no la tienen tal vez sea emocionalmente satisfactorio para los defensores, pero no es necesariamente eficaz para cambiar la opinión que la gente tiene sobre Israel[9].

Y añadía:

> Tenéis un margen estrecho, en el que Israel solo puede ganar parte del argumento. Estamos intentando ampliar ese margen, para hacer que incluya los logros de Israel.

Poco después, se situó bajo un solo techo el trabajo de organizaciones e individuos diversos. Fue una decisión operativa tomada en el primer Encuentro sobre la Marca Israel, organizado por el Ministerio de Asuntos Exteriores en Tel Aviv, que marcó la adopción oficial de la campaña. La ministra de Exteriores, Tzipi Livni, nombró a Ido Aharoni director de la primera oficina gestora de la marca y le asignó un presupuesto de 4 millones de dólares, además del gasto anual ya establecido de 3 millones de dólares en *Hasbara* y 11 millones de dólares para el trabajo del Ministerio de Turismo Israelí en Norteamérica. Presupuestos menores, pero ni mucho menos insignificantes, fueron distribuidos para el trabajo en Europa. El impacto de la opinión pública estadounidense está indicado por el foco de los políticos israelíes en Estados Unidos, convencidos de que la

«deslegitimación» había tenido allí un éxito especial. Podría pensarse, dada la cantidad de dinero gastada allí, que Estados Unidos serviría de bastión del sesgo proisraelí durante muchas décadas más. Pero no era el único objetivo; los académicos intentaron convencer a los políticos israelíes de que la plaga de la «deslegitimación» estaba también extendida por Reino Unido, como veremos más adelante[10].

Aharoni contrató importantes profesionales del mundo de la mercadotecnia y la publicidad. Entre ellos se encontraban los hermanos Saatchi (de quienes se dijo que hacían el trabajo gratis) y expertos en relaciones públicas como David Saranga, que declaró a *PR Week* que los dos grupos a los que Israel quería dirigirse eran los «progresistas» y gente entre dieciséis y treinta años (de ahí miss Israel y los hombres en bañador de los carteles). En 2005, la oficina de Aharoni contrató a TNS, una empresa de investigación de mercado, para que efectuase un estudio acerca de los nuevos conceptos de marca para Israel en trece países distintos. También financió un programa piloto denominado «Israel: innovación para la vida»[11].

En el centro del equipo se situaba la gente que dirigía Brand Asset Valuator (BAV), la mayor base de datos de marcas del mundo, que colaboraba con los publicistas y la gente de mercadotecnia. BAV se especializa en poner de manifiesto el apego emocional de las comunidades objetivo hacia las marcas. Fern Oppenheim, asesora de publicidad y mercadotecnia y miembro de Brand Israel Group, afirmó que los datos de BAV servirían para emprender una estrategia coordinada a largo plazo, que incluiría la investigación y la evaluación constantes: «Queremos ser un recurso beneficioso para todos», dijo, «del mismo modo que un equipo de dirección corporativa gestionaría una marca»[12].

Los expertos les dijeron a los diplomáticos que Israel no había conseguido gustar en el pasado porque:

> Los estadounidenses saben muchísimo sobre Israel, pero no lo que deben saber. Piensan que Israel es un país lúgubre, destrozado por la guerra, no un país floreciente con altas tecnologías y terrazas de cafeterías llenas[13].

De ahí que en 2005 la misión fuese vender Israel como una sociedad semiestadounidense. Esta tarea se le asignó a Young & Rubicam, destacados expertos de mercado en Estados Unidos. Uno de sus directivos,

David Sable, explicó que estaban a punto de ayudar a remodelar Israel, convirtiéndolo en la reencarnación de un nuevo Estados Unidos porque «los estadounidenses no piensan que Israel se parezca a Estados Unidos»[14]. Israel, como marca, ya era fuerte en Estados Unidos, admitió, pero el problema es que «es más conocido que apreciado, y está limitado por la falta de relevancia». Sable profundizó:

> Los estadounidenses ven a Israel como algo del todo irrelevante para su vida, y se están convirtiendo […] en especial los varones entre 18 y 34 años, en el objetivo más significativo[15].

La Marca Israel pretendía cambiar esta situación seleccionando aspectos destacables de la sociedad israelí que atrajeran directamente a los estadounidenses. Empezaron ofreciendo viajes para críticos de arquitectura, y después para críticos de restauración y enología. El objetivo de estos esfuerzos era «transmitir la imagen de que Israel es una cultura productiva, vibrante y avanzada»[16].

En 2010, la ofensiva de encantamiento estaba preparando los planes de acción para el futuro. Uno de ellos lo resumió sucintamente Gary Rosenblatt en *The Jewish Week:*

> Piensen en Israel como un producto que experimenta una renovación para hacerlo más competitivo en el mercado. Lo que se pide son menos relatos explicando la razón del muro de seguridad, y más atención a los científicos que efectúan investigación puntera con células madre o a los jóvenes informáticos que han dado al mundo la mensajería instantánea[17].

Pocos años después de que se iniciase el programa, el cónsul general de Israel en Nueva York informó con orgullo que se estaba dando un «cambio de paradigma» en Estados Unidos. Antes de la creación de la Marca Israel, los ciudadanos estadounidenses desconocían, por alguna razón inexplicable, que Israel era un país democrático, moral y próspero. Ahora lo sabían.

No solo contrataron a magos de las relaciones públicas y creadores de imagen estadounidenses. El Gobierno israelí también pidió a los ciudadanos que se involucrasen más profundamente. En una demostración de desconfianza total en sus diplomáticos profesionales, acudió a la televisión comercial, buscando mensajeros alternativos para la nueva

imagen de Israel mediante un programa de telerrealidad, *The Ambassadors* [Los embajadores]. El ganador de un concurso eliminatorio de trece semanas obtenía un empleo en una organización sionista, Israel at Heart, para complementar a sus diplomáticos con los mejores jóvenes de Israel. Uno de esos grupos eran los judíos etíopes de Israel, contratados por Israel at Heart para hablar en iglesias afroamericanas. Imagínese a afroestadounidenses de Harlem hablándoles sobre el sueño americano a los habitantes de Brixton, en el centro de Londres, y tal vez entienda la absurdez de dicha medida[18]. Más adelante fueron sustituidos por selecciones más profesionales de cuadros estudiantiles de secundaria para la misión.

Asimismo, el Ministerio de Exteriores pidió a todos los artistas escénicos de Israel que incluyesen un componente de la Marca Israel en su espectáculo. Un ejemplo típico fue la gira por Estados Unidos y Reino Unido efectuada en 2012 por la compañía de danza Batsheva; el Ministerio Israelí de Asuntos Exteriores la consideró abiertamente como parte de una nueva campaña de la Marca Israel. Eran «los mejores embajadores de Israel», dijo el ministerio[19].

En 2010, el semanario económico israelí *Globes* publicó que el Ministerio de Asuntos Exteriores había asignado cien millones de shekels (más de 26.260.000 dólares) a la creación de marca en los siguientes años. Este dinero iba destinado principalmente a luchar contra la creciente «deslegitimación» en las redes sociales digitales. El Ministerio de Exteriores se mostró muy optimista acerca de las oportunidades de dicha campaña. Su unidad de investigación «concluyó» que los usuarios de redes sociales «muestran empatía e identidad con el contenido que les interesa, con independencia de la identidad o la afiliación política de quien lo publique»[20].

Ese año se había alcanzado ya de uno de los primeros éxitos. Scott Piro, judío homosexual experto en relaciones públicas y redes sociales, anunció en un comunicado de prensa que el Ministerio de Turismo de Israel, la Oficina de Turismo de Tel Aviv y la mayor organización LGTB de Israel, el Agudah, se habían unido para lanzar el «Gay Vibe» de Tel Aviv, una campaña de turismo por Internet para promover Tel Aviv como destino turístico de europeos del colectivo LGTB. Observadores críticos calificaron esta iniciativa de *pinkwashing,* comparando la invocación de

los derechos de las mujeres en el siglo XIX para justificar la colonización, con el despliegue cínico de los derechos de los homosexuales como herramienta para legitimar la continua opresión sobre los palestinos[21].

Ni siquiera los publicistas creían sus propias noticias de éxito, sin embargo. Para entender por qué no llegaba y qué más podían hacer, pidieron que se sumara un nuevo organismo. Se trataba del Instituto Reut (*reut* significa «visibilidad» además de «amistad» en hebreo), integrado en la Agencia Judía. El instituto afirmó en 2010 que la amenaza al Estado de Israel en el área diplomática e internacional estaba aumentando. Tenían buenas razones para preocuparse. Naciones Unidas estaba a punto de publicar un informe esclarecedor sobre la ocupación israelí, y ninguna cooperación de encantamiento podría salvar a la Marca Israel de las conclusiones de dicho informe[22].

El Estado cambió de táctica y pasó a la ofensiva. El Instituto Reut analizó el informe como un documento que «cuestiona el derecho de Israel a existir», conectándolo con la protesta internacional dirigida contra Israel tras el segundo ataque a Líbano, en 2006. El furor internacional, de acuerdo con este instituto, era producto de una ideología islamista radical procedente de Irán, a partir de la cual se estableció una red de «deslegitimación» con ayuda de Hezbolá y Hamás.

El problema, sugería el Instituto Reut, era la «inferioridad conceptual» por parte de las fuerzas ideológicas de Israel, que no conseguía venderse como Estado judío y democrático. De ahí que la viciosa campaña de deslegitimación tuviese tanto éxito.

Si esta campaña continuaba, advertía el Instituto Reut, Israel se convertiría en un Estado paria y no habría solución para la cuestión palestina, y se necesitaría en consecuencia aplicar una solución de un solo Estado. Cuando los organismos sionistas advierten contra el peligro de la solución de un solo Estado, no están pensando en un Estado en el que todos los ciudadanos, sean judíos o palestinos, gozan de igualdad de derechos. Como articuló el primer ministro Ehud Olmert en 2007:

> Si llega el día en el que la solución de los dos Estados se venga abajo y nos enfrentemos a una lucha de estilo sudafricano por la igualdad en el derecho a voto (con los palestinos) […] en cuanto eso suceda, el Estado de Israel estará acabado[23].

El informe del Instituto Reut reafirmaba esta perspectiva: «un suceso

formativo en una eventualidad de ese tipo [la formación de un Estado apartheid] es el colapso de la solución de los dos Estados». Pero parece que ni siquiera la solución de los dos Estados los satisfacía, a no ser que a Israel se le librase de cualquier tipo de crítica:

> Sin embargo, incluso en el caso de que se alcanzase una solución aceptable de dos Estados, la deslegitimación continuará, y se centraría probablemente en el trato dado por Israel a la minoría palestina residente en su territorio[24].

¿Qué hacer, entonces? «Hace falta una red para enfrentarse a una red», concluía el informe, pidiendo al Gobierno que reuniera las fuerzas necesarias para ganar la batalla de la deslegitimación a través de Internet. A esto ayudaría la fundación de nuevas ONG, pero, y esto es lo más importante, el informe declaraba que era necesario «cambiar la imagen de Israel. En la actualidad Israel se ve como un país violento, y como un infractor en serie de la legislación internacional»[25].

Por consiguiente, al menos de acuerdo con el Instituto Reut, todo el dinero y todos los expertos del mundo no habían alcanzado para cambiar la imagen de Israel, presentándolo como una nación pacífica y atractiva. La solución obvia de ser menos violentos con los palestinos no pareció pasárseles por la cabeza. Por el contrario, la Agencia Judía quería que el Gobierno buscase formas de presionar a las elites occidentales para que transmitieran una imagen distinta de Israel, y seguía esperando que las comunidades judías en el extranjero pudieran difundir los productos.

Otra sección de la Agencia Judía era el Instituto de Política del Pueblo Judío. En 2010 declaró que tenía la tarea de afrontar una de las mayores amenazas para la seguridad nacional de Israel, y por lo tanto para todos los judíos: «la deslegitimación no solo debe entenderse como una amenaza para Israel sino también para la existencia de los judíos en todo el mundo»[26]. Aunque estaba compuesto por demógrafos, historiadores, sociólogos y propagandistas, en este contexto se comportaba como una unidad militar. De modo similar, su congreso sobre el «Estado de la Nación», celebrado en el Centro Interdisciplinar Herzliya, llamó a la campaña de mercadotecnia de Israel «una guerra», pero no una guerra sin más; era una «guerra asimétrica en la batalla de las ideas». Dado que no era posible derrotar a Israel en el terreno militar y en el económico, sus enemigos intentaban destruirlo a través de las ideas. Era un conflicto

desequilibrado, porque el enemigo estaba por todo el mundo, y era muy poderoso, al menos de acuerdo con Israel[27].

El Instituto Reut vio la asimilación de los judíos jóvenes en las comunidades gentiles como parte de la deslegitimación: se estaban «distanciando de Israel». Esto lo reafirmó un famoso artículo escrito por Peter Beinart en *The New York Review of Books* en 2010, pero Beinart sugería que la brecha creciente entre los judíos jóvenes y la cúpula judía en Estados Unidos surgía del deseo de no ser identificados con la ocupación y con las políticas criminales del Estado[28].

Obviamente, la Agencia Judía no aceptó esta perspectiva. A sus ojos, la desafección derivaba de la popularidad que en Estados Unidos tenía el judaísmo reformista, una rama de la religión poco respetada en Israel, y cuya conversión de recién llegados a la fe judía no era reconocida por las instituciones rabínicas israelíes. En consecuencia, en 2011, al mismo tiempo que pedía una actividad lobista más incisiva, el Instituto Reut quería sacar adelante una visión de un Israel más pluralista desde el punto de vista religioso, para atraer a los jóvenes judíos estadounidenses de mentalidad progresista.

Pero hacían falta más fuerzas para recuperarse de la «inferioridad cultural» detectada por el Instituto Reut: querían inventar un andamio intelectual para justificar la conducta de Israel. Había que poner a trabajar a la torre de marfil.

Hasta 2010, los expertos sionistas se habían ocupado de luchar contra la crítica postsionista planteada desde el propio sector académico israelí, que había destacado en la década de 1990. Pero ahora los conocimientos de los expertos no solo se utilizaron contra los enemigos internos, sino también contra los de Estados Unidos y Gran Bretaña. La nueva campaña estaba dirigida por la universidad religiosa nacional de Bar-Ilan, a la que pronto se unió la Universidad de Tel Aviv.

La función principal de los académicos israelíes era explicar por qué Israel seguía siendo deslegitimado en 2010. Las respuestas variaban de acuerdo con el campo de trabajo de los académicos. Un grupo fundamental fue el compuesto por quienes se especializaban en historia del antisemitismo y en estudios judíos, que tejieron un relato dirigido a diagnosticar el problema y prescribir una receta para tratarlo.

Lo que se pretendía con este esfuerzo erudito concentrado era

proporcionar un marco intelectual que conectase la opinión antiisraelí contemporánea con el antisemitismo histórico europeo. Este relato se articuló por primera vez como respuesta a la Conferencia Mundial contra el Racismo organizada en septiembre de 2001 en Durban, Sudáfrica. Esta reunión de organizaciones no gubernamentales patrocinada por Naciones Unidas se convocó para analizar el racismo en el mundo, incluida Palestina. El Gobierno israelí la calificó de lanzamiento formal de una siniestra campaña de deslegitimación contra Israel, porque los delegados árabes intentaron que se aprobase una declaración que calificaba a Israel de Estado racista y segregacionista. El hecho de que las reuniones terminaran tres días antes del 11-S no se le escapó al equipo de la Marca Israel, que relacionó directamente los dos sucesos como dos aspectos del mismo ataque contra el mundo libre.

Esta conexión entre el 11-S y la «campaña de deslegitimación» la ha planteado abiertamente Benjamin Netanyahu en diversas ocasiones. En un discurso pronunciado en la Knéset el 23 de junio de 2011, habló acerca de la alianza infame entre el islamismo radical y la izquierda radical de Occidente, que unen fuerzas contra el mundo democrático libre, simbolizado por Israel mejor que por cualquier otro lugar del planeta. A partir de ese momento, cualquier sentencia internacional contra Israel (como la emitida por la Corte Internacional de Justicia de La Haya para condenar el muro segregacionista) y cualquier acción de organizaciones de defensa de los derechos civiles y humanos (como la flotilla internacional que intentó llegar a la Gaza sitiada) eran fases del estructurado plan diseñado en Durban.

Una perspectiva distinta la aportaron exgenerales y antiguos jefes de los servicios de seguridad que trabajaban en el sector académico o en institutos semiacadémicos que colaboraban tanto con las universidades como con los servicios de inteligencia. Una de esas organizaciones fue el Centro Meri Amit de Inteligencia e Información sobre Terrorismo, con sede en Tel Aviv, que detectó la misma red de enemigos que todos los anteriores y posteriores: el islamismo radical en colaboración con antisionistas de izquierdas y antisemitas de derechas.

El viceministro de Exteriores de Israel, Dani Ayalon, afirmó esta interpretación del problema en un discurso pronunciado ante la Agencia Judía en octubre de 2010: «Nuestros enemigos reclutan agentes que, bajo

la pretensión del activismo de derechos humanos, trabajan para deslegitimar a Israel»[29]. Se difundió como una declaración oficial israelí en todo el mundo. En un discurso pronunciado ante 150 expertos jurídicos invitados por el Ministerio Israelí de Asuntos Exteriores, Ayalon reprodujo la posición de la Agencia Judía: «Los terroristas y sus emisarios están distorsionando la legislación internacional para robarles a las democracias [como Israel] el derecho a defenderse». Y añadió que «esta es una amenaza para la paz en todo el mundo»[30]. En la Knéset, pidió:

> Una red alternativa, compuesta por ONG e instituciones académicas judías y no judías que unan fuerzas en el frente contra la deslegitimación y describan la realidad del mundo tal como verdaderamente es[31].

En 2011, el Gobierno había invertido ya millones en crear centros de estudios israelíes en diversas universidades de todo el mundo, enviando a graduados de secundaria –seleccionados entre los más atractivos y elocuentes– a promocionar un Israel joven y occidental. Equipos especiales de tuiteros, creadores de contenido en Facebook y blogueros comenzó a trabajar 24 horas los 7 días de la semana para responder a cualquier cosa que sonara remotamente antiisraelí, mientras que en Europa se fundaron también lobbies modelados al estilo del AIPAC estadounidense.

Toda la campaña se ejecutaba con precisión militar. El general Dangot, coordinador de la política israelí en los territorios ocupados, lo explicó bien cuando afirmó, en referencia específica a Hamás, que:

> La guerra por la legitimación y la opinión pública no es más fácil que la que se libra en el frente de batalla […] hay una cultura de mentiras, distorsión y engaño[32].

Fue la Escuela de Gobierno y Política Harold Hartog, perteneciente a la Universidad de Tel Aviv, la que encargó el análisis más amplio sobre la cuestión. En 2010, publicó un documento de análisis de noventa páginas sobre este tema. El documento y expertos como Alan Dershowitz, visitante frecuente en la Universidad de Tel Aviv, estaban un poco perdidos en cuanto a qué contramedidas ofrecer que no se hubieran probado ya antes. El autor del documento de análisis, Rommey Hassman, proponía una herramienta interdisciplinar que integrase la gestión estratégica, la mercadotecnia y la creación de imagen con doctrinas diplomáticas e

ideológicas y, añadido a la mezcla, una vieja noción judía denominaba *tikkun olam,* que planteaba la responsabilidad ética y moral de los judíos con el mundo[33]. Suponía que el Estado de Israel podía mejorar su imagen resaltando el trabajo que hacía en el campo de la ayuda humanitaria y el desarrollo, mientras que, al mismo tiempo, fortalecía su aportación al mundo en desarrollo. Concluía que «mi esperanza es que esta publicación sea útil para académicos y políticos por igual»[34].

El documento recomendaba que el Gobierno de Israel promocionara la nación siguiendo tres pasos:

> 1. Establecer un consejo nacional de comunicaciones: este consejo se integraría en el marco de la Oficina del Primer Ministro, y estaría encabezado por el portavoz principal del Gobierno. Se encargaría de administrar y supervisar una red de portavoces gubernamentales, coordinando su posición en materia de política, seguridad y asuntos económicos y sociales.
>
> 2. Promocionar la nación: Para ello, el Ministerio de Asuntos Exteriores funcionaría como sección promotora internacional del Estado de Israel. En calidad de ello, coordinaría la promoción de Israel, supervisando a los secretarios de prensa y a los portavoces internacionales, el contacto con los periodistas y los medios de comunicación extranjeros, y el seguimiento de los medios internacionales. El Ministerio sería también responsable de embajadas, consulados, misiones y representantes de Israel en el mundo.
>
> 3. Establecer una División de Comunicaciones dentro de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI): esta unidad coordinaría una Oficina del Portavoz de las FDI ampliada, todas las unidades del ejército relacionadas con la investigación y el diseño de conciencia, la red de portavoces de los soldados, y la Radio del Ejército de Israel *(Galei Zahal).* Al trabajar con los medios de comunicación extranjeros, la Oficina del Portavoz de las FDI funcionaría como un organismo de implementación, que actuaría siguiendo las recomendaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores y bajo la guía del consejo nacional de comunicaciones.

Dado que no era posible abordar todos los mercados de manera simultánea, habría que establecer prioridades. El documento priorizaba la promoción por país, de acuerdo con la fuerza de la relación entre cada país y el Estado de Israel[35].

Como es típico de Israel, el pensamiento estratégico estructurado fue sobrepasado por la política interna. Del documento citado arriba se

aplicaron algunas sugerencias, pero no como parte de una estrategia clara, sino más como una política improvisada y dispersa. En las negociaciones para formar un Gobierno de coalición se decidió efectuar un esfuerzo más estructural y estratégico en la «guerra por la legitimación». Así fue como nació el Ministerio de Asuntos Estratégicos Israelí, al que se le confió la misión de obligar a la opinión pública mundial a volver a ser inequívocamente proisraelí.

El Ministerio de Asuntos Estratégicos surgió de varias consideraciones internas de los gobiernos de coalición israelíes. Muchos ministerios se inventan para proporcionar una cartera que anime a jefes de partidos a unirse al Gobierno de coalición, y la historia del origen de este ministerio no es distinta.

En 2006, Ehud Olmert cortejó a Avigdor Lieberman, jefe del partido derechista Yisrael Beiteinu. Lieberman quería la oficina de Seguridad Nacional, pero estaba siendo investigado por corrupción y no era elegible para el cargo, de modo que le crearon un nuevo ministerio, el de Asuntos Estratégicos. El organismo se disolvió en 2008. En 2009, el segundo Gobierno de Netanyahu (2009-2013) resucitó el ministerio y le encargó su dirección a Moshe Ya'alon, exjefe del Estado Mayor. Ya'alon declaró que la oficina se centraría en contrarrestar la «provocación palestina». En 2014, el ministerio se fusionó con el de Inteligencia, y reapareció de nuevo en forma de ministerio independiente en 2015. Para entonces tenía una verdadera tarea entre manos.

En 2015, el Gobierno ordenó al Ministerio de Asuntos Estratégicos que se centrase en lo que se consideraba la punta de lanza de la campaña mundial para deslegitimar a Israel, es decir, el movimiento BDS, que para entonces podía jactarse de logros impresionantes en el reclutamiento de instituciones académicas, culturales y sindicales para su campaña. Estos éxitos hicieron que BDS, que tras una década de actividad había comenzado a influir en la opinión pública de Estados Unidos y Gran Bretaña, atrajese la atención del Gobierno israelí y del lobby estadounidense.

Como respuesta, se aumentó el presupuesto del Ministerio de Asuntos Estratégicos, una financiación extra que procedía de una asignación especial decidida por Benjamin Netanyahu: el origen del dinero sigue siendo opaco. Se creó un grupo especial, llamado Ha-Maracha («la

campaña») para emprender la batalla, y ayudar al lobby en el exterior a cambiar las tornas[36].

EL LOBBY CONTRA *THE LOBBY:* LOS ENTRESIJOS DE LA RED DE APOYO AL DESCUBIERTO

En esta campaña en concreto, al AIPAC se le encargó atender a los medios de comunicación normalmente descuidados por Israel; por ejemplo, Al Jazeera. Más específicamente, se llamó al lobby al campo de batalla después de que la cadena emitiera un documental de investigación titulado *The lobby.* Mientras que en Gran Bretaña pudo emitirse la primera entrega, la segunda, relativa a las acciones del lobby estadounidense, no.

El AIPAC logró censurarlo, y ahora solo puede verse en YouTube[37]. Con sus acciones, el AIPAC reveló en qué medida podía controlar el derecho a la libertad de expresión en Estados Unidos. ¿Qué quería tapar con tanto empeño? El periodista de Al Jazeera, James Anthony Kleinfeld, logró hacerse pasar por un defensor entusiasta de Israel y fue aceptado por varias organizaciones proisraelíes durante las presidencias de Obama y de Trump. Lo invitaron organizaciones como StandWithUs, Centro Brandeis, Proyecto Israel, Fundación para la Defensa de las Democracias, Coalición de Israel en los Campus, Organización Sionista de Estados Unidos, Fuel for Truth y Canary Mission.

Echemos un vistazo a las actividades de estas organizaciones –todas ellas activas todavía en la actualidad– comenzando por StandWithUs (SWU), también conocida como Israel Emergency Alliance. Roz Rothstein, terapeuta de familia de Los Angeles, la fundó en 2001. Adquirió visibilidad por la época de la elección de Trump, en 2016, con dieciocho agentes a tiempo completo en Estados Unidos y sucursales en otras partes. De acuerdo con investigación reciente acerca del grupo, SWU considera Cisjordania parte de Israel y promueve la legalización de los asentamientos israelíes ilegales en Cisjordania. En su página digital dedica mucho espacio a Cisjordania, a la que denomina Cisjordania/Judea y Samaria. Sugiere que el argumento de que Cisjordania pertenece a Israel y debería llamarse Judea y Samaria es moral y jurídicamente tan válido como el otro punto de vista (es decir, el de que es un territorio ocupado ilegalmente). Podríamos considerar que esto equivale a declarar que tanto

la oposición al apartheid en Sudáfrica como el apoyo al régimen eran moral y jurídicamente válidos[38].

SWU trabaja en varias áreas. Está activa en las universidades estadounidenses, donde imita el trabajo de Im Tirtzu, una ONG israelí financiada con fondos públicos, cuya función principal es hacer un seguimiento de los profesores de las universidades israelíes, por si estuvieran transmitiendo mensajes antisionistas en sus clases y conferencias. SWU tiene un ejército similar de soldados de a pie que efectúan misiones similares. Son más sistemáticos que sus homólogos israelíes, y uno puede graduarse con un diploma de «compañero» o «embajador» en muchos de sus programas de iniciación al activismo proisraelí[39]. En universidades de todo Estados Unidos, SWU intentó impedir que estudiantes y profesores apoyasen al movimiento BDS. Los diversos gobiernos de Netanyahu le tenían mucho cariño a Roz Rothstein, y el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí ayudó a financiar el funcionamiento de SWU en Estados Unidos. Rothstein fue declarada en 2016 por el periódico derechista *The Jerusalem Post* una de las cincuenta mujeres judías más influyentes del mundo. En 2008, con ayuda de *The Jerusalem Post,* SWU empezó a publicar *Campus Post,* un periódico mensual que incluía artículos de autores de *The Jerusalem Post* sobre noticias, sociedad y cultura israelíes, mientras que desde Norteamérica se aportaban artículos sobre el activismo proisraelí. Esta publicación en concreto, sin embargo, fue de corta duración.

SWU es también altamente litigiosa: tiene una sección jurídica en la que trabajan ochenta abogados que utilizan los procedimientos judiciales como arma contra las resoluciones de BDS y contra activistas propalestinos en las universidades. Una de sus derrotas más destacadas en los tribunales fue la campaña contra Olympia Food Co-op en el estado de Washington. Este pleito, junto con otros dos referentes a la Universidad de Fordham y a la empresa Caterpillar, es útil para ilustrar la capacidad judicial del lobby, y la tenacidad con la que intenta clausurar cualquier intento de expresar solidaridad con Palestina.

Olympia Food Co-op comenzó siendo una pequeña tienda en el centro de Olympia, Washington, en 1977. Formaba parte de una red de clubes para comprar comida que empezaron a surgir en la zona, y se centró en los materiales reciclados para la construcción de sus establecimientos. La

cooperativa está gestionada por una junta de consejeros. En 2010, decidieron boicotear los productos israelíes. Cinco de los miembros de la cooperativa, ayudados por SWU, demandaron a sus compañeros, alegando que el consejo había actuado por encima del alcance de su autoridad, y que había incumplido sus deberes fiduciarios. Inicialmente SWU se atribuyó el mérito de haber iniciado la causa, afirmando que esta era un subproducto de la alianza entre SWU y el Ministerio de Asuntos Estratégicos israelí. En las sentencias emitidas por un tribunal local y un tribunal de apelaciones, en un proceso que duró ocho años, el pleito se consideró ilegal. SWU acabó mostrando ambigüedad respecto a su participación en la causa y se retiró de la campaña, quizá por la incomodidad que le provocaba el fracaso[40].

A primera vista, el pleito contra la Universidad de Fordham no fue distinto, pero en esta ocasión SWU logró ganarlo. En 2016, la Universidad de Fordham, de la ciudad de Nueva York, declinó una solicitud del grupo Estudiantes para la Justicia en Palestina [SJP - Students for Justice in Palestine] para ser reconocido como grupo estudiantil oficial, por considerar que sus objetivos eran «contrarios a la misión y a los valores de la universidad». Los estudiantes de SJP presentaron una demanda que prosperó en un tribunal de primera instancia de Nueva York, argumentando que Fordham incumplía sus propias políticas y normativas, lo cual está prohibido en Artículo 78 del código civil de Nueva York. La universidad apeló a la Sección de Apelaciones del Tribunal Supremo de Nueva York. En 2020, SWU presentó un escrito *amicus* respaldando la posición de la Universidad de Fordham. La fundadora de SWU, Roz Rothstein, declaró que Fordham es una de las primeras universidades en «reconocer la intolerancia de SJP como lo que es». En el escrito, SWU argumentaba que los tribunales tenían una competencia limitada para dictar las decisiones de las universidades privadas. Sostenía además que la decisión de la universidad era congruente con el Título VI de la Ley de Derechos Civiles, en virtud del cual, en los programas que reciben ayuda económica federal ninguna persona puede estar sometida a discriminación por razones de raza, color u origen nacional. La Sección de Apelación del Estado de Nueva York falló a favor de Fordham, y anuló la sentencia anterior. En mayo de 2021, el Tribunal de Apelaciones de Nueva York rechazó la apelación de los estudiantes, poniendo fin a un litigio judicial

de cuatro años[41].

Entre el fracaso en Olympia y el éxito en Fordham, hubo varios casos no concluyentes, como la lucha por «salvar» a Caterpillar –el mayor fabricante del mundo de equipamiento para construcción– de las «garras» del movimiento BDS. Su excavadora amarilla insignia, la D9, se ha convertido en símbolo de uno de los métodos más horribles usados por la ocupación israelí: la demolición de viviendas palestinas. La Dubbi, o Teddy Bear (D9R), era el nuevo modelo mejorado, que protege de las piedras arrojadas por las víctimas desesperadas. El conductor de una Caterpillar D9R mató a la activista estadounidense Rachel Corrie en Gaza en marzo de 2003.

En 2005, el grupo propalestino Voz Judía por la Paz [JVP - Jewish Voice for Peace] introdujo una resolución en una junta de accionistas de Caterpillar. Entre los activistas judíos, este grupo destaca como organización de base que respalda el movimiento BDS y presta apoyo a miembros de la Cámara de Representantes como Ilhan Omar que, como hemos visto, han sido sometidos a acusaciones de antisemitismo por parte del AIPAC[42]. En esta acción se alió con cuatro órdenes de religiosas católicas. Pedían a la empresa que investigase si Israel usaba las excavadoras para destruir viviendas palestinas. JVP afirmó que dicho uso incumplía el código de conducta empresarial de Caterpillar. SWU reaccionó instando a sus miembros a comprar acciones de Caterpillar y escribir cartas de apoyo a la empresa. Envió sus representantes a los accionistas, intentando convencerlos de que Caterpillar había sido señalada injustamente. Desde esa reunión, miembros del movimiento de solidaridad con Palestina organizan manifestaciones y asisten a la junta de accionistas para introducir el tema una y otra vez, mientras las D9 siguen demoliendo casas palestinas (durante la redacción de este libro, las vimos trabajar en el campamento de refugiados de Yenín, en julio de 2023)[43].

SWU publicó también información que jugaba a su antojo con la exactitud de los datos. Como ha demostrado Ian Lustick, retomó algunas afirmaciones y estadísticas falsas de la vieja propaganda israelí, la más importante de las cuales era la de que Israel podría sostener una mayoría judía sustancial incluso después de anexionar Cisjordania[44].

Como muchas de estas organizaciones lobistas, SWU tenía una oficina en Israel. Podríamos preguntarnos por qué, puesto que no tenía fin

operativo allí. La razón era económica; esa oficina le proporcionaba base jurídica para recibir financiación israelí. Otro fin era el de atraer voluntarios. En 2009, casi el 15% del presupuesto del grupo iba a parar a la oficina en Israel, que forma a 150 estudiantes israelíes cada año, en colaboración con el Ministerio de Asuntos Exteriores, para desarrollar las destrezas lobistas de los alumnos. En enero de 2015, la página de investigación israelí *Seventh Eye* publicaba que SWU recibiría 254.000 dólares de la Oficina del Primer Ministro para crear un programa de «Embajadores en las Redes Sociales» que enseñase a los jóvenes a usar las redes para promocionar Israel. Sin embargo, de acuerdo con SWU, el proyecto no se materializó (la organización no reveló adónde había ido a parar el dinero)[45].

SWU es solo la punta del iceberg en los modernos frentes lobistas. Otra organización investigada por *The Lobby* era el Centro Brandeis por los Derechos Humanos Conforme a la Ley [Brandeis Center for Human Rights Under Law]. Se hizo necesaria por las obvias y patentes infracciones de la legislación internacional cometidas por Israel, que ninguna ofensiva de encantamiento podía reencuadrar. Para impedir que la legitimidad de Israel siguiera debilitándose desde este ángulo, el lobby necesitaba efectuar un juego de manos discursivo. Una organización llamada «centro para la legislación sobre derechos humanos» sería un desastre, porque Israel incumple estas leyes a diario. Pero el ojo no entrenado no vería la diferencia entre los derechos humanos conforme a la ley, es decir, la ley israelí, y la legislación internacional sobre derechos humanos.

El propósito de este centro, establecido en 2012, era retratar a Israel como víctima de abusos contra los derechos humanos. El truco estaba en encuadrar cualquier acción contra Israel como una acción contra todos los judíos, y en consecuencia, como antisemita. En la práctica, sus instrucciones eran atraer a jóvenes estudiantes de derecho judíos para hacer más o menos lo que se les pedía que hicieran a los estudiantes de StandWithUs. En muchas universidades se crearon «capítulos» que buscaban detectar iniciativas de BDS, y en general cualquier actividad universitaria que se considerase antiisraelí[46]. Como en el caso de StandWithUs, los estudiantes no solo eran activistas, sino que formaban parte de una iniciativa con el atractivo nombre de JIGSAW

(rompecabezas), que es el acrónimo de «Justice Initiative Guiding Student Activists Worldwide» (Iniciativa por la justicia para guiar a activistas estudiantiles en todo el mundo)[47]. El «mundo» aquí hace referencia a Estados Unidos, como la Serie Mundial del béisbol estadounidense.

Su principal némesis era la Asociación de Estudios de Oriente Próximo (MESA - Middle East Studies Association), fundada en 1965 como asociación de académicos que enseñan y estudian sobre Oriente Próximo. La mayoría de los departamentos de Oriente Próximo en las universidades del mundo están asociados a la MESA. En 2014, el Centro Brandeis publicó un informe titulado *The Morass of Middle East Studies* [El cenagal de los Estudios de Oriente Próximo], que acusaba a departamentos de Estudios de Oriente Próximo de diversas universidades financiadas con fondos públicos de presentar un sesgo contrario a Israel. La organización afirmó que se había dado un uso indebido y abusivo de los fondos federales proporcionados a 129 centros universitarios de estudios internacionales y lenguas extranjeras en virtud del Título VI de la Ley de Educación Superior de 1965[48].

El informe fue acompañado por una declaración firmada por diez grupos proisraelíes que mostraban preocupación por el supuesto uso indebido de dinero público, y sostenían que los programas «difunden falsedades antiestadounidenses y antiisraelíes». La declaración exigía también cambios en la ley, que debería «exigir a los perceptores de fondos establecidos en el Título VI que estableciesen procedimientos de reclamación para tener en cuenta las quejas de que los programas no reflejan las diversas perspectivas y una gama amplia de puntos de vista» y «exigir que el Departamento de Educación de Estados Unidos establezca un procedimiento de resolución de quejas similar al que usa para garantizar el Título VI de la Ley de Derechos Civiles de 1964»[49].

El trabajo sobre Oriente Próximo efectuado por expertos estadounidenses, altamente profesional e internacionalmente aclamado, ponía de manifiesto los orígenes, los mecanismos y los objetivos del incumplimiento sistemático de los derechos humanos por parte de Israel. Este trabajo académico, que sacaba a la luz las infracciones en materia de derechos humanos, fue acusado por el Centro Brandeis de ser el verdadero incumplimiento de los derechos humanos. En esta campaña, el centro colaboró con otra organización denominada AMCHA («Tu Pueblo» en

hebrero); su nombre completo es Iniciativa AMCHA. Es un grupo presente en las universidades que se considera a sí mismo un vigilante del antisemitismo, pero en la práctica lo único que hace es enfrentarse a las iniciativas de BDS en los campus. Lo fundaron en 2012 un profesor de grado en la Universidad de California en Santa Cruz (UC), Tammi Rossman-Benjamin, y una profesora emérita de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), Leila Beckwith. En cuanto a presupuesto, es una organización pequeña en comparación con las anteriores. Pero no necesita mucho. Como Canary Mission, de la que hablaremos más adelante, se ocupa de detectar a profesores «antiisraelíes» en las universidades. Es una empresa muy local, que ataca principalmente a grupos propalestinos o palestinos en la Costa Oeste de Estados Unidos mediante una equiparación del antisionismo, o incluso de una leve crítica a Israel, con el antisemitismo. Su hazaña más conocida fue la cancelación de una reunión por Zoom con Leila Jaled en 2020, por la intensa presión a la que sometió a Zoom. Leila Jaled se hizo famosa por formar parte del grupo que secuestró en 1969 un avión de Trans World Airlines que volaba entre Roma y Tel Aviv, haciéndolo aterrizar en Damasco. La foto de ella sujetando un AK-47 se hizo tan famosa como la del Che Guevara fumando un puro[50].

Parece que a los sionistas progresistas les horrorizaron las actividades de AMCHA. En octubre de 2014, un grupo de profesores judíos escribió a *Forward* lo siguiente:

> La técnica de vigilancia de clases, simposios y conferencias usada [por AMCHA] tensiona el principio básico de libertad académica sobre el que se sostiene la universidad estadounidense […] Asimismo, la definición de antisemitismo que aplica es tan indiscriminada que pierde todo su significado. En lugar de fomentar la apertura con sus esfuerzos, el enfoque de AMCHA elimina prácticamente todas las direcciones intelectuales, excepto las más estrictas, y tiene un efecto paralizante sobre la investigación y la enseñanza. Los métodos usados por AMCHA prestan poca ayuda a Israel, cuya supervivencia misma depende de un debate libre, abierto y vigoroso acerca de su futuro […] Las tácticas de AMCHA están diseñadas para reprimir el debate en cuestiones debatidas en Israel y en todo el mundo, y la suposición de que hace falta proteger de sus propias universidades a los estudiantes es errónea y destructiva. Esfuerzos como este no promueven la integridad académica, sino que sirven para entorpecer el intercambio académico vigoroso que constituye la savia de

la universidad[51].

El Centro Brandeis reprodujo los métodos arriba esbozados, pero a mayor escala. Como parte de su actividad, atacó a una organización estudiantil de la Universidad de Harvard que protestaba contra la presencia de máquinas expendedoras de agua de SodaStream en el campus. SodaStream es uno de los mayores productores de refrescos de todo el mundo, y desde 2018 pertenece a PepsiCo. Antes de 2015, su fábrica principal estaba en la Cisjordania ocupada, pero tras una larga campaña de BDS, aceptó ubicarse dentro de las fronteras de Israel.

El Centro Brandeis tenía las manos muy ocupadas, porque BDS ganaba impulso. Cada vez más asociaciones de profesionales consideraban en serio boicotear a los académicos israelíes. El Brandeis intentaba frenar este tipo de iniciativas propuestas por la Asociación de Lenguas Modernas y la Asociación de Estudios Americanos. La campaña más reciente la habían lanzado contra Ben & Jerry's. En 2022, la empresa anunció que no vendería su helado en la Cisjordania ocupada. Era difícil que el Centro Brandeis encontrase un contraargumento sustancial al anuncio bien fundamentado por parte de Ben & Jerrys, que afirmaba también su decisión de seguir vendiendo en Israel propiamente dicho. Demuestra lo desconectadas de la realidad sobre el terreno que están las actuales organizaciones proisraelíes de Estados Unidos cuando atacan a empresas que cumplen con la legislación internacional:

> Creemos que no concuerda con nuestros valores que el helado Ben & Jerry's se venda en el Territorio Palestino Ocupado (TPO). También atendemos y reconocemos las preocupaciones que nos manifiestan nuestros admiradores y aliados de confianza.
>
> Mantenemos desde hace tiempo una alianza con el titular de nuestra licencia, que fabrica helado Ben & Jerry's en Israel y lo distribuye en la región. Hemos estado trabajando para cambiar esto, y por consiguiente hemos informado a la empresa titular de la licencia de que no renovaremos el acuerdo cuando expire el contrato, a finales del próximo año.
>
> Aunque Ben & Jerry's dejará de venderse en los TPO, permaneceremos en Israel bajo un contrato diferente. Compartiremos una actualización tan pronto como estemos preparados[52].

Y en el Capitolio, el Centro Brandeis se unió a otras organizaciones para intentar promover leyes destinadas a equiparar las críticas a Israel con el

antisemitismo, considerándolas el mejor medio para frenar los cambios que se estaban produciendo en la actitud de la sociedad civil hacia Israel. Apoyó la Ley de Concienciación sobre el Antisemitismo, una controvertida legislación aprobada por el Congreso en 2016, que exige al Departamento de Educación utilizar la definición de antisemitismo establecida en ella cuando «revise, investigue o decida acerca de si se ha producido un incumplimiento del Título VI de la Ley de Derechos Civiles de 1964». La definición establece que antisemitismo es «una cierta percepción de los judíos, que puede expresarse en forma de odio a los judíos». Como comentaba por aquel entonces Joe Cohn en la página digital Fire, es «una descripción tan amplia que permite investigar y sancionar discurso político fundamental, como la crítica a la política israelí»[53].

Menos clandestinos son los esfuerzos del lobby en los campus universitarios estadounidenses. Se utilizan donaciones para construir centros de Estudios sobre Israel que proporcionen un barniz de legitimidad erudita al proyecto israelí de construcción de nación. Al mismo tiempo, el lobby usa la litigación en un intento de desfinanciar programas de Estudios de Oriente Próximo que no sean suficientemente proisraelíes[54].

Otras organizaciones lobistas estadounidenses no buscaban solo cambiar el estado de ánimo de las corporaciones y las universidades del país, sino también crear un cambio de opinión mundial a favor de Israel. Una de esas organizaciones es la Fundación para la Defensa de las Democracias [Foundation for the Defense of Democracies]. Su creación fue un reflejo instintivo de los neoconservadores a los atentados del 11-S, pero trabajó desde el comienzo en colaboración con el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí. Comenzó defendiendo, en consonancia con su dura imagen neoconservadora, el establecimiento de sanciones y políticas agresivas contra Corea del Norte, Irán, Rusia y Afganistán, pero acabó centrándose en defender a Israel. Esperó, sin embargo, hasta 2019 para registrarse como lobby propiamente dicho. Se muestra reservada respecto a sus fuentes de financiación, pero resulta interesante que un informador afirme que la financia EAU, a través de un supuesto regalo de 2,5 millones de dólares concedido en 2017[55].

Esta plétora de entidades provocó varios intentos de organizar una organización paraguas. Uno de esos esfuerzos fue la Coalición Israel en el

Campus, fundada en 2002 por la fundación filantrópica de la familia Schusterman en colaboración con asociaciones judías veteranas en las universidades estadounidenses. Lo que este esfuerzo de coordinación pretendía era logar una acción conjunta contra BDS y el activismo propalestino en las universidades de todo Estados Unidos. Nació cuando su organización matriz, Hillel House, fue cuestionada por uno de sus propios grupos, Open Hillel, que se mostraba crítico con Israel y abierto a dialogar con las asociaciones palestinas universitarias, al menos temporalmente[56]. El «enemigo interno» era ahora el principal objetivo de la vigilancia. La situación llegó suficientemente lejos como para preocupar incluso al periódico judío *Forward,* de acuerdo con el cual habían construido una «compleja operación de inteligencia política en las universidades estadounidenses»[57].

Internet es ahora un campo de batalla fundamental. Abriendo camino se encuentra la página digital Canary Mission, establecida en 2014, y otras como Campus Monitor encabezan las campañas del lobby en ese ámbito. Canary Mission trabaja como una organización de servicios secretos, reuniendo expedientes de activistas estudiantiles en las universidades, y amenazando con enviar sus nombres a posibles empleadores. El Gobierno israelí usa esas listas para impedir la entrada en Israel a ciudadanos estadounidenses que defienden a BDS. Nadie ha demandado a Canary Mission por actividad ilegal, pero sí ha sido objeto de fuertes críticas, no solo por parte de organizaciones propalestinas, sino también de organizaciones proisraelíes que la consideran un proyecto racista[58]. Académicos judíos de Europa y de Estados Unidos han comparado las actividades de Canary Mission con las empleadas por los regímenes autoritarios y por el macartismo en Estados Unidos[59].

La última agrupación que deberíamos mencionar al hacer referencia a la represión de la actividad propalestina es Proyecto Israel. Lo fundaron en 2003 Jennifer Laszlo Mizrahi y unos cuantos amigos suyos. Mizrahi ejerció también la presidencia del proyecto hasta 2012. Se trataba en algunos aspectos de una organización única, porque al principio su objetivo era el ciberespacio mundial, e intentaba atender también al mundo árabe. Tenía una extensa sección de medios de comunicación en árabe, pero la abandonó en 2014 (la sección intentó operar de manera independiente a modo de organización denominada Al-Masdar [«la

fuente»] pero también cerró, en 2019). Ambas ambiciones, ser mundial y atender al mundo árabe, se habían abandonado ya en muchos aspectos cuando Al Jazeera investigó esta ONG concreta. En 2019 había desaparecido a todos los efectos, por problemas de financiación. Pero durante su existencia, tenía sedes en Israel y en Estados Unidos, una publicación propia denominada *The Tower* y un programa de estudiantes, y organizaba paseos de helicóptero especiales en Israel, cuyo enorme coste tal vez contribuyese a su caída.

Todas estas actividades están expuestas ampliamente en *The Lobby - USA,* el documental de Al Jazeera.

La investigación encubierta de Al Jazeera aportó también pruebas sobre las campañas de vigilancia y difamación efectuadas por Coalición Israel en el Campus. Un ejecutivo de esta organización mostraba al periodista encubierto las capacidades de recogida de datos y vigilancia, que luego se dirigían contra los defensores de Palestina y BDS. Otros ejecutivos explican que las actividades de vigilancia de la organización constituyen un método de «guerra psicológica». El documental revelaba en último término que Coalición Israel en el Campus colaboraba estrechamente con Canary Mission y con el Ministerio de Asuntos Estratégicos israelí.

Estas revelaciones podrían haber escandalizado e indignado a la ciudadanía estadounidense. No sorprende que el lobby, liderado por el AIPAC, hiciera todo lo posible por impedir su programación en Estados Unidos. Al Jazeera anunció la intención de emitir el programa en octubre de 2017. Las organizaciones judías de Estados Unidos empezaron a presionar al Gobierno catarí, que financia a Al Jazeera, y lograron obtener la promesa de que la emisión de la parte referente a Estados Unidos, prevista para febrero de 2018, no se efectuaría.

Clayton Swisher, director del departamento de periodismo de investigación del medio, acusó a la cadena de capitular ante la presión externa y afirmó, en referencia al uso de investigadores encubiertos, que

> Lo hacen muchos medios de radiodifusión internacionales, incluidas la BBC y la CNN, y está cuidadosamente gestionado, a través de múltiples capas de revisión jurídica y editorial, para garantizar que se efectúe de acuerdo con las leyes locales, las reglamentaciones del sector y nuestro propio Código Ético.

Swisher dimitió de la cadena como acto de protesta contra la decisión

tomada en referencia a esta cuestión[60].

En una reacción típica del lobby, por una parte se jactó de su capacidad para ejercer presión sobre el Gobierno catarí, y por otra demostró una falta completa de gratitud, intentando debilitar la presencia de Al Jazeera en Estados Unidos. En marzo de 2018, un grupo de legisladores estadounidenses de ambos partidos, en el que participaban el congresista demócrata Josh Gottheimer, el congresista republicano Lee Zeldin y el senador también republicano Ted Cruz, instaron al fiscal general, Jeff Sessions, a investigar si Al Jazeera debería registrarse como agente extranjero, alegando asimismo que la cadena se había infiltrado en organizaciones sin ánimo de lucro, y acusándola de emitir contenido antisemita, antiisraelí y antiestadounidense[61].

Pero a esas alturas la sociedad civil tenía su propia forma de enfrentarse a la presión y a la censura. A finales de agosto y comienzos de septiembre de 2018, varios medios digitales, incluida *Electronic Intifada*, emitieron partes filtradas de la serie documental (un acto condenado por Al Jazeera).

En resumen, todos estos frentes y estas campañas estaban destinados al fracaso porque Israel mantenía sus acciones brutales sobre el terreno, mostradas plenamente al mundo por periodistas valientes como Shireen Abu Akleh, asesinada por militares israelíes en mayo de 2022, y por medios digitales alternativos y organizaciones de derechos humanos, en especial los que se mantenían activos en la propia Palestina. De modo que el AIPAC no ha logrado hacer retroceder la marea de activismo propalestino en la sociedad civil. Sigue promoviendo legislación contra DBS a escala federal, o en estados específicos, pero esta táctica –que funcionó durante un tiempo, aunque no en todas partes– ha servido a menudo para endurecer la actitud de los activistas propalestinos.

Al mirar la página digital del AIPAC en 2023, y seguir sus actividades principales desde noviembre de 2022, cuando una coalición de extrema derecha ganó las elecciones nacionales en Israel, se obtiene la impresión de que sigue creyendo que lo importante es la política desde arriba, no desde abajo. Su principal proyecto en este momento se denomina AIPAC-PAC (siglas en inglés de Comité de Asuntos Públicos), que se centra en obtener fondos para financiar a candidatos al Congreso proisraelíes. Se enorgullece de tener en su lista 365 políticos de ambos bandos, y de haber gastado en ellos más de 17 millones de dólares. La mayoría, afirma, fueron

elegidos en 2022. Pero el nuevo Gobierno israelí no fue bien recibido por el de Biden, y el tiempo dirá si esto será significativo para la capacidad del lobby de influir en general en la política estadounidense. En el momento de escribir este libro, la relación entre Estados Unidos e Israel se encuentra en un nadir insólito debido a lo que el presidente Biden ha denominado el Gobierno israelí más extremista desde que él llegó a la política, en la década de 1960. Sin embargo, este libro no hace predicciones; solo pretende detectar tendencias y estructuras. Y este movimiento paralelo de perder la simpatía de los ciudadanos, por una parte, y seguir teniendo control de la elite política, por otra, no va a cambiar próximamente. Una trayectoria paralela similar puede observarse en Gran Bretaña en el siglo XXI.

---

[1] La cita está tomada de Sarah Schulman, «A Documentary Guide to "Brand Israel" and the Art of Pinkwashing», *Modoweiss,* 30 de noviembre de 2011.

[2] *Ibid.*

[3] Véase The David Project [www.davidproject.co.uk].

[4] *Ibid.*

[5] *Ibid.*

[6] *Ibid.*

[7] Citado en S. Schulman, *op. cit.*

[8] Véase [Israel21c.org/about/]

[9] S. Shulman, *op. cit.*

[10] *Ibid.*

[11] Información publicada en *Yedioth Ahronoth,* 27 de julio de 2011.

[12] Citado en Gary Rosenblatt, «Marketing a New Image», *The Jewish Week,* 20 de enero de 2005.

[13] *Ibid.*

[14] *Ibid.*

[15] *Ibid.*

[16] *Ibid.*

[17] *Ibid.*

[18] Véase su página digital en [www.israelatheart.org].

[19] «Calls to Boycott Basheva in the Edinburgh Festival», *Haaretz,* 17 de julio de 2012.

[20] Publicado en S. Schulman, *op. cit. Globes* publicó el 9 de marzo de 2011 que el Ministerio de Educación había decidido invertir 45 millones de shekels en ampliar la campaña, y unos 88 millones de dólares se invirtieron en presentar Tel Aviv como la capital gay de Israel.

[21] S. Schulman, *op. cit.*

[22] El informe puede encontrarse también en inglés: Reut Institute, «The Delegitimitization Challenge: Creating a Political Firewall», en [www.reut-institute.org], 13 de febrero de 2010.

[23] Entrevista concedida a *Haaretz,* 28 de noviembre de 2007.

[24] Reut Institute, *op. cit.*

[25] *Ibid.*

[26] Se puede consultar también en inglés: Jewish People Policy Institute, «Annual Assessment 2010», Executive Report 7, p. 182.

[27] Lea Landman, «Winning the Battle of the Narrative», *Tenth Herzliya Annual Report,* 31 de enero - 3 de febrero de 2010, pp. 56-60.

[28] Peter Beinart, «The Failure of the American Jewish Establishment», *The New York Review of Books,* 10 de junio de 2010.

[29] Publicado por el Ministerio Israelí de Asuntos Exteriores en forma de artículo de prensa; véase *Yedioth Ahronoth,* 22 de octubre de 2010.

[30] Disponible en [www.inn.co.il/news/208624].

[31] Disponible en [https://machsomwatch.org/he/node/50455].

[32] Eitan Dangot, «Estrategias para contrarrestar la deslegitimación y modelar las percepciones públicas», mesa redonda, Contrarrestar los Ataques a la Legitimidad de Israel, S. Daniel Abraham Center for Strategic Dialogue, Netanya Academic College, 16 de abril de 2012.

[33] Rommey Hassman, *The Israel Brand: Nation Marketing under Constant Conflict,* Documento de análisis, Escuela de Gobierno Hartog Haronld, Universidad de Tel Aviv, abril de 2008.

[34] *Ibid.,* p. 5. Todas las citas de este documento de análisis están traducidas por mí al inglés.

[35] *Ibid.,* pp. 57-58.

[36] B. Z. Itamar, «Así se hundió el ejército de la verdad de Israel», *Seventh Eye,* 20 de enero de 2021 (en hebreo)

[37] [www.youtube.com/watch?v=3lSjXhMUVKE].

[38] David Cronin, Sarah Marusek y David Miller, *The Israel Lobby and the European Union,* Glasgow, Public Interest Investigations, 2016.

[39] Lauren Schmidt, «Shagririm: Israel-American Ambassadors on Campus», *Jewish Press,* 5 de mayo de 2013.

[40] Phan Nguyen, «Who's Who Behind the Olympia Food Co-op Lawsuit», *Mondoweiss*, 22 de febrero de 2012; «StandWithUs Invests Nearly Half a Million Dollars in Ongoing Anti-BDS Lawsuit against Olympia Food Co-op», *Mondoweiss,* 29 de mayo de 2015; «Former Olympia Food Co-op Board Members Move to End Seven-Year Lawsuit over Boycott of Israeli Goods», Center for Constitutional Rights, 16 de noviembre de 2017.

[41] Disponible en [https://palestinelegal.org/case-studies/2017/3/9/fordham-bans-students-for-justice-in-palestine].

[42] #IStandWithIlhan

[43] Teresa Watanabe, «Jews Target Caterpillar Shareholder Effort», *Los Angeles Times,* 13 de abril de 2015.

[44] Ian Lustick, «What Counts Is the Counting: Statistical Manipulation as Solution to Israel's Demographic Problem», *The Middle East Journal* 67, 2 (primavera de 2013), pp. 189-190.

[45] «Prime Minister Office Hires Rightist Israel Advocacy Group for 1 Million Shekels», *Haaretz*, 13 de enero de 2015; véase también Nathan Guttman, «StandWithUs Draws Line on Israel», *Forward*, 27 de noviembre de 2011; «Israel to Bankroll 2 Million NIS StandWithUs Venture», *The Times of Israel,* 15 de enero de 2015.

[46] Véase su página digital: [https://brandeiscenter.com/]

[47] [https://thejewishnews.com/2018/11/06/brandeis-center-to-equip-law-students-to-fight-anti-semitism/]; [www.brandeis.edu/president/past/liebowitz-letters/2023-03-02-new-collaboration-to-combat-antisemitism.html].

[48] «Pro-Israel Groups Question Federal Funds for Middle East Centers», *Inside Higher Education,* 18 de septiembre de 2014.

[49] Peter Schmidt, «Supporters of Israel Say Programs in Middle East Studies Misuse US Funds», *Chronicle of Higher Education Blogs: The Ticker,* 17 de septiembre de 2014.

[50] Colleen Flaherty, «Zoom Draws a Line», *Inside Higher Education,* 25 de septiembre de 2020.

[51] «Statement by Jewish Studies Professors in North America Regarding the *Amcha* Initiative», *Forward,* 1 de octubre de 2014.

[52] Disponible en [www.benjerry.com/about-us/media-center/opt-statement].

[53] Disponible en [www.thefire.org/news/anti-semitism-awareness-act-continues-threaten-free-speech-campus].

[54] «Pro-Israel Groups Question Federal Funds for Middle East Centers», *Inside Higher Education,* 18 de septiembre de 2014.

[55] Desmond Butler, Tom LoBianco, Bradley Klapper, Chad Day y Richard Lardner, «Witness in Mueller Probe Aided UAE Agenda in Congress», *Associated Press,* 26 de marzo de 2018.

[56] Véase [www.thetower.org/article/open-hillel-is-a-much-bigger-problem-than-you-think/].

[57] «Campus Pro-Israel Group "Monitored" Progressive Jewish Students», *Forward*, 25 de septiembre de 2018.

[58] John Nathan-Kazis, «Canary Mission's Threat Grows, from the US Campuses to the Israeli Border», *Forward*, 3 de agosto de 2018.

[59] «US Website Using Hatred to Silence Criticism on Israel», *Arab News,* 23 de octubre de 2019.

[60] Clayton Swisher, «We Made a Documentary Exposing the "Israel Lobby", Why Hasn't It Run?», *Forward,* 8 de marzo de 2018.

[61] Bill Allison, «Lawmakers Push for US Review of Al-Jazeera as Foreign Agent», *Bloomberg News*, 7 de marzo de 2018.

11. El lobby proisraelí en la Gran Bretaña del siglo XXI

UNA CENITA EN MEIR'S

El edificio situado en el número 2 de Palace Green, en la sección sur de Kensington Palace Gardens, fue diseñado por el arquitecto Frederick Hering como vivienda para el escritor William Makepeace Thackeray, y construido con los llamativos ladrillos rojos típicos del «resurgimiento del estilo Reina Ana» que imperaba en tiempos de Thackeray. No es accidental que el propio escritor fuese un entusiasta de dicha reina. Ese edificio alberga hoy la embajada israelí.

En una de sus novelas más divertidas, *A Little Dinner at Timmin's,* Thackeray cuenta la historia de una joven pareja decidida a ascender socialmente. Los jóvenes, residentes en la «limpia callecita» Lilliput, organizan una cena que sobrepasa un poco sus posibilidades, con el fin de situarse en el lugar que consideran que les corresponde en la sociedad, sin importarles los insultos en los que incurran y cuánto dinero pierdan en la preparación de este infortunado banquete. La cenita pronto se convierte en un desastre que pone fin a las ambiciones de ascender en la escala social que tenían ambos jóvenes.

Más de un siglo después, en la antigua casa de Thackeray se ofreció otra cenita, en un nuevo intento de subir una escalera, en esta ocasión un conducto para las aspiraciones políticas. Esta cena en concreto, celebrada en marzo de 1994, forjó una amistad personal que afectó a la historia del lobby proisraelí en tiempos del nuevo laborismo. A diferencia de su homóloga de la ficción, esta comida tuvo un éxito abrumador, convirtiendo a Tony Blair en ferviente devoto de Israel y sus políticas en un momento en el que en la ciudadanía británica en general empezaban a surgir serias dudas acerca de la conveniencia y la moralidad de dicho acercamiento.

Tony Blair era entonces portavoz de la oposición en materia de Interior, bajo el liderazgo del líder laborista John Smith. Lo que pretendía Israel con aquella cena ofrecida en la embajada era hacerle a Blair el favor

extraordinario de presentarle a Michael Levy, exproductor de música pop convertido en recaudador de fondos.

Levy colaboró con muchas causas, la mayoría judías e israelíes. Por ejemplo, reunió 60 millones de libras para la organización benéfica Jewish Care, que más tarde presidiría. Un antiguo compañero suyo opinaba que no había «nadie mejor en el país» para recaudar fondos. Se calcula que reunió cientos de millones de libras para causas diversas[1].

Ya en tiempos de John Smith, Levy destacó como enlace entre el Partido Laborista y algunos de los donantes más ricos del norte de Londres que realizaban labores benéficas en la comunidad anglojudía, y cuyas donaciones, al menos de acuerdo con un observador, «influyeron crucialmente» en la fuerte actitud proisraelí del partido en tiempos de Smith y de Blair[2]. Entre ellos se incluían sir Emmanuel Kaye, de Kaye Enterprises; sir Trevor Chinn, de Lex Garages; Maurice Hatter, de IMO Precision Controls; y David Goldman, del Sage Software Group[3]. Para los Amigos Laboristas de Israel (LFI) de mediados de la década de 1990, un tanto desmoralizados ante las tendencias propalestinas de los afiliados de base, este fue un punto de inflexión crucial. Nick Cosgrave, director de LFI, declaró que Blair había:

> Reintroducido a Amigos Laboristas de Israel en el Partido Laborista, en cierto sentido […] antes la mayoría de los socios de Amigos Laboristas se sentían incómodos en el Partido[4].

En sus memorias, Levy recordaba la cena:

> El ambiente era agradablemente relajado e informal, y Blair estaba muy tranquilo. Desearía poder decir que de inmediato me pareció un futuro líder del partido y primer ministro. De hecho, mientras se servía el cordero y el vino tinto, la primera impresión que me dieron Blair y su esposa Cherie fue que eran brillantes, elocuentes y amables. También me parecieron extraordinariamente jóvenes e inocentes[5].

Pero aun así lo convencieron de que respaldase a Blair en sus futuras empresas políticas. La cena demostró ser una ocasión muy fructífera. Tras la muerte de John Smith, en mayo, Levy donó unos 7 millones de libras para la campaña y otras necesidades del aspirante a líder laborista[6]. Una vez elegido, las donaciones privadas siguieron siendo importantes para el nuevo líder de la oposición, permitiéndole contratar a agentes de prensa y

expertos en relaciones públicas como Alastair Campbell, que se convirtió en su secretario de prensa, y Jonathan Powell, su futuro jefe de gabinete. Fue la mayor oficina del líder de la oposición en la historia británica, dando empleo a una plantilla de veinte personas a tiempo completo, con salarios apreciables[7]. El hecho de no depender económicamente de los sindicatos, tradicionalmente los principales financiadores del laborismo, le dio a Blair la libertad que necesitaba para transformar el Partido Laborista a su propia imagen.

Levy recogió donaciones para un fideicomiso ciego, conocido como Labour Leader's Office Fund [Fondo para la oficina del líder laborista], para el que recaudó casi 2 millones de libras, una cantidad «antes inimaginable para un líder laborista» (también invirtió su propio dinero en este fideicomiso)[8]. Blair ha sostenido que desconocía las fuentes de estas donaciones, pese a que se mantenía casi constantemente en contacto con Levy, e incluso se había reunido con algunos de los donantes[9].

Ahora sabemos que entre los donantes secretos se encontraban, por ejemplo, Trevor Chinn y Emmanuel Kaye, financiadores de grupos proisraelíes. Levy había resultado crucial para convencer a los donantes de que el laborismo había cambiado. Blair le dijo «estoy absolutamente convencido de que no debemos acudir a las próximas elecciones dependiendo económicamente de los sindicatos». A cambio, se volvió económicamente dependiente de los grandes donantes, algunos de los cuales tenían opiniones muy firmes acerca de Israel[10]. De acuerdo con Levy, en sus conversaciones con Blair, el tema de Israel ocupaba el segundo lugar, después de la financiación.

En efecto, Levy hizo posible el nuevo laborismo. Con posterioridad se ha descrito a sí mismo como «un destacado sionista internacional», y desde entonces ha elogiado a Blair por su «apoyo sólido y comprometido al Estado de Israel»[11]. Blair necesitaba una financiación constante de individuos muy ricos para evitar la necesidad de unirse a los sindicatos, pero tampoco quería atraer muchas preguntas acerca de la procedencia del dinero. Una de las figuras más conocidas de Amigos Laboristas de Israel era el promotor inmobiliario judío David Abrahams. Un abogado que actuaba en nombre suyo y dos directivos del Partido Laborista, organizaron una donación de 650.000 libras al partido mediante un acuerdo de entrega regular de cantidades de dinero *(covenant)* a socios

cercanos, ocultando así la identidad del donante. El primer ministro Gordon Brown afirmó que estas acciones incumplían la ley, aunque el tema siguió siendo materia de debate[12].

La relación se hizo más íntima tras las elecciones cruciales celebradas en mayo de 1997, cuando por fin el nuevo laborismo de Blair subió al poder, con una victoria arrolladora. Tres años después de conocerse, los Blair se habían acostumbrado a pasar muchos fines de semana en la propiedad de Michael y Gilda Levy, donde nadaban y jugaban al tenis. Tras el nombramiento oficial de Blair como primer ministro, Levy invitó a la pareja a «venir como siempre», y recordaba que:

> Cuando Tony y yo entramos por fin en la pista de tenis, se paró de repente. Miró alrededor, asegurándose de que sus agentes de seguridad no estaban suficientemente cerca como para oírlo. Y entonces hizo algo verdaderamente asombroso.
>
> Literalmente se puso a saltar, como un niño que acaba de salir del colegio, y gritó, riéndose a carcajadas: «¡De verdad, lo he logrado! ¡No me lo creo! ¡Soy primer ministro! ¡Soy primer ministro! ¡Soy primer ministro!»[13].

En el verano de 1997, Blair puso a Levy en su primera lista de nombramientos nobiliarios, con el título de barón de Mill Hill. Tres años después, trabajando fuera del edificio del Foreign Office, Levy se convirtió formalmente en enviado personal del primer ministro a Oriente Próximo.

El interés de Blair por Oriente Próximo, recordaba Levy, comenzó realmente en 1995, cuando el primer ministro conservador John Major los invitó, a él y al líder liberal demócrata Paddy Ashdown, a formar parte de la delegación oficial británica al entierro de Isaac Rabin. Al menos de acuerdo con Levy, el acto organizado en Jerusalén había convertido a Blair en un gran creyente en Israel, así como en su propia capacidad para desempeñar en el futuro una función destacada en la obtención de la paz y la estabilidad. Levy recordaba que, desde el viaje, Blair:

> No dejó de preguntarme, siempre que yo regresaba de Israel, qué me parecían los dirigentes, y siguió haciéndolo tras convertirse en primer ministro[14].

Levy elogió a Blair por haberle confiado la sensible tarea de enviado para Oriente Próximo. Blair consideraba que tenía un conocimiento profesional e imparcial sobre la cuestión de Palestina. De hecho, tenía

tanta confianza en Levy que su identidad judía «nunca fue mencionada, por ninguno de los dos. En ningún momento»[15].

En último término se calculó que Levy había recaudado más de 15 millones de libras para Blair antes de que el escándalo del «dinero a cambio de títulos nobiliarios» pusiera fin a la su recaudación de fondos, en el verano de 2006. En un giro drástico, Scotland Yard llegó a detenerlo para investigar si había infringido la Ley (de Prevención de Abusos) de Distinciones[16]. Sin embargo, al final no se presentó cargo alguno en su contra.

El embrollo de la conexión Levy-Blair en el asunto del «dinero a cambio de títulos nobiliarios» no estuvo relacionado principalmente con el intento de influir en la política británica hacia Israel. Blair quería ante todo independizarse de los sindicatos, algo necesario en especial porque no deseaba revocar las leyes antisindicales de Thatcher. Pero dado que Levy formaba parte del lobby proisraelí antes y después de que Blair fuese primer ministro, parte del *quid pro quo* estaba en el apoyo a Israel, aunque probablemente para ello no habrían hecho falta las donaciones del lobby.

Aunque él atribuya a su influencia la actitud favorable de Blair a Israel, Levy fue más importante para forjar en la mente del primer ministro el vínculo entre la independencia financiera y el establecimiento de políticas proisraelíes. Por supuesto, Blair ya era proisraelí antes de visitar Israel o de conocer a Levy. Al comienzo de su trayectoria parlamentaria, en 1983, se asoció a LFI. Siguió manteniendo la cercanía con el grupo durante el tiempo que permaneció en política, acudiendo con regularidad a sus actos. John Mendelsohn, expresidente de LFI, y más tarde principal recaudador de fondos electorales de Gordon Brown, describió el logro de Tony Blair a la hora de transformar la posición del Partido Laborista respecto a Israel:

> Blair atacó la postura contraria a Israel que había existido en el Partido Laborista. El viejo laborismo era una política de indios y vaqueros que optaba por apoyar a los desvalidos, pero el medio ha cambiado. El sionismo está generalizado en el nuevo laborismo. Es automático que Blair acuda a las reuniones de Amigos Laboristas de Israel[17].

Los grupos propalestinos, tanto de derecha como de izquierda, seguían muy lejos de los pasillos del poder y de los centros de toma de decisiones en Gran Bretaña. Y sin embargo, cuando Blair hablaba de «antiisraelismo»

se refería al giro continuo hacia la solidaridad con la lucha palestina, un giro que comenzó en serio en 1982, tras la invasión israelí de Líbano. Su manifestación fue el establecimiento en 2004 de Campaña de Solidaridad con Palestina [Palestine Solidarity Campaign], que todavía existe. Era muy leal a las posiciones de la OLP, algo que le resultó aún más fácil tras la firma de los Acuerdos de Oslo en 1993; de esa forma impulsó el respaldo público a la solución de los dos estados, al retorno de los refugiados palestinos y al final de la ocupación israelí en Cisjordania y Gaza.

Al recordar su política proisraelí, Blair solo se lamentaba de una cosa. Sentía que había ido demasiado lejos en el apoyo a Israel, le confesó a Donald Macintyre en 2017. Parece que se arrepentía de haberse puesto del lado de Israel y de George W. Bush en la aplicación de sanciones a la Autoridad Palestina en 2006, cuando Hamás ganó decisivamente las elecciones al Consejo Legislativo Palestino. El Gobierno de Blair formó parte de una coalición que exigió la retirada de Hamás y la imposición de la Autoridad Palestina en Cisjordania y Gaza, pese a que Hamás había ganado las elecciones democráticamente. La comunidad internacional respaldó la negativa de Mahmud Abás, presidente de la Autoridad Palestina, a cooperar con el Gobierno de Hamás. Cuando Hamás asumió el Gobierno de Gaza, en 2007, Gran Bretaña participó en el bloqueo a la Franja. El sitio y el posterior boicot respaldados por Blair fueron acciones punitivas contra el pueblo de Gaza por haber elegido a Hamás, y la Autoridad Palestina se opuso a ellas. Estas acciones han permitido a Israel mantener hasta hoy un sitio terrestre y un bloqueo naval inhumanos sobre la Franja de Gaza, haciendo la vida casi imposible a sus habitantes, de acuerdo con Naciones Unidas. En la entrevista que concedió en 2017, Blair señalaba la alternativa más obvia y decente que Israel había rechazado de plano:

> En retrospectiva pienso que deberíamos, desde el comienzo, haber intentado atraerlos [a Hamás] al diálogo y hacerlos cambiar de postura. Pienso que en retrospectiva es lo que yo habría hecho. Pero obviamente era muy difícil, los israelíes se oponían con mucha contundencia. La verdad, sin embargo, es que probablemente podríamos haber buscado una vía para hacerlo; y de hecho es lo que de todas formas acabamos haciendo, informalmente[18].

Esta declaración irritó a los políticos israelíes. Se produjo en un

momento en el que Hamás estaba recibiendo respaldo por sus esfuerzos para reconciliarse con la Autoridad Palestina, en conversaciones propiciadas por el presidente egipcio Abdel Fatah el-Sisi, y bien recibidas por el Gobierno de Trump. Pero a esas alturas, Blair ya no estaba en condiciones de influir en la política británica y no era el primer político occidental que asumiría una actitud más crítica hacia Israel una vez fuera del poder.

Hasta ese momento Blair era, en palabras del antiguo primer ministro israelí Ehud Olmert, «un verdadero amigo del Estado de Israel». Tzipi Livni, ministra de Exteriores con Olmert, declaró que «Tony Blair es una figura muy apreciada en Israel»[19].

Tenían buenas razones para estar agradecidos. Con independencia del remordimiento que Blair experimentase a posteriori, el lobby no tuvo demasiado trabajo mientras él permaneció en el cargo. La identificación de Blair con la política estadounidense y su adhesión a la fábula, ideada por Samuel Huntington, del «choque de civilizaciones entre un Occidente supuestamente ilustrado y un mundo islámico atrasado» lo convirtieron en el mejor aliado que Israel podía desear[20].

No sería exagerado decir que Blair trabajó en tándem con el lobby proisraelí y que LFI era su puerto de escala siempre que necesitaba asesoramiento sobre la cuestión palestina. En el discurso que pronunció en septiembre de 2006 en la recepción anual ofrecida por LFI durante el congreso del Partido Laborista, Blair declaró lo siguiente: «De hecho, nunca me ha resultado difícil ser amigo de Israel, estoy orgulloso de ser amigo de Israel»[21].

Pese a esto, Blair no era realmente un sionista comprometido desde el punto de vista ideológico. El proamericanismo fue un factor decisivo en su política exterior, y siguió muy de cerca la línea de pensamiento de George Bush en lo referente a Israel y a Oriente Próximo. Cuando el ejército israelí invadió Nablús, Yenín y otras ciudades y pueblos palestinos, durante la Operación Escudo Defensivo lanzada en abril de 2002, Blair visitó a su aliado más cercano, Bush, en Crawford, Texas, y no dejó de asentir con la cabeza mientras el presidente estadounidense declaraba que:

> Estamos de acuerdo en que los dirigentes palestinos deben ordenar un alto el fuego inmediato y efectivo, y acabar con las redes terroristas. Y estamos de acuerdo en que

> Israel debería parar las incursiones en las áreas controladas por los palestinos y empezar a retirarse sin demora de las ciudades que ha ocupado recientemente[22].

En respuesta a los periodistas, que preguntaron por qué los dos países no presionaban a Israel para que pusiera fin a su brutal ataque, Blair sugirió que confiaba en el presidente Bush, que había prometido poner fin a las operaciones: «Creo que Israel acatará las palabras del presidente Bush», declaró Blair, «y lo hará sabiendo que les habla en calidad de amigo»[23].

Bush y Blair mantuvieron el frente unido durante la Segunda Guerra de Líbano, en el verano de 2006. En la primera semana de agosto, antes de su reunión con Bush en Washington, algunos ministros del Gabinete presionaron a Blair para que rompiera con la política del Gobierno estadounidense y criticase en público a Israel por la escalada de muerte y destrucción en Líbano. En el partido, Jack Straw, que había sido cesado de su cargo de secretario de Exteriores en mayo, lideró la crítica ante la pasividad de Blair. Explicó que, si bien «lamentaba la muerte de israelíes inocentes», lamentaba también «el número diez veces mayor de hombres, mujeres y niños libaneses inocentes que han muerto a causa del fuego israelí»[24]. El lobby no necesitó movilizarse para refutar las preocupaciones de Straw, porque el remordimiento por la pérdida de vidas libanesas era solo una posición minoritaria en el Gobierno británico.

Inicialmente, en las ocasiones en las que Tony Blair concedió una entrevista a Sky News no se cuestionó su política en Oriente Próximo, pese a que siguiera fielmente la línea de acción estadounidense. Parece sin embargo que, en cuanto a la participación de Occidente en el intento de poner fin a la Segunda Guerra de Líbano, esta actitud de dependencia y obediencia total sorprendió al entrevistador de Sky, que deseó saber por qué Gran Bretaña había acatado la decisión estadounidense de intervenir solo cuando se supo con claridad que Israel no había logrado alcanzar los objetivos que se había propuesto en la campaña. Blair respondió que «nunca pediré perdón por mantener a Gran Bretaña como un firme aliado de Estados Unidos»[25].

Esto significó que, con la connivencia de Estados Unidos, el bombardeo israelí de Líbano continuó, al igual que los ataques con cohetes contra el norte de Israel. Naciones Unidas no podía imponer un alto el fuego sin la participación estadounidense. El exembajador en Naciones Unidas, John

Bolton, reconoció a la BBC que Estados Unidos se había resistido deliberadamente a exigir un alto el fuego inmediato durante la Guerra de Líbano, y afirmó que Estados Unidos solo había decidido sumarse a los esfuerzos para poner fin al conflicto cuando quedó claro que la campaña de Israel no estaba funcionando[26].

Hacia el final de su mandato, Blair mantuvo una política que reflejaba los viejos principios del «proceso de paz». Este curso de acción lo llevó a liderar el Cuartero y a ser nombrado enviado de paz para Oriente Próximo tras dimitir del cargo de primer ministro, hospedándose en un lujoso anexo del American Colony Hotel de Jerusalén en sus muchas visitas a la zona. Su objetivo principal era abrir una línea de comunicación directa y permanente con la Autoridad Palestina, y participar en el intento (que resultó fallido) de anular los resultados de las elecciones que dieron el poder a Hamás en la Franja de Gaza. Logró durante un tiempo la confianza de la Autoridad Palestina, que se mostró dispuesta a unirse a él en una nueva conferencia de paz, pero Israel y Estados Unidos se negaron a seguirle el juego, y la iniciativa no prosperó.

Como Blair, su sucesor Gordon Brown era proisraelí hasta la médula, y no efectuó un giro dramático en la política relativa a Israel. En lo referente a las políticas hacia Israel y Palestina, hay muchos patrones de continuidad y muy pocos momentos de desvío, lo que explica por qué el lobby proisraelí ha intervenido relativamente poco en la alta política aplicada por la Gran Bretaña del siglo XXI. Ninguno de los gobiernos británicos de este siglo ha ejercido una verdadera presión para que Israel abandone su política brutal hacia los palestinos; esto solo sirve para subrayar la valentía de George Brown y Alec Douglas-Home en el siglo anterior. En este siglo, todos los gobiernos británicos se han adherido a los mismos temas al hablar de Israel: una identificación emocional con el pueblo judío, ocasionalmente genuina pero a menudo fingida; la invocación del Holocausto; la admiración por los logros de Israel. A eso le han sumado las líneas habituales reiteradas por el Departamento de Estado estadounidense: defender la solución de los dos Estados, cuestionar la unificación de Jerusalén y pedir que se resuelva el problema de los refugiados palestinos. En principio, el Estado israelí ha puesto objeciones a estas exigencias en el siglo XXI, pero en la práctica no le ha importado mucho. El lobby tenía la tarea de expresar incomodidad ante estas

posiciones y asegurarse de que siguieran quedándose en palabras vacías. Los enfrentamientos con el Gobierno tenían lugar cuando estas declaraciones desagradables se efectuaban con una fuerza un poco excesiva o con demasiada persistencia, y en especial cuando iban seguidas de gestos de simpatía hacia los palestinos. Pero exceptuando esos momentos, los gobiernos de Gran Bretaña y de Israel mantuvieron muy buena relación.

Un buen ejemplo de esta mezcla de mantener un compromiso emocional con el sionismo y con Israel, y al mismo tiempo exigir concesiones «con valentía», puede verse en el discurso histórico pronunciado por Gordon Brown en julio de 2008 ante la Knéset. Ningún primer ministro británico había hablado con anterioridad en dicha cámara.

Primero viene el compromiso, en este caso bastante genuino, debido en parte a la formación. Su padre fue un ministro de la Iglesia de Escocia que mantuvo actividades proisraelíes cuando Brown era muy niño, y lo animó a seguir su ejemplo. Esa parte del discurso la redactó con ayuda de Martin Gilbert, un aclamado historiador del Holocausto. Gilbert nació en el seno de la familia Goldberg, emigrada de Europa Oriental a Gran Bretaña, y en 2019 le dijo a un entrevistador que había estado involucrado desde muy joven en la actividad sionista, algo que incluso le había causado problemas en el colegio[27]. He aquí cómo describió Brown su gratitud hacia Martin Gilbert por haberle ayudado con el discurso:

> Martin y Esther fueron mis guías y asesores cuando, siendo primer ministro, viajé a Israel; y él me ayudó a redactar el primer discurso pronunciado por un primer ministro británico ante el parlamento israelí, y que trataba de la prolongada lucha de Israel, tanto por la supervivencia como después por crear una paz duradera. Y cuando el entonces primer ministro Ehud Olmert y yo intercambiamos obsequios, un reflejo de la importancia de Martin y nuestra admiración compartida por él fue que, sin habernos puesto previamente de acuerdo, yo hubiese elegido entregarle a Olmert un ejemplar de *The Righteous* de Martin y él hubiera elegido regalarme un ejemplar de *Story of Israel* de Martin[28].

He aquí parte del discurso pronunciado por Brown ante la Knéset:

> Mi ciudad natal –donde crecí no mucho después de vuestra independencia, en 1948– es la pequeña ciudad industrial de Kirkcaldy, en la costa oriental de Escocia. Kirkcaldy está a dos mil millas de Jerusalén, pero las dos están estrechamente

relacionadas para mí. No por sus paisajes ni ciertamente por su clima, pero sí por el profundo impacto que los primeros años de vuestro país tuvieron en mi niñez.

Mi padre fue un ministro de la Iglesia de Escocia que aprendió hebreo y experimentó durante toda su vida un afecto profundo por Israel. Durante tres décadas fue miembro–y una y otra vez presidente– del Comité para Israel, perteneciente a la Iglesia de Escocia. Y viajaba a Israel dos veces al año, a menudo más.

Tras cada viaje, sacaba el viejo proyector, lo encendía, y cargaba la película. Con frecuencia, el proyector se rompía, pero él siempre lo volvía a poner en marcha. Y nunca olvidaré aquellas primeras imágenes de vuestra casa en mi casa, ni las historias que contaba mi padre.

Brown prometió en la Knéset que la próxima generación de su familia seguiría ese ejemplo:

> Mis hijos son todavía pequeños, solo tienen dos y cuatro años. Todavía no han hecho el viaje a Jerusalén realizado por el abuelo y que después hicimos sus hijos. Pero espero traerlos pronto, para que vean lo que su abuelo vino a ver en los primeros años del Estado[29].

Al mismo tiempo, los parlamentarios de la derecha lo interrumpieron cuando dijo «sinceramente como amigo» que Israel tendría que llegar a un acuerdo con los palestinos, poner fin a los asentamientos, y buscar una solución justa para Jerusalén (deberían compartir la ciudad con los palestinos) y para el problema de los refugiados. Calificó los asentamientos de «bloqueo para la paz», una posición que reiteró en una conferencia de prensa posterior, en diciembre de ese año, cuando se reunió con el primer ministro palestino, Salam Fayad.

Sionistas progresistas como Jonathan Freedland intentaron convencer a la comunidad anglojudía de que Brown era el mejor amigo que Israel había tenido nunca, con independencia de las objeciones planteadas por la derecha israelí. En un artículo publicado por *The Jewish Chronicle* con el título de «El primer ministro que entendía a los judíos», escribió lo siguiente:

> Reto a los lectores de JC a que busquen una declaración de un político británico en activo más proisraelí, más inequívocamente sionista, que el discurso pronunciado por Brown en julio de 2008, la primera vez que un primer ministro de Reino Unido hablaba en la Knéset. Marcando el sesenta aniversario del nacimiento del país, Brown abandonó el lenguaje tecnocrático, la expresión robótica y la poética

> sensiblera, para hablar de «el final de los siglos de exilio, la realización de un viejo sueño, la redención de la antigua promesa, la promesa de que, incluso en medio del sufrimiento, encontraréis el camino a casa, a los campos y las costas por los que caminaban vuestros antepasados»[30].

Crucialmente, Brown no precisaba ser el mejor amigo posible de Israel para ser un aliado fiable; simplemente tenía que quedarse sin hacer nada. Quizá los oyentes más perspicaces, que entendieron que el discurso que pronunció en la Knéset era, como lo llamaron los palestinos, *kalam fadi* (palabras vacías), fueran algunos escolares que, como observó un perspicaz periodista británico, se durmieron casi desde el comienzo del discurso del primer ministro[31].

Al final, el breve mandato de Brown fue lo mejor que el lobby proisraelí podía esperar. Gran Bretaña se mantuvo al margen cuando, en diciembre de 2008, Israel efectuó un cruel ataque con armas de fabricación británica contra la Franja de Gaza. El Gobierno británico había concedido un permiso de exportación de armas a Israel por valor de 24 millones de libras en el primer semestre de 2007, un aumento de 6 millones de libras respecto a las exportaciones permitidas durante todo 2006. Las exportaciones incluían componentes para aviones de combate, misiles tierra aire, radares navales, equipos de guerra electrónicos, miras telescópicas y tecnología de comunicaciones militares[32]. Los «drones» israelíes que bombardearon la Franja de Gaza llevaban motores británicos. Esto al menos es lo que afirmaron en aquel momento Amnistía Internacional y la agencia de Naciones Unidas en Gaza[33].

Si estas políticas gubernamentales provocaron algunas meteduras de pata fue debido a cuestiones de corrupción, no a cualquier cambio de actitud acerca de Israel y Palestina. Durante el tiempo que Brown se mantuvo en el cargo, el principal escándalo fue el asunto de «dinero a cambio de distinciones», que estalló en junio de 2007. Este escándalo recibió distintos nombres: «dinero a cambio de títulos nobiliarios» «préstamos a cambio de distinciones» o «préstamos a cambio de títulos nobiliarios», y ponía de manifiesto una conexión poco ética, quizá ilegal incluso, entre las donaciones efectuadas al Partido Laborista y la concesión de títulos de nobleza.

El propio recaudador principal de fondos de Brown, Jon Mendelsohn,

admitió que «conocía el escándalo desde hacía semanas». Mendelsohn confesó también que era consciente de que David Abrahams era un «donante controvertido», y que estaba canalizando cientos de miles de dólares hacia el laborismo a través de una cadena de intermediarios[34].

Fue un momento desagradable para el lobby y para la comunidad anglojudía en general, en especial cuando la Fiscalía de la Corona pidió a la policía que efectuase más investigaciones acerca de lo que denominaron el «donor-gate». La envergadura de los donantes judíos hizo temer que el escándalo provocase un nuevo brote de antisemitismo. Mendelsohn y Abrahams no solo eran judíos; su plataforma política común era LFI, a través de la cual estaban también conectados con lord Levy.

Pero en las noticias sobre la cuestión, los medios judíos convencionales mantuvieron resueltamente fuera a LFI, y se centraron en la calidad de judíos de los donantes. En una entrevista concedida a *The Jewish Chronicle,* Abrahams expresó el temor a que la ciudadanía británica viese el «donor-gate» como una conspiración judía (un miedo expresado también por Jon Benjamin, director ejecutivo de la Junta de Diputados, cuando Nathan Jeffay lo entrevistó para *Forward* y para la edición de *Haaretz* en inglés)[35].

Mi calidad de judío israelí tal vez me impida empatizar o comprender el miedo intrínseco al antisemitismo en una comunidad que ha sufrido brotes de antisemitismo esporádicos y poco prejuicio sistemático en este siglo; aunque reconozco que la amenaza es real. Pienso sin embargo que, a sabiendas o no, los aspectos israelí y sionista de escándalos como el del «dinero a cambio de distinciones» no se abordan como cuestiones separadas, sino que se agrupan junto con el antisemitismo. Es mucho más fácil acusar de «antisemitismo», donde los judíos disfrutan de superioridad moral, que profundizar y comprender que un escándalo que implica el respaldo a Israel en el siglo XXI no hace referencia solo a los judíos, sino también al sufrimiento causado a los palestinos por las brutales políticas de Israel. No hacía falta ser antisemita para levantar las cejas ante la revelación de que los hombres en cuestión, Abrahams y Mendelsohn, estaban altamente involucrados en Amigos Laboristas de Israel. Esto fortaleció inevitablemente las sospechas de que los judíos proisraelíes donaban dinero al Partido Laborista con el fin de beneficiar a Israel.

Esta conexión con Israel la resaltaron diversos medios de comunicación

británicos. *The Daily Telegraph* tomó la iniciativa, con un comentario explícito acerca del vínculo entre Abrahams, LFI y los intentos de influir en la política referente a Israel. Para dejar más claro aún este argumento, el periódico publicó una fotografía de Abrahams saludando al exembajador israelí en Gran Bretaña, Zvi Heifetz, con una pregunta debajo: «¿Quién es el verdadero donante?». Abrahams afirmó todo el tiempo que donó dinero al Partido Laborista simplemente porque apoyaba al laborismo, pero parece que también influía en parte su deseo de colaborar con la causa de LFI. Hablando desde el punto de vista benéfico, se le olvidó un detalle. Lo que se cuestionaba no era su motivación, sino los métodos clandestinos y un tanto extraños que empleó para aportar fondos a los laboristas, mientras ocupaba un cargo destacado en LFI. Como explicó Yasmin Alibhai-Brown en su columna de *The Independent,* era imposible excluir a LFI del debate acerca de los escándalos. Esta organización se dedica a defender la política oficial de Israel; en consecuencia, la periodista sostenía que el apoyo incondicional de Tony Blair al ataque lanzado por Israel sobre Líbano en 2006 derivaba en parte de esta influencia. Alibhai-Brown alegaba que el escándalo solo podía servir para convencer a los fanáticos islámicos de que realmente existía una conspiración sionista mundial. Por supuesto, los fanáticos no necesitaban un escándalo para pensarlo. Pero entre la ciudadanía en general, la presunta asociación entre las políticas favorables a Israel y las donaciones al Partido Laborista, a través de LFI, podría aumentar el antisemitismo[36].

LFI sobrevivió como lobby, pese a la supuesta implicación en el escándalo del «dinero a cambio de distinciones». Ni a Israel ni a su lobby les preocupaba demasiado la opinión pública británica a este respecto, y en cualquier caso, la ira iba dirigida principalmente contra los políticos que habían concedido los títulos nobiliarios. Les preocupaban las elites políticas, pese a que la confianza ciudadana en ellas estuviese menguando. El perjuicio a este respecto fue menor y breve; en 2014, los laboristas recibieron tranquilamente 630.000 libras de un aristócrata asociado a Amigos Laboristas de Israel, sir David Gerrard, que prestó 1 millón de libras al partido para las elecciones generales de 2005[37]. Pero al lobby sí le preocupaba cómo respondía el electorado británico a los ataques de Israel sobre Gaza y Cisjordania en ese periodo. Los políticos, a la caza de votos, podrían olvidar sus compromisos con Israel. En concreto, al lobby

le preocupaban los distritos electorales con un número elevado de votantes musulmanes.

DISCIPLINANDO A LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

El enorme edificio de hormigón situado en el número 119 de Farringdon Road, en Londres, albergó la sede de *The Guardian* desde la década de 1960, cuando se mudó desde Manchester, hasta su traslado más reciente a Kings Place, en 2008. En abril de 2006, dos visitantes entraron sin invitación en el despacho del entonces director, Alan Rusbridger; de hecho, irrumpieron de malos modos en el despacho. El primero era Henry Grunwald, presidente de la Junta de Diputados, y lo acompañaba el magnate empresarial y filántropo Maurice Ronson.

No se molestaron siquiera en quitarse los abrigos. Saltándose las formalidades, Ronson se dirigió de inmediato a Rusbridger, espetándole que «siempre he dicho que las opiniones son como los culos, todo el mundo tiene una», y añadió, «¡estoy a favor de la libertad de expresión, pero hay una línea que no se puede cruzar y, en lo que a mí respecta, ustedes la han cruzado y tienen que parar esto!»[38]. El «esto» al que hacían referencia los dos caballeros era un artículo en el que el veterano periodista Chris McGreal había comparado a Israel con la Sudáfrica del apartheid.

Las afiliaciones de ambos caballeros, que no tenían conexión oficial alguna con Israel y que actuaron como no se atreverían a hacerlo siquiera los diplomáticos israelíes, nos muestran la medida en la que algunas organizaciones y algunos judíos británicos destacados han abandonado los intereses de la comunidad anglojudía en general para centrarse casi por completo en colaborar en la guerra que libra Israel contra sus detractores.

En aquel momento, Grunwald representaba a una Junta de Diputados increíblemente similar al AIPAC, que ejercía más de grupo fachada de Israel que de representante de los judíos británicos, algo evidente ya en 2003. Ese año, la organización reprodujo un extracto de un informe elaborado por el Departamento de Estado estadounidense en el que afirmaba que el Fondo Palestino de Ayuda y Desarrollo [Interpal - Palestinian Relief and Development Fund] financiaba a organizaciones terroristas, aunque cuando Interpal amenazó con demandar por libelo, la

Junta de Diputados se retractó y pidió disculpas[39]. Interpal es una organización benéfica radicada en Londres que reúne dinero para causas palestinas, y es una de las mayores organizaciones benéficas musulmanas de Europa.

La Junta de Diputados de Grunwald tampoco logró silenciar a uno de los principales detractores de Israel en Reino Unido, Ken Livingstone. En 2005, Livingstone comparó a un periodista judío de *The Evening Standard,* Oliver Finegold, con un vigilante de campo de concentración. La Junta presentó una queja al Consejo Ético de Inglaterra [Standards Board of England], exigiendo que Livingstone se disculpase. Linvingstone, que llevaba veinticinco años sosteniendo una batalla con los propietarios de *The Evening Star,* respondió que «no hay ley contra la "insensibilidad innecesaria", ni siquiera contra la "actitud ofensiva" de periodistas que te acosan cuando vas de camino a casa». La queja contra él no prosperó[40].

Cuando irrumpió en el despacho del director de *The Guardian*, Grunwald presidía también otra organización, el Consejo de Líderes Judíos [Jewish Leadership Council], fundado en 2003 y antes conocido como Consejo de Líderes de la Comunidad Judía. El consejo actuaba como grupo paraguas de diversas organizaciones sociales, organizaciones benéficas y grupos de presión sionistas y proisraelíes de la comunidad judía. Incluía a figuras importantes como lord Levy, lord Janner y, en 2013, Howard Leight y Stanley Fink, tesoreros del Partido Conservador.

En diciembre de 2006, el Consejo de Líderes y la Junta de Diputados unieron fuerzas y crearon el Grupo Campaña por un Juego Limpio [Fair Play Campaign Group], en realidad una organización proisraelí que coordinaba la actividad contra los boicots antiisraelíes y otras campañas antisionistas.

Quien acompañaba a Grunwald ese día, Gerald Maurice Ronson, era un empresario muy rico. Heredó los negocios de muebles e inmuebles de su padre, y la célebre Heron Company. Ronson se hizo famoso por formar parte de los Cuatro de Guinness: las cuatro personas condenadas por fraude relacionado con la comercialización de acciones de la empresa Heron en la década de 1980. Lo juzgaron en agosto de 1990, acusado de los delitos de conspiración, falsedad contable y robo. Lo condenaron a pagar una multa y a seis meses de cárcel. El expediente delictivo no le

impidió recibir en 2012 el título de comendador de la Orden del Imperio Británico por su amplia actividad filantrópica[41].

Estaban en el despacho de *The Guardian* en nombre de LFI, que había decidido asumir la responsabilidad de organizar un ataque bien coordinado contra el «peligroso» artículo de McGreal. Con este fin, se solicitó la ayuda de una nueva organización, el Centro de Investigación y Comunicaciones de Gran Bretaña e Israel [BICOM - Britain and Israel Communications and Research Centre].

El BICOM fue fundado en 2001 por Poju Zabludowicz, que se inspiró en el modelo del AIPAC estadounidense. De hecho, enviaba representantes a participar en las convenciones anuales del AIPAC. Zabludowicz era un multimillonario británico nacido en Finlandia, coleccionista de arte, traficante de armas y filántropo. Era rico de nacimiento: la fortuna de su padre tenía una fuerte conexión con Soltam Systems, el fabricante israelí que sigue siendo una parte fundamental de la industria militar del país[42]. También pasó un tiempo considerable en Israel, y repartía su vida entre Israel y Reino Unido, donde se había radicado por matrimonio. De acuerdo con todos los criterios comunes, era en aquel momento una de las personas más ricas de Reino Unido (propietario, de acuerdo con un informe, del 40% del centro de Las Vegas). También tenía propiedades en asentamientos judíos ilegales en Cisjordania y acciones en el centro comercial del asentamiento ilegal de Ma'Aleh Adumim, al este de Jerusalén.

En dos años, Zabludowicz aportó 1,4 millones de libras al BICOM[43]. Efectuó asimismo donaciones generosas a Colecta Judía Unida, que recaudaba dinero para Israel entre los judíos locales. También financiaba al Partido Conservador. En 2005, se le unió al timón del BICOM Ruth Smeetz, que más adelante sería parlamentaria laborista. BICOM colaboraba muy estrechamente con Amigos Conservadores de Israel (CFI), y sus benefactores ayudaron a financiar la campaña electoral de David Cameron en 2005. El centro usaba métodos similares a los de LFI y CFI, incluida la organización de visitas a Israel. La diferencia era que el BICOM se centraba en enviar periodistas, y les pagaba el viaje con la esperanza de obtener una cobertura favorable. Un viaje típico tuvo lugar por la época de la Operación Plomo Fundido (el ataque israelí sobre Gaza en 2008-2009); a los periodistas les presentaron expertos militares

israelíes. Un estudio ha afirmado que, a raíz de este viaje, se observó un análisis generalizado de Hamás como representante iraní en periódicos como *The Sunday Times* y *News of the World*[44].

En mayo de 2011, el BICOM organizó el congreso «Creemos en Israel», al que asistieron 1.500 delegados, para intentar contrarrestar el horror que la sociedad británica experimentaba ante el constante sitio israelí de la Franja de Gaza, que había llevado a Co-operative Group, una cooperativa de consumidores, a boicotear productos israelíes concretos. En marzo de 2015 se organizó un acto aún mayor, con la misma denominación, para rechazar la creciente crítica a Israel por el ataque a la Franja de Gaza en 2014, el peor hasta la fecha.

La coalición contra el artículo de McGreal fue aún mayor. A la campaña contra él se unieron otras dos organizaciones que formaban parte del lobby en Reino Unido. La primera era la Fundación para la Seguridad de la Comunidad [CST - Community Security Trust], que se había escindido de la Junta de Diputados en 1986 e incluía diversas asociaciones anglojudías, como la Asociación de Exmilitares Judíos. La CST se registró como organización benéfica en 1994, y declaraba proporcionar prevención, seguridad y asesoramiento a la comunidad judía en Reino Unido[45]. A finales de 2021, varias organizaciones musulmanas británicas exigieron que la Comisión de Organizaciones Benéficas revisase la condición de la CST, alegando que mantenía una actividad islamófoba[46]. Gerald Ronson, que ese día acompañó a Grunwald al despacho de *The Guardian,* también presidía esa organización.

Desde el extranjero se sumó otra organización relativamente nueva: el Comité para la Exactitud de la Información sobre Oriente Próximo en Estados Unidos [CAMERA - Committee for Accuracy in Middle East Reporting in America], un comité proisraelí encargado de vigilar a los medios de comunicación. El comité se quejó infructuosamente de McGreal ante la Comisión de Quejas contra la Prensa Británica, alegando que su artículo estaba «basado en acusaciones materialmente falsas»[47].

Cuando se enfrentaron al director de *The Guardian,* los dos enviados de esta coalición especial del lobby no se contentaron simplemente con quejarse del artículo de McGreal. También acusaron a *The Guardian* de avivar las llamas del antisemitismo. Alan Rusbridger rechazó estas acusaciones, planteadas principalmente por Ronson:

> A ver, yo no quería meterme en una pelea con Gerald Ronson, simplemente le dije que me interesaban las pruebas, que no sabía con seguridad cómo establecía esa relación causal entre que alguien lea un artículo crítico con la política exterior de Israel y enseguida salga a asaltar judíos por las calles de Londres. Sencillamente no creo que eso ocurra[48].

Rusbridger recordó lo eficaz que fue esta campaña de intimidación en 2006. Le contó a un medio informativo que:

> Muchos directores de periódicos y cadenas televisivas me han dicho que no piensan que valga la pena el engorro de cuestionar la línea israelí. Están hartos[49].

Tal vez la ferocidad de estos ataques pueda entenderse mejor teniendo en cuenta que, a comienzos del siglo XXI, al lobby proisraelí le resultaba cada vez más difícil justificar algunas acciones de Israel. Hasta 2010, mientras los laboristas estuvieron en el Gobierno, esta tarea le correspondió a LFI. La dificultad no estribaba solo en la conducta de Israel sino también en la creciente antipatía que generaba entre las bases laboristas y conservadoras. LFI se sentía tan presionado que cooperó con CFI, compartiendo los mismos contactos con la embajada israelí y los mismos simpatizantes, como los empresarios Victor Blank y Trevor Chinn. Por supuesto, el trabajo dentro de sus respectivos partidos siguió siendo independiente.

Blank era un conocido banquero, y durante un tiempo dirigió el Royal Bank of Scotland; más tarde presidió Great Universal Stores, el conglomerado propietario de Argos y otras empresas icónicas. Estuvo profundamente involucrado en la crisis bancaria de 2008 y 2009. Más tarde, fue vicepresidente del Consejo de Líderes Judíos, fundado por Grunwald.

Trevor Chinn era un magnate que obtuvo su fortuna con garajes y servicios como el RAC, y que mantenía una importante actividad benéfica. Presidió Colecta Unida para Israel y formó parte también de la ejecutiva del Consejo de Líderes Judíos. Ayudó a financiar la candidatura de Keir Starmer al liderazgo del Partido Laborista en 2020[50].

Con dicho respaldo hasta que los laboristas perdieron el poder en 2010, LFI lideraba una nueva fase en el lobby prosionista de Gran Bretaña más de un siglo después de que comenzase esa actividad. El lobby respaldaba ahora a un Israel que se había escorado drásticamente a la derecha, y que

no respetaba los derechos y ni las aspiraciones de los palestinos.

La transición de representar a un Israel dispuesto a negociar, a dar carta blanca a este rostro y estas políticas más extremistas no fue tranquila. La derrota del Partido Laborista Israelí de Ehud Barak en 2001, los gobiernos posteriores de Ariel Sharon y Ehud Olmert y la reelección de Netanyahu en 2009 generaron cierta incomodidad entre la comunidad anglojudía en general, y figuras conocidas de esta estaban perdiendo la confianza en el apoyo incondicional a Israel.

De vez en cuando, importantes figuras judías criticaban una u otra política israelí. La crítica más frecuente iba dirigida contra la expansión de la colonización judía en Cisjordania. En 2005, Simon Schama y sir Malcolm Rifkind lideraron una impresionante lista de personas que condenaban dichos planes en una carta dirigida al embajador israelí en Reino Unido[51]. Varias organizaciones anglojudías de carácter progresista reaccionaron también al mantenimiento del sitio de Gaza y pidieron que la Junta de Diputados se mostrase menos aquiescente con las políticas de Israel en la zona. Una organización, Yachad, presentó una carta firmada por 500 judíos británicos en la que reprendían a la Junta de Diputados por no criticar la violencia de Israel y señalar exclusivamente a Hamás[52].

En la primera década del siglo XXI, a LFI y organizaciones similares les preocupaba lo que consideraban una creciente orientación antiisraelí en los medios de comunicación convencionales. Por eso, a partir de 2000, se centraron en *The Guardian* y acusaron al periódico de ser antisionista, e incluso antisemita. Aunque en sí el lobby en Reino Unido no estuviera completamente seguro de que esta fuese una campaña que diera buenos resultados –y en ocasiones intentase establecer un diálogo con el periódico en lugar de atacarlo instintivamente– la Oficina de Prensa del Gobierno de Israel la consideró muy eficaz y satisfactoria. Su director, Danny Seaman, se jactó de haber obligado a *The Guardian* a trasladar a la corresponsal Suzanne Goldenberg, que no estaba bien vista en Israel, a Washington. «Simplemente los boicoteamos», afirmó Seaman, «los consejos de redacción entendieron el mensaje y sustituyeron a su gente»[53].

Esta cita, y más o menos las siguientes diez referencias de los próximos párrafos, se basan en el excelente análisis efectuado por Peter Oborne, antiguo redactor jefe de la sección de Política en *The Spectator,* acerca de

este momento formativo en concreto en el que el lobby chocó principalmente con la BBC y *The Guardian*. Se publicó en *Open Democracy* y está redactado en colaboración con James Jones[54].

Seaman mostraba una actitud vengativa hacia los periodistas que consideraba antiisraelíes, negándoles la entrada en Israel o retrasando su llegada. Fue descrito por algunos de sus blancos como un «matón» que estaba «al frente del acoso general». Su lenguaje era a menudo condescendiente y petulante, como se puede ver por la respuesta que le dio a Alan Rusbridger cuando este le pidió que retirase los comentarios sobre el supuesto antisemitismo de Goldenberg, recordándole a Seaman que se estaba dirigiendo contra una periodista muy capaz, ganadora de varios premios:

> No tendré problema en retirar mis comentarios sobre la Sra. Goldenberg cuando su periódico retire las crónicas sesgadas, en ocasiones maliciosas y a menudo incorrectas enviadas por ella durante su desagradable estancia aquí[55].

Rusbridger no pudo resistirse a señalarle a Seaman que su «logro» de hacer que la trasladasen no era un castigo: «solo los israelíes verían un traslado a Washington como una degradación». Estas acusaciones dirigidas contra Goldenberg fueron uno de los primeros ejemplos del uso del antisemitismo como arma que se ha hecho en este siglo para castigar cualquier información considerada hostil.

En la década de 2000, otros medios de comunicación y periodistas se convirtieron también en objetivos. Antony Lerman, uno de los principales historiadores y periodistas judíos, fue tachado de «antisemita asqueroso» en una página digital diseñada para mostrar el antisemitismo presente en la página digital de *The Guardian,* por un incisivo artículo crítico que escribió acerca del lobby y de la carta blanca que le otorgaba a la política de Israel. Lerman respondió lo siguiente: «me parece que hay personas que manipulan de manera deliberada el uso del término antisemitismo, porque lo ven útil para defender a Israel[56].

En 2002, *The New Statesman* experimentó la ira del lobby proisraelí en Gran Bretaña. El lobby alegó que Peter Wilby, entonces director de la revista, era cómplice de antisemitismo por permitir que se incluyesen dos artículos que criticaban a Israel en uno de sus números, que tenía una portada estampada en letras grandes con el titular «Una conspiración

kosher». La portada mostraba una estrella de David judía perforando una bandera británica; una imagen ciertamente provocativa que acompañaba a dos artículos críticos sobre Israel profundos y bien documentados. Uno estaba escrito por Dennis Sewell, y exploraba la creencia de que los prosionistas disfrutan de una influencia indebida en la cobertura que los medios de comunicación dan a Oriente Próximo; y el otro era de John Pilger, que investigaba al lobby proisraelí con su habitual estilo erudito y perspicaz.

El lobby organizó cerca de la sede de la revista una manifestación que denominó «Acción contra el antisemitismo», exigiendo «una disculpa por escrito». Wilby se disculpó por la portada pero, para mérito suyo, no cedió en lo referente a los dos artículos atacados. La disculpa se produjo a través de un editorial en el que escribió que *The New Statesman* «se opone […] a las políticas del actual Gobierno israelí» y que él seguiría «resaltando esas políticas y, siempre que sea adecuado, analizando las actividades de los lobbies de Gran Bretaña y Estados Unidos que las respaldan»[57]. En cuanto a la imagen, Wilby admitía que la revista:

> Ha usado imágenes y palabras de tal manera que daban inadvertidamente la impresión de que *The New Statesman* sigue una tradición antisemita que ve a los judíos como organizadores de una conspiración que perfora el corazón de la nación.

Un año después, en 2003, le tocó a la BBC. En ese momento, Israel se unió a un pequeño grupo de países, como Corea del Norte, Zimbabue y Turkmenistán, que negaban el libre acceso a la BBC. El Gobierno israelí impuso restricciones de visado a los periodistas de la cadena y les negó el acceso a figuras públicas israelíes después de que BBC World Service emitiese un documental sobre su armamento nuclear, titulado *El arma secreta de Israel*. Seaman volvió a orquestar la campaña. Comparó la película de la BBC con «lo peor de la propaganda nazi»[58]. Cuando Ariel Sharon visitó Londres en 2003, la oficina de prensa israelí prohibió la asistencia de los periodistas de la BBC a sus ruedas de prensa.

Puede que las capacidades nucleares de Israel ya no fuesen un secreto, pero sí tenía otra arma secreta en su arsenal: la acusación de antisemitismo. Y la dirigió contra Orla Guerin, de la BBC. El Gobierno israelí se quejó en repetidas ocasiones a la BBC de que la periodista era «antisemita» y mostraba «una identificación total con los objetivos y los

métodos de los grupos terroristas palestinos». La culparon incluso de fomentar incidentes antisemitas en Gran Bretaña.

Cuando Guerin se instaló en Oriente Próximo, en 2004, envió una noticia sobre un potencial terrorista suicida palestino de dieciséis años. En esa crónica decía que «esta es una imagen que Israel quiere que el mundo vea», dando a entender que los israelíes explotaban al muchacho con fines propagandísticos. Uno de los ministros de Israel, Natan Sharansky, se unió a la campaña y se quejó de Guerin a la BBC, acusándola de «un doble rasero hacia el Estado judío, tan burdo que es difícil entender el reportaje de la Sra. Guerin como cualquier otra cosa que no sea antisemitismo». Sharansky continuó haciendo un seguimiento de la trayectoria de Guerin, por así decirlo, y cuando supo que le habían concedido el título de Miembro de la Orden del Imperio Británico, declaró:

> Es muy triste que no se haya tenido en cuenta algo tan importante como el antisemitismo al conceder esta distinción, en especial en Gran Bretaña, donde los incidentes antisemitas van en aumento[59].

En 2004, la presión de los grupos proisraelíes y el Gobierno de Israel sobre la BBC era tal que el director de BBC News, Richard Sambrook, se sintió obligado a actuar. Encargó a Malcolm Balen, exdirector de ITV News y alto ejecutivo de la BBC, un informe sobre la cobertura dada a Oriente Próximo entre 2000 y 2004. El informe tenía 20.000 palabras y los contribuyentes británicos pagaron por su elaboración una cantidad de dinero no revelada, aunque se rumoreó que había sido considerable. Mediante una solicitud relacionada con la Ley de Libertad de Información, *Open Democracy*, en cuyo informe nos basamos en este apartado, descubrió que la BBC había gastado más de un cuarto de millón de libras en honorarios judiciales relacionados con el caso. No sabemos qué decía el informe; las apelaciones a los tribunales en nombre de la Ley de Libertad de Información fueron desestimadas. En octubre de 2004, el Tribunal Superior sentenció finalmente que la BBC no tenía que publicar el informe. Aunque no se publicase, las partes que tanto *Open Democracy* como *The Jewish Chronicle* lograron reunir indican que probablemente todo lo que hizo fue señalar varias ocasiones en las que consideraba que los reportajes necesitaban más contexto; irónicamente porque en esos momentos, de acuerdo con el informe, la opinión que predominaba era

proisraelí[60].

La BBC se convirtió en lo que un periodista denominó una «figura de odio» para los grupos proisraelíes, resentidos por lo que consideraban un sesgo antiisraelí. Antiguos periodistas de la BBC recuerdan que rara era la semana en la que no tenían que soportar quejas sobre la cobertura que la cadena daba a Oriente Próximo.

En 2007, el lobby proisraelí dirigió su ira contra el redactor de la BBC sobre Oriente Próximo, Jeremy Bowen, entonces uno de los periodistas más veteranos de Reino Unido. BBC Trust (el organismo que regía el ente en aquel momento) acusó al periodista de veinticuatro casos de imprecisión y de incumplir el código de imparcialidad en un artículo que escribió para conmemorar el cuarenta aniversario de la guerra de junio de 1967. Las «imprecisiones» fueron un reto para el relato del lobby. Como he intentado demostrar desde el comienzo de este libro, la actividad lobista sionista primero y proisraelí después es, entre otras cosas, un intento de controlar el relato. Bowen usó el relato que en ese momento utilizaban los expertos en general cuando escribían sobre 1967; por ejemplo, refiriéndose a la guerra como una oportunidad de «terminar el asunto inconcluso de la guerra de independencia de Israel de 1948». También compartió la evaluación, común entre los expertos, que contemplaba el sionismo como un proyecto de expansionismo territorial, escribiendo sobre el «instinto sionista de ampliar la frontera»; y por último repitió el conocido hecho de que los asentamientos judíos incumplían el derecho internacional.

Las acusaciones del órgano de Gobierno de la BBC no salieron de la nada. Fue un nuevo caso de cesión ante la presión del lobby proisraelí, que exigía la dimisión de Bowen por su cobertura «antiisraelí»[61]. No se trataba en realidad de un material explosivo: aunque describía a Israel como un segundo «Goliat», culpaba a Nasser de haber atizado los miedos de los civiles israelíes. Simplemente no se adaptaba a la imagen que Israel tiene de sí mismo, como un valiente que, pese a partir con menos probabilidades, logra sobrevivir. En lugar de Grunwald y Ronson, esta vez la misión se le confió a Jonathan Turner y Gilead Ini. Turner presidiría más tarde una organización denominada Abogados Británicos por Israel. En aquel momento trabajaba para la Federación Sionista, la obsoleta organización de los primeros tiempos del lobby sionista, que ahora carecía

de un propósito claro. Gilead Ini procedía del otro lado del Atlántico; personas como él asumían cada vez más la responsabilidad de ayudar al lobby proisraelí británico. Era analista de investigación en CAMERA. Esta había introducido una nueva metodología, un examen exhaustivo de cada noticia, línea por línea, resaltando errores que variaban desde la mera digitalización a interpretaciones conflictivas, para sembrar dudas sobre la profesionalidad de quienes critican a Israel. El artículo de Bowen fue sometido a este método intensivo de desacreditación de un autor. Enumerando veinticuatro «sesgos» en el artículo y otros cuatro en otra publicación de Bowen, no lograron convencer inicialmente a la sección de quejas editoriales de la BBC. Como comentaron dos periodistas que revisaron las imprecisiones: las «correcciones» eran «en el mejor de los casos cuestiones de opinión. En su mayoría, se consideró que no eran dignas de tener en cuenta, y en los casos en los que se efectuaron cambios, el significado varió muy poco»[62].

Sin embargo, el lobby llevó después sus quejas al BBC Trust, convenciendo, o quizá incluso intimidando, a su presidente para que admitiese que estaban justificadas. Y digo intimidado basándome en lo que escribió Charlie Beckett, antiguo redactor de noticias de la BBC:

> En la BBC investigaron a Jeremy Owen porque estaban sometidos a una presión extraordinaria […] esto causó temor en la redacción de informativos de la cadena, porque les señaló que los estaban atacando[63].

Sea como fuese, el BBC Trust organizó una reunión especial, presidida por David Liddiment, que a lo largo de los años había trabajado en la sección de entretenimiento televisivo de ITV y de la BBC. Jonathan Dimbleby lo describe como alguien:

> Admirado por ser un mago del entretenimiento televisivo y antiguo director de programas de ITV, pero cuya experiencia acerca de los dilemas planteados por las noticias y las cuestiones de actualidad, en especial en relación de las complejidades duramente debatidas de Oriente Próximo es, por fuerza, limitada[64].

La farsa de las imprecisiones pareció fascinar a estos profesionales poco entendidos. Liddiment y sus colaboradores consideraron que Bowen había incumplido tres directrices sobre precisión y una sobre imparcialidad en el artículo publicado en la página digital, y una directriz sobre precisión en la

crónica radiofónica. La Federación Sionista y CAMERA exigieron de inmediato el despido de Bowen, tachando su posición de «insostenible», y añadiendo asimismo que lo que ellos llamaban su «cobertura sesgada de Israel» había «contribuido significativamente al reciente aumento de incidentes antisemitas en Reino Unido hasta niveles de récord».

Fue un patrón que el lobby siguió a partir de entonces una y otra vez, ampliando su alcance a aquellos académicos cuyos argumentos no fuesen suficientemente comprensivos con Israel. El escritor o periodista al que apuntaba era acusado de imprecisiones intencionadas al servicio de los enemigos de Israel, las cuales habían conducido inadvertidamente al aumento del antisemitismo. Nadie en el órgano de Gobierno de la BBC intentó siquiera descifrar esta cadena de causalidad completamente inverosímil. Era una interpretación proisraelí que había que aceptar como la verdad.

En consecuencia, a nadie le interesaba en absoluto que Bowen hubiera publicado pocos días antes en *The Jewish Chronicle* un artículo similar en el que incluía las mismas frases «contenciosas», como que «Israel soporta todavía un legado desastroso» y «el instinto nato del sionismo de ampliar la frontera», y que «los generales israelíes, en especial los sabras que rondaban los cuarenta años, enormemente seguros de sí mismos, llevaban la mayor parte de su carrera entrenándose para terminar el asunto inconcluso de 1948»[65]. Aparentemente estas «imprecisiones» no importaron entonces. Después, *The Jewish Chronicle* retiró el artículo.

Jonathan Dimbleby se indignó, y escribió un artículo incisivo sobre todo el asunto en *Index on Censorship*. De manera poco sorprendente, al lobby no le sentó bien. Turner empleó el mismo método de intentar censurar a Dimbleby, exigiendo que dejase de presentar el programa insignia de BBC radio, *Any Questions?* Dimbleby se convirtió en víctima de un proceso que él mismo describió con mucho acierto:

> No hay que buscar mucho en Internet para encontrar publicaciones sionistas, grupos de lobby y blogueros de todo el mundo que usan versiones distorsionadas del reportaje para justificar su prejuicio infundado de que la BBC tiene un sesgo arraigado y antiguo contra el Estado de Israel. Al contrario, millones de palestinos, otros árabes y musulmanes habrán visto ahora confirmada su creencia –igualmente falsa– de que la BBC vuelve a tener miedo de la propaganda política israelí.

La ironía es que grandes segmentos de población y toda la red de organizaciones propalestinas se indignaron por la cobertura de la BBC en general, especialmente cuando empezaron los ataques a Gaza en 2008. La peor manifestación de esta cobertura sesgada fue la negativa a difundir una solicitud de ayuda de las principales organizaciones benéficas de Reino Unido para los niños de Gaza. La BBC tiene una larga tradición de difundir llamamientos humanitarios, incluidos los considerados políticamente sensibles, como la colecta de Líbano en 1982, que ayudó a reunir decenas de millones de libras para personas necesitadas de todo el mundo. Pero en enero de 2009, Mark Thompson, director general de la BBC, tomó la decisión insólita de alejarse de otros medios de radiodifusión y negarse a emitir la colecta para Gaza organizada por el Comité de Emergencia para Desastres [Disasters Emergency Committee], alegando que pondría en peligro la imparcialidad de la cadena. ITV y Channel 4 emitieron la colecta para Gaza, pero Sky se unió a la BBC en su negativa.

La decisión de la BBC debilitó el esfuerzo humanitario y probablemente provocase la pérdida de millones de libras que podrían haberse reunido. Tuvo un impacto innegable. Brendan Gormley, director ejecutivo del Comité de Emergencia para Desastres, estaba convencido de que la colecta para Gaza había reunido solo la mitad del total previsto: 7,5 millones de libras. En las primeras cuarenta y ocho horas de colecta, el número de llamadas telefónicas era de 17.000 menos que la media[66].

Para algunos, este episodio concreto demostró sin ambigüedades lo lejos que había llegado la influencia del lobby proisraelí. Ben Bradshaw, secretario de Cultura por aquel entonces y experiodista de la BBC, comentó, «me temo que la BBC tiene que plantar cara a las autoridades israelíes ocasionalmente. Israel tiene un largo historial de acoso contra la cadena». Y añadió, «me temo que la BBC se ha dejado amedrentar por esta presión implacable y persistente del Gobierno israelí, y debería hacerle frente[67].

Michael Mates, miembro del Comité de Inteligencia y Seguridad y exministro para Irlanda del Norte, declaró que «el lobby proisraelí en nuestro cuerpo político es el lobby político más poderoso. Son intocables». También comentó que «pienso que han ejercido su actividad lobista con mucha discreción, en instancias muy elevadas, y tal vez por eso sea tan

efectiva»[68].

El diligente Peter Oborne preguntó a Charlie Beckett, antiguo redactor de noticias de la BBC, por qué creía que la corporación se comportaba de ese modo, y Becket le respondió:

> Si no hubiera un lobby proisraelí en este país no creo que [televisar la colecta] se hubiese considerado políticamente problemático. No creo que hubiera sido un problema político y una preocupación graves para ellos, si no tuvieran la presión de un lobby extraordinariamente activo, elaborado y persuasivo defendiendo el punto de vista israelí[69].

Muchos años después, cuando los laboristas estaban en la oposición, la ciudadanía británica volvió a tener a la vista las pruebas de la influencia del lobby proisraelí, en una entrega de un aclamado programa de Channel 54, *Dispatches*. Era la tercera vez que el canal se atrevía a infringir la lealtad de los medios televisivos convencionales de Gran Bretaña a la política gubernamental en relación con la cuestión Israel/Palestina. La primera ocasión fue en 2003, cuando se emitió *Palestine is Still the Issue* (Palestina sigue siendo el problema) de John Pilger; el documental exponía gráficamente las violaciones de los derechos civiles y humanos de los palestinos cometidas por los israelíes en los territorios ocupados[70]. La segunda incursión audaz en el cuestionamiento del relato proisraelí fue *The Promise,* de Peter Kosminsky, que proporcionaba un convincente retrato ficticio de la Nakba de 1948 como limpieza étnica[71].

Las dos producciones anteriores se habían emitido en horario de poca audiencia. *Dispatches* marcó la primera vez que se emitía por televisión un reto de ese tipo en horario de máxima audiencia. Lo presentaba Peter Oborne, que encendió una luz en «uno de los pocos tabúes que permanecen en la política británica *y* en el periodismo político británico». La prensa felicitó al canal por dar «este paso valiente a la par que impopular»[72]. Aparte de exponer el funcionamiento de Amigos Laboristas de Israel y Amigos Conservadores de Israel, reveló el trabajo tenaz del BICOM para suprimir las críticas a Israel. Al final, Oborne y los productores del documental habían realizado un servicio público mayor del que esperaban. Los conservadores obtendrían el poder un año después de que se emitiese el documental, y sin él, la función encubierta de CFI tal vez hubiera pasado inadvertida.

A LA SOMBRA DE CFI

En 2009, el salón de baile del icónico Park Plaza Westminster Bridge Hotel de Londres, con vistas a las Cámaras del Parlamento, albergó la convención anual de Amigos Conservadores de Israel. El primer orador en el almuerzo anual ofrecido el 18 de junio fue el líder del partido, y pronto primer ministro, David Cameron.

Hasta que David Cameron habló en su convención, prácticamente nadie en los medios de comunicación británicos, y mucho menos entre la ciudadanía en general, sabía qué era CFI. Tal vez esta hubiera sido una decisión consciente por parte de la organización. Un perfil bajo solo podía haberles hecho favores en 2009. Seis meses antes del encuentro, Israel lanzó la Operación Plomo Fundido, un ataque de tres días sobre Gaza que causó la muerte de 1.400 palestinos, incluidos cientos de niños. Hasta a los defensores ardientes de Israel les resultaba difícil justificar esta agresión y sus costes humanos. De modo que CFI dejó cómodamente la desagradable tarea en manos de su homólogo, LFI.

Era fácil subestimar a CFI, pero antes de su inesperada irrupción en la conciencia pública, principalmente debido al programa *Dispatches,* ya era un poderoso actor en la escena pública desde 1995. Por aquel entonces el político conservador Robert Rhodes James lo alabó diciendo que era «la mayor organización de Europa occidental dedicada a la causa del pueblo de Israel»[73]. En 2009, según lo indicado en *Dispatches,* en torno al 80% de los parlamentarios conservadores eran miembros de CFI, lo que llevó a Peter Oborne a considerarla «con creces, el grupo lobista israelí más poderoso de Gran Bretaña» en 2013[74].

El documental de *Dispatches* afirmaba que miembros del grupo y sus empresas habían donado más de 10 millones de libras al Partido Conservador entre 2001 y 2009. El grupo tachó esta cifra de «profundamente errónea», diciendo que entre 2004 y 2009 solo había donado 30.000 libras, pero que sin duda miembros suyos habrían hecho donaciones individuales al partido. En *Dispatches* se afirmaba que CFI era «sin lugar a duda, de todos los grupos lobistas de Westminster, el mejor conectado y probablemente el mejor financiado».

En el reluciente salón de baile del Plaza, David Cameron se presentó ante los socios de CFI y recibió una calurosa acogida. Para gran alivio de

los asistentes, Cameron no mencionó la Operación Plomo Fundido ni la destrucción de la Franja de Gaza, más allá de justificar el derecho de Israel a defenderse y observar el contraste, con gran placer de los asistentes, entre el Estado judío y Hamás: «Israel se esfuerza por proteger vidas inocentes; Hamás ataca a vidas inocentes»[75]. Habló de manera muy distinta un año después, ya siendo primer ministro, pero agradó al público al decir lo siguiente:

> Respecto a los propios palestinos, sus obligaciones están claras: demostrad que sois un socio negociador fiable. Poned orden en vuestra propia sociedad. Y renunciad por completo a la violencia[76].

La conclusión estaba clara: Israel y su lobby podían contar con David Cameron. Cuando los conservadores reunieron un Gobierno de coalición, CFI se alegró de volver a ejercitar sus músculos. El grupo obtuvo esta influencia como resultado del generoso apoyo que prestó a los candidatos conservadores en las elecciones. Entre los favorecidos, de acuerdo con un folleto redactado por James Jones y Peter Oborne, *The Pro-Israel Lobby in Britain,* se encontraban Ed Vaizey, Greg Hands, Michael Gove, Brooks Newmark, Shailesh Vara, Grant Shapps, Adam Holloway, Joanne Cash y William Hague, casi todos los cuales acabarían formando parte del Gabinete de Gobierno. A algunos incluso los llevaron de viaje a Israel para consolidar su relación con CFI. En aquel momento, la organización estaba presidida por el parlamentario Stephen Crabb, devoto cristiano evangélico que alternaba el cargo con un parlamentario judío, y lord Eric Pickles[77]. En el folleto, Jones y Oborne afirman también que:

> Hay asimismo indicios de que algunos miembros de CFI toman como objetivos a parlamentarios críticos con Israel. Por ejemplo, Karen Buck, la parlamentaria laborista por Regent's Park y Kensington North, ha sido una crítica directa. Su oponente conservadora, Joanne Cash, que trabaja para el grupo de estudios Policy Exchange, ha recibido cheques por un valor acumulado de 20.000 libras al menos[78].

CFI reaccionó con ira a las alegaciones presentadas en el documental de *Dispatches:*

> El documental es completamente defectuoso porque en ningún momento establece una distinción entre las donaciones al Partido Conservador por parte de individuos

> que puedan perfectamente apoyar en general las metas y los objetivos de CFI, y las donaciones efectuadas por el propio CFI. La alegación de que CFI y sus partidarios han aportado 10 millones de libras al Partido Conservador en los últimos ocho años carece en absoluto de base[79].

Sin embargo, CFI no estaba centrado en ese documental, sino en Cameron. *The Jewish Chronicle* ofreció a sus lectores una evaluación rápida de Cameron y su Gobierno desde la perspectiva del lobby proisraelí. Stuart Polak, director de CFI, declaró lo siguiente:

> Estamos encantados de ver a David Cameron ocupar el cargo de primer ministro en Downing Street y a William Hague como su secretario de Exteriores. Israel y la comunidad judía pueden sentirse seguros de que el Gobierno abordará y tomará en serio sus asuntos y preocupaciones. Confío plenamente en que los conservadores pondrán en práctica las promesas que hicieron antes de las elecciones en importantes cuestiones exteriores y nacionales[80].

La falta de distinción entre los intereses judíos en Gran Bretaña y los intereses de Israel nunca se había puesto de manifiesto de manera tan descarada. Tras décadas sorteando con cautela la cuestión de los judíos como ciudadanos británicos y los judíos como potenciales ciudadanos de Israel, toda precaución se abandonó por completo. Los judíos de Gran Bretaña estaban ahora fundidos con Israel. Y si había dudas acerca de ciertas personalidades, todo lo que había que hacer para aclararlas era leer *The Jewish Chronicle.* De este modo, el periódico les aseguraba a sus lectores que el secretario de Defensa, Liam Fox, «es conocido por ser partidario de la línea dura en Oriente Próximo, y defenderá la causa de Israel en el Gabinete».

La principal tarea del Gobierno estaba definida, de acuerdo con *The Jewish Chronicle,* de la siguiente forma:

> Acerca de la piedra angular de la jurisdicción universal, los conservadores se comprometen a efectuar un cambio legislativo que impida a los magistrados emitir órdenes de detención contra políticos israelíes que estén de visita. En algunos círculos existe preocupación acerca del compromiso del fiscal general Dominic Grieve. Sin embargo, el nuevo secretario de Justicia, Ken Clarke, que sería responsable de proponer el cambio legislativo, ha visitado recientemente Israel con CFI y es considerado una ayuda segura[81].

El lobby, en consecuencia, no tenía nada que temer respecto a David Cameron y su Gobierno de coalición. Por desgracia tenía, de hecho, un problema mayor: la propia brutalidad de Israel.

Antes de las elecciones, CFI podía mostrarse optimista y complaciente en cuanto al apoyo del Gobierno entrante. Pero pronto fue perceptible que incluso a políticos que habían recibido el apoyo de CFI, o que habían apoyado a la organización, les resultaba difícil acatar la disciplina cuando se enfrentaban a la catástrofe humanitaria de Gaza y, en menor medida, a la vulneración sistemática de los derechos de los palestinos en Cisjordania. El sitio al que los israelíes tenían sometida a la Franja de Gaza creaba escasez de alimentos, medicamentos y materiales para infraestructuras, y al mismo tiempo mantenía encerradas a casi dos millones de personas, aumentando la presión mental sobre una población compuesta en buena medida por refugiados de 1948. Y en consecuencia, el lobby dejó de estimular el apoyo a Israel para dedicar sus energías a eliminar a los críticos. Tuvo que emplearse a fondo para mantenerlos a todos a raya, con independencia de los sucesos que tuviesen lugar sobre el terreno, incluso después de que los conservadores llegasen al poder.

En 2009, el lobby judío proisraelí se había resignado al hecho de que el sionismo progresista había perdido toda importancia en Israel. Apoyar a Israel en ese momento equivalía a defender a los gobiernos derechistas de Sharon, Olmert y Netanyahu. Este proceso de reorientación comenzó cuando Netanyahu fue elegido por primera vez, después de que un extremista de extrema derecha que no aprobaba los Acuerdos de Oslo asesinase a Isaac Rabin, en 1995. El asesinato conmocionó a toda la comunidad anglojudía, pero no suscitó un análisis introspectivo acerca de cuál era el propósito del lobby proisraelí.

No menos difícil fue la publicación del Informe Goldstone en 2010, que acusaba a Israel de disparar intencionadamente contra civiles. La función de CFI era garantizar que el Gobierno no respaldase una resolución de Naciones Unidas basada en ese informe. Andrew Feldman, un magnate de la moda, amigo de Cameron desde Oxford y miembro destacado de CFI, estaba presente, de acuerdo con algunas fuentes, en una reunión entre Cameron y William Hague, el secretario de Exteriores, e influyó en la redacción de una carta tranquilizadora para CFI:

> A no ser que la resolución propuesta se redacte nuevamente, de tal forma que refleje la influencia de Hamás en el comienzo del conflicto, recomendaríamos que el Gobierno británico vote en contra de dicha resolución[82].

Gran Bretaña se mantuvo fiel a su palabra en este caso y rechazó la resolución; la presión había merecido la pena.

La siguiente dificultad fue la de afrontar el movimiento a la desesperada que efectuó la Autoridad Palestina en 2011, al pedir a la comunidad internacional que evitase la desaparición total de la solución de los dos Estados declarando unilateralmente el establecimiento de un Estado palestino. De hecho, la Autoridad Palestina no tenía soberanía ni poder reales en ninguna parte de la Palestina histórica. Desde 2011, Israel movilizó a CFI y a la Junta de Diputados para que presionasen al Gobierno con el fin de que no cediese a la solicitud de la Autoridad Palestina, y lo consiguieron en gran medida.

Como respuesta a la lucha frenética de la sociedad civil palestina para ganarse a la comunidad internacional, el método principal usado por LFI y por CFI fue el de intensificar la frecuencia de los viajes de políticos a Israel. Los viajes de los parlamentarios estaban financiados por Israel. Como han demostrado algunos periodistas, con lo años, el número de parlamentarios que se unieron a los viajes organizados por LFI o CFI fue mayor que el de los que viajaron a Europa, América y África sumados[83]. Un viaje a Israel, así como afiliarse a LFI o a CFI, constituía para los jóvenes ambiciosos un billete para ascender a cargos más elevados en los principales partidos británicos. Esto es especialmente cierto en el caso del Partido Laborista; entre los presidentes o vicepresidentes de LFI que después obtuvieron cargos ministeriales se encuentran Jim Murphy, Ivan Lewis y James Purnell[84].

Como antes, centrarse en las elites políticas oficiales era una estrategia acertada. Esta tendencia a criticar la política en Cisjordania y en la Franja de Gaza de vez en cuando, y al mismo tiempo mantenerse muy leal a Israel, coincidía con la política británica en general hacia Israel. Cameron intentó atenerse a esa política en su primera visita oficial al país como primer ministro, en marzo de 2014, cuando habló ante la Knéset y declaró que era un primer ministro británico cuya «creencia en Israel es inquebrantable, y cuyo compromiso con la seguridad de Israel siempre

será sólido como una roca». Hizo hincapié en la Declaración Balfour de 1917, y en la «función orgullosa y vital» que Gran Bretaña había cumplido al «ayudar a asegurar que Israel se convierta en patria del pueblo judío»[85].

Al mismo tiempo, a los judíos progresistas y a la ciudadanía en general les resultaba difícil digerir la completa indiferencia hacia las condiciones que debían soportar los palestinos. Durante un tiempo, los líderes del lobby toleraron cierta simpatía nominal hacia los palestinos, pero solo si no influía en lo que consideraban las organizaciones cruciales, como la Junta de Diputados. En 2014, esta sufrió un espasmo de «sionismo progresista» e intentó contrarrestar el enfado creciente por las políticas israelíes efectuando una declaración conjunta con el Consejo Musulmán de Gran Bretaña en un llamamiento a la paz, tras una operación militar israelí particularmente agresiva en Gaza. Se trataba de la Operación Margen Protector, que tuvo lugar en junio y julio de 2014, activada por el secuestro y el asesinato de tres jóvenes colonos en Cisjordania, pero causada en mayor medida por el deseo israelí de socavar la reconciliación que empezaba a desplegarse entre Hamás y la Autoridad Palestina, y por el enfado ante el aumento de la capacidad militar de Hamás durante un alto el fuego de dos años que había concluido en 2012. Los ataques israelíes provocaron el desplazamiento de casi un cuarto de millón de palestinos de Gaza y cientos de miles de niños (373.000 de acuerdo con Naciones Unidas) necesitaron atención psicológica ante los sucesos traumáticos que habían experimentado. La cuarta parte de las viviendas de la ciudad de Gaza había sufrido daños. Como hemos visto, aunque hay debates acerca del número de palestinos muertos, todas las fuentes, incluida la israelí, sitúan la cifra por encima de 2.000, entre ellos casi 500 niños. El ejército israelí perdió seis soldados y seis civiles murieron en los ataques con cohetes lanzados desde Gaza[86].

Aunque tres cuartas partes de la Junta aprobaron la iniciativa conjunta, el enojo de los miembros derechistas más influyentes de la entidad fue suficientemente intimidatorio como para obligarla a distanciarse del Consejo Musulmán de Gran Bretaña[87].

A CFI no le interesaba demasiado lo que pensase la ciudadanía; se centraba en asegurarse de que el Gobierno de coalición no sufriera cargos de conciencia incómodos cuando pensase en Gaza. Sin embargo, otros

grupos lobistas decidieron intentar frenar la decadencia de la imagen pública de Israel. Se dedicaron a disciplinar a los medios de comunicación convencionales, que se mostraban cada vez más críticos con el sitio de Gaza y los continuos ataques de Israel.

En general, los medios de comunicación convencionales mantenían la *omertà* respeto a las actividades de Israel en la región, y no le causaron demasiado problema al lobby. Pero este era un tiempo de medios alternativos, junto a una sociedad civil más hostil cada día a las actividades de Israel. La principal dificultad procedía de cadenas como Al Jazeera.

THE LOBBY, EL PROGRAMA DE AL JAZEERA

Hemos visto que el lobby estadounidense impidió la emisión de *The Lobby* en Estados Unidos. Su homólogo británico no tuvo tanto éxito, y en consecuencia, en 2017, Al Jazeera emitió una investigación sobre toda una serie de organizaciones que componían informalmente el lobby proisraelí en Gran Bretaña. Entre ellas se encontraban el Movimiento Laborista Judío (antes la filial británica de Poale Zion), la Unión de Estudiantes Judíos, CFI y LFI.

El programa desplegó periodistas encubiertos para sacar a la luz las actividades de los grupos de presión. El principal «héroe» del documental era un empleado de la embajada de Israel, Shai Masot, que conversaba con todo el grupo implicado acerca de cómo abordar a los políticos propalestinos de Gran Bretaña. Hablaba en la película del deseo de «bajarles los humos» a políticos como Alan Duncan, entonces ministro de Estado en el Foreign Office (había cometido el delito de criticar los asentamientos israelíes en la Cisjordania ocupada), y a Crispin Blunt, un funcionario al que Masot consideraba excesivamente proárabe.

Otros episodios reveladores mostraban los intentos de desalojar a la primera mujer musulmana negra elegida presidenta del Sindicato Nacional de Estudiantes, Malia Bouattia. En el documental se oye cómo Masot intenta consolidar el lobby animando a estudiantes afines a crear una sección juvenil de LFI, y afirmar que tiene un millón de libras para Joan Ryan, presidenta de LFI, para viajes y visitas. Aunque los laboristas y el Partido Nacional de Escocia exigieron que se investigase la alegación de

que un país extranjero interfería en la política de un partido local, Boris Johnson, entonces secretario de Exteriores, rechazó todas esas solicitudes.

No hace falta decir que el lobby proisraelí británico tachó *The Lobby* de antisemita. LFI publicó un hilo de Twitter aterrado, en el que acusaba al documental de usar «los típicos temas antisemitas» y presentar una «serie de falsedades»[88]. Sin embargo, Ofcom –el regulador de las comunicaciones– desestimó las quejas y estableció que Al Jazeera no había sido antisemita ni había incumplido las normas sobre imparcialidad.

El hecho de no haberse salido con la suya en este caso no sirvió para que el lobby reconsiderase su campaña de eliminar las críticas a Israel. Por el contrario, lo que hizo fue intensificar sus esfuerzos.

EL USO DEL ANTISEMITISMO Y LA ISLAMOFOBIA COMO ARMA

Hemos visto que la doble estrategia usada por Israel para frenar el constante deterioro de su imagen internacional funcionó en Estados Unidos. Su lado más agradable, de cara a la galería, se centraba en atraer al público objetivo: el Ministerio de Turismo israelí mostraba la imagen del país más relajado, tolerante y divertido del mundo. En esta fantasía, Israel era un país que había quitado de la tierra que le correspondía a esos incómodos palestinos, y que había recibido los Altos del Golán como regalo de Siria. Los carteles con el mapa del Gran Israel expuestos en vallas publicitarias del metro de Londres no tenían Altos del Golán ni áreas palestinas. Incluso *The Guardian* reprodujo esta invención cartográfica en mayo de 2009, y no la corrigió hasta varios meses después, el 15 de julio[89].

Pero en torno a 2010, el Gobierno de Netanyahu llegó a la conclusión de que la ofensiva de encanto no bastaba para salvar la reputación de Israel. Reunió equipos de expertos para buscar solución al problema; y muchos apuntaron directamente con el dedo a Gran Bretaña. La prueba estaba en el surgimiento de la solidaridad con los palestinos en amplios segmentos de la población británica, a la que Netanyahu acusó de «deslegitimar» a Israel.

En 2011, en el congreso anual sobre el «Estado de la Nación» organizado en el Centro Interdisciplinario de Herzliya, se eligió la deslegitimación como el tema principal. Ponente tras ponente, retrataron

este asalto como parte de los males provocados por el «posmodernismo de izquierda», que quiere «conquistar las fuentes de producción cultural para controlar la verdad». Desde su punto de vista, «un artículo de opinión publicado en *The Guardian* o en *Le Monde* no los va a hacer sionistas». Además, se quejaban de «que a Israel también se le echará la culpa, haga lo que haga», y por último, que los israelíes no «deberían lavar los trapos sucios a la vista, y tendrían que dar la imagen de un Israel unido»[90].

Los académicos que trabajaban para la Agencia Judía acusaban a Naciones Unidas, y a los académicos y sistemas judiciales occidentales de los ataques continuos. Apuntaban a Gran Bretaña como el centro de la campaña para mancillar la imagen internacional de Israel. Una explicación dada por este equipo de expertos al giro que se estaba produciendo en la opinión pública británica era el aumento de la población musulmana en Gran Bretaña. En el otro lado de las cosas, de acuerdo con este informe, seguía habiendo fuerzas considerables que se mantenían del lado de Israel, como Tesco. No tengo ni idea de por qué estos expertos mencionaron Tesco como antídoto a la actividad de presión contra Israel. La evaluación general fue la siguiente:

> Gran Bretaña es la capital de la comunicación en el mundo. Es el centro de las principales ONG mundiales, pero también un país con una comunidad judía frágil. Amnistía Internacional y Oxfam se están ocupando de deslegitimar a Israel. El Gobierno se muestra más comprensivo ¿qué debería hacerse entonces? Sean quienes sean los deslegitimadores, incluidos profesores israelíes [que apoyan la campaña de BDS], habría que luchar contra ellos como en una guerra. Habría que convertirlos en objetivos y combatirlos, no enzarzarse intelectualmente con ellos; deberían usarse todos los medios no empleados con anterioridad; este es un campo de batalla sobre el derecho de Israel a funcionar, a defenderse […]»[91].

El debate sobre la conducta de Israel en los territorios ocupados era ahora una «guerra» sobre la propia legitimidad de Israel. El arma preferida por Israel para luchar en esa guerra fue la de equiparar las críticas con el antisemitismo y el «terrorismo islámico». El lobby británico la había utilizado a lo largo de toda su historia, pero hacía más falta que nunca en 2014, cuando las inquietantes imágenes de la Operación Margen Protector, el mayor ataque israelí contra la Franja de Gaza hasta ese momento, llegaron a Gran Bretaña. La ofensiva suscitó protestas y manifestaciones

contra la política israelí insólitas en Gran Bretaña: decenas de miles de personas se manifestaron en Londres y otras ciudades. Esta vez muchos miembros de la comunidad musulmana en Gran Bretaña unieron fuerzas con diversos movimientos solidarios del país. Se convocaron también manifestaciones delante de supermercados que vendían productos israelíes. Hasta Nick Clegg, líder de los liberal-demócratas y viceprimer ministro en el Gobierno de coalición formado por Cameron, sumó su voz a la condena general, acusando a Israel de usar «una forma de castigo colectivo deliberadamente desproporcionada»[92]. De acuerdo con YouGov, en el conjunto de la población, la simpatía por los palestinos alcanzaba el 30%, el porcentaje más elevado desde que comenzó el seguimiento de YouGov, en 2003[93]. En todo el país se solicitó a los ayuntamientos que izasen la bandera palestina en solidaridad con la población de Gaza.

El lobby reaccionó lanzando en 2014 la Campaña Contra el Antisemitismo, mientras estaba en marcha la Operación Margen Protector. Desde entonces, cualquier crítica a las acciones de Israel en la Franja de Gaza ha sido calificada inmediatamente de antisemita. La campaña se dirigió en primer lugar contra el Tricycle Theatre de Londres, por negarse a albergar el Festival de Cine Judío, un evento financiado por la embajada israelí. El director artístico del teatro declaró:

> El festival recibe financiación de la embajada israelí y, dado el actual conflicto en Israel y Gaza, consideramos inadecuado aceptar el apoyo económico de ningún organismo gubernamental involucrado.

Stephen Pollard, director de *The Jewish Chronicle* en aquel momento, tuiteó una estridente objeción que acabaría caracterizando la respuesta del periódico a cualquier acto de solidaridad con los palestinos en Gran Bretaña: «Que quede claro. El Tricycle Theatre es ahora oficialmente antisemita. Está señalando al Estado judío para boicotearlo». La intimidación fue eficaz; el teatro dio un giro de ciento ochenta grados e invitó a los organizadores del festival, sin condiciones, a organizarlo allí en años posteriores[94].

Acusaciones similares se dirigieron contra sir Gerald Kaufman, parlamentario anglojudío ya fallecido, por comparar las acciones israelíes de 2015 con las de los nazis y hacer referencia al «dinero judío» que

influía en las políticas conservadoras de Israel. La expresión «dinero judío» fue tachada inmediatamente de antisemita, pese a que con anterioridad no había resultado controvertida. Como señala Tony Greenstein:

> La expresión «dinero judío» se usa con regularidad dentro de la comunidad judía. Simplemente significa dinero perteneciente a los judíos. ¡He contado más de 600 ejemplos de uso de esta expresión en *The Jewish Chronicle* haciendo una simple búsqueda en sus archivos![95]

La Junta de Diputados exigió al Partido Laborista que llamase al orden a Kaufman, y la presión llevó a Jeremy Corbin a sancionarlo en público por haber hecho comentarios «completamente inaceptables» sobre la comunidad judía[96]. No le sirvió de mucho a Corbyn, que más adelante, en 2015, comenzó a ser sistemáticamente acusado de no hacer lo suficiente contra el antisemitismo, y finalmente a ser él mismo acusado de antisemita. La condena a Kaufman continuó incluso después de su muerte, en 2017, cuando *The Jewish Chronicle* y otros medios publicaron obituarios despiadados sobre él[97].

Otra víctima de esta campaña fue una profesora universitaria de Bristol, Rebecca Gould. También judía, Gould escribió en 2011 un artículo titulado «Definiendo el antisemitismo», en el que describía cómo el Holocausto intimida a las personas, haciendo que autocensuren sus opiniones sobre Israel, y sugería que los judíos deberían dejar de «privilegiar» el Holocausto[98]. Sí incluía frases que a los lectores proisraelíes les resultaban difíciles de digerir, pero eran legítimas bajo cualquier principio de libertad de opinión: «Israel debe encontrar una forma de no transmitir a su siguiente generación de ciudadanos los crímenes que los nazis introdujeron en el mundo».

Campaña Contra el Antisemitismo exigió a la universidad que la despidiera a no ser que se retractara de su artículo. La medida en aquel momento carecía prácticamente de antecedentes, y a muchos judíos progresistas les pareció injustificada. Incluso personas como Kenneth Stern, académico estadounidense y principal autor de la definición de antisemitismo redactada por la Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto, una definición que con posterioridad se volvería infame a causa de las disputas que se produjeron en el Partido Laborista por su

adopción, testificó ante el Congreso de Estados Unidos que el comportamiento de Campaña Contra el Antisemitismo era «atroz» y que «el ejercicio en sí era escalofriante y recordaba al macartismo». Esta simpatía generalizada no se extendería diez años después a otro profesor de la Universidad de Bristol, David Miller, cuyo «delito» fue relacionar sionismo e islamofobia. Pero en ambos casos la universidad abrió una investigación. Gould dimitió cuando todavía llevaba la delantera, y se trasladó a la Universidad de Birmingham. Miller no tuvo tanta suerte, lo despidieron[99].

Antes de la elección de Jeremy Corbyn, a muchos judíos progresistas del momento les producía incomodidad el modo de trabajar de Campaña Contra el Antisemitismo. Anshel Pfeffer, corresponsal de *Haaretz* en Londres, escribía en 2015 lo siguiente:

> El hecho es que demasiados judíos, tanto líderes políticos en apariciones públicas como judíos comunes en las redes sociales, se apresuran a menudo a sacar el Holocausto para reforzar un argumento. La triste verdad es que muchos judíos han abaratado la memoria del Holocausto al usarla de manera inapropiada. Sostener esta opinión no te convierte necesariamente en antisemita[100].

Acusaba también a Campaña Contra el Antisemitismo de «mostrarse ansiosa por ver en Gran Bretaña un antisemitismo, existente sin duda, mucho más extendido de lo que realmente está».

Mientras que los progresistas de ambos lados del Atlántico consideraban que los histrionismos de Campaña Contra el Antisemitismo estaban desconectados de la realidad, un miembro informal del lobby proisraelí del que ya hemos hablado en este capítulo, el BICOM, no veía ningún problema en ello. Al intentar equiparar la crítica a Israel con el antisemitismo, se aliaba con socios dudosos, algunos de los cuales estaban presentes en su convención anual de 2015. Middle East Forum, una ONG estadounidense que, de acuerdo con Hilary Aked, proporcionaba apoyo económico a destacados islamófobos europeos, como el político holandés Geert Wilders y Peder Jensen, alias «Fjordman», un bloguero que inspiró al asesino en serie de extrema derecha noruego Anders Breivik[101]. Este tipo de espectáculo solo podía desacreditar la causa del lobby a ojos de los progresistas y de la sociedad civil más en general.

Pero si muchos judíos progresistas se mostraban escépticos acerca de la

legitimidad del BICOM y de los métodos usados por Campaña Contra el Antisemitismo antes de 2015, la situación cambiaría pronto. El 12 de septiembre de 2015, Jeremy Corbyn fue elegido líder del Partido Laborista. El lobby, tanto en su versión formal como en la informal, comprendió de repente que ya no podía confiar en que la inercia siguiese haciendo girar las ruedas del partido en los raíles proisraelíes. Corbyn era una amenaza para todo lo que el lobby había construido dentro del laborismo, y había que neutralizarlo. Y el lobby apuntó sus miras a hacer caer un político de la mismísima cima.

EL «PELIGRO» DEL CORBYNISMO, 2015-2020

Jeremy Corbyn fue un candidato inesperado en la carrera hacia el liderazgo de 2015, y apenas obtuvo suficientes apoyos de parlamentarios para presentar su candidatura. La corbynmanía fue un golpe inesperado en un partido casi moribundo tras el prolongado viraje a la derecha y dos derrotas electorales.

Su elección no solo puso en contra al lobby proisraelí, sino también al ala blairista del partido. Veían al socialista añoso como el retorno del «viejo» laborismo que despreciaban, e intentaron deponerlo desde el primer día. Las críticas que planteaban eran principalmente ideológicas; consideraban que la nacionalización estaba anticuada y Corbyn les parecía insuficientemente proeuropeo. Cuando, en el referéndum de 2016, ganaron los partidarios del Brexit, 172 parlamentarios laboristas apoyaron un voto de confianza contra Corbyn, planteando un reto de liderazgo. De manera humillante para sus oponentes parlamentarios, Corbyn volvió a ganar, con una mayoría aún mayor. Había que probar un nuevo rumbo, y los parlamentarios se mostraron encantados de cooperar con el lobby para convertir los débiles murmullos de antisemitismo en un griterío.

La metodología nos resulta familiar a quienes hemos sido blanco del lobby. Se reunió un equipo para revisar palabras y acciones pasadas de Corbyn a favor de los palestinos y reencuadrarlas como casos que o bien fomentaban de manera indirecta el antisemitismo o bien contribuían directamente a su expansión. Como Corbyn fue durante mucho tiempo defensor de la Campaña de Solidaridad con Palestina, y con frecuencia hablaba en sus actos, encontraron mucho material manipulable con el que

trabajar. *The Jewish Chronicle* perdió todas sus inhibiciones y afirmó que Corbyn se relacionaba con «negacionistas del Holocausto, terroristas y algunos antisemitas declarados»[102].

La campaña contra el dirigente laborista alcanzó su punto culminante cuando el ex rabino mayor Jonathan Sacks definió varios momentos en la trayectoria política de Corbyn que indicaban una crónica de antisemitismo. El más ridículo apuntaba a un acto presidido por Corbyn al que acudió Hajo Meyer, superviviente de Auschwitz, que trabajaba como conductor de ambulancia voluntario en la Cisjordania ocupada tras retirarse de una carrera empresarial muy exitosa en Países Bajos. Hajo Meyer consideraba los abusos cometidos por los israelíes contra los palestinos como un abuso de la memoria del Holocausto, y lo dijo en un acto del Día de Conmemoración del Holocausto presidido por Corbyn en 2010. Esta intervención llegó a los titulares en 2018, y varios parlamentarios laboristas se apresuraron a condenar todo el acto, tachándolo de completamente inaceptable. Alarmado por la indignación, Corbyn se disculpó alegando que había estado presente en plataformas cuyos puntos de vista rechazaba completamente. En mi opinión fue un error táctico que puso de manifiesto su vulnerabilidad a este tipo de ataques del lobby, que persistió en usar la táctica de «culpa por asociación» en otros muchos incidentes de la trayectoria política de Corbyn[103].

La cobertura mediática que se dio al tema no habría permitido adivinarlo, pero los puntos de vista de Corbyn acerca de Palestina eran prácticamente idénticos a los expresados por la mayoría de los diplomáticos y por importantes políticos británicos desde 1967: como ellos, apoyaba la solución de los dos Estados y reconocía a la Autoridad Palestina. En el momento de su elección, esta posición lo convertía en un caso atípico en Campaña de Solidaridad con Palestina y el movimiento antisionista más en general, que respaldaban la solución de un solo Estado. ¿Por qué entonces lo veía el lobby como una amenaza, en especial en su posición de potencial primer ministro? Porque sospechaban, con razón, que creía sinceramente en una solución justa de dos Estados, y que no se tragaría las excusas de Israel para obstaculizarla. En otras palabras, seguía el ejemplo de anteriores estadistas británicos que habían tenido la valentía de oponerse a la presión del lobby.

Christopher Mayhew, George Brown y Jeremy Corbyn tenían mucho en

común. Ocupaban cargos que podrían afectar a la política relacionada con Israel. Los tres eran completamente leales a la política oficial británica de apoyo a la creación de dos Estados para solucionar el «conflicto». Ninguno de ellos negaba el derecho de Israel a existir, ninguno había hecho en su vida comentarios antisemitas y no eran antisemitas en sentido alguno de la palabra. Los tres fueron atacados como si se desviaran drásticamente de la política británica, negasen el derecho de Israel a existir y estuvieran motivados por el antisemitismo a la antigua usanza.

El «riesgo» planteado por Corbyn llevó a la nueva presidenta de la Junta de Diputados, Marie Sarah van der Zyl, a intensificar el ataque contra él en 2018, cuando quedó claro que no podrían eliminarlo mediante una elección de líder. De profesión, Van der Zyl es abogada especializada en derecho del trabajo. La lealtad a Israel, explicó ella en una entrevista a *The Jewish Chronicle,* tenía que ver con su pasado: llegó a Gran Bretaña en el famoso Kindertransport y residió cierto tiempo en Israel. Estaba decidida a «defender la legitimidad y la importancia fundamental de Israel para la identidad judía». Su presidencia coincidió con la época de Trump, cuyas políticas en la región respaldó plenamente, incluido el traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén[104].

Van der Zyl escogió i24NEWS, fundada en 2013 por un empresario judío francés (exredactor de *France 24*) y un empresario israelí, para acusar a Corbyn de supuesto antisemitismo. En una entrevista concedida en agosto de 2018, Van der Zyl afirmó repetidamente que Jeremy Corbyn había «pasado cada vez más tiempo con terroristas y extremistas» y «con gente que amenaza la seguridad de Gran Bretaña». Secundó uno de los estallidos del presentador, que llamó «una secta» a los seguidores de Jeremy Corbyn y dijo que este les había «declarado la guerra a los judíos en su país». De acuerdo con Van der Zyl, «el odio de Jeremy Corbyn hacia Israel y hacia el sionismo es muy profundo» y «eso no puede separarlo del antisemitismo». Van der Zyl elogió al Partido Conservador, afirmando que «los tories siempre han demostrado ser amigos de la comunidad judía»[105].

Este elogio a los conservadores era tremendamente incongruente con el historial de estos en materia de antisemitismo e islamofobia, mucho peor que el de los laboristas. Una investigación adecuada de su antisemitismo institucional podría haber empezado con la novela publicada por Boris

Johnson en 2004, *Seventy-Two Virgins*, en la que los judíos controlaban los medios de comunicación y amañaban elecciones, pasando después a un destacado conservador como Jacob Rees-Mogg, que sermoneaba a miembros judíos de su partido, sir Oliver Letwin y el entonces portavoz John Bercow, a los que llamaba «illuminati que están acaparando los poderes»[106].

Michael Berkowitz, profesor de Historia Moderna de los Judíos en el University College de Londres, explicaba lo siguiente:

> Con esta referencia a los «illuminati» –dirigida contra Letwin y Bercow– Rees-Mogg juega a sabiendas con el retrato que se hace de los judíos como personas solapadas y siniestras […] al tiempo que evita deliberadamente la palabra «judío»[107].

Rees-Mogg retuiteó también los comentarios de Alice Weidel, líder de Alternativa por Alemania, el partido neonazi alemán, pero la Junta de Diputados no se apresuró a denunciar su claro antisemitismo[108].

Cuando comprendemos el abismo existente entre la reacción histérica de Van der Zyl a Corbyn y la verdadera posición de este, nos hallamos muy cerca de resolver el enigma planteado al comienzo de este libro. Los defensores de Israel están constantemente asaltados por las dudas acerca de la legitimidad del Estado, y esto aviva la campaña para justificar un proyecto, y más tarde un Estado, que solo podría fundarse y sostenerse mediante el ejercicio de una opresión constante sobre otra nación. Reaccionan fuertemente a los detractores de Israel porque saben que estos tienen parte de razón, y no pueden negarlo.

La de Van der Zyl no fue la única diatriba extremista contra Corbyn. Ese mismo año, tres de los principales periódicos judíos de Gran Bretaña consideraron conjuntamente que un posible gobierno de Corbyn sería una «amenaza existencial para la vida de los judíos» en Gran Bretaña, lo cual venía a decir que era una amenaza existencial para el lobby proisraelí en Gran Bretaña. Lo era, pero no porque Corbyn no afirmase la existencia de Israel; lo hizo en repetidas ocasiones. Lo era porque creía en una paz justa, y para hacerla posible defendía a los palestinos.

El lobby rascó hasta el fondo del barril para condenar a Corbyn por antisemita. Una de las pruebas aportadas fue un comentario de pasada que el político hizo en redes sociales en 2012 en relación con un mural que

había visto (pero que luego lamentó no «haber mirado más de cerca»), Corbyn se opuso por cuestiones de principio a su retirada, considerando que esta conculcaba la libertad de expresión. El mural había sido creado por un artista callejero estadounidense y representaba a unos banqueros judíos jugando al Monopoly sobre una mesa formada por trabajadores desnudos explotados. Aunque su contenido era obviamente problemático, el comentario de Corbyn fue una de las muchas montañas hechas de un grano de arena.

En 2016, consciente ya de los rumores de descontento y sacudido por la oleada de un escándalo antisemita en el mayor club laborista de estudiantes del país, Corbyn aceptó nombrar una comisión encargada de investigar el supuesto antisemitismo institucional en el Partido Laborista. Además, dos destacadas figuras laboristas, la parlamentaria Naz Shah y el exalcalde de Londres, Ken Livingstone, habían sido suspendidos por supuesto antisemitismo. Era la víspera de las elecciones locales de mayo de 2016, y se creía que el establecimiento de esta comisión apaciguaría a los detractores de Corbyn en los medios de comunicación y dentro del partido. En retrospectiva, sabemos que nada los apaciguaría, salvo la renuncia de Corbyn al cargo de líder laborista.

Durante el brutal ataque de Israel a Gaza de 2014, Naz Shah había retuiteado un provocativo comentario de que habría que reubicar Israel en Estados Unidos. En la controversia que se produjo, Livingstone la defendió, añadiendo innecesariamente que:

> Cuando Hitler ganó las elecciones de 1932, su política era que se debía trasladar a los judíos a Israel. Estaba apoyando el sionismo antes de enloquecer y acabar matando a seis millones de judíos[109].

Hitler no era sionista ni por asomo, pero no es una mentira señalar las conexiones secretas que existían entre los sionistas, que veían el ascenso de Hitler al poder como una oportunidad para aumentar la emigración judía a Palestina, y los nazis, que en 1933 solo querían eliminar la presencia judía de Alemania[110]. Aun siendo provocativos, ni el retuit de Shah ni el comentario de Livingstone merecían la suspensión, por muchas vueltas que se le dé al asunto. El problema fue que estos incidentes pusieron en marcha una reacción en cadena que el lobby proisraelí aprovechó para su propio interés. Cualquier intento de frenar la drástica

escalada de los acontecimientos se consideraba en sí mismo antisemita.

La investigación fue dirigida por Shami Chakrabarti, abogada de derechos humanos y exdirectora de Liberty. Ya antes de que el comité comenzase su investigación, varios laboristas fueron suspendidos y algunos más tarde expulsados del partido por supuesto antisemitismo.

En 2018, el lobby volvió al archivo y encontró un fragmento de vídeo de 2013 que reinterpretó como nuevas pruebas incriminatorias del antisemitismo de Corbyn. Era un discurso pronunciado en el Centro para el Retorno de los Palestinos [Palestinian Return Centre] de Londres, en el que recordó una disputa entre el embajador palestino y varias personas que se le aproximaron cuando acababa de pronunciar un discurso en el Parlamento. A estas personas no les había gustado la comparecencia del embajador, aunque llamativamente parece que ninguna de las crónicas periodísticas acerca de la controversia registró lo que este había declarado. Era claramente irrelevante para el furor que el lobby quería provocar. Corbyn dijo que los «sionistas» que habían criticado al embajador tenían dos problemas: «primero, no quieren estudiar historia; y segundo […] no entienden la ironía inglesa», y eso a pesar de llevar toda la vida viviendo en Gran Bretaña. Aunque su intención era describir el grupo de activistas que se acercó al embajador palestino después del discurso, el lobby saltó enseguida a afirmar que «sionistas» era una palabra clave que englobaba a los judíos en general[111]. La BBC informó de que:

> Richard Millett, que cree que es una de las personas a las que el Sr. Corbyn se refería, ha declarado que los comentarios del líder laborista eran racistas y «profundamente antisemitas»[112].

Más absurdos aún fueron los reproches a Corbyn por haber escrito una nueva introducción para un texto clásico de 1902 reeditado, *Imperialism: A Study,* de John A. Hobson, una valiosísima fuente de investigación erudita. El libro contiene sin duda afirmaciones antisemitas, pero es desde hace décadas un texto fundamental para entender el imperialismo da comienzos del siglo XX. Corbyn tenía razón al calificarlo en su nueva introducción como un libro brillante[113].

El principio en el que se basó Campaña Contra el Antisemitismo fue: arroja suficiente barro, que algo se pegará. Uno de sus directivos, Joe Glasman, se jactó en un vídeo de que se habían «cargado» a Corbyn[114].

El líder laborista articuló las preocupaciones de muchos progresistas británicos cuando expresó su ansiedad ante el hecho de que la definición de antisemitismo empleada por la Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto (IHRA - International Holocaust Remembrance Alliance), y que el Gobierno británico pretendía que adoptasen todas las universidades, combinase la negación del Holocausto con las críticas a Israel. La IHRA es una asociación de treinta y un países creada por iniciativa sueca para combatir la ignorancia acerca del Holocausto en Europa; un proyecto noble que fracasó en la propia Suecia, donde partidos de extrema derecha con antecedentes nazis obtuvieron muy buenos resultados en las elecciones de 2022.

Como nos dice Antony Lerman, el texto adoptado por la IHRA no es nuevo. Reelabora una «definición provisional» del antisemitismo propuesta en 2005 bajo los auspicios del Observatorio Europeo del Racismo y la Xenofobia (OERX). El director de asuntos internacionales del Comité Judío Estadounidense, el rabino Andrew Baker, convenció al director del OERX de que adoptase la definición que su organización tenía en mente, y el Observatorio accedió. Lerman escribe que «el borrador de definición nunca se había sometido a un escrutinio adecuado» y había sido preparado exclusivamente por personas elegidas por el Comité Judío Estadounidense[115].

Hacia 2013, Israel secuestró el proyecto, con el fin de usarlo como un nuevo medio para definir el antisemitismo, de modo que englobase el antisionismo e incluso actitudes moderadas en contra de Israel. El Gobierno israelí presionó tanto en la UE como en Naciones Unidas para que se incluyera una lista detallada de ejemplos que indicasen lo que significa antisemitismo, de ese modo, cualquier crítica contra Israel podría silenciarse usando estos ejemplos como arma. El método era sencillo: se daba una nueva interpretación acerca de qué constituía negación del Holocausto mediante una lista de ejemplos que incluían las críticas al sionismo y al Estado de Israel. Esta definición, con su lista de ejemplos, fue adoptada por la IHRA en mayo de 2016, y por el Gobierno británico en diciembre de 2016. Algo importante que se debe tener en cuenta es que no era legalmente vinculante, y no estaba pensada para utilizarse en causas judiciales o para imponer incumplimientos de normas organizativas. Corbyn, como muchos otros defensores de los derechos humanos en Gran

Bretaña, se había mostrado dispuesto a respaldar una campaña contra la negación del Holocausto, y el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Laborista adoptó la definición antes del escándalo, excluyendo los ejemplos relacionados con la crítica a Israel. Aunque estas enmiendas estaban pensadas en general para facilitar las vistas disciplinarias, Margaret Hodge, parlamentaria y miembro de LFI, las aprovechó para condenar a Corbyn por antisemita y exigir que abandonase su cargo de líder del partido[116].

Esta trayectoria solo podía salir mal. Chakrabarti se unió al Partido Laborista, dijo ella misma, para ganarse la confianza de los afiliados. Al intentar encontrar un término medio, el lobby la acusó de inmediato de prejuicio, sin esperar a ver las conclusiones. El informe se esforzaba de hecho por alcanzar un acuerdo con el ala proisraelí del partido y con el lobby externo mucho más de lo que necesariamente habrían deseado los afiliados de base laboristas. A esas alturas, dichos afiliados eran en gran medida propalestinos, y les preocupaba cómo se estaban manejando las críticas a Israel.

El informe no ofreció muchas directrices acerca de cómo sortear controversias como esta. Entre las recomendaciones se encontraba la siguiente: «Los miembros del Partido Laborista deberían evitar el uso de metáforas, distorsiones y comparaciones con Hitler, los nazis y el Holocausto en debates sobre Israel y Palestina en particular»[117]. Era un retroceso respecto al trabajo precursor de investigadores israelíes de la década de 1990, que escribieron extensamente acerca del abuso que se hacía de la memoria del Holocausto para demonizar a los palestinos y justificar el uso de políticas opresivas contra ellos. Obviamente, la distorsión y la falsificación no deberían ser permisibles, pero examinar la relación entre el Holocausto y la Nakba es un tema muy importante en los estudios actuales sobre Israel y Palestina en muchas partes del mundo, incluido el propio Israel, y no debería usarse como prueba de antisemitismo[118].

El informe prefirió no considerar el racismo en conjunto como una amenaza a la legitimidad del partido, y en consecuencia algunas de sus recomendaciones rayaban en lo absurdo. Declaraba que «el partido debería aumentar la diversidad étnica de su personal», en referencia a los anglojudíos, puesto que de acuerdo con la legislación británica los judíos

son una minoría étnica y religiosa (puede que ese sea el texto de la ley, pero en Gran Bretaña la diversidad étnica, en cuanto problema, está mucho más relacionada con el color y con las minorías no blancas). Pese a todas las concesiones hechas al ala proisraelí del partido, el informe concluía que este «no está plagado de antisemitismo, islamofobia o cualquier otra forma de racismo», es decir, no era institucionalmente antisemita.

Un mes después de la publicación del informe, en junio de 2016, Corbyn nombró a Chakrabarti para la Cámara de los Lores, y la puso a cargo de los asuntos relacionados con la fiscalía general. El lobby lo vio como una oportunidad para empezar a desacreditar el informe. Los miembros proisraelíes y blairistas aprovecharon este nombramiento. Miembros importantes del partido como Tom Watson y Wes Streeting, y otros, cuestionaron la credibilidad de las conclusiones a las que había llegado la investigación[119].

La siguiente fase era inevitable, porque al lobby no le bastaba el informe de Chakrabarti. Un Comité Selecto de Asuntos de Interior [Home Affairs Select Committee] de todos los partidos inició su propia investigación y usó la crítica de Watson y Streeting para concluir que la investigación de Chakrabarty estaba «en último término comprometida» por el hecho de que esta hubiera aceptado con posterioridad un nombramiento para la Cámara de los Lores y un puesto en el gabinete en la sombra. Las protestas de Corbyn contra estas alegaciones no se tuvieron en cuenta, aunque tenía toda la razón cuando acusó al Comité Selecto de «encuadramiento político»[120].

Y después llegó la investigación de la Comisión de Igualdad y Derechos Humanos [EHRC - Equality and Human Rights Commission] acerca del antisemitismo en el Partido Laborista. En un mundo más razonable, o quizá dentro de unos años, si a las personas se les preguntase qué debería investigar una importante institución sobre derechos humanos en relación con Israel y Palestina, darían como respuesta la conculcación de los derechos humanos de los palestinos. Dichas personas razonables se sentirían desconcertadas al saber que este organismo respetable veía como tarea principal analizar los mensajes electrónicos, los posts de Facebook y los tuits de laboristas conocidos por defender los derechos de los palestinos, para ver si habría que expulsarlos del partido. Dedicó además su precioso tiempo y energía a reexaminar el Informe Chakrabarti. Todos

sin falta parecían estar estableciendo sus propios comités de investigación para sacar conclusiones condenatorias acerca de los laboristas y el antisemitismo. Solo podemos imaginar cómo sería hoy Gran Bretaña si dicho fervor se hubiese dedicado a hacer viviendas más seguras después del incendio de Grenfell, a evitar las desastrosas consecuencias de un mal acuerdo de Brexit o a invertir en sanidad.

Con 130 páginas, el informe de la EHRC investigó setenta archivos de quejas para determinar si, con el trato dado a los afiliados judíos, el Partido Laborista había incumplido la Ley de Igualdad. Ni que decir tiene que no se produjo un debate serio acerca de qué constituye antisemitismo, y tampoco se hizo intento alguno de diferenciar entre antisemitismo y antisionismo o crítica a Israel. En mi humilde opinión, este es uno de los informes más vergonzosos jamás producido por una comisión que prácticamente ha abandonado la representación de los intereses de todas las personas cuyos derechos humanos no se respetan hoy en día en Gran Bretaña, incluidos refugiados, personas discapacitadas y personas en situación de pobreza.

La conclusión principal era que el Partido Laborista debía esforzarse más por «recuperar la confianza de la comunidad judía». Había judíos, por supuesto, cuya confianza debía recuperar, a saber, los influidos por la campaña contra Corbyn, pero es importante recordar que hay muchos judíos residentes en Gran Bretaña que no están relacionados con el lobby proisraelí y que no se sentían alienados por la actitud moral de Corbyn respecto a Palestina. El informe sugería que «el Partido necesita introducir una cultura que anime a sus miembros a oponerse a conductas inapropiadas y a informar de las quejas por antisemitismo». Esto proporcionó carta blanca para la caza de brujas que se desató a continuación, y que se tomó a Corbyn como víctima principal, un verdadero golpe de sus oponentes derechistas dentro del partido. Cuando se publicó el informe de la EHRC, en octubre de 2020, mucho después de haber dimitido del cargo de líder, Corbyn había entendido por fin a qué madriguera de conejo lo habían empujado. Se negó a aceptar las conclusiones del informe, y fue debidamente suspendido por el nuevo líder laborista, Keir Starmer[121].

Lo que siguió fue inevitable: una incansable campaña de difamación contra un político de principios que se había mantenido físicamente al lado

de los judíos en la década de 1970 para impedir que los neonazis desfilasen por Wood Green. El conservador John Bercow, judío británico y expresidente de la Cámara de los Comunes, rechazó categóricamente cualquier afirmación de que Corbyn fuese antisemita.

Este informe se consideró definitivo, pese a sus problemas. Cualquier intento de aportar las conclusiones de un informe anterior titulado «The work of the Labour Party's Governance and Legal Unit in relation to anti-Semitism, 2014-2019» (El trabajo de la Unidad Jurídica y de Gobierno del Partido Laborista en relación con el antisemitismo, 2014-2019) y redactado por Jennie Formby, que había ejercido de secretaria general del partido, fue rechazado. Este informe exoneraba a Corbyn de las acusaciones de ser complaciente con el antisemitismo y acusaba por el contrario a la mayoría de sus oponentes en el partido que, de acuerdo con el documento, no reaccionaron a la mayoría de las quejas hasta que Formby asumió el cargo de secretaria general[122]. Keir Starmer, el nuevo líder, se negó a entregárselo a la EHRC como prueba para su investigación. Se filtró a la prensa en abril de 2020, poco después de la elección de Starmer como líder. Ninguna de las copiosas pruebas presentadas impidió a la derecha laborista y a buena parte de los medios de comunicación convencionales etiquetar a Corbyn de antisemita en los meses que siguieron[123].

Debe decirse que Corbyn seguía disfrutando de respaldo entre las bases. Un ejemplo revelador de la reacción de las bases a todas las alegaciones vertidas contra él puede deducirse del caso de Pete Willsman. En una reunión del Comité Ejecutivo Nacional, defendió su apoyo a Corbyn y sugirió que algunos miembros de la comunidad judía que alegaban la existencia de antisemitismo grave y generalizado en el partido eran «fanáticos de Trump» que hacían afirmaciones «sin ninguna prueba». En 2018, hasta el mero hecho de cuestionar la escala del antisemitismo era considerado antisemita. En consecuencia, se disculpó «por cualquier ofensa causada a los presentes y aquellos a quienes se les hayan comunicado mis comentarios», además de someterse a una formación en igualdades. Willsman fue tratado como una carga: Tom Watson, líder adjunto del partido lo acusó de «matón y bocazas». Momentum, a esas alturas la principal organización de la izquierda del partido, condenó sus comentarios tachándolos de «profundamente insensibles e inadecuados» y

retiró el apoyo a su candidatura en las elecciones al Comité Ejecutivo Nacional del Partido Laborista, que estaban a punto de celebrarse. En contra de lo que el lobby esperaba, Willsman obtuvo un puesto. Amigos Laboristas de Israel, sin embargo, le exigió que no lo aceptase, pidiendo a Jeremy Corbyn y a Momentum que lo desautorizasen. Momentum no respaldó el voto a Willsman en las elecciones, causando una división en la izquierda del partido. El único comentario oficial del grupo en las elecciones al Comité Ejecutivo Nacional lo hizo la coordinadora nacional, Laura Parker: «Estos resultados son una victoria fantástica para los miembros de base y otro paso adelante en la construcción de un Partido Laborista democrático y revitalizado, capaz de ganar las próximas elecciones». En cualquier caso, Willsman llevaba tiempo distanciado de Momentum, por considerar que no estaba dirigido adecuadamente[124]. Pero había recibido un claro aviso, y en 2019, tras una nueva controversia, el partido lo suspendió.

DE CORBYN A STARMER: EL LOBBY LO CELEBRA

El lobby celebró la derrota de Jeremy Corbyn en las elecciones de 2019, y su posterior dimisión. «Han matado a la bestia», comentó Joe Glasman, jefe de Investigaciones Políticas y de Gobierno en la organización Campaña Contra el Antisemitismo[125]. Lo afirmó en un despiadado vídeo de Janucá en el que comparaba a Jeremy Corbyn con Antíoco IV, el rey helenista contra el que se rebelaron los macabeos. «Macabeos, lo hemos conseguido», se jactaba ante sus seguidores, «mediante palabras, y hechos, mediante protestas y tuits, mediante nuestros espías e inteligencia […]»[126].

En cuanto al nuevo líder del Partido Laborista, sir Keir Starmer, el lobby no podía ocultar su satisfacción. «Después de Corbyn, el Partido Laborista de Reino Unido elige como líder a Keir Starmer, sionista con una esposa judía», proclamaba *The Israel Times*. Y el artículo comenzaba como sigue: «El nuevo jefe de la oposición se disculpa de inmediato ante los judíos por el antisemitismo que pueda darse en sus filas, y promete “eliminar este veneno”»[127].

Antes de ser elegido líder laborista, y en el momento en el que Starmer se vendió como izquierdista dentro del partido para conseguir el apoyo de

los votantes de Corbyn, los periódicos proisraelíes tuvieron algunos problemas para saber mejor que opinaba Starmer acerca del sionismo. Pero Starmer lo tenía claro respecto a Israel, y debía tenerlo. Su esposa, Victoria Alexander, era de procedencia judía, informó; y en consecuencia él tenía familia política residente en Tel Aviv[128].

«La familia de mi esposa es judía. Su padre es judío, de origen polaco. La familia extensa vive en Israel», le dijo a *The Jewish News* en febrero. Nunca había estado en Israel, pero «mantenemos un contacto regular con ellos y tenemos varias visitas planeadas, básicamente para llevar allí a nuestros hijos por primera vez»[129].

Espero que a nadie se le escape la absurdez de estas declaraciones: que se dé por sentada una posición en política exterior a partir de la procedencia religiosa o étnica de los políticos británicos importantes. Imaginemos que los políticos británicos empezasen a encuadrar su actitud hacia otros conflictos, pongamos en Europa Oriental o en el África subsahariana, haciendo referencia a sus identidades personales.

Durante un acto de campaña organizado por LFI, otros candidatos al liderazgo del partido afirmaron ser «sionistas», mientras que Starmer se mostró indeciso. «Apoyo al sionismo», dijo más tarde a *The Jewish News:*

> Apoyo con resolución el derecho de Israel a existir como patria. Mi única preocupación es que el sionismo pueda significar cosas ligeramente distintas para diferentes personas, y […] en cierta medida se haya usado como arma. Yo no leería demasiado entre líneas a ese respecto. He dicho alto y claro –y me reafirmo– que apoyo el sionismo sin reservas»[130].

También declaró a *The Jewish Chronicle* que «si la definición de "sionista" es alguien que cree en el Estado de Israel, en ese sentido, soy sionista»[131].

Tras su victoria, medios periodísticos como *The Israel Times* también examinaron al equipo de Starmer y expresaron gran satisfacción, aunque había unas cuantas elecciones más cuestionables, como la de Lisa Nandy, entonces presidenta de Amigos Laboristas de Palestina y de Oriente Próximo, y la del portavoz laborista en materia de asuntos exteriores.

Angela Rayner era otro activo problemático, ya que había criticado las matanzas de palestinos en la Gran Marcha del Retorno de 2018. También elogió *La industria del Holocausto,* de Norman Finkelstein, un libro que

calificó de «obra trascendental», de lo que no cabe duda. Sin embargo, ante la presión, Rayner retiró la recomendación[132].

Pero las organizaciones proisraelíes tenían mucho de lo que congratularse. Una causa especial de celebración fue el jefe de gabinete de Starmer, Morgan McSweeney, descrito por Luke Akehurst, el director de Creemos en Israel [We Believe in Israel], como una persona que «constituirá una figura fundamental para afrontar la crisis del antisemitismo en el Partido Laborista». Akehurst describe a McSweeney como un «sólido defensor de Israel». El lobby proisraelí siempre ha sostenido este punto de vista: una buena persona es aquella que entiende que apoyar a Israel es la mejor manera de enfrentarse al antisemitismo[133]. En cuanto a Creemos en Israel, era otro grupo del lobby, que seguía el ejemplo de las organizaciones ya existentes, y que no ofrecía nada nuevo para ayudar al esfuerzo de *hasbará* israelí.

Otros de los nombrados eran sospechosos de ser sionistas encubiertos, como la nueva portavoz de la oposición en materia de comercio internacional, Emily Thornberry:

> No obstante, se cree que en privado Thornberry es una defensora acérrima de Israel, también se ha declarado «sionista», y es una ardiente opositora al movimiento BDS, a cuyos miembros tacha de «fanáticos»[134].

En cuanto al Partido Conservador, el lobby comprendía que la victoria aplastante de 2019 había llevado al Parlamento a un nuevo grupo de conservadores. CFI no tardó en atraerlos a sus filas. Les ofrecía visitas a Israel, donde podrían reunirse con altos cargos. Desde 2019 estas visitas tienen un nuevo aspecto: incluyen áreas controladas por la Autoridad Palestina además de Israel. En 2019, todos los elegidos por primera vez efectuaron dicho viaje. Pero un año después, el lobby se hizo eco de la condena de la derecha israelí a la Autoridad Palestina, a la que calificó de enemiga de Israel. He aquí cómo resumía CFI sus actividades en Facebook, dos años después del establecimiento del Gobierno conservador:

> En 2021, CFI y los parlamentarios conservadores de ambas cámaras han seguido reflejando la agenda que Israel prefiere que se sitúe en el centro del interés público, alejada de los problemas de los palestinos. Esta agenda incluía mensajes como defender el derecho de Israel a la autodefensa, condenar el programa nuclear de Irán

y acusar a la Autoridad Palestina de publicar libros de texto que incitan al odio contra Israel, al tiempo que se pide financiación para la coexistencia pacífica y profundizar el comercio entre Reino Unido e Israel. 103 parlamentarios conservadores de ambas cámaras han efectuado aportaciones en el Parlamento en apoyo a las cuestiones defendidas por CFI, entre ellos, 45 de los llegados en 2019[135].

LAS DIEZ PROMESAS

En su campaña, en último término muy lograda, contra Corbyn y el corbynismo, el lobby había obtenido una victoria mayor: forjar en la conciencia ciudadana una conexión, indestructible en apariencia, entre el sentimiento antiisraelí y el antisemitismo. La joya de la corona de esta victoria fue un documento de diez promesas que la Junta de Diputados insistía en que adoptase cualquier futuro candidato al liderazgo laborista (no hace falta decir que los conservadores estaban exentos). Lo publicaron la víspera de las elecciones que le otorgaron el puesto a Starmer. He aquí las diez promesas que de acuerdo con la Junta deberían adoptar los candidatos, tal y como se publicaron en *The Jewish Chronicle*. Entre ellas se encontraba la promesa de resolver los casos destacados de supuesto antisemitismo, devolver el procedimiento disciplinario a un agente independiente y garantizar transparencia en el procedimiento de presentación de quejas.

El periódico resumía como sigue las promesas restantes:

– Impedir la readmisión de infractores destacados.
– No proporcionar plataforma de elección a quienes han sido suspendidos o expulsados por antisemitismo.
– Adoptar en su totalidad la definición de antisemitismo de la IHRA, «con todos sus ejemplos y cláusulas, y sin ninguna limitación»
– Impartir los programas de educación antirracista aprobados por el Movimiento Laborista Judío, que debería liderar la formación.
– Relacionarse con la comunidad judía a través de sus «principales grupos representativos y no a través de organizaciones marginales» como Voz Judía para el Laborismo [Jewish Voice for Labour].
– Sustituir «declaraciones genéricas y blandas» sobre el racismo antijudío por la «condena de conductas perjudiciales específicas».
– Que el líder laborista asuma la responsabilidad personal de poner fin a

la “crisis de antisemitismo»[136].

La definición del IHRA con todos sus ejemplos fue redactada por personas con intereses creados en el «nuevo antisemitismo» que consistía en «deslegitimar a Israel». Una institución pensada originalmente para combatir la negación del Holocausto en Europa equiparaba ahora la crítica a Israel con la negación del Holocausto.

Pero lo más importante es que las promesas establecían una distinción clara entre los grupos judíos que formaban parte del lobby proisraelí, incluido el Movimiento Laborista Judío, al que se le confiaba la educación del partido en materia de antisemitismo, y los judíos antisionistas como Voz Judía por el Laborismo, del que afirmaban que no representa a las comunidades judías. Por supuesto, los primeros grupos tienen un tamaño mayor. Pero eso no significa que la colaboración con grupos minoritarios de la comunidad judía sea de algún problemática. Esta intervención descarada de la Junta en los asuntos de un partido político británico tiene el peligroso potencial de aumentar el antisemitismo en el futuro, no de luchar contra él.

Prácticamente todos los candidatos al liderazgo del partido asumieron las promesas en pocas horas, como dijo un crítico, «tragándoselas con anzuelo, sedal y plomada»[137]. El Partido Laborista ya no solo cooperaba con el lobby; era su cautivo.

El laborismo no fue el único objetivo o reto del lobby proisraelí en Gran Bretaña en aquel momento. El lobby tuvo que digerir el continuo giro de la opinión pública británica en la cuestión de Palestina. No era solo una cuestión de apoyo generalizado a los derechos de los palestinos en la sociedad civil británica; el lobby se enfrentaba ahora a sectores de la sociedad dispuestos a adoptar una actitud proactiva e iniciar acciones contra Israel tales como boicotear sus productos y a sus representantes oficiales.

LA LUCHA CONTRA BDS

> La comunidad judía británica está consternada por la decisión del Sínodo General de la Iglesia de Inglatera de aprobar una moción de apoyo al Programa Ecuménico de Acompañamiento en Palestina e Israel (PEAPI)[138].

La Junta de Diputados efectuó este pronunciamiento en 2012, con una redacción calmada que restaba importancia a la verdadera medida de su decepción. Fue a comienzos de la década de 2010 cuando el lobby proisraelí observó que el movimiento BDS no era una mera expresión extravagante y marginal de la protesta propalestina, sino un potente movimiento social que movilizaba la opinión pública y ofrecía a los ciudadanos comprometidos una forma de mostrar solidaridad con los palestinos.

La decisión tomada por el Sínodo General, el mayor órgano legislativo de la Iglesia de Inglaterra, de apoyar el «trabajo vital» del Programa Ecuménico de Acompañamiento en Palestina e Israel (PEAPI) mostró al lobby la amenaza real que suponía BDS para su propio trabajo. El plan lleva a miembros de iglesias internacionales a Cisjordania para «experimentar la vida bajo la ocupación» durante tres o cuatro meses, y espera que a cambio a su regreso hagan campaña a favor de:

> Una resolución justa y pacífica del conflicto entre Israel y Palestina mediante el fin de la ocupación, el respeto a las leyes internacionales y la aplicación de las resoluciones de Naciones Unidas[139].

Los miembros del grupo pasan un tiempo limitado –hasta una semana– dentro de la Línea Verde, la línea de armisticio acordada tras la Guerra árabe-israelí de 1948.

La campaña inicial, cuyo objetivo era impedir que el Sínodo aprobase esta decisión, no surtió efecto. El celo del lobby redundó en su contra. Como explica la página digital de BDS:

> «Algunos han dicho que la presión ejercida desde el bando judío nos ha hecho votar lo contrario», dijo el reverendo Nigel McCulloch, presidente del Consejo de Cristianos y Judíos (CCJ), el grupo interconfesional judeocristiano más antiguo de Reino Unido. «Se produjo una presión excesiva por parte de algunos miembros de la comunidad judía»[140].

La Junta acusó al CCJ de crear «una cohorte de activistas contra Israel muy partidistas pero muy motivados que desconocen casi por completo el sufrimiento de los israelíes normales». Animaba a los miembros de la comunidad judía a expresar su preocupación antes de la votación, mediante una campaña de cartas a miembros destacados de la Iglesia de

Inglaterra y a *The Church Times,* mientras que otros grupos judíos, además del rabino mayor, lord Sacks, y Amigos Anglicanos de Israel [Anglican Friends of Israel] pidieron que se rechazase la moción.

La votación se efectuó pese a que el arzobispo de Canterbury en ese momento, Rowan Williams, declaró durante el debate que no quería que la Iglesia se asociara con la deslegitimación de Israel, y apoyó una enmienda para eliminar la referencia al PEAPI (que, sin embargo, se mantuvo).

El Sínodo aprobó la moción, y pidió a la Iglesia de Inglaterra que animase a sus feligreses a ofrecerse voluntarios para el programa, y recomendase a parroquias y sínodos aprovechar la experiencia de los participantes a su regreso.

La Junta, comprendiendo que la campaña de todo el lobby había fracasado, acusó al Sínodo de mostrar una absoluta falta de consideración con la importancia de las relaciones entre anglicanos y judíos. Le ofendió en especial que la Iglesia colaborase con grupos «marginales» de Israel, en referencia a las organizaciones de derechos humanos que desenmascaraban la realidad de la ocupación.

En sus discursos, distintos miembros del Sínodo habían hecho referencia al poder del lobby y cómo manipulaba la memoria del Holocausto en sus acciones. La Junta declaró que estos argumentos eran «profundamente ofensivos y plantean serias dudas acerca de la motivación de quienes apoyan esta moción»[141].

El movimiento BDS se había convertido oficialmente en el enemigo número uno del lobby en Gran Bretaña. Ahora llegamos a una verdadera ironía histórica: el lugar de nacimiento del moderno lobby sionista se convirtió, un siglo después, en cuna de un movimiento mundial de solidaridad con Palestina. Gran Bretaña fue uno de los primeros países del mundo en el que se afianzó el movimiento BDS. Su sociedad civil respondió con entusiasmo al llamamiento de BDS efectuado por 170 ONG palestinas el 9 de julio de 2005. Los signatarios de este llamamiento representaban los tres principales componentes del pueblo palestino: los refugiados en el exilio, los palestinos sometidos a ocupación en Cisjordania y en la Franja de Gaza y los ciudadanos palestinos de segunda clase en el Estado de Israel.

Dos años después, en noviembre de 2007, se celebró en Ramala el Primer Congreso Palestino de BDS. El Comité Nacional de BDS (BNC)

emergió de este congreso convertido en organización palestina encargada de coordinar la campaña de BDS en todo el mundo. El BNC tiene miembros de diferentes organizaciones y sindicatos palestinos, y sigue activo en la actualidad.

Gran Bretaña se convirtió de inmediato en una de las principales áreas de actividad de BDS, cuya campaña ha logrado en gran medida aumentar la solidaridad y el respaldo a la lucha palestina. No ha logrado llegar a los pasillos del poder o influir en la política y los medios de comunicación convencionales; pero sí ha construido una infraestructura sólida en la sociedad civil y consolidado el trabajo del activismo palestino anterior. Como tal, BDS UK ofrece una base para iniciar acciones más eficaces en el futuro. Sus logros principales nos permiten hacernos una idea de la importancia que podría adquirir en años futuros.

A escala mundial, BDS constituye el movimiento de defensa de los derechos de los palestinos más importante dentro y fuera de Palestina. Mientras que la actividad lobista sionista, desde la propia creación del movimiento hasta hoy, se ha dirigido a los pasillos del poder –gobiernos, medios de comunicación convencionales y mundo académico– el movimiento de solidaridad con Palestina no ha logrado presionar a los diversos gobiernos para que exijan responsabilidades a Israel por incumplir los derechos humanos y los derechos civiles de los palestinos a lo largo de los años. En Reino Unido, como en otras partes de Occidente, los gobiernos se muestran en gran medida indiferentes a la situación que soportan los palestinos desde 1948. La comprensión de que los gobiernos occidentales son pasivos o se dejan intimidar por Israel alentó el activismo en la sociedad civil antes incluso de que BDS se formalizase como campaña. Después de que se anunciase, las acciones desde abajo se intensificaron, porque los ciudadanos comprendían la necesidad de pasar a la acción cuando sus gobiernos no representaban sus puntos de vista en la escena internacional.

Los ciudadanos británicos concienciados esperaban que sus diversos gobiernos aceptasen la responsabilidad histórica de Gran Bretaña por los problemas de los palestinos. Después de todo, fue el Imperio británico el que permitió que el movimiento sionista se afianzase en Palestina, colonizase el país y acabase por tomarlo mediante limpieza étnica de los pobladores indígenas de Palestina. Sin dicha protección, el proyecto

sionista de colonización de asentamiento, que dependía del desplazamiento masivo de palestinos, no habría logrado materializarse o mantenerse. A lo largo de su dominio de treinta años (1918-1948), Gran Bretaña también permitió que el movimiento sionista construyese un Estado dentro del Estado y se preparase militarmente para la limpieza étnica de Palestina que efectuó en 1948. Y cuando las fuerzas militares sionistas, que más tarde se convertirían en las FDI, empezaron sus operaciones de limpieza étnica, en abril de 1948, dirigidas en especial contra los centros urbanos de Palestina, las autoridades británicas se hicieron a un lado y en algunos casos (por ejemplo, en Jafa y Haifa) ayudaron a facilitar la expulsión colectiva de más de cien mil palestinos[142].

Los sucesivos gobiernos británicos se negaron a reconocer la responsabilidad de Gran Bretaña en la catástrofe palestina. Esta falta de reconocimiento de la responsabilidad histórica se manifestó más claramente el 2 de noviembre de 2017, cuando Gran Bretaña, en colaboración con el Gobierno israelí, celebró el centenario de la Declaración Balfour. Por el momento, el Gobierno británico nunca ha pedido disculpas por el papel que desempeñó en la creación de más de más de cinco millones de refugiados palestinos. Los activistas palestinos intentaron hacer comprender cuáles habían sido las verdaderas consecuencias de la Declaración Balfour, pero prácticamente sin respuesta en los pasillos del poder[143].

Esta historia explica la intensidad particular que ha alcanzado la actividad de BDS en Reino Unido. La respuesta británica generalizada al llamamiento de BDS ayudó a resolver algunas de las cuestiones que en el pasado dificultaban el movimiento mundial de solidaridad con los palestinos. Con anterioridad, la desunión en el movimiento nacional palestino, dividido entre Hamás y Fatah, y la falta de una ideología y una estrategia cohesivas dificultaban los esfuerzos mundiales por mostrar solidaridad. BDS ofrecía un curso de acción en torno al cual podía organizarse cualquier activista palestino.

BDS permitía a sus partidarios movilizarse de manera colectiva, sin verse enredados en las disputas internas palestinas. La naturaleza democrática del movimiento y su flexibilidad a la hora de permitir que los activistas locales decidan cómo aplicar mejor la campaña de BDS

contribuyeron inmensamente a su popularidad y eficacia en Reino Unido[144].

El mayor éxito del movimiento BDS en Reino Unido ha sido su forma de ganar terreno en la sociedad civil. Entre los segmentos de la sociedad civil británica que han prestado atención al llamamiento efectuado desde Palestina se encuentran sindicatos que representan a miles de trabajadores, sindicatos estudiantiles, grupos religiosos y ayuntamientos. BDS exige derechos consagrados en la legislación internacional. Sobre esta base, atacar a empresas que colaboran con Israel o a universidades que mantienen relaciones institucionales con académicos israelíes es una protesta legítima contra la complicidad de estos establecimientos con los repetidos incumplimientos de la legislación internacional por parte de Israel en las políticas que aplica contra los palestinos.

El movimiento BDS en Reino Unido no solo ha influido en el debate público acerca de Israel/Palestina, sino que también ha afectado a la política de empresas que mantenían vínculos comerciales con Israel. Esto se debe a que ha elegido los objetivos adecuados, centrándose en particular en empresas que operaban en los territorios ocupados.

El precursor de BDS, y la primera respuesta exitosa a la solicitud de apoyo por parte de la sociedad civil palestina, procedió de un sindicato denominado Asociación de Docentes Universitarios [AUT - Association of University Teachers], que aprobó por abrumadora mayoría una moción a favor de establecer un boicot académico a Israel en 2005. Un año después, NATFHE, entonces el mayor sindicato de docentes de educación permanente de adultos y educación superior, votó a favor de una moción que recomendaba a sus miembros boicotear a académicos e instituciones que no declarasen públicamente su oposición a la ocupación y a las políticas racistas de Israel[145]. Fue un paso importante, porque la AUT retiró el respaldo anterior ante la presión ejercida por Israel y por el lobby prosionista de Reino Unido. La misma campaña se dirigió contra el NATFHE, pero el secretario general de este explicó por qué su sindicato no cedía ante dicha presión:

> Muchos mensajes electrónicos contienen amenazas por negar la libertad de cátedra a los profesores israelíes, pero no mencionan que la libertad de cátedra en Palestina es una broma de mal gusto. Incluso allí donde se permite a profesores y estudiantes la

> libertad de movimiento para asistir a la universidad, apenas existe base material para el funcionamiento de la vida académica […] De hecho no es posible ser «ecuánime» ante tamaña injusticia. El pueblo palestino y la sociedad civil palestina, incluidas las universidades, necesitan el respaldo y la solidaridad como nunca antes, y no permitiré que me impongan silencio[146].

La valentía inicial de estos precursores abrió el camino a que la Unión Nacional de Docentes (NUT - National Union of Teachers), el mayor sindicato de profesorado de Europa, aprobase una resolución respaldando al movimiento BDS en 2014, tras el ataque israelí contra Gaza[147].

Fue uno de los primeros grandes hitos tras el llamamiento palestino a la acción en Gran Bretaña. Lo que hizo fue introducir nuevos conceptos en el debate público acerca de Palestina. A ello colaboraron también los primeros actos organizados por estudiantes de Reino Unido en solidaridad con BDS. Los estudiantes llamaban a sus acciones la «semana del apartheid israelí», y los primeros sindicatos que respaldaron campañas de BDS usaron un lenguaje similar, en referencia a la naturaleza de colonia de asentamiento de Israel, usando conceptos como apartheid, colonialismo y más adelante incluso colonización. Los medios de comunicación convencionales seguían hablando de «conflicto», dando a entender la existencia de dos bandos iguales, y «paz», como si todo lo que hiciera falta fuesen dos «campos de la paz» en ambos bandos presionando para alcanzar una solución justa basada en la partición del país en dos Estados (uno que abarcase más del 80% de la Palestina histórica, con plena soberanía, y el otro dividido en dos bantustanes y con soberanía limitada) [148]. El nuevo lenguaje describía de manera más precisa la situación sobre el terreno: un proyecto continuado de colonialismo de asentamiento que había comenzado a finales del siglo XIX y continúa en la actualidad. La reconciliación no se alcanza mediante una cháchara vacía acerca de la paz, sino exigiendo la descolonización.

En 2014, la NUT no era ya la única que expresaba apoyo a BDS. Más sindicatos se habían unido en el primer año de esa década. La campaña BDS en Reino Unido realmente despegó cuando muchos sindicatos británicos le prestaron su apoyo. Diversos sindicatos votaron por unanimidad apoyar al BDS, como la Asociación de Personal Asalariado del Transporte (TSSA - Transport Salaried Staffs' Association), UNISON,

GMB, PCS y FBU (Unión de Brigadas Antiincendios - Fire Brigades' Union). Lo que también merece la pena mencionar en este contexto es el Real Instituto de Arquitectos Británicos, que al principio respaldó al movimiento BDS pero unas semanas después retiró ese apoyo debido a la presión del lobby proisraelí, mientras que un grupo de médicos británicos llamó a boicotear a la Asociación Médica Israelí.

Estas demostraciones de solidaridad excepcionales reflejaban el apoyo consciente de los sindicatos británicos a la causa palestina, pero también pretendían ser una condena moral a las acciones de Israel sobre el terreno. Esta oleada concreta de respaldo se produjo tras el ataque israelí a una flotilla pacífica que intentaba romper el sitio inhumano impuesto por Israel a la Franja de Gaza en 2010 (el incidente del *Mavi Marmara*). A menudo los movimientos sociales se revitalizan como respuesta a acontecimientos impactantes, y la muerte de diez activistas a manos de comandos israelíes provocó un horror generalizado.

Junto a la defensa dentro de los sindicatos, a partir de 2011 el movimiento BDS se centró en varias empresas. Se trataba principalmente de multinacionales que operaban en los territorios ocupados, incluida Jerusalén Este.

La primera acción efectiva fue dirigida contra Adidas por patrocinar la maratón de Jerusalén, que cruzaba la Jerusalén Este ocupada. Se organizó una protesta ante la supertienda de Convent Garden en Londres, donde los manifestantes entregaron una carta dirigida a la gerencia europea de la empresa[149]. Los manifestantes atrajeron la atención del personal de la tienda, clientes y ciudadanos en general, y distribuyeron folletos a los clientes tanto dentro como fuera de la tienda de Oxford Street, explicando que la maratón de Jerusalén era otro intento israelí de blanquear su atroz historial de derechos humanos, e instando a Adidas a no patrocinar la maratón de Jerusalén de 2012, prevista para el 16 de marzo. La tienda fue evacuada y se vio obligada a cerrar un tiempo. Adidas, sin embargo, no se retiró de la maratón.

La segunda fue Ahava, una empresa que fabrica cosméticos con barro y minerales del mar Muerto, algunos de ellos producidos con recursos naturales robados a los palestinos en territorio ocupado de Cisjordania y elaborados en el asentamiento ilegal de Mitzpe Shalem. En 2010, se organizaron manifestaciones quincenales delante de su tienda insignia en

Londres, tras un llamamiento específico a la acción emitido por el Comité Popular de Bil'in. Este fue uno de los primeros pueblos afectados por la construcción del muro de segregación, y se convirtió en punto focal de las manifestaciones contra dicho muro, lideradas por el Comité Popular. La tienda de Ahava en Londres se vio obligada a trasladarse tras la campaña sostenida de los activistas de BDS. La campaña logró también que los grandes almacenes John Lewis dejasen de vender sus productos[150].

BDS pudo jactarse también de otros grandes éxitos. La campaña específica contra la multinacional francesa Veolia hizo que esta vendiese sus participaciones en proyectos israelíes. Ese mismo año, 2012, el Consejo del distrito londinense de Tower Hamlets excluyó a Veolia de los contratos de suministro local, ante la sospecha de que esta desarrollaba actividades en los territorios ocupados[151].

El Consejo Municipal de Swansea también aprobó una moción para excluir a Veolia de los contratos públicos, y otros consejos municipales de Edimburgo, Portsmouth, Richmond y West Midlands siguieron el ejemplo; todos ellos excluyeron a Veolia de los procesos de licitación pública tras la presión ejercida por los defensores de los derechos palestinos.

En 2013, la Universidad de Sheffield decidió no renovar su contrato de recogida de basuras con Veolia tras una campaña iniciada por la Sociedad Palestina del campus y respaldada por el sindicato estudiantil[152]. La campaña pidió a la universidad que cortase lazos con la empresa por los contratos de recogida de basuras y de transporte a asentamientos ilegales en la Cisjordania ocupada que esta había firmado con el Estado israelí. Al final, Veolia cesó su actividad en los asentamientos israelíes ilegales, después de perder contratos por valor de más de 10.000 millones de libras en municipios de Reino Unido y de otros países[153].

Otros de los objetivos fue G4S, el gigante británico de la seguridad privada, que proporcionaba equipamiento y servicios a los sistemas carcelarios, la policía y los puntos de control militares de Israel. G4S ha estado sometida a una presión considerable de los activistas de BDS desde 2011. El primer éxito tangible fue convencer a la Fundación Bill y Melinda Gates de que vendiese las acciones que tenía en la empresa[154]. Pero la campaña continuó también en otras áreas, y obtuvo resultados impresionantes.

La campaña contra G4S no solo la llevó a cabo el movimiento BDS.

Participaron casi todos los grupos de solidaridad con Palestina. Liderada por la Campaña de Solidaridad con Palestina [Palestine Solidarity Campaign] y apoyada por el Congreso de Sindicatos Escoceses [Scottish Trade Unions Congress], fue una acción destacada.

Dos valientes activistas ocuparon el tejado de la sede central de G4S en Londres, y cuando los llevaron ante la justicia se declararon «no culpables», sobre la base de que estaban acusados de obstruir una actividad que era de hecho ilegal. Se referían al contrato de G4S con el Servicio de Prisiones Israelí, sus servicios a los asentamientos y los puestos de control del Ejército israelí, y el uso de técnicas de represión ilegales en los centros de detención de inmigrantes. Fueron absueltos porque no habían causado suficiente trastorno como para acusarlos de allanamiento agravado[155].

Un subproducto de la campaña fue la presión ejercida sobre una compañía de gas, Good Energy, que había contratado una filial de G4S para efectuar lecturas de contador a domicilio desde 2008. La campaña la convenció de que anunciase el fin de su relación contractual con G4S, debido a la colaboración de esta con la ocupación. Good Energy atribuyó su decisión a la participación de G4S en la muerte de Jimmy Mubenga, un angolano que falleció en un vuelo de deportación mientras estaba siendo «contenido» por guardias de seguridad de G4S, un suceso que provocó la indignación ciudadana[156]. Desde el punto de vista de los activistas sociales, la función de G4S en la opresión ejercida por Israel sobre Palestina y su participación en el maltrato a refugiados en Gran Bretaña eran dos lados de la misma moneda.

Como en Estados Unidos, Eden Springs y SodaStream también se convirtieron en objetivos. Eden Springs envasa agua mineral de los Altos del Golán ocupados y SodaStream tenía una fábrica en una zona industrial de la Cisjordania ocupada. La presión ejercida por los estudiantes de la London School of Economics hizo que la universidad revocase el contrato que tenía con Eden Springs, y miembros de ocho organizaciones sindicales se unieron a un prolongado piquete semanal contra la única tienda de SodaStream en Reino Unido, EcoStream de Brighton, en 2014[157]. Aunque todavía se ven camiones cisterna de Eden en algunos lugares de Reino Unido, SodaStream acabó sacando su fábrica de Cisjordania.

A esta campaña se unen algunas causas más antiguas, como la lucha

continua contra el Fondo Nacional Judío (JNF - Jewish National Fund) y sus actividades en Reino Unido. Como hemos visto, el JNF se fundó en 1901 y fue la herramienta principal para la colonización sionista de Palestina. Era una agencia con la que el movimiento sionista compraba tierras y se beneficiaba de las transacciones de compra de tierras. Lo inauguró el quinto Congreso Sionista, y durante los años del Mandato (1918-1948) siguió siendo la punta de lanza de la sionización en Palestina.

Desde el comienzo de sus actividades, estaba destinado a cumplir una función que se le había asignado oficialmente: convertirse en custodio de las tierras de Palestina en nombre del pueblo judío. No dejó de cumplir su función tras la creación del Estado de Israel, pero con el tiempo se añadieron otras misiones a esta misión original.

Es crucial revisar la historia del JNF si queremos entender su función actual. Y esto es de especial importancia debido a la imagen que el JNF tiene hoy en día de organización «verde» y ecológica que protege el paisaje natural de Israel frente a la ruina causada por los sospechosos habituales: contratistas rapaces, avaricia gubernamental e indiferencia ciudadana. En 1948, supervisó un proceso que transformó cientos de pueblos palestinos destruidos en asentamientos judíos y parques de recreo. Hoy sus «enemigos» son agricultores palestinos y beduinos que intentan conservar el pequeño trozo de tierra que todavía tienen. Las tierras que les quedan se necesitan supuestamente como «reservas naturales», pero en la práctica se les darán a colonos judíos. Entre 1901 y 2023, el JNF no ha cambiado sus tácticas, y tampoco se ha desviado de su función de principal judaizante de Israel/Palestina. Con ayuda de una organización pantalla denominada Himnuta, sus objetivos ahora son también los palestinos residentes en Jerusalén Este, como parte de la creciente judaización del área metropolitana de Jerusalén. A través del *greenwashing,* el JNF ha conseguido presentarse como una organización ecológica, y no como un brazo de la colonización.

BDS y otras organizaciones apelaron al organismo regulador de entidades benéficas, Charity Commission, para que investigase si JNF discrimina racialmente en Israel y Palestina, cuestionando así su legalidad en Gran Bretaña[158]. La campaña Stop the JNF presentó una solicitud ante la Charity Commission para que elimine a JNF del registro de entidades benéficas. La solicitud presentaba pruebas de que JNF es racista

y cómplice de la limpieza étnica contra los palestinos. Se supone que todas las organizaciones benéficas de Reino Unidos deben ser para beneficio de la ciudadanía. La solicitud de Stop the JNF demostraba que el propósito del JNF es contrario a la exigencia de beneficio público y no puede disfrutar de la categoría de organización benéfica. Más de quinientas personas escribieron también quejas individuales a la Charity Commission. La cuestión sigue pendiente, y todavía no se ha alcanzado ninguna conclusión.

Los activistas de BDS se unieron a otros grupos para efectuar un seguimiento de la actividad del JNF en Reino Unido. Los grupos de BDS en Escocia han sido, y todavía lo son, especialmente activos en este frente. Un acto que estaba previsto que debía celebrarse en el St. Andrews Hotel de Edimburgo, destinado a recaudar fondos para Amigos del IDF y el JNF, se canceló por consejo de la policía ante las protestas planeadas. Por el momento, el JNF no se ha visto gravemente afectado por la campaña de BDS. Por otra parte, el llamamiento de BDS a las instituciones académicas para que se unan a la campaña ha tenido más éxito[159].

EL BOICOT ACADÉMICO

La campaña de BDS incluía un llamamiento al boicot académico, centrado en las instituciones y no en los individuos. Ni siquiera este foco institucional impidió que resultase más controvertida que el boicot a las multinacionales. Se trataba de una campaña muy elástica, modelada de acuerdo con las interpretaciones locales acerca de cuál sería el mejor modo de ponerla en práctica. Aunque en general no ha conseguido cambiar las políticas de las administraciones universitarias, tanto sindicatos estudiantiles como personal académico simpatizante han demostrado su apoyo. Algunos han decidido no participar en actos académicos en Israel, otros han rechazado colaboraciones académicas con universidades israelíes y algunos sindicatos de profesores han presionado a sus universidades para que congelen o cancelen los acuerdos bilaterales con universidades israelíes.

La gerencia universitaria consideraba el boicot académico como una conculcación de la libertad de expresión, mientras que las comunidades académicas lo veían como un diálogo duro, pero necesario, con el mundo

académico israelí, al que acusaban de complicidad directa e indirecta en el sostenimiento de las violaciones de los derechos humanos de los palestinos por parte de Israel.

La ambivalencia que acompaña al debate sobre el boicot académico resulta perceptible en una entrevista efectuada por activistas de BDS a Jeremy Corbyn, cuando competía por el liderazgo del Partido Laborista. Pese a que respaldaba el boicot a productos salidos de asentamientos en los territorios ocupados, el político declaró que el boicot académico era una cuestión «muy complicada». En su opinión, «era "muy difícil" de aplicar sin, por ejemplo, impedir que disidentes como Ilan Pappé vengan a hablar en Reino Unido»[160]. A este ejemplo, la PACBI, encargada de supervisar el boicot académico en Reino Unido, respondió:

> Las directrices publicadas por la PACBI –campaña palestina de boicot académico y cultural– no excluyen de hablar en modo alguno a alguien como Pappé, que no representa a una institución académica boicoteable[161].

Pero Corbyn añadió que:

> Si es una universidad que investiga en drones, armas de electrochoque, o en vigilancia de la ocupación en Gaza y en otras partes, debería formar parte del boicot[162].

En general, la iniciativa dentro de las universidades la sacaron adelante los estudiantes, y los campus se convirtieron en el espacio principal para las actividades de BDS en 2011. Uno de los primeros sindicatos estudiantiles que pasaron a la acción fue el de la Universidad de Sheffield, que votó a favor de las campañas de BDS por una gran mayoría en un referendo celebrado en octubre de 2011, haciendo referencia específica a la campaña contra Veolia:

> Aprobarla como política oficial del sindicato permitía enviar un mensaje mucho más firme a la universidad: que el cuerpo estudiantil en conjunto no quiere incentivar a empresas que, como Veolia, padecen una falta tan abyecta de brújula moral. Tras el éxito de la política en la votación de octubre, hemos trabajado con varios grupos para presionar a la universidad con el fin de hacer oír la voz de los estudiantes. Los medios utilizados incluyen una carta abierta firmada por la Sociedad Palestina y otros grupos incluidos en la campaña, manifestaciones en la explanada, cartas de grupos de derechos humanos en Palestina, Israel y otros lugares, y presión directa por parte del

personal sabático[163].

Las acciones estudiantiles se extendieron por todo Reino Unido. En marzo de 2011, Estudiantes por la Justicia en Palestina [Students for Justice in Palestine] aprobó por mayoría abrumadora (270 frente a 20) una moción de boicot a Israel en la Universidad de Edimburgo. Más específicamente, la agrupación decidió boicotear los productos israelíes en las tiendas y en las cadenas de suministro para estudiantes en la universidad. A la reunión le faltaron diez personas para alcanzar el quórum, pero la intención estaba clara. En estas mociones, los sindicatos estudiantiles exigían a sus universidades que «hagan todo lo que esté en sus manos para respaldar la campaña de Boicot, Desinversión y Sanciones contra el Estado paria de Israel»[164].

La actividad de BDS en Edimburgo incluía interrumpir a portavoces oficiales de Israel, como el asesor del ministro de Exteriores Avigdor Lieberman y el embajador israelí Ron Prosor.

Grupos como Campaña de Estudiantes Negros de la Unión Nacional de Estudiantes [National Union of Students Black Students Campaign] de Reino Unido respaldaron en el congreso nacional organizado en la Universidad de Warwick en 2014 el llamamiento de BDS[165]. En 2017, al menos diecisiete sindicatos estudiantiles habían aprobado mociones a favor de BDS, y es posible que la cifra siga creciendo.

LA CAMPAÑA CONTRA LA VENTA DE ARMAS

Los activistas de la solidaridad con Palestina querían también poner palos en la rueda de la maquinaria de guerra israelí bloqueando las ventas británicas de armas a Israel. La campaña pareció en un principio bastante fructífera, cuando el Tribunal Supremo cuestionó las ventas británicas de armas a Israel tras el ataque a Gaza perpetrado el verano de 2014[166]. Un importante despacho de abogados de Reino Unido afirmó que el hecho de que el Gobierno no suspendiera las licencias de exportación existentes era ilegal. El bufete Leigh Day, en representación de Campaña Contra el Comercio de Armas [CAAT - Campaign Against Arms Trade], escribió al secretario de Empresa, Vince Cable, afirmando que el hecho de que el Gobierno británico no suspendiera las licencias para la exportación de

componentes militares a Israel era ilegal, porque se corría el riesgo de que las utilizase en Gaza. Decía que tenía instrucciones de solicitar una revisión judicial de la renuencia del Gobierno a suspender las licencias, a no ser que este aceptase paralizar la exportación de las piezas. Exponía el hecho de que la controvertida política de exportación de Reino Unido se situaba en un potencial punto de colisión con la UE. La medida puso bajo los focos un programa de exportación militar británico de miles de millones de libras, en un momento en el que las acciones de Israel en Gaza estaban causando preocupación internacional y crecía la inquietud acerca de la aportación del resto de los países al complejo industrial-militar de Israel. La campaña, sin embargo, no impidió la venta de armas a Israel.

Una de las últimas acciones de Jeremy Corbyn antes de dejar la política tras las elecciones generales de 2019 fue declarar que el Gobierno laborista impondría un doble embargo de armas a Israel[167]. En una entrevista concedida a *Electronic Intifada,* Corbyn reiteró la posición anterior de que se debía boicotear a las universidades israelíes que participasen en investigación armamentística. Sus opiniones tuvieron eco en la acción de los sindicatos. Tanto el Partido Laborista como el TUC votaron a favor de poner fin al comercio de armas con Israel en sus congresos anuales[168].

El Gobierno conservador de Theresa May se opuso firmemente a estas acciones. Anunció que no veía razón para acatar las exigencias de efectuar una revisión de las licencias de armas concedidas a Israel dos años después del ataque perpetrado contra la Franja de Gaza en 2014. Como indicó Corbyn, «sin duda la trayectoria del Gobierno conservador es la de aprobar la continuación de las ventas de armas»[169]. Los activistas intentaron atraer al Foreign Office a la campaña, puesto que incluye a Israel en una lista de «países preocupantes» en relación con los abusos en materia de derechos humanos. Los propios criterios de exportación de Reino Unido, de aplicarse, habrían prohibido las exportaciones de material militar a países que incumplen la legislación humanitaria internacional, o cuando hay un «riesgo claro» de que las armas se usen «para afirmar mediante la fuerza una reivindicación territorial». No se nos ocurre ningún país que encaje en estas condiciones mejor que Israel[170].

La lucha por los contratos de armamento se llevó a las calles, y los activistas bloquearon fábricas que venden armas a Israel, exigiendo su

cierre. Una de ellas, UAV Engines Limited, fabrica motores de drones para Elbit. Las protestas organizadas en el verano de 2014 planteaban como exigencia principal el embargo en la venta de armas a Israel. Lástima que Jeremy Corbyn fuera el único político con la valentía necesaria para sugerir convertirlo en una política real, muchos años después.

La acción se volvió también más localizada. En 2018, el Consejo Municipal de Glasgow, por ejemplo, prometió a los activistas por los derechos de los palestinos que dejaría de patrocinar las ferias de armamento en las que participasen fabricantes de armas israelíes, y que se aseguraría de que las directrices municipales para albergar este tipo de eventos reflejasen que «Glasgow es una ciudad que respeta los derechos humanos»[171].

Desde el comienzo, el lobby proisraelí encuadra estos retos como una verdadera amenaza para la seguridad nacional de Israel. Sabía cómo convencer a su audiencia: el Partido Conservador respaldaba con orgullo el comercio de armas británico y se resistía a todo aquello que pudiera reducir las ventas. En consecuencia, el lobby describió las exigencias de congelación de las ventas de armas a Israel como una amenaza para la industria local. En el discurso conservador, este tipo de defensa era completamente justo: librar una guerra contra quienes no permitirían a la industria militar británica beneficiarse de la guerra. Los comerciantes de armas usaban un lenguaje más escalofriante, reacios a dejar ir a uno de sus clientes más valiosos. Es una industria que tan solo en 2014 vendió armas a Israel por más de 40 millones de libras. Entre 2008 y 2015, se concedieron licencias de ventas de armas a Israel por valor de 292 millones de libras[172].

LA REACCIÓN: UTILIZAR EL PROGRAMA PREVENT Y LA NEGACIÓN DEL HOLOCAUSTO COMO ARMAS

Los gobiernos conservadores de David Cameron y Theresa May hicieron todo lo posible por intimidar a los consejos municipales para que dejaran de apoyar a BDS. En 2016, el Gobierno de May les prohibió cualquier desinversión. Aun así, varios de ellos retiraron sus fondos de pensiones de empresas relacionadas con Israel.

Las acciones del Gobierno no frenaron la campaña de BDS. Los

activistas llevaron su causa al Tribunal Supremo, y lograron una victoria impresionante. El Tribunal rechazó la prohibición impuesta por el Gobierno a los planes de pensiones de consejos municipales que habían decidido desinvertir en empresas israelíes como parte de su apoyo a la campaña BDS. El tribunal sentenció que se trataba de posiciones éticas y legales[173].

Habiendo fracasado en los tecnicismos jurídicos, el lobby intentó retratar a BDS como expresión de antisemitismo. El Gobierno de Boris Johnson siguió su ejemplo: el discurso de la reina de 2019 incluía el compromiso de prohibir el movimiento BDS, por tratarse de una forma de antisemitismo[174].

Una acción paralela fue la inclusión de BDS en el programa Prevent, por tratarse de una amenaza para la seguridad. Este programa exigía a las universidades que vigilasen e informasen sobre estudiantes que, en su opinión, corriesen riesgo de «radicalizarse», y en la práctica lo que hacía principalmente era perpetuar las suposiciones islamófobas acerca de los estudiantes musulmanes. Aunque esto no podía usarse para restringir las actividades de BDS, describiendo a activistas concretos como promotores de actividad extremista, los grupos lobistas presentes en las universidades sí intentaron limitar y cancelar actos. Hasta donde yo sé, más que constituir una herramienta eficaz en sí misma para silenciar la libertad de expresión acerca de Palestina, lo que hizo Prevent fue crear una atmósfera de intimidación.

El programa nunca identificó claramente a qué se refiere el término «extremismo» (mientras que al menos la policía tiene una definición más clara para los delitos de odio). Y por consiguiente, se produjeron situaciones absurdas como que actos de apoyo a Palestina en colegios infantiles fueran denunciados en cumplimiento del plan Prevent. Ondear una bandera palestina se consideraba extremismo, y se amonestaba a estudiantes por extremismo, de acuerdo con lo recogido en Prevent, por colgar la bandera o llevar la kufiya palestina[175].

Un ejemplo revelador tuvo lugar en 2015, año en el que entró en vigor la Ley de Contraterrorismo y Seguridad. La Universidad de Southampton canceló, motivada evidentemente por la presión del lobby, un congreso sobre «El derecho internacional y el Estado de Israel: legitimidad, responsabilidad y excepcionalismo», bajo el pretexto de que planteaba

«cuestiones de salud y seguridad». Los organizadores reaccionaron declarando lo siguiente:

> La universidad afirma que no tiene suficientes recursos para mitigar los riesgos, pese a que existe una declaración clara de la policía que confirma que está capacitada para lidiar con la protesta y garantizar la seguridad del acto[176].

Como informó *Middle East Eye* en 2019, y yo he sido testigo de ello en varios casos en los que me invitaron a dar una conferencia sobre Palestina en las universidades británicas, Prevent se usaba para imponer la presencia de un ponente «independiente» en cualquier acto en el que el conferenciante, yo incluido, fuese sospechoso de adoptar un sesgo contrario a Israel[177].

El lobby sabía que no podía controlar a los activistas comprometidos, ni siquiera con estas medidas agresivas. Pero sí podía construir un consenso público contra BDS, haciéndolo ver como una amenaza para Israel y, en consecuencia, para los judíos. Organizaciones anglojudías establecidas, como la Junta de Diputados, y el principal periódico de la comunidad, *The Jewish Chronicle*, hicieron propaganda contra BDS, tachándolo de campaña antisemita. Intentaron que el apoyo a BDS fuese tratado como un incumplimiento de la directriz incluida en la definición de antisemitismo de la IHRA, que el Partido Laborista había adoptado en 2018[178]. En octubre de 2020, el secretario de Educación, Gavin Williamson, amenazó a las universidades británicas con imponerles sanciones económicas si no adoptaban la definición de la IHRA, pese a que existieran incluso dudas acerca de la legalidad de dicha medida. Hasta la fecha, más de doscientas instituciones la han adoptado. Algunos estudiantes ya han sido objeto de acciones disciplinarias incoadas sobre la base de esta definición[179].

Dudo de que estas medidas u otras similares logren frenar el apoyo al movimiento BDS y otro activismo a favor de Palestina. La actual colonización de Cisjordania por parte de Israel y la creciente limpieza étnica que la acompaña, el sitio continuo e inhumano al que está sometida la Franja de Gaza y las violaciones cotidianas de los derechos de los palestinos residentes en Israel alimentarán la campaña en los próximos años. Estas realidades que se viven sobre el terreno sirven de réplica al esfuerzo incansable de Israel para sanear su imagen en el exterior mediante la presión ejercida en los pasillos del poder y el intento de

silenciar a los activistas de base.

El 3 de julio de 2023, Michael Gove, secretario de Estado de Ordenación, Vivienda y Comunidades, y viejo miembro de CFI, llevó al Parlamento, para su debate en la Cámara de Representantes, un proyecto de ley que declaraba ilegal la actividad de BDS[180]. Atacó de manera injustificable a BDS, tachándola de organización terrorista y antisemita que era necesario ilegalizar en Gran Bretaña. Cualquier institución pública que la apoyase sería sancionada por el Gobierno. Su retórica podría considerarse una copia exacta de la *hasbará* israelí. Condenaba el uso de descriptores de Israel que están ampliamente aceptados entre académicos y organizaciones de derechos humanos. En la parte más absurda de su discurso, afirmó que los consejos municipales no pueden seguir políticas exteriores no aceptadas por el Gobierno. La mordaza más grave contra la libertad de expresión presentada como legislación en el Parlamento británico desde la Segunda Guerra Mundial recibió 278 votos a favor; BDS está a punto de ser ilegalizada.

Por alarmante que esto suene –y habrá repercusiones para académicos, estudiantes y consejeros municipales valientes que se mantengan leales a los derechos humanos y a una justicia de sentido común– el movimiento BDS seguirá existiendo mientras Israel siga negándole la justicia a Palestina. La cuestión fundamental es si este movimiento logrará que se impongan sanciones gubernamentales, como ocurrió con Sudáfrica. El lento avance no debería desanimarnos. Hicieron falta décadas para que los debates que se mantenían en los círculos activistas se tradujeran en sanciones internacionales generalizadas contra el apartheid. El tiempo dirá si el apoyo generalizado a la adopción de una posición proactiva y justa por parte de Gran Bretaña acabará llevando al Gobierno a tomar medidas. Solo hay una cosa clara: la energía que el lobby ponga en legitimar a Israel será recibida con protestas constantes de ciudadanos que conocen la verdad sobre la conducta de Israel en Palestina.

---

[1] Euan Ferguson, «There Was Once a Jolly Man», *The Observer,* 19 de marzo de 2006.

[2] John Lloyd, editorial, *The New Stateman,* 27 de febrero de 1998.

[3] «JC Power 100: Sacks Stays on Top, as New Names Emerge», *The Jewish Chronicle,* 9 de

mayo de 2008.

[4] J. Lloyd, *op. cit.*

[5] Lord Levy, *A Question of Honour,* Nueva York, Simon & Schuster, 2006, p. 123.

[6] Robin Ramsay, «Blair and Israel», *Lobster* 43 (2002), en [www.lobster-magazine.co.uk/issue/43/]. La cifra de 7 millones de libras se cita también en «Blair Stands by Levy after £5,000 Tax Bill is Revealed», *The Telegraph,* 26 de junio de 2000.

[7] «JC Power 100: Sacks Stays on Top, as New Names Emerge», cit.

[8] Lord Levy, *op. cit.*

[9] «Lord Levy: Labour's Fundraiser», *BBC News*, 20 de junio de 2000; R. Ramsay, cit.

[10] J. Lloyd, *op. cit.*

[11] Citado en Jonas E. Alexis, *Christianity and Rabbinic Judaism. Surprising Differences, Conflicting Visions, and Worldview Implications - From the Early Church to Our Modern Time,* Nueva York, Westbow Press, 2012, p. 346.

[12] Citas obtenidas de [www.palestinechronicle.com/the-influence-of-israel-in-westminster/] y «Labour Helped Abrahams Set Up Secret Cash Transfers», *The Guardian,* 6 de diciembre de 2007.

[13] *Ibid.,* p. 126.

[14] Lord Levy, «Honours Even», *The Jewish Chronicle,* 16 de mayo de 2008.

[15] *Ibid.*

[16] J. Lloyd, *op. cit.*

[17] [www.opendemocracy.net/en/opendemocracyuk/pro-israel-lobby-in-britain-full-text/].

[18] Entrevista concedida a Samuel Osborne, *The Observer*, 15 de octubre de 2017.

[19] Citado en Arjan El-Fassed, «Tony Blair: A True Friend of Israel», *Electronic Intifada,* 29 de junio de 2007, en [https://electronicintifada.net/content/tony-blair-true-friend-israel/7038].

[20] Como tan acertadamente se expresa en *ibid.*

[21] *Ibid.*

[22] [www.c-span.org/video/?c4765953/user-clip-bush-blair-crawford-texas].

[23] *Ibid.*

[24] Rashmee Roshan Lall, «Jack Straw Stands Up for Lebanon», *Times of India,* 31 de julio de 2006.

[25] A. El-Fassed, *op. cit.*

[26] «Bolton Admits Lebanon Truce Block», *BBC News,* 22 de marzo de 2007.

[27] [http://kosharovsky.com/interview-with-martin-gilbert/].

[28] Véase [www.martingilbert.com/gordon-brown/].

[29] «Gordon Brown Promises to Back Israel Against Iran», *The Guardian,* 28 de julio de 2008.

[30] Jonathan Freedland, «The PM Who Understood Jews», *The Jewish Chronicle*, 13 de mayo de 2010.

[31] *Ibid.*

[32] Estas cifras las ha dado Campaña Contra el Comercio de Armas; véase [https://socialistworker.co.uk/features/why-is-britain-supplying-arms-to-israel-s-war-machine/].

[33] [https://socialistworker.co.uk/news/gordon-brown-gives-israel-a-licence-to-kill/].

[34] James Chapman, «I Knew About the Scandal for Weeks, Admits Top Fundraiser», *The Daily Mail,* 29 de noviembre de 2007.

[35] Véase *The Jewish Chronicle,* 7 de diciembre de 2007; y Nathan Jeffay, «Magnate in UK Scandal: I Feared Charges of a "Jewish Conspiracy"», *Haaretz,* 7 de diciembre de 2007.

[36] Yasmin Alibhai-Brown, «The Shadowy Role of Labour Friends of Israel», *The Independent,* 3 de diciembre de 2007.

[37] «Poll Cash Race Led to Secret Deals», *The Guardian,* 14 de marzo de 2006.

[38] [http://news.bbc.co.uk/1/hi/uk/4564784.stm].

[39] Hugh Muir, «Livingstone Faces Inquiry over Nazi Guard Jibe at Jewish Reporter», *The Guardian,* 12 de febrero de 2005.

[40] Adrian Milne y James Long, *Guinness Scandal. Biggest Story in the City's History,* Londres, M. Joseph, 1980; James Saunders, *Nightmare. Ernest Saunders and the Guinness Affair,* Londres, Arrow Books, 1988; Jonathan Guinness, *Requiem for a Family Business*, Londres y Nueva York, Macmillan Press, 1979.

[41] Citado en Peter Oborne y James Jones, «The Pro-Israel Lobby in Britain: Full Text», *Open Democracy,* 13 de noviembre de 2009, disponible en [www.opendemocracy.net/en/opendemocracyuk/pro-israel-lobby-in-britain-full-text]; véase también Stephen Bates, «Sacks Accuses Synod of Bulldozer Ill-Judgment», *The Guardian,* 17 de febrero de 2006.

[42] Stella Korin-Lieber, «Pujo Zabludowicz Mulls Risking Stake in El Al Parent», *Globes,* 4 de febrero de 2013 (en hebreo).

[43] Véase [www.theguardian.com/world/2009/jan/04/biscom-israel-lobby-poju-zabludowicz].

[44] Véase [www.bicom.org.uk/wp-content/uploads/2016/01/BICOM-forecast-2016-FINAL.pdf].

[45] «The Story of the CST: Jewish Community Protection in the UK, *The Jewish News,* 7 de abril de 2015; Geoffrey Alderman, «Our Unrepresentative Security», *The Jewish Chronicle,* 18 de abril de 2011.

[46] [www.ihrc.org.uk/31838/].

[47] [https://camera-uk.org/2015/09/09/the-guardians-chris-mcgreal-gets-it-wrong-on-israel-again/].

[48] Diane Langford, «British TV Documentary Tackles Taboo of Israel's Lobby», *Electronic Intifada,* 18 de noviembre de 2009, en [https://electronicintifada.net/content/british-tv-documentary-tackles-taboo-israels-lobby/8542].

[49] Citado en P. Oborne y J. Jones, *op. cit.*

[50] Lee Harpin, «Hard-Left Attacks Labour Leader Sir Keir Starmer after Donation from Jewish Philanthropist», *The Jewish Chronicle,* 20 de abril de 2019.

[51] Harriet Sherwood, «Israel's West Bank Plans Condemned by Leading Jewish Leaders», *The Guardian,* 5 de junio de 2020.

[52] *Ibid.*

[53] P. Oborne y J. Jones, *op. cit.*

[54] *Ibid.*

[55] *Ibid.*

[56] *Ibid.*

[57] Jessica Hodgson, «Editor Apologises for "Kosher Conspiracy" Furore», *The Guardian,* 7 de febrero de 2002.

[58] [www.smh.com.au/world/middle-east/bbc-documentary-angers-israel-20030702-gdh0y2.html].

[59] P. Oborne y J. James, *op. cit.*

[60] *Ibid.;* «The BBC Spent £330.000 Supressing Balen Report», *The Jewish Chronicle,* 30 de agosto de 2012.

[61] P. Oborne y J. Jones, *op. cit.*

[62] *Ibid.*

[63] Las citas son de *ibid.*

[64] *Ibid.*

[65] *Ibid.*

[66] Jenny Percival, «BBC Refuses Airtime to Gaza Aid Appeal», *The Guardian,* 23 de enero de

2009.

[67] *Ibid.*

[68] *Ibid.*

[69] *Ibid.*

[70] [johnpilger.com/videos/palestine-is-still-the-issue].

[71] Este programa puede verse ahora en YouTube en [www.youtube.com/watch?v=eBBjjJ0QHoY], tal vez no esté disponible en tu país.

[72] D. Langford, *op. cit.*

[73] Citado en Peter Oborne, «The Cowardice at the Heart of Our Relationship with Israel», *The Daily Telegraph,* 12 de diciembre de 2012.

[74] Peter Oborne, «Iran Nuclear Deal: Ill-informed Friends of Israel are Refusing to Face Facts», *The Daily Telegraph*, 27 de noviembre de 2013.

[75] Discurso del líder del Partido Conservador David Cameron en el almuerzo anual organizado por Amigos Conservadores de Israel en Londres el 18 de junio de 2009. Disponible en [https://thinkpress.files.wordpress.com/2009/06/200961914361_cameron-speech-18-june-2009.doc].

[76] *Ibid.*

[77] Peter Oborne, «Inside Britain's Israel Lobby», *Channel 4 Dispatches,* 16 de noviembre de 2009.

[78] Disponible en [www.channel4.com/culture/microsites/D/dispatches/israel/proisraellobbypamphlet.pdf], p. 13.

[79] [www.thejc.com/news/news/dispatches-israel-lobby-lm-the-reaction-1.12462].

[80] «Jews and Muslims are Conservative Co-Chairs», *The Jewish Chronicle,* 13 de mayo de 2010.

[81] *Ibid.*

[82] Véase H. Muir, *op. cit.*

[83] Véase, por ejemplo, «Israel is the Main Destination for MP Junkets, So Why Isn't Anyone Talking about It?», *Middle East Monitor,* 6 de enero de 2017; P. Oborne y J. Jones, «The Pro-Israel Lobby in Britain: Full Text», cit.; Ian Black, «Pro-Israeli Lobby Group Bankrolling Tories, Film Claims», *The Guardian,* 16 de noviembre de 2019.

[84] *Ibid.*

[85] [www.gov.uk/government/speeches/david-camerons-speech-to-the-knesset-in-israel].

[86] [www.ochaopt.org/content/key-figures-2014-hostilities].

[87] [www.jewishnews.co.uk/board-distances-itself-from-muslim-council-of-britain-over-muslim-brotherhood-links/].

[88] Asa Winstanley, «Labour Friends of Israel Denies Funding for Israeli Spy», *Electronic Intifada,* 17 de julio de 2019, en [https://electronicintifada.net/blogs/asa-winstanley/labor-friends-israel-denies-funding-israeli-spy].

[89] *The Guardian* lo utilizó por primera vez el 22 de mayo de 2009 y no lo retiró hasta el 15 de julio de ese año.

[90] Resumen del Undécimo Congreso Herzliya, *Haaretz,* 16, 17 y 18 de septiembre de 2011.

[91] [www.runi.ac.il/media/ql4dtunc/legitimacy-brosh-2011.pdf].

[92] Publicado en *The Huffington Post,* 17 de julio de 2014. Disponible en [www.huffingtonpost.co.uk/2014/07/17/israel-gaza-nick-clegg-_n_5594357.html?1405607269].

[93] Véase [https://yougov.co.uk/topics/politics/articles-reports/2014/08/05/sympathy-palestinians-more-common-britain-france-a].

[94] Hannah Ellis-Petersen, «Tricycle Theatre Refuses to Host UK Jewish Festival While It Has Israeli Embassy Funding», *The Guardian,* 6 de agosto de 2014.

[95] Tony Greenstein, «Gerald Kaufman - From Labour Zionist to Israel's Bitterest Critic», *Mondoweiss,* 17 de marzo de 2017, en [https://mondoweiss.net/2017/03/Kaufman-zionist-bitterest/].

[96] Rowena Mason, «Gerald Kaufman's "Jewish Money" Remark Condemned by Corbyn», *The Guardian,* 3 de noviembre de 2015.

[97] Gloria Tessler, «Obituary: Gerald Kaufman», *The Jewish Chronicle,* 13 de marzo de 2017.

[98] [https://thetab.com/uk/bristol/2017/02/21/bristol-lecturer-investigated-university-anti-semitic-statements-28660].

[99] Véase [https://ms-my.facebook.com/StandWithUs/posts/10158886641672689].

[100] Anshel Pfeffer, «UK Anti-Semitism Report Highlights Disturbing Trend - Among British Jews», *Haaretz*, 14 de enero de 2014.

[101] Hilary Aked, «Critics Banned, Islamophobes Welcomed at "We Believe in Israel" UK Conference», *Electronic Intifada,* 17 de marzo de 2005. Disponible en [https://electronicintifada.net/blogs/hilary-aked/critics-banned-islamophobes-welcomed-we-believe-israel-uk-conference]. En el momento en el que se estaba escribiendo este libro, Hilary Aked publicó un magnífico libro sobre este fenómeno: Hilary Aked, *Israel's Friends. The Backlash Against Palestine Solidarity,* Londres y Nueva York, Verso, 2023.

[102] Rowena Mason, «*Jewish Chronicle* Accuses Corbyn of Associating with Holocaust Deniers», *The Guardian*, 13 de agosto de 2015.

[103] Sarah Marsh, «Corbyn Apologises over Event Where Israel was Compared to Nazis», *The Guardian,* 1 de agosto de 2018.

[104] Lee Harpin, «Board President: Corbyn has "Declared War on Jews"», *The Jewish Chronicle,* 22 de agosto de 2018.

[105] *Ibid.*

[106] [www.ucl.ac.uk/european-institute/news/2019/sep/jacob-rees-moggs-alarming-cry-illuminati].

[107] *Ibid.*

[108] Véase [www.independent.co.uk/news/uk/politics/jacob-rees-mogg-afd-germany-far-right-twitter-brexit-alice-weidel-a8848826.html].

[109] Véase [www.bbc.co.uk/news/uk-politics-39443891].

[110] Klaus Polkehn, «The Secret Contacts: Zionism and Nazi Germany, 1933-1941», *Journal of Palestine Studies* 5, 3-4 (primavera-verano de 1976), pp. 54-82; Joseph Massad, «Zionism, Anti-Semitism and Colonialism», *Al Jazeera*, 24 de diciembre de 2012.

[111] Heather Stewart y Andrew Sparrow, «Jeremy Corbyn: I Used the Term "Zionist" in Accurate Political Sense», *The Guardian,* 24 de agosto de 2018.

[112] [www.bbc.co.uk/news/uk-politics-45301548].

[113] Heather Stewart y Sarah Marsh, «Jewish Leaders Demand Explanation over Corbyn Book Foreword», *The Guardian,* 1 de mayo de 2019.

[114] Asa Winstanley, «We "Slaughtered" Jeremy Corbyn, Says Israel's Lobbyist», *Electronic Intifada,* 10 de enero de 2020.

[115] Véase [www.opendemocracy.net/en/opendemocracyuk/labour-should-ditch-ihra-working-definition-of-antisemitism-altogether/].

[116] Dan Sabbagh, «Hodge Urges Corbyn to Rebuild Trust after Labour Antisemitism Row», *The Guardian,* 5 de septiembre de 2018.

[117] Chakrabarti Inquiry, 30 de junio de 2016, disponible en [https://labour.org.uk/wp-content/uploads/2017/10/Chakrabarti-Inquiry-Report-30June16.pdf].

[118] *Ibid.*

[119] Marcus Dysch, «Anger as Labour Leader Jeremy Corbyn Hands Shami Chakrabarti a

Peerage», *The Jewish Chronicle*, 4 de agosto de 2016.

[120] *Ibid.*

[121] Peter Walker y Jessica Elgot, «Jeremy Corbyn Rejects Overall Findings of EHRC Report on Antisemitism in Labour», *The Guardian,* 29 de octubre de 2020.

[122] Asa Winstanley, «Leaks Show How Labour Sabotaged Corbyn», *Electronic Intifada,* 17 de abril de 2020, en [https://electronicintifada.net/blogs/asa-winstanley/leaks-show-how-labour-sabotaged-corbyn].

[123] Véase [www.bbc.co.uk/news/uk-politics-54742096].

[124] Véase [www.politicshome.com/news/article/jeremy-corbyn-ally-who-dismissed-antisemitism-allegations-is-reelected-onto-labours-ruling-body].

[125] Véase [https://electronicintifada.net/blogs/asa-winstanley/we-slaughtered-jeremy-corbyn-says-israel-lobbyist].

[126] [www.jewishvoiceforlabour.org.uk/article/corbynism-and-chanukah-a-response-to-joe-glasman/].

[127] «After Corbyn, UK Labour Elects Keir Starmer, Zionist with Jewish Wife, as Leader», *The Times of Israel,* 4 de abril de 2020.

[128] *Ibid.*

[129] [www.jewishnews.co.uk/labour-suspends-vice-chair-of-local-party-over-starmers-jewish-wife-remark/].

[130] *Ibid.*

[131] Jack Wallis Simons, «Israel Is Not an Apartheir State, Says Keir Starmer as He Apologises for Corbyn Years», *The Jewish Chronicle,* 7 de abril de 2022.

[132] Lee Harpin, «Angela Rayner Apologises for Praising Controversial Holocaust Book», *The Jewish Chronicle,* 28 de noviembre de 2018.

[133] Zaher Birawi y Robert Andrews, «Keir Starmer as Labour Party Leader: What This Means for Palestine», *Middle East Monitor,* 14 de abril de 2020.

[134] *Ibid.*

[135] Véase [https://cfoi.co.uk/informed-year-in-review-2021/].

[136] Ben Weich, «Board Demands Labour Candidates Sign Up to "Pledges"», *The Jewish Chronicle,* 10 de enero de 2020.

[137] Z. Birawy y R. Andrews, *op. cit.*

[138] Véase [https://jewishmanchester.org/tag/general-synod/].

[139] Véase [https://bdsmovement.net/news/church-england-'backfires'].

[140] *Ibid.*

[141] Véase [https://nj.com/opinion/2020/01/bds-is-anti-zionist-not-anti-semitic-opinion.html].

[142] Véase Ilan Pappe, *Ethnic Cleansing of Palestine,* cit.

[143] Balfour Project informa de estas actividades en [https://balfourproject.org/].

[144] Bill Mullen y Ashley Dawson, *Against Apartheid: The Case of Boycotting Israeli Universities,* Londres, Haymarket Books, 2015, p. 32; Jens Hanssen y Amal N. Ghazal, *The Oxford Handbook of Contemporary Middle Eastern and North African History,* Nueva York, Oxford University Press, 2020, p. 693.

[145] Véase la declaración del PACBY, «NATFHE Leads the Way in Moral Responsibility: British Academics Vote for Boycotting Israeli Apartheid», 29 de mayo de 2006.

[146] *Ibid.*

[147] Decisión tomada en el congreso anual de la NUT; véase [https://web.archive.org/web/20140723190455/http://www.teachers.org.uk/files/nut-final-agenda.pdf].

[148] Acerca del nuevo lenguaje y sus implicaciones, véase Noam Chomsky e Ilan Pappe, *On*

Palestine, Londres, Penguin Books, 2010 [ed. cast.: *Conversaciones sobre Palestina,* Tafalla, Txalaparta, 2016].

[149] También se apuntó a Puma. En 2018, la presión contra Adidas dio fruto; véase [https://bdsmovement.net/news/team-justice-scores-adidas-no-longer-sponsoring-israel-football-association].

[150] Harriet Sherwood, «Israel Accused of Pillaging Dead Sea Resources in Occupied Territory», *The Guardian,* 3 de septiembre de 2012.

[151] «Boycott Movement Claims Victory as Veolia Ends All Investment in Israel», *Newsweek,* 9 de enero de 2015.

[152] Michael Deas, «Sheffield University Dumps Veolia, Capping Successful Year for UK Student Palestine Movement», *Electronic Intifada,* 3 de mayo de 2013.

[153] *Ibid.*

[154] Paul Di Stefano y Mostafa Henaway, «Boycotting Apartheid from South Africa to Palestine», *Peace Review* 26, 1 (2014), p. 23.

[155] Véase el informe del Comité Nacional de BDS en Palestina/Reino Unido, 2 de diciembre de 2016, en [https://bdsmovement.net/news/2016-bds-impact-round-up].

[156] Véase la cronología de G4S en la página digital de BDS UK, en [https://bdsmovement.net/g4s-timeline].

[157] Respecto al boicot llevado a cabo en la LSE, véase [https://bdsmovement.net/news/London-school-economics-joins-boycott-eden-springs]; y sobre el boicot a Ecostream, véase [https://corporatewatch.org/ecostream-campaign-victorious/].

[158] Véase el comunicado de prensa sobre la campaña Stop the JNF, 20 de mayo de 2013, [www.stopthejnf.org/charity-commission-to-investigate-whether-jnf-racial-discrimination-is-lawful/].

[159] Anuncio de la Campaña Escocesa de Solidaridad con Palestina [Scottish Palestine Solidarity Campaign], 26 de abril de 2013, en [https://bdsmovement.net/tags/uk?page=3].

[160] «Jeremy Corbyn Backs Boycott of Israeli Universities Involved in Arms Research», *Electronic Intifada,* 2 de agosto de 2015. Disponible en [https://electronicintifada.net/blogs/asa-winstanley/jeremy-corbyn-backs-boycott-israeli-universities-involved-arms-research].

[161] *Ibid.*

[162] *Ibid.*

[163] M. Deas, *op. cit.*

[164] Comunicado de prensa emitido por Students for Justice in Palestine (Universidad de Edimburgo), «Edinburgh University Students Vote Overwhelmingly for Boycott of Israeli Goods», 16 de marzo de 2011.

[165] Reportaje de Ben White, en [https://bdsmovement.net/news/black-students-conference-uk-national-union-students-endorses-bds].

[166] Jamie Doward, «British Arms Sales to Israel Face High Court Challenge», *The Observer,* 16 de agosto de 2014.

[167] «UK Labour Party Votes to Stop Arms Trade with Israel, Apply International Law to Trade, and Support Refugee Return», *Electronic Intifada,* 23 de septiembre de 2019. Véase en la página digital de BDS: [https://bdsmovement.net/news/uk-labour-party-votes-stop-arms-trade-israel-apply-international-law-trade-and-support-refugee].

[168] *Ibid.*

[169] *Ibid.*

[170] Véase el informe y el razonamiento completos de BDS en [https://bdsmovement.net/military-embargo].

[171] Comité Nacional Palestino de BDS (BNC) y Campaña Escocesa de Solidaridad con

Palestina (SPSC - Scottish Palestine Solidarity Campaign), «Glasgow City Council Concedes to Supporters of Palestinian Rights, Vows to Refrain from Sponsoring Future Arms Fairs», 27 de julio de 2018. Disponible en [https://bdsmovement.net/news/glasgow-city-council-concedes-supporters-palestinian-rights-vows-refrain-sponsoring-future-arms#:~:text=Glasgow%20City%20Council%20promises%20supporters,a%20human%20rights%20respecting%20city.%E2%80%9D].

[172] Puede hallarse una evaluación más precisa aún en los informes actualizados disponibles en [https://caat.org.uk/resources/countries/Israel/].

[173] Todo el asunto se describe en detalle en «UK High Court Rules in Favour of Local Councils who Support Boycott of Israeli Occupation», *Middle East Eye,* 29 de julio de 2016. Disponible en [www.middleeasteye.net/news/uk-court-dismisses-call-ban-council-boycotts-israeli-settlement-goods].

[174] Benjamin Kentish, «Boris Johnson Government to Ban Boycotting Israel and Other Countries, in Crackdown on BDS Movement», *The Independent*, 19 de diciembre de 2019.

[175] Véase [https://blogs.soas.ac.uk/cop/wp-content/uploads/2021/06/Pro-Palestine-Activism-and-Prevent-2.pdf].

[176] Ali Abunimah, «University of Southampton Cancels Conference after Government, Israel Lobby Pressure», *Electronic Intifada,* 31 de marzo de 2015, en [https://electronicIntifada.net/blogs/ali-abunimah/univ-southampton-cancels-conference-after-government-israel-lobby-pressure].

[177] Areeb Ullah, «Revealed: UK Universities Accused of Closing Down Free Speech on Palestine», *Middle East Eye,* 25 de noviembre de 2017, en [www.middleeasteye.net/news/revealed-uk-universities-accused-closing-down-free-speech-palestine].

[178] «Labour Adopts IHRA Anti-Semitism Definition in Full», *The Guardian,* 4 de septiembre de 2018.

[179] Véase [https://gal-dem.com/universities-ihra-guidelines-palestine/].

[180] Véase el proyecto de ley en [https://bills.parliament.uk/bills/3475].

Conclusión

Hemos partido de un enigma: ¿por qué un Estado tan poderoso como Israel tiene problemas, desde su propio punto de vista, para que lo consideren legítimo personas de todo el mundo, mientras que los gobiernos lo admiten tranquilamente? Hemos visto que, desde su creación, la legitimidad del Estado rara vez ha sido cuestionada, y sin embargo, quien pusiera en duda su política respecto a cualquier materia, incluso de manera cauta, era tratado como si estuviese deslegitimando el Estado en su totalidad.

En su búsqueda de respuestas, este libro extrae tres conclusiones. La primera es que el esfuerzo del lobby, desde que comenzó a actuar, allá por mediados del siglo XIX, y en todas sus formas, no se dedicó principalmente a poner en duda el relato palestino. Existe dicho esfuerzo, y lo he tratado en uno de mis libros, *La idea de Israel,* en el que intento explicar cómo se ha reclutado al mundo académico y al cine con esa misión concreta. Es un esfuerzo que continúa hoy en día, para controlar la producción de conocimientos acerca de Israel y Palestina. Pero en conjunto, el lobby, como el movimiento ideológico al que representaba, y más tarde el Estado al que defendía, no veía a los palestinos como un obstáculo para el proyecto de colonizar y sionizar Palestina.

Desde el comienzo mismo del movimiento sionista se hizo caso omiso de los palestinos, y más adelante, en 1948, se efectuó una limpieza étnica de los palestinos. Con posterioridad, perdieron su patria en favor de Israel, en 1967. No es necesario emprender una actividad lobista contra un grupo al que se trata, como a tantas otras víctimas del colonialismo de asentamiento, de acuerdo con la lógica de eliminación de los nativos. Ni australianos ni canadienses hacen lobby contra las primeras naciones o contra las poblaciones nativas. Los palestinos no suponían un reto; el reto estaba en cómo justificar lo que se les hacía. Esto podría cambiar si la lucha de los palestinos logra liberar Palestina; pero todavía no hemos alcanzado ese punto. Tampoco significa que Israel y sus defensores tengan razón al hacer caso omiso de los palestinos o subestimar su poder en el

futuro, como analizaremos en breve. Pero Israel *sí* ve la cuestión de Palestina como un problema «resuelto», una posición que puede mantener, aunque solo sea mediante la fuerza bruta. El problema es lograr que el resto del mundo acepte las conclusiones de Israel.

Israel necesita persuadir al mundo, y a sí mismo, de la validez moral del proyecto sionista, y en consecuencia del Estado de Israel. Me atrevería a decir que hasta hoy los grupos más destacados a los que el lobby quiere atraer es a aquellos judíos y sionistas a los que les resulta difícil convencerse plenamente de que el judaísmo no es una religión sino una identidad nacional y, más importante, de que esta redefinición de la identidad judía justifica el proyecto de establecer Israel en la Palestina histórica mediante una colonia de asentamiento.

Históricamente, la cuestión moral ha sido fundamental para los miembros de la comunidad judía que rechazaban el sionismo. Incluso cuando el sionismo se consideraba la única alternativa, a comienzos de la década de 1930, cuando el que el nazismo se apoderó de Alemania y era inminente su ocupación de buena parte de Europa, personas como Bertolt Brecht no lograban resolver el dilema moral. En 1933, Brecht reaccionó a la idea de proclamar un Estado judío en Palestina reflexionando lo siguiente: «De ese modo Hitler no solo ha fascistizado [*faschisieren* en alemán] a los alemanes, sino también a los judíos»[1]. En una entrada de 1934 en su diario, mientras experimentaba el infierno nazi de primera mano, Victor Klemperar escribía que «los sionistas son tan ofensivos como los nazis»[2].

Sin embargo, pese a que estas voces sabias recomendaban moderación, para muchos judíos, la disonancia cognitiva del sionismo tenía cierto atractivo. El sionismo no solo prometía la liberación nacional, sino el potencial de convertirse en una vanguardia laica europea que restauraría los judíos en la comunidad de las «naciones más civilizadas» después de que Europa los hubiese expulsado. La idea religiosa de *Or Lagoyim,* «la luz de las naciones», que significa llevar la Torá al resto del mundo, fue sustituida por la de aportar progreso al mundo. Pero los propios sionistas dudaban de poder alcanzar ese logro.

EL DESEO DE PERTENECER A UN CLUB QUE NO TE QUIERE

Parafraseando la famosa carta de renuncia de Groucho Marx al club Friars, «no quiero pertenecer a ningún club que me acepte como uno de sus miembros», yo diría que el lobby quería pertenecer a un club que se negaba a aceptarlo. Ese club estaba compuesto por personas que tenían problemas para respaldar el sionismo como proyecto moral y que gradualmente han comprendido el precio que los palestinos han pagado por un proyecto de colonización europeo pensado para resolver el problema del antisemitismo y para satisfacer el deseo de los cristianos evangélicos neocruzados de cumplir la profecía de la «Tierra Santa».

El lobby, a lo largo de todos sus años de existencia, ha intentado atraer a las personas con menos probabilidades de pasar por alto los tambaleantes cimientos morales sobre los que se asentaba el proyecto sionista; y que tampoco podían pasar por alto los inherentes problemas de justicia asociados a la catástrofe palestina causada por el establecimiento de Israel en 1948, y más aún después de que Israel incorporase Cisjordania y sitiase la Franja de Gaza. Eran personas de todo el mundo, con una religión, una cosmovisión ética, una experiencia vital y otros muchos factores que las convertían en defensoras de los oprimidos y victimizados. Entre ellas había un número bastante elevado de judíos, y se encontraban en gran medida entre los movimientos anticoloniales del Sur Global, entre las minorías del Norte Global y entre aquellos que se negaban a mostrarse indiferentes ante las injusticias, no solo las cercanas a su casa, sino también en el extranjero. Procedían de todos los estratos sociales, y en general los sociólogos políticos tendían a referirse a ellas como representantes de la sociedad civil o como las secciones concienciadas de la sociedad civil, o como la opinión pública. Eran activistas con distintos niveles de compromiso. En ocasiones, incluso podían encontrarse en los escalones más altos de la política.

Los sionistas y más adelante amplias secciones de los judíos israelíes querían que este grupo diverso de personas considerase al sionismo y a Israel como una causa noble; de hecho, como explicaba el historiador israelí Yosef Gorny, deberían haber reconocido que Israel era uno de los pocos proyectos de ilustración y modernización que habían prosperado[3]. En este relato, los judíos no solo «retornaron» a su antigua patria y la «redimieron», también construyeron el parangón de Estado y sociedad democráticos, y socialistas o liberales. Desde la posición estratégica actual

comprendemos que a lo largo de los años una parte importante de la sociedad judía israelí ha prescindido de estas ambiciones para desear convertirse en parangón de la teocracia y el mesianismo judíos, un modelo soñado por fundamentalismos judíos en el pasado y acogido con gusto por los fundamentalistas cristianos que, como hemos visto, fueron los primeros sionistas de la época actual.

Se trata de una ansiedad estructural que acompaña al proyecto sionista desde el comienzo. El sionismo se convirtió en uno verdaderamente realizable, no un sueño imposible, en cuanto empezó a considerarse el mejor remedio, y más tarde el único, contra el insuperable antisemitismo nacionalista y religioso en Europa. ¿Cuál era el remedio, sin embargo? Construir un Estado judío nacional-religioso en Palestina. A los judíos laicos y los judíos religiosos progresistas, como eran y son la mayoría de los judíos sionistas en Israel y en el extranjero, esta panacea podría haberles resultado moralmente problemática a no ser que creyesen que verdaderamente Dios les había dado Palestina, aunque fuesen ateos. O necesitaban creer que el territorio estaba vacío, o quizá que los palestinos no eran víctimas en absoluto sino solo otro grupo más de antisemitas, que necesitaban una dura lucha para sobrevivir. Tal vez pensaran que no tenían otra opción, algo que probablemente la mayoría sintiera y sienta todavía hoy, pero que no elimina la problemática refundición de mal y remedio.

Sí creo que la actividad lobista feroz y en ocasiones mezquina se debe a que quienes la dirigen y operan saben que todo el proyecto que protegen se asienta sobre un terreno moral cuestionable para muchas personas, incluidas aquellas a las que ellos mismos consideran decentes y honorables. Eso no significa que compartan este punto de vista moral; simplemente nos dice que entienden que no tienen los datos y los argumentos morales necesarios para refutar esta actitud humana básica acerca de los derechos y la justicia. Es fácil encontrar aliados, e Israel es bueno en eso, entre la extrema derecha del Norte Global y los regímenes autoritarios y dictatoriales del Sur Global. Más importante, el lobby ha aprendido a ambos lados del Atlántico lo poco que importan las consideraciones morales en las políticas gubernamentales, incluso en las democracias. El lobby trabajaba con la suposición de que permanecer en el poder y disfrutar de una carrera política próspera puede superar cualquier otra consideración en la política de elite. Se pueden tener aliados

ideológicos (sionistas cristianos y comunidades judías) o comprarlos (mediante recompensas o intimidación). Y por último estaban, por supuesto, los que se benefician económicamente de apoyar al Estado de Israel, sin prestar atención a las políticas que este aplicase sobre el terreno.

Pero hasta hace poco ha habido una obsesión por recibir la validación de los más reacios a otorgarla. Digo hasta hace poco porque, si bien hay patrones de continuidad en la actividad lobista hasta la fecha, hay también algunos retos imponentes que se sitúan fuera de la capacidad de control del lobby.

PRESIONAR A LOS POLÍTICOS Y HACER CASO OMISO DE SUS ELECTORES

Y aquí llego a la segunda conclusión. Después de la Segunda Guerra Mundial, el lobby entendió enseguida que el vocabulario colonialista usado libremente por el movimiento sionista inicial y el empleo de prácticas colonialistas sobre el terreno contravenían el enfoque de consenso emergente en la nueva ética de un mundo descolonizado, que se recuperaba de los oscuros días del fascismo y el nazismo. Por consiguiente, el lobby optó por centrarse en las elites (culturales, económicas y políticas), que solo mantenían un compromiso de palabra, no de hecho, con este nuevo sistema de valores. Era más fácil obtener de ellos legitimación y la ayuda material necesaria primero para poner en marcha el proyecto sionista y después para sostener al Estado de Israel.

A las elites es posible comprarlas, tentarlas e intimidarlas. A partir de 1900, a ambos lados del Atlántico, el lobby tuvo en su punto de mira a literatos, empresarios y políticos. Este libro se ha centrado en estos últimos. El método empleado es doble: alimentar a los políticos desde el comienzo como defensores de la causa, y debilitar a los que expresaban escrúpulos morales que podrían haberlos llevado a oponerse al sionismo o, más adelante, a criticar a Israel.

Hasta este siglo, sus esfuerzos principales, a ambos lados del Atlántico, se dirigieron a las elites políticas de Occidente y del Norte Global, que, como es natural en política, se preocupaban menos por cuestiones de justicia o historia relacionadas con el Sur Global y el futuro de este. Lo que hacía falta aquí era dinero, influencia política y una maquinaria

propagandística bien engrasada, la validación ética carecía de importancia.

El lobby está compuesto por una red enorme de personal remunerado y voluntarios que trabajan para este proyecto 24 horas al día, siete días a la semana, aunque no tiene demasiado trabajo en lo que a la política de alto nivel se refiere. Los lobistas tienen buenas razones para estar satisfechos en lo referente a su influencia sobre los gobiernos a lo largo de los años. Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, presidentes y primeros ministros saben lo que Israel espera y tolera. Desde 1948, esta autocensura y subordinación a los deseos de Israel ha triunfado sobre cualquier disensión por razones de principios. El Parlamento y el Congreso se comportan de forma similar, al igual que los medios de comunicación y los académicos convencionales. Pero en la era de internet y los medios alternativos, ya no es posible controlar la sociedad civil. El lobby se siente obligado a eliminar de raíz cualquier simpatía creciente hacia Palestina, ya sea en forma de llamamientos al boicot o en forma de flotillas humanitarias con destino a Gaza. También hay que suprimir la producción de conocimiento que respalde las exigencias de los palestinos. Así es como seguirá procediendo la defensa de Israel hasta que actores locales, regionales e internacionales tengan la valentía de enfrentarse a estos torrentes de supresión mediante acciones civiles y judiciales. Y eso está ocurriendo ya.

En la década de 1980, tanto en Reino Unido como en Estados Unidos, el lobby asumió unos objetivos mucho más ambiciosos. Lo que se pretendía era controlar, donde y cuando se diese, cualquier relato que cuestionase el de los sionistas. El lobby está obsesionado con controlar la conversación sobre Israel y Palestina, y cualquier fallo en dicha empresa le parece una amenaza existencial para Israel.

Pese a su obvia incapacidad para influir en la opinión pública y en la política de base, sin embargo, el lobby parece aplicar toda su fuerza en lugares en los que ya ha perdido la batalla, como iglesias, centros comunitarios, gobiernos municipales y universidades, porque odia perder el poder. Y esta es mi tercera conclusión: el principal objetivo del lobby en muchos casos era garantizar su propia supervivencia, no la de Israel. Al superar la segunda mitad del siglo pasado y llegar al XXI, parece que el lobby busca el poder por el poder en sí.

EL PODER POR EL PODER EN SÍ MISMO

Dado que el lobby, a ambos lados del Atlántico, necesitaba poder para influir en aquellas elites cuyas políticas resultasen nocivas para el futuro del sionismo e Israel, acumuló tal músculo político que conservarlo se convirtió en algo tan preciado como la causa a la que supuestamente debía proteger. La sed de poder es un tema asociado por lo general con el mundo de la empresa y de la política cínica. No hablo aquí del lobby en términos absolutos, pero cuando tienes poder, y reprendes en tus oficinas a los congresistas como si de niños malos se tratase, por no seguir fielmente las directrices que les has dado, haciéndoles temer que su carrera pueda sufrir, quieres mantener ese poder por sí mismo, no solo porque lo necesites para una causa concreta. Como dice el O'Brien de George Orwell, el líder del partido en *1984:* «El Partido busca el poder completamente por el poder en sí… Solo nos interesa el poder», y le explica a Winston, el protagonista de la novela, que es la primera vez en la humanidad que esa gente, existente también en el pasado, es plenamente consciente de lo que hace y no se avergüenza de ello. Esta lóbrega visión orweliana recuerda a lord Acton, cuando advirtió de que «el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente». Por supuesto, el lobby no es un régimen autoritario, pero actúa decisivamente para conservar el poder que tiene, con independencia de que redunde en interés de la causa más en general.

Como hemos visto, ha habido múltiples ejemplos en los que Israel no le pidió que atacase a alguien que cuestionaba el relato sionista, y sin embargo el lobby empleó muy a menudo toda su fuerza y su ira para controlar o silenciar la solidaridad con los palestinos.

MIRANDO AL FUTURO

La viabilidad de Israel, su existencia misma de hecho, se basa en dos pilares: el material y el moral. El primero es muy sólido, y el ejemplar comportamiento de Israel durante la crisis financiera de 2008 es un ejemplo de su solidez. Es un país con una alta tecnología, con prolíficas industrias de exportación, tanto militares como civiles. Desde hace más de diez años, forma parte de la OCDE, un símbolo de su desarrollo y de su

prosperidad general.

El pilar moral, por el contrario, ha ido erosionándose constantemente con los años, un proceso que empezó con fuerza después de la Primera Intifada, en 1987, y que se intensificó tras los ataques lanzados por Israel contra la Franja de Gaza desde 2006. Las críticas han ido dirigidas principalmente contra las políticas del Estado, no contra su existencia. El Gobierno israelí, sin embargo, las contemplaba como un intento de deslegitimar al Estado judío. En consecuencia, la actividad lobista en el siglo XXI no se ha centrado en defender las políticas aplicadas en la actualidad por Israel en la Palestina histórica, sino que se ha dirigido contra cualquier indicio imaginario o real de que el Estado y su ideología afrontan una condena internacional. Los israelíes lo denominan la lucha contra la deslegitimación.

LA CUESTIÓN DE LA LEGALIDAD FRENTE A LA LEGITIMIDAD

En este siglo, la batalla por la legitimidad internacional se centra en la defensa y la argumentación. Se manifiesta mejor en la cuestión de si Israel es un Estado que se rige por un sistema de apartheid, como afirma Amnistía Internacional, o una democracia liberal. La capacidad de los palestinos y de quienes los apoyan para convencer a sociedades y gobiernos por igual de la validez del argumento del apartheid afectará a la política internacional hacia Palestina y los palestinos en el futuro. De modo similar, si el lobby proisraelí logra convencer a los mismos gobiernos en concreto de que dicho argumento carece de base, Israel seguirá disfrutando de inmunidad internacional para las políticas que aplica sobre el terreno en la Palestina histórica.

Lo que todavía permite conservar la legitimidad internacional de Israel, en especial en Occidente, es su respaldo religioso judeocristiano, ahora que no puede obtener fácilmente el laico. Dicha legitimidad religiosa, como he intentado demostrar en este libro, tiene unas raíces históricas profundas, que se retrotraen al siglo XVIII, cuando tanto no-judíos antisemitas como no-judíos filosemitas apoyaron el proyecto sionista principalmente por razones religiosas. Y resultó que la fe religiosa inequívoca en el sionismo se había mantenido ciega desde el principio al impacto negativo que el sionismo podría tener sobre la población indígena

de Palestina.

La búsqueda de la legitimidad no ha terminado, pero la misión se ve frustrada por la incapacidad del lobby para enfrentarse a la indignación moral engendrada en la sociedad civil mundial por la opresión continua que Israel ejerce sobre los palestinos. Los métodos del lobby han variado a lo largo del tiempo, pero hay algunas características comunes: un esfuerzo enorme y expansivo dirigido a cortejar a políticos y autoridades, prestando escasa atención a la construcción de consenso en la sociedad civil. Como hemos visto en el libro, este esfuerzo no logra atraer a los segmentos antiisraelíes de la sociedad, simplemente los silencia. Este enfoque explica los logros del esfuerzo lobista, y pone en igual medida de manifiesto sus deficiencias. Lo que induce a las elites políticas a apoyar a Israel es mucho menos eficaz cuando se trata de influir en la opinión pública. Hoy en día, la actividad lobista a favor del sionismo en Reino Unido y en Estados Unidos sitúa a los lobistas de ambos países contra la sociedad civil, a la que hay que convencer mediante argumentos morales y no resulta fácil acobardar o seducir. Esto explica el giro dado por el lobby, que ha pasado a utilizar el antisemitismo como arma para obtener el respaldo de la ciudadanía a Israel.

Pero esta búsqueda no es el único hilo que conecta el pasado con el presente en la actividad del lobby sionista en Reino Unido y Estados Unidos. El sionismo comenzó como proyecto cristiano, y por lo tanto los primeros lobistas eran lo que hoy podríamos denominar sionistas cristianos. En Estados Unidos en especial, el lobby sionista cristiano ha adquirido tanta importancia como el judío, y ha llegado a ser con creces el más ruidoso durante los años del Gobierno de Trump (2016-2020), con su vicepresidente sionista cristiano, Mike Pence, y el secretario de Estado, Mike Pompeo, formando parte de la infraestructura lobista. Quizá perdiese parte de su respaldo una vez terminado el mandato de Trump; pero él, o republicanos como él, pueden recuperar el poder. La vacilación de las trayectorias del lobby cristiano debería servir de advertencia a los expertos que intentan evaluar el poder de ese lobby concreto. En una obra tan interesante como *The Israel Lobby,* John Mearsheimer y Stephen Walt describen este lobby cristiano como un socio menor en el conjunto del esfuerzo lobista en Estados Unidos[4]. Este parecía ser el caso en 2007, pero casi una década después, en tiempos de Trump, la imagen era muy

distinta.

Al final, el poder convirtió a Israel en una realidad y perdió a Palestina. Pero el poder hay que obtenerlo, sostenerlo y defenderlo. Quienes sostienen el poder pueden verse influidos por sus sociedades, por consideraciones morales, ambiciones políticas, intereses económicos, prejuicios propios y otros factores. El proyecto de construir un Estado mediante la colonización en el ocaso del colonialismo necesitaba una defensa acaudalada, bien engrasada y comprometida. El movimiento sionista sirvió a dicha empresa desde el comienzo: derrotando las aspiraciones nacionales palestinas, negando sus exigencias y controlando el relato histórico en el ámbito internacional. Logró asegurar un Estado, y ser absuelto de la limpieza étnica que cometió en 1948 y de la ocupación que data de la guerra de 1967 y que todavía dura hoy. Con esa ocupación, y el sitio de la Franja de Gaza, el Estado de Israel conculca a diario el derecho internacional, y sin embargo sigue perteneciendo a la comunidad de «naciones civilizadas».

Pero en el siglo XXI empiezan a aparecer grietas en este sólido edificio. La opinión pública, científicos concienciados y sobre todo el renacimiento del movimiento de liberación palestina exigen que se ponga fin a estas conculcaciones. Lo que solo recientemente les ha quedado claro a la mayoría de los detractores y defensores de Israel es que las conculcaciones no pararán mientras Israel siga empeñado en mantener la ideología sionista básica que justifica un régimen oximorónico: un etnoestado judío democrático. Tras setenta y cinco años de existencia, se ha desplegado claramente la naturaleza de un Estado étnico judío, y organizaciones de derechos humanos como Amnistía Internacional y expertos que sostienen una actitud crítica lo han catalogado de Estado apartheid, una expresión antes impronunciable.

LA LEGITIMIDAD SOLO PUEDE PROVENIR DE LOS PALESTINOS

La erosión gradual de la legitimidad internacional de Israel debe mucho a la resistencia y a la resiliencia de los palestinos. Pero más importante que atribuir las grietas del edificio a la lucha palestina es el hecho de que, por exitosa o fracasada que sea esa lucha, solo los palestinos pueden resolver el problema de la legitimidad de Israel.

Irónicamente, después de todos los esfuerzos que ha hecho, el lobby sigue sin tener en cuenta al único grupo de personas que verdaderamente importa si de verdad la legitimidad es lo que los judíos israelíes y quienes los defienden buscan para el futuro: los palestinos. Incluso unos líderes palestinos muy débiles y en muchos aspectos derrotados se niegan a reconocer a Israel como un Estado judío y a firmar documentos en los que se comprometan a no plantear futuras exigencias si se alcanzase un acuerdo entre ambas partes. Hay dos razones por las que los líderes palestinos se niegan a declarar que el conflicto ha terminado.

La primera es que no reconocen a Israel como un Estado judío, porque los palestinos pueden aceptar a Israel como un hecho consumado, pero eso no significa que justifiquen moral y públicamente la toma de casi un 80% de su territorio por parte de este Estado, el exilio de millones de palestinos o la discriminación contra los ciudadanos palestinos de Israel. Las actuales autoridades de Cisjordania y del interior de Israel han declarado su voluntad de no usar la violencia o la lucha armada contra estas injusticias, pero se niegan a considerarlas superadas. Desde su punto de vista, estas humillaciones se infligieron porque Israel se ve a sí mismo como un Estado judío.

La segunda razón para negarse a declarar que el conflicto ha terminado está relacionada con la realidad que se desarrolló después de los Acuerdos de Oslo, que los líderes palestinos comprenden que constituiría la base para cualquier futura solución de dos Estados. Significa que Israel seguiría controlando más de la mitad de Cisjordania, vigilaría cualquier puente o carretera entre la Franja de Gaza y Cisjordania, y no permitiría la repatriación de los refugiados, ni aceptaría el establecimiento de la capital palestina en Jerusalén propiamente dicha, e insistiría en mantener una dominación económica y de seguridad sobre el Estado palestino.

En el último intento desesperado de salvar el «proceso de paz» nacido en Oslo en 1993, Israel y Estados Unidos exigieron que la Autoridad Palestina reconociese Israel como un Estado judío. Además de ese reconocimiento, a la Autoridad Palestina se le prometió el control autónomo de la Franja de Gaza (si lograba sacar de allí a Hamás) y más de la mitad de Cisjordania, si renunciaba al derecho al retorno de los refugiados palestinos y se contentaba con establecer su capital fuera de Jerusalén y la creación de una Cisjordania judaizada junto a la palestina.

Se suponía que este sería el mapa del futuro, enviando un mensaje al mundo de que los palestinos aceptaban esta nueva solución como algo definitivo y justo. Esto nunca va a ocurrir, por supuesto. Los palestinos nunca darán legitimidad a esta situación, por mucho que la tengamos delante de nuestros propios ojos.

El Estado israelí podría abandonar el intento de buscar su legitimación y desarrollar una indiferencia hacia la imagen de Estado paria y delincuente que tiene en muchos segmentos de la sociedad civil mundial. Después de todo, los gobiernos occidentales y sus árbitros están perfectamente dispuestos a proporcionarle inmunidad, y tanto los medios de comunicación como los académicos convencionales de Occidente blanquean su conducta. ¿Por qué se preocupa, entonces?

Algunos israelíes, inclusive entre los que ocupan altos cargos, y algunos de los que apoyan a Israel desde el extranjero, creen de verdad que, para su existencia, es crucial que este Estado disfrute de legitimidad internacional. Para otros muchos residentes de Israel, se trata de un añadido, pero no constituye una condición crucial para la supervivencia del Estado. Después de todo, los Estados delincuentes del mundo en el siglo XXI, mientras sean aliados de la OTAN y de Occidente, o sean demasiado fuertes como enfrentarse a ellos, tienen rienda suelta en la política internacional, con independencia de que cometan crímenes de guerra o tengan un pésimo historial en relación con los derechos humanos. Y en consecuencia, Israel disfruta hasta ahora de los privilegios que le otorga el hecho de pertenecer a la órbita de influencia occidental, y usa libremente el poder de su ejército y de sus servicios de seguridad para sofocar la resistencia palestina.

Lo que debería preocuparle a Israel, por consiguiente, no es que se produzca un giro en las actitudes occidentales hacia el país en sí mismas, sino que se produzca un cambio en la forma en la que se lleva a cabo la política internacional, en una era en la que la generación de electores más jóvenes de todo el mundo busca, por el momento sin éxito, una forma de inyectar la moral y la justicia en la política exterior. Una desconfianza creciente hacia el sistema político impide que muchos de estos jóvenes visionarios participen en el proceso electoral. En el caso de la frustrada revolución del mundo árabe, muchos jóvenes eludieron el uso de las jerarquías y las organizaciones como medio para cambiar las realidades

políticas. Podría darse el caso de que un día las actitudes hacia Israel sirvan de tornasol político para determinar quién pertenece a esta firme corriente subterránea en la política mundial. En el mundo de las organizaciones por los derechos humanos se ha vertido ya el tinte y, en este siglo, dichas organizaciones condenan a Israel sin vacilación, por considerarlo un violador sistemático de los derechos humanos y civiles de los palestinos.

LAS ELECCIONES DE 2022 Y SU IMPACTO

En noviembre de 2022, los electores israelíes votaron por mayoría a un Gobierno derechista, extremista y mesiánico. Está formado por el Likud, partidos ortodoxos y partidos de extrema derecha, con una fuerte base en los asentamientos de Cisjordania que defienden el traslado de los árabes, la expansión de los asentamientos y nueva legislación para convertir a Israel en un país más teocrático y menos democrático.

Masas de personas que se oponen a estas políticas tomaron semanalmente las calles, en cuanto el nuevo Gobierno declaró que algunas de estas ideologías formarían parte de lo que un nuevo ministro de Justicia denominó la «reforma legal»: en esencia, un conjunto de leyes pensado para dar al Gobierno un control total sobre el sistema judicial.

Entre los manifestantes se encontraban muchos reservistas del Ejército israelí y muchos miembros de industrias de alta tecnología, que amenazaron con no servir en las fuerzas de seguridad, en el primer caso, y con trasladar sus fortunas, o incluso trasladarse ellos mismos, fuera de Israel, en el segundo.

No ha quedado claro si esta protesta habría acabado por tener éxito, porque fue interrumpida por una nueva guerra que estalló el 7 de octubre de 2023. No me ocuparé de dicha guerra en este libro; solo es posible dar una perspectiva de historiador una vez transcurrido el tiempo. Diré únicamente que no me parece que vaya a cambiar las reglas del juego y que, por lo tanto, lo que describo en estas conclusiones, creo, seguirá siendo pertinente en el futuro.

Incluso antes de esa guerra, estaba claro que en 2023 Israel estaba muy lejos de intentar que los palestinos le den la legitimidad. Por el contrario, desde 2018 ha procurado deslegitimar la reivindicación de Palestina por

los palestinos (aun tratándose de una pequeña parte de Palestina). Asimismo, parece estar conducido por un Gobierno al que no le importa la deslegitimación de su Estado. A los electores judíos que votaron y se impusieron en las elecciones de 2022 no parece importarles o preocuparles lo que sus gobiernos denominaban el nuevo antisemitismo, a saber, la calificación de Israel como un Estado *apartheid,* y han llegado a creer que están situados en el mejor lugar del mundo para afrontar dicha amenaza. Activistas importantes que habían ofrecido un punto de vista alternativo han salido del país, y la batalla, como hemos visto durante las protestas que tuvieron lugar en Israel tras la elección de un Gobierno de derechas en noviembre de 2022, se libra dentro de una ideología sionista, sin cuestionarla. Es una rivalidad, algunos dicen incluso que se trata de una guerra civil, entre los sionistas que desean mantener el *statu quo* en Israel, y aquellos que quieren un país más religioso y nacionalista. Yo la denomino la batalla entre el *Israel de Fantasía,* un Estado que es un Estado *apartheid* binacional, que proporciona una vida democrática, liberal y pluralista a un grupo nacional y se la niega a otro grupo nacional, y que por consiguiente es saludado por sus ciudadanos y defensores como «la única democracia de Oriente Próximo»; y el *Estado de Judea,* el Estado de los colonos, que ahora abarca la totalidad de Israel, que desea construir un Estado racista y teocrático, cuyos enemigos no son solo los palestinos sino también los judíos laicos, y que se mueve por impulsos muy similares a los que motivan a los movimientos políticos islámicos de Oriente Próximo[5].

Esto nos devuelve a la primera conclusión del libro. Desde el momento en el que el primer colono judío puso un pie en el país, la imagen que los sionistas tenían de sí mismos dejó de concordar con la realidad existente sobre el terreno en la Palestina histórica. En 2023 supimos que la disonancia entre la imagen que los judíos israelíes tienen de sí mismos y la realidad de Israel no estaba causada por la opresión a los palestinos, como debería haber sido. Por eso los manifestantes rechazaban cualquier sugerencia de que deberían protestar también contra la ocupación o la opresión a los palestinos. Esa no es su lucha. Para ellos, la elección de un Gobierno judío teocrático y mesiánico en noviembre de 2022 lanzaba por la borda la fantasía que albergaba al menos la mitad de los judíos de vivir en una democracia laica y moderna. Esos israelíes tomaron las calles en

grandes números, intentando restaurar el *Israel de Fantasía* que imaginaban pero que nunca ha existido realmente.

Si el Estado de Judea triunfa sobre el Estado de Israel, los futuros gobiernos elegidos por los electores restantes sustituirán la actividad lobista más sutil por intentos agresivos de suprimir cualquier crítica con ayuda de grupos de defensa locales, mediante la acción judicial y la intimidación, todo ello respaldado por una enorme financiación que garantice el mantenimiento de la brecha existente entre los sentimientos de la sociedad civil y las actitudes del Gobierno. De acuerdo con un editorial publicado por *Haaretz* el 18 de agosto de 2023, el AIPAC decidió categóricamente ponerse de parte de la reforma judicial propuesta por el Gobierno.

El problema es que esa cultura política provoca la aplicación de medidas todavía más crueles contra los palestinos, y esto solo sirve para intensificar la resolución del movimiento de liberación palestino de enfrentarse a Israel sobre el terreno. Este choque inevitable erosionará la imagen internacional de Israel aún más y fortalecerá la causa de la sociedad civil cuando ejerza presión sobre los gobiernos para que cambien de rumbo en la cuestión palestino-israelí.

A este respecto, la actividad lobista ha fracasado, pero el proyecto que pretendía sostener sigue presente. Puede cambiar, por supuesto, y convertirse en un Estado legítimo que ponga fin a las políticas que discriminan a la población indígena de Palestina. En la base de poder tradicional del lobby en el mundo se han producido ya cambios sísmicos: los judíos jóvenes de Estados Unidos se están apartando de Israel, y si esta tendencia continúa, podría afectar a la política estadounidense en el futuro.

Por el momento, pese a los sucesos que se desencadenaron a finales de 2023, el Parlamento británico y el Congreso estadounidense siguen tratando a Israel como un aliado democrático leal, defendiéndolo contra enemigos comunes. El Congreso ovacionó de pie al presidente de Israel en julio de 2023, y el Parlamento aprobó legislación en contra de BDS ese mismo mes. ¿Pero sigue Israel teniendo el respaldo de la comunidad judía estadounidense? ¿Quién hubiera pensado que dos ex altos cargos del AIPAC, Martin Indyk y Dan Kurtzer, que fueron también en algún momento embajadores en Israel, pedirían a su Gobierno que recortase la ayuda militar a Israel? ¡Han dedicado la mitad de su vida política a

garantizar esa ayuda![6]

¿Pero necesita Israel a sus antiguos aliados? Quienes llevaron al poder el Gobierno de 2022 no desean vivir en un Estado laico y democrático. Su «Israel de fantasía» es un país más teocrático y nacionalista. A sus rabinos y a sus líderes políticos no les preocupa la imagen de Israel, y no creen que la deslegitimación sea un problema en un mundo en el que existen el Trump de Estados Unidos, el Orbán de Hungría y el Modi de India. Dios está con ellos, y también una enorme red de gobiernos nacionalistas de derecha y movimientos fascistas de todo el mundo. Esto quiere decir que no necesitan un lobby. El tiempo dirá si el sionismo logra perdurar sin dicho lobby. Podría muy bien señalar el final del sionismo.

La crisis de 2023 podrá transformar o no a Israel, pero ha puesto de manifiesto algo de los que los lobbies no podían ser conscientes antes de nuestro siglo. Incluso en nuestro mundo escéptico, las cuestiones morales pueden de repente ligarse a las materiales. La industria tecnológica israelí obtenía buena parte de su riqueza del exterior de Israel en 2023, al igual que muchas instituciones financieras. Riqueza como esta depende, en una sociedad muy politizada, de la protección de un sistema judicial fuerte e independiente. La posible imagen de que el sistema judicial israelí depende de la voluntad de los políticos, en lugar de ser un poder independiente, abrió el camino a que tribunales internacionales y extranjeros juzguen a militares y autoridades como potenciales criminales de guerra. De repente, parecía que cualquier melladura en la imagen democrática de Israel podría hacerle perder su crecimiento económico y su inmunidad judicial en el mundo. Podríamos lamentar que la opresión a la que están sometidos los palestinos nunca haya provocado procesos de ese tipo, pero aun así es una situación que valdrá la pena observar en el futuro.

Este es el escenario esperanzador y positivo, y está bien terminar el libro con él. El escenario desesperado y desastroso se está desplegando ante nuestros ojos, no necesitamos capacidad de imaginación para ver cómo se desliza Israel hacia un régimen de extrema derecha y autoritario. Necesitamos creer en la humanidad y en la capacidad de la justicia para trazar una senda hacia el futuro, por muy escasas que sean las probabilidades.

[1] Carta a Helli que me mostró Finn Lunker; le estoy muy agradecido por ello. La cita completa es: «En París, Döblin me horrorizó proclamando un Estado judío, con su propio suelo, comprado en Wall Street. Preocupados por sus hijos, todos (incluido aquí Zweig) se están aferrando ahora a la especulación de tierras. De ese modo Hitler no solo ha fascistizado [es decir, convertido en fascistas - FL] a los alemanes, sino también a los judíos».

[2] Victor Klemperer, *I Will Bear Witness 1933-41. A Diary of the Nazi Years,* Nueva York, Modern Library, 1999, pp. 291-292.

[3] Yosef Gorny, «Thoughts on Zionism as a Utopian Ideology», *Modern Judaism* 18, 3 (octubre de 1998), pp. 241-251.

[4] John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy,* Londres, Penguin, 2008, p. 130.

[5] Véase [www.maariv.co.il/news/Israel/Article-964744].

[6] Ben Samuels, «Former US Ambassadors: Time to Reconsider Military Assistance to Israel», *Haaretz,* 22 de julio de 2023.

Epílogo

El 7 de octubre y el futuro

Cuando este libro alcanzaba sus últimas fases, el mundo se vio sacudido por la Operación Inundación de al-Aqsa, lanzada por Hamás. En la mañana del 7 de octubre de 2023, Hamás y otros grupos de resistencia palestinos saltaron el muro de segregación que separa Israel de Gaza. Para Hamás, se trató inicialmente de un éxito asombroso: capturaron once bases militares. Pero enseguida degeneró en una serie de crímenes de guerra y atrocidades perpetradas por Hamás y otros en asentamientos judíos cercanos a la frontera, incluida la horrible masacre en el festival de música de Re'im, con más de 300 muertos. La mayoría de las 1.200 personas asesinadas ese día eran civiles.

Por un momento, como es comprensible, Israel recibió muestras de simpatía y apoyo casi universales por parte de gobiernos de todo el mundo. El Palacio de Westminster se iluminó con los colores de la bandera israelí, en solidaridad con las víctimas.

De acuerdo con la legislación británica, Hamás es una organización terrorista. El lobby proisraelí esperaba que la solidaridad del Gobierno diera como resultado una carta blanca a la represalia de Israel.

Como medio para poner en marcha un castigo colectivo por la acción de Hamás, Israel inició un bombardeo masivo sobre la Franja de Gaza, incluidas áreas densamente pobladas por civiles, durante semanas, y privó a Gaza de agua, electricidad, combustible y ayuda humanitaria. En el momento de escribir este texto, el número de fallecidos supera los 16.000, con decenas de miles de heridos y más de un millón de refugiados internos, después de que Israel ordenase a quienes residían en el norte de Gaza que abandonasen sus viviendas y se trasladasen al sur.

Pero mientras que los gobiernos occidentales, en especial los de Reino Unido, Estados Unidos y Alemania, se negaban a exigir un alto el fuego, envalentonando a Israel para que lanzase un ataque más violento de lo que hubiera podido hacer en caso contrario, la sociedad civil mundial comenzó a protestar en masa, con manifestaciones de cientos de miles de personas. Estas personas no solo pedían que Israel pusiera fin a las operaciones en

Gaza, sino que también criticaban la violencia ejercida por los colonos sobre los palestinos de Cisjordania y las leyes aprobadas por el Gobierno israelí contra los ciudadanos palestinos de Israel.

En relación con la historia del lobby, creo que las respuestas del mundo a estos acontecimientos se dividieron claramente en dos orientaciones. Hago referencia a la primera respuesta como la planteada por el «Israel global» y a la segunda como la «Palestina global». Por «Israel global» entiendo una coalición que incluye a la mayoría de los gobiernos, medios de comunicación convencionales y algunas partes del mundo académico del Norte Global, con Estados Unidos y Reino Unido al frente, y algunos gobiernos del Sur Global, con el apoyo tácito de grandes multinacionales y las industrias militares y de seguridad. Desde el punto de vista político, la derecha y la neoderecha son los miembros de esta alianza que más se hacen oír, pero disfruta del apoyo de partidos socialdemócratas establecidos en Europa y de muchos miembros del Partido Demócrata estadounidense.

El «Israel global» difundió el relato de los acontecimientos. De acuerdo con este relato, el ataque del 7 de octubre no es más que otro capítulo en la historia del antisemitismo moderno, esta vez perpetrado con una brutalidad comparable o incluso superior a los nazis y al ISIS. Y todo fue planeado en Teherán por el maligno régimen iraní. El hecho de que Irán se distanciase de la operación de Hamás casi de inmediato, preocupado por la posibilidad de verse arrastrado a una guerra regional indeseada, no les preocupó a quienes compraron este relato al por mayor.

Se trata de un relato que no sirve a los intereses judíos. Comparar el asesinato, horrible como es, de 1.200 personas con el genocidio industrial de seis millones de personas llevado a cabo por un Estado-nación moderno es el peor abuso de la memoria del Holocausto que cualquiera pueda imaginar, y seguro que les encantará a los negacionistas del Holocausto de todo el mundo. Sin duda Hamás es responsable de crímenes de guerra contra civiles, pero establecer una equivalencia entre Hamás y el nazismo minimiza el horror sin parangón del Holocausto.

La «Palestina global» ha adoptado una actitud diferente. Se trata de una coalición de movimientos sociales de todo el mundo, que trabaja en colaboración con minorías oprimidas, algunos gobiernos del Sur Global y muchas organizaciones defensoras de los derechos humanos, todos los

cuales muestran su solidaridad con la lucha de liberación palestina. Incluye a personas de todas las creencias y de ninguna, y de todos los ámbitos sociales. Es un movimiento que en años recientes ha alcanzado una popularidad y un respaldo insólitos. En general, aunque no sin debate, esta coalición apoya a BDS, la solución de un solo Estado y el derecho de los refugiados al retorno.

La posición de la «Palestina global» la enfrenta a la izquierda progresista de Israel. El mes que siguió al 7 de octubre, el principal periódico de izquierda israelí, *Haaretz,* acusó con regularidad de «hipocresía» a la izquierda global por supuestamente restar importancia a las atrocidades cometidas por Hamás y apresurarse a criticar los ataques masivos de Israel contra Gaza. En las páginas de este periódico, los sionistas progresistas se oponían a la clasificación del sionismo como un colonialismo de asentamiento, sosteniendo que esto equivalía a tachar a todos los israelíes de «colonialistas que merecen la muerte». También reprochaban a la izquierda global que comparase la Operación Inundación de al-Aqsa con la violencia cometida en el siglo XX por los movimientos de liberación nacional y sostuviese que la justicia de la causa palestina seguía siendo legítima, con independencia de las acciones de Hamás. La izquierda progresista de Israel tiene, en consecuencia, dificultades para hacer causa común con aquellos que se mantienen activos en la Palestina global.

El equilibrio de poder relativo entre estas dos coaliciones globales ayudará a modelar el futuro de Israel y Palestina. Pese a lo desgarrador que ha sido el final de 2023 en la historia de Israel y Palestina, no es probable que cambie nada fundamental sobre el terreno. A los refugiados palestinos seguirá denegándoseles el derecho al retorno, reconocido internacionalmente; Cisjordania seguirá siendo ocupada y colonizada; y suceda lo que suceda en Gaza, seguirá estando a merced de Israel. Los ciudadanos palestinos de Israel, sometidos a ataques violentos después del 7 de octubre, seguirán viviendo en un Estado judío similar al apartheid.

El «Israel global» sigue siendo el que tiene todas las cartas para decidir políticas sobre el terreno. La «Palestina global» ha sido incapaz por el momento de alterar las políticas internacionales del Norte Global, lo que permite a Israel seguir actuando con impunidad.

Pero el apoyo mundial a Palestina es ahora mucho mayor, y está mucho más organizado que antes. En Gran Bretaña, los activistas se están

manifestando delante de las fábricas de armamento, organizando marchas estudiantiles y protestando contra la complicidad de las instituciones culturales con los ataques de Israel a Palestina. El lobby, como he demostrado, ha logrado reunir a grupos de interés separados para formar un escudo capaz de impedir que Israel deba rendir cuentas por infracciones de la justicia y del derecho humanitario. Ahora, sin embargo, este escudo internacional presenta grietas que podrían aumentar en los próximos años. A fin de cuentas, muchos ciudadanos del siglo XXI no pueden seguir aceptando un proyecto de colonización que necesita la ocupación militar y leyes discriminatorias para sostenerse. Hay un punto en el que el lobby no puede respaldar esta realidad brutal y esperar que el resto del mundo siga considerándolo moral. Espero y deseo que este punto se alcance a lo largo de nuestra vida.

Reconocimientos

Aunque no le he pedido a ninguno de mis colegas que leyesen el manuscrito, sí han tenido que soportarme, y me han ofrecido comentarios razonados sobre grandes partes que yo he ido presentando en forma de conferencias o en conversaciones más informales. La lista es demasiado larga para mencionarlos a todos, de modo que les ofrezco mi agradecimiento colectivo.

Le doy las gracias en especial a Rida Vaquas, por su edición paciente y cuidadosa, así como sus correcciones vitales y su empeño en llevar este manuscrito hacia su publicación, y también a Kathleen McCully.

También estoy en deuda con Novin Doostdar, Juliet Mabey y todo el equipo de Oneworld con el que llevo quince años trabajando. Su fe en mí me ha animado a completar los proyectos, incluso cuando estaba a punto de abandonar.

Por último, como siempre, quiero darle las gracias a mi familia. Revital, Ido y Yonatan me han apoyado siempre, tolerando mis ausencias imposibles y soportando los retos y las dificultades a los que mis decisiones morales y académicas los han expuesto en ocasiones.

Bibliografía seleccionada

Aked, Hilary, *Friends of Israel. The Backlash against Palestine Solidarity*, Londres y Nueva York, Verso, 2023.

Amoruso, Francesco; Pappé, Ilan y Dichter-Devore, Sophie, «Introduction: Knowledge, Power, and the "Settler Colonial Turn" in Palestine Studies», *Interventions: A Journal of Post-Colonial Studies* 21, 4 (2019), pp. 451-463.

Aridan, Natan, *Advocating for Israel. Diplomats and Lobbyists from Truman to Nixon,* Lanham, MD, Lexington Books, 2017.

Aruri, Naseer, *Dishonest Broker. The US Role in Israel and Palestine,* Nueva York, South End, 2003.

Ashton, Nigel, «"A Local Terrorist Made Good": The Callaghan Government and the Arab-Israeli Peace Process, 1977-79», *Contemporary British History* 31, 1 (2017), pp. 114-135.

Bar-Gal, Yoram, *Propaganda and Zionist Education. The Jewish National Fund, 1924-1927,* Rochester, NY, University of Rochester Press, 2003.

Beit-Hallahmi, Benjamin, *The Israeli Connection. Whom Israel Arms and Why,* Londres y Nueva York, Pantheon Books, 1987.

Bermant, Azriel, *Margaret Thatcher and the Middle East,* Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

Bierbrier, Doreen, «The American Zionist Emergency Council: An Analysis of a Pressure Group», *American Jewish Historical Quarterly* 60, 1 (septiembre de 1970), pp. 82-105.

Bishop, Tim, «The Question of Palestine in Harold Wilson's Labour Party, 1970-1976», *Webster Review of International History* 1, 1 (2021), pp. 41-70.

Borg, David, *Standing with Israel. Why Christians Support the Jewish State*, Nueva York, Charisma Media, 2016.

Carter, Jimmy, *Palestine. Peace Not Apartheid*, Nueva York, Simon & Shuster, 2007.

Christison, Kathleen, «Splitting the Difference: The Palestinian-Israeli Policy of James Baker», *Journal of Palestine Studies* 24, 1 (otoño de

1994), pp. 39-50.
Davidson, Lawrence, *America's Palestine. Popular and Official Perceptions from Balfour to Israel's Statehood,* Gainesville, University Press of Florida, 2001.
Findley, Paul, *They Dare to Speak Out. People and Institutions Confront Israel's Lobby,* Washington, A Capella Books, 2003.
Fleshler, Dan, *Transforming America's Israel Lobby. The Limits of Its Power and the Potential for Change,* Washington, Potomac Books, 2009.
Fraser, Ronnie, «The TUC and the Histadrut, 1945-1982: A Problematic Relationship», tesis de doctorado en filosofía presentada en la Royal Holloway, 1982.
Gat, Moshe, «Britain and Israel Before and After the Six Day War, June 1967: From Support to Hostility», *Contemporary British History* 18, 1 (2004), pp. 54-77.
Halbwachs, Maurice, *The Collective Memory,* Chicago, University of Chicago Press, 1992.
Hixson, Walter, *Architects of Repression. How Israel and Its Lobby Put Racism Violence and Injustice at the Center of US Middle East Policy,* Washington, Institute for Research: Middle Eastern Policy, 2021.
Jefferies, J. M. N., *Palestine: The Reality. The Inside Story of the Balfour Declaration*, Londres, Olive Branch, 2016.
Jensehaugen, Jorgen, *Arab-Israeli Diplomacy under Carter. The US, Israel and the Palestinians*, Londres, Bloomsbury Books, 2020.
Kaplan, Amy, *Our American Israel. The Story of an Entangled Alliance*, Cambridge, Harvard University Press, 2018.
Khalidi, Rashid, *Brokers of Deceit. How the US Has Undermined Peace in the Middle East*, Boston, Beacon Press, 2013.
Lewis, Geoffrey, *Balfour and Weizmann. The Zionist, the Zealot, and the Emergence of Israel*, Londres, Bloomsbury, 2009.
Lipstadt, Deborah E., «America and the Holocaust», *Modern Judaism* 10, 3 (octubre de 1990), pp. 283-296.
London, Louis, *Whitehall and the Jews, 1933-1948. British Immigration Policy, Jewish Refugees and the Holocaust*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
Manuel, Frank E., *The Realities of American-Palestine Relations*, Washington, Public Affairs Press, 1949.

Mart, Michelle, *Eye on Israel. How America Came to View the Jewish State as an Ally*, Albany, State University of New York Press, 2006.
Mathew, William M., «The Balfour Declaration and the Palestine Mandate, 1917-1923: The British Imperialist Imperatives», *British Journal of Middle Eastern Studies* 40, 3 (2013), pp. 231-250.
Mearsheimer, John J. y Walt, Stephen M., *The Israel Lobby and US Foreign Policy*, Londres, Penguin, 2008.
Merkley, Paul Charles, *American Presidents, Religion, and Israel. The Heirs of Cyrus*, Westport, CT, y Londres, Praeger, 2004.
Obama, Barack, *The Audacity of Hope. Thoughts of Reclaiming the American Dream,* Nueva York, Crown Publishing Group, 2006.
Oborne, Peter y Jones, James, «The Pro-Israel Lobby in Britain: Full Text», *Open Democracy,* 13 de noviembre de 2009.
Pappe, Ilan, *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1947-1951,* Londres y Nueva York, I. B. Tauris, 2001.
—, *The Biggest Prison on Earth. A History of the Occupied Territories,* Londres y Nueva York, Oneworld, 2018 [ed. cast.: *La cárcel más grande de la tierra. Una historia de los territorios ocupados,* Madrid, Capitán Swing, 2018].
Philpot, Robert, *Margaret Thatcher, the Honorary Jew. How Britain's Jews Helped Shape the Iron Lady and Her Beliefs*, Londres, Biteback Publishing, 2017.
Rabi, Muhammed Abd al-Aziz, *US-PLO Dialogue. Secret Diplomacy and Conflict Resolution*, Miami, University of Florida Press, 1995.
Rausch, David A., «Protofundamentalism's Attitudes towards Zionism, 1878-1918», *Jewish Social Studies* 43, 2 (primavera de 1981), pp. 137-152.
Renton, James, *The Zionist Masquerade. The Birth of the Anglo-Zionist Alliance, 1914-1918*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.
Rose, Norman, *The Gentile Zionists. A Study in Anglo-Zionist Diplomacy, 1929-1939*, Londres, Frank Cass, 1973.
Rostinow, Doug, «"The Edge of the Abyss": The Origins of the Israeli Lobby, 1949-1954», *Modern American History* 1, 23-24 (2018), pp. 23-43.
Rovner, Adam, *In the Shadow of Zion. Promised Lands Before Israel*, Nueva York, New York University Press, 2014.

Rubenberg, Cheryl, *Israel and the American National Interest. A Critical Examination*, Chicago, University of Illinois Press, 1989.
Said, Edward W., *Orientalism,* Londres, Penguin Books, 2003 [ed. cast.: *Orientalismo,* Barcelona, Debate, 2016].
Sasson, Theodore, *The New American Zionism,* Nueva York y Londres, New York University Press, 2013.
Segev, Tom, *The Seventh Million. The Israelis and the Holocaust,* Nueva York, Picador, 2000.
Shambrook, Peter, *Policy of Deceit. Britain and Palestine, 1914-1939,* Londres y Nueva York, Oneworld Academic, 2023.
Sharif, Regina, «Christians for Zion, 1600-1919», *Journal of Palestine Studies* 5, 3/3 (primavera de 1976), pp. 123-141.
Sizer, Stephen, *Christian Zionism. Roadmap to Armageddon?*, Londres, Inter-Varsity Press, 2004.
Smith, Grant F., *Big Israel. How Israel's Lobby Moves America,* Washington, Institute for Research: Middle Eastern Policy, 2016.
Snetsinger, John, *Truman, the Jewish Vote, and the Creation of Israel,* Washington, Hoover Institute, 1974.
Spector, Stephen, *Evangelicals and Israel. The Story of American Christian Zionism,* Nueva York, Oxford University Press, 2009.
Terry, Janice J., «The Carter Administration and the Palestinians», *Arab Studies Quarterly* 12, 1-2 (invierno-primavera 1990), pp. 153-165.
Vaughan, James, «"Keep Left for Israel": Tribune, Zionism and the Middle East, 1937-1967», *Contemporary British History* 27, 1 (marzo de 2013), pp. 1-21.
Zakariag, Muhamad Hasrul, «British Foreign Policy on the Palestinian Question in the Middle East Peace Negotiations: From Conservative to Labour (1970-1979)», *International Journal of Academic Research in Business and Social Sciences* 8, 11 (2018), pp. 1062-1092.
Zertal, Idit, *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood,* Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
Zoughbie, Daniel D., *Indecision Points. George W. Bush and the Israeli-Palestinian Conflict,* Cambridge, MA, MIT Press, 2014.

PINCHE AQUÍ

La colección *REVERSO* ⓐ *Historia crítica* tiene como objetivo ofrecer miradas alternativas sobre la historia. Tiene preferencia por los procesos sociales, políticos y culturales de las últimas décadas, pero también por aquellos que, pese a ser más remotos, sean objeto de debate y controversia en la actualidad. Recupera el ideal clásico de analizar el pasado para entender mejor el presente, pero aspira también a penetrar en el presente para desentrañar los relatos que desde él se construyen sobre el pasado. La colección publica libros respaldados por una investigación rigurosa, pero atractivos para un grupo amplio de lectoras y lectores inquietos. No quiere glosas, redundancias, ni acomodo a los consensos historiográficos establecidos, sino ideas propias y atrevidas que miren de forma crítica la realidad. No aspira a construir ningún nuevo consenso sobre el pasado, sino a disentir con fundamento y a reproducir el disenso también en su interior.

REVERSO ⓐ *Historia crítica* concibe la historia en un sentido amplio y transdisciplinar muy alejado de las habituales divisiones burocráticas y corporativas del conocimiento. Quiere dar más voz a una nueva generación de autoras y autores que ya se están haciendo oír, pero también a quienes lo hicieron con voz propia en tiempos más monótonos.

Quiere ser, en definitiva, una forma rigurosa, ágil, plural, discrepante y crítica de mirar al pasado y al presente.